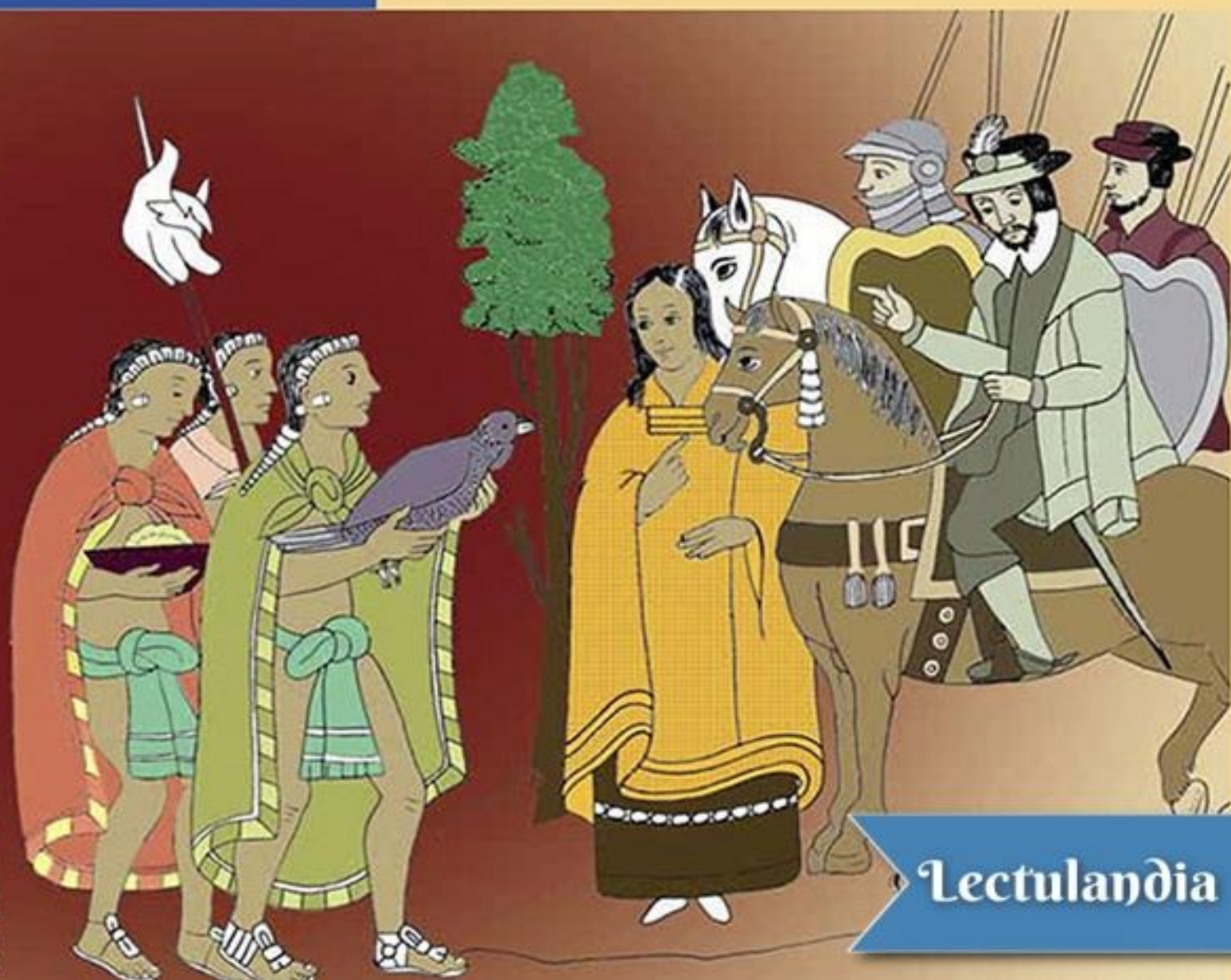




Tlaxcala

El Aliado de Hernán Cortés

José María Buceta



Lectulandia

En 1519, unos cuatrocientos hombres desembarcan en la costa del Golfo de México y se adentran en una tierra desconocida en busca de oro y gloria. Su jefe, Hernando Cortés, tiene claro el objetivo: conquistar la ciudad de Tenochtitlan, capital de los culhua-mexica, el pueblo más avanzado, poderoso y rico de ese Nuevo Mundo. Parece imposible que puedan conseguirlo con tan escaso número, frente a cientos de miles de guerreros indígenas. Pero no estarán solos. Otros pueblos se les unirán para derrocar a sus opresores mexica. Entre ellos, un fiel aliado, Tlaxcala, que verá en los españoles la oportunidad de salvar su amenazada supervivencia.

En 2006, Camilo Queimadelos, catedrático de Psicología, viaja por primera vez a México para impartir un seminario sobre liderazgo. Atraído por el encanto de una mujer mucho más joven que él, descubre Tlaxcala, un lugar del que jamás había oído. Cuando se da cuenta, está inmerso en una fascinante historia del siglo XVI en la que, sorprendentemente, según irá comprobando, no es un mero espectador.

Este apasionante libro explica las claves de la conquista de México y los comienzos de Nueva España desde la perspectiva humana de sus protagonistas. Sus creencias, ambiciones, miedos, dudas, pasiones, sacrificios, discrepancias, acuerdos y toma de decisiones. Es una novela histórica y una historia novelada, ampliamente documentada, que analiza el liderazgo, la lealtad, el valor, el mestizaje, las costumbres de la época, la influencia de la religión y el papel de una mujer que trascendió a su tiempo... Un relato que cuestiona mitos y prejuicios actuales y revela la trascendencia histórica de Tlaxcala, un pueblo injustamente calumniado e ignorado, al que saca de su incomprensible anonimato.

El autor, doctor en Psicología, se sitúa en el lugar de Hernán Cortés, Alvarado, Xicoténcatl, Moctezuma, La Malinche, Cuauhtémoc, Bernal Díaz y otros personajes de la época, profundizando en sus sentimientos, pensamientos y trascendentes comportamientos. Junto a ellos, personajes de ficción que descubren la verdadera Historia.

Lectulandia

José María Buceta

Tlaxcala, el aliado de Hernán Cortés

ePub r1.0
Titivillus 24.06.18

Título original: *Tlaxcala, el aliado de Hernán Cortés*
José María Buceta, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis amigos y alumnos de México: A muchos, los quiero; a la mayoría, los aprecio; a todos, los respeto.

UN ENCARGO

Salamanca, 2 de septiembre de 2008

Conocí a Camilo Queimadelos a través de una amiga común. Quería hablar conmigo de un tema en el que uno de mis mejores antiguos alumnos del doctorado había estado investigando hacía más de veinte años. Algo que le concernía. Un asunto olvidado que ahora quería desempolvar. Yo apenas me acordaba. Ni siquiera sabía si todavía tendría algún viejo escrito enterrado en mis más recónditos archivos. Y mi discípulo estaba de año sabático en los Estados Unidos. Pensé que sería una pérdida de tiempo e intenté disuadirlo. Pero él insistió. No aceptaba el no por respuesta. Sin inmutarse por mis evasivas, continuó hablándome. Poco a poco, logró contagiarme su inagotable entusiasmo. Además, por qué negarlo, comencé a sentir el cosquilleo de mi propia curiosidad y, sobre todo, la tentación de imbuirme en algo que me apartara de la cómoda rutina académica que me estaba consumiendo. Al cabo de un rato, le dije que intentaría ayudarlo. Localicé por *email* a mi pupilo. Me explicó dónde podía localizar algunos documentos que él había manejado y me animé al comprobar que no partiría de cero.

Camilo me contó que había estado unas semanas en México y que regresó encantado. La gente y las costumbres mexicanas le habían cautivado. Allí no se sentía extranjero, sino muy próximo a todo aquello. Me confesó que había recobrado la pasión perdida con los años, viviendo sensaciones intensas que creía desaparecidas. Esa fuerza impregnaba ahora su extraordinario relato. Me sorprendí escuchándolo completamente entregado. Sólo soy un modesto profesor universitario de Historia, pero suele aburrirme escuchar a los meros aficionados. La sensación que tengo es que desde que se pusieron de moda las llamadas novelas históricas, muchos de los que leen alguna creen que ya saben lo suficiente como para emitir juicios autorizados y discutir con los profesionales. Generalmente no lo soporto. Prejuqué a Camilo. Pensé que sería uno de esos. Pero no. Se mostró humilde y muy prudente, razonó con



objetividad e hizo gala de una comprensión admirable. Más aún, aportó algo que con frecuencia está ausente: el factor humano. Me hizo recordar que los personajes históricos han sido personas de carne y hueso, con sus fortalezas y debilidades, sus sentimientos, su forma de pensar, sus necesidades, sus intereses, sus presiones, sus miedos, sus prioridades... Y que no se les puede aislar del entorno político, económico, religioso, demográfico, social y cultural que condicionó su vida.

—Es evidente que si las mismas personas hubieran vivido en otra época, en muchos casos, habrían actuado de manera diferente —me dijo apelando a sus conocimientos de Psicología— Por eso, a veces, resulta difícil entender su comportamiento... Y desde luego, es incorrecto juzgarlo bajo los valores y condiciones de nuestros días... o en función de prejuicios que interesadamente se han ido desarrollando.

Por supuesto, estuve de acuerdo. Algo que ya sabía, pero que a menudo olvidamos al estudiar a los protagonistas de la Historia.

En nuestro segundo encuentro, Camilo me habló con pasión de Tlaxcala.

—¿Te suena? —me preguntó mostrando que no le sorprendería una respuesta negativa.

—¡Claro! ¿Cómo no? —contesté con convencimiento— Soy profesor de Historia de América... es lógico que me suene ¿no?

—Cierto... perdona —se disculpó enseguida— Por un momento había olvidado que eres un profesional de esto... Es que aquí, en España, es raro encontrar a alguien que haya oído hablar de Tlaxcala.

—La verdad es que, sin exteriorizarlo, me sentí un poco avergonzado. Sabía que Tlaxcala fue un pueblo prehispánico que se alió con Hernán Cortés durante la conquista de México, pero lo cierto era que por muy catedrático de Historia que fuera, no sabía mucho más. Se trataba de un tema que nunca me había llamado la atención, por el que había pasado de puntillas. Sin embargo, escuchando a mi nuevo amigo, me daba cuenta de la enorme laguna y ardía en deseos de subsanarla. Me habló de unos libros que había comprado en México y otros que posteriormente le habían enviado. Le pedí que me los dejara. No me gusta prestar ni que me presten libros. Me parece una deslealtad hacia un amigo incondicional que te acompaña en silencio, te da todos sus tesoros y está siempre dispuesto. Pero esta vez, convenciéndome de que era algo excepcional, rompí la norma. Me hacían mucha falta para adentrarme en ese mundo que ansiaba conocer a fondo. Con la justificación de necesitarlos para poder ayudarlo, se los requerí tímidamente. Accedió sin dudarlos. Creo que es de los que tampoco se sienten cómodos prestando sus libros, pero su prioridad, ahora, era otra. Solicitaba mi ayuda y no iba a ponerme pegas. A los pocos días volvió a venir desde Madrid para traérmelos en persona. No se fiaba de ningún servicio postal.

—¿Pero qué es esto? —exclamé sorprendido, cuando entró en mi despacho con una pesada maleta— ¿Es que vienes a quedarte aquí, mientras investigo?

—¡No!... jajaja —reaccionó soltando una leve carcajada— Son los libros que me pediste.

—¿Cómo?...

—Sí, sí... los libros... ¿Pensabas que sólo eran un par de volúmenes para tu mesilla de noche?... jajaja.

Había más de veinte. Y todos me parecieron bien seleccionados. Algunos muy difíciles de encontrar, prácticamente inaccesibles en España.

—¿Crees que ahora podrás ayudarme? —me preguntó con cierto sarcasmo.

—¡Hombre!... creo que puedo intentarlo —respondí con sinceridad— Todo esto que me traes parece muy valioso... y yo puedo consultar otras fuentes... pero la verdad, no sé si conseguiremos llegar a alguna parte...

—Sé que todo esto es un lío... y bueno, a lo mejor habría que dejarlo como está... pero estoy decidido a seguir adelante... para mí es importante... y para ti, como historiador, supongo que también tendrá un valor... ¿no es cierto? —argumentó para convencerme.

No necesitaba esforzarse. Yo ya estaba decidido. Le propuse que nos encerrásemos unos días en mi casa de la sierra de Gredos. Allí, con la grabadora abierta y mis cuadernos de notas bien dispuestos, me habló de él, de su vida, de todo lo que había averiguado... y relató su viaje con detalle. Nada especial en su comienzo, pero progresivamente fascinante. Apenas tomé apuntes. Preferí no perder detalle de sus expresiones, captar las emociones que subyacían a cada anécdota, ponerme en su lugar para poder comprenderlo mejor. Fue un acierto.

Aprovechando esta información directa, estudiando los libros de Camilo y consultando otros documentos que tenía y fui adquiriendo, decidí reconstruir los hechos: los más recientes y los más lejanos. Sin olvidar a sus protagonistas, claro. Procurando reflejar cómo se sentían, en qué pensaban, qué les movía a actuar, cuáles eran sus problemas más acuciantes y sus dificultades cotidianas, qué estrategias usaban, cómo se comunicaban... En muchos casos, mis valiosas fuentes me dieron pistas precisas o aproximadas. Otras veces, tuve que recurrir a mi intuición y experiencia. Y en ocasiones, cuando se adaptaba razonablemente, eché mano de la imaginación. Me propuse ser lo más objetivo posible, describiendo, sin juzgarlos, los hechos y las emociones. Trabajé intensamente. Al igual que mi buen amigo, me sumergí en una historia que me cautivó. Disfruté mucho. Como no recordaba.

Un año después, más o menos en el plazo previsto, entregué a Camilo Queimadelos un extenso escrito. Se lo llevé a Madrid. Comimos juntos y hablamos de todo un poco, pero no quise entretenerlo. Me percaté de su urgencia por quedarse a solas para leerlo. Nada más tomar el café, le dejé en su casa de la calle Vallehermoso. Tenía el fin de semana por delante y estaba claro que lo aprovecharía para devorarlo por encima de cualquier otro plan.

Ese mismo domingo por la tarde, la apreciada paz quedó interrumpida por el sonido del móvil. Suelo tenerlo cerrado durante el fin de semana, pero intuía que él

me llamaría. Y lo deseaba. Estaba ansioso por saber si le había gustado.

—¡Enhorabuena, amigo! ¡Me ha encantado!

—¡Cómo me alegro, Camilo!

—Es increíble lo bien que has expresado todo lo que me sucedió... ¡Qué *carallo!* ... Veo que funcionó bien la grabadora... jajaja... ¡Eres un fenómeno!... ¡Y cómo has descrito los hechos históricos!... De verdad que me he emocionado. No sabes cómo te lo agradezco.

Me sentí halagado y satisfecho, aunque no por ello se disiparon las dudas que siempre he tenido tras finalizar un trabajo. Quedó en venir a verme para hablar con tranquilidad. Mientras tanto, me pidió que me pusiera en contacto con el historiador mexicano Manuel Francisco Ramírez, al que ya había consultado un par de veces para aclarar ciertas dudas. Quería que colaborara con él en la investigación sobre un supuesto tesoro del que me había hablado. Camilo estaba eufórico. Yo encantado de continuar con todo esto.

Unas semanas después, me hizo la visita pendiente en mi casa de Gredos. Vino acompañado de Isabel Lozano. Al conocerla personalmente, pensé que mi relato no le había hecho justicia a su extraordinaria sensualidad, y comprendí la locura de mi amigo. Dudé si ella habría leído el escrito, pero por prudencia no se lo pregunté. Hice bien. Pronto me di cuenta de que Camilo no se lo había enseñado. Supuse que por la presencia de Verónica Islas y lo ocurrido entre ambos. O, ¡quién sabe!, quizá por sus pensamientos sobre la joven y los detalles de sus encuentros privados. ¡Lógico! No se trataba de un documento público, sino de algo íntimo que respondía a su encargo. A media tarde, con el sol más bajo, mi mujer invitó a Isabel a dar un paseo. Camilo y yo aprovechamos la oportunidad que los dos esperábamos.

—Como te dije, me ha fascinado tu relato —intervino él, en cuanto nos quedamos solos— Saca del anonimato a Tlaxcala y refleja, perfectamente, el protagonismo histórico que le pertenece... Creo que cualquiera que lo leyera, comprendería bien lo que significa Tlaxcala y hasta se sentiría identificado... y que cualquier tlaxcalteca estaría orgulloso.

—Gracias Camilo. Me alegro mucho de haber acertado —comenté, sintiéndome reconocido— La verdad es que he disfrutado mucho... Es una historia apasionante... y no sólo la de Tlaxcala, también la tuya.

—¡Qué *carallo!*... No sé cómo has podido sacar esa historia mía de todo lo que te conté... jajaja... Pero lo cierto es que está estupendo, jajaja... Me habían hablado de ti como investigador, pero no como escritor... La verdad es que esperaba otro tipo de informe... más denso, más aburrido... Me ha sorprendido gratamente... ¿Sabes?, creo que deberíamos publicarlo.

—¿Publicarlo? —pregunté extrañado, sin saber si lo decía en serio o en broma.

—¿De verdad te gustaría publicarlo?

—¿Por qué no?... Está claro que cuando te lo encargué, la idea no era esa, sino que ordenaras los hechos históricos para poder comprender mejor lo de mi pasado y

ese tesoro... Pero después de leer lo que has hecho, lo he estado meditando... Ayudaría a dar a conocer Tlaxcala, la de entonces y la de ahora, y aportaría muchos detalles sobre otros pueblos prehispánicos, la conquista, Hernán Cortés y sus capitanes, La Malinche, Moctezuma, los líderes tlaxcaltecas, los frailes, la religión... Estoy convencido de que interesaría a mucha gente ¿no crees?

—Bueno... no lo había pensado... pero supongo que sí, que tendría su público, claro... Hay mucha gente a la que le gusta la Historia... y más contada de esta manera, como si fuera una novela... una historia novelada. En España, desde luego que interesaría... además, hay pocos libros de este tipo sobre la conquista de América... Y en México... ¡no tengo ni idea!... ¿Qué acogida crees que tendría allí?

—Uffff... no sé, la verdad —dudó Camilo, frunciendo la nariz— Para muchos mexicanos este tema sigue siendo muy delicado... No estoy seguro... no sé cómo lo recibirían... Ni siquiera sé cómo reaccionarían los que me conocen...

Durante unos segundos permanecemos callados. Camilo buscaba una respuesta que no hallaba. Yo esperaba sin meterle prisa. Le ofrecí otro refresco y, amablemente, lo rechazó. Pero aceptó un tequila de una botella que él mismo me había obsequiado. Me serví otro. Había aprendido que el limón y la sal son complementos imprescindibles, por lo que no faltaron.

—No sé... ahora no estoy tan seguro de que debamos publicarlo —regresó al tema— No me gustaría que se incomodaran en México... Que lo interpretaran mal... Allí tengo muy buenos amigos... Respeto y valoro mucho a los mexicanos...

—Bueno... eso tienes que decidirlo tú... Sinceramente, he procurado ser muy objetivo y creo que el texto no es en absoluto ofensivo... De ningún modo se menosprecia a los mexicanos... Vamos, así lo veo yo...

—Estoy de acuerdo, amigo... Pero es que a veces son muy susceptibles, y enseguida relacionan estos temas con una actitud colonialista o de superioridad por parte de los españoles.

—¿Tu crees?

—Sí, la verdad. Es la sensación que tengo.

—¡Vaya!... De todas formas, está claro que ni tú ni yo nos sentimos superiores. Simplemente, hemos relatado unos hechos que no deben avergonzar a nadie. Ocurrió hace mucho tiempo. Y lo importante es que, hoy en día, españoles y mexicanos tenemos muchas raíces comunes y un patrimonio cultural que nos hermana... ¿No es cierto?...

—¡Hombre, por supuesto!... ¡Qué *carallo!*... Y yo hasta me siento orgulloso... Y creo que, en general, cualquier español se encuentra más identificado con un mexicano que, por ejemplo, con un alemán o un italiano... y ya no te digo con un francés o un inglés, por mucho que estemos con todos éstos en la Unión Europea...

—Eso está claro —asentí, mostrando mi acuerdo— Mira Camilo, es posible que haya españoles que ven a los hispanoamericanos con una actitud de superioridad... ¡Imbéciles los hay en todas partes!... pero no es algo general... y desde luego no es

nuestro caso... Mi conciencia está tranquila, eso te lo aseguro.

—Pues la mía también... ¡Vamos a publicarlo! ¡Qué *carallo!*

—¿Estás seguro?

—Sí hombre, sí... aunque... no sé... quizá debería consultarlo con algún mexicano... no sé... Manuel Ramírez... el ingeniero Xochitemol... la misma Isabel... o quizá Verónica, que tiene muy buen criterio...

—¿Quieres consultarles sólo sobre la parte histórica o sobre todo el texto, incluyendo tu historia con ellos?

—Hombre... no sé... supongo que debería hablarles de todo el texto... Porque esa es otra... a lo mejor no quieren ser los protagonistas de un libro... o que se revelen ciertos detalles... Ufff... fijate en el caso de Verónica, por ejemplo...

—¡Lógico! —exclamé inmediatamente— Aquí hay dos asuntos diferentes. Por un lado, está todo lo histórico. Los hechos son los hechos, aunque sobre algunos existan dudas o versiones diferentes. Nosotros nos hemos limitado a describirlos, ordenarlos y enriquecerlos poniéndonos en el lugar de los protagonistas y añadiendo detalles menores que son inventados. Si quieres, puedes consultar sobre este aspecto a Manuel Ramírez que es un prestigioso historiador mexicano... Pero la verdad, no seríamos los primeros que escribiéramos sobre estos temas. Algunos libros de los que me prestaste, muy objetivos con Cortés y los conquistadores, están redactados por autores mexicanos...

—Sí... eso es cierto...

—Por otro lado, está tu propia historia... Si lo consideras conveniente, podríamos eliminarla... aunque sería una lástima... porque muchos datos históricos aparecen entrelazados con tu experiencia personal... y además está lo de ese tesoro... que también está relacionado... Creo que deberíamos mantenerlo.

—Hombre... en principio me parece bien... pero hay cosas personales que no podemos contar —recapacitó Camilo— Y menos sin el permiso de los interesados ¿no crees?

—Claro, estoy contigo. Manteniendo lo esencial, tendríamos que modificar algunas anécdotas y sustituir a los personajes reales por otros ficticios. ¿Qué te parece?... Después, dependiendo de cómo quede, si aún lo crees apropiado, puedes consultar con quien quieras...

Asintió Camilo y fuimos a por el segundo tequila. Para mí ya era mucho... Pero bueno, «un día es un día» y éste era uno muy especial. Me había pedido un trabajo y yo había cumplido. Ahora, me sorprendía con la idea de publicarlo en un libro. Yo, muy ilusionado, asumía el reto de darle la forma que habíamos acordado. Pensé que me sentiría muy satisfecho si los que llegaran a leerlo disfrutasen con su compañía. También, si lograra despertar el interés por profundizar con objetividad en trascendentes hechos históricos que a menudo se ignoran o deforman. Y por supuesto, si aportara algo, aunque sea una simple anécdota, que ayúdense a reflexionar sobre el ser humano.

1

NUEVA ESPAÑA

«Y Yo desde ahora la llamo e intitulo Insigne, Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Tlaxcala; y quiero que para Siempre Jamás así se llame; y que se le guarde sus preminencias conforme y como se guardan a las Ciudades de estos Reinos»

Cédula Real de Felipe II,
firmada en Barcelona el 10 de mayo de 1585

Madrid, 16 de julio de 1814

Fiel al implacable verano de Madrid, el calor se hacía asfixiante a las cinco de la tarde, por lo que las calles habían sido abandonadas a su suerte y sólo unos cuantos desgraciados las acompañaban. Salvo por fuerza mayor, ninguna persona de bien mostraba el mal gusto de salir. Era el momento de la siesta, la tertulia o los juegos de mesa, refugiándose en los espacios más frescos. En su espaciosa casa, próxima a la Puerta del Conde-Duque, en un salón interior que además se beneficiaba de su orientación al este, Gonzalo Muñoz y su esposa Juana de Guevara apuraban una limonada. Sus dos hijos, Elvira y Gonzalo, invitados por unos amigos, pasaban unos días en Aranjuez. En su ausencia, sin tener que disimular, podían hablar en profundidad de un gravísimo asunto que desde hacía unos días les atormentaba.

—Mira corazón, tienes que platicar ya con don Manuel y tomar una decisión —dijo ella, tratando de transmitirle la urgencia.

—Estoy de acuerdo... pero... ¿Crees que puedo confiar en don Manuel? —cuestionó él— En estos tiempos, cualquiera podría traicionarme.

—¡Pero mi amor! ¿Qué dices? —reaccionó exaltada la mujer— Pues si no confías en el viejito, ¿quién te queda? Don Manuel te tiene mucha estima. ¡Si eres



como un hijo para él! Seguro que te dará el mejor consejo y nos ayudará.

—Pero reina, ¿No ves que su hermano es ahorita el ministro de Indias y uno de los principales valedores de Fernando VII? ¡Lo pondré en un enorme compromiso!

Gonzalo y Juana eran naturales de Tlaxcala, uno de los territorios de Nueva España. De origen mestizo, provenían de antepasados insignes de la antigua nobleza tlaxcalteca y señores castellanos que se habían asentado en el Nuevo Mundo, por lo que habían sido educados entre las tradiciones prehispánicas y la cultura española. Descendía él de Diego Muñoz Camargo, eminente historiador mestizo del siglo XVI, y Francisca Pimentel Maxixcatzin, heredera del señorío de Ocotelulco, uno de los cuatro principales cuando llegó Hernán Cortés. Ella, por su parte, pertenecía al linaje del legendario Xicotencatl el viejo, uno de los líderes más significativos en la historia de Tlaxcala. Se decía de él que había vivido unos ciento veinte años y tenido más de quinientas mujeres entre esposas y concubinas, por lo que no era extraño que, casi trescientos años más tarde, tuviera una prolija descendencia en la élite tlaxcalteca. Además, entre sus muy ilustres antepasados, destacaba Antonio de Guevara, de quien le venía el apellido, uno de los siete nobles de Tlaxcala que recibieron escudo de armas de Felipe II y, durante algún tiempo, gobernador de ese territorio. Don Antonio era bisnieto del historiador Diego Muñoz Camargo, por lo que Juana y su esposo compartían una lejana raíz.

La familia de Gonzalo poseía varias fincas rurales dedicadas a la cría de ganado y la producción de pulque y maíz. Su padre, ya fallecido, deseaba que como primogénito, se encargara de administrar el vasto patrimonio. Pero él tenía otras ideas y su madre lo entendió. Se trasladó a México a estudiar leyes, y al terminar, tras casarse con Juana, comenzó a trabajar como abogado. En sus años universitarios había conocido las novedosas ideas liberales de la reciente revolución francesa. Le parecieron, entonces, demasiado radicales. Pero provocaron en él una creciente inquietud por hacer cosas diferentes. Amaba Tlaxcala, pero su mundo se le quedaba pequeño. La respuesta a sus fogosos deseos le llegó a través de su tío, Fernando Muñoz, quién había estado en España y disponía de muy buenos contactos en la península. El ilustre letrado don Manuel Lardizábal y Uribe, criollo natural de un pueblo de Tlaxcala, necesitaba un joven ayudante. Gonzalo aceptó el reto entusiasmado. «¡Qué gran oportunidad!» pensó en cuanto se lo propusieron. Don Manuel llevaba en España más de cuarenta años y había desarrollado una brillante carrera profesional. Incluso había escrito varios tratados de Derecho y ocupado puestos de gran importancia en el gobierno real, entre ellos el de consejero de Carlos III.

Juana había nacido en Apizaco, en el territorio de Tlaxcala, al noreste de la capital, donde sus padres poseían varios obrajes dedicados a la producción textil. Al igual que otras mujeres de su condición, había sido educada para casarse, tener hijos y cumplir sus deberes de esposa. Su familia y la de Gonzalo solían visitarse, y ella, ya de niña, se había sentido atraída por él. A los catorce años, estaba locamente

enamorada. Y desde entonces, compartió los sueños de princesa con la incertidumbre, los celos y el miedo, hasta que por fin supo que él también la amaba. Al casarse, se trasladó con su marido a México. Apenas empezaba a acostumbrarse, cuando les llegó la propuesta de irse a España. «¿A España?» reaccionó con sorpresa e incredulidad. ¡Ni siquiera podía imaginar donde estaba España! Sabía que se encontraba hacia el este, al otro lado del mar, y aproximadamente, podía situarla en el mapa, pero en su mente no cabía esa distancia. Infinidad de veces había oído hablar de ese país mítico y lejano, la tierra de algunos antepasados suyos, cuya cultura había estudiado. Pero nunca pensó que viviría allí. «¿Cuánto tiempo estaremos en España?» Gonzalo no supo la respuesta.

—Además amor, sigo sin entender por qué te persiguen a ti —continuó Juana, algo alterada— ¡Pero si no has hecho nada en contra del rey!... ¿qué digo?... ¡ni del rey ni de nadie!

—Mira reina, lo importante en estos tiempos no es lo que has hecho o no has hecho, sino lo que alguien cree que has podido hacer —explicó Gonzalo, con cierta resignación— Y como sabes, yo me he relacionado con personas que, desde el regreso de Fernando VII, han caído en desgracia. Muchos liberales de Cádiz ¡ya han sido detenidos!

—Gonzalo, tengo mucho miedo. Por ti, por mi, por nuestros hijos... Tú y ellos sois mi vida... Sabes que te amo. Que siempre te he seguido... Y seguiré haciéndolo... pero ahorita... ¡te pido, por el amor de Dios, que regresemos a Tlaxcala! —suplicó la mujer, mostrando la angustia en su cara.

Cargados de ilusión e incertidumbre, habían llegado a Madrid a finales de 1802, cuando los ánimos empezaban a estar bastante encendidos. Manuel Godoy, primer ministro del rey Carlos IV y, según decían, favorito y amante de la reina María Luisa, tenía el poder absoluto y gobernaba a su antojo. Pero en su contra crecía una seria oposición alrededor de Fernando, el Príncipe de Asturias. La lucha encubierta entre los dos bandos, entorpecía el buen gobierno y acrecentaba la galopante crisis política y económica que acuciaba al país y su imperio. Entonces, los dos jóvenes tlaxcaltecas no lo percibieron. España era fascinante, y su atención se centraba en las cosas más cercanas.

Desde el primer momento, les encantó Madrid: sus calles, sus parques, sus cafés, sus gentes... Gonzalo se había aplicado bien en su trabajo y, poco a poco, se fue convirtiendo en el brazo derecho de don Manuel Lardizábal. Su prueba de fuego fue la defensa del caso de la marquesa de Rueda en su complejo litigio por el marquesado a la muerte de su padre. Su brillante intervención le valió la absoluta confianza de don Manuel, una buena reputación entre la nobleza y el eterno agradecimiento de la aristócrata. Trabajaba a destajo, pero no le faltaba tiempo para pasear con su esposa y acudir a alguna tertulia todas las semanas. Además, Juana solía acompañarle cuando, por motivos laborales, tenía que desplazarse fuera de Madrid. Así habían conocido Toledo, Aranjuez, Ávila, Segovia, Valladolid y Salamanca. «¡Qué bellos lugares!»

habían escrito entusiasmados en sus cartas a Tlaxcala. «¡Qué lindo es el acueducto romano de Segovia!... ¡Es lo más padre que jamás hemos visto!». Más asentados, empezaron a notar la tensión que provocaban los avatares políticos. «Qué lejos se siente todo esto allí, en Tlaxcala, ¡si es que llega!» reflexionaba Gonzalo. «¡Y qué próximo aquí!». En Madrid todo se sabía, se anticipaba, se comentaba. Nadie podía estar ajeno a los rumores, las noticias y las intrigas. Se cocía el presente y el futuro de todo un imperio.

—Don Manuel te ayudará. ¡Ya lo verás! —le había reiterado Juana con aparente convencimiento, para terminar de animarle a dar el paso— Has hecho mucho por él. ¡No puede dejarnos ahora!

—Espero que tengas razón, querida —dijo él poniéndose en pie— No tardaré mucho. Y si no vuelvo... bueno... y a sabes lo que tienes que hacer.

—¡No digas eso!... ¡Ni siquiera lo pienses!... ¡Claro que volverás, amor!... Sin ti, me moriría de tristeza.

—¡Mi reina! —exclamó Gonzalo abrazándola con fuerza— ¡Tienes que ser fuerte!... y estar preparada para lo peor. Ya lo hemos platicado. Si no regreso, ahora o cualquier otro día, ¡tú tienes que seguir adelante!... Nuestros hijos... ¡te necesitarán más que nunca!... y por favor, haz lo que te he pedido... sabes que se lo prometí a mi papá...

Juana reprimió las lágrimas para no minarle las fuerzas. Pero en cuanto él abandonó la casa, rompió a llorar con fuerza. El terror y la impotencia se impusieron a cualquier control. Su cuerpo temblaba y, a pesar del caluroso día, sintió intensos escalofríos. Guiada por un repentino presentimiento, corrió a la ventana y, desde allí, sin que él lo supiera, acompañó a su esposo hasta perderle tras una esquina. «¿Volveré a verlo?... ¡Ayúdame, Dios mío!». Sabía que corría un gravísimo peligro, que cualquier día, quizá hoy mismo, podía llegar la noticia de su detención. ¡O ni siquiera eso!, pues eran muchos los liberales y afrancesados que simplemente desaparecían sin dejar rastro.

Sudando la gota gorda, avanzó por la calle de Santo Domingo en dirección a la de Arenal. La soledad le acompañaba por las abrasadas aceras, pero no dejaba de fijarse en todo lo que le rodeaba. No se fiaba ni de su propia sombra. Se encontraba alerta, sensible a que en cualquier momento podrían abalanzarse sobre él. En cuanto divisaba a alguien, volvía la cara, aceleraba el paso con prudencia y aguzaba el oído y la visión periférica. Cuando se encontraba más seguro, sin dejar que sus sentidos bajaran la guardia, permitía a su agobiada mente atender y mezclar recuerdos, preocupaciones e ideas. Recordó que Napoleón había impuesto como rey a José Bonaparte y que el 2 de mayo de 1808, el pueblo de Madrid se había amotinado. Por suerte, les pilló en Toledo, donde había ido a resolver un delicado asunto del conde de Cazalegas, uno de los principales clientes de don Manuel Lardizábal. Su mujer le había acompañado. Después comenzó la guerra y se trasladaron con don Manuel a Sevilla. Más tarde a Cádiz. Juana estaba embarazada. En Sevilla dio a luz a su

primogénita, Elvira. «¡Una hija española!... ¡volvemos a las raíces de nuestros antepasados!».

Por fin llegó al amplio inmueble cercano a la plazuela de Santa Ana, en el que su mentor tenía el despacho profesional. El calor y el miedo le habían dejado exhausto, pero no era el momento de flaquear. Miró hacia todas partes para asegurarse de que no le habían seguido y cruzó el portalón. «¡Qué bien!» exclamó al comprobar la temperatura, seis u ocho grados más baja. Subió la escalera de piedra hasta la tercera planta, sacó una discreta llave de su fino chaleco y abrió la puerta. «¿No hay nadie?». Recordó que era la festividad de la Virgen del Carmen y don Manuel había dado la tarde libre. «El viejito si estará». Avanzó por un largo y estrecho pasillo hasta la sala más alejada de la entrada y enseguida escuchó el ruido que lo confirmaba.

—Ejemmm... don Manuel... si dispone usted de unos minutos... me gustaría pedirle consejo —La voz del joven se oyó por la rendija de la puerta, ligeramente abierta, mientras asomaba la cabeza.

—Pase usted, Muñoz. Ahora mismo le atiendo —le invitó el letrado— Por favor, siéntese. Ya sabe que ésta es su casa.

Se acomodó en la silla castellana que le había señalado el eminente letrado. Este siguió revisando un papel que le tenía ocupado, pero no tardó mucho en abandonarlo. Entonces, se levantó de su asiento tras la mesa y se dejó caer en otro que estaba más próximo. Gonzalo sintió la boca seca y dedujo que no podría hablar. Pero lo que más le inquietaba era que el viejo notara que temblaba. Hizo un sobreesfuerzo para aparentar que estaba tranquilo. Al percibir que lo conseguía, se sintió algo mejor.

—Dígame que se le ofrece, Muñoz. Me extraña que a estas alturas me pida usted un consejo, cuando lleva todos mis asuntos mucho mejor que yo —señaló don Manuel con una media carcajada— Debe ser algo muy grave... le noto muy tenso... ¡maldito calor!... ¿Quiere tomar una Umonada?... ¿O prefiere un coñac? Es francés, ¡pero no está prohibido! Jajaja. Ahora resulta que somos amigos de los franceses, jajaja... aunque perseguimos a los afrancesados que apoyaron a José I, jajaja... Claro que gobierna Luís XVIII y volvemos a estar en familia, jajaja... ¿Qué le parece?... El mundo está loco, mi querido Muñoz. En este siglo diecinueve ¡todo cambia demasiado rápido!

Don Manuel estaba de buen humor y parecía no tener prisa. Se le veía con ganas de aprovechar el distendido ambiente que le proporcionaba su discípulo aventajado para charlar con él y pasar un buen rato. Por fin, se apoyó en el respaldo, cruzó los pies a la altura de los tobillos, posó el codo derecho en el brazo de su elegante sillón, se llevó la mano a la barbilla, miró atentamente a Gonzalo y se dispuso a escuchar. Al joven le costaba hablar, pero llamó a filas a sus mejores habilidades para superar la angustia y lo consiguió.

—Mire don Manuel... no se a quién acudir... y creo que sólo puedo confiar en usted... por eso he venido... Pero no me gustaría comprometerle... Usted se ha portado muy bien conmigo y con mi familia. Y lo último que querría es ocasionarle

problemas.

—¡Tranquilo Muñoz! —reaccionó el veterano abogado— Soy viejo y sé moverme en estos tiempos de tempestades. Le agradezco su preocupación, pero no me sucederá nada.

—No sé si sabe que han detenido a muchos de los de la Constitución de Cádiz —informó Gonzalo, constatando por la expresión de don Manuel, que éste ya estaba informado.

—Y supongo que teme... que también le detengan a usted. ¿Es así? —se anticipó el viejo.

Gonzalo asintió. Nunca lo habían hablado, pero sabía que don Manuel conocía sus simpatías por los liberales. Sin decir nada, el venerable letrado abandonó su asiento y se dirigió a un mueble castellano que daba cobijo a una botella de coñac.

—¡Ahora sí lo necesitamos!... acompáñeme amigo.

Se sentía acalorado y lo último que le apetecía era ese licor. Pero intuyó la descortesía en el rechazo y, aparentando que le placía, aceptó la copa. Don Manuel medio llenó la suya. Después, propuso un emotivo brindis que cautivó a los dos — ¡Por España!... ¡Por Tlaxcala!... ¡Y por el futuro de nuestras dos patrias!

«¡Tlaxcala!», suspiró en su interior, «¡Qué estará sucediendo allá!».

Con el lógico retraso, pero fieles a su ineludible cita, las noticias de la intervención de Napoleón habían llegado a Nueva España, provocando una gran confusión y un enorme vacío de poder. Un terreno propicio para el sentimiento independentista que se había ido fraguando desde finales del siglo anterior. No tardaron en producirse conspiraciones. En 1810, bajo el liderazgo del sacerdote de Dolores, Miguel Hidalgo, los insurgentes tomaron Guanajuato y Valladolid, y avanzaron hacia México, pero finalmente fueron vencidos. En 1813, otro cura, José María Morelos, encabezó un nuevo movimiento que todavía seguía vivo. «Tlaxcala siempre ha sido leal a España» recordó orgulloso. Ahora que él intentaba escapar de los absolutistas, parecía que su mejor opción era regresar. Pero, la verdad, tenía serias dudas sobre lo que encontraría. «¿Y si me denuncian? ¿Qué pasará si en Tlaxcala, tan adepta a la corona española, se malinterpreta mi apoyo a la Constitución de Cádiz y mi amistad con los liberales?... ¿Pensarán que también soy un insurgente, como Morelos y sus seguidores?»

—Mire Muñoz —dijo por fin don Manuel con una expresión de tristeza que no pudo disimular— Le extrañaré mucho... ¡Sí señor!... Más de lo que usted cree. Pero aquí está en peligro... ¡Debe salir de España cuanto antes!

—Veo, señor, que no alberga ninguna duda —interpeló Gonzalo decepcionado, para confirmar lo que estaba tan claro— Pensaba que quizá usted no lo vería tan negro... que podía ser que yo estuviera exagerando con mis miedos... pero entiendo que comparte mi criterio.

—Hijo, son tiempos de irracionalidad en los que muchos intentan ganarse los favores del rey y sus adeptos, denunciando a liberales y afrancesados. Nadie analiza

en profundidad si un sospechoso es culpable de traición. Basta con esa sospecha, mínimamente sostenida por haberle visto en algún lugar o con determinadas personas, para condenarle... Y seguro que usted tiene algunos detractores que estarán encantados de aprovechar esta oportunidad.

—¿Yo?... ¿Detractores? —interrogó el joven abogado, expresando en su cara una enorme sorpresa.

—¡Pues claro, Muñoz!... ¿Qué pensaba? Usted es un mestizo que ha triunfado profesionalmente en la misma España, y seguro que hay algunos que eso no se lo perdonan. ¿Cree que no ha despertado la envidia de muchos abogados que no han alcanzado sus logros? ¿Y el rencor de los que ha vencido en la corte?... ¿No piensa que puede tener enemigos, por ejemplo, entre las personas que enfrentándose a usted, perdieron sus pleitos?... ¿Qué me dice, sin ir más lejos, de los hermanos de la marquesa de Rueda, derrotados en sus aspiraciones al marquesado?... Uno de ellos ha estado muy cerca del rey en su exilio y ahora goza de influencia. Ignoro su resentimiento hacia usted, pero bien podría pensar que ha llegado el momento de vengarse... ¿O no?

Los argumentos eran contundentes. Convencieron a Gonzalo de que la situación estaba mucho peor de lo que había imaginado. Él era una persona cordial que siempre había actuado con profesionalidad y respeto. Y no se caracterizaba por hacerse enemigos, más bien lo contrario. Era tolerante, tenía sentido del humor y le costaba enfadarse. Desde sus tiempos de estudiante en la Universidad de México, muchos le decían «indio», unos con cariño y otros con cierto desprecio. Y en su mundo profesional, era extraño encontrar a alguien que no fuera de pura raza blanca, por lo que muchas veces se había sentido rechazado. Pero había aprendido a manejar estas cosas sin enojarse, siendo tolerante y haciéndose respetar con habilidad y paciencia. Se consideraba una persona apreciada por su competencia profesional y sus condiciones humanas. Y en España mucho más que en México o Puebla de los Angeles. Allí, muchos peninsulares y criollos tendían a menospreciar a los de origen mestizo. Aquí también había clasismos, pero mucho menos, y la verdad es que se había sentido uno más desde el primer momento... Pero claro, en las circunstancias actuales, todo lo que decía don Manuel tenía bastante sentido.

—Las cosas van a empeorar, Muñoz. Lo presiento. Dentro de poco, los liberales volverán a intentarlo y los absolutistas se opondrán —aseguró el letrado— Habrá más y más violencia, y así sucesivamente, durante mucho tiempo, tal vez lo que resta de siglo... Es la lucha entre lo antiguo y lo nuevo... y como es lógico, tarde o temprano, se impondrá lo nuevo... Siempre ha ocurrido, Muñoz. ¡Triunfa el progreso!... ¿no está de acuerdo?

El joven abogado tlaxcalteca asintió, más por respeto que por convencimiento. Ahora no le preocupaba eso. Lo único que deseaba era organizar un plan para salir de España. Mientras escuchaba, se preguntaba si sería acertado pedirle ayuda a don Manuel. Este, olvidando la urgencia de su compatriota, continuó la disertación.

—Fíjese en nuestra Nueva España. En el siglo XVI, los españoles aportaron un impulso nuevo que activó el estancamiento de los pueblos prehispánicos y los situó en el mapa del mundo. Ahora son los españoles los que se han estancado. No han entendido que hace falta otro empuje... y por tanto, serán otros, los propios novohispanos, quizá con el apoyo de los estados independientes de la América del Norte, los encargados de darlo.

Don Manuel Lardizábal era un hombre conservador y dudaba de las propuestas más radicales de la Constitución de Cádiz, pero se sentía orgulloso de haber pertenecido a ese grupo de patriotas que cercados por el potente ejército de Napoleón, había defendido la soberanía y el futuro de España y sus colonias. Además, ya era viejo, carecía de toda ambición personal y tenía experiencia y calma para analizar la situación con bastante objetividad. Sin darle respiro a su pupilo, reanudó su plática.

—Los criollos tienen hambre de poder... y serán ellos los que den el paso definitivo. No serán los insurgentes de Morelos, ni ningún otro movimiento dirigido por el clero bajo o el pueblo. ¡No señor!... Fíjese Muñoz, salvo alguna excepción, los criollos están dejando solos a Morelos y los suyos... igual que pasó con Hidalgo... Pero cuando vean el momento de ser los protagonistas y estén seguros de salvaguardar sus intereses, actuarán. Y claro está, hablarán en nombre del pueblo y ensalzarán a los héroes populares caídos... pero siempre asegurándose de que son ellos los que mandan.

El erudito abogado saboreó de nuevo su coñac e interpretó que el silencio de Gonzalo señalaba un interés que él no quería defraudar, por lo que enseguida prosiguió, ahora algo nostálgico.

—¡Ay si Carlos III hubiera escuchado al conde de Aranda!... Mire Muñoz, la supervivencia exige adaptarse al progreso, y esto es algo, entre usted y yo, que no quieren entender nuestros soberanos. El conde le recomendó al rey que dividiera el imperio de ultramar en tres grandes reinos gobernados por monarcas de la familia real española. Serían independientes, pero lógicamente, España tendría una influencia sobre ellos y una marcada preferencia en cualquier asunto político o comercial... Una forma más moderna de mantener un imperio... ¡Qué gran estadista el conde!... Carlos III no lo entendió... y ahora lo perderemos todo antes de un cuarto de siglo... ¡Estoy seguro de eso!

—Señor, no sé si volveremos a vernos —dijo por fin Gonzalo, aprovechando el silencio— Quiero agradecerle la gran oportunidad que me dio, todo lo que en estos años me ha enseñado y, sobre todo, el afecto que a mi familia y a mi nos ha dispensado siempre.

—Por favor, Muñoz... ¡No ha sido para tanto! —respondió don Manuel, tratando de esconder su emoción— Usted ha respondido con creces y es su mérito el que le ha impulsado. Soy yo el que debe estarle agradecido por su inestimable ayuda... Y su esposa es tan amable... Para mi son como dos hijos...

No pudo continuar. Pese al esfuerzo que hacían, ninguno fue capaz de contener

unas lágrimas. Don Manuel le dio la espalda aparentando que necesitaba algo de su mesa y aprovechó la privacidad para sacar un pañuelo del chaleco y recomponer su cara. El joven hizo lo propio utilizando una manga.

—Me gustaría saber si todavía puedo hacer algo por usted en este momento tan delicado —dijo el letrado, interrumpiendo la emotiva pausa— No sé... la verdad... no tengo claro si debería hablar con mi hermano...

Miguel Lardizábal, hermano de don Manuel, era Ministro Universal de Indias, por lo que tenía un enorme poder. Durante la ocupación francesa, había formado parte de la regencia del reino, pero sus ideas eran ultraconservadoras y, por tanto, muy opuestas a los planteamientos liberales. En 1811, publicó un manifiesto atacando la legitimidad de las Cortes de Cádiz, por el que fue juzgado y condenado a muerte, pero se le conmutó la pena por el destierro en Inglaterra. Y cuando terminó la guerra, participó activamente en la redacción del decreto por el que Fernando VII rechazaba la Constitución y restauraba el absolutismo. Era lógico que don Manuel dudara. A su hermano no le gustaban los liberales, y en Cádiz ya le había advertido sobre su discípulo tlaxcalteca, censurándole que frecuentara ciertas tertulias. Hablarle de él en esta época de caza de brujas, podría ser la puntilla definitiva para el muchacho.

—Mire Muñoz, déjeme pensar qué puedo hacer por usted y su familia. De momento, lo que está claro es que deben salir de aquí de inmediato... ¡Pongámonos en marcha para arreglarlo todo!... ¿Le parece bien?

—Le estaremos eternamente agradecidos, don Manuel. ¡Qué Dios le guarde!

Regresó a la insoportable tarde de Madrid. La había olvidado en el confortable despacho de su mentor, muy bien protegido del sol, pero un tremendo bofetón, nada más salir, le hizo volver de golpe a la realidad del intenso calor. No le importó. Era un mal insignificante al lado de sus graves problemas. Don Manuel estaba de acuerdo en que, seguramente, sería perseguido por su amistad con los liberales de Cádiz. ¡Quién se lo iba a decir sólo algunos meses antes, cuando se veía claro que tras echar a los franceses, serían los liberales quienes gobernarían junto al rey!

Miró a un lado y a otro: una, dos, tres veces. Otra más. Ya había gente por la calle y debía estar vigilante. Anticipar cualquier detalle que le pareciera extraño. Recordó que durante la etapa de Cádiz, había conocido a Diego Muñoz Torrero, un eminente erudito que, al igual que don Manuel, era diputado de esas Cortes. Compartían el apellido, pero no eran parientes. «Muñoz es muy corriente» solía explicar. Reflexionó que ahora, la coincidencia no le favorecía. Don Diego había sido uno de los más fervientes defensores de la libertad de imprenta y de culto, la supresión de la inquisición y la igualdad de los súbditos de ultramar. Pensaba que todas las personas debían tener los mismos derechos y obligaciones, con independencia de su origen europeo, criollo, mestizo o indio, por lo que había que eliminar las diferencias de castas. Sus ideas revolucionarias y su valentía planteándolas, le habían cautivado. No había muchos, incluso entre los liberales, que defendieran la supresión de las castas, pero don Diego lo tenía claro. «¡Qué hombre tan brillante!». Poco después del

decepcionante regreso de Fernando VII, había sido perseguido y apresado, igual que Agustín Arguelles y otros destacados liberales. «¿Estaré yo en el listado?». La duda le atormentaba. Y la aterradora certeza que la disipaba, emergía cada vez con más fuerza.

Al llegar a la plazuela de Santa Ana, decidió darse un pequeño respiro. Ansiaba llegar a casa para protegerse, hablar con Juana y decidir de inmediato, pero estaba muy nervioso y sintió que necesitaba la pausa para tranquilizarse un poco.

Pasando lo más desapercibido que supo, compró un vaso de limonada en un puesto ambulante y se sentó a saborearlo agazapado en la única sombra que nadie ocupaba. Desde allí podía observar todos los accesos. Algo más relajado, revivió que se había quedado perplejo escuchando a don Manuel. «¡Cualquiera habría pensado que es un independentista!» recapacitó al tiempo que soltaba una liberadora, aunque discreta, carcajada. «¿Quién lo iba a pensar?... ¡consejero de Carlos III, eminente jurista y hermano del actual Ministro de Indias!... jajaja». Hacía mucho que no reía y disfrutó con el leve paréntesis antes de regresar su angustia.

—No se preocupe, Muñoz —le había dicho el letrado para calmarle— ¡No voy a alistarme con los insurgentes!... jajaja... Sólo es un razonamiento filosófico entre dos buenos amigos tomando unas copas de coñac. Por cierto ¡Qué buen coñac!... Mire usted, yo salí de Tlaxcala siendo muy joven. Me enamoré de España, la tierra de mis antepasados, y me considero español. Pero nunca he dejado de sentirme, al mismo tiempo, tlaxcalteca. Y sabe una cosa Muñoz, cuando los novo-hispanos se independicen, se perderá ese sentimiento. A las generaciones futuras se les enseñará a ignorar, e incluso a odiar, a los españoles. Se hablará mal de ellos, se exacerbarán sus defectos, se esconderán sus virtudes, aparecerán leyendas negras... y hasta aquellos por los que corre más sangre española, los criollos, negarán lo español... Y a los tlaxcaltecas... ¡nos tacharán de traidores!... sí, sí, Muñoz, lo que le digo... nos llamarán traidores por haber sido aliados de los españoles y habernos mezclado con ellos... Por suerte, yo no llegaré a verlo... pero usted sí, amigo mío.

«¿Cómo va a suceder todo eso, después de tantos años de convivencia?» se preguntó, convencido de que don Manuel estaba exagerando. «¡El viejo está chocheando!»

Pidió una segunda limonada. La primera le había sabido a poco. Estaba a gusto en esa sombra y decidió que podía permitirse unos minutos más. Por enésima vez miró a su alrededor. La plazuela estaba tranquila. Nadie reparaba en él. Se dio cuenta de que tenía enfrente el Teatro del Príncipe, en el que Juana y él, por primera vez en su vida, habían asistido a una representación. El edificio había sido derribado por un incendio en 1804, pero dos años más tarde, tras ser reconstruido, se abrió de nuevo al público. Se trataba de una de las salas más carismáticas de Madrid, por lo que su reinauguración resultó todo un acontecimiento.

—Muñoz, ¿le gustaría ir al teatro? —le soltó un día don Manuel, pillándole por sorpresa— Tengo dos entradas estupendas para usted y su esposa.

A Juana le entusiasmó la idea.

—¡Padrísimo!, ¿Qué vamos a ver, corazón?

—Se llama *El sí de las niñas* —informó Gonzalo, poniendo una cara de no saber de qué iba la cosa— Dicen que es la representación que está ahorita más de moda en Madrid.

—¡Claro amor! —le interrumpió ella— He oído hablar de esa obra a la marquesa de Rueda que estuvo en el estreno... Por cierto, la marquesa estaba escandalizada... Fíjate que unos *cuates* empezaron a silbar casi desde el principio ¡y tuvieron que botarlos!

Ciertamente, el estreno de *El sí de las niñas* había sido muy polémico. Se decía que su autor, Leandro Fernández de Moratín, era un protegido de Godoy, por lo que los detractores del primer ministro quisieron aprovechar la oportunidad para incomodarlo, encargando a unos cuantos que entorpecieran la representación. El efecto fue el contrario. Le dio mucha publicidad y atrajo el interés del público. Además, se trataba de una obra maestra, por lo que continuó en cartelera con notable éxito.

Con la emoción que demandaba el acontecimiento, la joven pareja de Tlaxcala acudió al Teatro del Príncipe y se acomodó en unas butacas privilegiadas. «Unos boletos propios de don Manuel» señaló Juana. La comedia, de tres actos y en prosa, plantea la situación de una joven, Paquita, que por obediencia a su arruinada madre, doña Inés, dice sí al matrimonio interesado con don Diego, cuarenta años mayor que ella, a pesar de estar enamorada de otro hombre, don Carlos, que resulta ser sobrino de don Diego. El ánimo del viejo don Diego fluctúa entre la ilusión de creerse amado por una dama tan joven y hermosa, y la duda constante sobre la sinceridad de ese amor del que Paquita da tan pocas muestras. Quiere creer que la muchacha le ama y lucha por convencerse de ello, pero lo cierto es que le cuesta creérselo. Doña Inés le insiste en que el respeto y la decencia de su hija le impiden manifestar abiertamente sus sentimientos, pero que éstos son sinceros. Paquita es infeliz, porque su amor verdadero es el joven don Carlos, del que hasta el final ignora su parentesco con don Diego. Pero la muchacha ha sido educada para obedecer y sus sentimientos son secundarios. Finalmente, don Diego se entera del amor entre su sobrino y la joven, y mostrando sensatez, la desata de su compromiso, se libera él de su permanente duda y, propiciando la unión de la pareja, celebra el triunfo del amor sobre el interés.

Al tiempo que apuraba la segunda limonada, sonreía recordando a Juana inmersa en lágrimas de emoción cuando, por fin, Paquita y don Carlos son libres para amarse.

—Sabes, corazón —le había dicho ella a la salida— En la realidad, muchas mujeres tienen que decir sí, a pesar de que sus sentimientos señalan lo contrario.

—¡Sólo es una comedia, querida! —le había recordado él— Se trata de divertir al público... No debes darle más vueltas.

Sí las dio. Por fortuna, no era su caso. Se había casado por amor y todos sus síes eran por convencimiento. «¡Al menos, eso creo!» se autoafirmó. «Pero... ¿Cuántas

mujeres habrán renunciado a ser felices, dando un sí interesado?». En su propio pueblo, muchos matrimonios se hacían por conveniencia. Desde tiempos remotos, ya antes de que llegaran los españoles, era habitual en Nueva España. Su mismo antepasado, el glorioso Xicotencatl el viejo, había dado a algunas hijas a los capitanes de Hernán Cortés, cuando éstos entraron en Tlaxcala en 1519. Y posteriormente, muchas mujeres indígenas se habían casado, o amancebado, con españoles y criollos pudientes. «¿Amor o interés?». De algunas de esas uniones descendían ella y su esposo. Quiso ponerse en el lugar de esas mujeres, pensar cómo se sentían cuando, obedientemente, aceptaban el destino que sus padres elegían para ellas. «Seguramente», razonó, «se preguntarían cómo sería el hombre al que las entregaban, cómo las trataría, si sería joven o viejo, cariñoso o rudo, atractivo o repelente, si con el tiempo podría llegar el amor...» «Quizá algún día», alentó, «todas las mujeres serán libres y podrán decidir por sí mismas, no sólo en el matrimonio sino en cualquier cosa»... «Es una fantasía» concluyó con amargura y resignación. «¡Si ni siquiera las nuevas ideas liberales, de las que ahorita se platica tanto, contemplan esta posibilidad!»

Abandonó la sombra que tan buen servicio le había hecho y continuó su camino aprovechando la protección parcial que creía recibir de las paredes de los edificios. «¡Cómo ha cambiado todo!» exclamó al despedirse del teatro. «¡Y pensar que ahorita, Moratín es otro de los perseguidos!... aunque éste por afrancesado, ¡que es mucho peor!».

Cerca de la Plaza Mayor, oyó pasos acelerados que le perseguían. No quiso volverse. Bajó la cabeza y se controló para no correr. Se dijo que era mejor aparentar que no se había dado cuenta... al menos hasta que doblara la esquina. Su corazón utilizaba rápidos e intensos latidos para animarle a emprender una huida desesperada. Pero su cabeza le aconsejaba y retenía sus piernas. Nada más girar, éstas tomaron la iniciativa y salió disparado hasta alcanzar un portal. Como pudo, contuvo el jadeo que le habría delatado y permaneció inmóvil, petrificado, sin sentir la ola de sudor que acaparaba todo su cuerpo. Aguzó el oído para percibir a su perseguidor y buscó algo para defenderse, pero no encontró nada. Si entraba en el portal, estaría perdido. Pensó en Juana, en sus dos hijos, y se armó de valor sin saber cómo. Dos mujeres que hablaban en voz muy alta, pasaron de largo. Después, alguien acompañado por un perro y de nuevo el silencio. Las aterradoras pisadas que le habían seguido no llegaban. Permaneció allí un buen rato, haciendo angustiosas conjeturas. Elucubró que ese hombre le estaría esperando en algún lugar más propicio, o que habría ido a delatarlo y pronto llegarían los soldados para detenerlo. No sabía qué hacer. Esperó unos minutos. Hasta que decidió que allí no podía quedarse. Se asomó con mucho cuidado. No había nadie. Salió con mucho sigilo y, sin mirar atrás, avanzó decidido y cruzó la emblemática plaza. Intuyó que podía ser la última vez, su postrero recorrido por una ciudad que adoraba. Le temblaron las piernas y sintió un mareo. Se detuvo un momento. ¡Estaba muerto de miedo!

Impaciente y preocupada, Juana le esperaba en casa. Había pasado unas horas terribles en compañía de la incertidumbre, los malos presagios, la angustia y la desesperación. En presencia de su marido y los niños era capaz de mostrarse sólida, pero en la soledad flaqueaba. Una ansiedad permanente consumía su energía y le hacía temblar. Y en los momentos más álgidos, sufría ataques de pánico que dominaban su cuerpo, su mente y su espíritu. Temía por su esposo, por ella, por sus hijos. Apenas dormía, y le sentaba mal la comida. A menudo vomitaba. Disimulaba ojeras y arrugas, pero bajo el maquillaje aumentaban. Ahora, deseaba salir de España. Regresar a Tlaxcala con los suyos. Instalarse en Apizaco, su ciudad, si Gonzalo aceptaba hacerse cargo de los obrajes de su familia, como tantas veces le había propuesto su papá. Volvería a comentárselo, con más fuerza que otras veces, pero si lo rechazaba no le insistiría. Se debía a su esposo y a su causa, y eso le parecía lo más hermoso. ¡Así había sido educada!

Juana había heredado la dureza, comprensión y valentía de las mujeres indígenas que supieron adaptarse a la forma de vivir de los españoles. Se casaron con ellos o fueron sus mancebas, adoptaron sus costumbres, hablaron su idioma. Sin rechistar, les siguieron, afrontando, en muchos casos, terribles peligros. Aprendieron a satisfacerlos, fueron fieles compañeras y educaron a sus hijos al estilo europeo. Pero al mismo tiempo, siguiendo el ejemplo de La Malinche, lengua, amante y apoyo indispensable de Hernán Cortés, se hicieron respetar. No sólo aportaron su cuerpo. También su inteligencia. Enseñaron a sus hijos y sus esposos a amar las costumbres indias, a hacerlas compatibles con la cultura española y la religión cristiana. Fueron fundamentales para el crecimiento de una nueva raza de sangre indígena y española que debía conquistar el futuro. «Esa es la verdadera conquista», aseguraba Juana. Por ella habían luchado sus antepasados tlaxcaltecas y españoles. Por el mismo motivo estaba ella en España, su otra tierra, apoyando a su esposo en su lucha por la libertad. Y su sí no era como el de Paquita en la comedia de Moratín, sino un sí auténtico del que se sentía orgullosa.

Recrearse en estos pensamientos le daba fuerzas. Su sentido del deber y su dignidad eran las mejores armas para combatir el miedo. Y esa tarde, especialmente, había sido horrible. Ese presentimiento maligno había exacerbado su angustia. Con el corazón en un puño, no dejó de estar cerca de esa ventana que daba a la calle, esperando que pasara algo. Pensó que podían llegar los soldados e interrogarla a ella. ¿Qué les diría? ¿Y si la detenían a ella? Sabía de algunas mujeres que estaban en la cárcel por haber ayudado a sus esposos. ¿Qué sería de sus hijos?... Tenía que ser fuerte. Sabía que Gonzalo la admiraba por esa fortaleza que tantas veces le había mostrado. «Como seguramente», pensaba, «Cortés admiraría a Marina». Percibía que Gonzalo valoraba su sacrificio, su entereza, su capacidad de comprensión, su incondicional apoyo sin decir nada, sus palabras oportunas. El amor que ella le profesaba era su armadura. Y eso, para ella, era algo muy trascendente. Ahora que estaba en peligro, él la necesitaba más que nunca. Por eso tenía que estar a la altura

que requerían los acontecimientos, comportarse como correspondía a una digna descendiente del legendario Xicoténcatl.

Anocheía despacio cuando Gonzalo, por fin, llegó a su casa. Nadie le había molestado, pero conforme avanzaba, encontraba más y más personas que le parecían sospechosas. Se sintió perseguido, amenazado, objeto de la atención de muchos que le rodeaban. Al cruzar la puerta, se sintió aliviado y abrazó a Juana con fuerza. La mujer desfalleció en sus brazos, pero consiguió mostrarse entera. Después, hablaron de la conversación con don Manuel y ambos estuvieron de acuerdo. Al día siguiente irían a Aranjuez para recoger a los niños y, desde allí, se dirigirían a Cádiz para tomar el primer barco a Veracruz. Tendrían que hacerlo con sigilo, sin levantar sospechas. No podrían despedirse de nadie, ni llevarse muchas cosas. Abandonarían Madrid para ir a buscar a sus hijos. ¡Esa sería la excusa! Después, harían una parada en Toledo, en casa del conde de Cazalegas. Como era un viejo cliente de don Manuel, con el que Gonzalo había trabajado mucho, a nadie le extrañaría. Luego irían a Sevilla y buscarían la protección de la marquesa de Rueda «¡Seguro que el conde y la marquesa nos ayudan!... Tienen muchos contactos... y les deben muchos favores... A nosotros nos aprecian... ¡Nos llevarán hasta Cádiz!» habían resuelto, con la esperanza del naufrago que se agarra a su única tabla de salvación. «No son liberales precisamente... pero podemos confiar en ellos»

Cenaron algo rápido y lo prepararon todo. Después, se abrazaron y así permanecieron durante mucho tiempo. Sintieron que se amaban y eso les dio fuerza. Se besaron, lloraron juntos, hicieron el amor... Reposaron sin decir nada con las manos entrelazadas y el aliento muy cerca... volvieron a amarse... y sin separarse, les llegó el sueño.

2 QUETZALCÓATL

«Era como si pensara que el recién llegado era nuestro príncipe Quetzalcóatl»

Testimonio indígena,
recogido por Fray Bernardino de Sahagún en el Códice Florentino (siglo XVI)

Iztacamaxtitlan, 28 de agosto de 1519

Desde hacía tres horas no había parado de llover. Ya era de noche, y las antorchas que alumbraban el real estaban encendidas. Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, capitanes del ejército de Hernán Cortés, reposaban en una de las casas de madera recubierta de cal blanca, cedidas por sus anfitriones. Olid y Alvarado habían rebasado los treinta años y Sandoval contaba veintidós. Los tres habían nacido en España. El primero en Andalucía y los otros dos, al igual que Cortés, en Extremadura. Siendo muy jóvenes, partieron hacia el Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón, soñando vivir grandes aventuras y alcanzar riquezas y posición. Olid y Sandoval, éste pese a su corta edad, habían acompañado a don Diego Velázquez en la conquista de Cuba. Alvarado había recalado en Santo Domingo junto a Luís Colón, sobrino del descubridor, hasta embarcarse en la fracasada expedición de Grijalva que había precedido a ésta.

Unos meses antes, se habían unido al nuevo proyecto patrocinado por el gobernador Diego Velázquez y liderado por Hernando Cortés. A pesar de las enormes calamidades sufridas, Grijalva y sus hombres habían descubierto un lugar en el que abundaba el oro. Una oportunidad única para aquellos que tuvieran valor y estuvieran dispuestos a arriesgar. Un plan que les cautivó. En él habían invertido la mayor parte de sus bienes, convencidos de que, por fin, cumplirían los sueños de su travesía del mar Océano. Entonces, no sabían a dónde iban. Ahora, aunque no querían



reconocerlo, empezaban a pensar que era una locura atreverse a conquistar un territorio que cada vez se les hacía más extenso, con menos de quinientos hombres. Tenían que enfrentarse a naturales que a diferencia de los de las islas, eran numerosos, tenían buenos poblados, poseían grandes riquezas y estaban bien organizados, como si pertenecieran a una civilización mucho más avanzada que los de Santo Domingo y Cuba. No obstante, seguían decididos a intentarlo. De momento, habían llegado más lejos que ningún otro europeo.

A pesar de su buen ánimo, sentían el peligro acechándoles constantemente. No les gustaba hablarlo, pero eran conscientes de que en cualquier momento podría cambiar su suerte y visitarles la muerte. La permanente amenaza les obligaba a estar siempre alerta. De día y de noche. Mientras escuchaban la pesada lluvia y daban por finalizada la jornada, se habían despojado de sus armaduras, pero no de la camisa y el calzado. Y por supuesto, la espada y la daga estaban muy a mano, listas para socorrerlos de inmediato.

Tres mujeres indias totonacas les habían llevado recipientes con agua para lavarse, aunque habían comprobado que los *teules* se aseaban muy poco. Desde pequeñas habían aprendido que el agua purifica, pero los hombres blancos apenas la usaban. A ellas se la habían echado en una extraña ceremonia en la que se adoraba a una cruz de madera. Los extranjeros decían que sus dioses eran falsos, «¿también Quetzalcóatl?» y que el único verdadero era ese de la cruz, un dios que prohibía los sacrificios, la sodomía y comer carne humana.

«¡Qué mal huelen estos barbados!» pensaba en silencio una de ellas. «Si se lavaran serían maravillosos... ¡con esa piel blanca, tan atractiva!». Cuando estaban solas, hablaban y se reían de las costumbres de estos hombres extraños que ahora eran sus dueños. Ellas eran hijas de los principales de Cempuallan, y por la voluntad de éstos, habían sido entregadas. No eran sus esclavas, sino sus esposas. Desde aquella ceremonia con el agua en la que les dieron un nombre nuevo que jamás habían oído. Su obligación era seguir y obedecer al esposo allá donde fuera. Y allí estaban... cada vez más lejos.

—¿A dónde iremos? —preguntó la más joven, de apenas catorce años.

—Un hermano mío me ha dicho que a Tenochtitlan —respondió otra que parecía enterada.

—¡No es posible! —exclamó la primera, muy asustada— Allí nos matarán... o peor aún, nos harán esclavas y nos sacrificarán al dios Huitzilopochtli.

La tercera percibió la preocupación de sus compañeras y trató de calmarlas sin demasiado convencimiento.

—No pasará nada... ¡seguro! Los *teules* son los enviados del dios Quetzalcóatl... ¿No lo hemos visto?... ¡les obedecen la mar y el trueno!... y nosotras somos sus esposas... ¡ellos nos protegerán!

Se agarraron de las manos con firmeza y se miraron para darse fuerza. Su destino estaba ligado al de esos desconocidos temerarios llegados de la mar en torres

flotantes que desafiaban, ni más ni menos, al mismo Moctezuma, el señor más poderoso y temido que jamás había existido, de cuyos abusos era víctima su pueblo. «¡Qué valientes!... ¿o qué locos?... claro que si los protege Quetzalcóatl...» pensaban sobre sus esposos. «¡Si pudiéramos entender sus palabras!»

Sus madres les habían explicado que algún día, como nobles que eran, serían desposadas con un hombre principal. Seguramente, alguien importante de otro pueblo, pues así se afianzaban alianzas y acuerdos de interés para Cempuallan.

Todo un privilegio hacer ese gran servicio, ocupando una posición social elevada como parte del harén de un esposo poderoso. Y por supuesto, mucho mejor que la suerte de otras doncellas que eran sacrificadas para contentar a los dioses. Pero nunca les dijeron que serían las esposas de unos *teules* de piel blanca, barbados y malolientes, que enviados por Quetzalcóatl, llegarían del mar en unas torres e irían a luchar contra el tirano de Tenochtitlan. Ni en sus más extravagantes fantasías habían imaginado algo así... pero... ¡era verdad!... ¡y les estaba sucediendo a ellas! Menos mal que, como correspondía a su posición, habían podido llevar a algunas mujeres que estaban a su servicio. Como esposas atendían a sus señores, y sus esclavas cuidaban de ellas.

Ni que decir tiene que ninguno de los valerosos capitanes podía imaginar los pensamientos, preocupaciones y comidillas de sus nuevas esposas. Las habían aceptado de Hernán Cortés, tras haberlas recibido éste de Tlehuizilin, el cacique gordo, como así llamaban al jefe de Cempuallan, o Cempoal como ellos decían, rebautizada ahora como Sevilla. Previamente, las muchachas habían recibido el bautismo, pues fray Bartolomé de Olmedo y el propio Cortés defendían que este ayuntamiento de conveniencia para la alianza, sólo estaba bendecido si las mujeres abrazaban la fe cristiana. Y así lo hacían. O al menos, eso aparentaban sometiéndose a la ceremonia del agua. Desde entonces, como era su deber, servían a sus *maridos*, aliviando las duras condiciones de vida que éstos debían soportar. Lo más gracioso de todo, recordaban a menudo entre grandes risotadas, es que el cacique gordo había insistido en entregarle a Hernán Cortés a su propia hija, y éste, diplomáticamente, la había aceptado, a pesar de ser la más fea de todas.

—Os digo a vuestras mercedes que me resultó difícil contenerme la risa cuando el capitán mostró tanto agradecimiento al cacique por el grande privilegio que le concediera —dijo Pedro de Alvarado, después de soltar una sonora carcajada que arrancó otra de sus compañeros.

—En verdad que fue una situación muy divertida —corroboró Cristóbal de Olid — El gesto del capitán fue tan ceremonioso que pareciera que recibía a la dama más distinguida de la corte... jajajaja.

Los tres rieron sin inhibición alguna. El peligro y la incertidumbre provocaban que estuvieran tensos de día y de noche. Lo notaban en su agarrotada musculatura, los frecuentes sobresaltos y la dificultad para conciliar el sueño. Las anécdotas que

les sacaban una risotada eran muy bien recibidas. Por unos momentos, aliviaban el nerviosismo que les acaparaba.

—El capitán hace honor a su rango, pues sabe sacrificar a los peces más pequeños para pescar a los más grandes —sentenció el joven Gonzalo de Sandoval, con el asentimiento de sus compañeros— Además, en asuntos de mujeres sólo tiene los ojos para doña Marina, pues no dudó en llevarla con su señoría cuando partiera para Castilla don Alonso Hernández Puertocarrero.

El jocoso comentario hizo que los tres coincidieran en una liberadora sonrisa de sana malicia. El respeto a don Hernando y a la propia doña Marina, propició que cambiaran de tema.

—¿Acaso saben vuestras mercedes dónde nos encontramos? —preguntó Cristóbal de Olid, tras un brevísimo silencio.

—Los soldados han llamado a este pueblo Castilblanco y así ha de quedar según ha dispuesto nuestro capitán Hernando Cortés —señaló Sandoval que solía estar bien informado— Es por el parecido que, según los portugueses que con nosotros vienen, tiene con una villa del mismo nombre, allá en su reino.

—¡Vaya! —saltó algo enojado Olid— ¡Entonces lo nombramos como si fuésemos servidores del rey de Portugal!... Otra concesión de nuestro capitán... ¿Es qué también los portugueses quieren el regreso a Cuba?

—¡Calmaos señor Cristóbal de Olid! —intervino Pedro de Alvarado, tras un buen rato callado— Pues si el capitán así lo considera, será porque su buen entender de este negocio así se lo dicta. Además, sabed que ese asunto de regresar a Cuba ya ha tiempo que está cerrado.

—¡No lo está!, valga Dios Nuestro Señor!... Y vuestra merced lo sabe bien —replicó Olid, más enfadado que antes, provocando la sorpresa de las tres mujeres totonacas— Conocéis, señor Alvarado, que en este real siguen habiendo los comentarios en contra de esta expedición y en favor de nuestro regreso a Cuba... Y por fe de Nuestro Señor Jesucristo, que en este mismo momento habrá pláticas de esa razón, pues todavía son muchos los que desconfían de nuestro capitán general, ponen en duda su autoridad en esta empresa y desean ganarse el favor de don Diego Velázquez, olvidando la obediencia que por nuestro honor de castellanos y buenos cristianos le juramos a Hernando Cortés en San Juan de Ulúa.

Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado asintieron en silencio, y los tres capitanes quedaron callados mientras apuraban sus copas. Su ferviente deseo inmediato era poder dormir, pero seguramente, como sucedía cada noche, aún tardarían en lograrlo. Las fantasías sobre el futuro que les esperaba y las imágenes de un pasado reciente virulento, eran los protagonistas de una viva actividad mental que, aún con los ojos cerrados, les mantenía despiertos hasta el alba.

En 1518, una expedición española bajo el mando de Juan de Grijalva, había desembarcado en varios lugares de la costa del continente. A su regreso a Cuba, la

isla Fernandina, las muestras de oro que portaban despertaron el interés del gobernador Diego Velázquez, quién decidió preparar una nueva expedición, al tiempo que escribía al rey de España solicitándole la licencia para explorar esas tierras. Este tipo de expediciones tenían un carácter privado. Los interesados invertían en ellas en mayor o menor medida y, en esa proporción, recibían los beneficios si los había. Estos podían ser oro, propiedades, encomiendas, títulos u otras prebendas. La legitimidad de la operación exigía la aprobación de la Corona, pues en función de las bulas del Papa Alejandro VI de 1493 y del Tratado de Tordesillas entre Portugal y Castilla de 1494, correspondía a la corona de Castilla el derecho a colonizar y el deber de evangelizar a partir de 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. La Corona concedía el oportuno permiso a las expediciones privadas, a cambio de un quinto, «el quinto real», de todos los beneficios materiales. Y por supuesto, asegurándose la soberanía de los nuevos territorios, pues éstos debían ser conquistados en el nombre del rey de Castilla.

Entre los principales inversores se elegía al capitán y a los restantes mandos de la expedición, aunque también se contrataba a expertos para desempeñar funciones clave, como era el caso de los pilotos de los barcos. En esta ocasión, el gobernador Diego Velázquez había designado a Hernán Cortés para dirigir la empresa. Este era un extremeño de Medellín, que había cursado algunos estudios en la Universidad de Salamanca. Tenía treinta y tres años, y tras haber huido de España por un asunto de faldas, llevaba ya tres lustros en el Nuevo Mundo. En Cuba había desempeñado varios cargos públicos y tenía una encomienda con tierras y buenas rentas, pero era un hombre inquieto que no estaba dispuesto a acomodarse. Su excepcional ambición se extendía mucho más allá de las riquezas materiales, aunque no despreciaba éstas, y su insaciable espíritu de aventura le empujaba a escapar del aburrimiento de una vida fácil y holgada. En la Fernandina ya estaba todo hecho. Y él ansiaba afrontar retos estimulantes y trascendentes. Ahora, surgía un proyecto que le ilusionaba, en el que había invertido gran parte de su patrimonio, y utilizó todas sus influencias para que el gobernador Velázquez le nombrara capitán.

En los años anteriores, Cortés y Velázquez habían alternado momentos de proximidad y discrepancia, por lo que éste había dudado. Pero finalmente, accedió ante la insistencia de personas significativas que apoyaban al extremeño. Sin embargo, seguía sin estar convencido. Y ya había salido la expedición de Santiago, cuando cambió de opinión y revocó el nombramiento, cursando orden de detenerlo en Trinidad o La Habana, antes de su partida definitiva. Enterado Cortés, decidió evitar esa orden. Ni él, ni muchos de los que le acompañaban, estaban dispuestos a echarse atrás. El 23 de febrero de 1519, salieron de San Cristóbal de La Habana rumbo a la isla de Cozumel.

A partir de ese momento, la expedición estuvo dividida. Por un lado, los seguidores más incondicionales de Cortés, como los capitanes Olid, Alvarado y Sandoval y otros principales: Juan de Escalante, Bartolomé García, Alonso

Hernández Puertocarrero, Alonso de Avila y Andrés de Tapia. Por otro, los partidarios de Diego Velázquez, algunos de ellos embarcados en la expedición por deseo expreso del gobernador para controlar al extremeño, como era el caso de Diego de Ordaz, mayordomo de las haciendas de Velázquez, Francisco de Montejo y Juan Velázquez de León, pariente de don Diego. Cortés sabía de la división, y entendió que se trataba de una situación que debía manejar con una mezcla de habilidad y firmeza. Si quería triunfar ¡y claro que quería! no se podía permitir el lujo de prescindir de hombres valiosos. Al contrario, debía aprovechar su talento y su espada, pues sabía de su valor y destreza, y eso era mucho más importante que sus simpatías personales. Como capitán, su tarea consistiría en acercar a todos a su causa, unirlos poco a poco, hacerlos creer en una empresa ambiciosa que sería el objetivo de todos y beneficiaría a cada uno de ellos.

En su primera gran batalla, junto al río descubierto por Grijalva, derrotaron a los indios de Potonchan y éstos les dieron oro. Les preguntaron de dónde lo traían. Los naturales, señalando hacia poniente, repitieron dos nombres que los que habían estado en la expedición anterior reconocieron: algo así como Culua y Mexica o México. «¡Allí está el oro!... ¡Es dónde hemos de acudir!» concluyeron entusiasmados, pensando en el metal precioso que les esperaba. Sin embargo, eso suponía apartarse de la costa, abandonando la seguridad de sus barcos y la ventajosa retaguardia que les proporcionaba el mar. Tendrían que adentrarse en un territorio completamente desconocido, en el que, lo más probable sería encontrarse a miles de indios hostiles que intentarían impedir su avance hacia ese destino tan atractivo como incierto. Además, eso podía implicar la desobediencia al gobernador Velázquez, ya que no estaba claro si las atribuciones que les había otorgado, abarcaban ese tipo de incursión hacia el interior o se limitaban a la exploración de la costa y los ríos navegables. Ante esta disyuntiva, los partidarios del gobernador propusieron a Hernán Cortés retornar a Cuba para adquirir los permisos correspondientes y organizar una expedición mayor que asegurase el éxito de tan arriesgada empresa. Pero claro, el extremeño sabía que si regresaba sería su final, por lo que, para él, no existía esa alternativa. Había apostado muy fuerte y su única opción era continuar y triunfar. Con el apoyo de sus incondicionales, decidió seguir hacia el oeste para descubrir y poblar esas nuevas tierras tan prometedoras. Así, llegaron hasta San Juan de Ulúa, lugar que ya habían encontrado y bautizado los de la expedición de Grijalva. En las dunas de la playa establecieron su campamento.

Estando allí, recibieron la visita de unos indios bien ataviados con elegantes mantos, ricas plumas sobresaliendo de sus coronillas y pulseras de oro en las muñecas y los tobillos, escoltados por un amplio número de guerreros. Con dificultad entendieron que eran los embajadores de un poderoso señor que se llamaba algo así como Mutezuma, que gobernaba en Culua, en un lugar que les sonó como Temixtitan. Tres nombres que ya nunca olvidarían. Los dos últimos señalaban el ansiado objetivo hacia el que debían marchar. El primero concretaba quién era el

poderoso rival al que debían vencer. Los embajadores obsequiaron a Hernán Cortés con espléndida generosidad, dándole mucho oro y otros regalos valiosos, pero después, sorprendentemente, intentaron convencerlo para que se fuera. Ante la evidencia de que los culua no deseaban recibirlos, los que apoyaban al gobernador Velázquez vieron una nueva oportunidad para plantear la opción de regresar a Cuba. Pero el capitán, que estaba decidido a seguir contra viento y marea, volvió a imponerse. En esta ocasión, utilizó algunas medidas de fuerza, como apresar y encadenar a Diego de Ordaz y Juan Velázquez de León. Las acciones resultaron eficaces para controlar la crisis en el corto plazo, pero exacerbaron las divisiones internas, poniendo en grave peligro el futuro de la expedición. Cortés se dio cuenta, y pasados unos días, liberó a los capitanes y cambió de estrategia, empleando la negociación, el convencimiento y la concesión de beneficios que asegurasen su lealtad. Con enorme habilidad, incentivó a sus adversarios con cargos y prebendas, y mostrándoles los ricos obsequios de los embajadores, les persuadió de que la fortuna de todos estaba en seguir adelante.

—¿Por qué piensan vuestras señorías que esos embajadores que traen la palabra de su señor, nos dicen que hemos de irnos de este lugar? —les planteó para provocar su reflexión— ¿Es qué estáis ciegos?... ¿No podéis ver que esconden una riqueza muy grande y no desean que lleguemos hasta ella? —continuó estimulando su razonamiento— ¿Y por qué nos entregan obsequios en vez de darnos la batalla?... ¿No será que han oído de nuestra victoria en el río descubierto por Grijalva y temen el enfrentamiento con las armas? —preguntó para que se convencieran— Creedme señorías, que las riquezas y privilegios que alcanzaremos cada uno de los nuestros, serán mucho más grandes de las que hubiéramos soñado antes de partir de la Fernandina —concluyó sabiendo que sus contundentes argumentos hacían mella.

La estrategia de Cortés, combinando la fuerza con los razonamientos y los incentivos, parecía estar dando resultado, pues durante algún tiempo no se volvió a mencionar la posibilidad del regreso. Los hombres se ocupaban de sus cometidos y todo parecía indicar que la vieja discrepancia había desaparecido. No obstante, el capitán intuía que se trataba de una cohesión frágil que podría resquebrajarse en cualquier momento. Y así ocurrió. Ya en la Villa Rica de la Vera Cruz, la ciudad recién fundada, se descubrió un complot para apoderarse de un barco y volver a Cuba. Los implicados fueron juzgados y condenados. Pedro Escudero y Diego Coreñano fueron ahorcados. A Gonzalo de Umbría le cortaron los pies. Los hermanos Pañete recibieron doscientos latigazos. Y el padre Juan Díaz, gracias a su condición de religioso, sólo fue recriminado, pero su confianza quedó seriamente dañada. El castigo fue una clara advertencia de que la traición no se toleraría. Aun así, alertado por lo sucedido, don Hernando creyó que no sería suficiente para evitar futuras tentaciones, por lo que decidió adoptar medidas más contundentes. Tras compartirlo con los más afines y recibir su incondicional apoyo, tomó una decisión drástica: ¡barrenar todos los bergantines! Ahora sí que no había vuelta atrás. Dejaría en la Vera

Cruz a un pequeño contingente al mando de Juan de Escalante y los demás partirían hacia el interior con un único objetivo: llegar al deseado lugar que decían Temixtitan.

Los que aún eran partidarios de regresar a Cuba no tuvieron más remedio que aceptar el inevitable destino, pero estaban estupefactos, contrariados e iracundos. La idea de retroceder seguía estando en su pensamiento y sus conversaciones más íntimas, acentuándose en los momentos de mayor dificultad. Desde que habían salido de la Villa Rica dirigiéndose a poniente, las tremendas adversidades sufridas habían contribuido a avivar la duda, el desánimo y el decidido deseo de abandonar. No sabían cómo hacerlo, pero en secreto, esperaban su oportunidad.

—Esta expedición es una locura que bien parece que la haya ordenado Su Majestad la reina Doña Juana... y bien que lo sabe vuesa merced como lo pensamos muchos otros —señaló Diego de Ordaz a Juan Velázquez de León, en una casa cercana a la de Olid, Alvarado y Sandoval.

Seguía lloviendo y la noche estaba muy cerrada. Era tarde. El real se encontraba en silencio, sólo interrumpido por algunos ladridos de los perros. Hablaban en voz baja para no ser escuchados, aunque allí dentro sólo habitaban ellos. Bueno... también estaban las indias totonacas que les habían entregado en Cempoala... pero no entendían el español.

Ordaz era leonés y Velázquez castellano. Ambos rondaban los treinta y cinco años y eran veteranos en las Indias. El primero había estado en la expedición de Alonso de Ojeda por las costas de Panamá, y los dos habían acompañado a Diego Velázquez en la conquista de Cuba en 1511. Por su antigüedad y estrecha relación con el gobernador, consideraron una grave afrenta que Cortés les encadenara, pero la experiencia les había transformado en hombres prácticos. Habían aprendido a no desenvainar la espada guiados por un impulso, sobre todo si tenían las de perder y se les ofrecía una salida digna, como había sido el caso. El capitán había rectificado, les mantenía en sus cargos y mostraba que seguía teniéndoles confianza. Ellos, como buenos caballeros castellanos, correspondían con su lealtad... por lo menos de momento.

—Llegué a creer que nunca superaríamos esas montañas —apuntó Juan Velázquez mientras se frotaba las manos con las palmas abiertas— por Dios Nuestro Señor que jamás había sufrido tanto frío ni sentido tanta debilidad.

—¡Menudo ejército! —exclamó Diego de Ordaz— Más perecíamos una expedición de peregrinos enfermos que van a visitar a nuestro venerado Santo Apóstol Santiago.

—Pensad que habría sucedido si se sublevan estos indios que van con nosotros o nos atacan los del Mutezuma ese... ¡habría sido el final de nuestros días! —señaló Velázquez— Porque no nos habría dado salvación ni Nuestro Señor Jesucristo, ni ese Quezacoa o como quiera llamarse ese ídolo que dicen que ha regresado, ni la puta madre que le parió.

Los dos rieron a pierna suelta y bebieron del vaso de vino que sus *mujeres* totonacas habían llenado ya dos veces. Lo habían traído de Cuba y se les estaba agotando.

—¡Otra razón para regresar!, jajaja.

El camino hasta Iztacamaxtitlan, verdadero nombre de Castilblanco, había sido muy duro. Lentamente, sin los caminos marcados, tuvieron que andar por una cordillera neovolcánica que en ocasiones alcanzaba los cuatro mil metros de altitud. Soldados, mujeres, porteadores, caballos, perros, suministros y material de guerra, pasaron muy cerca de la cumbre nevada del Citlaltépetl, al que después se llamaría de Orizaba. Durante el día, un cortante viento helado dificultaba el avance. De noche, acampaban a la intemperie, sin más abrigo que sus armaduras y algunas mantas. Venían del mar Caribe y no estaban preparados para ese clima. Muchos enfermaron, y varios indios cubanos murieron en el camino.

Además de las bajas temperaturas, sentían que les faltaba el aire y padecían mareos, vómitos y un extenuante cansancio. No estaban acostumbrados a tan elevada altitud y sufrían sus debilitantes efectos. «Antes de luchar contra los indios, habremos muerto» concluyó más de uno. ¿Cómo no iban a estar deseando abandonar? Habrían dado cualquier cosa por despertar y verse fuera de esa terrible pesadilla. Pero no era un sueño. Y no había retorno, ¡triunfar o morir!... En aquellos días de agonía, atravesando el macizo de Nauhcampatépetl, muchos se convencieron de que se encontraban bastante más cerca de lo segundo.

—¿Piensa vuesa merced que hemos de encontrar la ocasión para regresar? —preguntó Juan Velázquez.

—Quizás más adelante, con la ayuda de Dios Nuestro Señor, tenga a bien presentarse —contestó Diego de Ordaz, asintiendo con la cabeza lentamente.

—¡Por los clavos de Cristo que será pronto o no llegará! —sentenció Velázquez, alterado— Pues cada día nos alejamos más de la costa y debemos de soportar más peligros.

—¡Paciencia, capitán! Siempre hay una oportunidad nueva, y si Dios así no lo quisiera, pues que tenga a bien darnos la gracia de conquistar estas tierras en su nombre... ¡Qué siendo así nos tendremos ricos y gozaremos de buenos privilegios!

—Yo por mi parte desearía regresar, bien lo sabéis vos señor de Ordaz... aunque no tanto por mi pariente el gobernador, con quien tengo a bien saldada cualquier deuda, sino por lo dificultoso de esta empresa, en la que nos habernos por la tozuda voluntad de nuestro capitán Hernando Cortés. Si no conseguimos que cambie su idea, y me temo que no habremos de verlo, tened por seguro que en cualquiera de estos lugares, los indios nos impondrán su muy grande superioridad.

—Mi buen amigo —intervino Ordaz, aprovechando la pausa— su señoría Hernando Cortés, además de valiente que eso nadie lo ponga en duda delante de mi espada, es un loco soñador que nos lleva a la grandeza o a la muerte. Y si no lo remediásemos volviéndonos a la Fernandina, creo que será la muerte que nos dará

una flecha acertada o una de esas piedras afiladas... Y eso si tenemos suerte y no nos arrancan el corazón en uno de esos sacrificios... ¡Qué Nuestro Señor Jesucristo no lo permita!

—¡Eso ni lo mencionéis, señor! Que es cosa de Lucifer —estalló Velázquez de León— Si Dios decidiera que nuestra hora de rendirle cuentas ha llegado, quiera que sea en la batalla donde hemos de morir como valientes caballeros.

—Dice bien vuesa merced. Pues no hemos de ser los cristianos, defensores de la Santa Cruz, las víctimas de esas ceremonias diabólicas.

Dicho esto, los dos se quedaron callados. En el fondo, como sucedía a los demás expedicionarios, aunque les daba pánico pensarlo y la negación era su arma psicológica para el autoengaño, sabían que si caían prisioneros serían sacrificados en esos aterradores templos, siguiendo la misma suerte que los cientos de indios cuyos restos habían contemplado en todos los pueblos de su recorrido. Sin quererlo, vinieron a su mente los vestidos y cabellos de los sacerdotes manchados con la sangre de sus víctimas, el olor putrefacto de los templos, los cadáveres sin el corazón esparcidos por el suelo, los cráneos apiñados, los restos de vísceras, huesos y órganos de los sacrificados...

Diego de Ordaz vomitó, y su compañero imitó el ejemplo.

—¡Dejemos los malos pensamientos!... pues estamos vivos y Dios quiera que por mucho tiempo para servirle —propuso Velázquez de León, una vez recuperados.

—Así es, señor. Olvidemos todo eso y brindemos por nuestra buena Providencia.

Una de las mujeres volvió a llenar las copas al entender el gesto que lo requería y los dos capitanes las chocaron. Después, con más melancolía que alegría, bebieron en silencio hasta que les pudo el sueño.

En los días siguientes, mientras su ejército se recuperaba, Hernán Cortés mantuvo varias conversaciones con el cacique de Castilblanco y, paralelamente, mandó a indios de Cempoala a hablar con los principales de otro pueblo, al que, según entendieron, decían Tascaltecal. Recordaba que el cacique gordo le había aconsejado que en su camino a Temixtitan pasara por este territorio independiente, pues eran enemigos irreconciliables de los culua y, probablemente, le prestarían apoyo. Al extremeño le pareció un buen consejo, y ya era la tercera vez que enviaba embajadores. Sin embargo, ninguno había regresado. Decidió intentarlo de nuevo, reiterando su deseo de ir a Tascaltecal en son de paz «para conocer y platicar con los que son grandes señores de un pueblo muy valiente que, a diferencia de sus vecinos, se resiste al poderoso Mutezuma». Los mensajeros llevaban regalos en señal de amistad y tenían el cometido de transmitir tres cosas. Que los hombres barbados estaban liberando a muchos pueblos de su servidumbre a los culua. Que tenían intención de llegar hasta Temixtitan para conquistarlo en el nombre de un rey muy poderoso y del único dios verdadero. Y que, con este propósito, deseaban hablar sobre una posible alianza o, como mínimo, pedirles permiso para poder pasar por su

territorio en calidad de amigos.

Sobre las once y media de una mañana calurosa, Olintacle, cacique de Iztacamaxtitlan, se reunió con su huésped, Hernando Cortés, para hablar sobre la situación de los castellanos. Para poderse entender, el capitán acudió con sus dos lenguas, Jerónimo de Aguilar y Marina, tal y como solía hacer desde que providencialmente, había encontrado a ambos intérpretes. Cortés hablaba en español, Aguilar lo traducía a un dialecto del maya y Marina, a su vez, lo trasladaba al náhuatl. El proceso se invertía cuando hablaba el jefe indígena. Era un sistema lento y dificultoso, pero muy útil, pues a pesar de las pérdidas que se producían con tantos intermediarios y sus limitados conocimientos, resultaba posible una sencilla comunicación verbal. Las lenguas eran fundamentales. Su presencia tranquilizaba a los expedicionarios.

Olintacle explicó al extremeño que Moctezuma era el *huey tlatoaní* más poderoso que existía, que estaba al frente de un gran imperio al que rendían tributos muchos pueblos, entre ellos el suyo, y que nunca podría derrotarlo con un ejército tan reducido.

Mientras hablaba, Cortés le observaba con mucha atención, intentando transmitirle amabilidad y respeto, a la vez que procuraba comprender el talante de su mensaje. Notó que el cacique apenas le miraba a los ojos, y que su tono monótono y grave, reflejaba más el rechazo que la simpatía. Lo corroboró por la arrogancia de su gesto inmóvil, al tiempo que Marina le hablaba en maya a Jerónimo de Aguilar. El relato que escuchó de éste, terminó de confirmarlo. Mientras lo oía, asentía con cortesía y prudencia, indicando que estaba entendiendo, pero sin mostrar las emociones que pudieran delatar el efecto de las palabras. Sin perder la compostura, respondió:

—Señor de Castilblanco —hizo una breve pausa— Como corresponde a un gran jefe, habéis mostrado la muy apreciada virtud de la generosidad, dándole el alimento y el acomodo a los que vienen conmigo.

Dicho esto, se detuvo intencionadamente, e hizo un gesto a Aguilar para que lo tradujera. Mientras hablaba Marina, observó que sus palabras impactaban. El cacique fue cambiando el semblante. Se volvió hacia el español e inclinó levemente la cabeza en señal de agradecimiento. En cuanto terminó la lengua, prosiguió Cortés con el tono elegante que gustaba utilizar en sus discursos:

—Creo que sois sincero en cuanto decís de la grandeza del señor Mutezuma. Pero habéis de saber que yo sirvo al rey Don Carlos, quien con la gracia que le ha concedido Dios, gobierna el imperio más poderoso sobre la tierra. Y es por esto que no puedo detenerme, sino ir presto allá donde está Mutezuma, pues he de cumplir mi destino de pedirle que se reconozca vasallo de mi señor y acepte la fe cristiana, la única y verdadera.

Para Aguilar fue un párrafo demasiado largo, difícil de recordar y más aún de traducir al maya, pues no lo dominaba con tanto adorno, pero puso su mejor empeño

para transmitir, más o menos, lo que Cortés había querido decir. Este notó que el intérprete dudaba en la búsqueda de las palabras e intuyó que las elegidas no podían reflejar lo que él había expresado, ya que carecían de la entonación y los gestos que, con tanto detalle, había acentuado. Sin embargo, le sorprendió Marina, pues le dio la impresión de que sin comprender el español, había captado la fuerza de su mensaje y así se lo transmitía en náhuatl al jefe Olintacle.

«¡Qué suerte tenerla a ella!» pensó mientras oía a la mujer y observaba la reacción del cacique. Esta vez, dedujo que su interlocutor estaba asustado. En su contestación a Marina, la locución era acelerada, su cara reflejaba preocupación y su cuerpo se movía agitado. La propia mujer recogió parte de esa tensión cuando escuchó y transmitió el mensaje. Cortés reparó en el detalle y se preparó para recibir las palabras de Aguilar.

—Dice que es un vasallo de Mutezuma... y que por eso no puede tenernos como huéspedes mucho tiempo, pues el señor de Temixtitan podría castigar a su pueblo señaló el intérprete, después de hacerle a Marina dos preguntas aclaratorias y pensárselo unos segundos.

Todavía no había terminado, cuando Olintacle, impaciente, volvió a dirigirse a Marina. Durante unos segundos, ambos hablaron a la vez. Después, siguiendo la cadena establecida, la mujer volvió a traducir. Por un lado, dirigía a Aguilar sus palabras en maya. A la vez, intermitentemente, giraba la vista hacia Cortés, intentando transmitirle el mensaje con algunos gestos.

El capitán entendió que Olintacle le pedía que se fueran y que a diferencia de otros pueblos por los que habían pasado antes, no se uniría a ellos. Aguilar sólo transmitió lo primero. Cortés, haciendo ostensibles movimientos con los brazos y las manos, le pidió al intérprete que preguntara sobre el segundo aspecto. Cuando Marina observó los gestos, miró al extremeño y negó con la cabeza. Después, al escuchar a Aguilar, volvió a establecer el contacto visual con el capitán y reiteró la negación con mayor contundencia. Don Hernando contestó a la lengua con un leve pero inapelable movimiento de su mano, indicándole que interrumpiera la cadena.

El cacique volvió a hablar, y don Hernando creyó entender la palabra Tascaltecal, el lugar al que había enviado emisarios y que consideraba su siguiente etapa. Tras intervenir Marina, llegó el turno de Aguilar.

—Dice el señor que no vayamos a un lugar llamado Tasacala, Tascatecala o algo así que no lo entendí muy bien el nombre... dice que es un pueblo guerrero muy peligroso... que sigamos por otra ruta hasta Churulatecalan que así me pareció entender este otro lugar... que es una ciudad amiga de Mutezuma.

Al atardecer de ese mismo día, Hernán Cortés se reunió con sus capitanes para hablar sobre la estrategia a seguir. Planteó que debían decidir si continuaban hacia Tascaltecal, como les había recomendado el cacique gordo de Cempoal, o si siguiendo las indicaciones de Olintacle, se dirigían a Churultecal. La decisión tenía

una trascendencia enorme, por lo que el extremeño quería implicar a sus principales. Cristóbal de Olid fue el primero en tomar la palabra:

—Señorías, no me resulta de buen fiar este señor Olintacle, pues aunque nos proporciona alimentos y hospedaje, más parece que lo hace de no muy buena gana.

—¿Teméis que nos esté mintiendo sobre el peligro que nos acecharía acercándonos a Tascaltecal, o como se diga tal lugar? —contestó enseguida Diego de Ordaz— ¿Es que no es cierto que son muy valientes guerreros que nunca fueron sometidos por Mutezuma?... ¿Por qué razón iban a ser más indulgentes con nosotros?

—Seguramente, señor, que no os faltará la razón, y serán un pueblo peligroso en la guerra —volvió a hablar Olid— Pero prefiero estar del lado de los enemigos del tal Mutezuma... que junto a sus vasallos. Además, no creo que nos hagan mal cuando los emisarios les hagan saber de nuestros buenos propósitos.

—Señor de Olid, recordad que de cuantos emisarios hemos enviado ¡ninguno ha regresado! —intervino Juan Velázquez, con gran determinación— ¿No es cierto, señoría, que no habernos noticias de tales mensajeros? —preguntó a Cortés, con la suficiencia del que creé que ha aportado un argumento definitivo.

Todos miraron al capitán, esperando su contestación. Este se llevó una mano a la emblemática perilla que procuraba cuidar un par de veces a la semana y se recreó en su tacto. Finalmente, con el semblante serio, respondió:

—Así es lo que es cierto, señor Velázquez de León.

La confirmación ocasionó un pequeño alboroto. Varios quisieron intervenir a la vez y elevaron la voz para que sobresaliera. Otros intercambiaban palabras entre ellos y sus conversaciones se aislaron del resto. Cortés llamó al orden, pero los capitanes no recuperaban la compostura y tuvo que insistir dos veces más. Logrado el silencio, dio la palabra a Juan Velázquez para que concluyera su alegato.

—Pareceme evidente que si los de Tascaltecal tuvieran la voluntad de ser nuestros amigos, tendríamos la nueva de los emisarios que allí fueron. Seguramente estarán presos... ¡o los habrán matado!... ¿No es suficiente esta señal para saber que dirigirnos a ese lugar sólo nos traería desgracias?

—Entonces, señor, ¿Pensáis que estaremos más seguros en Churultecal, una ciudad que es amiga de Mutezuma? —interrogó Pedro de Alvarado.

—También lo es Castilblanco ¿no es cierto? —respondió Diego de Ordaz, tomando el relevo de su amigo Velázquez— Y sin embargo ¡aquí estamos!

—Al parecer, Churultecal no es Castilblanco —informó Alvarado— Según nos han dicho nuestros amigos de Cempoal, se trata de una ciudad sagrada muy grande, con muchas casas y mezquitas. Un lugar apropiado para una celada.

Diego de Ordaz y Juan Velázquez se miraron e intercambiaron un gesto que ambos entendieron a la perfección. Se les presentaba otra oportunidad.

Señores capitanes, ¿No es de vuestro parecer que ninguna de las dos propuestas favorece nuestros intereses? —apuntó Velázquez.

—Señor Juan Velázquez de León —intervino enojado, el joven Sandoval— ¿Estáis haciendo la insinuación de que debiéramos permanecer aquí, en Castilblanco? ... ¿O volvéis a la idea de que lo mejor es regresar a Cuba para ponernos en el regazo de vuestro pariente el gobernador?

—¡Vive Dios que ningún jovenzuelo ha de hablarme así! —reaccionó alterado el aludido, llevándose la mano a la empuñadura de la espada.

—¡Calmaos, caballeros! —exclamó Cortés con voz grave, al tiempo que Ordaz sujetaba a Velázquez y Alvarado hacía lo propio con Sandoval— ¡Que es la palabra la única arma que aquí ha de usarse!

La brutal tensión que soportaban, propiciaba que ocurrieran este tipo de conatos, sobre todo cuando los principales estaban a solas y se desinhibían. Delante de la tropa y los aliados indios, se esforzaban por mostrarse confiados y unidos, pero en la intimidad pasaban estas cosas. Los arrebatos sembraban la alarma, aunque por fortuna no pasaban de ahí. En el fondo, todos sabían que se necesitaban mutuamente para sobrevivir, y esta motivación común predominaba sobre cualquier discrepancia.

Apaciguados los ánimos, don Hernando entendió que su turno había llegado. Lentamente, mostrándose pensativo pero no inseguro, movió su vista de derecha a izquierda, intentando captar el sentir de cada uno de sus hombres. Le gustaba escucharlos antes de pronunciarse él. Ahora, todos esperaban sus palabras.

—Señores, habernos llegado hasta aquí pasando grandes privaciones y peligros, guiados y protegidos por Nuestro Señor Jesucristo, quien se sacrificó en la Santa Cruz para transmitirnos la verdadera fe. Tened presente que es su voluntad que propaguemos la religión cristiana entre estos pueblos que aún no la conocen, pues es por esta ignorancia que adoran a ídolos impostores a los que honran con ceremonias propias del diablo, sacrificando a inocentes hijos de Dios y hasta comiendo su carne después de muertos... Y es por la gloria de nuestro rey Don Carlos y Su Majestad la reina Doña Juana que engrandezcamos a Castilla y a las Españas con la conquista de los territorios de este Nuevo Mundo. Es menester que no dudemos de este glorioso propósito y habernos de permanecer unidos para conseguirlo.

Los capitanes guardaron silencio mientras Cortés se tomaba un pequeño respiro. El extremeño valoraba la importancia de las pausas. Ayudaban a asentar sus mensajes anteriores y preparaban la atención de la audiencia para los siguientes. Además, a él le orientaban sobre la eficacia de sus palabras, pues era en esos instantes cuando percibía el efecto que estaban teniendo. En esta ocasión, como en muchas otras, había elegido un discurso que pretendía ser profundo y muy impactante, con el propósito de involucrar emocionalmente a sus hombres y prepararlos para un gran esfuerzo conjunto. Sabía que necesitaba hablarles de una importante misión en la que la gloria y el honor fueran verdaderamente trascendentes. De una oportunidad única para hacer algo muy notable y alcanzar mucha más riqueza, prestigio y posición social que en cualquier otra empresa. Sus hombres no podían conformarse con unos cuantos sacos de oro. Era fundamental que se ilusionaran con un proyecto de una envergadura

superior del que pudieran obtener grandes beneficios individuales. Y resultaba imprescindible convencerlos de que tenían un ambicioso objetivo común que exigía no dudar, no retroceder y estar cohesionados, pues como les decía a menudo «sólo si cada uno de nosotros ofrece su espada y su más grande esfuerzo al servicio desta grande empresa, será posible alcanzar nuestro común propósito unido al beneficio personal que cada señoría y soldado desean».

Es lo cierto que no habernos nueva, ni mala ni buena, de los embajadores que envié a Tascaltecal... y la causa bien podría ser que hubieran muerto o sean cautivos de los naturales —continuó el capitán— Pero debemos decidir si a pesar de este desconocimiento, avanzamos a ese lugar, procurando la alianza de un enemigo de Mutezuma, o marchamos por pueblos sometidos a éste, con la grande duda del recibimiento que han de darnos y, después, cuando continuásemos el camino a Temixtitan, el peligro de dejar a indios hostiles en nuestra retaguardia.

Dejó un breve intervalo para pasar rápida revista a las caras de sus hombres. Se dio cuenta de que les estaba convenciendo con sus argumentos y confirmó que ésta era la manera de conducirlos. Enseguida, prosiguió:

—Sabemos que los tascaltecas, como así les llaman, son rivales de los de Temixtitan y nunca han sido vencidos por ellos. Y también que éstos han cortado los caminos para su aprovisionamiento, por lo que aquellos sufren de grandes privaciones. Es posible, señorías, que quieran unirse a nuestras fuerzas para luchar contra el enemigo que padecen desde tiempos de sus padres, abuelos y hasta bisabuelos y más allá... y tomarse la venganza de tantos años de penalidades.

Como quería que sus hombres valorasen estos razonamientos, hizo otra pausa y abrió sus ojos expresivamente al tiempo que asentía con su cabeza, acentuando que podía ser una opción muy beneficiosa. Después, pasó su mano derecha por la barba y se quedó unos segundos pensativo con la mirada fija, hasta que recuperó el habla.

—Es la verdad, y no puedo negárselo a vuestras señorías, pues no sería un digno capitán si así lo hiciera, que existe el peligro de no haber un buen recibimiento de los de Tascaltecal... y que, en esa mala ventura, nos hicieran la guerra. Pero si sucediere, tengo la seguridad de que con la protección de Nuestro Señor Jesucristo, la Santa Cruz y el Santo Apóstol Santiago, ¡venceremos!... pues así ha sido hasta este día de hoy. Además, tengo la confianza de que antes o más tarde, llegaremos al acuerdo de paz y alianza que es nuestro deseo, pues ha de unirnos el mismo propósito y es lo natural que así sea.

Observó que sus capitanes asentían y oyó a Olid, Sandoval y Alvarado apoyar en voz baja sus palabras. Ordaz y Velázquez de León no hablaron, pero dieron su aprobación moviendo la cabeza. El extremeño sabía que no estaban convencidos del todo e intuía que seguirían pensando que la mejor opción era regresar a Cuba, pero le bastó ese gesto para aceptar su compromiso. Eran buenos capitanes y hombres de palabra. No podía prescindir de ellos. Además, no debía pretender que todos sus soldados coincidieran plenamente con sus ideas. Era suficiente saber que por su

propio beneficio harían su mejor esfuerzo. Y en este caso no tenía dudas. Si llegase el momento de luchar contra los de Tascaltecal u otros indios enemigos, Ordaz, Velázquez y cualquiera de los que allí estaban, lo harían con los cinco sentidos para defender su vida y la de los demás españoles, pues sabían que en clara inferioridad de número, la supervivencia dependía de la fortaleza conjunta.

El 31 de agosto de 1519, tras haber oído misa, Hernando Cortés y su ejército entraron en el territorio de Tlaxcallan. El contingente estaba compuesto por quince hombres a caballo y unos trescientos infantes con arcabuces, ballestas, espadas y rodela, además de los cañones con sus artilleros, algunas mujeres, dos clérigos y unos mil quinientos aliados totonacas y de otros pueblos por los que habían pasado, entre ellos un grupo de Iztacamaxtitlan que el cacique Olintacle, finalmente, había aportado. En el límite, vieron una impresionante muralla de piedra de tres metros de altura que unía dos montañas. Una clara advertencia de que, a partir de allí, encontrarían a un pueblo guerrero acostumbrado a defenderse exitosamente. Una nación orgullosa que no aceptaba la sumisión, dispuesta a morir antes que entregarse. Hernán Cortés lo intuía. Y por eso deseaba una alianza. Tenía claro que debía convencer a los tlaxcaltecas de que ambos podían perseguir un objetivo común: la lucha y la victoria frente al enemigo culua.

El capitán detuvo la marcha para observar la muralla antes de cruzarla. Habían vuelto los exploradores y sabía que los tlaxcaltecas no les estaban esperando detrás. Pero quería darle a este momento la solemnidad que, según él, merecía. Dejó que la emoción creciera y les invadiera de sensaciones intensas. Entonces, dio la señal de avanzar y, estimulado por la decisión, espoleó a su caballo. Poco a poco, sin bajar la guardia, rebasaron el cercado y se adentraron en ese territorio desconocido al que no habían sido invitados. Llevaban la incertidumbre del recibimiento que les esperaba y el temor al enfrentamiento con valientes guerreros de cuyas hazañas habían oído.

—¿Cómo es que dicen que se llama este lugar? —preguntó uno de los soldados de la infantería a sus compañeros.

—Tastecan o algo así —respondió otro.

—¿Tas qué? —gritó un tercero que iba en otra fila.

—¡Tacateca, pardié!, o como lo haya dissho su puta madre o er mismo Quesacoa ese —dijo en alto un andaluz, arrancando las carcajadas de casi toda la columna.

—Pues me voy a cagar en su bastardo nombre como nos hagan la guerra... porque el hijo de mi santa puta madre no ha venido a morir en un lugar del que hasta Dios se había olvidado —sentenció otro infante que no quería quedarse atrás.

Durante un rato, los soldados siguieron bromeando. Eran hombres de muy diversa procedencia. La mayoría de Castilla, fundamentalmente andaluces, extremeños, vascos y puros castellanos. Pero también los había aragoneses, portugueses, genoveses y de otros lugares. Algunos habían sido profesionales en las campañas de Italia y otras guerras europeas. Otros habían emigrado jóvenes a las Indias. Los había primerizos, pero la mayoría acumulaba experiencia de otras expediciones y luchas

contra los indígenas. Los había con oficios: carpinteros, herreros, agricultores, barberos, escribanos, marineros... También estaban los hidalgos empobrecidos, deseosos de honores y riquezas. Y por supuesto, los delincuentes huidos de España, las islas conquistadas u otros lugares, que buscaban el anonimato y la oportunidad de una nueva vida.

Todos ellos, siguiendo la orden de Cortés, continuaron avanzando en silencio con los ojos bien abiertos. El miedo favorecía el tenso sobreesfuerzo de sus sentidos. Seguramente, estaban convencidos, les vigilaban desde la distancia, esperando el mejor momento para echarse sobre ellos. «¿Por qué nos dejan continuar?» se preguntaban algunos. Poco antes de que se hiciera de noche, instalaron su campamento en suelo de Tlaxcala. No sabían pronunciar el nombre, pero intuían que por primera vez podían enfrentarse a un enemigo verdaderamente peligroso. Mientras intentaban descansar un poco, muchos añoraron la bella Cuba y maldijeron el día en que la abandonaron.

3

MÉXICO

«Americanos: ¿Quién de vosotros puede decir que no
desciende de español?»

En la Proclama de Iguala (24-2-1821),
punto de partida de la independencia de México

México DF, 28 de octubre de 2006

A las cinco y veinte de la tarde, más o menos en el horario previsto, el vuelo de Iberia procedente de Madrid aterrizó en el aeropuerto internacional de la Ciudad de México. Tras hacer su recorrido terrestre y aproximarse con cuidado al *finger*, se abrió una de las puertas delanteras y la lenta procesión de pasajeros debilitados por el cansancio, fue abandonando la cabina. Llevaban doce horas en el avión y en su reloj español ya eran las doce y veinte de la noche. Un largo, monótono y pesado día que todavía no había culminado.

Uno de los últimos en salir fue Camilo Queimadelos, no sin antes dar las gracias y saludar, cortésmente, a cada una de las azafatas que encontró en su amplio recorrido desde la parte trasera del avión. Era su primer viaje a México y se lo había pasado quejándose por haber aceptado la invitación. Le ocurría a menudo: se entusiasmaba, aceptaba, le daba pereza, se arrepentía al acercarse la fecha, se lamentaba cuando ya no tenía remedio y, finalmente, disfrutaba y regresaba contento. Siguiendo este ciclo, a sus cincuenta y seis años había viajado a varios países de Europa y América para participar en cursos y congresos. Dos veces había estado a punto de acudir a México, pero por distintos motivos el proyecto no había cuajado. «¡Por fin estoy aquí!» pensó al atravesar la puerta.

Mientras avanzaba por el largo pasillo de la terminal hacia el control de inmigración, recordó la llamada de su buena amiga Milagros Ezquerro.



—¿Te interesaría ir a México? —le había preguntado.

—¿Por qué no? Todavía no lo conozco y me apetece mucho. Tú has estado varias veces ¿verdad?

—Sí. Precisamente acabo de regresar de allí. He impartido un curso de Psicología del Deporte en la Universidad Iberoamericana de León, en el estado de Guanajuato. Allí me han preguntado si te conocía. Tienen tus libros y están interesados en que vayas a darles un seminario sobre liderazgo. Por supuesto, les he dicho que es una gran idea y que nadie mejor que tú para hablarles sobre eso.

—Muchas gracias, Milagros. ¿Les has dado mi *email* para que se pongan en contacto?

—No. Primero quería consultártelo. Pero si estás de acuerdo, se lo paso y que te escriban para explicarte las condiciones y todos los detalles.

—Claro, claro... muy bien...

—Conociéndote, creo que te encantará México. Deberías hacer lo posible por ir.

—Bueno... ya veremos... la verdad es que en principio me apetece... ¿Está lejos León de la ciudad de México?

—A una hora de avión. Pero el seminario no sería allí, sino en Puebla. También en la Universidad Iberoamericana, pero en Puebla, a unas dos horas en coche desde México DF.

«Así que entre que salgo de aquí y llego al hotel, todavía me quedan... por lo menos... otras tres horas antes de poder descansar» calculó sintiendo que el objetivo inmediato aún se encontraba lejos. «¡Y eso con suerte!». Habían quedado en ir a recogerlo, y Camilo reparó, aterrado, en que allí eran aún las cinco y media de la tarde. «¡A lo mejor tienen organizada una cena!». Sólo de pensarlo, le entraba una flojera tremenda. Era habitual que los anfitriones que lo recibían, con su mejor intención, eso nunca lo había dudado, quisieran atenderlo desde el primer momento, sin percatarse del agotamiento del viaje. La situación era especialmente incómoda en América, porque se añadía el problema del cambio horario. Recordaba ahora que en la República Dominicana tuvo que hacer grandes esfuerzos para no dormirse durante una larguísima cena en la que los organizadores le hablaban de sus investigaciones y conversaban entre ellos de sus asuntos domésticos. Y en Brasil le había sucedido algo parecido, a pesar de que lo llevaron a un animadísimo local con unas insinuantes camareras que le parecieron preciosas. «¡Paciencia!... Prepárate para una larga noche llena de sorpresas» se aleccionó para anticipar cualquier contrariedad. No tardó mucho en surgir la primera. Tan sólo dos minutos más tarde, se encontró en una interminable fila en forma de serpiente que desembocaba en los puestos de la policía. Se llevó la mano a la cabeza y exclamó «ufff... ¡mi madre!... lo que faltaba... ¡menuda faena!»

Camilo Queimadelos Solleiro había nacido en Pontevedra, donde pasó su infancia y su adolescencia. Se trasladó a Madrid para estudiar Filosofía y Letras en la Universidad Complutense y, cinco años más tarde, terminó brillantemente la

especialidad de Psicología. En los dos últimos cursos, disfrutó de una pequeña beca de colaborador con el eminente profesor José Luís Pinillos. Después, bajo la dirección de éste, realizó el doctorado, defendiendo una novedosa tesis sobre el Dogmatismo que mereció el *cum laude* y el premio extraordinario. Mientras tanto, inició su carrera docente como profesor ayudante del mismo Pinillos. Diez años más tarde, consiguió una plaza permanente como profesor adjunto, hasta que accedió por oposición al cuerpo de catedráticos. Poco a poco, se fue especializando en las áreas del liderazgo y el funcionamiento de los grupos, llegando a ser un reconocido experto en estos ámbitos.

Aparte de su trabajo docente e investigador, solía asesorar a directivos de empresas y, con cierta frecuencia, impartía cursos, seminarios y conferencias en España y el extranjero. En algunos países, su escaso dominio del inglés le obligaba a enseñar a través de intérpretes. Lamentaba mucho no dominar ese idioma, pero como explicaba siempre «en mi colegio se estudiaba francés... y no muy bien». Le incomodaba no hablarlo ni comprenderlo, y le frustraba enormemente no entender dos libros suyos que habían sido traducidos a esa lengua. «Supongo que transmitirán lo que he escrito en el original» pensaba cuando los veía. Pero claro, no estaba seguro.

Tampoco podía estarlo cuando dependía de los intérpretes en las conferencias y los cursos. Algunas veces, incluso había sido necesaria una doble traducción, como en Polonia unos meses antes. Él hablaba en español, un compañero que sabía inglés lo traducía a este idioma, y después, una señorita lo repetía en polaco. Cuando había una pregunta, el proceso se invertía, y tras la respuesta, volvía a cambiar de dirección. Había que hablar despacio para dar tiempo a los intérpretes y, de alguna manera, intentar percibir si éstos y los asistentes se estaban enterando de algo. Le divertía recordar que, en ocasiones, se formaba un pequeño caos que resultaba desesperante. Ocurría cuando el intérprete no había comprendido bien, no hallaba las palabras adecuadas o traducía incorrectamente. Reinaba la confusión y algunos destinatarios decidían intervenir por su cuenta preguntando o aportando su propia versión. «¿Qué *carallo* habrán entendido de lo que les he dicho?» solía preguntarse en estos casos. Muchas veces, hablaban varios a la vez para ponerse de acuerdo y había que esperar para saber cómo continuar. «¡Paciencia Camilo!». Otras veces, él o algún alumno hacían un planteamiento largo y el traductor los dejaba atónitos ;resumiéndolo en cuatro o cinco palabras! La mayor impotencia se producía cuando le llegaban preguntas que delataban que el autor, y deduciblemente sus compañeros, no se habían enterado o habían confundido lo esencial de la explicación. «Pueden suceder tres cosas: no he sabido explicarlo, el que pregunta es muy torpe o no estaba atento, o la traducción ha sido deficiente». Había aprendido que trabajar con intérpretes exige hacer todo lo posible para facilitar su labor, pues de poco sirven los conocimientos que uno transmite si el traductor no lo refleja con la mayor precisión. Recordando todo esto, logró olvidarse del tedio de la fila y hasta sonrió un rato, llamando la

atención de dos jóvenes que le precedían. «¡Qué bien que aquí todos entenderemos el español!» pensó.

Todavía le quedaban tres giros de la cola de serpiente para ponerse frente a las cabinas de la policía. El movimiento era lento y cansino. Dos pasos adelante y a pararse. La cartera de mano al suelo para evitar el peso. Un rato de espera. La fila se mueve unos metros. Otra vez a detenerse. Se vuelve a avanzar... «¡Uff... aún está ahí el de las sandalias!... ¡y allí la de la mochila con el crío!... Esto va más lento que un carro de bueyes».

Solía leer sobre los lugares que iba a visitar. «Así aprovecho mejor el viaje». De Puebla había aprendido que fue fundada por los españoles en 1531, aprovechando una zona deshabitada próxima a los límites de Tlaxcala, Cholula y Huexotzinco, territorios que en la época prehispánica habían tenido un destacado peso. Los privilegios que otorgó el rey de Castilla a Tlaxcala por su decisiva participación en la conquista, dificultaban que los españoles pudieran asentarse allí, por lo que surgió la idea de construir una nueva ciudad en un enclave estratégico similar, entre la ciudad de México, donde estaban el virrey y la administración principal de Nueva España, y el puerto de Veracruz, su salida al mar y, por tanto, la conexión con España y las colonias del Caribe. Así nació Puebla de los Angeles, la ciudad de los españoles, impulsada en gran medida por los frailes que iniciaron el proceso de evangelización de los indígenas.

Puebla era el nombre que se designaba a un terreno vacío que se iba a poblar: «una puebla». Los frailes pidieron que esa puebla se llamara «Ciudad de Los Angeles» y así fue nombrada. Pero para entonces, todo el mundo le decía «La Puebla», por lo que a pesar de la insistencia de los religiosos, quedó así bautizada. El auge de la nueva ciudad fue enorme. Se trazaron sus calles rectas y perpendiculares, se construyeron sus edificios y empezaron a llegar sus pobladores castellanos. Muy pronto, aunque manteniendo el nombre, se trasladaría allí la diócesis de Tlaxcala, y Puebla se convertiría en la segunda capital del virreinato de Nueva España. «Tiene que ser un lugar muy interesante» había deducido Camilo. «Me alegro de que el seminario sea allí».

Por fin, le llegó el ansiado turno. En el mostrador le esperaba una policía de piel tostada bastante oscura que en contra de su apariencia de mala leche, resultó ser muy simpática.

—¿Cuánto tiempo va a estar en México? —le preguntó sonriendo, tras darle amablemente las buenas tardes y observar, con discreción, si su cara coincidía con la foto del pasaporte.

—Unas tres semanas.

—¿Viene por turismo o por negocios? —continuó la oficial, sin abandonar su expresión amable.

Camilo estaba de año sabático y había aceptado impartir un seminario dividido en varios bloques de clases. En los intervalos tendría tiempo para hacer turismo, pero en

realidad, venía a trabajar. Intuyó que si explicaba todo esto se complicaría la vida innecesariamente, así que respondió de forma escueta —turismo.

En pocos segundos, la mujer dividió en dos partes la tarjeta que el español le había entregado, archivó una de ellas, guardó la otra en el pasaporte, estampó en éste un sello, entregó el documento a Camilo y se despidió con mucha cortesía:

—Bienvenido a México.

Las siguientes etapas fueron rápidas. Su maleta le estaba esperando ya fuera de la cinta, y tras pulsar un botón y salir una luz verde, pasó enseguida el control de aduanas. Después, traspasó una puerta corredera que se había abierto automáticamente y se encontró frente a un enjambre de personas que estaban esperando a alguien. Sintió que durante un instante, todas le miraban a él. Hasta que comprendían, decepcionadas, que no era al que buscaban. Miró a su alrededor y no vio a nadie que lo reclamara. Recordó que por *email* había dado una descripción para que le reconocieran: «mido 1,78, soy más bien delgado, sin mucho pelo en la cabeza, aunque por detrás lo tengo un poco largo (si fuera más joven me haría una coleta, jajaja) y de color grisáceo; ¡ah! Llevaré puesta una chaqueta azul».

De pronto leyó un cartel que decía «Dr. Quemadelos». «¡Vaya!, se han comido la i» observó. Se abrió paso hasta allí y se presentó al que lo llevaba.

—¡Bienvenido doctor! —dijo el portador— soy Horacio Gabriel Rodríguez Hermosillo, de la *Ibero* de Puebla, para servirle. ¿Cómo está usted?

—Un poco cansado. Pero bien, muchas gracias.

—Estee... Tengo el carro en el estacionamiento —informó Horacio Gabriel, señalando el camino.

Un mozo del aeropuerto se ofreció para llevar en un carrito la maleta y la cartera de mano. Camilo, agotado, accedió agradecido. Los tres se desplazaron por un largo pasillo, sorteando a la bulliciosa multitud que lo abarrotaba. Preguntando y respondiendo sobre aspectos generales del viaje y, ¡como no!, de la situación meteorológica, llegaron al aparcamiento. Pronto estuvieron instalados en un coche de tamaño medio.

Horacio Gabriel Rodríguez era un hombre que aparentaba unos treinta y cinco años, medía más o menos 1,65 y mostraba algo de sobrepeso. Su piel era blanca y presumía de un poblado bigote de color negro muy intenso, el mismo que sus densas cejas y su cabello con amplias entradas peinado a raya en el lado izquierdo. Trabajaba como profesor en la Universidad Iberoamericana de Puebla y se presentó como uno de los organizadores del seminario que impartiría Camilo. Uno de sus cometidos consistía en atender al profesor invitado.

—Si quiere puede descansar, doctor —comentó Horacio— Es sábado y ahorita no es hora pico, pero el tráfico siempre está muy pesado aquí en el DE Tenemos una hora y media hasta Puebla.

Entre unas cosas y otras, ya eran las siete de la tarde, las dos de la madrugada en

España, y al escuchar este comentario pensó, esperanzado, que podría dormir un rato. Aunque por otro lado, le parecía un poco descortés estando con una persona a la que acababa de conocer. Pronto salió de dudas, porque Horacio Gabriel empezó a hablar y Camilo tuvo la impresión de que era de los que se sienten obligados a mantener una conversación y están incómodos cuando se prolonga el silencio.

—Sabe doctor, aquí en el DF viven veinte millones de personas —señaló Horacio, pensando que sorprendería al recién llegado.

—¡Aja! —contestó Camilo— Debe ser una de las ciudades más pobladas del mundo.

—¡Así es! —exclamó el mexicano, girando la cabeza hacia el español— Dicen que después de Tokio es la que más habitantes tiene.

Camilo se sintió aliviado cuando Horacio, antes de terminar la frase, volvió la vista al frente, justo a tiempo para no chocar con un escarabajo verde que con brusquedad se había detenido delante.

—Tranquilo, doctor. Así manejan los *chilangos*... y créame que los taxistas, en cuanto ven un posible cliente, son los peores de todos.

—¿Chilangos?

—Así es como decimos a los del DF.

Se había hecho de noche. El toyota de Horacio avanzaba despacio en uno de esos atascos que incluso en sábado, son tan habituales en la ciudad de México. Camilo miraba con curiosidad a través de los cristales, pero aparte de los restantes coches, apenas podía ver las casas de una o dos plantas que escoltaban la calzada y algunas vallas publicitarias. Notó que lenta y plácidamente se le cerraban los ojos. Se sintió en la gloria. Pero no duró mucho. La voz de su anfitrión le devolvió al mundo real.

—Ahorita es tarde doctor, y no disponemos del tiempo, pero en los días que tendrá libres debería visitar el DF.

—Sí, claro, pensaba hacerlo. Quiero conocer todo lo que pueda.

—Aquí, en el interior de México, tenemos lugares muy hermosos y con mucha historia prehispánica y de la época del virreinato. Muchas cosas que nos dejaron ustedes, los españoles.

—Me han recomendado que visite unas pirámides que no están lejos de la ciudad de México. Creo que se llaman... la del sol y la de la luna, o algo así —dijo Camilo dubitativo, mientras se volteaba hacia el conductor.

—Estee... Así es, doctor. Son las pirámides de la antigua ciudad de Teotihuacan. Es una visita casi obligada, pero también hay otros lugares: Puebla le gustará mucho, ya lo verá. Allí hay mucho que visitar. Y muy cerca está Cholula... También puede ir a Cuernavaca y a Tasco... y si tiene tiempo a Guanajuato, San Miguel de Allende, Queretaro, Morena, Zacatecas, San Luis Potosí... y por supuesto al DF... Yo soy de San Luís, pero ahora vivo en Puebla.

El profesor de la *Ibero* se mostraba en plena forma y no paraba de hablar. Camilo ya se había resignado a estar despierto.

—¿Sabe doctor que parte del DF está construido sobre un antiguo lago?

—Pues no, no lo sabía.

La respuesta convenció a Horacio Gabriel de que debía instruir un poco a su ignorante invitado. Sin quitar las manos del volante, giró la vista a su derecha y, con aire de erudito, continuó:

—Pues así es, doctor. Cuando llegaron ustedes, la antigua ciudad estaba en el centro del lago, en una isla, y se comunicaba con la tierra firme a través de puentes.

—¡Qué interesante! —exclamó Camilo.

—Ustedes se sorprendieron de ver una ciudad sobre una laguna, ya que había casas que estaban construidas en el agua —continuó explicando.

—¿Ustedes?

—Estee... Sí, ustedes, los españoles.

—La verdad es que yo, en concreto, no vine, jajaja... y que yo sepa, tampoco mis antepasados, jajaja...

—Bueno... usted me entiende. Me refiero a los conquistadores que vinieron con Hernán Cortés.

—¡Ya lo sé hombre! —aclaró el profesor, en un tono divertido. ¿Usted tiene antepasados españoles?

—No lo sé doctor, pero supongo que sí, que en algún momento vinieron de España. Así somos muchos mexicanos ¿no es cierto?

—Supongo que sí. Parece obvio ¿no? —contestó el doctor— Sin embargo, me han dicho que ustedes, los mexicanos, no sienten mucha simpatía por su pasado español. ¿Es así?

—Estee... Hay opiniones divididas... No quiero que se enoje doctor, pero muchos piensan que los españoles vinieron acá para explotar a los mexicanos y enriquecerse con el oro y la plata de nuestras minas. Y que para conseguirlo mataron, robaron y violaron a nuestras mujeres sin ningún pudor.

—Entonces... supongo que la imagen de Hernán Cortés y los demás conquistadores no será muy buena.

—¡Pues claro que no, doctor! ¿Cómo quiere? A Cortés se le considera un gran enemigo de los mexicanos. ¡Pues fíjese que vino a invadirnos y destruyó nuestra civilización! ¿Cómo quiere que se le considere?

—¡Vaya!... No lo había pensado —contestó el español— ¿A qué se refiere cuando dice nuestra civilización?

—Pues a la que había antes de llegar ustedes... bueno, los conquistadores. Los mexicanos teníamos una civilización bastante avanzada ¿sabe doctor? Y todo eso se acabó.

A Camilo le pareció curioso que un hombre de piel blanca, de claro origen español, hablara como si la civilización prehispánica fuera la suya y los conquistadores algo ajeno. «Es evidente que si no hubieran venido los

conquistadores, él no sería mexicano» reflexionó sin compartir el pensamiento. Cuidando mucho no ofenderlo, pues por encima de todo respetaba cualquier creencia y sentimiento, insistió en su argumentación:

—Entonces, la civilización que trajeron los españoles ¿no se considera mexicana?

—Bueno... en parte sí, claro. ¡Pues si estuvieron acá trescientos años!... Muchas costumbres españolas han quedado y ya son mexicanas. ¡Las adoptamos!... jajaja... Es lo lógico, ¿no cree?

—Pues sí, estoy de acuerdo —corroboró el profesor— Usted lo ha dicho... han sido trescientos años.

—Mire doctor. Yo no tengo nada en contra de los españoles... y no me molesta platicar de esto con usted, cuando guste. Pero fíjese bien con quién habla de estas cosas. Aquí hay mucha gente que puede incomodarse si les platica de Cortés, de los conquistadores o de la época colonial.

El profesor agradeció el consejo y entendió perfectamente que debía tener cuidado con estos temas. Le dio la impresión de que se trataba de uno de esos asuntos tabú sobre los que se mal informa para potenciar prejuicios que convienen a la clase dirigente. Algo que en su tesis doctoral sobre el Dogmatismo había estudiado ampliamente. Ahora, aquí en México, podía hallar un buen ejemplo.

—¡Doctor!, ¡doctor!

—Eh... si...

—¡Ya estamos en Puebla! —la voz de Horacio Gabriel regresó a Camilo de un agradable sueño. Ni se había dado cuenta. Sólo creía recordar que el mexicano le contaba cosas de su universidad y algo sobre una investigación, pero no tenía claro si en verdad había sucedido o sólo lo había soñado.

—¡Disculpe!, me quedé dormido... ya sabe, el cambio horario —dijo medio avergonzado.

—No se disculpe doctor, es lo normal, ¿qué hora es allá? —intervino Horacio, quitándole importancia.

—¡Uff!, las cuatro de la madrugada. A estas horas, normalmente, ya llevo durmiendo bastante tiempo.

—Estee... Supongo que quiere cenar algo —comentó el anfitrión, dándolo por hecho.

—Muchas gracias, pero estoy muy cansado y preferiría irme a dormir cuanto antes —contestó tajantemente el español, para que no hubiera ninguna duda.

Había poco tráfico y sólo encontraron en rojo un par de semáforos, por lo que enseguida estuvieron en los alrededores del centro histórico. El coche se detuvo en una calle oscura y poco concurrida.

—¡Aquí es! —informó Horacio— Es un hotel muy bonito, de estilo colonial. Espero que se sienta a gusto.

Salió del vehículo y vio un edificio rosa de dos plantas con la puerta cerrada. Resultaba llamativo, pero en la oscuridad era difícil apreciarlo. El mexicano llamó al

timbre dos veces. Por fin, se asomó un chico joven que intercambió con Horacio algunas palabras. Después, cogió el equipaje del huésped y lo metió dentro.

—Bueno doctor, todo está arreglado. Aquí lo dejo. Mañana vendremos a desayunar con usted la maestra Islas y yo, y platicaremos del seminario. ¿Le parece bien a las diez?

—Perfecto, muchas gracias por todo —contestó Camilo mientras extendía su mano— Mañana estaré más despierto, jajaja.

El hotel le pareció encantador. Era una vieja casa colonial reformada, con su clásico patio interior, de estilo andaluz, reconvertido en un acogedor vestíbulo en el que plantas, azulejos pintados, grandes espejos, jarrones de barro, muebles antiguos, una pequeña fuente y otros detalles, conformaban un decorado original y elegante. Al fondo, una gran escalera de piedra con una fina barandilla de hierro que bordeaba dos paredes del patio, daba acceso al piso superior. Ascendiendo, apreció la belleza del conjunto y, ya en el piso de arriba, admiró dos arcones muy antiguos que consideró una auténtica reliquia. Allí estaba el espectacular portalón de madera vieja que daba acceso a su cuarto. Para abrirlo, se necesitaba acertar con una pesada llave de hierro, de las que uno no se lleva en el bolsillo sin darse cuenta. Por suerte, el chico que portaba su equipaje dejó las maletas en el suelo y mostrando la habilidad del que lo hace a diario, se encargó de eso. Una vez dentro, contempló una hermosa habitación del mismo estilo, sobresaliendo las vigas y muebles de cedro. Un armario con dibujos pintados a mano y una cama muy grande bajo palio destacaban a primera vista. Observó un televisor moderno apoyado en una mesa con muchos años y se percató de que allí sobraba.

Sin deshacer las maletas, hizo lo más imprescindible y se metió en la aristocrática cama con la intención de dormir como un lirón. Llevaba más de veinte horas en pie, había hecho un largo viaje y estaba agotado. «Bueno, aquí estoy» se dijo a sí mismo ya tumbado, ligeramente arropado y con la luz apagada. «¡Mi primera noche en México!» En pocos segundos se quedó profundamente dormido. Faltaba un cuarto para las diez de la noche y en España para las cinco de la madrugada.

Despierto desde hacia tiempo, no paraba de dar vueltas por la cama. De vez en cuando abría los ojos y podía darse cuenta de que todavía estaba oscuro. Miró el reloj y supo que eran las cuatro y diez. Cambiaba de posición e intentaba dormir, pero no lo lograba. Pensó en su abuela Juana. Andaluza, de Lebrija, conoció a un joven abogado gallego en un viaje a Sevilla. Ella, de visita a unos familiares. Él, por motivos de trabajo. Amor a primera vista. Cuatro años de difíciles relaciones debido a la distancia y las rígidas costumbres de la época. Boda y a vivir a Pontevedra. Allí nació su padre, también abogado, fallecido cuando él era todavía un adolescente.

Su madre, Pilar, era de La Coruña, donde su abuelo materno, natural de Tuy, ejercía como juez. Su ilusión era que Camilo, el mayor y único varón de sus cuatro hijos, estudiara Derecho e hiciera unas oposiciones para juez o, mejor aún, notario o registrador de la propiedad, pues eso era «asegurarse el futuro». Le costó aceptar que

su inteligente *rapaz* decidiera estudiar Filosofía y Letras. «Eso es cosa de maestros, curas y mujeres» sostenía convencida. Ella había hecho la carrera completa de piano y comprendía, no obstante, que su hijo era bastante creativo y necesitaba amplios espacios para desarrollar sus inquietudes. Por eso, no le extrañó que eligiera la especialidad de Psicología, algo nuevo y muy atractivo para alguien como él.

Entre el sueño y la vigilia, más ésta que aquél muy a pesar suyo, Camilo mezclaba todas estas ideas. Recordaba que de pequeño, cuando visitaba a su abuela, le gustaba dormir en su habitación. Entonces, por las mañanas, cuando se despertaba pronto y quería levantarse, ella le decía —¡tranquilo Camilo, mi niño, déjate estar en la cama!—. Esa última frase, «déjate estar», se la repetía ahora a modo de autoinstrucción. «¿Qué *carallo* voy a hacer levantado a las cuatro de la madrugada?». Tras un periodo indeterminado entre el blanco y el negro, por fin dio un salto de la cama. Se vistió con la primera ropa informal que encontró, calzó unas zapatillas de deportes y decidió andar por la ciudad. Para salir del hotel tuvo que despertar al conserje que dormía tras un biombo. Seguía siendo de noche y las calles estaban vacías. ¡Eran las seis menos veinticinco de un domingo!

El centro histórico de Puebla parte de una amplia plaza rectangular o zócalo, al estilo de las plazas mayores españolas, donde se construyeron la catedral y los edificios oficiales. Desde cada uno de sus cuatro ángulos, parten dos avenidas perpendiculares, y paralelas a éstas, se encuentran las restantes vías, alejándose progresivamente del núcleo central. En su mayoría, el trazado está formado por calles rectas de norte a sur y de este a oeste, que al igual que sucede en Nueva York y otras ciudades de los Estados Unidos, han sido numeradas, aunque en las paredes de sus edificios permanecen los nombres antiguos, un detalle que al profesor le pareció entrañable.

Nada más salir del hotel, situado en la avenida 9 oriente, giró a su izquierda por la calle 2 sur, una vía ancha que a esas horas estaba desierta y oscura. Poco tardó en llegar al zócalo, donde se detuvo para ver las luces que a modo de guante recortado, engalanaban el tronco y las ramas de los árboles. Aprovechando la parada, admiró la fachada de la emblemática catedral, también iluminada. «Debe ser muy hermosa por dentro» pensó «Si puedo, hoy mismo voy a visitarla». Decidió continuar por la misma vía que ahora se llamaba calle 2 norte, y observó los antiguos nombres de sus sucesivos tramos: Mercaderes, Santa Clara, Santa Teresa, San José. «¡Cuántos santos!» recapacitó «¡Cómo se nota la mano de los curas!». En el tramo de su mismo nombre, vio la vieja capilla de Santa Teresa y, un poco más adelante, el llamativo templo de Jesús Nazareno, cuyas campanas le saludaron al coincidir que ya eran las seis. «Parece que no soy el único que madruga aquí». Avanzando en línea recta, atravesó el *boulevard* 5 de mayo, una gran avenida ancha y circular que rodea casi todo el casco antiguo. Ya en el otro lado, subió una larga pendiente hasta llegar a un inmenso parque que llaman «Los Fuertes». Allí, vio un monumento bajo el que descansan los restos del general Ignacio Zaragoza y su esposa. Más arriba, fue

encontrándose letreros que le recordaron algo que había leído antes de iniciar el viaje.

En 1860, tras la guerra civil de Reforma entre liberales y conservadores, México estaba en la bancarrota y el presidente Benito Juárez decidió cancelar la deuda externa, perjudicando los intereses de sus principales acreedores: España, Inglaterra y Francia. Este último decidió intervenir militarmente. Al año siguiente, los franceses desembarcaron en Veracruz y se dirigieron a la capital. A su paso por Puebla, el 5 de mayo de 1862, en ese mismo escenario que él pisaba ahora, fueron derrotados por el ejército mexicano liderado por el general Zaragoza. El triunfo no fue suficiente para detener el avance francés, pero sirvió para fortalecer el objetivo de luchar por la independencia y la confianza en que se podía vencer. «Fue una victoria similar a la de Bailen en la guerra de la independencia española de 1808», reflexionó Camilo.

Continuó su paseo hasta lo más alto del parque, recorriendo unos quinientos metros de frondoso bosque sin encontrarse a nadie. «¿Quién coño va a estar aquí a estas horas?» Allí vio, muy interesado, los restos de piedra del cuartel de Guadalupe rodeados por un foso. En sus ruinosas almenas permanecían leales los viejos cañones que tan decisivos fueron. Levemente iluminado por la tímida claridad del alba, escoltado por árboles centinela y protegido por un ejército de pájaros invisibles que con su alegre canto anunciaban la mañana, el carismático lugar invitaba a la fantasía caballeresca. Dejándose llevar, imaginó la dureza de la batalla. Pensó en el pavoroso ruido de los cañones. Los hombres de ambos bandos disparando sus fusiles y empuñando las bayonetas en la lucha cuerpo a cuerpo. Los gritos bravucones para darse ánimos. El miedo de sus rostros desencajados. El dolor y la desesperación de los heridos. La venda en los ojos cuando caía el compañero. El valor. La solidaridad. La sangre. La muerte... La retirada humillante de los franceses. El júbilo de la victoria de los mexicanos... Le apasionó estar en el mismo escenario y sintió un gran respeto por todos los que allí habían luchado. «¡Cuántas emociones y pensamientos tras los uniformes, las armas y las acciones de todos esos soldados!» reflexionó involucrado. «Y sin embargo, ¡Qué poco se ha analizado cómo sienten y razonan los hombres anónimos que luchan en las guerras!... Interesan el motivo, los precipitantes, la estrategia, el desarrollo general, el desenlace final y las implicaciones de los tratados, pero poco importa el inmenso mundo interior de los protagonistas» continuó meditando.

Interrumpió estos pensamientos cuando percibió que, desde allí arriba, contemplaba el bello espectáculo de la ciudad mientras comenzaba a despertarse. Le fascino tanto que enseguida lo incorporó a sus figuraciones novelescas. Concibió al general Zaragoza en el amanecer de la gran batalla, observando esa hermosa vista tras la muralla de su fortaleza. «¿Qué pensaría?... ¿Qué sentiría?». Como buen líder, controlaría sus emociones adversas para estar ágil en las decisiones e infundir confianza a sus hombres. Apartaría de su mente las dudas insolubles y el pensamiento de la muerte que le habrían acompañado durante toda la noche, para centrarse en los aspectos estratégicos y decidir la arenga que transmitiría a su tropa. Lo más probable

es que hubiera dormido muy poco. Pero esa mañana tendría una enorme energía. Se sentiría fuerte y optimista. Dispuesto a enfrentarse al destino con el único objetivo de la victoria y la gloria.

Aunque no era un fanático de la Historia, como experto y estudioso del liderazgo le gustaba ponerse en el lugar de los personajes históricos que habían sido líderes relevantes. Desde esa perspectiva, procuraba comprender su problemática, sus posibles vivencias internas, sus estrategias de mando, la forma y el fondo de las decisiones que habían tomado. Después, analizaba las experiencias y extraía conclusiones útiles para el liderazgo actual. Era un ejercicio apasionante y muy enriquecedor. A menudo lo utilizaba en sus clases, y también lo recomendaba a muchos directivos de empresas.

Emocionado con sus tabulaciones, descendió hacia la ciudad haciendo el mismo recorrido a la inversa. Al llegar al zócalo, pudo observar mejor la imponente catedral con sus dos grandes torres, las más altas de México. Estuvo a punto de entrar, pero recordó que sus anfitriones irían a desayunar con él y no quiso retrasarse. Volvió a caminar por la calle 2 sur y avanzó unas cuerdas hasta la avenida 9 oriente. Por primera vez, vio el atractivo edificio del hotel a la luz del día y le pareció un privilegio disfrutar de un lugar con ese encanto «Creo que me va a gustar México» susurró en voz baja, mientras subía feliz la bella escalera de piedra.

4

XICOTENCATL EL VIEJO

«Tuvo este Xicotencatl muchos hijos, hombres valerosos y armados caballeros, porque tuvo más de quinientas mujeres y mancebas, y no era posible menos sino que tuvo muchos hijos, y así el día de hoy, la mayor parte de los principales de Tlaxcalla proceden del linaje de Xicotencatl»

Diego Muñoz Camargo,
en su libro Historia de Tlaxcala (siglo XVI)

Tlaxcallan, 10 de septiembre de 1519

Pronto se pondría el sol, pero los *tecuhtli* que estaban al frente de los cuatro señoríos principales de Tlaxcallan, seguían deliberando. Lo hacían en *náhuatl*, el idioma predominante de los pueblos *nahua* que en la antigüedad se habían desplazado desde el norte. Desde el inicio de un día bastante caluroso, en el que se ausentó la lluvia que acudía algunas tardes, se encontraban reunidos en el palacio del anciano Xicotencatl. Rodeados de esclavos que no perdían detalle para poder servirles al instante, debatían sin ponerse de acuerdo. No era una sesión de concordia, como tantas otras. Se enfrentaban a una situación trascendente que requería una decisión difícil y urgente.

—El día se acaba y debemos decidir —recordó el anfitrión Xicotencatl, el más viejo de todos— Hemos hablado, escuchado y discutido, y aún así pensamos de manera diferente. Sin embargo, hoy mismo tenemos que ponernos de acuerdo y tomar una decisión. ¡No disponemos de más tiempo!

—Es cierto Xicotencatl —dijo Maxixcatzin, *tlatoaní* del señorío de Ocotelulco— Tenemos que pensar en la supervivencia de Tlaxcallan... E insisto en que para ello, necesitamos la paz y la alianza con los *teules*.

—¡Sigo sin aceptar esa opción! —replicó con contundencia Xicotencatl



Axayacatzin, hijo de Xicotencatl el viejo, quien debido a la avanzada edad de éste, compartía con él la autoridad del señorío de Tizatlan— No me fío de esos extraños barbados. En cualquier momento podrían aliarse con Moctezuma en contra nuestra... o someternos si les abrimos las puertas. Además, todavía podemos derrotarlos. Ya sabemos que no son dioses... ¡Son sólo hombres!... como nosotros. Y ahora los tenemos sitiados en esa pirámide. Cada vez estarán más débiles... y con la ayuda de Camaxtle será más fácil vencerlos.

—Admiro tu valor y sabes que te apoyo como jefe de nuestro ejército — interrumpió Zitlalpopocatzin, *tlatoaní* de Quiahuiztlan— Pero debes reconocer que no hemos podido derrotar a los *teules* ni de día ni de noche. Estoy de acuerdo contigo en que podrían aliarse con los mexica, pues de hecho, los embajadores de Moctezuma están en su campamento... ¡Esa unión significaría el final de Tlaxcallan! Y por eso tenemos que evitarla a toda costa... ¿Cómo?... ¡siendo nosotros los que nos asociemos primero con los extranjeros!

—Llevamos varias generaciones resistiendo heroicamente el asedio continuo de los culhua. Ahora llega la oportunidad de ser más fuertes junto a los *teules*... y ¿quién sabe?... hasta podríamos vencerlos —sentenció Tlehuexolotzin, señor de Tepeticpac— ¿Pero podemos fiarnos de unos desconocidos?... No sabemos nada de ellos. Ni sus costumbres, ni su código de honor... ¡nada! ¿Serán hombres de palabra?

—Es cierto lo que dices —asintió Zitlalpopocatzin, queriendo apoyarse en este argumento— A los *teules* no los conocemos. Pero sabemos muy bien como son los mexica. ¡A esos sanguinarios sí que los conocemos! Por desgracia, demasiado bien. Supongo que no dudaréis que harían cualquier cosa para destruirnos.

—¿Incluso unirse a los *teules*? —preguntó Tlehuexolotzin, pensando que esta interrogante haría reflexionar a su amigo— No creo que a Moctezuma le interese entablar amistad con unos extranjeros que son una amenaza para él.

—¿Amenaza?... ¿De verdad crees que esos pocos hombrecillos blancos, pueden ser una amenaza para el poderoso *huey tlatoaní* de Tenochtitlan? —cuestionó el joven Xicotencatl, soltando una carcajada— Disculpa mi risa Tlehuexolotzin, pues sabes que te respeto. Moctezuma podría destruir a los *teules* en cuanto levantara un dedo... ¡Pero si nosotros mismos los tenemos acorralados!

—Moctezuma debe estar feliz viendo como luchamos y nos debilitamos entre nosotros. Seguro que sus consejeros le sugieren que nos deje seguir matándonos. ¡Mucho mejor para ellos! ¿No es así? —apuntó Maxixcatzin, con convencimiento— Después se unirá a los *teules* y juntos nos atacarán hasta destruirnos. Cuando hayan acabado... él aniquilará a los extranjeros. ¡Su plan está claro!

—Eso es cierto. Los únicos que se benefician de nuestra guerra contra los *teules* son los mexica —sentenció con gravedad Zitlalpopocatzin— Y si continuamos con nuestros ataques, más argumentos le damos a los embajadores de Moctezuma. Le insistirán al *tlatoaní* extranjero sobre nuestra hostilidad y el peligro de que acabemos con ellos. Y éste no tendrá más remedio que aceptar su ayuda.

—Si permitimos que suceda eso... ¡estamos perdidos! —alertó Maxixcatzin con energía, mientras se ponía en pie— Sólo podemos evitarlo dejando de luchar contra los *teules*.

—¿Quieres decir, entonces, que debemos renunciar a nuestra independencia, sometiéndonos a esos extranjeros blancos? —interrogó el joven Xicotencatl, esperando alertar a sus compañeros del riesgo de la alianza.

—No será un sometimiento —contestó enseguida Maxixcatzin— Será una negociación digna de la grandeza de nuestro pueblo. ¡No seremos sus esclavos, sino sus aliados!

—¿Quién nos asegura que los *teules* no se aprovecharán de nosotros y luego nos traicionarán?... ¡Debemos acabar con ellos ahora!... y después... seguiremos resistiendo a los culhua... como hasta este momento —insistió Xicotencatl— ¿Para qué necesitamos a esos asquerosos barbados, si siempre hemos podido hacerlo nosotros solos?

—Joven Xicotencatl. Tu valentía te honra y es digna del gran guerrero que has demostrado ser, pero creo que ahora te ciega el orgullo —proclamó Tlehuexolotzin— No has podido derrotar a los *teules*, a pesar de nuestra clara superioridad de número. ¡Nadie te culpa! Sabemos que disponen de armas desconocidas, superiores a nuestras macanas y flechas. Y les protege un poderoso dios al que no ha podido vencer Camaxtle.

—Es cierto, Xicotencatl —coincidió Zitlalpopocatzin— Debes pensar en el futuro de nuestro pueblo... y no en tu orgullo de noble guerrero.

Xicotencatl el joven estaba furioso. Bajo ningún concepto quería el acuerdo con los extranjeros. Su autoestima se encontraba herida y necesitaba una nueva oportunidad para demostrar que podía vencerlos en el campo de batalla. Además, era un defensor acérrimo de la independencia de Tlaxcallan. En el razonamiento que sostenía, ambos propósitos coincidían.

—¡Os digo que podemos vencerlos!... ¡Un ataque más y habremos terminado con ellos!... ¡Tlaxcallan no debe negociar su independencia!

—Es posible que con los *teules* perdamos cierta independencia, como le ocurrió a Tezcoco cuando se alió con Tenochtitlan —apuntó Zitlalpopocatzin, centrándose en este asunto— Pero la Triple Alianza continúa después de noventa años. Tezcoco mantiene su autonomía y su dignidad, y es mucho más poderoso junto a los mexica. ¿Por qué no podemos engrandecernos nosotros, uniéndonos a esos hombres blancos?

—Si nos juntamos con los *teules*, reduciremos el peligro de ser aniquilados por Moctezuma —resaltó una vez más Maxixcatzin— Algo que todos sabemos, tú también Xicotencatl, que más pronto o más tarde ocurrirá. No podemos seguir resistiendo por mucho tiempo y ésta es nuestra gran oportunidad... seguramente ¡la última que tendremos!

Xicotencatl el viejo escuchaba con atención a unos y a otros. Tenía más de noventa años y estaba prácticamente ciego. Había cedido la mayor parte de sus

responsabilidades de mando a su hijo Xicotencatl Axayacatzin, limitándose a aconsejar en base a su extensa y fructífera experiencia. En esta situación tan grave, los caciques le habían pedido una implicación mayor. Y allí estaba él, con el sentido del deber que le caracterizaba, conduciendo una reunión de máxima trascendencia.

Durante unos setenta años, Xicotencatl había sido *tlatoaní* del señorío de Tizatlan y principal autoridad de Tlaxcallan. Con notable éxito, había liderado a los suyos en la guerra y la paz, consiguiendo mantener la independencia frente a la expansión del poderoso imperio culhua-mexica, cuyo epicentro estaba en el valle de Anahuac, a unos tres días de distancia cruzando las grandes montañas. Se trataba de un mérito enorme, pues muchos otros pueblos habían sido exterminados por los de la Triple Alianza o les pagaban desorbitados tributos en calidad de súbditos. La relación con los culhua-mexica nunca había sido amistosa, como demostraba que no existían matrimonios ni parentescos entre ellos. Sin embargo, no siempre había resultado tan hostil como últimamente. Su principal acuerdo se había producido a mediados del siglo anterior. Moctezuma I, *huey tlatoaní* de Tenochtitlan, y Nezahualcóyotl, *huey tlatoaní* de Tezcoco, llegaron a un pacto con los señores de Tlaxcallan y Huexotzinco para organizar las que se llamaron «guerras floridas». Xicotencatl el viejo participó en la negociación como representante de Tlaxcallan.

Las guerras floridas se concertaban con antelación y se celebraban en tierra de nadie una vez recogidas las cosechas y almacenados los granos. En un principio, no eran guerras de conquista, ni para diezmar o saquear al enemigo, sino luchas cuerpo a cuerpo para ejercitar a los guerreros y recabar prisioneros para las ceremonias religiosas. Los contendientes eran *pipiltin* y *macehuales*, es decir, nobles y plebeyos, siendo habitual que la lucha fuera sólo entre iguales. También se equiparaban en función del rango militar, según fuesen guerreros *águila* o *jaguares*. Los *macehuales* derrotados eran hechos prisioneros y estaban destinados a los sacrificios a los dioses. Los *pipiltin* vencidos eran sustituidos por esclavos. Con el paso del tiempo, el propósito inicial fue degenerando en grandes tensiones y profundos odios que exacerbaban la vieja enemistad entre tlaxcaltecas y mexica. En su última etapa ya no se podían considerar «floridas», sino un agresivo escenario que cada vez les distanciaba más.

En el siglo XIV y parte del XV, Tlaxcallan había desarrollado un comercio muy rico basado en el trueque, cuyas rutas se extendían hasta las costas del golfo, la península de Yucatán y Las Hibueras. Tras la Triple Alianza de Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan en 1428, los culhua-mexica conquistaron gran parte de esos escenarios, controlando el comercio y la recaudación de tributos, en perjuicio de los intereses tlaxcaltecas. Su poderío militar era muy superior, por lo que nada pudieron hacer los de Tlaxcallan, salvo intentar salvaguardar su independencia, el principal propósito de Xicotencatl el viejo durante toda su vida.

Durante algún tiempo, aunque los tlaxcaltecas se interponían en su camino hacia la costa del golfo, los mexica prefirieron mantenerlos como enemigos sin conquistar,

pues así, sin desplazarse muy lejos, podían tener activos a sus guerreros y disponer de hombres para sus sacrificios a los dioses. Sin embargo, cuando Moctezuma II fue nombrado *huey tlatoaní* de Tenochtitlan, se planteó el objetivo de conquistar Tlaxcallan. En 1504, formó un poderoso ejército junto a sus súbditos de Huexotzinco, vecinos y enemigos de Tlaxcallan, y se enfrentó a los tlaxcaltecas en la llanura de Atlixco. Sorprendentemente, tras una larga y sangrienta batalla, los mexica y sus aliados fueron derrotados por los valientes guerreros de Xicotencatl el viejo. La afrenta fue tremenda. El *huey tlatoaní* decidió acabar definitivamente con sus enemigos y preparó una nueva ofensiva, esta vez con más guerreros de diversos pueblos sometidos y atacando por diversos flancos. Sin embargo, a pesar de su inferioridad, los tlaxcaltecas lograron rechazarlos con la valiosa ayuda de los otomíes que vivían en el territorio de Tlaxcallan. Tradicionalmente, los tlaxcaltecas menospreciaban a los otomíes, pero su decisiva participación en esta importante hazaña, les valió su reconocimiento, recibiendo títulos nobiliarios e hijas de principales como esposas. Desde entonces, Moctezuma había intentado sin éxito la conquista de Tlaxcallan, utilizando, entre otras, la estrategia del aislamiento. Hacía años que había cortado sus rutas comerciales y de abastecimiento, dificultando la supervivencia de su economía y sus habitantes.

Aunque los tlaxcaltecas resistían con admirable valor y notable eficacia, en el fondo sabían, sin querer reconocerlo abiertamente, que la conquista era sólo cuestión de tiempo, pues llegaría a imponerse la superioridad del expansionista imperio mexica. Sin embargo, ahora surgía algo inesperado que podía cambiar ese destino. Unos extraños hombres blancos llegados desde la mar en unas torres, con armas muy poderosas que ellos desconocían, les decían que querían ir contra Moctezuma y les pedían su ayuda. «¿No es una oportuna señal que nos envían los dioses?» se preguntaban muchos principales.

Al igual que su hijo, Xicotencatl el viejo llevaba muy dentro el orgullo de la identidad y la independencia de Tlaxcallan, por las que había luchado con éxito durante setenta años. De hecho, dos semanas antes de esta decisiva reunión, cuando supieron por embajadores de Cempuallan que los extranjeros pensaban pasar por su territorio, él también se opuso tajantemente, en contra de la opinión de Maxixcatzin y las dudas de los demás señores.

—¿Cómo pueden ser amigos y venir en son de paz, unos desconocidos que viajan acompañados de los de Cempuallan, súbditos de Moctezuma? —les había dicho entonces.

Además, sabían que los emisarios del *huey tlatoaní* de Tenochtitlan habían hablado con los extraños barbados en la costa.

—¿A qué acuerdos habrán llegado?... ¿Qué les habrán dicho de nosotros? — planteó Xicotencatl a sus compañeros del Consejo— Existe un enorme riesgo de que nos hayan preparado una trampa mortal... ¡De ninguna manera podemos aceptarlos!

En esa ocasión, Maxixcatzin y Xicotencatl el joven ya se habían enfrentado. Al

igual que ahora, el primero defendía que las palabras de los *teules* eran sinceras y tenía claro que la alianza con ellos era una excelente oportunidad para Tlaxcallan. El segundo se negaba a acoger esta posibilidad y era decidido partidario de hacerles la guerra. Xicotencatl el viejo apoyó el argumento de su hijo y logró convencer a Zitlalpopocatzin y Tlehuexolotzin. Maxixcatzin no tuvo más remedio que aceptar la decisión mayoritaria del Consejo. Sin embargo, los cinco estaban de acuerdo en que no conocían el potencial bélico de los extranjeros. Y les preocupaba un intenso rumor que había llegado hasta ellos. Según éste, los extraños hombres blancos eran dioses liderados por el mismo Quetzalcóalt, quien venía desde oriente a reclamar el trono de los culhua. No sabían si era cierto, pero por si acaso, convenía actuar con prudencia. Una cosa era luchar en inferioridad contra un poderoso ejército, como en Atlixco y otros lugares frente a los mexica, y otra muy diferente, enfrentarse a unos dioses. Los tlaxcaltecas no temían a ningún hombre, y así lo habían demostrado a lo largo de su historia, pero... «los dioses son los dioses... ¡y ningún hombre debe desafiarlos!».

Ante este difícil conflicto, consultaron a los sacerdotes. Y éstos intensificaron los sacrificios al dios Camaxtle para merecer su guía. Finalmente, la decisión que tomaron fue enviar a la batalla a los valerosos otomíes, sus leales aliados. Así, en caso de ser dioses o un enemigo invencible, se reservaban la carta de poder exculparse, aduciendo que no habían sido ellos. «Entonces, estaremos todavía en la posición de llegar a un acuerdo» habían razonado.

Los otomíes atacaron a los extranjeros con el coraje y la determinación que les caracterizaba. Murieron muchos bajo esas terribles armas que jamás habían visto antes. Pero a pesar de la implacable derrota, mataron a dos de esos ciervos altos y sin cuernos que parecían unidos a los guerreros, e hirieron a algunos hombres, mostrando que ni los *ciervos* ni los *teules* eran dioses, sino mortales de carne y hueso que podían ser vencidos.

La buena noticia animó a los principales tlaxcaltecas. El 2 de septiembre, en las llanuras cercanas al volcán Matlacuétl, Xicotencatl el joven lideró una larga y dura batalla, atacando a los *teules* con varios miles de hombres. Los de Tlaxcallan sufrieron numerosas bajas y no lograron vencer a los extranjeros y sus aliados indios, pero les obligaron a refugiarse, debilitados, en un alto fortificado por una pirámide de piedra. Xicotencatl y los demás *tecuhtli* estaban convencidos de que en los siguientes días, todo habría terminado y los barbados estarían muertos o cautivos. Sin embargo, no debían confiarse. Siguiendo la costumbre indígena, enviaron embajadores con comida y mantas a la pirámide de sus enemigos. Su misión encubierta era aprovechar la visita para espiar las defensas de los extranjeros. Por desgracia, fueron descubiertos y regresaron mutilados, insistiendo en que los *teules* querían la paz y la alianza, pero que en caso contrario, estaban dispuestos a aniquilarlos.

—¿Cómo se atreven esos sucios extranjeros a cortar las manos de nuestros emisarios y a amenazarnos de esa manera, si los tenemos cercados?» —dijo el joven Xicotencatl, muy enojado, coincidiendo con sus compañeros del Consejo Supremo—

¡Por Camaxtle que seremos nosotros los que acabaremos con ellos!

El único que no compartía esos sentimientos era Maxixcatzin. Se percataba de las abundantes bajas sufridas en la batalla e intuía que el coste de esa supuesta victoria sería demasiado alto. Además, los embajadores habían presenciado la llegada de nuevos emisarios de Moctezuma, acentuándose su temor de una posible alianza entre los mexica y los hombres blancos que resultaría muy grave para Tlaxcallan.

El día 5, Xicotencatl el joven encabezó un nuevo ataque. Esta vez, los *teules* permanecieron atrincherados en su fortaleza en alto y, desde allí, rechazaron a los furibundos tlaxcaltecas con escaso coste, causándoles, nuevamente, muchos muertos y heridos. Los líderes de Tlaxcallan estaban desconcertados. Habían iniciado esta batalla pensando que no resultaría difícil derrotar a los asediados, ya que eran pocos y se les presumía debilitados. Sin embargo, tenían armas con el humo del fuego y el ruido del trueno que mataban a muchos hombres desde muy lejos, por lo que era casi imposible acercarse.

—En la lucha directa habría sido diferente —informó Xicotencatl al Consejo— Pero estos cobardes casi no han salido de su fortaleza. ¡Pelean como si fueran mujeres!

Los *teules* usaban *macanas* largas de un material reluciente, que enseguida producían heridas muy graves. Más peligrosas que las suyas, de madera y obsidiana. Además, disponían de esos ciervos tan temibles que asustaban a los guerreros y daban tanta ventaja al hombre que iba encima con una larga vara. Y también tenían perros feroces y muy grandes que aterrorizaban, herían y hasta mataban... Pero ellos eran muchísimos más. Si pudieran acercarse, esa enorme superioridad de número acabaría imponiéndose. Pero... ¿Cómo hacerlo?... ¡Era casi imposible! Los extranjeros tenían muy buenos arqueros y, sobre todo, esas aterradoras armas que echaban fuego. El ataque de ese día había sido un auténtico suicidio.

—¡Es absurdo insistir en lo mismo! —señaló Tlehuexolotzin, aportando sensatez por encima de las emociones patrióticas.

La frialdad de este análisis fue aprovechada por Maxixcatzin para volver a plantear la opción de aceptar la paz. Tlehuexolotzin y Zitlalpopocatzin empezaron a dudar. Xicotencatl el joven no pensaba en otra cosa que no fuera seguir atacando hasta destruir a los extranjeros. Y el anciano Xicotencatl creía que aún era pronto para cambiar de estrategia.

—Hemos elegido un camino y debemos seguirlo —había sentenciado en esa misma reunión— Estamos cerca de derrotar a los *teules*. ¡Debemos perseverar!

Mientras tanto, los sacerdotes continuaban con las ceremonias. En esos días habían sacrificado a jóvenes doncellas y niños de corta edad para conseguir del dios ese consejo que tanto necesitaban. Actuaban bajo una enorme presión, ya que los *tecuhtli* demandaban una respuesta rápida y acertada. No salían de los *teocalli*. Ayunaban y hacían sus ofrendas día y noche. Untados por todas partes con la sangre de los sacrificados y la suya propia, se ayudaban del pulque y las plantas

alucinógenas para entrar en trance. Buscaban esa respuesta que no llegaba, pero confiaban, ciegamente, en que Camaxtle no les abandonaría.

—¡Por fin hemos recibido la señal que tanto esperábamos! —informó eufórico el sacerdote.

—¡Habla de una vez, sabio sacerdote!

—Esos a los que decís *teules*, serán derrotados si les atacamos de noche.

—¿Atacar de noche? —dijo el viejo Xicotencatl, mostrando una enorme sorpresa — ¡Nunca hemos atacado de noche!

—Pues esa es la voluntad de Camaxtle —contestó el sacerdote— A los *teules* les protege el Sol... Por eso son invencibles de día... pero si les atacamos por la noche, serán derrotados.

El mensaje era tan contundente que ninguno de los presentes se atrevió a ponerlo en duda. No se cuestionaba a las divinidades. Y menos a Camaxtle, el dios tlaxcalteca que siempre había protegido a Tlaxcallan.

Con tan buenos augurios, los valientes tlaxcaltecas, bajo el mando de Xicotencatl el joven, avanzaron para plantar batalla en una hermosa noche de luna llena. Por suerte, pensaron, ésta iluminaba el terreno... «Así podremos luchar mejor»... De pronto, pillándolos desprevenidos, los *teules* se les abalanzaron en campo abierto. La sorpresa fue tremenda. Esperaban al enemigo arrinconado en la pirámide. Y sin embargo, lo tenían encima. El estruendo de sus armas era ensordecedor... y un aterrador ruido acompañaba a esos ciervos. A pesar de la luna, la oscuridad de la noche agravaba la sensación de indefensión. El pánico y la desbandada cundieron entre los guerreros. Xicotencatl tuvo que ordenar la retirada. Una vez más, las bajas fueron considerables. Pero lo peor de todo era que Camaxtle los había abandonado.

Mientras el viejo Xicotencatl recordaba todas estas cosas, los caciques de los cuatro señoríos seguían defendiendo sus posturas sin llegar a la decisión final.

—Respeto vuestros argumentos, pero insisto en que podemos vencerlos —volvió a decir por enésima vez Xicotencatl el joven, el único que a estas alturas defendía la opción de continuar la guerra.

—Sabes bien que en las ocasiones anteriores hemos apoyado tu voluntad de hacer la guerra a los *teules* —señaló Zitlalpopocatzin— Pero cada vez tenemos más bajas. Y por algún motivo... Camaxtle no desea nuestra victoria.

—Es posible que el dios nos esté probando... que quiera saber hasta qué punto le somos leales —apuntó el joven Xicotencatl, interpretando de otra manera el mensaje de la divinidad— ¡Le enojaremos si observa que le perdemos la confianza!

—¿Cómo sabían los *teules* que les atacaríamos de noche? —preguntó Zitlalpopocatzin— ¡Su dios ha vencido a Camaxtle!

—No tiene sentido que perdamos más hombres y quedemos a merced de los mexica —intervino con energía Maxixcatzin, dándose cuenta de que el liderazgo del

joven Xicotencatl estaba en entredicho— Además, insisto en que la oferta de los *teules* no será eterna. Si volvemos a atacar, se cansarán de esperar y pedirán ayuda a Moctezuma. Nuestra oportunidad de ser fuertes junto a los extranjeros la tenemos ahora o quizá ya nunca.

Al oír estas palabras, Zitlalpopocatzin y Tlehuexolotzin asintieron contundentemente, mostrando su conformidad. Xicotencatl el joven se dio cuenta de que su causa estaba perdida, salvo que su padre la apoyase. Le contrariaba aceptar la decisión que se avecinaba, pues creía en la independencia de su patria y pensaba que se podía vencer. Pero sobre todo, intuía que en la nueva situación, su liderazgo sería más débil en beneficio de Maxixcatzin, un *tlatoaní* más político que sabría entenderse mejor con los extranjeros.

—Propongo que vayamos al campamento de los extranjeros y aceptemos su propuesta de paz y amistad —continuó Maxixcatzin, viendo que había llegado el momento de plantear acciones concretas— Invitemos a los *teules* a venir a Tlaxcallan... y una vez aquí, hablemos con ellos de los detalles de la alianza.

La rivalidad entre Xicotencatl el joven y Maxixcatzin era algo evidente. Durante muchos años, Xicotencatl el viejo había sido el gran señor que lideraba a los tlaxcaltecas, pero su avanzada edad y su irreversible ceguera, le habían obligado a compartir con su hijo el gobierno del señorío de Tizarían. Además, el joven Xicotencatl era el jefe del ejército de Tlaxcallan. Por su parte, Maxixcatzin era el *tlatoaní* del señorío de Ocotelulco y ejercía como principal de la confederación, aunque con menos peso del que había tenido el anciano Xicotencatl.

Maxixcatzin y Xicotencatl el joven tenían aproximadamente la misma edad, alrededor de los treinta años, y aunque se respetaban como correspondía a dos grandes señores, competían por el liderazgo de Xicotencatl el viejo. La llegada de los extranjeros había provocado que se acentuara su rivalidad. Los dos se dieron cuenta de que se trataba de una excelente oportunidad para afianzar sus pretensiones. Ambos sabían que si Xicotencatl el joven vencía a los *teules*, su posición sería indiscutible. Sin embargo, la alianza con los hombres blancos, probablemente, le dejaría en un segundo plano, siendo mayor el protagonismo de Maxixcatzin. Tanto uno como otro eran buenos patriotas y deseaban lo mejor para Tlaxcallan, pero querían pensar que sus intereses individuales coincidían con los de su pueblo, por lo que esgrimían los argumentos más objetivos a su alcance para justificar su posición personal.

La luna y las estrellas ya habían reemplazado al sol y el silencio de la noche contrastaba con el ajetreo que todavía predominaba en el palacio de Xicotencatl el viejo. Los esclavos entraban y salían de la lujosa sala en la que el Consejo Supremo de Tlaxcallan seguía reunido. Llevaban allí más de diez horas deliberando y todavía no habían decidido. Ahora, todos miraban al respetado anciano. Su alegato resultaría definitivo. Xicotencatl había permanecido callado casi todo el tiempo, escuchando a los cuatro señores y valorando cuidadosamente cada posible opción. Prefería no

precipitarse. Sabía que esta reunión era decisiva para el futuro de su pueblo.

Uno de esos momentos de máxima trascendencia que pueden cambiar la historia. Y él tenía una gran responsabilidad, como en su día asumieron el gran jefe Culhuatcutlicuanetz y otros eminentes líderes a los que Tlaxcallan debía su desarrollo y supervivencia.

Recordaba Xicotencatl las enseñanzas de sus antepasados sobre el origen de Tlaxcallan, cuyo nombre significa «lugar de la tortilla de maíz». Los había escuchado como a lo largo de los siglos se habían ido mezclando diferentes tribus, primero desplazadas desde el norte y después desde el valle de Anahuac, que habían derivado en un pueblo multicultural. Los olmeca-xicalangas que se habían hecho fuertes en la legendaria ciudad de Cacaxtla, los tolteca-chichimecas, los teochichimecas, de los que el mismo descendía, los xaltoquemecas y otras tribus menores, fueron ocupando, en distintas fases, la cuenca de los ríos Zahuapan y Atoyac, cerca del volcán de Matlacuétl, «la diosa de la falda de jade». Con el tiempo, se fueron formando diversos señoríos autónomos que, sin embargo, estaban unidos en los temas de interés común, como era el caso de la defensa. Los *tecuhtli* o caciques de los cuatro señoríos principales, Tizatlan, Ocotelulco, Tepeticpac y Quiahuiztlán, formaban el Consejo Supremo que, como sucedía ahora, deliberaba y tomaba las decisiones que afectaban al conjunto de esas ciudades-estado. También había un Consejo de Ancianos para regular las sucesiones de los señores y otros asuntos de funcionamiento interno.

Eso era Tlaxcallan. Una pequeña confederación multicultural orgullosa de su identidad que durante siglos había luchado por su independencia. Mil años atrás, frente al poderío de Teotihuacan y Cholollan. Más tarde, contra Tezcoco, Huexotzinco y nuevamente Cholollan. Y desde la llegada de Moctezuma II, ante los conquistadores culhua-mexica de Tenochtitlan y sus socios de la Triple Alianza. Los tlaxcaltecas habían evolucionado como pueblo integrador de diferentes culturas. Habían unido su destino a diversas tribus inmigrantes a las que dieron asilo y convivían en paz con sus aliados otomíes, situados al norte del territorio. Se habían mezclado con unos y con otros, desarrollando, paulatinamente, esa idiosincrasia que se llamaba Tlaxcallan. ¿Debían luchar contra los *teules*?... ¿O sería mejor mezclarse también con ellos?... ¿Debían considerarlos enemigos peligrosos, equiparándolos a los de Cholollan, Huexotzinco o Tenochtitlan?... ¿O resultaría más conveniente abrirles los brazos, darles a sus hijas y hacerlos partícipes de las nuevas generaciones de tlaxcaltecas?

En esta disyuntiva, el viejo Xicotencatl recordaba una vieja creencia que ahora cobraba vida: «*han de venir de oriente hombres blancos y barbudos que emparentarán con nosotros para ser todos unos*». «¿Serán estos *teules* los esperados?» se preguntaba con insistencia. «¿Tendrá relación su llegada con esas dos señales que hemos recibido recientemente, que los sacerdotes no han sabido interpretar?» Las dos señales aludidas habían aterrorizado a los tlaxcaltecas. La

primera, una extraña claridad que aparecía en oriente tres horas antes de salir el sol, en forma de niebla blanca que ascendía hasta el cielo. La segunda, un increíble remolino de polvo que se levantaba desde la montaña de Matlacuéyetl. «¿Acaso anunciaban la llegada de esos hombres blancos que se mezclarían con nosotros para fortalecer la estirpe tlaxcalteca?... ¿Y si fueran ellos?... ¿No es cierto que llegan en un buen momento, antes de que Moctezuma acabe con Tlaxcallan?»

Además, en los días anteriores, el viejo Xicotencatl había recibido la visita secreta de dos príncipes culhua-mexica, Atonaletzin y Tlamapanatzin, a los que, según le explicaron, perseguía Moctezuma por negarse a destruir ciertos códices. Le dijeron que, seguramente, el *huey tlatoaní* de Tenochtitlan no atacaría a los extranjeros mientras existieran tales documentos, pues revelaban la profecía de que Quetzalcóatl regresaría de oriente para reclamar su trono, y muchos pensaban que el jefe de los *teules* era el mismo dios.

—Moctezuma es un *huey tlatoaní* muy poderoso, pero aún así, no podría justificar un ataque a un dios —le habían asegurado— Los sacerdotes le acusarían y tendría problemas... Por eso quiere que destruyamos esos códices... No desea pruebas... Así podrá atacar a los *teules* si no le queda otro remedio...

—¿Otro remedio? —interrogó Xicotencatl.

—Así es. Moctezuma es muy devoto de los dioses. Sólo atacaría a los venidos de oriente si no le queda otra alternativa. Pero antes buscará otras soluciones —señaló Atonaletzin— Su primera baza es que seáis vosotros, los tlaxcaltecas, quiénes acabéis con ellos.

—¿Nosotros?

—Sí, vosotros. Moctezuma disfruta viendo cómo atacáis a los extranjeros, y su mayor deseo es que los venzáis —confirmó Tlamapanatzin— Así conseguirá un doble propósito: desaparecerá el peligro de los *teules* sin mancharse él las manos y os acusará de haber ido contra el dios Quetzalcóatl.

—Una excelente excusa para reunir un gran ejército como el que jamás haya existido, que para vengar al dios destruirá Tlaxcallan... ¿No crees? —apuntaló Atonaletzin.

Los príncipes pidieron a Xicotencatl que respetara la confidencialidad de esta reunión, pues sus vidas corrían grave peligro. El viejo jefe tlaxcalteca les dio su palabra y ni siquiera lo comentó con sus compañeros del Consejo Supremo, pero la información recibida estuvo muy presente en sus deliberaciones personales. Estaba claro que si seguían luchando contra los extranjeros, favorecerían los intereses de su principal enemigo y ponían en grave riesgo el futuro de Tlaxcallan.

—Honorables *tecuhtli* —dijo por fin, consiguiendo la máxima atención de los cuatro señores— Durante todo el día hemos escuchado y discutido los razonamientos que cada uno ha hecho. Ha llegado el momento de tomar una decisión, pues retrasarla podría causarnos un grave perjuicio.

Los caciques asintieron y guardaron silencio, esperando ansiosamente que el anciano continuara.

—Sabéis que en principio me opuse a la paz con los *teules* y apoyé a mi hijo Xicotencatl Axayacatzin, capitán de nuestro ejército, en su idea de hacerles la guerra —continuó diciendo— Pero la situación ha cambiado. Hemos perdido muchos hombres, no encontramos la forma de vencerlos y los embajadores mexica están todo el tiempo con ellos... Los *teules* son valientes, tienen armas muy potentes y les protegen los dioses. A su lado seremos más fuertes. En su contra nos debilitaremos. Y si les apoya Moctezuma, pereceremos. Estimo que seguir luchando sería mortal para Tlaxcallan. Debemos creer en las palabras de amistad del *tlatoaní* extranjero y aceptar su propuesta de paz.

Debido a su ceguera, no pudo ver las caras de los *tecuhtli*, pero adivinó la satisfacción de Tlehuexolotzin, Zitlalpopocatzin y, sobre todo, Maxixcatzin, junto a la decepción de Xicotencatl. Como padre, le dolía contrariar el entusiasmo de su querido y valiente hijo por continuar la guerra, pero como líder estaba convencido de que esta decisión era la más conveniente para Tlaxcallan.

—Les invitaremos a que sean nuestros huéspedes durante algún tiempo. Les conoceremos mejor. Y entonces decidiremos si nos interesa la alianza o simplemente una relación cordial... y si resultasen hostiles, estaremos preparados para defendernos y vencerlos —prosiguió el anciano, volviendo a alzar la voz— Tenemos la obligación de velar por la supervivencia de Tlaxcallan... ¡Esta puede ser la ocasión que necesitamos para librarnos definitivamente de los mexica!

Observaron los cuatro señores que el anciano Xicotencatl estaba muy emocionado y hasta vieron caer de sus cerrados ojos unas discretas lágrimas. Guardaron silencio en espera de nuevos argumentos, pero éstos no llegaron. ¡Ya estaba todo dicho!

Las contundentes palabras de Xicotencatl inclinaron definitivamente la balanza. El Consejo Supremo de Tlaxcallan, formado por los *tecuhtli* de los cuatro señoríos principales, decidió enviar al propio Xicotencatl Axayacatzin a presentar sus respetos al *tlatoaní* de los *teules*, debiendo comunicarle el sincero deseo de aceptar la paz y recibirlos como invitados. El joven jefe del ejército tlaxcalteca, aún no estando de acuerdo, acató la decisión y asumió el encargo con la dignidad de un líder responsable y la disciplina de un leal guerrero.

5 PUEBLA

«... en ningún tiempo, ni en ningún caso, ni por motivo ni pretexto alguno, reconocerá la ciudad y provincia de Puebla de los Ángeles

al intruso rey José Bonaparte, ni a otro puesto en España por el emperador Napoleón, ni la nación francesa...»

Recogido en la «Instrucción de la provincia de Puebla» a su diputado en las cortes españolas,
Miguel Lardizábal y Uribe (30-5-1810)

Puebla, 30 de octubre de 2006

La Universidad Iberoamericana de Puebla se sitúa a las afueras de la ciudad, alejada del casco antiguo, en un *campus* de modernos edificios de hasta tres plantas. Mucho más en consonancia con los centros comerciales del siglo XXI que con las iglesias y casas coloniales del centro histórico. Pasaban las nueve de una mañana soleada que auguraba un día hermoso. Camilo Queimadelos había sido invitado a sentarse en el mullido sofá de tres plazas del despacho del rector, unos minutos antes de inaugurarse el seminario sobre liderazgo. A su lado, en un sillón individual, la máxima autoridad de la institución le hacía los honores. Una cortesía que el profesor español apreció.

—Estamos muy agradecidos por su presencia —dijo con amabilidad el rector— La maestra Verónica Islas ha puesto mucho interés en invitarlo, y como verá, la respuesta a la convocatoria ha sido muy buena.

—Para mi es un placer estar aquí —contestó cortésmente el español— Les agradezco que hayan confiado en mi para impartir este seminario.

—Es un honor para esta universidad contar con alguien de su prestigio, doctor. Yo



soy físico y no estoy familiarizado con sus trabajos, pero los que se especializan en ese campo me han asegurado que es usted una autoridad internacional.

—Muchas gracias... Pero creo que han exagerado —reaccionó Camilo, intentando quitarse importancia— Ya veremos que dicen cuando termine el seminario...

—Estoy seguro de que será un éxito —afirmó el rector— No tengo la menor duda.

—Eso espero, jajaja —aseguró Camilo, añadiendo una discreta risa con la esperanza de que terminara un tema que le hacía sentirse incómodo.

—¿Ya había estado usted en Puebla? —preguntó el mexicano, aliviando al español.

—No. Había oído hablar de esta ciudad, claro... Pero es la primera vez que estoy aquí... Bueno, es la primera vez que estoy en México.

—¡No me diga!... Pues espero que pueda disfrutarlo. Yo soy del norte, pero Puebla es una ciudad que me gusta mucho. Supongo que tendrá tiempo para visitarla y comprobar su encanto... ¿Sabe? Aquí hay muchas raíces españolas.

El profesor asintió. Su insigne anfitrión, entusiasmado, continuó:

—¡Ah!... no deje de ver Cholula... y otros lugares cercanos como Tonantzintla. Hay un legado histórico muy interesante... Y si le gustan las iglesias, Puebla es el estado de México con mayor número de ellas... ¡dicen que unas dos mil quinientas!

En ese momento, tras golpear y empujar levemente la puerta, se asomó la maestra Verónica Islas, a la que Camilo había conocido el día anterior en un desayuno de bienvenida.

—¡Pasa Verónica! —dio su permiso el rector.

—Ya está todo listo para la apertura —comunicó la maestra tras dar las gracias— Finalmente tenemos inscritos cuarenta y dos personas de distintos estados de la República, aunque la mayoría son de Puebla y los alrededores.

—¡Qué bueno! —exclamó satisfecho el rector— Parece que hemos acertado.

—Así es —confirmó orgullosa la mujer, sintiéndose reconocida— Este es un tema que interesa mucho en México.

Aunque al parecer todo estaba bien, Camilo notó tensa a su anfitriona. Lo atribuyó a los habituales nervios de muchos organizadores antes del estreno de un evento. Ya se había dado cuenta cuando se encontraron por primera vez en el hotel. Se la veía demasiado preocupada por cualquier pequeño detalle, como sus palabras de presentación del seminario y del ponente. Dos semanas antes por *email*, y otra vez durante el desayuno, le había preguntado qué quería que dijera sobre él. Se la veía algo insegura. Parecía una de esas personas que aumentan la trascendencia de cosas que son menores y prefieren controlarlo todo. Ahora, en estos momentos previos, no podía disimular el estrés que le provocaban el inminente *pistoletazo de salida* y su breve intervención. Camilo se preguntó si sería capaz de manejar esa tensión cuando llegara el momento.

—Bueno... pues ya no los entretengo más —comentó el rector, anunciando que la entrevista había terminado— Pero antes doctor, por favor, será un honor para esta universidad que escriba unas palabras y firme el libro de los visitantes distinguidos.

—¡Encantado!... El honor es mío. Muchas gracias.

Verónica Alicia Lourdes Islas era una mujer de unos cuarenta años. No era guapa, pero sí atractiva. Su mirada resultaba penetrante y embaucadora. Sus formas se hacían muy agradables a la vista. Y su discreta coquetería resaltaba una fina elegancia. Una mujer de las que no pasan desapercibidas. Parecía muy vital, cualidad que le gustaba mucho a Camilo. Aunque llevaba el pelo con mechas, sus cejas delataban que su verdadero color era, o había sido, el negro, igual que el de sus ojos. Su piel era blanca, pero no demasiado clara, como si hubiera tomado un poco el sol. Sus manos estaban cuidadas, con uñas postizas de color granate que destacaban. Era profesora de la Universidad Iberoamericana de Puebla y coordinadora del seminario presto a comenzar. Vestida elegantemente para la ocasión, con un traje de chaqueta milrayas de color gris y zapatos negros de tacón, maquillada y con los labios pintados a juego con las uñas, la maestra Islas, como se la llamaba formalmente, por tener un título universitario de Maestría, tomó el micrófono y reclamó la atención de los presentes. Camilo observó el temblor de su mano, la rigidez de su cara y unas primeras palabras temblorosas que le hicieron presagiar que iría a peor. Sin embargo, se sorprendió favorablemente, cuando pasados los primeros momentos, su discurso empezó a ser claro y preciso, mostrándose cada vez más segura. Mientras ella hablaba, él disfrutaba con sus expresiones. Pensó que era una mujer interesante a la que, quizá, merecería la pena conocer mejor. Desde que había enviudado de Paloma, apenas se había interesado por las mujeres. Pero ésta... en fin... le llamaba la atención. «¡Bo!... ¡más faldas, no!» exclamó en su interior para recordarse que no quería jugar con fuego.

Como parte de su intervención, Verónica habló de aspectos organizativos y leyó un amplio listado de méritos del ponente que por su larga extensión, provocó que éste se ruborizara. Por fin, tras transmitir las palabras que tanto había preparado, sintió el alivio del que se libera de una piedra pesada y pasó la palabra al director general académico de la universidad para que inaugurara oficialmente el seminario. Este habló unos minutos sobre el compromiso de la institución en la formación de alto nivel de los mexicanos, agradeció la presencia del experto español y la confianza de los participantes y, ante la sorpresa del profesor, pidió a todos que se pusieran en pie para decir ceremoniosamente:

—En el nombre del señor rector de la Universidad Iberoamericana de Puebla, hoy lunes 30 de octubre del 2006, siendo las nueve y cuarenta y siete minutos de la mañana, declaro inaugurado el seminario «Desarrollo del liderazgo efectivo».

Seguramente porque no estaba acostumbrado, a Camilo le pareció excesiva tanta solemnidad en un evento de este tipo, pero entendió que para los presentes era un síntoma de trascendencia y respeto, y se sintió a gusto. Empezó a darse cuenta de que

estas cosas forman parte de México.

Al comenzar la clase, los alumnos se habían presentado y habían escrito su nombre en un pequeño cartel que situaron delante de cada uno de ellos. Desde ese instante, Camilo reparó en la presencia de una joven que dijo llamarse Isabel Lozano. La muchacha tenía una piel oscura que destacaba su ascendencia indígena. Era delgada y peinaba su cabello negro muy tirante hacia atrás, hasta recogerse en un elegante moño. Sus manos eran flacas, con los dedos largos y las uñas decoradas con un fino esmalte incoloro. En el dedo corazón de la mano izquierda llevaba un anillo grande con piedras de bisutería. Por lo que podía verse, el profesor dedujo que no estaba casada. «¡Menudo día!» pensó fugazmente. «Llevo años sin fijarme en una mujer y en una sola mañana ¡me gustan dos!»

Tras las presentaciones, comenzó preguntando a los participantes sobre su idea de liderazgo y sus expectativas del seminario. Mientras hablaban, escuchaba atentamente y reforzaba cada intervención destacando algún aspecto interesante y dando las gracias. De esta forma, conseguía que los alumnos se encontraran más a gusto y perdieran el miedo a participar. El profesor estimaba que estos dos propósitos iniciales eran prioritarios para el desarrollo posterior del curso, por lo que se dedicó a ellos sin importarle el reloj. Después, aprovechó los comentarios de los asistentes para ordenar esa información y explicitar los objetivos y contenidos del seminario, así como el procedimiento y las estrategias docentes.

La edad de los participantes oscilaba entre los veinticuatro y los cuarenta y tres años, situándose, casi todos, en el rango inferior de la treintena. Algo más de dos tercios eran hombres y la mayoría procedía del ámbito de la empresa. En muchos casos, la compañía en la que trabajaban invertía en su formación facilitando la asistencia y sufragando los gastos. Eran ejecutivos de recursos humanos o directivos medios con equipos a su cargo. Los demás, también con responsabilidades de mando, pertenecían al ámbito de la educación, la sanidad y la administración pública, excepto un par de jóvenes psicólogos, recién licenciados en la propia universidad. El seminario estaba restringido a profesionales, pero se habían destinado estas dos plazas para premiar a los mejores estudiantes del último año. «Una excelente idea», aplaudió Camilo cuando le consultaron.

El profesor acentuó que el principal propósito del liderazgo es conseguir el mejor funcionamiento posible del grupo al que se lidera, ayudando a las personas que forman parte del mismo a dar lo mejor de sí mismas trabajando en equipo. Para ello, el líder debe conocer qué se espera de su grupo en esferas superiores, cuáles son las circunstancias del entorno y qué características tienen las personas a su cargo. A partir de ahí, debe ser capaz de establecer una meta colectiva, coordinar los intereses y acciones individuales, asignar roles, manejar conflictos, motivar, negociar, evaluar, aprovechar los éxitos y los fracasos y, en definitiva, actuar para optimizar el rendimiento grupal. Con el fin de ilustrarlo, puso los ejemplos de un entrenador de fútbol y un director de orquesta.

—Para tener un buen equipo de fútbol, no basta con disponer de buenos jugadores. Lo importante es que cada futbolista de lo mejor de sí mismo en beneficio de los intereses colectivos —señaló con convencimiento— Cada jugador debe conocer y asumir los objetivos del equipo y su rol individual dentro del mismo, actuando de manera coordinada con el esfuerzo de los demás... Para lograrlo, el liderazgo del entrenador es clave... ¿No creen?

Muchos alumnos asintieron. Otros seguían escribiendo. Se notaba que el ejemplo había captado el interés y la atención de todos.

—Si cada músico toca su instrumento de forma excepcional, pero lo hace sin tener en cuenta las instrucciones del director y la intervención de los compañeros, la orquesta habrá fracasado —continuó aleccionando— ¿Quién tiene la responsabilidad de estimular y coordinar el talento individual de los músicos para conseguir el máximo rendimiento de la orquesta?...

—¡El director! —señaló entusiasmado uno de los alumnos.

—Así es. Muchas gracias —confirmó el profesor— No es fácil liderar a un grupo para optimizar su rendimiento. Cada individuo tiene sus propios intereses e ideas, y en muchos casos éstos pueden entrar en conflicto con los intereses colectivos y las ideas de los demás... Además, las decisiones del líder pueden beneficiar más a unos que a otros y eso puede generar problemas, así como un tremendo desgaste del que está al mando... Fíjense, por ejemplo, en un entrenador de fútbol cuando decide la alineación del equipo para un partido. Los jugadores que no van a jugar pueden sentirse perjudicados por esa decisión y considerarla injusta, en detrimento de su motivación y su disposición a continuar dando el máximo esfuerzo en beneficio del equipo. Los buenos entrenadores saben aliviar este problema con diversas estrategias de liderazgo: por ejemplo, mostrando a estos jugadores que comprenden cómo se sienten, respetándolos igual que a los que juegan, planteándoles retos a medio plazo, asignándoles roles futuros que les hagan sentirse valorados, buscándoles oportunidades, reconociendo su aportación aunque sea menor que la de otros compañeros, ayudándoles a encontrar incentivos individuales...

—El arte de liderar eficazmente requiere muchas habilidades y una gran capacidad de autocontrol emocional —siguió explicando a su atentísimo alumnado— La mayoría de los errores de liderazgo se cometen cuando el líder experimenta emociones intensas que no controla, tales como la ansiedad, la hostilidad, la euforia, el desánimo o la fatiga mental. Por ejemplo, el entrenador está enfadado y, en esas condiciones, toma decisiones inadecuadas que no adoptaría si estuviera sereno. Por eso, para un líder es muy importante identificar las emociones propias que puedan perjudicar su funcionamiento y aprender a controlarlas.

—¿Qué les sugiere todo esto en su propio entorno laboral? —preguntó de pronto, buscando provocar una útil reflexión— Por favor, dediquen un par de minutos a pensar sobre situaciones cotidianas en sus empresas, escuelas, hospitales u oficinas, que estén relacionadas con estas explicaciones y ejemplos.

Mientras los alumnos realizaban el ejercicio, Camilo volvió a reparar en Isabel Lozano. Llevaba unos pantalones vaqueros algo ajustados que le hicieron intuir unas piernas bonitas. Se fijó en que siempre las tenía cruzadas, aunque cambiaba la que apoyaba en el suelo. Observó también, que utilizaba el bolígrafo que se había entregado junto a la documentación del seminario y alternaba sus anotaciones con miradas muy atentas que él, sin apenas darse cuenta, fue buscando con creciente insistencia. Cuando daba una clase o una conferencia, no era habitual que le sucedieran estas cosas. Había desarrollado la habilidad de repartir su atención visual entre todos los presentes, consiguiendo que cada uno de ellos se sintiera protagonista. Y solía alertarse de las preferencias atencionales que se producían a favor de determinadas personas de la audiencia, siendo capaz de corregir el sesgo mediante un equilibrio razonable. Sin embargo, ese día no fue consciente, o no quiso serlo, hasta que descubrió que miraba a Isabel casi continuamente.

Un joven, cercano a la chica, levantó la mano. El profesor extendió la suya para darle la palabra.

—Doctor, ¿cree usted que los líderes nacen o se hacen? Le costó mantener el contacto visual con el alumno que le preguntaba. Su atención selectiva se fijaba en Isabel y se resistía a apartarse de ella. Aparentemente, la muchacha no notaba nada... o al menos, lo disimulaba muy bien.

—Es una pregunta muy apropiada para este primer día —dijo para reforzar la intervención y ganar algo de tiempo para centrarse— Sin duda, algunas personas tienen mejores condiciones que otras para liderar, tanto por herencia genética como por el aprendizaje que han ido desarrollando a lo largo de su vida... Pero todos podemos mejorar nuestra capacidad y convertirnos en mejores líderes —contestó mientras, de reojo, observaba con agrado que la chica le miraba y asentía.

—¿Qué diferencias ve usted entre el liderazgo de George Bush y el de Ghandi? —preguntó otro participante.

—Es una comparación muy interesante, y tendremos tiempo para analizarla a lo largo del seminario. Me gusta mucho utilizar a los líderes políticos para estudiar aspectos del liderazgo. Haremos un ejercicio con Bush y Ghandi. Quizá encontremos más similitudes de las que podemos vislumbrar a primera vista. Y por supuesto, hallaremos diferencias, sobre todo en lo que respecta al estilo de liderazgo.

Una muchacha que estaba en la primera fila y llevaba algún tiempo con la mano levantada, insistió hasta que Camilo, con un gesto, le indicó que había llegado su turno.

—Doctor, ¿Cree que también podemos aprender sobre liderazgo si estudiamos el comportamiento de los personajes históricos?

—Por supuesto que sí... siempre, claro está, que se trate de personajes que hayan tenido una responsabilidad de liderazgo. ¿Piensa en alguien en concreto?

—Bueno... no en este momento... Pero me refiero a personajes más lejanos que Ghandi... No sé... aquí en México... Benito Juárez o... no sé... Francisco Madero,

por ejemplo.

—No les conozco lo suficiente, pero estoy seguro de que el estudio de su experiencia de liderazgo aportaría muchas cosas interesantes —señaló el profesor— En general, podemos aprender mucho de cualquier persona que haya liderado. No es necesario que su liderazgo haya tenido una trascendencia social. Pero claro, a los líderes anónimos es más difícil estudiarlos.

—Lo que sucede doctor, o al menos así lo veo yo, y discúlpeme si estoy equivocada, es que no se analizará igual a un personaje histórico por el que se sienta afinidad que a otro que produzca rechazo —apuntó la muchacha— No será lo mismo analizar el liderazgo de la madre Teresa de Calcuta que el de un tipo como Hitler ¿no?... O aquí en México, y sin querer ofenderlo porque usted es español, el de Juárez que el de Hernán Cortés.

—Es verdad que eso podría suceder. Y me alegro de que lo plantee, porque es un tema de suma importancia. Si analizamos el liderazgo de un personaje histórico, debemos hacerlo con frialdad, con la mayor objetividad, sin permitir que nuestras emociones intervengan. No se trata de juzgar al personaje, sino de estudiar sus comportamientos como líder. Por ejemplo, cómo motivaba a su hombres, cómo establecía objetivos y asignaba roles, qué normas de funcionamiento imponía o pactaba, cómo negociaba, cómo anticipaba posibles problemas, cómo intervenía en las situaciones más conflictivas, qué grado de participación solía conceder a sus liderados, cómo conseguía el equilibrio apropiado entre los intereses individuales y los colectivos, cómo controlaba sus emociones, qué tipo de apoyos personales buscaba... en fin... los aspectos relacionados con el liderazgo que se puedan conocer de ese personaje.

—¡Por cierto! —añadió cuando parecía que ya había terminado— No me ofende en absoluto que haya mencionado a Hernán Cortés. Soy español, pero no fanático. Aquí podemos hablar de cualquier líder, siempre que lo hagamos sin juzgarlo. Sólo desde la perspectiva del liderazgo y con el rigor que corresponde a un seminario universitario. Si respetamos esta premisa, no tengo inconveniente en hablar de Hernán Cortés o de quién ustedes quieran.

—¡Claro doctor!... Pues a eso vinimos ¿no? —comentó un alumno desde el otro lado del aula que creía haber detectado una ligera tensión en el intercambio anterior.

Otros asintieron, incluida la muchacha que, quizá sin darse cuenta, había equiparado a Hernán Cortés con Hitler. El profesor recordó la advertencia de Horacio Gabriel Rodríguez cuando le traía desde el aeropuerto. Estaba claro que Cortés provocaba rechazo, por lo que a pesar de la anuencia del grupo, no era un caso apropiado para este seminario. Al menos por el momento. Más adelante, ya se vería. De todas formas, sabía muy poco sobre él y no era uno de los ejemplos que había preparado.

—¿Alguna pregunta más? —inquirió Camilo, al tiempo que con su vista recorría la sala con la esperanza de que Isabel levantara la mano— ¿No?... bien, entonces

continuamos.

Camilo Queimadelos se había casado con veintisiete años con su novia de toda la vida, Carmina, una atractiva morenaza de Villagarcía de Arosa algo más joven que él, cuyo padre había hecho una fortuna en Argentina. A Carmina le encantaba andar de fiestas y no entendía bien la vida intelectual de su marido. Progresivamente se fueron distanciando, pero la adoración que sentía por ella pesaba mucho más que cualquier discrepancia. La tupida venda no le permitía ver lo que todos a su alrededor presagiaban. Cinco años después, sin haber tenido hijos, la muchacha le sorprendió diciéndole que la cosa no funcionaba y se fue con un prometedor político gallego de Alianza Popular. Para la autoestima de Camilo fue un golpe muy duro que su «cari», como así la llamaba, le dejara por «un engominado vendedor de humo», por lo que se puso una gruesa coraza para protegerse de posibles amoríos.

Cuatro años más tarde, conoció a Paloma mientras impartía un curso de Psicología para enfermeras. Notó que el escudo se debilitaba y supo que era la mujer de su vida. Ella tenía veintiséis años, diez menos que él, y era madre soltera de una niña de dos. El padre de la criatura había fallecido en una expedición al Everest, meses después de haber roto la relación. Paloma se sintió atraída por el entusiasta profesor y observó que él se había fijado en sus ojos verdes de gata madrileña. Pasaron catorce meses, se casaron y fueron muy felices durante doce años, hasta ese fatídico accidente de coche en el que, tras chocar con un camión, se fue sin haberse despedido. Camilo estuvo destrozado durante mucho tiempo, pero se apoyó en la obligación de sacar adelante a Almudena, la hija de Paloma que él había adoptado, a la que quería con locura. Entonces tenía la difícil edad de los quince años, pero encontró en su padre a la persona adecuada. Su relación, siempre muy buena, se había fortalecido a partir del trágico suceso. Ahora, llevaba tres años en Inglaterra estudiando Medicina. Se veían de vez en cuando y hablaban por teléfono con bastante frecuencia. Con la boca pequeña, ella le decía que necesitaba una novia. Juntos se reían mucho pensando quién podría ser la afortunada y descartando, una tras otra, a todas las posibles candidatas conocidas o por conocer.

«¿Qué pensaría Almudena si, de verdad, llegara a estar con otra mujer?» se preguntaba mientras se lavaba las manos en uno de los descansos del seminario. «Hasta ahora siempre ha sido un juego, pero... ¿qué pasaría si fuera cierto?» continuó meditando. En su pensamiento más cercano no se vislumbraba la posibilidad de volver a abrirle la puerta al amor. «¡Qué *carallo!*... ¡Ya he sufrido bastante!... Primero lo de Carmina... Y después, cuando por fin lo supero y paso los mejores años de mi vida... se va Paloma... ¡Cuánto dolor!... ¡Demasiada infelicidad! ... ¡No!, ¡nunca *mais!*!». Ahora estaba tranquilo y muy centrado, volvía a disfrutar de la belleza de la vida, a apreciar los pequeños detalles que le rodeaban, a sentirse vivo. Tenía claro que no podía ponerse una venda en los ojos. Y por supuesto, que algunas mujeres le parecerían atractivas. Pero «de ahí a volver a engancharme ¡hay un

abismo!» concluyó convencido.

Tras sus contundentes reflexiones, volvió al aula y reanudó la sesión. Sin hacerlo de forma consciente, se impuso la disciplina de no mirar a Isabel más que a otros alumnos, y sus muchas tablas de viejo y de diablo le socorrieron. Se centró en su cometido y disfrutó explicando, aclarando dudas y escuchando las aportaciones de los participantes. El seminario era sobre liderazgo y él lideraba al grupo con habilidad. Se sentía bien. Estaba contento. Notaba la adrenalina positiva que, sin apenas esfuerzo, le ayudaba a dominar la situación. Percibía cómo se ganaba la atención, el interés y la confianza de los estudiantes, y eso le hacía estar a gusto consigo mismo. Abría su mente para seguir aprendiendo. Pensaba que siempre podía haber una idea nueva, un planteamiento diferente, algo que le enriqueciera. «Y mientras sea así, seguiré estando joven... y sentiré que todavía tengo algo útil que decir... que pueda interesar a alguien... Lo contrario significará el fin... Será el indicador de la retirada definitiva... ¿Sabré ver esa señal?... ¿Querré verla?»

Camilo comió con Horacio Gabriel Rodríguez en un restaurante cercano. Una ensalada generosa y un café. Algo ligero para no llenarse demasiado antes de la sesión de la tarde. Esperaba que estuviera Verónica Islas, pero Horacio la disculpó. Lamentó su ausencia, pero se notó aliviado. Se había fijado en ella y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sentía vulnerable. Horacio Gabriel y él hablaron un poco de todo. También de mujeres.

—¿Está casado, doctor?

—No, soy viudo desde hace siete años.

—Cuanto lo siento —se vio obligado a comentar Horacio, con cara de circunstancias.

—Gracias... fue ya hace mucho tiempo —añadió el profesor, quitándole importancia para darlo por cerrado.

—Estee... ¿Sabe doctor? —intervino Horacio con una sonrisa de complicidad— Aquí en México hay *chavitas* muy lindas, ya lo comprobaré... Y además, las mujeres mexicanas son muy apasionadas...

—¡Vaya!... ¡menuda suerte tenéis! —exclamó Camilo, sin intención de continuar la conversación.

—Y si además conocen que un hombre no tiene esposa, como es su caso, todavía lo son más —insistió el mexicano con una sonrisa maliciosa.

—¡No creo que se fijen en un viejo como yo!, jajaja.

—¡Pues no crea! A las *chavas* mexicanas no les importa la edad... Yo conozco muchos matrimonios en los que la mujer es mucho más joven.

«¡Lo que faltaba!», pensó el profesor. «¡Encima éste me dice estas cosas!». Sin querer, recordó enseguida a Isabel Lozano. «Será unos veinticinco o treinta años más joven que yo» calculó a vuela pluma. «¡Demasiados!... ¡Qué *carallo!*»

—Por cierto, los participantes me dijeron que les estaba gustando el seminario —

comentó Horacio, cambiando de conversación.

—Me alegro mucho. Lo más importante es que ellos estén contentos.

—Estee... También mencionaron que había sucedido algo con una *chava* que dijo algo sobre Hernán Cortés.

—No pasó nada grave, hombre. Simplemente preguntó si se puede aprender del liderazgo de personajes históricos por los que se siente aversión, y puso el ejemplo de Cortés. Una pregunta interesante, la verdad —explicó el doctor.

—Ya le dije en el carro que Cortés no es un personaje querido aquí en México. Más bien al contrario. ¿Qué piensan de él en España?

—Hombre... yo no soy un experto en estos temas, pero te puedo decir cuál es mi impresión —contestó Camilo— Seguramente no existe una opinión unánime. Es un apartado de la Historia de España que aunque, sin duda, es bastante importante, allí no tiene tanta trascendencia como puede suceder aquí. La mayoría de las personas sabemos muy poco de todo esto y sólo tenemos una idea vaga a partir de lo que hemos aprendido en el colegio.

El profesor hizo una pequeña pausa para beber un poco de agua. Había estado hablando toda la mañana y acusaba cualquier esfuerzo extra. Al regresar el vaso a la mesa, observó que Horacio le esperaba y eso le estimuló a continuar.

—Mira... Francisco de Pizarra, el conquistador del Perú, y Hernán Cortés, son los dos grandes conquistadores de Hispanoamérica. Los que más se conocen. Hay otros con notable mérito, pero ninguno como ellos dos. Un amigo mío que entiende de esto, dice que Colón, Cortés y Pizarra, por este orden, son los hombres más relevantes de la Historia de España en América.

—Entonces... para ustedes Cortés es un héroe... ¿no es así?

—Bueno... los hechos ocurrieron hace mucho tiempo... y como te he dicho, tampoco es un tema que despierte un gran interés. Seguro que hay gente que le admira por sus hazañas y otros que le rechazan por sus crueldades. En general, creo que es un personaje respetado y reconocido, como corresponde a alguien que hizo algo muy trascendente.

—Estee... Eso depende de quien lo mire, ¡claro! —apuntó Horacio— Los mexicanos lo vemos de una manera y ustedes los españoles de otra. ¿No es cierto?

—Hombre... ¡no creo que todos los mexicanos lo vean de la misma manera!... y lo mismo digo de los españoles. Pero entiendo que, en general, la perspectiva sea diferente. De todas formas, Hernán Cortés puede resultar simpático o antipático, provocar admiración o repulsa, pero lo que está fuera de toda duda, por que es algo objetivo, es que lo que hizo, guste o no, ha tenido y sigue teniendo una trascendencia histórica enorme.

Horacio ladeó la cabeza y frunció el ceño, como poniendo en duda el argumento del profesor. Este se dio cuenta de que la rigidez de sus creencias respecto a Cortés le impedía contemplar un razonamiento que no fuera coherente con su ciego rechazo. «Es lo que ha mamado» pensó, «¡un sentimiento muy arraigado que eclipsa a su

inteligencia!». Sin alterarse por la irreflexiva mueca, decidió plantearle unas preguntas que pudieran ayudarle a meditar:

—¿Tú te consideras mexicano?

—¡Por supuesto que sí, doctor! —respondió el joven, poniéndose un poco a la defensiva— ¡Pues claro que así me siento!

—Me parece muy bien, y te entiendo perfectamente —comentó Camilo para transmitir empatía y debilitar la coraza de su interlocutor— ¿Crees que serías mexicano si no hubiera venido Hernán Cortés o, en su defecto, otro conquistador que hubiera hecho lo mismo?

—No sé, doctor... quizá no... Este... Quiere decir que entonces mis antepasados no habrían venido de España ¿no es cierto?

—Eso parece ¿no?... ¿Crees que es trascendente que tú seas mexicano?

—Pues para mi sí, ¡claro!, jajaja.

La animada sobremesa no daba para más. Había que regresar al seminario y se estaba haciendo tarde. Horacio Gabriel se hizo cargo de la cuenta y enseguida partieron rumbo a la universidad. Algunos alumnos ya estaban allí, conversando mientras esperaban en el vestíbulo anterior al aula. Camilo saludó a los que se fue encontrando hasta quedarse en un grupo de cuatro que le reclamaron una información. Hablaba con ellos cuando notó la presencia de Isabel Lozano. Sin poder controlarlo, sintió que se estremecía y dejó de escuchar lo que le decían. Tuvo que hacer grandes esfuerzos por aparentar que seguía en la conversación. Su mente sólo estaba en verla a ella.

De pronto, observó que la muchacha se dirigía hacia allí. Era una mujer de unos treinta años. Debía medir 1,55, más o menos, que elevaba con unos tacones de ante beige claro, a juego con un cinturón de hebilla grande. Se la veía delgada, aunque de caderas anchas. Iba maquillada, pero no tanto como había observado en otras mujeres mexicanas. Los labios pintados de color durazno destacaban una boca muy sensual bajo una atractiva nariz perfilada. Llevaba unos pendientes juveniles con piedras verdes y seguía luciendo el elegante moño de la mañana. Sus pantalones vaqueros eran modernos, sin rotos pero lavados y descoloridos en algunos puntos, como parte del diseño. Su blusa blanca con botones en el centro, dos de ellos desabrochados, realzaba su figura y ayudaba a adivinar dos hermosos senos. Además de la carpeta con el material del seminario, portaba una pequeña mochila de cuero marrón a modo de bolso.

—Buenas tardes, doctor —dijo con mucha dulzura, o al menos eso le pareció a Camilo mientras se controlaba para no mirarla embobado.

—Soy Isabel Lozano Muñoz... ¿Se acuerda?

«¡Por Dios!, ¡Cómo no voy a acordarme!... si casi no he dejado de pensar en ella» reaccionó él con rapidez, en su interior.

—Claro que me acuerdo —respondió con seguridad, poniéndose una buena coraza para no mostrar sus sentimientos— Estaba usted sentada... creo que... en la

primera fila... en el lado derecho. ¿Es así?

—Así es, doctor —asintió ella sonriendo— Sólo quería decirle que me está gustando mucho el seminario.

—Muchas gracias —correspondió el español con una satisfacción que desconocía — Me alegro mucho... de eso se trata ¿no?

—Lo hace usted muy ameno... y además, lo que dice es muy interesante —añadió la chica echándole más leña al fuego, seguramente sin saberlo.

—¿De dónde es usted? —preguntó Camilo.

—De Tlaxcala.

—¿De... Tas qué? —interrogó él, sorprendido.

—De Tlaxcala —confirmó la chica.

—¿Tas cala? —pronunció el profesor con dificultad.

—¡Noo! —dijo la alumna riéndose— Tlax... Tlax... Tlax cala.

—Tlaxxx cala, Tlaxcala —pronunció por fin, el doctor.

—¡Eso es! Tlaxcala —repitió ella, a modo de refuerzo.

—Disculpa mi ignorancia —se justificó él, llamándola de tú— Me cuesta pronunciar la t con la l, porque en España no utilizamos esa combinación. Y además, nunca he oído hablar de ese lugar. ¿Dónde está?

—No se preocupe —intervino la muchacha, quitándole importancia— Está muy cerca de aquí. Es un estado de México, el más pequeño de los treinta y dos, y su capital también se llama Tlaxcala.

—Pues mira por donde ¡ya he aprendido algo nuevo! —agradeció Camilo, mientras admiraba la blanca sonrisa que mantenía la chica— ¿Vienes desde allí todos los días?

—No, doctor. Yo soy de allí, pero vivo aquí, en Puebla. Trabajo en el departamento de recursos humanos del Banco de Santander. Eso sí, siempre que puedo voy allá para ver a mi familia.

Por desgracia para el profesor, la conversación con Isabel no pudo continuar. Ya pasaban veinte minutos de la hora fijada para comenzar y Horacio Gabriel apremió a todos los que aún estaban fuera para que entraran en el aula. Camilo se sintió eufórico después de este breve intercambio y percibió que daba una clase espectacular, quizá una de las mejores de los últimos años. «¿Otra vez el amor?» No quería ni planteárselo. Pero lo cierto era que una nueva energía fluía dentro de él y le hacía superarse. Explicaba para todos, pero en realidad, sin que se notara, sólo hablaba para ella. Era un actor que llegaba a todo el público, pero interpretaba para el único espectador al que le interesaba impactar.

Al finalizar el intenso día, se interrumpió el seminario hasta la semana siguiente. Horacio llevó al profesor al hotel. En el camino, sin darle tregua, le hizo tres preguntas seguidas:

—¿Qué quiere hacer en estos días, doctor?... ¿Va a visitar algún lugar?... ¿Quiere que le acompañemos?

—Todavía no estoy seguro. Pero por favor, vosotros ni os preocupéis... Os agradezco mucho la buena disposición que tenéis, pero necesito unos días de tranquilidad... creo que todavía tengo el *jet lag*.

—Estee... ya sabe que no es ninguna molestia acompañarlo. Todo lo contrario — insistió Horacio.

—Muchas gracias —dijo con cortesía el profesor— ¡Ya tendremos tiempo!... además, si necesito algo, tengo vuestros números de teléfono.

—De acuerdo, como usted prefiera. Ya sabe que nosotros lo que deseamos es que tenga una buena estancia en México... No sé, quizá pueda aprovechar para visitar el DF —continuó el anfitrión— Si toma un taxi, lo llevará a la estación de autobuses... y en el hotel le informarán de algún alojamiento en México, por si quiere pasar allá alguna noche.

—Te lo agradezco Horacio, pero no iré esta vez al DF. Lo dejo para otro momento... Creo que iré a Tlaxcala.

—¿A Tlaxcala?

—Sí, a Tlaxcala —confirmó el profesor, cada vez más convencido de su decisión — ¿Sorprendido?

—Pues sí, doctor —se sinceró el mexicano— No hay mucho que ver allá. En México hay lugares mucho más interesantes y con más cosas que visitar.

Camilo le miró encogiéndose de hombros, frunciendo la boca y abriendo sus manos con las palmas hacia arriba. Sin palabras expresaba un «bueno, ¡Qué le vamos a hacer!». Después, preguntó.

—¿Tú lo conoces?

—Estee... Pues no, doctor. La verdad es que nunca fui allá —respondió Horacio medio avergonzado, ante la sorpresa del español que no le pasó desapercibida— Sé que está muy cerca, pero nunca he tenido la oportunidad ni la curiosidad —se justificó.

—Bueno, si por fin voy, ya te con taré... así un español podrá explicarle a un mexicano algo sobre México.

Rieron los dos y concluyó la conversación. Horacio no comprendía una decisión tan extraña. Pero Camilo intuyó que disfrutaría en esa ciudad que, hasta unas horas antes, había ignorado. Poco después, llegaron al hotel y se despidieron.

Era tarde y estaba exhausto tras un día muy largo. La dinámica que seguía en este tipo de seminario le obligaba a estar muy activo, bien explicando, bien atendiendo a las intervenciones de los alumnos. Era un esfuerzo continuo que aún saliendo satisfecho, le desgastaba mucho. Además, todavía le costaba adaptarse al cambio de horario y lo notaba, fundamentalmente a partir de media tarde. Decidió comer algo rápido cerca del hotel y acostarse pronto. Con el segundo tequila ya había confirmado su futuro inmediato: ¡Tlaxcala! «Iré allí un par de días... Algo habrá que ver ¿no?». Era la ciudad de Isabel Lozano y pensó que sólo por eso ya valdría la pena. «¿La veré a ella?». Meditó que seguramente tendría que trabajar en Puebla... pero el día uno de

noviembre era fiesta y quizá lo pasaría en su tierra. «¿No me ha dicho que va a Tlaxcala siempre que puede?... ¿Podrá esta vez?... es un lugar pequeño... ¡A lo mejor la veo!...»

Se sorprendió a sí mismo haciendo todas estas cabalas y pidió la cuenta para volver a la realidad. Poco después, salió del restaurante. En unos minutos llegó al hotel y se metió en la cama. Entre la vigilia y el sueño sintió que algo diferente le estaba ocurriendo. No tardó en dormirse. Por suerte para sus vecinos, las paredes eran gruesas y pudieron ahogar los contundentes ronquidos. Era un hombre feliz, pendiente de su destino.

6 HERNÁN CORTÉS

«Y sin embargo, esta mezcla de hombres tan distintos, estaba reunida en un solo campamento, sujeta a obedecer la voluntad de un solo hombre, a obrar con armonía, y se puede decir, a respirar un mismo espíritu y a moverse por un principio común de acción. En este maravilloso poder sobre las más divergentes masas reunidas bajo su bandera, es donde se reconoce el genio del gran capitán»

William H. Prescott (1796-1859), historiador norteamericano, en su libro «Historia de la Conquista de México» (1843)

Tzompantzinco (Tlaxcallan), 12 de septiembre de 1519

El capitán Hernando Cortés apenas durmió un par de horas. Se acostó tarde. Pues habiendo anochecido, salió con algunos jinetes y trescientos indios aliados para incendiar varias aldeas abandonadas. La acción respondía a un doble propósito: transmitir a los de Tlaxcala que su ejército estaba fuerte y podía permitirse escaramuzas superfluas, y mostrar a sus propios hombres que el objetivo era posible si lograban la cooperación de los naturales.

—Es bien cierto que no somos muchos —solía reconocer cuando escuchaba las quejas de sus soldados— Pero podremos bastarnos si disponemos de los de aquí luchando contra sus enemigos.

Había ido aprendiendo esta importante lección desde su llegada a Cempoala. Enseguida observó que los indios no constituían un solo pueblo, sino muchos diferentes con sus alianzas y sus enfrentamientos. «Esto es lo que hallaron los romanos cuando llegaron a la península de Iberia» pensaba. «Hasta que conquistando y uniendo, crearon Hispania».

Se percató, sobre todo, de que esos que llamaban culua o mexica, eran los más



poderosos y tenían sometidos a muchos otros pueblos, a los que explotaban con tributos abusivos de distinto tipo. Entre ellos, doncellas y esclavos para los sacrificios humanos. Por tanto, una estrategia inteligente consistía en amparar a los que eran sus tributarios, propiciar el entendimiento entre ellos y conseguir su alianza para luchar conjuntamente contra los culua. Veía claro que organizar y mandar ese potencial ejército, tenía que ser la principal tarea de los españoles. Y por eso, insistía en el buen trato que sus soldados debían dispensar a los naturales, prohibiéndoles, tajantemente, la destrucción, el robo, el abuso, la violación de las mujeres y cualquier tipo de maltrato.

—Queremos hacer aliados y no enemigos en nuestra retaguardia —recordaba, a menudo, a sus hombres.

Sus castigos eran ejemplares para los que no respetaban estas normas: arrestos, encadenamientos, latigazos y otras penalidades. Hasta ejecutó a dos soldados en un caso grave que merecía un buen escarmiento. Consideraba que su cumplimiento constituía una pieza básica para la conquista, por lo que éste, sin excepción, atañía a todos. También a los indios que se les iban uniendo. Aunque resultaba difícil. En las campañas victoriosas, tenían la costumbre de saquear a los vencidos, incendiar sus casas y hacerlos prisioneros para los sacrificios. Cuánto más se prodigaban en estos menesteres, mayor satisfacción y orgullo como guerreros. Por tanto, les costaba comprender que los extranjeros insistieran en prohibirles algo que para ellos iba naturalmente unido al triunfo.

Recordaba que dos meses antes, los de Cempoala le habían pedido ayuda para derrotar a sus enemigos de Cingapacinga. Como prueba de la alianza que acababan de sellar, accedió y acompañó a sus nuevos amigos con los hombres a caballo, algunos arcabuceros y ballesteros y dos piezas de artillería. La tarea fue sencilla para los aliados. Tras la breve batalla, los cempoaleses se ensañaron con los derrotados, provocando mayor destrucción que en el enfrentamiento armado. Al regresar a Cempoala, algunos prisioneros ya estaban listos para el sacrificio. Muy enojado, fue a ver al cacique gordo y, ante la enorme sorpresa de éste y sus principales, le recriminó a gritos lo que habían hecho. Los indios no entendían nada, pero se dieron cuenta de que el *tlatoaní* de los *teules* estaba enfadado con ellos. Y sintieron miedo. La cosa no terminó ahí. Asombrando a todos, cempoaleses y castellanos, el iracundo Cortés aprovechó la oportunidad para destruir los altares paganos, interrumpir los sacrificios, exigir la paz entre los dos pueblos e imponer unas consignas que deberían cumplir todos sus aliados indios: no hacer sacrificios humanos, no comer carne humana, renunciar a la sodomía, no robarse unos a otros y adorar únicamente al dios cristiano.

Los de Cempoala estaban aterrados. «¡Eso es ir en contra de los dioses!... ¡Se enfurecerán y tomarán represalias!». A pesar de todo, aceptaron. ¿Cómo no iban a hacerlo, si los extranjeros les habían liberado del pesado yugo de Moctezuma? No tenían otra opción. Además, confiaban en que aliándose con los *teules* y cumpliendo sus normas, también a ellos les protegería su dios, ese de la cruz de madera que

rechazaba las ceremonias y el culto a otras divinidades. «¿Un dios clavado en una cruz que no exige sacrificios?» se habían preguntado sin creerlo, convencidos de que se trataba de un error de las lenguas. «¡Eso es imposible!» habían asegurado los sacerdotes.

Pronto comprobaron que era cierto, y asumieron que se trataba de un asunto que no admitía discusión.

Desde entonces, cada vez que los españoles llegaban a una población, transmitían su voluntad de liberarla de los tributos de los mexica. A cambio, tenían que declararse vasallos del rey Don Carlos, hacer las paces con sus vecinos, aceptar las citadas normas y proveer porteadores y guerreros para acompañarles a Tenochtitlan. Mediante este procedimiento, ya habían conseguido la colaboración de varios pueblos. Sobre todo la de Cempoala, su primer gran aliado.

Cempoala estaba cerca de la costa y tenía unos veinte mil habitantes. Cuando llegaron los castellanos en los primeros días de julio, quedaron bastante impresionados. Era la primera ciudad grande que veían «con buenas casas de piedra y altas mezquitas». Allí confirmaron que estaban descubriendo un nuevo mundo, «de una civilización mucho más avanzada que cualquiera otra encontrada en las Indias». Y comenzaron a percibir la envergadura de la empresa que afrontaban.

Los cempoaleses ya sabían de los extranjeros blancos y barbados y sus poderosas armas. Desde su llegada a la costa, habían estado vigilando, atenta y sigilosamente, todos sus movimientos. Les habían llegado noticias de lo sucedido en Potonchan y preferían no entrar en conflicto con esos hombres venidos del mar. Pero no podían descuidarlos. Todo lo contrario. Desde sus atalayas encubiertas, pudieron ver la apabullante exhibición de su potencial bélico. Fue en la playa, coincidiendo con una visita de los embajadores de Moctezuma. Al igual que éstos, quedaron impresionados. Jamás habían visto algo así. Ni siquiera podían imaginárselo. El estruendo y el fuego de esas armas pesadas que transportaban entre varios guerreros. Los imponentes ciervos sin cuernos, unidos a hombres que reflejaban los rayos del sol. Esas extrañas macanas... Y las increíbles torres que les habían traído... Era todo tan extraordinario que pensaron que eran dioses o sus enviados más privilegiados... y pronto oyeron decir a los mexica que se podía tratar de Quetzalcóatl. «¡Él también estaba en contra de los sacrificios humanos!... por eso discrepaba con Huitzilopochtli». Decidieron acercarse y pedirles que fueran a su ciudad. Los recibieron con todos los honores, ¡no era para menos!, dándoles el mejor alojamiento y obsequiándolos con espléndidos regalos y jóvenes mujeres.

Una vez instalados, los de Cempoala se quejaron a Cortés de la tremenda opresión a la que les sometían los mexica. El español apreció el odio que sentían y empezó a darse cuenta de que podría jugar a su favor. Antes de lo pensado, surgió algo que le proporcionaba una gran oportunidad. En esos días, llegaron los exigentes recaudadores de Moctezuma para recabar los tributos. De por sí eran personas distantes que amparadas por el poder al que representaban, se dirigían a los

cepoaleses con desprecio, antipatía y suficiencia. Esta vez, les recriminaron agresivamente que hubieran recibido a los extranjeros, y como castigo, les exigieron veinte jóvenes para ser sacrificados. Los de Cempoala estaban furiosos, pero no se atrevían a rechistar. Tlehuitzilin, el cacique gordo, fue a ver a Hernán Cortés y, apesadumbrado, le explicó lo que sucedía. El capitán de los castellanos lo tuvo claro:

—¡Negaros a pagar cualquier tributo y detened a los embajadores! —dijo al cacique mostrando una gran firmeza.

—¿Cómooo?... ¿Estás seguro? —respondió temblando el cacique, incrédulo y muerto de miedo— ¿Quieres que desafiamos a Moctezuma?

—¡Así deberéis hacer, señor!... Y no habéis de temer, pues yo os he de dar mi protección.

Tlehuitzilin estaba aterrado y lo dudó mucho antes de tomar una decisión. Pero finalmente, optó por seguir las indicaciones de Cortés.

Los embajadores estaban estupefactos. «¿Se habrá vuelto loco este *tlatoaní*?... ¿Cómo se atreve a desafiarlos?». Ya presos, su sorpresa fue todavía mayor cuando por la noche, a espaldas de los cempoaleses, recibieron la inesperada visita de Hernán Cortés.

—¡Os libero!... Una prueba del buen entendimiento que en el nombre de mi señor Don Carlos deseamos haber con el gran señor Mutezuma —les dijo en voz baja, vendiéndoles el favor.

Este doble juego, por un lado, le valió a Cortés la estima y el apoyo incondicional de sus anfitriones, pues vieron en él a su libertador. Por otro, alertó a los agradecidos emisarios mexica de su valentía, fortaleza y decidido empeño en llegar hasta el *huey tlatoaní* de Tenochtitlan. La primera consecuencia fue que los de Cempoala proclamaron a los cuatro vientos que los *teules* los habían liberado de Moctezuma, y esa excelente publicidad les sirvió para recabar nuevos adeptos. Así, poco a poco, el grupo iba aumentando, incorporándose guerreros, porteadores y algunas mujeres. Sin embargo, Moctezuma no sólo seguía sin invitarlos a Tenochtitlan, sino que a través de embajadores o caciques afines, les enviaba nuevos mensajes advirtiéndoles que no serían recibidos y debían retroceder. Algunos capitanes fueron a ver a Hernán Cortés para demandarle que se tomara en serio estos avisos.

—Señor, ese Mutezuma nos tiene vigilados... y en cualquier momento, cuando menos lo esperemos, se echará sobre nosotros —le dijeron.

—Y según cuentan nuestros aliados, ya no será un puñado de indios mal organizados, como en Potonchan, sino un potente ejército contra el que no podremos hacer nada.

Escuchó con atención a sus hombres y quedó en meditarlo... pero la voluntad que tenía era firme. Su referente era Julio César: «¡*alea jacta est!*».

El insomne capitán llevaba bastante tiempo despierto. Pero como aún no había amanecido, decidió permanecer echado. No aguantó mucho tiempo. Las antorchas del

real seguían encendidas cuando abandonó el lecho y comenzó a prepararse para una nueva jornada en la que podría decidirse su destino. Esa noche, Marina no había yacido con él, pero se encontraba cerca y abrió los ojos al escuchar el ruido de la armadura. Se levantó con diligencia y le ayudó a vestirse. Mientras lo hacía, notó las marcadas ojeras que en los últimos días tanto se habían acentuado. Observó que seguía preocupado. «¡Cómo me gustaría hablar su lengua para transmitirle mi apoyo!», pensó. Lo intentó con sus expresiones y gestos, como siempre. Cogió sus manos con fuerza, le miró a los ojos con firmeza, besó su mejilla, sonrió y acarició su cara barbada. Después, descolgó de su cuello una pequeña cruz de madera, la llevó a sus labios y se la puso a él.

—Señol, ¡vos vencel! ¡vos vencel! —le dijo en español.

El capitán sonrió y sintió la energía que necesitaba. ¡No podía desfallecer ahora! Y menos mostrarse débil ante sus hombres. Ella le había recordado que dependían de la entereza de su mando. «¡Qué mujer tan admirable!», pensó, «¡Qué coraje tan notable ha mostrado durante todo el viaje!... ¡y sobre todo, en estos últimos días de tanta dificultad!».

Marina había sorprendido a todos. Cuando el ánimo flaqueaba, allí estaba ella: firme, tranquila, segura, sin una sola queja, presta a ayudar en lo que hiciera falta. Su comportamiento era un referente para todo el campamento. Las mujeres indias buscaban su consejo. Las españolas, pues también había algunas, la respetaban e intentaban estar a la altura de su valor. Los hombres veían en ella la confianza que necesitaban. Y él, el gran capitán general, sólo podía mostrar su debilidad en su compañía. Su comprensión aliviaba la soledad del mando. Su fuerza reparaba la energía perdida. Su amor le hacía sentirse un hombre afortunado. «¡Cuan generosa fuera la providencia divina, poniendo en mi camino una mujer de tan destacado valor!» siguió reflexionando. «Ha sido la voluntad de Dios, para poder hacer el cumplimiento de nuestra misión cristiana».

Tras derrotar a los de Potonchan, Marina fue una de las veinte mujeres que el cacique Tabasco, siguiendo la costumbre indígena, les habían entregado como tributo. En el reparto, Cortés se la había entregado a Alonso Hernández Puerto-carrero, con quien convivió sin destacar sobre las demás. Nadie podía imaginar, entonces, que desempeñaría una función tan crucial. En ese tiempo, la única lengua era Jerónimo de Aguilar, a quien habían encontrado en la isla de Cozumel. Ocho años antes, Aguilar viajaba por el Caribe en un barco castellano que naufragó y fue a parar a esas tierras. Allí, fue capturado por los naturales y le hicieron su esclavo. Enterado Cortés al llegar a la isla, pagó un rescate por su libertad, pero el cacique al que pertenecía no se decidía y Aguilar no llegaba. Cansado de esperar, ordenó la partida sin él. Sucedió, sin embargo, que una vez en la mar, se averió un barco y tuvieron que regresar para repararlo. «Fue la Santa Voluntad de Nuestro Señor» solía recordarle fray Bartolomé de Olmedo. De pronto, uno de esos días, mientras esperaban a que el bergantín estuviera listo, apareció un grupo de indios y uno de ellos, visiblemente emocionado,

comenzó a gritar:

—¡Castilla! ¡Castilla! ¡Soy de los vuestros! ¡Soy castellano! ¡Llevadme con vosotros!

Repasando este episodio, reía en su interior. Todos quedaron asombrados. Parecía un indio más. Igual que los que lo acompañaban. Desnudo, salvo sus partes más íntimas, con ese exiguo calzado, las orejas deformadas, algunos tatuajes como los de ellos y la cara maltratada por el sol. ¡Pero hablaba español!... tenía que ser aquél del naufragio, al que habían estado esperando. Cuánto se habían carcajeado, después, imitando su exaltada aparición, parodiando sus desesperados gritos para convencerlos de que no era indio, sino castellano.

Jerónimo de Aguilar hablaba la lengua indígena y resultó de gran ayuda en las conversaciones de paz con el cacique Tabasco. Sin embargo, cuando en San Juan de Ulúa llegaron los primeros emisarios de Moctezuma, por más que se esforzaba no les comprendía. Esos indios no hablaban la lengua que él había aprendido, por lo que no había manera de comunicarse con ellos. La situación era desesperante. Se trataba de una visita de gran importancia y, por más que lo intentaban, resultaba imposible el entendimiento. Entonces, una de las indias que habían recibido junto al río de Grijalva, la que estaba con Puertocarrero, llamó la atención de los castellanos.

—Señor, hay una mujer de las que vienen con nosotros, que habla con las que acompañan a esos indios —informó un soldado que había acudido presto al puesto de mando.

—¡Traedla inmediatamente! —ordenó Cortés, sin vacilación.

Una vez en su presencia, recordó que la había entregado a Alonso Hernández Puertocarrero, por ser éste uno de los de más alto linaje de la expedición y ella una de las más hermosas. Le decían Marina. Apenas tenía unos veinte años. Su expresión seria y dulce al mismo tiempo, sus sensuales formas y una piel tostada que se antojaba suave, la hacían muy atractiva. Volvió a reparar en su belleza. Pero en ese momento era lo que menos le importaba de ella. Había otra prioridad de suma trascendencia. La mujer entendía y hablaba el idioma de los eminentes visitantes y también el que conocía Aguilar. Sus servicios fueron requeridos de inmediato. Desde entonces, su trabajo como lengua resultaba decisivo. Pero además, poco a poco, se había convertido en algo mucho más importante. Observaba, escuchaba, comprendía la expresión y la palabra, intuía, anticipaba, transmitía con fidelidad, asumía su destino y su responsabilidad, estaba involucrada. No era una simple intérprete. Desde la partida de Puertocarrero a España, era la amante de Hernán Cortés. Pero sobre todo, su principal apoyo y un símbolo que todos respetaban, hasta el punto de llamarla *doña* Marina, un tratamiento reservado a las damas de la nobleza castellana.

Esa mañana, todavía a oscuras, la primera tarea de Hernán Cortés fue visitar los puestos de guardia. Le gustaba hacerlo personalmente. Así estaba cerca de los soldados y podía transmitirles palabras de confianza y ánimo.

—¿Cómo se encuentra vuesa merced esta mañana? —preguntó a un balletero

que vigilaba el horizonte desde una posición más alta.

—¡Bien mi capitán! ¡Sin novedad y a sus órdenes!

—Con la ayuda de Nuestro Señor, pronto saldremos de aquí y continuaremos nuestro avance —aseguró convencido Cortés— Pero mientras tanto, es de grande importancia que mantengáis bien abiertos los ojos, pues de ello dependerá la supervivencia de todos nosotros.

—¡Desconfiad, señor! —dijo orgulloso el vigilante— Mientras el hijo de mi santa madre esté aquí, ningún indio se acercará a menos de una legua sin nuestro conocimiento.

—¡Qué así sea y Dios os guarde!

«La moral de los infantes es una arma más poderosa que los cañones», solía pensar Cortés, «y entre los deberes del capitán, está cuidarla, darle el sustento para que no decaiga». Estaba convencido de que éste era uno de sus principales cometidos. Muchos soldados estaban desanimados desde que los tlaxcaltecas les habían obligado a refugiarse en esa fortaleza de piedra. Tenían bastantes heridos y pocas fuerzas, por lo que la mayoría auguró que inevitablemente serían vencidos. Varios principales, encabezados por Juan Velázquez de León y Diego de Ordaz, habían intentado persuadirle de que lo mejor era retroceder a la costa, construir nuevos barcos y regresar a Cuba.

—Mi señor capitán, Hernando Cortés —había dicho Ordaz, respetuosamente— Teniendo otro pensamiento, como vos bien conocéis, hemos seguido a vuesa señoría hasta este lejano lugar con la lealtad que os juramos, y no creo que vos tengáis queja de dicho juramento... Pero ahora os rogamos que consideréis la adversidad de nuestra situación y decidáis guiarnos hasta la Rica Villa de la Vera Cruz.

—¡Allí podremos estar más seguros! —apuntó enseguida Velázquez, reforzando el comentario de su compañero— Y regresar a Cuba en nuevos navíos. O bien, si así lo preferís, esperar en la Villa Rica la ayuda de más hombres y armamento.

—Son muchos de nuestros amigos indios los que han muerto. Y otros muchos de ellos y de los nuestros están heridos —acentuó Diego de Ordaz para apoyar su petición— Vos sabéis que pronto será difícil responder a los ataques de esos que nos acechan.

—Y aunque resistiéramos... ¿Por cuánto tiempo, señor? —intervino otra vez Juan Velázquez, esta vez con mayor contundencia, buscando ser convincente— Además, cualquiera que no estuviera ciego ha de ver cuan imposible es que continuemos el avance... y menos aún, que logremos conquistar ese lugar que dicen Temixtitan.

—¡Así es de cierto! —subrayó Ordaz, antes de esgrimir un razonamiento que invitaba a reflexionar— Si no somos capaces de derrotar a los de Tascaltecal que están sitiados por Mutezuma desde hace años, ¿cómo vamos a vencer a éste que es mucho más poderoso, cuando cada vez somos más débiles?

La decisiva pregunta provocó un silencio eterno que nadie interrumpía. Cortés lo aprovechó para observar las reacciones de los presentes. Por fin, Pedro de Alvarado

tomó la palabra:

—No les falta razón a vuestras mercedes en cuanto habéis expuesto, pero ¿en verdad pensáis que saldremos con vida si hiciéramos el retroceso a la Villa de la Vera Cruz?

—Señor Alvarado, será mejor intentarlo que continuar aquí consumiendo nuestras fuerzas —replicó Ordaz con gravedad— Tendrá mucha más razón que pasar tanto tiempo de esta espera que acabará por consumir nuestra entereza... anticipando el encuentro con la muerte... o peor aún señor, torturando nuestras cabezas con el pensamiento de que si nos cogen vivos... que Nuestro Señor Jesucristo no lo quiera... ¡seremos las víctimas de sus ceremonias!

Desde que supieron de los sacrificios humanos y vieron de cerca sus secuelas, los españoles les tenían pánico. Muchos padecían terribles pesadillas nocturnas, imaginándose en lo alto de una de esas pirámides, justo antes de ser descuartizados por el sacerdote con la hoja de obsidiana, o viendo su corazón candente recién extraído de su cuerpo. En los momentos más adversos, como sucedía ahora, el miedo se acentuaba. Los ataques de ansiedad les invadían. El horror se apoderaba de ellos. La mayoría apenas dormía. Muchos, sin poder controlarlo, se orinaban y defecaban encima.

Hernán Cortés decidió intervenir en la conversación. Con sus mejores palabras se dirigió a todos los presentes, pero especialmente a Velázquez, Ordaz y los demás partidarios de retroceder.

—Valientes señorías. Comprendo vuestro razonamiento y bien decís que nuestra situación es difícil, pues así es lo cierto y no seré yo quien lo ha de negar. Pero tened por seguro que si retrocedemos, daremos la señal de nuestra debilidad... y hasta los mismos indios que ahora son nuestros amigos, nos harán frente para complacer a Mutezuma, pues tendrán el pensamiento de que habiéndonos ido, éste les reclamará.

Velázquez, Ordaz y los otros, escucharon con mucha atención estos convincentes argumentos. No lo habían contemplado, pero los temores de Cortés eran razonables. Este se dio cuenta del impacto favorable que había tenido su discurso. Su confianza salió fortalecida.

—Nuestra única solución es resistir con disciplina y practicar la virtud de la paciencia, como nos enseña el Santo Evangelio —continuó el capitán, mostrando una enorme firmeza— Pues estad seguros vuestras mercedes, de que con la ayuda de Jesucristo y su apóstol Santiago, ha de presentarse nuestra buena oportunidad.

Notó que los tenía entregados y decidió aprovechar la ocasión para alimentar su convicción y su deseo, insistiendo en incontestables razonamientos de índole superior.

—Pensad que todas las adversidades que hemos padecido hasta este momento, han sido superadas con grandes sacrificios gracias a la protección de Dios Nuestro Señor, pues El desea que su verdad sea conocida en estas tierras. Y ese es también el deseo de nuestro rey Don Carlos, gran defensor de la cristiandad. Y de este esfuerzo

vendrá la recompensa en oro, reconocimiento y posición, por los que vendimos nuestras haciendas en la Fernandina y nos decidimos en el compromiso de esta grande empresa... ¿Faltaremos, agora, a la confianza de Nuestro Señor y abandonaremos su santísima voluntad para hallar a la muerte en esa cobarde retirada? ... ¿O seguiremos la señal de la Santa Cruz para ser dignos de tan alta gloria?

—¡Os seguiremos a vos! —gritó el joven Gonzalo de Sandoval, visiblemente emocionado— ¡Mi espada y mi vida están al servicio de vuestra señoría! —añadió con excitación, provocando expresiones de adhesión.

—¡Yo también estoy con vos! —proclamó otro oficial, poniéndose en pie.

—¡Y yo!... ¡Yo también!... ¡Contad conmigo, señor!... ¡Estoy a vuestro servicio! ... —pregonaron con entusiasmo muchos de los presentes, como si se hubieran contagiado del mismo fervor.

—Ahora bien —prosiguió Cortés, aplacando con las manos el repentino júbilo de sus adeptos— Sólo haremos realidad nuestro propósito si permanecemos unidos... como si se tratase de un solo caballero. Si habernos diferencias... ¡pues resolvámoslas entre nosotros como dignos hidalgos que somos!... Pero nobles señorías, no habernos de mostrar la desunión ante los soldados ni, mucho menos en la presencia de nuestros amigos indios, pues de esa debilidad vendría nuestra destrucción.

Ahora sí había cautivado a la audiencia. Y él se daba cuenta. Finalmente, tras su mensaje de cohesión, apeló a la trascendencia del mando.

—Recordad vuestras mercedes que es nuestra obligación de capitanes transmitir la fe en la victoria a nuestros soldados y aliados. Necesitan creer, y si nosotros mostramos la confianza, ellos creerán. Pero si dudamos... ¡perderán la fe, el valor y la lealtad!

Había salvado una nueva crisis interna. Más aún, la había aprovechado para fortalecer valores que consideraba fundamentales. Era parte de su cometido. Tan importante o más que cualquier conquista. «Son muchas las empresas que han hallado el fracaso debido a un mando errado» solía reflexionar. «El capitán debe cuidarse de lo de fuera, pero también de lo propio» era una de sus máximas. «Pensar en la finalidad de cada acción, las condiciones del enemigo y la forma de combatirlo, pero también en los asuntos de su real que concerniesen al ánimo y la voluntad de su ejército».

Desde que habían salido de Cuba, hacía ahora casi siete meses, se había enfrentado con éxito a las adversidades internas. Primero, la última orden del gobernador Diego Velázquez. Le relevaba del mando y le impedía emprender el viaje. Con enorme decisión, no se dio por enterado y despistó a todos los emisarios del gobernador, hasta que salió a la mar sin recibir la notificación. Después, la inestabilidad que provocaba la dudosa legalidad de la expedición. Para solventarlo, se apresuró a fundar en la costa la ciudad de la Villa Rica de la Vera Cruz. Allí se eligió un cabildo y éste le legitimó como Capitán General y Justicia Mayor, es decir, la

máxima autoridad. De esta manera, apoyándose en las leyes castellanas, se desligaba de la obediencia a Diego Velázquez y pasaba a depender directamente de la Corona. A continuación, envió al joven rey Carlos y a la reina Juana la documentación que avalaba tan audaz proceso. Junto a ella, la estimulante compañía de todo el tesoro que habían recaudado en Potonchan y una extensa carta de relación, fechada el 10 de julio. En ella explicaba todo lo sucedido y pedía autorización para conquistar, en nombre de la Corona de Castilla, los nuevos territorios. Para transportar este importante envío, designó a Juan de Alaminos, su mejor piloto, y a Alonso Hernández Puertocarrero, su hombre de mayor rango y confianza, añadiendo a Francisco de Montejo, partidario del gobernador Velázquez, para demostrar ecuanimidad ante sus soldados. La comitiva había partido el 16 de julio. Debían ir directamente a España, evitando pasar por Cuba para no ser detenidos. Aún era muy pronto para tener noticias, pero de momento, todo esto había servido para fortalecer su posición de mando.

La búsqueda de la legalidad era una constante en su comportamiento. Conocía bien la elaborada burocracia castellana y sabía que era imprescindible para asegurar sus intereses y los de sus hombres. Además, consideraba que era un elemento fundamental para afianzar su autoridad. Guiado por esta premisa, cuidaba con escurpulosidad todos los detalles de forma. Por ejemplo, mandaba a su escribano Diego Godoy que enviara o leyera cartas a los indios con requerimientos de ley que éstos, lógicamente, no entendían. U ordenaba a sus notarios que levantaran acta de cuánto sucedía. Con su carta de relación del 10 de julio, a la que tenía intención de que siguieran otras, pretendía mantener correspondencia directa con los monarcas, concediéndose el alto rango que esperaba consolidar con la respuesta de los soberanos. La importancia que concedía a cualquier asunto relacionado con el mando, afianzaba su posición de liderazgo. De hecho, a pesar de que desde el principio, había existido la oposición de los partidarios de regresar a Cuba, nunca se había planteado la opción de sustituirle por otro capitán general. Su cargo era indiscutible, incluso en los momentos de mayor desánimo. Conducía a su ejército eficazmente, con una mezcla de firmeza y mano izquierda. Y así debía continuar ahora. Sin perder un solo hombre ni permitir que el grupo se fragmentara, buscando esa oportunidad que cambiara la grave situación adversa en la que se hallaban.

Una vez más, el sol acudió a su cita anunciando un día caluroso, aunque quizá aliviado por algunas lluvias que como en las tres jornadas anteriores, se presentarían por la tarde. Acostumbrados al clima mucho más húmedo de Cuba, los españoles resistían bien el de Tlaxcala, pero les sobraban las armaduras y todos los utensilios de guerra que permanentemente portaban. Llevaban diez días atrincherados en esa elevada pirámide de piedra que llamaban mezquita, y desde hacía cinco, no tenían noticias de los tlaxcaltecas. La mayoría interpretaba que estarían preparándose para una nueva ofensiva o que pretendían desgastarlos mediante un sitio prolongado. Hernán Cortés tenía la intuición, y la esperanza, de que estuvieran deliberando sobre

su propuesta de paz y alianza. Por si acaso, pasó revista a sus hombres y les arengó para tenerlos preparados.

—¡Soldados!, en cualquier momento podrían atacarnos... no debemos excedernos en la confianza... permaneceremos en alerta... los cañones y los arcabuces limpios y listos para disparar... los caballos ensillados... las ballestas y las espadas siempre dispuestas...

En las interminables horas de cautelosa espera, Cortés repasaba cómo se había desarrollado esta guerra. Los de Tascaltecal eran muchos y muy valientes, pero afortunadamente, atacaban muy desorganizados, sin coordinar sus acciones. Parecía que luchaban sin una estrategia común, cada soldado por su cuenta, lo que ocasionaba que con bastante frecuencia, se estorbaran entre ellos, convirtiéndose en desventaja su superioridad de número. Además, según dedujo interrogando a algunos prisioneros, peleaban con el objetivo de mostrar su valor y obtener un botín, incluyendo cautivos para sus sacrificios, más que con el propósito de aniquilar al enemigo. Tenían un concepto diferente de la guerra que, claramente, beneficiaba a los españoles.

Recordaba que entre varios indios habían rodeado a un caballo y derribado a su jinete. Éste, en la caída, había soltado el estandarte que llevaba, y uno de ellos se apresuró a cogerlo y lo alzó en señal de victoria. Entonces, se retiraron como si la batalla hubiera acabado, hasta que se dieron cuenta de que la lucha continuaba y regresaron al campo. Otro episodio había sido el de un guerrero que en medio de la contienda, se acercó a un grupo de indios cempoaleses con gestos muy raros. Al parecer les estaba retando, y uno de ellos aceptó. Sorprendentemente, la batalla se detuvo y los dos se enfrentaron mientras los demás les daban ánimo con enfervorizados gritos. El de Cempoal hirió de muerte al de Tascaltecal, le cortó la cabeza y la levantó a modo de trofeo. Sus partidarios le homenajearon con grandes vítores. Los tascaltecas aceptaron la derrota y se retiraron... Más tarde, volvieron con más guerreros.

También les había sorprendido que sus enemigos les llevaran comida. Y más todavía, que instalaran chozas frente al real para que algunas mujeres les hicieran ese pan que desconocían. Al principio pensaron que querían envenenarlos, pero los prisioneros que probaban la comida no morían, por lo que ellos también la comían. Después supieron que era una cortesía que se tenía con los adversarios, pues no era honorable vencer a un enemigo debilitado. Y menos aún, si tras ser capturado, ¡iba a ser sacrificado y degustado! En Cempoal habían visto que a los que sacrificaban antes los engordaban, ya que, al parecer, así lo requerían los dioses. Además, bien alimentados estarían más sabrosos cuando se los comieran. Por tanto, la comida que les traían, aunque bien recibida y merecedora de agradecimiento, podía interpretarse como la antesala de las ceremonias y la buena mesa a las que pensaban destinarlos. Probablemente, esa era también la razón por la que, a diferencia de los indios caribes, no usaban flechas envenenadas.

Los guerreros de Tlaxcala se habían ganado el respeto de Cortés por su valor en el

combate. En su primer enfrentamiento, un grupo reducido fue capaz de matar a dos caballos y herir a varios hombres, antes de morir heroicamente en el campo de batalla. Tras la refriega, regresaron dos de los mensajeros cempoaleses que él había enviado. Traían las disculpas de los jefes tlaxcaltecas por lo sucedido. Según éstas, los que habían peleado eran otomíes que lo habían hecho por cuenta propia, sin que ellos lo supieran. Lamentaban lo ocurrido y estaban dispuestos a pagarles los caballos muertos. Sin embargo, a la mañana siguiente aparecieron otros dos mensajeros llorando, diciendo que se habían escapado y que los de Tlaxcala pensaban atacarlos. No tardó mucho en comenzar una durísima batalla que se extendería durante todo el día. Los castellanos, gracias a los caballos, las armas de fuego y su disciplina táctica, pudieron salir airoso y refugiarse en la pirámide en alto que ahora ocupaban.

Desde estos primeros enfrentamientos, los dos bandos comprendieron la importancia de los caballos. Los tlaxcaltecas habían comprobado que el caballo y su jinete eran dos cosas diferentes y que ambos eran mortales. Y se habían dado cuenta de la trascendencia de eliminar a los animales. Con este propósito, intentaban atraerlos individualmente hasta un lugar en el que, aislados de los demás, pudieran acorralarlos con un grupo grande de guerreros que les acechaba. Por su parte, los españoles habían asimilado que los hombres a caballo tenían que actuar en pequeños grupos bien coordinados, evitando caer en esa trampa. Los jinetes debían utilizar las lanzas sólo para apuntar y amagar a la cara de los enemigos, pero eludiendo clavarlas, pues al hacerlo se detenían y corrían el riesgo de ser alcanzados. Con esta estrategia, provocaban que los indios retrocedieran asustados y cayeran encima de los que estaban detrás, contribuyendo a la confusión, el miedo y la desbandada, al tiempo que preservaban la valiosa integridad de los escasos caballos. Cortés estaba satisfecho de este aprendizaje. Sólo habían perdido un caballo más y las heridas recibidas habían sido mínimas. Además, aleccionados por sus aliados cempoaleses, habían aprendido a curar a los heridos con la grasa de los guerreros muertos. Los medios paliativos escaseaban y los muertos abundaban, por lo que se trataba de un excelente remedio que debían aprovechar al máximo.

Revisó los puestos de guardia y aprovechó para hablar con algunos de sus hombres. Después, decidió tomarse unos minutos de reposo. Llevaba casi dos semanas durmiendo muy poco y el cansancio empezaba a pesarle. Mientras yacía en el lecho, siguió repasando escenas de esos días tan intensos. Recordó que los tlaxcaltecas habían enviado cincuenta embajadores que les trajeron comida y les hablaron de hacer la paz. Pero sospecharon de ellos al observar que escudriñaban la fortaleza con demasiado interés. Algunos fueron apresados. Interrogados por separado, confesaron que su misión era detectar los puntos débiles del campamento. No le tembló el pulso. Mandó que les mutilaran las manos antes de dejarlos marchar. Otro día, tras la segunda batalla, llegaron otros emisarios de parte de uno de los principales de Tlaxcala que, según dijeron, no estaba de acuerdo con la guerra y quería la alianza que Cortés había propuesto. Entre copa y copa de vino que

sorprendieron y entusiasmaron a los tlaxcaltecas, éstos se fueron de la lengua y comentaron que se preparaba un ataque por la noche. Los españoles fingieron no haberse dado cuenta, pero tomaron buena nota. Después, cuando se fueron los huéspedes, comenzaron los preparativos para la batalla. Entre otras medidas, pusieron cascabeles a los caballos. Llegado el momento, el desconcertante ruido que provocaron se unió al impactante estruendo y los devastadores efectos de los cañones. El pánico de los indios fue tremendo. No tardaron en huir despavoridos. Los españoles y sus aliados regresaron al real eufóricos.

Era evidente que los de Tlaxcala no estaban acostumbrados a luchar de noche y que, por algún motivo, temían a la oscuridad y sus sonidos. No obstante, Cortés los tenía en gran estima y estaba convencido de que guerreros tan valientes, con espadas de acero y sometidos a la disciplina de una estrategia de guerra, podían ser los mejores aliados en la guerra contra Moctezuma. «¡Dios tenga en su voluntad que estos indios se dieran cuenta de los beneficios que también ellos alcanzarían con esa alianza!» se dijo a sí mismo esperanzado, intuyendo que ahí estaba la auténtica llave de la conquista.

El capitán quería ser optimista. Es más, necesitaba serlo. De lo contrario, perdería el ascendiente sobre sus hombres y emergería una tremenda división interna que acabaría con la expedición y pondría en peligro sus vidas. Delante de sus soldados, aliados y enemigos, jamás mostraba debilidad. Su arma predilecta era la negociación, y no era partidario de la violencia indiscriminada, pero el ahorcamiento de los disidentes que habían pretendido huir a Cuba, el desmantelamiento de los barcos en San Juan de Ulúa, la destrucción de las estatuas paganas en Cempoala o la mutilación de los espías tlaxcaltecas, representaban mensajes muy claros. Si estimaba necesaria una demostración de fuerza, no dudaba. Sin embargo, en la intimidad sufría momentos de enorme angustia. Percibía que la dificultad era extrema y la incertidumbre muy grande. Cuestionaba el éxito de la empresa y le acechaba el miedo a fracasar y a morir. A veces se sentía impotente y le abatía el desánimo, lamentándose de haber emprendido semejante aventura. Llevaba estas cargas emocionales en la más absoluta soledad. Sólo Marina se daba cuenta y le proporcionaba alivio.

Pasaba el mediodía. El soldado apostado en la almena más alta dio la señal de alarma. Un reducido grupo de tlaxcaltecas avanzaba hacia el real. Rápidamente, Cortés y sus capitanes subieron a la muralla y les avistaron. Parecía una expedición de paz. El capitán ordenó que no disparara nadie y llamó a los intérpretes. Los naturales se detuvieron a una distancia prudente, excepto dos que se adelantaron hasta donde se les podía oír. Desde allí, saludaron y vociferaron algunas palabras en náhuatl. Doña Marina las tradujo al maya y Jerónimo de Aguilar al español.

—Dicen que su señor Sico... no se... —balbuceó Aguilar, antes de consultar de nuevo con Marina. Las dos lenguas intercambiaron algunas palabras y el castellano

volvió a hablar:

—Sicutengal creo... el capitán de los de Tascaltecal, viene a hablar de paz con vuesa señoría.

Escuchando estas palabras, el extremeño sintió una inmensa alegría que, sin embargo, no exteriorizó.

—Decidle que será bien recibido en este humilde real, como nuestro huésped y amigo —ordenó al intérprete.

Este se dirigió a Marina para traducir el mensaje, pero la mujer se anticipó a sus palabras con un gesto decidido, dándole a entender que lo había comprendido. Después, informó a los tlaxcaltecas y éstos se dieron la vuelta para comunicárselo a su jefe. Mientras tanto, Cortés dio las órdenes oportunas para que los escoltaran con honores hasta el puesto de mando. Allí los recibiría con sus principales capitanes y las dos lenguas. No obstante, alertó a los hombres de la guardia para que estuvieran especialmente atentos. No debían confiarse. Podía ser una trampa.

El joven Xicotencatl Axayacatzin se presentó sin armas, luciendo un elegante plumaje que sujeto por una cinta que rodeaba toda su cabeza, emergía desde la coronilla. Era un hombre robusto, de piel bastante tostada y músculos que destacaban. Sobre su torso desnudo, vestía un largo manto rojo y blanco que abrochado por una lazada en un único punto bajo su garganta, cubría su espalda hasta las pantorrillas. Un atuendo que indicaba su posición de mando. El jefe tlaxcalteca y su reducida comitiva fueron recibidos por Hernán Cortés y sus principales. Xicotencatl saludó ceremoniosamente, según era la costumbre: flexionó las piernas, tocó el suelo con una mano y se la llevó a los labios. El español correspondió inclinando levemente la cabeza. Después, cortesés pero distantes, intercambiaron algunos obsequios y tomaron asiento en sendas sillas españolas, mientras los demás permanecían de pie.

A los tlaxcaltecas les sorprendió la presencia de doña Marina. ¿Qué hacía una mujer en una reunión de tanta trascendencia? Además, no tenía la piel blanca como los *teules*. «¿Por qué está con ellos?» se preguntaron. «Desde luego no es una esclava, pues en ese caso, sería una afrenta muy grave... Será una dama principal, quizá la esposa del *tlatoaní* extranjero, pero aún así... ¿Qué hace aquí?... ¡Las mujeres no están presentes cuando se tratan asuntos de estado!». Se percataron de que su porte era el de una gran señora. Se mantenía dignamente erguida y miraba a todos con naturalidad. Su pelo largo y suelto, peinado con raya en el medio, acentuaba su belleza. Sus manos salían de un elegante *huilpil* blanco que alcanzaba los tobillos. Sus pies estaban completamente cubiertos por un calzado desconocido, diferente a los *cactli* de las mujeres de allí. «¿Quién es ella?»

—Noble señor y gran capitán del muy valiente ejército de Tascaltecal —dijo solemnemente Cortés— Nos alegramos de esta visita con la que honráis nuestro humilde real... Pero faltaría a mi honor de caballero de Castilla, si excusara hablaros de nuestro enojo hacia vos, por haber respondido con la guerra a nuestros requerimientos de paz y amistad.

Mientras el extremeño se enfrascaba en la extensa disertación, los tlaxcaltecas le observaban atentamente. Se fijaban en sus gestos e intentaban captar alguna palabra reconocible. Pero ninguna de ellas, ni siquiera el supuesto nombre de su pueblo, sobresalió sobre las restantes. Después, las limitaciones del dialecto maya que mal hablaba Aguilar, redujeron el adornado discurso a breves palabras deshilachadas. El contraste llamó la atención de los de Tlaxcallan. Pero sobre todo, estaban sorprendidos porque no habían entendido nada.

—Nos estar contentos vos aquí... —dijo con dificultad el intérprete— nos enfado con vos... nos paz... vos guerra.

Los tlaxcaltecas se miraban entre sí, sin saber qué hacer. De pronto, se quedaron atónitos cuando vieron que la mujer se dirigía al que había hablado y éste la respondía. El mensaje de Aguilar había sido confuso y Marina le pidió que lo repitiera. Jerónimo insistió en lo mismo. Ella lo tradujo al náhuatl más o menos como pudo, aunque mostrando seguridad en lo que decía. Cuando los de Tlaxcallan la escucharon, su asombro fue todavía mayor. «¿Quién es esa bella mujer que puede hablar en nuestra lengua?»

—*Tlatoaní* de los hombres blancos —respondió Xicotencatl, dirigiéndose a Cortés— Somos guerreros de Tlaxcallan. Y hemos hecho la guerra porque siempre hemos defendido la independencia de nuestro pueblo... Pero ahora te transmito nuestro deseo de paz y amistad... En el nombre de nuestro Consejo Supremo vengo a pedirte que vengáis a Tlaxcallan y seáis nuestros huéspedes.

Mientras el tlaxcalteca hablaba, algunos principales españoles hacían comentarios en voz baja:

—No me gusta como habla —susurró Diego de Ordaz a Juan Velázquez de León— Le noto enojado por lo que oyera del capitán.

—No lo sé —respondió Velázquez, torciendo la boca para disimular que hablaba— Yo me pregunto qué carajo habrá entendido el indio.

Cuando Xicotencatl se detuvo, Marina le solicitó una aclaración.

—¿Has dicho que vayamos a vuestra ciudad, como huéspedes?

Los tlaxcaltecas no se lo creían. «¿Cómo se atreve a dirigirse a él de esa manera, interfiriendo en la conversación?» Xicotencatl dudó, pero vio en un gesto de Cortés que éste la refrendaba y se dirigió a ella para contestar.

Marina se había dado cuenta de que Aguilar sólo dominaba algunas palabras del maya y decidió resumir el mensaje del *tlatoaní* de Tlaxcallan en una versión más sencilla.

—Nos guerreros... nos guerra por Tlaxcallan... Ahora nos y vos amigos... Paz con vos. Vos amigos. Venir a Tlaxcallan.

Al escuchar las escuetas palabras de Aguilar, Cortés asintió amablemente, mostrando agradecimiento. Sin embargo, pensó que debía insistir en su reproche para observar cómo reaccionaba su interlocutor.

—Noble señor, agradezco vuestro ofrecimiento de hospitalidad, de cuya

sinceridad no seré yo quién desconfíe por mi capricho, pero antes de tomar una decisión yo y los que me acompañan hemos de pensar en ello durante algunos días, pues no he de olvidar que han sido varias las reclamaciones de paz que os hiciera y en todas ellas respondierais vos con el silencio de las palabras y la violencia de vuestras armas —dijo en voz grave, mirando al tlaxcalteca sin apartar la vista— Por vuestra decisión de guerra, habernos librado duras batallas. Comprended que ahora use de la prudencia, cuando la voluntad que habéis mostrado fuera la de vencernos y facernos prisioneros.

Xicotencatl permaneció inmutable mientras Cortés hablaba. Estaba deseando que terminara su largo discurso para saber qué era lo que le estaba diciendo. Pero el extranjero se alargaba. Estaba claro que le gustaba hablar. «En esto es como nosotros» pensaba el capitán tlaxcalteca, cansado de esperar al español. «¡Sobre todo en las reuniones del Consejo!»

—Dice que gracias a vos por decir nos visitar Tascaltecal... pero nos paz y vos solo guerra... guerra fuerte... nos días pensar... —fue la versión de Aguilar, enriquecida con indicaciones de sus manos que acompañaban al nos y al vos.

El jefe tlaxcalteca estaba confuso. Él y sus lugartenientes intercambiaron algunas palabras. Los españoles hicieron lo mismo. En un momento, surgieron dos conversaciones simultáneas, una en nahúalt y otra en español. Marina escuchaba discretamente lo que decían los indios. De pronto, miró a Cortés con una expresión de preocupación que el extremeño percibió. Xicotencatl se mostraba ofendido y decía a sus hombres que retiraría la propuesta de paz y declararía que la guerra continuaba. Por suerte, pasados unos minutos, contuvo el primer impulso y su lealtad al Consejo Supremo le hizo cambiar de opinión. Finalmente, contestó:

—*Tlatoaní* que vienes del mar, hemos luchado contra vosotros porque al veros acompañados de los de Cempuallan, los de Iztacamaxtitlan y otros súbditos de Tenochtitlan, hemos pensado que erais aliados de Moctezuma que es un gran enemigo nuestro.

—Debéis saber, noble capitán, que si ellos nos acompañan es porque les hemos liberado de pagar a Mutezuma los gravosos tributos que éste les exigía —replicó Cortés, tras un nuevo intervalo de interminable espera para escuchar a los intérpretes — Y hemos tenido a bien enviaros a nuestros emisarios de Cempoal para daros cuenta de ello y mostraros nuestra buena voluntad... pero vuestra respuesta, señor, siempre fue hostil con los que sólo deseamos ser vuestros amigos.

Cuando le llegó el turno, Marina transmitió estas palabras en la versión abreviada del exiguo maya de Aguilar, pero reproduciendo con fidelidad el énfasis que don Hernando pretendía. Mientras lo hacía, los tlaxcaltecas que acompañaban a Xicotencatl se miraban preocupados. Sabían que su capitán era un guerrero indómito que estaba haciendo un gran esfuerzo en una negociación que no aprobaba. Y temían que la actitud recriminatoria del *tlatoaní* de los *teules* pudiera alterarle demasiado y provocar el fracaso de la misión. No les faltaba razón. El joven capitán tlaxcalteca

luchaba en su interior para mantener la calma. Estaba claro que odiaba a muerte a los mexica, causantes del sufrimiento de su pueblo durante varias generaciones y una grave amenaza para su supervivencia. Pero desde que supo de ellos, no le gustaban estos extranjeros blancos. Y menos aún, si resultaba que eran arrogantes. Si por él hubiera sido... ¡los habría exterminado allí mismo!

—Lamentamos este malentendido —insistió Xicotencatl, dominando su reacción, aunque sin poder esconder que se encontraba incómodo— Ahora reconocemos vuestras verdaderas intenciones y deseamos que nos honréis siendo nuestros invitados.

Cortés se dio cuenta de que no debía seguir tensando la cuerda, pero quería tomarse unos días para analizar la situación, recuperar a sus soldados heridos y prepararse para el desplazamiento.

—Valiente capitán —dijo con un talante más amable— Habéis sido un digno enemigo en la guerra y hoy os recibimos como amigo en el nombre de nuestro rey Don Carlos, el más grande señor que hoy el mundo conoce. Agradecemos la visita de vuestra señoría y os pedimos que hagáis llegar a los grandes señores de Tascaltecal que aceptamos con mucho honor vuestra proposición de paz.

Guardó silencio para que hablaran las lenguas y observó la reacción del tlaxcalteca. Éste se mostró aliviado y él se alegró. Después, continuó:

—Trasmitidles también a los demás señores que será un privilegio acudir a Tascaltecal. Pero os ruego que entendáis que necesitaremos de unos días para preparar el traslado de este real.

El joven Xicotencatl mostró su acuerdo asintiendo. La reunión había terminado y los dos se levantaron. En señal de amistad, el español rodeó el cuello de su huésped con un collar de vidrios. Este, por su parte, hizo una señal para que los esclavos que habían permanecido fuera, llevaran cestos de tortillas, pavos y guajolotes.

Poco después, los de Tlaxcallan abandonaron el campamento de los castellanos. Mientras regresaban, seguían preguntándose quién sería esa impactante mujer que era la lengua de los *teules*. ¿Sólo la lengua? Cuando hablaba lo hacía con sentimiento, transmitiendo algo más que las simples palabras. Cuando escuchaba, mostraba respeto y comprensión, reflejando que además del mensaje, entendía el estado de ánimo. Les había parecido escuchar que el *tlatoaní* blanco, ese que decían que era el mismo Quetzalcóatl o un enviado suyo, la llamaba Malina. Pero su destacado rango, tan evidente, exigía incorporar el honorable sufijo *tzin*. Al llegar a Tlaxcallan, explicaron que el *tlatoaní* extranjero hablaba a través de una mujer, *Malintzin*, que era su voz y quizá, también, su espíritu.

7 TLAXCALA

«... porque es muy mayor que Granada y muy mas fuerte y de tan buenos edificios y de muy mucha mas gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra...»

Hernán Cortés, refiriéndose a Tlaxcala,
en su segunda carta de relación a Carlos V (Octubre, 1520)

Tlaxcala, 31 de octubre de 2006

Faltaban ocho minutos para las once. El viaje, de unos cuarenta y cinco minutos, había concluido. Camilo Queimadelos se encontró en la estación de autobuses de Tlaxcala, un edificio semicircular, descuidado y bastante estrecho. Tardó poco en atravesarlo para salir a la calle. Allí, avanzó hasta el primero de los tres taxis que, guardando fila, esperaban su turno. Un coche bastante viejo, cuyos muelles del asiento trasero enseguida notó. El vehículo se dirigió al Hostal Convento de San Francisco, donde el recepcionista del hotel de Puebla le había hecho una reserva.

Esa mañana se había despertado pronto. De momento era su costumbre, ya que todavía no estaba adaptado al horario de México. Desayunó lenta y copiosamente. Un jugo de toronja que identificó como de pomelo, un plato bien presentado de papaya y pina natural, yogur desnatado, huevos fritos con *bacon* y frijoles, un par de tostadas y dos tazas de café americano. Después, metió alguna ropa en una bolsa de deportes y abandonó el hotel, dejando en consigna el resto de sus cosas. En la estación de CAPU tomó un destartalado autobús, con pocos pasajeros, en dirección a Tlaxcala. Pagó por el billete quince pesos, poco más de un euro, por lo que pensó que se trataba de un servicio poco rentable, seguramente subvencionado.

La carretera desde Puebla hasta Zacatelco, ya en el estado de Tlaxcala, es una vía



de doble sentido muy transitada, con multitud de baches que propician continuos saltos entre los constantes arranques y frenazos. A ambos lados, anárquicamente, se suceden talleres de reparación de coches, pilas de chatarra, puestecitos de comida y bebida, zonas de obras, casas de una planta con numerosas pintadas en las paredes, tiendas de dulces, cajas de botellas amontonadas, puestos de fruta... La calle está llena de gente: unos, parados o andando en el descuidado pavimento de las aceras; otros, cruzando la calzada sin apenas preocuparse del tráfico. El aparente caos se rige por una sorprendente armonía que llamó la atención de Camilo.

El autobús paró unos minutos en la pequeña plaza de Zacatelco, al lado contrario de una antigua iglesia que al profesor le habría gustado visitar. Después, continuó su trayecto adentrándose en un entorno totalmente diferente, apareciendo, por fin, el campo abierto. Observó plantaciones de maíz que le recordaron a las de Galicia. Gozó de la belleza del *cempazuchitl* o «flor de muertos», cuyo color naranja alegraba muchos tramos del recorrido. Y a su derecha, un poco alejado, admiró el imponente volcán de La Malinche, situado a 4461 metros sobre el nivel del mar. A pesar de que algunas nubes se desplazaban hacia el oeste, era un día luminoso, muy bello, que estimuló su deseo de disfrutarlo. Sintió que era un joven aventurero que penetraba en un mundo desconocido y prometedor.

Bajó el taxi por una pronunciada pendiente, hasta alcanzar el valle que alberga al centro de la ciudad. En la avenida de la Independencia, empalizadas de madera como las que se utilizan en los encierros, salvaguardaban el paso de los coches.

—Es por la *pamplonada* —informó con amabilidad el taxista, tras haberse percatado por el espejo retrovisor de la curiosidad de su cliente— Esto hace que el tráfico sea más pesado.

El profesor aprendió que los encierros y las corridas de toros son una tradición en Tlaxcala, coincidiendo con sus fiestas en esa época. El recorrido de la *pamplonada* no era muy largo, pero pasaba por la plaza principal, donde además de las vallas de madera se habían instalado gradas. Protegida por una de ellas, se encontraba el hotel. Una casa del siglo XVI, reformada, que despertó el entusiasmo del español desde que avistó su llamativa fachada de piedra. Tras la entrada, un amplio patio interior de estilo colonial, albergaba la recepción y un acogedor vestíbulo. Notó que los altos techos de cristal correspondían a los de la primera planta, y que a la altura de ésta, una balconada continua, con una fina barandilla de hierro, rodeaba todo el patio. Detrás, grandes puertas de madera entremezclada con cristal, señalaban la presencia de salones o habitaciones en el piso superior. Los marcos de cada entrada, pintados de azul o teja, contrastaban, agradablemente, con el albero de las paredes. En el nivel de la entrada, marcos similares daban el acceso a dependencias de la recepción y a una cafetería. Al fondo, pegada a la pared, presidía el salón una fuente de piedra con un leve manantial que aportaba tranquilidad. Junto a ella, cuatro grandes sofás que, a la vista, se antojaban muy cómodos y una mesa en el centro con un espectacular jarrón pintado a mano. Como complemento esencial, múltiples plantas de interior en

grandes maceteros, repartidas por todo el espacio. Se sintió afortunado por poder pasar unos días en un lugar tan entrañable. E inevitablemente, se acordó de Isabel Lozano, su alumna en el curso de Puebla. «Todo sería más bello si, además, la viera a ella» pensó esperanzado.

—¿Es la primera visita que nos hace, señor... Que... Que-madelos? —le preguntó una joven y sonriente recepcionista.

—Queiimadelos —contestó él, prolongando la i que ella había obviado.

—¡Ah sí!... ¡claro!... ¡disculpe señor!... Señor Quei madelos —repitió ella, esta vez muy despacio, sin despegar la vista del pasaporte.

—¡Tranquila, mujer! No se preocupe. Suele ocurrir —intervino él con rapidez para aliviar el sonrojo que había percibido.

La recepcionista volvió a establecer el contacto visual y de nuevo mostró su agradable sonrisa.

—Le voy a dar un cuarto con salida a la alberca. Esperamos que lo disfrute señor... Queimadelos.

—Muchas gracias, señorita. Es usted muy amable... Por cierto, ¿Cuándo es el encierro?

La muchacha dudó unos segundos.

—¡Ah! ¿Se refiere a la pamplonada? —preguntó buscando la confirmación que enseguida encontró en el asentimiento del huésped— No es hasta pasado mañana. Pero el domingo también hubo y por eso está todo así... ¿Piensa correr delante de los toros?

—¡Noo! —exclamó el profesor tras una sonora carcajada— ¡Dios me libre!, ¿Cree usted que estoy para esos trotes?

—Bueno... tengo entendido que en España es algo habitual... ¿no?

—Algunos lo hacen, es cierto... ¡Pero yo no estoy tan loco! Jajaja... claro que si corre usted, yo la acompaño encantado.

La chica sonrió algo ruborizada y cerró la conversación dándole al profesor su llave. Camilo le dio las gracias y avanzó en la dirección que ella le había indicado. Enseguida atravesó un coqueto comedor de cuyo techo abuhardillado con cristales y vigas de madera, colgaban plantas y ventiladores. Más allá, le llamó la atención una espléndida escalera semicircular de madera, azulejos y barandilla de hierro, que con duda a la planta superior. Y disfrutó su vista con los pasillos de paredes blancas, baldosas de color teja y grandes plantas. Su habitación no era demasiado grande, pero tenía una gran puerta de cristales bien enmarcados en cuadrados de madera. La abrió y vio que daba acceso directo a un hermoso patio interior ataviado con paredes teja, atractivos balcones con marco azul y toldos verdes, y una soleada piscina rodeada de cómodas hamacas que invitaba al chapuzón, la lectura y la siesta. El contraste de los colores teja, albero, azul y verde que predominaba en todo el hotel, le pareció relajante y muy bello.

La actual ciudad de Tlaxcala fue fundada en 1525, tras la conquista del imperio

mexica y la creación de Nueva España. A diferencia de otras ciudades novohispanas, construidas sobre ruinas prehispánicas, se eligió para su enclave un terreno virgen. Un llano junto al río Zahuapan, próximo a las principales poblaciones indígenas tlaxcaltecas. Situada a 2250 metros de altitud, se convirtió en la capital del territorio autónomo de Tlaxcala, de 3914 kilómetros cuadrados. Durante la etapa colonial, la ciudad fue creciendo alrededor del gobierno y la administración, trasladándose allí, con el paso del tiempo, la mayoría de las familias más influyentes. Al proclamarse la independencia, Tlaxcala mantuvo su territorialidad hasta convertirse en uno de los treinta y dos estados que hoy forman la República de México. La ciudad de Tlaxcala es su capital. Camilo supo todo esto leyendo un pequeño folleto informativo que encontró junto a la recepción. «No parece gran cosa» pensó.

Alrededor de las doce del mediodía, abandonó el hotel con el espíritu del turista que quiere aprovechar cada segundo. Como el acceso al centro de la plaza estaba cortado por la empalizada, giró a la derecha y siguió de frente hasta cruzar la avenida de la Independencia y llegar a una plaza que se llama Xicohtencatl. Había muchos puestecitos ambulantes y bastante actividad de personas que iban y venían. Más o menos en el centro, sobre un pedestal en alto, vio la estatua de piedra de un orgulloso guerrero con un plumaje sobre la cabeza, portando un escudo y una porra larga. Se acercó hasta la inscripción y pudo leer que se trataba del héroe tlaxcalteca Xicohtencatl Axayacatzin. «¿Quién coño será este tío?» se preguntó. «Seguramente, alguien muy importante durante el periodo prehispánico», pensó. «Quizá, hasta luchó contra los españoles» continuó especulando. Sólo eran meras conjeturas. Jamás había oído hablar de este personaje. ¡No tenía ni idea!

Paseando por la animada plaza, se fijaba en las mujeres con una atención especial. Las miraba con ojo avizor y enseguida las desatendía cuando comprobaba que no eran la hermosa muchacha de piel tostada que tanto deseaba ver. Sin querérselo reconocer abiertamente, tenía la esperanza de hallar a Isabel Lozano entre la multitud. En realidad, sabía que era una estupidez bastante improbable, pero se negaba a aceptarlo y perseveraba en la idea de encontrarla. ¿Estaba enamorado de una chica a la que había conocido el día anterior, que sería unos veinticinco años más joven que él, de la que no sabía absolutamente nada? No quería ni planteárselo. Pero deseaba verla, sentarse a hablar con ella, mirarla a los ojos, quizá invitarla a cenar... «¿La pondría en un compromiso?... ¿Aceptaría?». Pensó que sería un privilegio gozar de su compañía y su encanto. «¡Tranquilo Camilo!» se dijo en voz baja «¡Deja tus fantasías y sigue disfrutando de este hermoso día!».

Cruzó la plaza de Xicohtencatl y, escoltado por sus dos hileras de grandes árboles, subió por la empedrada calle peatonal de San Francisco. Mientras avanzaba, sintió que le faltaba el aire y le costaba respirar. Se asustó. Era una sensación que no había tenido antes. Le gustaba andar y solía dar largos paseos casi todos los días. Con cierta frecuencia iba a La Pedriza o a Cercedilla, en la sierra de Madrid, y caminada durante horas subiendo y bajando esas bellas montañas. Su forma física era bastante buena,

pero ahora, incomprensiblemente, estaba asfixiado. Casi al final de la cuesta, frente a tres arcos de piedra, se sentó en un banco. «¡Joder! ¡Soy un viejo!» exclamó enojado. «¿Cómo voy a estar con una *rapaza* de treinta años, si me canso subiendo una *merda* de cuesta?».

El susto y el enfado agravaron más la crisis, acelerándose su corazón más de lo habitual. «¿Qué *carallo* me pasa?» «¡Menudo lugar para que me de algo!». Afortunadamente, pronto se sintió mejor y volvió a respirar con normalidad. Ya tranquilo, recordó que un amigo suyo, prestigioso fisiólogo del deporte, le había advertido que la elevada altitud de México podría afectarle durante algún tiempo. Es más, le explicó que los deportistas que tienen que competir en lugares muy altos sobre el nivel del mar, o llegan el día anterior y compiten, o deben adaptarse a la altitud durante dos o tres semanas. México, Puebla y Tlaxcala están a más de dos mil metros de altitud. Para él, que venía de los seiscientos de Madrid, era un cambio muy brusco. En Puebla, a pesar de andar durante mucho tiempo y subir la pronunciada pendiente hasta Los Fuertes, no notó que le afectara. «¡Claro!, fue al día siguiente de mi llegada» razonó. Pero ahora, tres días después, la predicción del experto se estaba cumpliendo. Le alivió acordarse de estas explicaciones. «¿Qué *carallo*!... ¡No soy tan viejo!... ya quisieran muchos jovencitos estar tan en forma».

Animado, aunque con prudencia, se levantó del banco y cruzó los arcos. A su izquierda encontró el Museo Regional de Tlaxcala y la Catedral. A su derecha, una torre de piedra con un campanario y una verja de hierro desde la que contempló la plaza de toros. Al verle perdido y con evidente pinta de turista, un hombre maduro lo saludó amablemente y se le ofreció para darle algunas explicaciones.

—En 1524, doce franciscanos llegaron a Tlaxcala. Fundaron el convento de San Francisco y la parroquia de la Asunción. La llamaron así en honor de la que entonces era la patraña de Tlaxcala, la Virgen de la Asunción. Ellos fueron los primeros evangelizadores de Nueva España.

—¿Los primeros? —cuestionó el español, muy sorprendido de que fuera allí, precisamente.

—Así es —confirmó el hombre— Un año más tarde, el Papa Clemente VII erigió la iglesia en Catedral, siendo la sede del primer obispado del virreinato. Fray Julián Garcés, un dominico, fue su primer obispo.

Camilo pensó que su acompañante estaba exagerando. «¿Aquí?... ¿En este lugar?... Este me ha visto cara de *pardillo*... ¡Menuda batallita me está contando!» pensó sonriendo, sin que se notara. El tlaxcalteca continuó explicando:

—En los años siguientes, se construyó una capilla abierta con características mudejares. Sus restos todavía permanecen, tras ser restaurada a comienzos del siglo xx. Los indígenas no estaban acostumbrados a los lugares cerrados, y los frailes pensaron que la capilla abierta facilitaría su acercamiento.

—¡Vaya!... ¡Qué curioso! —exclamó el profesor por cortesía.

—Más tarde, se concluyó la iglesia cerrada. Esta que está aquí, mire... Uno de los

cuatro primeros templos de América y el único que en la actualidad se conserva. A finales del siglo XVI finalizaron las obras de la torre con el campanario. Como puede ver, se encuentra separada del edificio de la iglesia por esta explanada. Pero está unida con el antiguo claustro del convento, donde está ahora el Museo Regional, por un pasadizo oculto sobre esos tres arcos de piedra... ¿Lo ve allí?

Camilo percibió el contraste entre este austero templo y la imponente catedral de Puebla. Si era cierto lo que estaba escuchando, la grandiosidad de la de Tlaxcala no estaba en sus dimensiones o el lujo de sus adornos, sino en todo lo que significó en su momento. Seguía dudando del improvisado guía, pero... «¿Y si fuera verdad?»

Le estimulaba la idea de estar en un lugar con ese trascendente pasado. «¡El primer obispado de Nueva España!... ¡Una de las primeras iglesias de América!». Imaginó a esos perseverantes franciscanos en un mundo tan diferente al suyo, instruyendo a los indígenas en la nueva religión y levantando esa capilla abierta. Pensó en el obispo Garcés diciendo su primera misa, tan lejos del fasto de las catedrales de España. Percibió el esfuerzo de esos abnegados frailes, aprendiendo el idioma y adaptándose a las costumbres de los tlaxcaltecas. Él no era creyente, pero admiraba la labor de muchos «religiosos de a pie», así los llamaba, que renunciaban a las comodidades y, en las condiciones más adversas, dedicaban su vida a los demás.

Atravesaron el grueso portalón de madera que daba acceso al interior de la catedral, incrustado en un arco de piedra con el cordón de San Francisco grabado. Enseguida, se percató de las altas paredes blancas, prácticamente desnudas, y el hermoso techo de estilo mudejar con grandes vigas de madera. «Un templo sencillo» pensó. Al fondo, vio un altar de estilo barroco salomónico con diversas esculturas. Cuando se acercó, se fijó en un cuadro en la parte superior y se quedó mirándolo.

—Es el bautizo del señor Maxixcatzin, senador del señorío de Ocotelulco —le informó su acompañante— A su lado están Hernán Cortés y La Malinche, que fueron los padrinos.

—¿Hernán Cortés? —preguntó asombrado, al tiempo que elevaba los párpados— ¿Estuvo aquí?... ¿En Tlaxcala?

—¡Pues claro!... No me diga que siendo usted español no lo sabe —dijo incrédulo el nativo.

—Pues la verdad es que no lo sabía —reconoció el profesor, un poco avergonzado.

El hombre dio el tema por zanjado sin hacer más comentarios. Camilo pensó que en aquella época ese bautizo debió ser un gran acontecimiento y se lamentó de su propia ignorancia. «¡Quedan tantas cosas por aprender!». Se propuso leer algo sobre todo esto en cuanto pudiera. Mientras tanto, decidió seguir disfrutando de la visita. Observó que además del altar mayor, la catedral tiene una capilla lateral en su lado izquierdo y cuatro en el derecho, la primera muy pequeña y con una salida independiente a la explanada.

—Tenga en cuenta, como ya le dije, que entonces muchas ceremonias se

celebraban al aire libre —aclaró el mexicano— El sacerdote oficiaba la misa dentro de la capilla y los asistentes la oían desde fuera.

—¡Qué interesante!

—Ahorita tengo que despedirme de usted. No deje de entrar en la última de estas capillas. Seguro que le va a gustar —dijo el improvisado guía, señalándole la dirección.

Tras darle las gracias, fue directamente a la capilla indicada. Nada más entrar, se encontró una pila bautismal de piedra y, junto a ella, una inscripción grabada que, emocionado, leyó una y otra vez:

EN ESTA FUENTE RECIBIERON LA FE CATÓLICA LOS CUATRO
SENADORES DE LA ANTIGUA REPÚBLICA DE TLAXCALA. EL ACTO
RELIGIOSO TUVO LUGAR EL AÑO DE 1520, SIENDO MINISTRO Dn JUAN
DÍAZ CAPELLÁN DEL EJERCITO CONQUISTADOR Y PADRINOS EL
CAPITÁN Dn HERNANDO CORTES Y SUS DISTINGUIDOS OFICIALES Dn
PEDRO DE ALVARADO, Dn ANDRÉS DE TAPIA, Dn GONZALO DE
SANDOVAL Y Dn CRISTÓBAL DE OLID. A MAXIXCATZIN SE LE DIO EL
NOMBRE DE LORENZO. A XICOHTENCATL DE VICENTE. A
TLAHUEXOLATZIN EL DE GONZALO Y A ZITLALPOPOCATL EL DE
BARTOLOMÉ. ASI LO REFIEREN LAS HISTORIAS ESCRITAS POR
CAMARGO, TORQUEMADA Y BETANCOURT

«Sin duda, este evento fue algo muy grande», concluyó Camilo exaltado, corroborando la idea que le sobrevino al ver el cuadro del altar mayor. Recordó que México es uno de los países del mundo con mayor número de católicos practicantes y menor presencia de otras opciones religiosas. «Estos bautizos de los líderes tlaxcaltecas ¡fueron el primer paso!»

Le gustaba aprender cosas nuevas y encajar las piezas de lo que sabía a medias. Todo este asunto de la catedral de Tlaxcala y el bautizo de los senadores le estaba enganando. «¡Y pensar que jamás había oído hablar de este lugar!... ¡Y que nadie me ha recomendado visitarlo!».

Conmovido por lo que había visto y enardecido por lo que él mismo añadía, siguió avanzando hacia el sagrario de la capilla. A su derecha tuvo otra sorpresa. Un púlpito alzado sobre un pedestal de piedra, con dos inscripciones que le impactaron:

Aquí Tubo Principio EL Sto EVANGELIO EN ESTE NUEVO MUNDO
PRIMERO PVLPIITO DE NVEVA ESPAÑA

—¡Qué maravilla! —exclamó en voz baja, antes de quedarse absorto releendo e imaginando.

En el retablo principal de la capilla vio una hermosa imagen de San Francisco sosteniendo tres mundos. Después supo que había sido realizada en Filipinas en el

siglo XVII. También le gustó mucho. Su mente seguía cavilando cuando una mujer de unos sesenta años, se le acercó con sigilo y le dijo:

—Vamos a rezar el Santo Rosario. Si quiere, puede unirse a nosotras.

—Muchas gracias, señora —contestó con amabilidad, apreciando el detalle pero, por supuesto, sin ninguna intención de sumarse a las tres devotas que se preparaban para el rezo en la capilla principal. —Tengo que irme —añadió para justificarse.

Las tres mujeres y una cuarta que se les agregó enseguida, comenzaron a rezar en voz alta. Una de ellas, la que dirigía, con un micrófono. La monótona oración se adueñó del legendario templo y al doctor le pareció que hasta Maxixcatzin, Cortés y La Malinche, desde su privilegiada atalaya en ese cuadro del retablo principal, contestaban a las avemarias en silencio.

Se dirigió a la puerta muy despacio. Miraba a todos lados intentando no perderse nada. La búsqueda microscópica dio sus frutos. En una de las paredes, observó una discreta placa, con fecha de 3 de noviembre del año 2000, en la que constaba que la Reina Sofía de España había asistido al acto de entrega de las obras de restauración de la catedral y se reconocía que el gobierno español había contribuido económicamente a dicho proyecto. Se sintió complacido... y hasta orgulloso. Por lo que acababa de ver, Tlaxcala y los españoles habían estado relacionados desde la llegada de éstos. Ahora, quinientos años más tarde, en silencio, pues se trataba de una noticia que había pasado desapercibida, seguían compartiendo cosas.

Ya en la explanada, se quedó observando la fachada de la catedral y la torre del campanario. De pronto, recordó lo de la capilla abierta. Pero no supo encontrarla. «¡Qué raro!» pensó. «Quizá sería esta capilla con salida propia... aunque no lo parece... en fin...» No había nadie a quien preguntar, por lo que decidió dejarlo para otro momento, al igual que el Museo Regional que estaba cerrado. Dispuesto a continuar su paseo, subió una larga escalinata de piedra hasta la iglesia del Cristo del Buen Vecino, también del siglo XVI. Pero volvió a sentirse asfixiado y tuvo que detenerse dos veces para recuperar el resuello.

—¡Maldita altitud! —dijo en voz alta, aprovechando que no había nadie. Esta vez no le había pillado por sorpresa y su reacción fue más leve. Ya no cuestionó su edad, ni su idoneidad para tener una novia más joven. Simplemente, le pareció un incómodo tributo que había que pagar «por estar más cerca del cielo», pensó riéndose. «¡Qué raro que los curas no dijeran algo así!... la verdad es que les venía al pelo, jajaja». «¿O sí lo dirían?» cuestionó atraído por la imagen de los capellanes del ejército de Cortés, dándoles esta explicación a los fatigados soldados. Cuando por fin llegó arriba, sólo pudo ver parte del interior de la iglesia a través de una verja, ya que el templo sólo se abre el jueves santo y el primero de julio. No le importó.

Ensimismado en sus fantasías históricas, regresó al hotel acompañado de Cortés, La Malinche, los capitanes castellanos y los senadores tlaxcaltecas que se habían bautizado. Pero el sol estaba alto y, a pesar de su motivación por seguir conociendo, sintió un agobiante calor que le restaba energía. No lo dudó. Ninguna otra alternativa

podía competir con la siesta.

Consultó su reloj y éste señalaba las seis y diez. La gran estrella amarilla se había desplazado hacia poniente, llevándose consigo la soñolienta temperatura de las horas centrales. Camilo disfrutaba de una agradable tarde, tomándose un café en la terraza del restaurante Los Portales, en pleno zócalo, bajo un soportal de arcos que llaman «Arco Grande». Tras la reparadora siesta, intentaba espabilarse antes de dar un nuevo paseo por la ciudad.

La plaza principal de Tlaxcala se llama de la Constitución desde que se juró, allí, la de Cádiz de 1812. Se trata de un amplio rectángulo rodeado por los emblemáticos edificios del Palacio de Gobierno, el Palacio de Justicia y la casa del Ayuntamiento, así como los soportales de Hidalgo y del Parián, también conocidos como «Arco Grande» y «Arco Chico», en los que se encuentran tiendas, restaurantes y cafés. Además, está el Hostal Convento de San Francisco, en el que se alojaba el profesor. El diseño es similar al de otros zócalos o plazas mayores de ciudades españolas y mexicanas. En este caso, sólo en tres de sus cuatro lados hay calles transitadas por coches, siendo exclusivo de los peatones el lateral del Palacio de Gobierno. En el centro, siempre animado, se ubica un amplio jardín con árboles centenarios, paseos para cruzarlo y algunos bancos. También, una fuente octagonal, regalo de Felipe IV, y un quiosco elevado y techado, preparado para las bandas de música.

El color que predomina en las fachadas de los edificios, al igual que en muchas calles adyacentes, es el teja. Camilo recordó Albarracín, ese hermoso pueblo de la provincia de Teruel que había visitado con su segunda mujer. Les habían seducido su entorno privilegiado, sus casas de ensueño y ese color teja que engalanaba sus atractivas calles. La plaza de Tlaxcala no tenía el aire limpio y la paz extrema de la inigualable villa turolense, pero ese teja enriquecía su estética. «¡Cómo disfrutamos en ese viaje Paloma y yo!» exclamó nostálgico. «¡Qué solo me encuentro ahora!», reflexionó. Allí sentado, en la tranquilidad de un hermoso día consigo mismo, cargado de imágenes, fantasías y autodiálogos, se percató de algo que había querido ignorar... «¿Y ahora qué?... ¿Quién coño sabe?» Sin abandonar estos pensamientos, volvió a mirar a su alrededor por enésima vez. No perdía la esperanza de ver a Isabel y continuaba al acecho. «Si está en Tlaxcala, seguro que pasa por esta plaza» concluyó para darse ánimo y justificar la búsqueda.

Acababan de servirle el café. Lo degustó y decidió esperar a que se enfriara un poco. «¡No puede ser!». Su corazón palpitó con la fuerza y frecuencia de las experiencias más emocionantes. «¡Carallo!... ¡Es ella!... ¡Isabel!... ¡Por fin! Se puso muy nervioso sin saber qué hacer. La mujer estaba sentada en la terraza de al lado, hablando con un hombre joven. «¿Será su novio?... ¿Tal vez su marido?». No sabía nada de ella. «Lo lógico es que una chica tan atractiva esté casada o tenga novio» reflexionó con tristeza. «Claro que... una mujer tan inteligente no se iría con cualquiera... y a muchos hombres no les gustan las chicas listas», aseguró en su

favor, recuperando el optimismo. Por fin, decidió acercarse. Bebió otro sorbo de café, se secó los labios levemente, abandonó la silla y, cargando una enorme tensión que le agarrotaba, se dirigió a la mesa en la que estaban ella, de espaldas, y su acompañante, de frente. Al llegar allí, sintió el sudor de las manos y el temblor de las piernas. Haciendo un esfuerzo para sacar su mejor voz, dio una suave palmada en el hombro de la muchacha y, con notable brío, exclamó:

—¡Hola!

Se volvió la chica... y él retiró bruscamente la mano.

—¡Ah!... disculpe... yo... la he confundido con otra persona... lo siento — balbuceó sorprendido y cortado. La mujer y su compañero sonrieron con amabilidad y volvieron a lo suyo. Él regresó a su mesa, visiblemente acalorado. Se sentó y bebió un sorbo que ni siquiera apreció. Estaba muy alterado. «¡Carallo!... ¡Cómo se parecía por detrás!» suspiró en voz baja. «Aunque me alegro de que no sea ella... porque está claro que ese tío es su pareja».

Diez minutos más tarde, ya había pagado y estaba de nuevo en danza recorriendo la ciudad. Cuando pasó junto a los jóvenes, volvió a mirar a la chica para confirmar lo que ya sabía. Después, continuó avanzando por la avenida de Juárez, alejándose de la plaza. Cruzó una calle que se llama Miguel Lardizábal y pasó un teatro con el nombre de Xicohtencatl. «¡Vaya!, igual que la otra plaza», susurró. Más allá, atravesó la avenida de Guridi y Alcocer y llegó hasta la de Zitlalpopocatl, nombre que asoció a uno de los senadores de la antigua Tlaxcala que habían sido bautizados en 1520.

Como se encontraba cansado, optó por dar media vuelta. Antes de alcanzar Lardizábal, se fijó en una librería que antes había obviado y decidió entrar. La tienda no era muy grande, pero había muchos libros bien acoplados en las estanterías. Estas ocupaban casi todo el espacio del local y estaban rodeadas por un laberinto de estrechos pasillos en los que dos personas juntas se habrían estorbado. Por suerte, en ese momento era el único visitante y pudo disfrutar inspeccionando los volúmenes sin prisas ni agobios. Vio muchos manuales de texto, de lo que dedujo que los padres de los escolares y los estudiantes universitarios eran de los principales clientes. Ojeó algunos libros de *management* relacionados con el liderazgo que le parecieron demasiado básicos y repetitivos, sin aportaciones capaces de captar su interés. Sin apenas pararse, pasó por una pequeña sección de libros de autoayuda y, después, por una zona con títulos clásicos como La Iliada y La Odisea. Observó que había bastantes novelas, entre ellas algunos *bestsellers*, y también obras de teatro, como Don Juan Tenorio, seguramente por la oportunidad de la fecha. Se detuvo un rato viendo libros de hermosas fotografías de México. Reconoció la catedral de Puebla y conoció la de México en el impresionante zócalo de la capital. Vio las pirámides de Teotihuacan que tanto le habían recomendado, constatando que se trataba de algo sublime que no podía perderse. Había muchas imágenes bellas de ruinas prehispánicas e iglesias que le dieron una idea de lo que era México: «una maravillosa mezcla de dos grandes culturas». Curiosamente, no había fotos de

Tlaxcala.

—¿Tienen algún libro sobre Tlaxcala? —preguntó a la única dependienta.

—¿Sobre Tlaxcala? —repitió ella, mientras recordaba— Allá, a la derecha —le informó finalmente, mientras señalaba esa dirección.

Halló un libro delgado sobre el estado de Tlaxcala, con muchas fotos y un texto explicativo que le pareció una bendición. «¡Por fin puedo enterarme de algo!». Pero lo que más le entusiasmó fueron dos volúmenes históricos. El primero, una edición comentada del libro escrito en el siglo XVI, «Historia de Tlaxcala», de un tal Diego Muñoz Camargo. Recordó que había leído o escuchado el nombre de Camargo en la catedral, pero en ese momento no sabía ubicarlo. Pasó un rato largo leyendo algunos de sus párrafos y le pareció un documento muy valioso que no regresaría a su lugar. Ya tenía un nuevo dueño. Poco después, se fijó en el libro titulado «Historia verdadera de la conquista de la Nueva España» de Bernal Díaz del Castillo. Ojeándolo sin prisa, aprendió que su autor había sido soldado en la expedición de Hernán Cortés y, por tanto, protagonista y testigo directo de lo sucedido. «¡Menudo testimonio!». Supo que Bernal Díaz lo había escrito en su vejez, finalizándolo en 1568, pero que no fue publicado hasta 1632, mucho después de su muerte. En su intermitente lectura, comprobó que había muchas referencias a Tlaxcala. Le pareció fascinante. Ahora tenía dos joyas y ansiaba el momento de disfrutar de ellas.

La habitación que ocupaba en el Hostal Convento de San Francisco era muy tranquila. La luz que alumbraba la cama no era especialmente buena, pero resultaba suficiente para leer un rato antes de conciliar el sueño. Se había puesto un pijama azul claro con ribetes marinos y, acomodado en el lecho, con las gafas puestas, disfrutaba del libro de Bernal Díaz. No había podido esperar. Durante su frugal cena en la misma cafetería del hotel, había empezado a leerlo. Allí sentado, ignorando el agradable entorno, estuvo absorto en su lectura durante algo más de hora y media. Sólo dos breves interrupciones para degustar una exquisita sopa de habas y unas quesadillas. La infusión de manzanilla no mereció ese privilegio. Cumplió su propósito sin que él levantara la vista de su cautivador nuevo amigo. Ahora, ya en la cama, estaba completamente inmerso en los impresionantes relatos del conquistador. Sobre todo, en los que se centraban en la llegada de los españoles a Tlaxcala y la alianza hispano-tlaxcalteca. Leía y leía, sin poder dejarlo. «¡Es apasionante!... y yo estoy aquí ¡en el mismo Tlaxcala!... muy cerca de los lugares donde ocurrió todo eso ¡cuatrocientos ochenta y siete años antes!». Faltaba poco para amanecer cuando, por fin, sin apagar la luz, se quedó dormido. Algo más tarde, casi sin darse cuenta, apretó el interruptor que oscurecía la bombilla y desplazó el libro de Bernal lejos de su alcance.

8 MALINTZIN

«Mucho los honraron, les proporcionaron todo lo que les era menester, con ellos estuvieron en unión y luego les dieron sus hijas»

Testimonio indígena a fray Bernardino de Sahagún, refiriéndose a los de Tlaxcala cuando recibieron a los españoles

Tlaxcallan, 5 de octubre de 1519

Estaba amaneciendo y ella ya llevaba un buen rato despierta. Esa noche se había desvelado varias veces, dándole vueltas al inesperado giro que había dado su vida. A un lado yacía su marido de cabellos dorados, al que, por este motivo, llamaban *Tonatiuh*, el Sol. Le miró y sonriendo pensó que estaría satisfecho. ¡Habían hecho el amor dos veces! «Quizá ya estaré preñada... si así lo ha querido la diosa *Xochiquetzalli*» pensó ilusionada. «¿Cómo serán nuestros hijos?... ¿Tendrán la piel blanca y los cabellos güeros de su padre?... ¿O serán tostados y de pelo negro, como yo?». Fantaseaba que si su esposo era el sol, ella sería la luna. Por eso se despertaba para pensar. «La luna piensa de noche, mientras el sol descansa».

En una ceremonia desconocida, María Luisa Tecuelhuatzin había incorporado su nuevo nombre hacía sólo cinco días. Su anciano padre, el *tlatoaní* Xicoténcatl, la había prometido en matrimonio a Pedro de Alvarado, uno de los más insignes *teules* que habían llegado. Ella ya se había fijado en él cuando los extranjeros entraron en la ciudad. Su gallardo porte, sobre ese imponente animal que nunca había visto antes, esa barba amarillenta y ese extraño vestido duro que reflejaba los rayos del sol. Su aspecto era de grandiosidad. Evidentemente no era el sol, pues éste se mostraba en el cielo, pero podría ser su hijo, o como mínimo alguien muy especial a quien el gran dios protegía.



Memoraba que unos días antes, su padre la había hecho llamar. Como era su costumbre, acarició su cara muy despacio y agarró con fuerza sus manos, mostrándole el ilimitado cariño que siempre le había dispensado. Era su hija preferida y le costaba disimularlo. A María Luisa se lo recordaban, con envidia, sus numerosas hermanas y hermanastras.

—Querida hija —dijo por fin Xicotécatl— Debes saber que a partir de ahora, el destino de nuestro pueblo estará ligado al de estos *teules* que desde hace días son nuestros huéspedes. Ellos han llegado desde el mar para combatir a nuestros enemigos mexica. No sabemos quién los envía, pero poseen armas que mueven el fuego y el trueno y les protege un dios más poderoso que Camaxtle.

Ella escuchaba atenta sin interrumpir a su progenitor. Mientras éste hablaba, notaba que sus manos seguían apretándola, ahora con más fuerza. Se daba cuenta de que estaba emocionado y cansado. Pensó que llevaba una carga demasiado pesada para un hombre tan viejo. Y, una vez más, se sintió orgullosa de ser la hija de un *tlatoaní* tan responsable y valiente. Tras una breve pausa, Xicotécatl prosiguió:

—Les hemos entregado esclavas para su servicio y vemos que las tratan bien. Pero sólo son esclavas. Si queremos tener una alianza duradera, debemos darles a nuestras nobles hijas... de ahí surgirá una nueva raza que nos fortalecerá, asegurando el futuro de Tlaxcallan.

La chica comprendió enseguida que ella sería una de esas muchachas *pipiltin* que formarían parte del plan. Una hija jamás hablaba sin el permiso de su padre, y menos aún si éste era un gran señor. Pero ella, desde pequeña, se había tomado esta licencia cuando estaban a solas. Él, complacido, se lo había consentido.

—No puede haber más alegría en el corazón de una hija que cuando satisface la voluntad de su querido y respetado padre —dijo la muchacha— Me emociona que me consideres digna para servirte a ti y a nuestro pueblo.

Unas lágrimas muy tenues que no pudo controlar, cayeron de los cansados ojos del anciano. Ella se las secó despacio con el manto de su *huilpil* y se atrevió a besarle en una mejilla. Xicotécatl la abrazó y así permanecieron, en silencio, durante algunos minutos. Después, sin soltarla, el viejo señor de Tizatlan volvió a tomar la palabra:

—Me habría gustado unirme a Chalchihuitl, el *tlatoaní* que acompaña a Malintzin, pero él ya la tiene a ella. Y no es costumbre de los *teules* tomar más de una esposa —dijo ofreciéndole explicaciones que no tenía porque dar— Pero te entregaré a uno de sus principales capitanes, Tonatiuh. Espero, querida hija, que a su lado el dios sol proteja tu vida y la de tus descendientes. Y deseo que Xochiquetzalli, la diosa de los enamorados, apruebe esta unión. Pediré que ejerza su poderosa influencia para que el amor guíe vuestra relación.

Mientras repasaba todo esto, doña María Luisa, nombre al que todavía no se acostumbraba, se había levantado de la cama. Dos esclavas la habían bañado. Ahora, otra peinaba su hermoso cabello largo. Le vino al recuerdo que el día anterior había

estado con su esposo en el palacio de Maxixcatzin, el señor de Ocotelulco, donde se alojaban Chalchihuitl y otros principales de los extranjeros. Allí vio a la hija de Maxixcatzin que ahora llamaban doña Elvira, casada con otro capitán *teul*, Juan Velázquez de León. Las dos hablaron de sus esposos y rieron con complicidad contando y escuchando chismes que iban descubriendo. Les hacían gracia sus delgados cuerpos semidesnudos, en contraste con su noble porte vistiendo las armaduras, y se reían de sus pechos y espaldas tan peludos.

También mencionaron su mal olor y quedaron en pensar cómo podrían remediarlo. Se habían bautizado y casado el mismo día. Las dos sabían que pronto partirían hacia el mismo destino.

Aunque confiaban en la protección de sus esposos, estaban asustadas. Sobre todo Elvira, quien confesó a María Luisa que tenía pesadillas nocturnas. En su último sueño había visto al dios mexica Huitzilopochtli, exigiendo a los sacerdotes el sacrificio de las esposas y los hijos de los *teules*. Ella pedía clemencia, pero nadie la escuchaba. Había mucha gente poseída por el dios, bailando frenéticamente con los ojos en blanco. La música y los alucinógenos los embriagaban. Lo demás no importaba. Los que pasaban cerca, la miraban y se reían. Ella insistía en solicitar el perdón, pero todos la ignoraban. Un sacerdote vestido de negro, la agarró con fuerza y le dijo «Mujer maldita, estás preñada de uno de esos extranjeros que ha enojado a Huitzilopochtli... ¡El dios exige tu corazón, tu sangre y tu fruto!». Ella le rogaba, gritaba, pedía auxilio, pero nada impedía que todo continuara. Cuando el sacerdote sacó la hoja de obsidiana, despertó envuelta en un sudor frío. Temblaba. Tiritaba. Su esposo permanecía dormido, sin haber notado nada. Otra noche más de vivencias terroríficas. Incluso contárselo ahora a su amiga, le producía escalofríos. «¡Qué bien tenerla a ella como compañía!».

Ese mismo día, paseando las dos por los jardines del palacio, se habían encontrado a Malintzin, la mujer que iba con los *teules*. Se quedaron paralizadas, sin saber qué decir. Desde su llegada, la intérprete de Cortés acaparaba la conversación y el chismorreo de todas las mujeres de Tlaxcallan. También hablaban de las extranjeras de piel blanca que acompañaban a los barbados. Sus extraños vestidos que cubrían casi todo el cuerpo... y esos otros que llevaban sobre la cabeza. El color del pelo, los ojos, las manos, el cutis... Algunos peinados raros... Su orgullosa pose. Las refinadas maneras que contrastaban con la rudeza de los hombres... La naturalidad que mostraban al hablar con ellos... ¡Todo resultaba novedoso!... Sin embargo, ninguna extranjera se acercaba a la popularidad de Malintzin. Ella era como las de allí. Pero no una mujer normal, sino alguien superior como jamás habían conocido. ¿Una diosa? Se decía que estaba en las reuniones de los grandes señores. Que allí se dirigía a ellos mirándoles a la cara. Y que éstos la escuchaban mientras hablaba. Al orgulloso Xicotécatl Axayacatzin le había dicho duras palabras. Era la lengua del capitán que la acompañaba, al que habían llamado Chalchihuitl, «la piedra de jade»,

por ser ésta la que más apreciaban, incluso más que el oro. Y habían oído que era ella la que inspiraba sus palabras. Las mujeres de Tlaxcallan la admiraban. Diosa o mujer, siempre estaba presente y su voz siempre hablaba. Ella fue quien les explicó la ceremonia en la que aceptaron al dios de sus futuros esposos y sus nuevos nombres. Y allí estuvo, al igual que en sus bodas, siendo la lengua de todos. ¿Verdaderamente decía lo que escuchaba? ¿O en realidad transmitía lo que ella quería? Nadie podía saberlo. Todos estaban en sus manos. Si no lo era, tenía el poder de una diosa. De ella dependía el entendimiento o la enemistad con los *teules*, la paz o la guerra.

Malintzin hizo una leve reverencia con la cabeza. Ellas, muy tensas, correspondieron con la rigidez que las dominaba. Después, en náhuatl, con la seguridad que le caracterizaba, la lengua se dirigió a las dos:

—Os saludo, nobles señoras.

Las hijas de Xicoténcatl y Maxixcatzin se sintieron cautivadas por la voz y el temple de esa mujer tan especial. No les salieron palabras. Simplemente, inclinaron de nuevo la cabeza.

—¿Os place vuestra vida de casadas? —dijo con espontaneidad Malintzin, intentando romper el hielo.

María Luisa y Elvira se miraron y soltaron una tímida risa. Después, más relajadas, buscaron los ojos de la mujer que admiraban y las tres rieron.

—No es fácil vivir con los hombres blancos —prosiguió la intérprete— Son poderosos y os protegerán, pero pasaréis grandes peligros... y muchas veces, os costará entender sus costumbres —añadió pausadamente, antes de hacer un alto para observar cómo reaccionaban. Las dos nobles tlaxcaltecas se pusieron serias.

—Debéis haceros fuertes. Ellos valorarán que lo seáis, pues necesitarán vuestra fortaleza —continuó Malintzin— Somos mujeres, y el mundo está regido por los dioses y los hombres. Pero me he dado cuenta de que también nosotras, si somos valientes y asumimos nuestro destino, podemos ayudar a construir el futuro.

Las muchachas seguían sin saber qué decir. Por fin, tímidamente, María Luisa tomó la palabra:

—Señora, no sé si eres mujer o diosa, pero me alegra que estés con nosotras. Con tu compañía me siento más segura.

Elvira asintió, expresando estar de acuerdo. Malintzin no quiso ofenderlas con una carcajada que supo disimular. En su lugar, mostró una amable sonrisa.

—No soy ninguna diosa, pero... entre nosotras... —dijo bajando la voz y acercándose a ellas como si fuera a confesar algún secreto— Está bien que algunos lo piensen... así estaremos más protegidas.

Las tres rompieron a reír. María Luisa y Elvira seguían estando nerviosas, pero mucho menos que antes. La naturalidad y cercanía de Malintzin les ayudaba a sentirse cómodas. La lengua continuó:

—Yo sólo soy una mujer que se ha hecho fuerte... La vida me ha enseñado que únicamente los fuertes sobreviven.

Las princesas tlaxcaltecas no podían comprender a qué se refería Malintzin. Siempre habían vivido en el cómodo y privilegiado entorno de la élite de Tlaxcallan, muy lejos de la marginación, las dificultades y los abusos que, desde muy pequeña, había sufrido la intérprete. Para ellas, hasta ahora, aunque conocían algunas penurias por el hostigamiento de los mexica, la vida era un hermoso cuento de bellos atuendos, divertidas fiestas y sueños de enamoramientos. No podían ni siquiera imaginarse todo lo que había pasado Marina. Las habían educado para ser disciplinadas esposas y buenas madres, y estaban preparadas para asumir tales responsabilidades. Pero el cambio tan brusco que se estaba produciendo en sus vidas era algo totalmente imprevisto, desconocido e incierto. Y tenían miedo. Mucho miedo. Ni sus madres, ni sus viejas nodrizas, ni nadie conocido, podía aconsejarlas, pues nunca se habían enfrentado a una situación similar. Sólo ella, Malintzin, podía hacerlo. ¿No era en verdad una diosa? «¡Más que una diosa!», pensó María Luisa, «porque además de ser sabia y poderosa, con ella se puede platicar».

—¿Nos ayudarás a ser más fuertes? —preguntó Elvira, sin levantar la cabeza ni saber muy bien a qué se refería.

—Por supuesto que sí —contestó Malintzin con sinceridad, transmitiéndoles ánimo y confianza— Debemos ayudarnos entre nosotras y servir bien a los *teules*. Con nuestra fortaleza conseguiremos que nos respeten y estimen. Incluso que lleguen a amarnos. Seremos las madres de sus hijos, de un pueblo que nacerá con ellos poderoso y duradero.

—¿Es cierto que los *teules* desean ir contra el *huey tlatoaní* de Tenochtitlan? —volvió a interrogar, entrecortada, la hija de Maxixcatzin.

—He visto a muchos que han sufrido graves penas... y hasta la esclavitud, el sacrificio y la muerte, a manos de los mexica —señaló la lengua, cambiando su expresión apacible por otra muy seria y crispada que reflejaba un profundo resentimiento— Es un pueblo sanguinario que siembra el terror y desprecia a todos los que no somos de su linaje... Los *teules* tienen la protección de un dios muy fuerte y armas muy poderosas. Por eso no les temen. Ya han liberado a muchos de su vasallaje... Y creen que con la ayuda de pueblos amigos, como ahora Tlaxcallan, podrán someter al cruel Moctezuma... ¡Ojala lo consigan!

Las muchachas pudieron observar el odio y la energía que la intérprete transmitía. Ésta se quedó unos segundos pensativa, con la mirada fija en el suelo, rescatando de su memoria imágenes de sufrimiento que querría haber olvidado, pero que por desgracia seguían allí, en lo más profundo, emergiendo para recordarle que ahora tenía la oportunidad de hacer algo. Tras la breve catarsis, la mujer continuó:

—¡Y nosotras tenemos que ayudarlos!... ¡Porque su victoria es nuestro futuro!

«¡Cuánta sabiduría, coraje y seguridad tiene Malintzin!», pensaba con admiración María Luisa, mientras observaba su pelo recién cepillado. Había cosas que no entendía muy bien, pero de su lengua salían palabras hermosas y muy profundas. Frases que nunca había escuchado de una mujer. A su lado se sentía más protegida y

le preocupaba menos el día de la partida, que ya no tardaría. «¡Qué locura ir a Tenochtitlan para combatir a los mexica!» razonaba convencida. «Sería estupendo que el capitán que acompaña a Malintzin cambiara de opinión», fantaseaba interesada. Soñaba que ella y su marido güero podrían vivir en Tlaxcallan algún día, como habían hecho todos sus antepasados. Allí sería feliz con su propio sol y esos hijos que saldrían de la mezcla de los dos. «¡Serán hijos del sol y de la luna!», concluyó, más en serio que en broma. «¡Estoy segura de que Xochiquetzalli protege esta unión!»

Esa misma tarde, el capitán Hernando Cortés descansaba en su acogedor aposento del palacio de Maxixcatzin, donde se había instalado después de unos cuantos días como huésped del viejo Xicotécatl. Los españoles habían entrado en Tlaxcallan el 23 de septiembre. Desde entonces, habían repuesto fuerzas, curaban sus heridas y negociaban con los tlaxcaltecas. La alianza se consolidaba, y pronto estarían listos para continuar su camino hacia el deseado objetivo de Tenochtitlan. Ahora, tumbado boca arriba en el cómodo lecho, entrelazando las manos detrás de la nuca, hacía un pequeño balance de lo sucedido desde que Xicotécatl el joven fuera a proponerle la paz.

Unos días después de esa entrevista, como todavía no había levantado el real de aquella mezquita, los demás señores principales fueron a verle para pedirle que fuera a Tlaxcallan. La amable visita le convenció de las buenas intenciones de los indios, por lo que dos días después, en formación de guerra para evitar sorpresas, emprendieron la marcha. En su recorrido de unas ocho leguas, pasaron por dos poblaciones tlaxcaltecas, Atlihuetzyan y Tizutla, en las que fueron agasajados por los caciques locales con honores y obsequios. Fue el preámbulo de un gran recibimiento.

La entrada en Tlaxcallan resultó espectacular. Miles de personas, engalanadas con mucha plumería, abarrotaban las calles. Hombres con tambores, trompas de palo y flautas de distintos tipos, producían una cautivadora música. A su son, la multitud cantaba y bailaba como si estuviera hechizada. Los nobles iban ataviados con sus mejores galas y adornos, mostrando hermosas ropas y plumajes, joyas de oro y piedras preciosas a modo de collares, brazaletes, pulseras y tobilleras. Los españoles repararon en los lujosos cascabeles de oro que vestían las pantorrillas y los tobillos de los señores. Percibieron, también, la exótica belleza de las mujeres, favorecida por su liviano atuendo: sencillo, elegante y sugerente. Los guerreros tlaxcaltecas, con sus cintas blancas y rojas en la frente, los penachos de plumas y sus macanas y escudos, liderados por Xicotécatl Axayacatzin, abrían el paso de los castellanos y los protegían de la muchedumbre. Estos avanzaban en perfecta formación, manteniéndose alerta, con las armas preparadas por si avistaban una trampa. Cortés les había advertido de este riesgo y los soldados marchaban muy atentos. Disfrutaban del momento, pero sin dejarse embaucar por el seductor ambiente que los envolvía.

Cuando llegaron a la explanada que daba entrada al palacio de Xicotécatl el

viejo, la comitiva se detuvo. Tres de los cuatro señores principales, portando ramos de flores, aguardaban en pie para dar al *tlatoaní* de los extranjeros la bienvenida oficial. Maxixcatzin, señor de Ocotelulco, Zitlalpopocatzin, señor de Quiahuiztlan y Tlehuexolotzin, señor de Tepeticpac, hacían los honores con la solemnidad que exigía la excepcional visita. El viejo Xicoténcatl, *tlatoaní* de Tizatlan, no pudo estar presente debido a su enfermedad y edad avanzada, pero esperaba dentro del palacio. Los tres caciques vestían una larga capa blanca propia de su alto rango, cintas blancas y rojas rodeando su cabeza y un distinguido *tecpilotl*, o penacho de plumas, que sobresalía desde la nuca sujeto en las mismas cintas. Sus peinados lucían una cuidada coleta, prendida en su extremo por un elegante lazo trenzado. Junto a ellos estaban sus divisas. La de Ocotelulco, un pájaro verde sobre un peñasco, con pico de oro y patenas doradas sobre las alas y la cola. La de Quiahuiztlan, un gran penacho de plumas verdes. La de Tepeticpac, un lobo feroz sobre unas peñas, sosteniendo un arco y flechas. Y la de Tizatlan, una garza blanca sobre una roca.

Hernán Cortés bajó del caballo para recibir su saludo. Llevaba la cabeza descubierta y la espada envainada en su lado izquierdo. Los tres señores tocaron con la mano el suelo y la llevaron a sus labios. Después, Maxixcatzin fue el primero en acercarse a él para abrazarlo. Iniciándose el saludo, el capitán español, mostrando naturalidad, agarró con su mano izquierda la derecha del *tlatoaní*, y los dos se rodearon con la que les quedó libre. A modo de prevención, ésta era su costumbre, evitando que pudieran sorprenderle con la mano más cercana a la empuñadura de su espada. A este primer abrazo siguieron otros similares con Zitlalpopocatzin y Tlehuexolotzin. A continuación, varios indios cempoaleses acercaron una cruz de madera que fray Bartolomé de Olmedo bendijo ante los presentes. Por medio de Aguilar y Marina, don Hernando explicó que representaba al dios cristiano que les protegía, el único verdadero, y que su deseo era que fuese testigo de este histórico encuentro. Los señores aceptaron que la cruz fuese erigida en ese mismo lugar como señal de su alianza. Después, entraron en el palacio, donde les recibió el anciano Xicoténcatl. Cuando Cortés estuvo frente a él, el *tlatoaní* puso sus arrugadas manos sobre la cara del extremeño para palparle, y pidió a un esclavo de su confianza que le levantara los párpados de sus cansados ojos para poder verlo. «Éste será quien guíe nuestro destino» pensó. «¡Qué Camaxtle y ese dios suyo, le den sabiduría y coraje!» Ambos jefes se abrazaron, en esta ocasión sin que el capitán agarrase la débil mano derecha del viejo líder tlaxcalteca. Tras el saludo, los cuatro caciques y otros principales obsequiaron a Cortés con espléndidos regalos. Éste correspondió con collares de vidrios.

Reviviendo este glorioso día, le sobrevenían las emociones. Cuando salió de la Fernandina, siete meses antes, no podía imaginar un recibimiento tan señalado. Ni tampoco que sumaría a sus filas tantos aliados. Desde Cempoal, se le habían unido muchos, pero sobre todo valoraba a éstos, los tascaltecas, valientes guerreros que lucharían por la supervivencia de su pueblo frente al odiado adversario. Además, la

situación geográfica de Tascaltecal le permitía tener un buen campo de operaciones más cerca de Temixtitan que Cempoal o la Villa Rica de la Vera Cruz. «¿Qué ha de pensar el gran Mutezuma cuando reciba estas nuevas?», reflexionó. Hasta ahora, el comportamiento del *huey tlatoaní* había sido extraño y contradictorio. Se negaba a recibirlos y les decía repetidamente que se marcharan, pero les hacía regalos y no les atacaba. ¿Por qué no les había plantado batalla, siendo un poderoso monarca cuya voluntad no estaban cumpliendo? ¿Cómo era que permitía que siguieran adelante, sublevando a sus pueblos tributarios y aliándose con ellos? Quizá había confiado en que les vencerían los de Tascaltecal... ¿O esperaba su oportunidad más adelante, en un terreno más propicio?

Su primer contacto con los hombres de Moctezuma se había producido tres meses antes, en las playas de San Juan de Ulúa. Tres embajadores suyos a los que decían Tendile, Pitalpitoque y Quintalbor, acompañados de un destacado séquito y cuatro mil guerreros, se presentaron en el real castellano y les obsequiaron con esculturas, joyas, piezas de oro, paños finos y hermosa plumería. Recordaba sonriendo, como a través de las lenguas les había dicho que él era el emisario de un poderoso monarca que gobernaba al otro lado del mar, y que venía con la misión de presentarse ante el gran rey de Culúa, del que su señor había oído hablar.

Los indios estaban sorprendidos y no sabían qué decir. ¿Hombres extraños llegados del mar, enviados por un gran señor que conoce al omnipotente *huey tlatoaní* Moctezuma? Enseguida pensaron que podía tratarse del dios Quetzalcóalt. Según la tradición, se había ido al mar por oriente, de donde algún día regresaría para reclamar el trono de los tolteca. El casco que vieron a un soldado, les recordó al de Quetzalcóalt. «¡Seguramente, se trata de él!... ¡No puede ser otro!» concluyeron muy asustados.

Pidió a los embajadores que transmitieran a Moctezuma quiénes eran y el encargo que tenían de visitarlo. Como señal de amistad, entregó a Tendile el casco que tanto les había interesado, rogándole que, en su próxima visita, lo trajera lleno de pepitas de oro para comprobar si éste era similar al que ellos conocían. El emisario mexicana guardó el casco con mucho cuidado. Estaba seguro de que su señor Moctezuma querría verlo y temía perder la vida si por algún motivo se deterioraba o lo perdía.

Recreándose en este primer encuentro, se acordó de que, tras pedirle permiso, varios indios hicieron dibujos de ellos, los barcos, los cañones y los caballos, para enseñárselos a su rey. Eran artistas que formaban parte de la comitiva. Su función consistía en plasmar todo lo que veían. La novedad provocó una inesperada diversión en el campamento. Algunos se resistían a posar por notar vergüenza. Otros se sentían muy halagados y hasta se acicalaban para mejorar su presencia. Los había que parodiaban a los grandes señores de la corte cuando eran retratados. Y la mayoría bromeaba y reía a costa de los que se prestaban. El capitán quiso aprovechar la oportunidad para impresionar a los embajadores. En la misma playa, ordenó una pequeña pero impactante demostración militar en la que estallaron los estruendosos

cañones y galoparon los caballos portando sonoros cascabeles. Los mexica quedaron petrificados. ¡Nunca habían visto algo tan aterrador!

—¡Tienen que ser dioses! —exclamó Quintalbor, uno de los principales— ¿Es que acaso no habéis visto lo mismo que yo?

—Todos lo hemos visto —confirmó Tendile— Pero podría ser algún hechizo... ¡Quizá sean grandes magos!

—¿Magos? —cuestionó Pitalpitoque, el tercero de ellos— Sólo los dioses pueden provocar tanto espanto.

Una noche, dos miembros de la comitiva que hasta entonces habían pasado desapercibidos, pidieron verlo en secreto. Cortés los recibió en su aposento, y con la ayuda de Aguilar y Marina se enteró de algo que le pareció perfecto para sus planes.

—Somos dos príncipes mexica a los que persigue Moctezuma —dijo uno de ellos— Nos hemos camuflado en la expedición para poder veros, pero nadie conoce nuestra verdadera identidad.

—Nos hemos negado a destruir unos documentos que Moctezuma quiere que desaparezcan —informó el otro.

—¿Unos documentos? —preguntó el español.

—Así es, señor. Hablan de la profecía revelada al gran señor Acamapichtli, primer *tlatoaní* de Tenochtitlan, hace más de ciento cincuenta años.

—¿Y qué profecía es esa, distinguidos señores, si tenéis a bien confiármela?

—Pues que vendría del lado del sol el verdadero dueño de su reino, nuestro señor Quetzalcóatl.

—¿Podrías enseñarme esos documentos? —solicitó Cortés, mostrando amabilidad y respeto.

Los *pipiltin* mexica se miraron y, tras intercambiar algunas palabras, dijeron a Marina que regresarían en unos doce días con los códices.

La comitiva mexica regresó a Tenochtitlan. Diez días más tarde regresó Tendile con numerosos porteadores que traían riquísimos obsequios. Entre ellos, un gran disco de oro que representaba al sol y otro de plata que simbolizaba a la luna. Además, multitud de joyas de oro, piedras preciosas y otros tesoros. Cortés estaba impresionado por tanta generosidad, y pensó que las puertas de la gran ciudad estaban abiertas. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando escuchó las palabras de Jerónimo de Aguilar:

—Dice la lengua que el señor Mutezuma nos honra con estos regalos... También dice que no vendrá a vernos... y tampoco permitirá que le visitemos.

El capitán reaccionó alterado:

—¿Cómo decís? —voceó— Vos o la india habéis entendido mal. ¡Pedidle que os lo repita!

Jerónimo se puso nervioso. Sentía que el capitán se enojaba con él. «¿Qué culpa tengo yo, si sólo transmito lo que escucho?». Tartamudeando un poco, acusó a Marina de haber entendido mal. Esta se asustó, pero estaba segura de lo que había

oído. Sin consultar a Tendile, ratificó sus palabras.

—¿Eeee... estás segura?

—¡Lo estoy!

Aguilar se volvió hacia Cortés. Arrugado, sin mirarle a la cara y temiendo su reacción, confirmó lo que la mujer le había transmitido.

El capitán, algo más tranquilo, reiteró el encargo que tenía de su señor del otro lado del mar. Pero cuando Tendile habló a Marina, comprendió por sus gestos y el tono de su discurso que la respuesta seguía siendo negativa.

—Dice que como embajadores y comerciantes podemos quedarnos aquí, en la costa —confirmó Jerónimo— Pero que después debemos marcharnos.

Cortés miró a Alvarado que estaba a su lado. Este le hizo un expresivo gesto, encogiendo los hombros y doblando los brazos. No entendían la contradicción, pero estaba claro que por alguna razón, el tal Mutezuma les ofrecía lujosos regalos para que se fueran. Posiblemente, pensaron, en ese lugar que llamaban Temixtitan, Culúa, Mexica o México, debía haber muchos más tesoros de incalculable valor, y esa era la razón por la que querían alejarlos.

Tendile y su larga comitiva se retiraron, advirtiendo a todos los pueblos tributarios de los mexica que no dieran comida ni cobijo a los extranjeros. La orden del *huey tlatoaní* Moctezuma estaba clara.

A partir de entonces, a través de nuevos emisarios o caciques sometidos a Moctezuma, los españoles habían recibido más mensajes intentando disuadirles de su avance. Pero su efecto era el contrario. Cuánto más le insistían, más seguro estaba Cortés de que Tenochtitlan era el ambicioso objetivo que estaba buscando, y más se fortalecían su deseo y su voluntad. Además, unos días más tarde, se habían presentado los dos nobles mexica que le habían hablado de unos documentos con esa curiosa profecía en la que tanto había pensado. Se llamaban Atonaletzin y Tlamapanatzin, y al parecer eran de la misma sangre real que Moctezuma.

—Bienvenidos señores —les saludó Cortés— ¿Por ventura habéis traído esos documentos de los que me hablasteis?

—Aquí están, gran señor —contestaron ellos— Hace un año, supimos de hombres blancos venidos del lado del sol y vinimos a enseñárselos, pero cuando llegamos ya habían partido... Ahora, te los mostramos a ti con el grave riesgo de nuestras vidas... Así podrás ver que conocemos la gran profecía.

Los príncipes desplegaron los pergaminos y, con la ayuda de los intérpretes, explicaron el significado de los dibujos, pues era un documento sin palabras escritas. Con mucha paciencia, Hernán Cortés y sus capitanes más adeptos escucharon la profecía del regreso de Quetzalcóatl y supieron que se trataba de un dios que rechazaba los sacrificios humanos. Por la mente de Cortés pasó la idea de decirles que, efectivamente, él era ese dios que estaban esperando, pero prefirió aprovechar la profecía para fortalecer lo que, desde un principio, había transmitido en todos sus encuentros con los indios: que era el enviado de un gran señor, el más poderoso de la

tierra, que habitaba al otro lado del mar, y del único dios verdadero, un dios que no admitía los sacrificios de personas, ni la sodomía, ni comer carne humana.

—Está claro que ese gran señor y ese dios que está en contra de los sacrificios humanos, no son otro que Quetzalcóatl —concluyeron Atonaletzin y Tlamapanatzin, tras intercambiar algunas palabras— Y el dios envía a su embajador para reclamar su trono y sus tesoros.

—Habéis mostrado ser hombres de palabra, dignos de vuestro alto linaje. Agradezco vuestra lealtad y ayuda —reconoció Cortés— ¿Qué puedo hacer por vuestras señorías?

—Deseamos servir al gran señor y al gran dios del otro lado del mar... y que nos protejas de Moctezuma —señaló Atonaletzin.

—Si es así, debéis jurar la fe cristiana y vuestra lealtad al rey Don Carlos —indicó el español— Y yo os daré un documento con mi firma, en el que constarán vuestros grandes servicios a la Corona de Castilla y mi petición al rey para que tenga a bien concederos el merecido reconocimiento y la recompensa que os harán justicia.

Estando de acuerdo, los dos príncipes fueron bautizados. Atonaletzin, por el padre Juan Díaz, siendo su padrino Juan de Escalante. Tomó el nombre de Francisco Montezuma Atonaletzin. Y Tlamapanatzin, por fray Bartolomé de Olmedo.

Su padrino fue Pedro de Alvarado y el nombre elegido Esteban López Tlamapanatzin. Los dos habían recomendado a Hernán Cortés ir a Tlaxcallan, y se habían ofrecido a hablar con el viejo Xicoténcatl para conseguir la alianza de los tlaxcaltecas. Sin embargo, le habían advertido que no se fiara de Xicoténcatl el joven, pues sospechaban que podría estar de acuerdo con el mismo Moctezuma. Ahora que se había sellado la alianza hispano-tlaxcalteca, Cortés les estaba muy agradecido. Cuando terminara todo, pensaba pedirle al rey grandes privilegios para ellos.

Desde entonces fue consciente de que Moctezuma seguía todos sus movimientos, por lo que debía estar muy alerta y medir muy bien el alcance de cada decisión. Consideraba fundamental entender la manera de pensar y actuar de su adversario. Así, podría anticipar mejor cualquier peligro y utilizar la estrategia adecuada para aproximarse a él. En las últimas semanas, lo que parecía que le preocupaba al jefe culua era la posible amistad con los tascaltecas. «¡Es lo normal!» pensó. «Son sus enemigos y teme que unamos las fuerzas». Recordaba, que en el real de la mezquita, se había presentado una nueva comitiva mexicana para convencerlo de que no se fiara de los de Tascaltecal.

—¡Son un pueblo salvaje y traidor! —le había dicho el embajador principal— No debéis fiaros de sus buenas palabras. Están furiosos por no haberos vencido y ahora pretenden que vayáis a Tlaxcallan para tenderos una trampa.

Don Hernando les escuchó con amabilidad y quedó en meditarlo, aunque en realidad tenía la decisión tomada. Al día siguiente, llamó a los embajadores y les dijo:

—Os estoy agradecido por vuestras advertencias, que sin duda son sinceras. Pero los de Tascaltecal han mostrado su muy amable generosidad y muy buena voluntad

haciéndonos la invitación a su ciudad. Un honor que, sin embargo, no habernos recibido del gran señor de Temixtitan, al que vuestras señorías servís. ¿Cómo podéis prevenirnos de los de Tascaltecal, cuando vuestro señor Mutezuma nos niega el requerimiento de su generosa hospitalidad que con mucha insistencia le habernos hecho en el nombre de nuestro señor Don Carlos?

Los embajadores se quedaron de piedra. No sabían qué responder a las contundentes palabras que escucharon de la mujer que hablaba. Su tremenda decepción se consolidó unos días más tarde. Cortés decidió aceptar la invitación de los tlaxcaltecas y ordenó hacer los preparativos para la marcha. El español recordaba que uno de ellos le había pedido audiencia y, visiblemente nervioso, le había rogado, una vez más, que no fuera a Tascaltecal. Era evidente que tenía la instrucción precisa de tratar de impedirlo. Pero claro, cuanto más insistiera Mutezuma en que no fuera, más obvio era que debía ir. ¡Estaba decidido!

Increíblemente, esos mismos emisarios les habían acompañado hasta allí, y ahora estaban alojados, como huéspedes, en el mismo palacio del anciano Xicoténcatl. Según le había explicado Aguilar, era costumbre de los indios recibir a las embajadas de sus enemigos, dándoles cobijo, honores y seguridad. Para los castellanos era sorprendente verlos discutir entre ellos acaloradamente y, sin embargo, que los de Tascaltecal cuidasen a los de Culua como a unos distinguidos invitados, a pesar de saber aquéllos que éstos pretendían convencer a los extranjeros de que los abandonaran. Los culua pronto regresarían a Temixtitan para anunciar a su señor que la alianza se había consumado y el avance continuaba. «¿Cómo reaccionará Mutezuma?» se preguntaba. «Si insiste en que no nos acerquemos, y en verdad es tan poderoso como dicen, ¿decidirá, por fin, atacarnos?... ¿preparará alguna celada?». Era evidente que algo tendría previsto, pues resultaba impensable que un gran jefe al que todos temían, permaneciera pasivo mientras un ejército extranjero le amenazaba.

Como es lógico, a los castellanos les interesaba evitar el enfrentamiento armado. Ahora eran mucho más fuertes con los aliados de Tlaxcallan, pero aún así, seguían siendo muy inferiores en número. Lo normal sería que los mexica los derrotaran. Por eso era importante continuar usando la diplomacia. Y esa profecía les favorecía. Muchos indios creían que ese dios que había de regresar para reclamar su reino era él o el gran señor del que él hablaba. Al capitán le hacía gracia, pero se percató de la enorme importancia de seguir alimentando esa creencia. Por eso, atendía con amabilidad a los embajadores de Moctezuma y les insistía en que no podía irse sin ser recibido por él, ya que esa era la voluntad del poderoso señor del otro lado del mar, al que él servía. Por sus expresiones notaba que este argumento les impactaba. Así lo confirmaba Marina, muy atenta a los comentarios que intercambiaban entre ellos. Ahora les había dicho que pronto continuarían su viaje, pidiéndoles que reiterasen al gran señor Mutezuma su deseo de ir a Temixtitan como amigos.

Atrapado en estos pensamientos, llegó sonriente Marina. Mediante señas y algunas palabras castellanas que estaba aprendiendo, requirió su compañía para dar

un paseo. Después de tantas penalidades, estos días en Tlaxcallan estaban siendo muy favorables para descansar y preparar las siguientes etapas. Comían muy bien, dormían en cómodos lechos, podían olvidarse de la amenaza constante, curaban sus heridas y las de sus caballos, y aprovechaban para conocer a los naturales e instruirse sobre sus costumbres.

Aprendieron, por ejemplo, que dividían el año en dieciocho intervalos de veinte días, quedando libres cinco jornadas que consideraban de malos augurios. Que el periodo semejante a las semanas eran trece días, y que cincuenta y dos años, divididos en cuatro periodos de trece, equivalían a un siglo. No comprendieron la complicada nomenclatura de los días, los meses y los años, pero sí que estaban en el año «*uno-caña*», precisamente en el que, según esa vieja profecía, regresaría desde oriente el dios Quetzalcóatl. Descubrieron también, que en Tlaxcallan había diversos señoríos con su propia autonomía, a los que Cortés comparó con las repúblicas de Genova, Venecia y Pisa. A la muerte del señor, los señoríos no se dividían, sino que los heredaba un solo hijo varón que estaba obligado a mantener a sus parientes en su casa. Los hombres debían tener cuantas mujeres pudieran, pues procrear era fundamental para la supervivencia. Tenían una sola esposa principal y las demás eran respetadas concubinas. Todas ellas debían ser pedidas oficialmente a sus padres. La primera estaba encargada de organizar a las demás, asignándoles sus funciones. Cuando el señor deseaba algo de alguna de sus mujeres mancebas, se lo pedía a la esposa y ésta informaba y preparaba a la interesada. Si el señor moría, un hermano suyo heredaba a sus mujeres y se casaba con su cuñada.

Era una sociedad muy jerárquica. Los señores, o caciques, tenían una autoridad indiscutible y se hacían temer por sus vasallos, de los que esperaban una sumisión incondicional que éstos aceptaban. Los *pipiltin* eran los nobles. No hacían trabajos manuales, cuidaban mucho la buena educación de sus hijos y eran personas de palabra que cumplían sus promesas. Los *macehuales*, o plebeyos, eran hombres y mujeres libres, pero no gozaban de los privilegios de los *pipiltin*, y les resultaba muy difícil acceder al rango superior. Se dedicaban, fundamentalmente, a la agricultura y el comercio. Por último, estaban los esclavos, normalmente prisioneros de guerra o personas que habían cometido delitos. Eran propiedad de un señor y se podían vender y comprar, siendo habituales en los trueques. Sus descendientes seguían siendo esclavos durante tres generaciones.

El hurto estaba severamente castigado, como pudo comprobar Cortés cuando denunció a Maxixcatzin que uno de los suyos había robado oro a un castellano. El ladrón fue capturado y juzgado según las leyes tlaxcaltecas. Hallado culpable, fue conducido por las calles mientras un pregonero, en voz alta, anunciaba su delito. Al llegar al mercado, le subieron a un alto a la vista de todos, proclamaron la sentencia y, de un fuerte golpe, le destrozaron la cabeza.

Hernán Cortés y Marina habían salido a pasear por los alrededores del palacio de Maxixcatzin. Una pequeña escolta armada y algunas mujeres les seguían de cerca.

Las muchachas eran esclavas ofrecidas a los españoles el día de su llegada. En principio, el capitán pensó en declinar con amabilidad el ofrecimiento, pero había aprendido que rechazar un regalo de los indios constituía una afrenta grave, y bajo ningún concepto estaba dispuesto a entorpecer la buena relación con ellos. Por eso, les propuso bautizar a las mujeres y, después, repartirlas como sirvientas. Varias de ellas estaban al servicio de doña Marina.

A su paso por las calles, se detenía la gente para mirarlos. Sin faltar al respeto, más bien al contrario, saciaban la curiosidad que les invadía desde que habían llegado. Después, lo comentaban con sus familiares, vecinos y conocidos. Cruzarse con ellos era todo un acontecimiento.

—¡Ese es el capitán que viene con Malintzin! —decían en voz baja, mientras discretamente lo escudriñaban.

A los tlaxcaltecas les costaba mucho pronunciar su verdadero nombre, ya que la *r* no existía en el náhuatl. Por eso, le decían Chalchihuitl, «la piedra de jade». También le llamaban «el capitán que viene con Malintzin». Como era muy largo, pronto derivó, simplemente, en Malintzin, nombre por el que, a partir de entonces, fue conocido por todos los indígenas. Los españoles lo pronunciaban mal y decían Malinche. Curiosamente, pensaba él de vez en cuando, llamaban a los dos igual, como si fueran uno solo. Y además era ella, esa mujer de la que no se separaba, la que le había dado el nombre a él.

Continuando el paseo, pasaron frente a un *teocalli* y observaron la escalinata que conducía a la cúspide. Allí se levantaban dos columnas de piedra y una pequeña capilla con un perfumado fuego encendido. Estos templos, a los que de nominaron *cu*, eran custodiados por sacerdotes y otros servidores que llamaban *tlamacazque*, «los que sirven a los dioses». Más tarde, los castellanos se darían cuenta de que también decían así a los criados que les servían a ellos. Como al principio pensaron que podían ser dioses, utilizaron el mismo nombre. Cortés había querido erradicar el culto pagano desde el primer momento, pero los señores de Tlaxcallan se resistían. Contemplando esta llamativa mezquita, vinieron a su memoria las conversaciones que habían tenido en el palacio del viejo Xicotécatl.

—Las estatuas que quieres derribar representan a los ídolos que en la tierra fueron hombres y por sus hechos excepcionales subieron al cielo y ahora son dioses —le dijo Maxixcatzin, expresando el sentir de todos ellos.

—Adoramos sus estatuas siguiendo la tradición de muchos siglos de nuestros antepasados, porque al ver los dioses que los veneramos, tendrán a bien concedernos su beneficiosa influencia —explicó Zitlalpopocatzin, *tlatoaní* de Quiahuiztlan— Sin embargo, si te hacemos caso y los menospreciamos y profanamos, es seguro que nos enviarán hambres, pestilencias y otros infortunios y calamidades, pues son ellos los que gobiernan la tierra desde el cielo.

—Grandes señores de Tascaltecal. Vengo desde tierras lejanas para desengañaros del grande engaño, torpeza y error en que vivís y habéis estado con vuestros dioses

falsos y los crueles y abominables ritos del demonio que para darles honra tenéis — intervino Cortés con amabilidad, pero sin rodeos.

Dejó una breve pausa para que las dos lenguas transmitieran el mensaje. Después, dándose cuenta de que sus palabras habían producido un gran impacto, prosiguió con el entusiasmo del que desea convencer de su verdad.

—La principal razón por la que he venido hasta vosotros es mostraros que hay un solo dios verdadero, cuyo hijo, Jesucristo, estuvo en la tierra para ser el redentor del género humano. En su honor nos llamamos cristianos cuando tomamos las aguas sagradas del bautismo, y es su voluntad que sean derribados esos ídolos impostores que os tienen ciegos y engañados, pues sólo así salvaréis vuestras almas.

Los caciques tlaxcaltecas se quedaron en silencio meditando estas palabras. En sus caras mostraban la rigidez de una grave preocupación. Cortés comprendió que debía obrar con cautela. El propio fray Bartolomé de Olmedo solía insistirle en que la conversión de los indios requería su tiempo, y no era menester arriesgar toda la campaña por un asunto que, en este decisivo momento, no era prioritario. ¡Ya habría tiempo para eso!

Tras un breve intercambio de palabras en voz baja, que el capitán y Marina siguieron con mucha atención, aquél en lo no verbal y ésta en los contenidos que le llegaban, Maxixcatzin volvió a dirigirse a la mujer, con un nuevo mensaje para el español:

—Nos pides que reneguemos de los dioses que han velado por nuestro bienestar desde muchas generaciones. Tú eres hijo de un dios, por lo que pensamos que estarás dispuesto a asumir el cargo y entenderte con nuestros dioses si se enojan, liberándonos de toda culpa... Pero te pedimos tiempo para poder hablarle a nuestro pueblo de ese único dios verdadero. Aceptaremos a tu dios desde este mismo instante, pero por el momento, sin renunciar a los que ya tenemos. Puedes poner la cruz donde desees, pero tendrás que respetar las estatuas de los otros dioses.

Observando la expresión de Marina, en la que reconoció un leve asentimiento, Cortés confirmó algo que él mismo estaba concluyendo. El plazo que le solicitaban los caciques era razonable y muy prudente. La mejor salida que ambas partes podían encontrar a esta delicada negociación. Por tanto, estuvo de acuerdo y agradeció a los señores su buena voluntad... No obstante, los exhortó de nuevo para que explicasen a su pueblo que el dios cristiano era el único verdadero, un dios que deseaba protegerlos, y que tras la muerte, sólo abrazando su fe podrían reunirse con él en el cielo. También les invitó a preguntar a los de Cempoal que los acompañaban, ya que allí habían derribado a sus ídolos falsos y éstos no habían tomado represalias. Los tlaxcaltecas no respondieron.

Lo que sí les exigió Cortés, fue que se suprimieran los sacrificios humanos, pues era algo inaceptable para el dios cristiano. La verdad es que eran pocos los que tenían lugar en Tlaxcallan, pero a partir de ahora no debería hacerse ninguno. Y tampoco se podría comer carne humana, otra aberración que el nuevo dios no toleraba. Los

tlaxcaltecas, aliviados por la concesión del español respecto al derribo de las efigies sagradas, aceptaron estas exigencias. El capitán estaba satisfecho, aunque intuyó que en ocasiones tendría que ser flexible y tolerar excepciones. Asimismo, logró el compromiso de los caciques de no quemar o enterrar vivos doncellas, enanos, jorobados, encorvados o cualquier otra persona, cuando moría un principal. Pues esa era la costumbre. En algunos casos, se les quemaba con el fallecido y las cenizas de todos ellos se mezclaban con sangre para hacer estatuas. Otras veces, se les enterraba en la bóveda del muerto con algunos tesoros y mucha comida para el largo viaje hasta los nueve cielos, donde estaban los dioses. Al que moría se le afeitaba y se le vestía con sus mejores ropas, plumería y joyas. Y en su honor se hacían fiestas que duraban varios días. Todas esas costumbres podían respetarse, menos el sacrificio de personas vivas.

Las discrepancias surgidas en el asunto de los dioses, contrastaban con el rápido acuerdo que alcanzaron en el ámbito político y militar. Los señores del Consejo Supremo de Tlaxcallan aceptaron la autoridad suprema de ese desconocido señor del otro lado del mar que según les decía Malintzin se llamaba Don Carlos. A partir de ese momento serían sus súbditos, aunque manteniendo sus propias instituciones y su autonomía, y siempre en calidad de aliados. Los caciques preguntaron a Cortés cuáles eran sus verdaderas intenciones y le anticiparon que cualesquiera que fueran, podía contar con su incondicional ayuda. El extremeño estaba encantado.

—Si lo que queréis es quedaros a vivir entre nosotros, dinos dónde deseáis acomodaros. Os daremos tierras y os ayudaremos a construir vuestras casas —ofreció Maxixcatzin, quien solía ser el portavoz de los caciques— Pero si lo que queréis es continuar hacia otras tierras, os daremos lo necesario para el viaje, y si es tu voluntad, os daremos guerreros y porteadores para acompañaros.

—Debéis saber grandes señores, que además de daros a conocer al verdadero dios, estoy aquí para dar muy cruda guerra al señor Mutezuma, vuestro terrible enemigo, y vengar vuestras injurias —informó Cortés, sorprendiendo a los caciques— Mi propósito es mostraros mi amistad firme y verdadera, venciendo y castigando a los adversarios que tan cruelmente os amenazan. Y después vivir en paz entre vosotros, sin jamás desamparos.

Satisfechos con esta explicación, Maxixcatzin reiteró la voluntad de los grandes señores de acompañar a Malintzin en su campaña contra Tenochtitlan. Su ejército y sus esclavos estaban a su disposición, prestos para salir cuando el *tlatoaní* blanco lo considerara oportuno. Los caciques le advirtieron que en su camino estaba la legendaria ciudad de Cholollan, súbdita muy leal de Moctezuma y enemiga acérrima de Tlaxcallan. Estas circunstancias, señalaron los señores y estuvo de acuerdo Cortés, aconsejaban no dejarla impune en la retaguardia. Además, podía ser uno de los lugares más idóneos para que el *huey tlatoaní* mexica preparase una emboscada. Don Hernando se había dado cuenta del odio de los tlaxcaltecas hacia los de esa ciudad que él llamaba Churultecal. «Seguramente, ellos sentirán lo mismo por los de aquí,

tras muy muchos años de crueles luchas, matanzas y saqueos entre ambos» meditó para comprender la mentalidad de esos indios. Como era su costumbre, agotaría la vía de la diplomacia para llevar a los de Churultecal a su causa. Pero si ésta fracasaba, no dudaría en emplear con contundencia la fuerza. Si llegaba el caso, su actuación con los de Churultecal debía tener un triple efecto: eliminar un peligroso enemigo a sus espaldas, advertir de su poder a Mutezuma y a cualquier pueblo que le fuera leal, y mostrar a los de Tascaltecal su fidelidad y el provecho que podían obtener de esta alianza.

Continuando su apacible paseo, Marina y Hernán Cortés pasaron por el *tianguí* del señorío de Ocotelulco, que era el gran mercado de Tlaxcallan. A esa hora seguía habiendo movimiento, aunque menos que por la mañana. Se fijaron en una mujer anciana que cambiaba un hermoso *huilpil* por una jaula con varios pavos. Y repararon en dos campesinos descalzos que intentaban conseguir unas modestas sandalias a cambio de un cesto de maíz. Allí mismo, dos hombres que sin duda eran nobles, interrumpieron su conversación e inclinaron respetuosamente la cabeza para saludarlos. A pocos metros, vieron una casa de baños y puestos de leña, hierbas medicinales, lozas, joyas y plumajes. Y más allá, observaron a muchas mujeres, de rodillas o sentadas, haciendo tortillas de maíz. Uno de los soldados que los escoltaba salió al paso de cuatro mujeres *macehuales* que pretendían acercarse a Marina. La mujer miró a Cortés. Éste, comprendiendo su gesto, ordenó al guardia que se retirara.

—Señora Malintzin —dijo una de ellas, sin apenas levantar la vista— Te rogamos que aceptes este humilde obsequio.

Otra mujer, temblorosa por estar tan cerca de ella, extendió hasta Marina unas elegantes mantas que la intérprete cogió y acarició emocionada.

—Os agradezco este regalo con todo mi corazón. Significa para mí mucho más de lo que pensáis —respondió en perfecto náhuatl, tocándolas con afecto.

Abandonando el *tianguí*, oyeron el estruendoso sonido de caracoles y trompetas que, como era costumbre, informaba de los horarios en seis momentos de cada jornada: noche, media noche, cuarto del alba, salida del sol, mediodía y tarde.

Éste era el anuncio de la tarde. Más adelante, detuvieron su marcha para observar a un grupo de jóvenes haciendo un extraño ejercicio que no comprendieron. Con sus caderas, muslos, hombros y antebrazos, golpeaban una bola que impulsándose en el suelo daba grandes saltos. Había bastantes espectadores que, apasionadamente, seguían ese desconocido juego. Muchos de ellos apostando oro, plumería, ropa y hasta esclavos. Según les explicaron, se llamaba *ulli*, y la bola estaba hecha con leche que destilaba un árbol. Sólo podían participar los nobles y los vencedores alcanzaban succulentos premios.

—¡Un placentero paseo! —exclamó Cortés mientras acariciaba, cariñosamente, la suave cara de Marina, ya en sus aposentos.

—¿Pla... cen... telo? —interrogó ella muy despacio, intentando aprender una nueva palabra con la maldita r.

—Así es, placentero —confirmó el capitán— Quiere decir... bello y tranquilo... algo que place —añadió gesticulando torpemente, intentando explicarle esos conceptos lo mejor que podía.

Ella asintió y siguió repitiendo en voz baja la palabra. Él no estaba seguro de que la hubiera entendido, pero sabía que pronto le sorprendería utilizándola correctamente.

9

BERNAL DÍAZ

«Y a lo que señores dicen, que jamás capitán romano de los muy nombrados, han acometido tan grandes hechos como nosotros, dicen verdad»

Hernán Cortés a sus hombres
(recogido por Bernal Díaz)

Tlaxcala, 1 de noviembre de 2006

Aunque soleada como de costumbre, la mañana había traído un frío helado que parecía haberse escapado del Matlacuéytl. No obstante, la trascendencia del día eclipsaba cualquier inclemencia. El ejército estaba preparado. Y él también. Sobre su caballo tostado, convenientemente protegido, se mantenía erguido con esa sólida armadura que le cubría el cuerpo. A través de la ventana que dejaba la visera, todavía levantada, mostraba una tensa cara barbada y unos ojos muy atentos con grandes ojeras. Su mano izquierda sujetaba con firmeza las riendas del espléndido corcel. La derecha, algo más relajada, empuñaba una lanza muy larga que, de momento, se alzaba casi en vertical. Su fiel espada, bien afilada, aguardaba su turno envainada pero bien dispuesta. A su lado se encontraban los restantes caballeros, también prestos para el combate. Detrás, cuatrocientos infantes castellanos con arcabuces, ballestas, rodela y espadas, y dos mil aliados indios con sus arcos y esos palos con afiladas piedras. Además, estratégicamente situados, los cañones listos para abrir fuego.

Entre los españoles pudo distinguir a Bernal Díaz, cuyo temple inspiraba confianza.

En el valle, miles de indios ocupaban un inmenso descampado. Sus gritos, cantos y otros sonidos estimulantes, anticipaban el valor con el que afrontarían la lucha. En la montaña que los respaldaba, se distinguía el intenso humo de tres pilas de



sacrificios. Desde allí llegaban las enfervorizadas voces de los sacerdotes y los desesperados chillidos de los elegidos. Sabían que ese sería su destino si caían prisioneros. Prefería no pensarlo. Lucharía hasta su último aliento y, si Dios así lo quería, moriría con honor. «Como es el deber de un caballero». Por si acaso, llevaba su daga toledana que se hundiría en el pecho antes de caer cautivo. Miró a los hombres y percibió el pánico que les invadía. Estaban callados, tensos, inmóviles. Algunos se aferraban a un crucifijo y rezaban en voz baja. Otros se habían orinado encima y ni siquiera se preocupaban de disimularlo. Muchos temblaban. En el ambiente se respiraba que éste podía ser el último día.

Por el flanco derecho, apareció el capitán Hernando Cortés montando su caballo. Escoltado por Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Juan Velázquez de León, pasó revista a las tropas, al tiempo que las arengaba. La ansiedad fue transformándose en entusiasmo. El silencio, en gritos contundentes de ánimo. De pronto ¡sólo se pensaba en la victoria!

—¡Señores! —gritó Cortés— ¡Sigamos nuestra bandera que es la señal de la Santa Cruz, que con ella venceremos!

Las enérgicas palabras provocaron un tremendo aullido unánime que alentó a los que todavía dudaban. Cortés dio la señal de avanzar despacio, hasta una distancia prudente en la que ordenó el alto. Allí, pidió a Diego de Godoy, como notario real, que en voz alta, leyera al enemigo que se le invitaba a deponer las armas y servir al rey Don Carlos y al Dios cristiano, pues de lo contrario, se verían obligados a entrar en batalla. Como no estaban las lenguas, los atónitos indígenas no entendieron nada. Pero no importaba. Don Hernando pidió al notario que dejara constancia de que se había hecho el requerimiento formal. La lucha armada ya tenía un marco legal.

Los indios iniciaron el ataque lanzando sus flechas. Los españoles, con sus cañones. Desde el primer fogonazo, empezaron a caer guerreros. Pero eran muchos más, y se vislumbraba que esa superioridad sería insalvable. Estimulados por sus ensordecedores gritos, los naturales avanzaron en masa buscando la lucha cuerpo a cuerpo. Cañones y ballestas intentaban mantenerlos a distancia, pero cada vez estaban más próximos. Arcabuceros, infantes e indios aliados, esperaban ansiosos su inminente entrada en la batalla. Los hombres a caballo aguardaban la orden de Cortés. Todos sabían que la acción de esos trece jinetes sería una baza decisiva. Por eso, era fundamental acertar eligiendo el momento más oportuno para atacar. Ni precipitación, ni retraso. Una decisión crucial que debía asumir el capitán. En la tensa espera, sudaba acaloradamente y sentía que el corazón le latía muy deprisa. Le sobraban la armadura y la ropa. Y le faltaba el aire para respirar. Notó que su caballo se agitaba y agarró las riendas con más fuerza. Intentó distraerse de sus sensaciones observando la batalla. Y cada dos por tres, miraba a Cortés. Sabía que muy pronto, en cualquier instante, daría la señal.

—¡Señores!, ¡ataquemos el flanco izquierdo y regresemos a esta retaguardia! —voceó por fin, al tiempo que hacia gestos con su mano para señalar el lugar de la

acción.

Se bajó la visera, levantó la lanza y dio la orden de galope. En pocos segundos estaba inmerso en la lucha. A su paso, derribó a cuatro hombres y logró que otros muchos retrocedieran. El objetivo se estaba cumpliendo. De pronto, se dio cuenta de que unos diez indios habían formado un semicírculo que pretendía envolverlo. Espoleando al caballo y utilizando bien la lanza, logró zafarse del cerco. Después, siguió luchando con éxito. El animal respondía. Él se encontraba eufórico. No pensaba en nada. Simplemente actuaba. Y lo hacía con soltura. Sin percatarse de que su vida estaba en juego. A punto de regresar, volvió a verse rodeado, esta vez por un número mayor. La situación era complicada. Tuvo que clavar la lanza en el pecho de un indio que con increíble valor se le había abalanzado, y perdió el arma. Rápidamente, sacó la espada. Usándola con destreza, hirió a tres guerreros. Estaba a punto de lograrlo. Pero por desgracia, el fiel compañero fue alcanzado en una pata y ambos cayeron al suelo. En el desplome perdió a su tizona. Intentó levantarse, pero los indios se le habían echado encima. Pensó en la daga toledana... No tuvo tiempo. Sus captores le sujetaron con fuerza y se lo llevaron. Habían hecho un prisionero y, además, ¡de los que iban en esos ciervos! Los gritos de júbilo no cesaban. Comprendió que si no ocurría un milagro, sería sacrificado. Tuvo un ataque de pánico y comenzó a gritar:

—¡Nooooo!, ¡Nooooo!, ¡Dejadme que muera con honor! Se percató de que no le entendían y se sintió impotente.

La angustia y la desesperación le ahogaban. Instintivamente, suplicó chillando:

—¡Soy un hidalgo!, ¡Soy un caballero!... ¡Por Dios, os pido piedad!... ¡Matadme dignamente!

Camilo Queimadelos abrió los ojos sobresaltado. Todo su cuerpo estaba bañado en sudor y su corazón latía aceleradamente. Durante unos segundos, no supo dónde se hallaba.

—¡Joder!, ¡menuda pesadilla! —exclamó en voz alta, cuando recuperó el resuello.

Se levantó de la cama y vio el libro de Bernal Díaz que había devorado la noche anterior. «Tienes que tener cuidado Camilo» se aleccionó sonriendo. «Te entusiasmas demasiado ¡Qué *carallo!*»

Poco después de las once, abandonó el hotel para seguir conociendo Tlaxcala. Vestía cómodos pantalones vaqueros, asidos por un cinturón elástico, camisa de sport azul claro doblemente remangada, zapatillas *Adidas*, perfectas para patearla ciudad, y un sombrero de paja que se había comprado en Puebla. En el bolsillo de la camisa, un bolígrafo y unas gafas de sol mostrando una de sus patillas. En los de los pantalones, el móvil y una cartera de cuero marrón con dinero, tarjetas y su documento de identidad. Esta vez, giró a la izquierda y aprovechando un estrecho pasillo que había respetado la empalizada de los encierros, bordeó por el interior la plaza de la Constitución. Pronto se halló ante el actual Palacio de Justicia, la antigua Capilla Real

de Indios, cuyas obras comenzaron en 1528. Los costes del histórico edificio fueron sufragados por los cuatro caciques principales de Tlaxcala, dedicándose a Carlos V. Camilo echó un pequeño vistazo y observó, labrados en piedra, los escudos del emperador: el de los Austrias y el de Castilla.

Su siguiente parada fue unos metros más allá, ligeramente fuera de la plaza. Allí, vio la iglesia de San José, con su bella fachada de ladrillo y azulejos de Talavera, combinados con el reluciente blanco de las columnas, las ventanas y el campanario de la torre. Aprendió que fue construida en el siglo XVII, aprovechando el espacio de una ermita erigida en 1526 que durante un tiempo albergó a la catedral. En su interior conserva valiosas reliquias históricas que en su momento estuvieron en la antigua Capilla Real de Indios, como el cuadro «Bautismo de los Caciques de Tlaxcala», «¡otra vez el famoso bautizo!» recapacitó Camilo, y otros lienzos que mandó hacer Juan Faustino Maxixcatzin, descendiente del señor de Ocotelulco. Lo que más le impresionó fueron dos pilas de piedra para el agua bendita. Una de ellas, con un escudo español y la otra... ¡con la figura de Camaxtle!... ¡el principal dios de los antiguos tlaxcaltecas! «¿Un dios pagano en una pila con agua bendita?» No salía de su asombro.

Continuó el paseo por la avenida de Miguel Lardizábal y enseguida se halló en la ajardinada plaza de Juárez. En uno de los lados, encontró el restaurado edificio del antiguo Mesón Real, construido a mediados del siglo XVI, que desde 1982 es la sede del Palacio Legislativo del estado de Tlaxcala. Sin ninguna prisa, siguió andando hasta el río Zahuapan, disfrutando de un día de agradable sol, poco caluroso. Impactado aún por la cautivadora lectura de la noche anterior, imaginó el terreno que ahora pisaba como una gran explanada vacía rodeada por esas montañas. Fantaseó que durante miles de años había esperado su destino pacientemente, bajo la atenta custodia del majestuoso volcán Matlacuéyatl. Pensó en el esfuerzo de tantos hombres dedicados a construir una nueva ciudad que simbolizaría la fusión de dos culturas. Eso era Tlaxcala. Lo había leído en varios lugares: «La cuna del mestizaje». Hasta la gran montaña había cambiado su nombre, adoptando el de una mujer indígena que dio a luz hijos mestizos: La Malinche.

«Papáaaa... ¡baja de la nube!» pensó que le habría dicho Almudena. «¡Carallo!... ¡Cómo me conoce!»... «¿Qué hora será en Inglaterra?»...

Regresó a la plaza de la Constitución y tomó asiento en la terraza de Los Portales. Allí mismo habían instalado un atractivo *buffet* y ya había mucha gente eligiendo su almuerzo. Él había desayunado tarde y aún no tenía apetito. Pidió un café. El rectángulo del zócalo estaba muy animado, ataviado con coloridos altares dedicados a los muertos, una tradición mexicana en esas fechas. Nunca había visto algo así y le llamó mucho la atención. En el mismo soportal, muy cerca de donde estaba sentado, había uno dedicado a un hombre cuya foto enmarcada lo presidía. Rodeando el marco, se habían colocado varios cestos de paja, recipientes de cerámica con mucha comida, algo de bebida, varias velas, papel picado de color violeta y *cempazuchitl*, la

flor anaranjada que había visto en el campo a las afueras de Tlaxcala. En un lado, como si fuera un espantapájaros, colgaba una vestimenta completa del difunto, incluyendo camisa, pantalones y americana. En la pared del fondo, detrás del retrato, se habían situado crucifijos y diversos cuadros de la Virgen, Cristo llevando la cruz y crucificado, y algún santo.

—¿Almu?

—¡Papá!

—¿Cómo estás cariño?

—Muy bien papá. ¿Y tú? ¿Qué tal en México?

Su cara se había enternecido al escuchar la voz de «su chica», como le gustaba llamarla. Sentía una enorme alegría cuando la veía o hablaba con ella por teléfono. Y sin embargo, por una u otra razón, era la primera vez que se comunicaban desde su llegada a México.

—Seguro que te has enamorado de alguna mexicanita y por eso no me has llamado —comentó Almudena, con humor.

—¡Boo! —exclamó el profesor— Aún no he visitado ningún centro geriátrico —añadió en tono jocoso, provocando, al otro lado, una carcajada.

—Ya, ya —prolongó la broma, ella— Con lo irresistible que eres, seguro que están todas loquitas.

—Bueno... —dijo él, haciéndose el interesante— La verdad es que no me las puedo quitar de encima... Hasta me han asignado un guardaespaldas para poder salir a la calle.

Los dos rieron abiertamente. En la mesa contigua, los vecinos miraron a Camilo sonriendo y éste les hizo una seña de complicidad moviendo sus ojos hacia el móvil.

—¿Exactamente, dónde estás papá?

—En Tlaxcala, hija.

—¿Dóndeeee?

—En Tlax ca la —insistió él, recalcando más cada una de las sílabas.

—¿Tas qué?

—Tlax, no Tas, Tlax, con ti y acabando en x, Tlax, Tlax, Tlax ca la.

—¿Tlax cala? —quiso asegurarse ella, pronunciando la primera sílaba con dificultad.

—Sí, sí, ¡eso es! Tlaxcala —confirmó aliviado.

—¿Y dónde está eso, papá?

—Pues aquí, en México, ¿Dónde va a ser?

—Ya. ¿Y se puede saber qué se te ha perdido allí?

—Bueno... es una larga historia...

—Ya, ya —interrumpió Almudena— ¿No serán unas faldas?

—Jajaja —rió Camilo, antes de explicar— Está muy cerca de Puebla, donde estoy dando el curso... y es un lugar muy bonito, con mucha Historia.

—Sí, sí... Historia —volvió a insinuar ella— ¿No será la historia de la conquista?

Jajaja.

—Pues sí —contestó él, pensando que había encontrado una salida— Aquí mismo, en Tlaxcala, se produjeron hechos muy importantes en el proceso de la conquista de México.

—¡Papáaaa!, ¡no te enrolles! Que no me refiero a esa conquista, precisamente... jajaja —recalcó la chica.

«Esta es más lista que el hambre», pensó Camilo. «Hasta por teléfono se da cuenta».

Para alivio suyo, la conversación cambió de escenario. Ahora se desarrollaba en campo contrario y se sintió más cómodo. Siguieron hablando unos minutos más, contándole ella sus cosas y él disfrutando.

—Bueno papá —dijo la chica con energía— Tengo que dejarte. Aquí son ya las ocho y media y esta noche tengo guardia en el hospital.

—¿Guardia tú? —preguntó Camilo, aparentando estar sorprendido— ¡Por favor, no te duermas!... ¡Piensa en los pobres enfermos!

—¡Papáaaa! ¡Qué no soy una cría!

—Ya lo se cariño. Sólo era una broma. Cuídate mucho.

—Tu también papá. Te quiero.

El café se le había quedado frío sin probarlo y llamó al camarero para pedir otro. Pero mientras llegaba, cambió de opinión y ordenó unas quesadillas y un tequila. «¡Qué *carallo!*... Tengo una hija estupenda que me quiere... ¡Hay que celebrarlo!»

—Y allí está el general Antonio Carvajal, natural de Tlaxcala. El 4 de mayo de 1862, en Atlixco, sus hombres derrotaron al ejército mexicano de los conservadores, impidiendo que pudiera reforzar a los franceses. Al día siguiente, en Puebla, éstos fueron vencidos por el general Ignacio Zaragoza. La acción de Carvajal fue decisiva... pero ya ve usted... la Historia oficial sólo ha reconocido a Zaragoza y su victoria del 5 de mayo —explicó don Luís, mostrando evidentes síntomas de cansancio.

Hacía dos horas que Camilo había entrado en el bello edificio colonial del Palacio de Gobierno, donde antaño estuvieron el Ayuntamiento, la Alhóndiga y las Casas Reales que acogían a los visitantes más ilustres. Nada más traspasar la puerta, quedó impactado por un espectacular mural que llenaba todas las paredes. «¡Qué maravilla!» exclamó emocionado. Enseguida se le acercó un hombre de unos setenta y cinco años y rasgos indígenas. Le mostró una credencial que el profesor no leyó, y se presentó como discípulo directo del pintor del mural, ofreciéndose a hacer de guía por una módica cantidad. Más tarde, una señora que lo saludó se dirigió a él como don Luís. El español aceptó encantado y se puso en sus manos. Desde entonces, no había dejado de darle sabias explicaciones de cada uno de los dibujos.

El impresionante mural es obra del pintor tlaxcalteca Desiderio Hernández Xochitiotzin, quien inició la obra en 1957 y, tras diversas interrupciones y una constante labor investigadora, ¡la terminó en 1995! El relato que transmiten los

espléndidos dibujos pintados al fresco, comienza en el lado izquierdo de la pared que está frente a la entrada del vestíbulo de la planta baja y continúa, ordenada y cronológicamente, por todos los muros del mismo, extendiéndose por las tres paredes de la escalera de piedra que da acceso a la planta superior. La secuencia empieza mostrando el origen del pueblo tlaxcalteca en lo que hoy es el norte de México, aproximadamente en el año 200, y se extiende hasta finales del siglo XIX.

Según explicó don Luís, con mucha lástima, el maestro, como así llamaba con respeto al ilustre artista, había propuesto completarlo hasta el tiempo presente, aprovechando las paredes del primer piso que en la actualidad albergan las fotografías de los gobernadores de Tlaxcala. Pero de momento, no había nada en firme, por lo que, considerando su avanzada edad, le parecía difícil que prosperara el proyecto. Camilo no lo echó en falta.

Durante estas dos horas, que se le habían pasado volando, asumió humildemente el papel que le correspondía de alumno ignorante y, ensimismado, prestó la máxima atención. Hacía tiempo que no aprendía y, a la vez, disfrutaba tanto. Don Luís le estaba mostrando algo completamente nuevo para él. Insospechado cuando salió de España o decidió viajar a Tlaxcala en busca de Isabel. Un mundo estimulante al que se había asomado por primera vez cuando visitó la catedral. En el que había penetrado al ojear el libro de Muñoz Camargo y leer compulsivamente el de Bernal Díaz. Y que ahora, con las explicaciones del experto guía, le estaba absorbiendo. «¡Y todo por seguirla a ella!» La pista de la chica le había conducido a un apasionante entramado de trascendentes hechos y personajes históricos. «¡Qué relevantes fueron esos hombres!... los tlaxcaltecas y los españoles» razonó. «Su determinación, sus ambiciones, sus prioridades, sus negociaciones, su liderazgo, su sacrificio, su valor, su lealtad, sus aciertos y sus errores, sus decisiones... ¡Todo ha trascendido a los siglos posteriores!» Su inquieta mente no descansaba. Escuchaba, relacionaba, reflexionaba, ordenaba ideas, dudaba, buscaba respuestas, planteaba hipótesis...

Según las explicaciones de don Luís, el mural relata el desplazamiento hacia el sur de la tribu Teochichimeca, nombre que significa «la raza guerrera de dios», guiada por Camaxtle. Desde Xichonosto, aproximadamente en el actual Culiacán, hasta el lago de Tezcoco, en el valle de Anahuac, donde sobre el año 600 se establecieron por primera vez como pueblo sedentario. Algunos siglos más tarde, en una cruenta guerra, su ciudad fue incendiada y tuvieron que replantearse el futuro. Entonces, Camaxtle volvió a hablar con el sacerdote, al que el autor pinta siempre de negro, y le reveló que debían ir hacia oriente, al otro lado de las montañas de Tlaloc, hasta el lugar de la gran montaña azul que no es otra que el Matlacuétl. Sobre el año 1300, los teochichimecas llegaron a su ubicación actual, que reconocieron como su destino por el volcán que buscaban y otros cinco cerros sobrevolados por un águila. Ya había allí otros pobladores, y en una primera etapa, libraron algunas batallas. Pero con el tiempo se fueron mezclando y conformaron el pueblo tlaxcalteca. De esa época es el gran guerrero y jefe supremo, Culhuatecutlicuanetz,

auténtico fundador de Tlaxcallan. El pintor refleja cómo este gran jefe, siendo ya mayor y no pudiendo asumir solo la responsabilidad del gobierno, decidió crear distintas cabeceras para compartir la carga. Surgieron así, gradualmente, los señoríos que se encontrarían los españoles en 1519.

En uno de los frescos, se observa una de las múltiples batallas contra sus eternos adversarios del sur, los huexotzingas. En otro, se plasma la gran fiesta de Camaxtle, que duraba aproximadamente un mes entre octubre y noviembre. Como parte del festejo, durante ochenta días, un sacerdote ayunaba y hacía ejercicio físico y meditación. Además, se sacrificaban muchos animales. Y como colofón, un prisionero y una bella doncella. Las candidatas eran entregadas cuando cumplían los diez años de edad, y durante doce permanecían recluidas preparándose para la ceremonia. Ser elegida era un gran honor para sus familias y, aparentemente, también para ellas.

El artista no se olvidó del gran Nezahualcóyotl, hijo del señor de Tezcoco, quien en 1427 buscó refugio en Tlaxcallan para protegerse de los tepanecas de Azcapotzalco. Más tarde, regresaría a su señorío para ser *huey tlatoaní*, proporcionando bienestar y progreso a su pueblo. También se manifestó como poeta y filósofo, campos en los que obtuvo un notable reconocimiento.

Mostrándole otra parte del mural, don Luís explicó que los guerreros tlaxcaltecas se distinguían por una cinta en la cabeza de rayas rojas y blancas, los colores de Camaxtle, que al profesor le recordaron los del Atlético de Madrid. También, que el grado de los soldados se identificaba por los pedernales de sus macanas. Así, de menor a mayor, los guerreros «*Aguila*» tenían tres, los «*Jaguar*» cuatro y los «*Gran Tecutli*» cinco. Estos últimos, además, llevaban una uña de águila en la barbilla como señal de su alto rango. Las macanas eran las armas de los guerreros. Tenían la forma de una porra alargada y estaban hechas de madera, con orificios en los que se incrustaban los afilados pedernales de obsidiana que sobresalían por ambos lados.

—¿No quiere descansar un poco? —preguntó Camilo, observando síntomas de cansancio en el viejo guía.

—No, muchas gracias.

—¿Seguro? —insistió el doctor.

—Bueno... —rectificó el hombre— Si no le importa, podemos parar unos minutos para beber un poco de agua.

Tras el breve receso, la erudita explicación continuó. Don Luís habló de las guerras floridas, de la gran batalla de Atlixco, en la que los tlaxcaltecas derrotaron a los mexica, de un héroe otomí llamado Tlahuicole, de la segunda fiesta de Tlaxcallan, al comienzo de la primavera, en honor de Xochiquetzalli, la diosa de las flores, los enamorados y los artistas, y de Chico-mecoatl, la diosa de la agricultura y, por tanto, del maíz y, como no, del vegetal por excelencia de Tlaxcallan, el maguey, una planta de gruesas hojas verdes con filosas espinas, a la que Hernán Cortés, debido a sus múltiples usos, llamó «árbol de las mil maravillas».

—El maguey era un elemento fundamental en la vida de los antiguos tlaxcaltecas —señaló con entusiasmo don Luís— De allí se extraía el pulque... ¿Ha probado usted el pulque?

El profesor negó con la cabeza.

—Pues aquí, en Tlaxcala, puede encontrar uno muy bueno... aunque tenga cuidado, porque es un licor muy fuerte —aconsejó sonriendo— Los indígenas lo utilizaban como afrodisíaco... Y también las mujeres, después de dar a luz. Propiciaba que la madre tuviera más leche.

Camilo levantó sus párpados y asintió. Don Luís prosiguió:

—De las hojas del maguey hacían el papel... Y comprobaron que su tallo era comestible, al igual que sus flores que comían refritas con huevo... Con la primera capa del maguey hacían bolsitas equivalentes a las de plástico, y con sus hojas cubrían el techo de sus chozas... También sacaban la fibra para sus vestidos. Ese fue un uso muy importante en los años anteriores a la llegada de los españoles, pues tenga en cuenta que estaban cercados por los mexica, y eso les privaba del algodón.

—¡Uff!, ¡Qué planta tan útil! —suspiró el profesor, admirado.

—Pues eso no es todo —anticipó el guía— La hoja del maguey, asada, servía para desinfectar las heridas... Las puntas se utilizaban como agujas para coser... Y su jugo se aprovechaba como deslizante para facilitar el transporte de objetos... Como ve, no es extraño que llamara la atención de Cortés.

Le interesó mucho el fresco del gran mercado de Ocotelulco. En su segunda carta de relación a Carlos V, Hernán Cortés escribió que se reunían allí unas treinta mil personas. Quizá exageró, pero el eminente pintor Desiderio Hernández Xochitiotzin quiso reflejar que aquel lugar era un importante y bullicioso centro de negocios y encuentro. En el mural se observan las operaciones de trueque de productos. El saludo que se hacían las personas principales, mediante una reverencia con la mano en el pecho. Las conversaciones de los hombres, juntándose con los brazos sobre los hombros del otro, mientras hablaban. Y las mujeres, muchas embarazadas, que en señal de respeto, para no escuchar a sus esposos, se quedaban detrás con los niños colgados, en brazos y de la mano.

—La necesidad de procrear para asegurar la supervivencia, exigía que los hombres tomaran cuantas esposas y concubinas pudieran —aleccionó el guía— Y las mujeres que podían, se quedaban embarazadas desde muy jóvenes y tenían muchos hijos. Era frecuente, como refleja el mural, que una mujer estuviera embarazada y, al mismo tiempo, llevara un bebé entre los brazos, un niño algo más mayor colgado y otro más grande de la mano.

El recorrido continuó con el año «1 caña» del calendario indígena, que corresponde a 1519, en el que se debería cumplir la profecía del regreso desde oriente del dios Quetzalcóatl. Después, subiendo por la escalera, Camilo aprendió que dos de las tres paredes se referían a la relación de los tlaxcaltecas con los españoles. Sus enfrentamientos. La paz y la alianza. Su acción conjunta en la conquista de

Tenochtitlan. Los honores y privilegios que la Corona concedió a Tlaxcala. La participación de los tlaxcaltecas en la conquista y población de nuevos territorios. Y las distintas acciones de los gobiernos de Tlaxcala ante el rey de España, para reclamar sus derechos.

Observó que don Luís hablaba de la presencia de los españoles con aparente objetividad, acentuando ventajas e inconvenientes.

—Los tlaxcaltecas querían ser independientes —señaló con seguridad, deteniéndose en uno de los escalones— Pero la realidad era que los mexica los tenían cercados y sus fuerzas se debilitaban. Cuando llegaron los españoles, sabían que sus días estaban contados... Perdieron la independencia porque tuvieron que someterse a los españoles, aunque es cierto que con muchos privilegios que no tuvo ningún otro pueblo indígena —continuó afirmando, con contundencia— Pero gracias a esa alianza, existe hoy Tlaxcala... ¡Eso es así de cierto!

Con las últimas explicaciones sobre el siglo XIX, concluyó la emocionante visita. El conocimiento adquirido no tenía precio, y el esfuerzo del ilustrado guía había sido admirable. Se despidió de don Luís con agradecimiento y respeto. Ya en la plaza de la Constitución, pensó que no entendía como un mural tan impresionante apenas tenía visitantes. «¡Es increíble que nadie me haya hablado de esto!». Cada vez estaba más convencido de que Tlaxcala era un gran desconocido, incluso para los propios mexicanos. Y daba la impresión de que tampoco los tlaxcaltecas ponían mucho empeño en darlo a conocer.

Envuelto en estos pensamientos, cruzó la plaza para ir al hotel. Al pasar junto a la fuente, se fijó en un altar de muertos en cuya base, con letras blancas y mayúsculas sobre una nutrida franja naranja de *cempazuchitl*, y escoltado por dos grandes velas, destacaba el nombre de Marina. Se acercó para observarlo mejor y se quedó inmóvil mirándolo. Una chica de veintipocos años que, junto a otras tres, parecía custodiar el altar, se le aproximó.

—Buenos días —saludó educadamente— ¿Quiere que le explique algo?

—Muchas gracias, pero no querría molestarla.

—No es ninguna molestia, señor. Estoy aquí para eso. ¿Tiene alguna pregunta?

—La verdad es que no tengo preguntas concretas —indicó Camilo dubitativo, provocando, sin quererlo, que la chica se quedara un poco cortada— Pero quizá tenga usted algunas respuestas —añadió con simpatía, logrando que la muchacha se relajara.

La joven comenzó a explicar que se trataba de una amiga suya, Marina Xochitotol Nava, que con dieciocho años había sido asesinada por su novio. Ella y sus amigas habían decidido erigir ese altar en su memoria. Además de homenajearla, pensaban que su trágico desenlace debía servir de advertencia para los jóvenes que, como le sucedió a ella, no escuchan a sus padres y se unen a las malas compañías.

Una señora que estaba cerca, escuchaba y asentía. A Camilo le sorprendió que una chica tan joven, más o menos de la edad de su hija Almudena, hablara de esa

manera, como si fuera una mojigata. Aunque seguramente, lo justificó, estaba muy influida por el tremendo impacto del suceso de su amiga.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Camilo, tuteándola.

—Paloma... pero me dicen Kika.

«¡Vaya hombre!», pensó él, «¡Qué casualidad!»

—Yo vivo en Madrid, en España... Y allí, la Virgen de la Paloma es muy significativa.

—¿Es la patrona?

—No. La patrona es la Virgen de la Almudena... Pero la de la Paloma tiene mucho más arraigo. Su fiesta es el 15 de agosto. El día de la Asunción.

—No lo sabía —confesó ella.

—Pues el próximo 15 de agosto, di que te feliciten... Yo mismo lo haré si me das tu *email* —sugirió él, percatándose de que estaba coqueteando.

—Jajaja —rió discretamente Paloma— Claro que se lo daré.

Observó el altar y vio el retrato de Marina bajo un crucifijo apoyado en una alfombra de cañas unidas, como las que se llevan a la playa. Kika le explicó que se llamaba *petate*, y que antaño servía para envolver a los muertos, por lo que a veces se usa la expresión «*se petateó*» para referirse a alguien que ha fallecido. Custodiando el crucifijo había dos cuadros con imágenes de la Virgen de la Luz y de Guadalupe. Debajo, papel picado violeta, que es el símbolo del viento, su comida preferida y algunos de sus objetos favoritos: entre ellos, un balón de baloncesto y unos libros, recordando que practicaba ese deporte y le gustaba mucho estudiar.

—Las tres cruces que están en el suelo, delante del altar, tienen un significado —continuó Paloma— La de la izquierda, está hecha con sal para purificar. La del centro, con *cempazuchitl* para guiar el espíritu. Y la otra, de tierra para recordar que polvo somos y en polvo nos convertiremos.

—¿Y porqué hay tanta comida? —preguntó el profesor.

—Es para el trayecto a la otra vida.

El español reparó en este detalle, claramente prehispánico.

—Paloma, todo esto es muy interesante. Te agradezco mucho las explicaciones.

—Por nada. Lo hice con mucho gusto.

—Ahora tengo que irme. ¿Me das tu *email*?

—Sí, claro —respondió la chica, al tiempo que miraba muy atenta bajo la barbilla del español.

—Estee... Esa medalla que lleva es muy linda —dijo ella, sin apartar la vista— ¿La ha comprado acá, en Tlaxcala?

—Muchas gracias —correspondió él, halagado— No. La traje conmigo de España.

—¿La compró en España? —interrogó la muchacha, mostrándose sorprendida.

—No la compré. Es un regalo de familia.

—Estee... En algún lugar he visto una que me la recuerda... pero no estoy

segura... —comentó ella dubitativa, como intentando hacer memoria— Pura casualidad, supongo.

De su cartera sacó una tarjeta del hotel cuyo reverso estaba en blanco, y del bolsillo de la camisa un bolígrafo. La muchacha dedujo que estaba preparado.

—La dirección es *kika20@hotmail.com...* Puede escribirme para preguntarme cualquier cosa que quiera saber de México —dijo mostrándose amable y bien dispuesta.

—Muchas gracias, Paloma. Por supuesto que te escribiré. Así tendrás mi dirección para lo que necesites. Ha sido un placer conocerte.

Al día siguiente, vio pasar la *pamplonada* por delante del hotel y desayunó unos molletes en La Fonda del Convento, un acogedor restaurante en la calle de San Francisco. Después, regresó a Puebla. Entre salto y salto en el descuidado autobús, concluyó que había pasado dos inolvidables días muy intensos. No había encontrado a Isabel, pero había descubierto Tlaxcala. Sin tenerlo previsto, se encontraba inmerso en un mundo sumamente interesante del que deseaba seguir aprendiendo. A las cinco y diez, entró en el Hotel Mesones Sacristía Capuchinos de la avenida nueve.

—Buenas tardes, señor. ¿Cómo le fue? —dijo el recepcionista, dándole la bienvenida.

—Muy bien, gracias. Ha sido un viaje muy interesante.

—¡Qué bueno! —exclamó el muchacho, al tiempo que buscaba algo bajo el mostrador.

—Aquí tiene su llave. Le doy el mismo cuarto... Y ahorita le subo sus cosas.

—¡Estupendo! Es una habitación que me gusta mucho —se alegró Camilo, mientras agarraba la pesada llave.

—¡Ah!, se me olvidaba. Tiene usted un mensaje.

Con mucha curiosidad, abrió el sobre que le había entregado el muchacho y encontró un número de teléfono con una nota: «*Doctor ¿dónde se metió? Favor de hablarme a este celular. Gracias. Verónica Islas*».

10 MOCTEZUMA

«Cortés se apeó del caballo y quiso abrazarlo, pero los señores se lo impidieron porque lo tenían por divinidad que nadie podía tocar, y a quién ni siquiera osaban mirar al rostro»

Alfredo Chavero (1841-1906), historiador, dramaturgo y político mexicano, en su explicación del encuentro entre Moctezuma y Hernán Cortés

Tenochtitlan, 9 de octubre de 1519

Hacía apenas una hora que la tarde, puntual a su cita, había tomado el relevo. El cielo estaba muy nublado. Se intuía que, en cualquier momento, una intensa lluvia visitaría la ciudad de Tenochtitlan e interrumpiría, en pocos minutos, el contagioso bullicio que la caracterizaba. El *huey tlatoaní* Moctezuma Xoyocotzin, o Moctezuma II, el hombre más poderoso del mundo en ese lado del océano, se preparaba para recibir a Tlilpotonqui, su *cihuacóatl*, acompañado de los ilustres miembros del Consejo de los Cuatro, los grandes señores de Tezcoco y Tlacopan, que eran sus socios en la Triple Alianza del valle de Anahuac, y algunos príncipes de su familia. Quería que conocieran la información que acababan de traer los embajadores y escuchar qué opinaban de esos extranjeros blancos que le tenían tan preocupado. Salvo en el caso del *cihuacóatl*, no solía tener en cuenta otros puntos de vista, pero esta vez, la situación era grave y él tenía muchas dudas, por lo que pensó que podría serle útil oír a los más allegados.

La amenaza de esos extraños que llamaban *teules*, era cada vez mayor. Habían entrado en Tlaxcallan como aliados y se disponían a continuar hacia Tenochtitlan. De nada habían servido los espléndidos regalos que les había enviado para que se fueran, su contundente negativa a recibirlos o las advertencias que, por indicación suya, les



habían transmitido sus representantes y algunos caciques leales. Era evidente, pues así lo demostraban sus palabras y sus actos, que el jefe de los extranjeros quería llegar hasta la gran ciudad *technoca* a toda costa, y de momento, nada lo detenía. La alianza con los de Tlaxcallan había agravado la situación. Los *teules* ya no se movían de campamento en campamento, con todos sus enseres. Ahora estaban asentados en un territorio próximo que era enemigo de Tenochtitlan, y eso mejoraba su logística. Además, su potencial bélico había aumentado considerablemente, con la valiosa aportación en número, destreza, deseo y conocimiento del terreno y el enemigo, de los valientes jefes y guerreros tlaxcaltecas. Ya no eran esos quinientos hombres desorientados que se habían refugiado en las dunas de la playa, sino un ejército respetable con un objetivo claro. ¡Había que tomar una decisión que ya no se podía dilatar más!

—Pensábamos, Gran Señor, que los de Tlaxcallan acabarían con esos extranjeros —dijo uno de los cuatro consejeros, cuando el *huey tlatoaní* le dio la palabra— Es difícil comprender por qué se detuvieron esos estúpidos tlaxcaltecas. ¡Los tenían cercados en esa pirámide!... Un poco más de insistencia y no habrían podido resistir.

—¡Es una lástima! —corroboró otro de los consejeros, con el asentimiento de los demás— Los tlaxcaltecas son gente primitiva. Estaba seguro de que actuarían guiados por sus impulsos hasta derrotar a esos barbados. Desde luego, habrían solucionado nuestro problema... y ellos se habrían debilitado... ¡El plan era perfecto!

—Hemos menospreciado a esos ignorantes tlaxcaltecas, pensando que sus sentimientos dominarían a su cabeza —insistió un tercero, con la misma arrogancia que sus compañeros.

—Sí, pero la realidad es que no sólo no han terminado con los que llaman *teules*, ¡sino que ahora son sus aliados! —recordó el cuarto miembro, mostrándose realista y preocupado.

—Nuestros embajadores han intentado disuadir al *tlatoaní* extranjero de sus planes de alianza —informó el primer consejero— Le han dado oro y muchas palabras contrarias a los de Tlaxcallan... pero por desgracia, no ha funcionado. Insiste en venir a conoceros, Gran Señor.

Moctezuma y el *cihuacóatl* no hablaron. Cuando convocaba estas reuniones, el *huey tlatoaní* preguntaba y escuchaba a sus consejeros, pero no compartía con ellos sus propios pensamientos.

Esa misma mañana, como hacía ocasionalmente, el gran señor se había disfrazado para poder mezclarse con las gentes de Tenochtitlan. Le gustaba aprovechar el anonimato para oír lo que se decía y observar el funcionamiento de la ciudad. A veces, acudía a los actos públicos en los que se impartía justicia y comprobaba si se hacía correctamente. Otras, iba al mercado para presenciar los trueques, o asistía a las ceremonias religiosas y se fijaba en el comportamiento de los sacerdotes. Cuando detectaba negligencias, abusos o cualquier otra mala práctica, los infractores eran castigados con severidad. Hasta con la pena de muerte, en los casos más extremos. El

estricto cumplimiento de las rígidas leyes que había implantado desde su llegada al poder en 1502, era una premisa fundamental que no podía debilitarse.

El objetivo de su infiltración de ese día, no era otro que conocer, de primera mano, qué pensaban las gentes de Tenochtitlan sobre esos extranjeros que se estaban acercando. Y la verdad es que había regresado bastante contrariado. Tanto los *pipiltin* como los *macehuales*, estaban asustados por lo que se contaba de esos inesperados hombres blancos y su inquebrantable determinación de llegar hasta la gran ciudad. Discutían acaloradamente, sobre si eran dioses dirigidos por el mismo Quetzalcóatl, o sólo buenos guerreros protegidos por un dios poderoso. Decían que el trueno y el fuego luchaban con ellos en las batallas, y hablaban de venados sin cuernos, grandes perros salvajes y relucientes vestidos que atraían la fuerza del mismo sol.

—Me han dicho que sirven a un dios que prohíbe los sacrificios humanos —oyó comentar a un *pipiltin* que se había detenido a conversar con un amigo.

—Entonces no hay duda de que se trata de Quetzalcóatl —aseguró el otro— Siempre se opuso a esas ceremonias, al contrario que Huitzilopochtli.

Escuchó que algunos recordaban los malos presagios que, en los últimos años, habían alumbrado diversos hechos inexplicables. Como aquella llama de fuego que había aparecido en el cielo después de la medianoche, permaneciendo hasta la salida del sol. O ese extraño incendio de un templo del dios Huitzilopochtli, cuyas llamas salían desde dentro de los maderos, y que en lugar de ceder, se avivaban con el agua que los sacerdotes echaban para apaciguarlas.

Se estremeció al memorar todo esto. Pero lo que más le afectó fue que muchos se preguntaban por qué él no había actuado para detener a esos hombres extraños que tanto amenazaban a Tenochtitlan.

—¿Acaso piensa el sabio *huey tlatoaní*, que nuestro poderoso ejército es inferior al de esos *teules*? —había oído repetir a varios.

—¿Cómo es que el valiente Moctezuma no interviene? —era otro comentario habitual.

—¿Será porque en verdad son dioses y su *tlatoaní* es Quetzalcóatl? —escuchó con bastante frecuencia.

—¡Algo pensaré hacer! —querían creer algunos.

—¿Pero cuándo? —se interrogaba la mayoría.

—Ahora están en Tlaxcallan, pero se dice que su deseo es venir a Tenochtitlan —informaban los más enterados, provocando el temor de su audiencia.

—Debemos estar tranquilos —escuchó agradecido de un hombre que parecía sensato— Nuestro gran señor Moctezuma sabrá qué hacer cuando decida que es el momento.

«¡Está claro que ha llegado ese momento de hacer algo!» se dijo a sí mismo convencido, mientras regresando a su palacio, recordaba ese último comentario. «¿Pero qué exactamente?» Siempre había sabido qué hacer, pero en este caso, sorprendentemente, las dudas le asaltaban desde que los hombres blancos habían

llegado a la costa.

Por primera vez en sus diecisiete años como noveno *huey tlatoaní* de Tenochtitlan, se sentía inseguro y atenazado. Con mano firme, había dirigido el poderoso imperio culhua-mexica heredado de su tío Ahuizotl. Cuando le llegó el momento, estaba perfectamente preparado para asumir tan alta responsabilidad. Era hijo del emperador Axayácatl y sobrino de sus dos sucesores, por lo que conocía el oficio muy de cerca. Desde niño, se había formado en la férrea disciplina del *calmécac*, destacando por su inteligencia, habilidad física y fervor en el culto a Huitzilopochtli. Paso a paso, había adquirido destreza, experiencia, reconocimiento y un elevado rango en el ámbito intelectual, espiritual, político y militar. Era un hombre muy estudioso y se le consideraba un sabio. Había aconsejado bien a Ahuizotl, y se le valoraba mucho por ello. Además, era Sacerdote Supremo de Huitzilopochtli y cuidaba, escrupulosamente, sus obligaciones con el gran dios. También formaba parte del exclusivo Consejo de los Cuatro, y tenía experiencia de gobierno como *tlatoaní* de un señorío menor. Por añadidura, gracias a sus repetidos éxitos en campaña, rubricados en la importante conquista de Xoconochco, en territorio maya, poseía el grado de Gran General del ejército. Al morir Ahuizotl, nadie dudó que él era el que reunía más condiciones que ningún otro para ser el nuevo gran señor de la altiva dinastía tenochca.

En sus largas y tortuosas reflexiones de las últimas semanas, solía recordarse que como *huey tlatoaní* nunca le había temblado el pulso. Entre otros episodios, para diferenciarse de su antecesor y dejar muy claro que se trataba de una nueva etapa en la que él gobernaba, mandó degollar a los servidores de Ahuizotl y que todos los *macehuales* que ocupaban puestos de responsabilidad en palacio, fueran sustituidos por jóvenes brillantes de sangre real o noble. No le importó que el *cihuacóatl* y los consejeros pudieran pensar de otra manera. Sólo los príncipes y los *pipiltin* podían encargarse de él. Ningún *macehual*, por meritorio que fuera, asumiría cargos de importancia. ¡Así lo exigía la grandeza del imperio mexica!

También le venía a la memoria cómo había organizado sangrientas campañas militares para consolidar el imperio y sembrar el terror, pues al igual que sus antecesores, estaba convencido de que éste era un elemento fundamental para mantener el orden y la obediencia incondicional que los grandes señores debían exigir de sus súbditos. Había ordenado cruentas matanzas de sus enemigos sin ninguna piedad, permitido salvajes saqueos que satisfacían y enriquecían a sus guerreros, aplicado ejemplarizantes castigos y capturado a miles de prisioneros para las ceremonias religiosas. El dios Huitzilopochtli reclamaba más y más sacrificios, por lo que movido por su fanatismo religioso, no había dudado en proporcionárselos.

Tampoco había vacilado cuando, tras la muerte del sabio Nezahualpilli, usó su ilimitado poder para imponer a su sobrino Cacamatzin como *huey tlatoaní* de Tezcoco, provocando la huida a las montañas del legítimo heredero, Ixtlíchitl, quien desde entonces era su insignificante enemigo. Ni cuando se quemó el templo de

la diosa Tozít, y mandó matar a los sacerdotes y esclavizar a sus familias. Él era el Gran Señor de Tenochtitlan. Una palabra suya bastaba para que cualquier ser humano temblara. Sin embargo, no se decidía a terminar con menos de quinientos hombres blancos que habían llegado por el mar de oriente y le estaban desafiando. Sabía que en cualquier momento podía dar la orden de aplastarlos... pero el caso es que no lo hacía. En su mente bullía esa profecía revelada a su antepasado Acamapichtli, que anticipaba el regreso de Quetzalcóatl. «¿Será él?... ¿Será un embajador suyo?»

En el *calmécac* había estudiado que el mundo estaba en la edad del quinto sol y que pronto llegaría la siguiente. También, que en el gobierno de cada edad se alternaban los dioses Tezcatlipoca y Quetzalcóatl. En el primer sol había gobernado Tezcatlipoca. En el segundo, Quetzalcóatl. En el tercero, que correspondía a Tezcatlipoca, éste había delegado en Tlaloc. En el cuarto, Quetzalcóatl había cedido su gobierno a Chalchiuhtlicue. En el quinto, el actual, gobernaba Tezcatlipoca. Y en el sexto, por llegar... ¡le correspondía a Quetzalcóatl!... «¡Demasiadas coincidencias!». Y encima estaban esos documentos en manos de Atonaletzin y Tlamapanatzin, que tanto podían comprometerle. «¡Malditos códices!... ¡Y maldita profecía!... ¿Cómo reaccionarían mis sacerdotes, mis consejeros, los príncipes y los *pipiltin*, todos mis súbditos, los pueblos sometidos... si decidiera atacar a un dios?». Le atormentaba esta pregunta, y temía la respuesta más probable. Por éste u otro motivo que no acertaba a concretar, intuía que podía ser un grave error enfrentarse abiertamente a esos extranjeros. Y esperaba que Huitzilopochtli le iluminara antes de tomar una decisión.

Esa mañana, tras regresar a palacio de su recorrido secreto, había acudido a su altar privado. Allí, todos los días, purificaba su espíritu haciendo sacrificios personales que el gran dios le exigía. Utilizando agujas muy afiladas, sangraba sus orejas, brazos y piernas, y se postraba con humildad. Todo era poco para honrar a Huitzilopochtli, la divinidad suprema de los mexica. Con admirable estoicismo, aguantaba el intenso dolor esperando agrandar al dios y que éste le transmitiera la respuesta que tanto necesitaba. Pero ésta, de momento, no llegaba.

«Seguramente, Huitzilopochtli está muy enojado por algo que ni yo ni los sacerdotes comprendemos», pensaba, buscando una explicación. Ya había sucedido algo así, cuando en los años *13-casa* y *1-conejo* (1505 y 1506), sin aparente motivo, el dios castigó al valle de Anahuac con duras hambrunas que propiciaron numerosas muertes. «La verdad es que muchas veces, incluso para mí, es difícilísimo entender al gran dios» solía concluir tras darle numerosas vueltas. «¿Qué habremos hecho mal, yo mismo o mi pueblo, para provocar que nos abandone en este momento tan crucial?». Él era un humilde devoto de Huitzilopochtli que desde su infancia, había cuidado de su templo. Ahora, a diario, le honraba con sus sangrientas prácticas, cada vez más dolorosas, y había ordenado multiplicar los masivos sacrificios de prisioneros, doncellas y esclavos, cuyos palpitantes corazones le eran ofrecidos a cientos, todos los días. «¿Qué más deseará Huitzilopochtli?... ¿Acaso me estará

probando?»

Le gustaba pensar que ésta podía ser una de esas grandes pruebas por las que, anteriormente, habían pasado míticos hombres de su altísimo rango que al morir se convirtieron en dioses, como el propio Huitzilopochtli... o también, consideraba temblando, Quetzalcóatl. «Es posible que si supero esta difícil prueba venciendo a esos extranjeros, llegue a ser un dios» se decía para darse ánimo. «Todas las señales indican que éste es uno de esos momentos verdaderamente decisivos en la historia de un pueblo... Ni Axayácatl, ni Ahuitzotl, ni siquiera el gran Moctezuma Ilhuicamina o cualquier otro *huey tlatoaní* tenochca, se han enfrentado jamás a una situación similar... ¿Seré yo el elegido para hacer algo muy trascendente, que como las gestas de Huitzilopochtli y Quetzalcóatl, se recordará de generación en generación?»

Incluso haciéndose esas reconfortantes preguntas, el fantasma de Quetzalcóatl aparecía y se instalaba en sus pensamientos. La profecía decía que regresaría desde el mar de oriente para reclamar su imperio... ¡y éste no era otro que el suyo!... al ser el sucesor de la dinastía de Tula que habían heredado los culhua. Por tanto, si en verdad el *tlatoaní* de esos *teules* blancos, era el dios... ¡no tendría más remedio que entregarle el mando! «Si es cierto que Quetzalcóatl ha de volver, ¿por qué he de ser yo quién lo reciba? ¿Por qué no mis gloriosos antepasados o sucesores?» se preguntaba continuamente, en sus largas noches de insomnio. De los retratos que sus expertos dibujantes habían hecho del gran señor extranjero, le había impresionado uno en el que aparecía subido en un extraño venado sin cuernos, con un imponente atuendo que reflejaba los rayos del sol. «¿Significará algo?... ¿Acaso le protege el mismo sol?». Pero lo que más le había sobrecogido, fue un casco que le trajeron. «¡Se parece tanto al de Quetzalcóatl!» reflexionó nada más verlo. La sospecha de que podía ser el mismo dios, aumentó cuando le envió algunos objetos de distintas divinidades y el extranjero escogió los de Quetzalcóatl. «¡Una señal más!»

Además, admiraba el valor y la determinación del *tlatoaní* barbado. «¡Menudo atrevimiento, liberar de sus tributos a los de Cempuallan y otros pueblos sometidos! ... ¿Y prohibir los sacrificios humanos a los dioses?... ¿Cómo osa seguir avanzando, contraviniendo mis deseos?... Sólo un dios puede retarme a mi y al propio Huitzilopochtli de esa manera tan vehemente». Tan convencido había estado de que era un dios, que una de las veces que regresaron sus embajadores, allí mismo, ordenó sacrificar a varios prisioneros para rociar con su sangre a los que habían estado en su presencia. «¡Si es un dios, debemos honrarlo!».

Sin embargo, de sus informaciones más recientes se deducía que el extranjero no era una divinidad. Sus emisarios aseguraban que le habían visto heridas de las batallas con los de Tlaxcallan. Y claro, «¡los dioses no sangran!... Entonces... ¿Quién es?»

La omnipresente pregunta, de momento, no tenía respuesta. Pero lo que estaba claro, en cualquier caso, era que su desconocida fuerza resultaba demoledora. No sólo por sus extrañas y poderosas armas. También por su increíble habilidad para atraer a

muchos *tecuhtli* y conseguir su alianza. ¿Cómo lograba convencerlos? Sabían que se arriesgaban a terribles represalias cuando los *teules* se marcharan o fueran derrotados. «¿Por qué se unen al *tlatoaní* extranjero?... ¿Qué magia tiene para hechizarlos?» se preguntaba repetidamente. Prefería pensar que no era Quetzalcóatl, sino simplemente, un excepcional guerrero al que debía respetar y vencer. Pero... ¡tenía tantas dudas!

Por si fuera poco, estaban todos esos presagios ocurridos en los años anteriores a la llegada de los extranjeros. Últimamente, a menudo recordaba el de esa voz lúgubre de mujer que lloraba y gemía en el silencio de la noche, aterrorizando a cuantos la escuchaban:

—¡Oh hijos míos, ya nos perdimos!, ¿A dónde os llevaré?

De todas las señales nefastas que habían aparecido, ésta fue una de las que en su momento, le impactaron menos, pues quiso pensar que podía ser el efecto alucinógeno de los hongos crudos ingeridos por quienes supuestamente la oyeron y la exageración ascendente de los que fueron contándolo. Además, parecía insignificante al lado de otros hechos más difíciles de explicar, como la llama de fuego en el cielo, el incendio del templo de Huitzilopochtli o la caída de un rayo sin que le siguiera un trueno, que arrasó el templo del dios Xiuhtecuhtli en un día de lluvia muy leve. También esas grandes olas que, sin viento ni otras causas, se habían formado en la laguna, inundando y arrasando casas.

Recordaba que tras la aparición de los primeros augurios, había consultado con Nezahualpilli, el gran señor de Tezcoco, que era un hombre muy sabio. Este, sin dudarle, le dijo que anunciaban el fin del imperio de Tenochtitlan. Se quedó helado. En otra ocasión, Nezahualpilli le había anunciado que jamás podría doblegar a los de Tlaxcallan, y él pensó que el prestigioso erudito estaba perdiendo facultades. Sin embargo, aunque pareciera increíble, el tiempo le estaba dando la razón, pues a pesar de haberse esforzado, todavía no lo había conseguido. Las predicciones de Nezahualpilli había que tenerlas muy en cuenta. Y desde luego, la que le había transmitido sobre el fin del dominio culhua-mexica, era terrorífica.

El pesimismo que le invadía se convirtió en pánico con una nueva señal de la que él mismo fue testigo directo. Unos pescadores capturaron a una extraña grulla con un espejo en medio de la cabeza. Llevada a su presencia, estando ya anocheciendo, miró en el espejo y vio un cielo muy claro en el que destacaban algunas estrellas. Después, aparecieron guerreros blancos y barbados sobre venados sin cuernos, y se quedó petrificado. Sin perder tiempo, llamó a los sabios y los adivinos para que interpretaran esta visión, pero misteriosamente la grulla desapareció.

A través de las diversas señales, el fuego, el aire, el agua, y ahora el cielo, le habían dicho, claramente, que algo terrible iba a suceder, tal y como había anticipado la sabiduría de Nezahualpilli. Estaba aterrado. Y la visión de esa enigmática grulla con un espejo, no le abandonaba desde que tuvo las primeras noticias de unos extranjeros blancos, que al parecer no eran éstos, sino otros, que habían salido de grandes torres en la costa de oriente. Ya no era un augurio. Sino una realidad que

había que tomarse muy en serio. La interpretación de las restantes señales pasó a un segundo plano.

Sin embargo, esa tenebrosa voz femenina que lloraba y se oía por las noches, volvió a su memoria cuando supo que una bella mujer, de las de allí, era la lengua del *tlatoaní* de los *teules*. «¿Quién es ella?... ¿Tendrá relación con esa voz misteriosa y aterradora?... Si él es un dios y ella su lengua... ¿Será también una divinidad?». Los embajadores le habían informado que los de Tlaxcallan la llamaban Malintzin, y que todos, tlaxcaltecas y *teules*, la respetaban como a una diosa. Ella se ponía delante de los *tecuhtli* y, mirándoles a la cara, les llevaba la palabra del gran señor extranjero y recibía la suya para éste. «¿Qué mujer que no sea una diosa o la protegida de un dios, puede mirar y hablar así a un orgulloso *tlatoaní nahua*?».

Investigó en los viejos códices de palacio. Y su corazón palpité, sobrecogido, cuando reparó en Malinalxóchitl, la «flor silvestre», hermana de Huitzilopochtli. Según la tradición, ambos dirigían al pueblo mexicana en su migración hacia el sur. Pero en el camino se enfrentaron y la tribu se dividió en dos bandos. Ya en el valle de Anahuac, Malinalxóchitl y sus seguidores fundaron la primera ciudad mexicana: Malinalco. Después, llegaron Huitzilopochtli y los suyos. La rivalidad entre las dos facciones provocó una guerra en la orilla del lago, y Copil, hijo de Malinalxóchitl, fue derrotado por su tío Huitzilopochtli. Entonces, éste arrancó el palpitante corazón de su sobrino cuando todavía estaba vivo, lo alzó en señal de triunfo y lo tiró a la laguna. Cuando cayó, surgió un cactus. Y sobre éste se posó un águila con una serpiente en el pico, que les dijo:

—¡Oh mexicas! Será aquí.

Comprendieron que era allí donde debían asentarse. Y así, paso a paso, sobre la misma laguna, construyeron la ciudad de Tenochtitlan, la «roca de cactus».

«¿Será ella Malinalxóchitl?». Su nombre, Malintzin, se parecía. Y bien podía venir junto a Quetzalcóatl para vengarse de su hermano Huitzilopochtli y reclamar su lugar. «Al fin y al cabo, el corazón de su hijo Copil provocó la señal de los dioses para levantar la gran ciudad».

Todas estas elucubraciones invadían la confusa mente de Moctezuma día tras día. Buscaba en lo espiritual la explicación que no hallaba racionalmente. Investigaba, pensaba, ofrecía sacrificios, hablaba con el dios... Escuchaba a sus sacerdotes, adivinos y magos, se reunía con sus consejeros, pedía opinión a los grandes señores de Tezcoco y Tlacopan, se camuflaba para escuchar al pueblo. Meditaba en la luz y la oscuridad. Ayunaba. Casi no dormía... Pero Huitzilopochtli no le iluminaba. Y cada vez se sentía más solo con su enorme carga.

Una de sus muchas noches de insomnio, alterado por la desesperación que sufría, recriminó al gran dios su actitud pasiva:

—¿Por qué no me ayudas, Dios Sol todopoderoso? —invocó en voz alta— ¿Es que deseas la destrucción de los que te hemos servido?... ¿Por qué no empleas tu inmenso poder para ayudar a tu pueblo?... Dime. ¿Qué hemos hecho para merecer

este severo castigo?

Estaba furioso y se sentía impotente. Por primera vez ante su dios, mostraba una rabia incontrolada. En su locura, osó retar al mismo Huitzilopochtli para provocar que reaccionara:

—¿Acaso has perdido tu poder, Gran Dios?... ¿Son ahora Quetzalcóatl y tu hermana Malinalxóchitl, los dioses a los que debemos adorar?

La tempestad de su intensa experiencia emocional y sus irreverentes palabras, dio paso al agotamiento. Cayó allí mismo y durmió unas horas. Cuando despertó, recordó lo sucedido y se sintió culpable y avergonzado. «¿Cómo he podido atreverme a hablarle así al Gran Dios?... Ningún hombre, ni siquiera el *huey tlatoaní*, puede ser tan osado». Cualquiera persona que hubiera sido escuchada cuestionando a Huitzilopochtli, habría sido degollada inmediatamente. Su sentimiento de culpabilidad aumentaba. «No es el momento de dudar de mi dios» se recriminó, «sino de mostrarle sumisión y fe ciegas... Es en estas ocasiones cuando él exige y valora una fidelidad absoluta» continuó adoctrinándose. «¡Y yo soy su principal sacerdote!»

Para mostrar arrepentimiento, ordenó duplicar los sacrificios humanos previstos para los siguientes trece días. Y él mismo fue mucho más severo con su penitencia personal. Además de pinchar sus orejas, brazos y muslos con mayor violencia que de costumbre, clavó la aguja en su lengua por haberla utilizado en contra de su dios. Mientras manaba la sangre de su boca, pedía humildemente perdón y juraba a Huitzilopochtli que aceptaría su voluntad y sería su siervo fiel hasta el fin de su tiempo. Debido a sus heridas, durante varios días no pudo hablar y tuvo que alimentarse únicamente con líquidos. Esto le recordó que aún siendo el *huey tlatoaní*, sólo era un ser humano que tenía que respetar a los dioses.

—Mi parecer es, Gran Señor, que no metáis en vuestra casa a quien os eche de ella —dijo Cuitláhuac, hermano de Moctezuma y señor de Iztapalapa, cuando el *huey tlatoaní* reclamó su opinión.

La reunión de los hombres más importantes de la Triple Alianza, continuaba. Tras escuchar a los cuatro consejeros, Moctezuma pidió que hablaran los demás. Algunos, como su hermano Cuitláhuac, eran partidarios de impedir que los extranjeros avanzaran hacia el valle de Anahuac. Si era necesario, haciéndoles frente con las armas. Otros, como Cacamatzin, gran señor de Tezcoco, opinaban que lo apropiado era recibirlos como invitados y conocerlos de cerca, aunque sin bajar la guardia.

—¿Qué peligro puede representar que acojamos en nuestras ciudades a quinientos extraños? —planteó Cacamatzin para acentuar que los *teules* no eran una amenaza seria— Si no les recibimos, como es nuestra costumbre con los embajadores de un señor extranjero, ¿Cómo quedará nuestra reputación?... ¿No pensarán los demás pueblos que les tenemos miedo?

Moctezuma escuchaba a unos y a otros, pero cada vez se sentía más solo. Todos los argumentos tenían su fundamento, pero ninguno era determinante. Al final, él tendría que asumir la responsabilidad única de una decisión tan compleja. Avanzada

la reunión, los planteamientos se repetían. El gran señor repartía su atención entre lo que ya sabía y los recuerdos que le venían.

En los siglos anteriores, diversas tribus nómadas desplazadas desde el norte, se habían ido instalando en el valle de Anahuac, «la tierra rodeada de agua», alrededor de la gran laguna circundada de altas montañas, a 2200 metros de altitud. Un lugar privilegiado para asentarse definitivamente. Los mexica fueron de los últimos en llegar. Cuando lo hicieron, ya estaban allí pueblos muy poderosos. Al este, los chichimecas, ubicados en Tezcoco desde el siglo XIII, dándole ese mismo nombre, Tezcoco, a la parte central y más amplia del lago. Al sur, en Culhuacan, los culhua, herederos de los admirados toltecas de Tula, cuyo pasado más antiguo estaba ligado a la mítica ciudad de Teotihuacan. Y al norte y el oeste, los tepanecas, cuya principal ciudad, Azcapotzalco, había alcanzado gran esplendor en el primer cuarto del siglo XV.

Los mexica se situaron en un pequeño islote del centro de la laguna. Allí fundaron su ciudad, Tenochtitlan, gobernada por la dinastía *tenochca*, a la que pertenecía Moctezuma. Su antepasado Acamapichtli, tomó el título de *tlatoaní* y formó un señorío dependiente de Azcapotzalco. Después, un grupo se segregó y, en otro pequeño islote al norte del principal, fundó la ciudad de Tlatelolco, también tributaria de Azcapotzalco. Poco a poco, Tenochtitlan se fue expandiendo sobre la propia laguna, con sus edificios anclados en el fondo. Una población lacustre unida a las orillas del lago por tres calzadas, al norte, oeste y sur de la pequeña isla. En 1519, junto a Tezcoco, era la ciudad más hermosa que jamás se había conocido en esa parte de la tierra.

El crecimiento de los mexica no fue sólo arquitectónico. A través de matrimonios con hijas de principales, fueron emparentándose con los culhua. Hasta que el *tlatoaní* de Tenochtitlan pasó a ser el soberano de Culhuacan. De esta forma, los dirigentes *tenochcas* enriquecían su linaje con el glorioso pasado tolteca de los culhua, y los culhua-mexica se convertían en un pueblo poderoso que, desde el centro del lago, dominaba el sur del valle, siendo tributarios suyos todos los señoríos de esa zona.

La Triple Alianza se había formado en 1428, tras la derrota de los temibles tepanecas de Azcapotzalco. Este pueblo, guiado por el gran señor Tezozómoc, había dominado el valle de Anahuac durante muchos años. Pero tras la muerte del gran señor, el profundo odio sembrado provocó una sangrienta guerra que acabó con su primacía. Como vencedores, Tenochtitlan y Tezcoco decidieron crear una gran alianza que señorease el valle y acometiera futuros proyectos expansionistas, y aunque los habían vencido, pensaron que era mejor tener a los tepanecas a su lado que como potencial enemigo. Por eso, fueron incluidos como tercer socio de la coalición, aunque con un peso menor en las decisiones y la recepción de tributos. Su capital fue trasladada a Tlacopan, y los mexica aseguraron su control esposando a sus principales con las nobles tepanecas. Se trataba de una política habitual en todo el valle. Gracias a ella, los príncipes que llegaban a ocupar los cargos más destacados,

portaban orgullosamente la sangre mezclada de los linajes más nobles.

Desde su llegada al poder, Moctezuma se había esmerado para que la preponderancia de Tenochtitlan en la Triple Alianza fuera todavía mayor. Por eso, tras la muerte del sabio Nezahualpilli, impuso a su fiel sobrino Cacamatzin como *huey tlatoaní* de Tezcoco. Y el soberano de Tlacopan, Totoquihuatzin II, además de ser el padre de su esposa principal, tenía un peso meramente simbólico. Sin embargo, este poder absoluto se volvía ahora en su contra. Nadie estaba a su altura. Y eso dificultaba que pudiera compartir sus dudas y responsabilidades. ¡Cómo echaba de menos a Nezahualpilli! Si éste hubiera estado vivo, habría podido plantearle sus preocupaciones y recibir de él acertados consejos. «Juntos encontraríamos la solución apropiada» estaba convencido. Pero el eminente amigo, ya se había despedido.

—¿Qué pensáis de esa alianza de los extranjeros con los de Tlaxcallan? —preguntó de pronto Moctezuma, tras regresar su mente a la reunión.

—Siguen siendo muy inferiores a nuestras fuerzas —apuntó Totoquihuatzin II, tomando la palabra— Pero es cierto que su número aumenta. Y además, los de Tlaxcallan son guerreros muy valientes.

«¡Por supuesto que lo son!», pensó Moctezuma, recordando con rabia que aún no había podido someterlos. «¡Y también los otomíes que viven y luchan con ellos!». Se acordó entonces del valiente otomí Tlalhuicole, al que en secreto había admirado. Hecho prisionero, le obligó a luchar con el ejército mexica frente a los tarascos. Sus acciones de guerra fueron tan destacadas que al finalizar la campaña le ofreció la libertad, algo que jamás había hecho con otros cautivos. Sin embargo, aunque agradecido al *huey tlatoaní*, el otomí rechazó ese privilegio, alegando que sería un deshonor aceptarlo. «Un guerrero extraordinario y un hombre de honor como ningún otro» recordó emocionado. Al preguntarle que deseaba, Tlalhuicole le pidió morir con la dignidad de un guerrero. El gran señor accedió. Así, como era la costumbre, le ataron a una tarima de madera y le dieron como armas una macana vacía y un escudo muy débil. En esas condiciones ínfimas, se enfrentó al mismo tiempo a varios guerreros mexica debidamente armados. Antes de morir, mató a ocho de ellos e hirió a veinte. Su historia se había convertido en leyenda, y su ejemplo de dignidad y valor era recordado con fascinación, dentro y fuera del imperio.

—Si permitimos que los extranjeros sigan avanzando, se les podrán unir más pueblos, pues son muchos los que desearían ver el final de los culhua-mexica y la Triple Alianza —dijo el joven Cuauhtémoc, interrumpiendo los pensamientos del gran señor.

Cuauhtémoc era hijo de Ahuitzotl, el anterior *huey tlatoaní*, y por tanto, primo hermano de Moctezuma. A pesar de su extrema juventud, pues apenas contaba dieciocho años, se le consideraba un príncipe sensato. Todos, excepto Cacamatzin, asintieron al oír sus razonables palabras. Moctezuma no hizo gesto alguno, pero también estuvo de acuerdo.

Más tarde, cuando ya se habían marchado, el gran señor llamó a Tlilpotonqui, el

cihuacóatl, para conversar a solas. La dualidad que formaban el *huey tlatoaní* y el *cihuacóatl* tenía un fundamento religioso. El primero representaba al dios mexica Huitzilopochtli. El segundo, a la diosa culhua Cihuacóatl «la mujer serpiente». Aunque el *huey tlatoaní* tenía el mando supremo y el *cihuacóatl* sólo era su principal adjunto, ambos actuaban juntos en la esfera más alta de gobierno, simbolizando la unión de los culhua-mexica. Curiosamente, mientras la sucesión del gran señor se hacía por elección entre los principales de su linaje, la de su asistente se transmitía por línea hereditaria de padre a hijo, al igual que ocurría con los grandes señores de Tezcoco y Tlacopan.

—¿Qué me aconsejas, *cihuacóatl*?, preguntó Moctezuma.

—Honorable *huey tlatoaní* de los culhua-mexica —comenzó contestando Tlilpotonqui, con evidente solemnidad— Esos *teules* amenazan tu imperio, y no es conveniente que se les unan más tribus... Pero poseen armas poderosas... Y hasta ahora, han salido victoriosos de todas sus batallas... Tú dispones de un gran ejército que ha sometido a numerosos pueblos, pero no parece prudente que te expongas a un enfrentamiento abierto... al menos por el momento —dijo hablando despacio y acentuando, especialmente, la palabra «abierto».

Una de las funciones del *cihuacóatl* era aconsejar a su señor cuando éste lo requería. Por tanto, debía tener una visión global y objetiva de los grandes asuntos de estado y entender el estado de ánimo del soberano. En general, sus consejos debían ser prudentes, basados en un análisis desapasionado de las distintas alternativas de la decisión a tomar, considerando las posibles consecuencias a corto y largo plazo. Por encima de todo, tenía que velar por el acierto y la buena reputación del gran señor.

Asimismo, debía ser cauteloso en la forma de exponer sus planteamientos y sugerencias al *huey tlatoaní*. La humildad y el respeto extremos eran imprescindibles, como correspondía a la grandeza de su señor. Además, tenía que saber distinguir cuándo podía ser más contundente o insistir más en los argumentos, y cuándo, por el contrario, debía ser muy comedido o callar. Ese día, el adjunto intuyó que el gran señor demandaba un consejo más concreto que otras veces. Por eso se había decidido a plantearle que evitara un enfrentamiento abierto. Con esa sugerencia, y el énfasis que le había dado al último vocablo, quería decirle dos cosas: la que le había señalado claramente, y que podía considerar la posibilidad de hacer frente a los extranjeros de una manera encubierta. «Eso es lo que aconsejan la prudencia y la estrategia» pensó muy convencido. Ya habría tiempo para plantear una batalla en toda regla, si es que era necesaria. De momento, lo inteligente era buscar otra alternativa de menor desgaste militar, político y, por si acaso se trataba de Quetzalcóatl, religioso. «¿Qué consecuencias podría tener una batalla abierta, en la que los *teules*, con sus poderosas armas, sus desconocidos métodos de guerra y la protección de su dios, vencieran a los mexica?» se había preguntado. A los miembros del Consejo les parecía algo muy improbable, pero los extranjeros estaban demostrando que no se les podía menospreciar. Una derrota, aunque no fuera definitiva, podría propiciar el

desprestigio de su señor Moctezuma y la sublevación de pueblos sometidos. Era un riesgo innecesario que parecía razonable evitar. Él, como buen *cihuacóatl*, debía intentar que el *huey tlatoaní* considerara este argumento.

—¿Dónde y cómo podríamos detenerlos? —planteó en voz alta Moctezuma, esperando que a él mismo o a su fiel adjunto, se les ocurriera una solución valiosa.

Tlilpotonqui había aprendido que cuando su señor planteaba ese tipo de preguntas, debía respetar un período de silencio para darle tiempo a reflexionar y que él mismo aportara la respuesta. Sin osar levantar la cabeza, pues nadie podía hacerlo en su presencia, esperó pacientemente a que volviera a hablar.

—¡Cholollan! —exclamó por fin, el gran señor— ¡Ese es el lugar!

—¿Mandarás allí a tu ejército? —preguntó el asistente, con la intención de ayudarlo a meditar sobre la estrategia.

—Los de Cholollan lo harán —aclaró Moctezuma, mostrando un moderado optimismo que desde hacía tiempo no le visitaba— Allí adoran a Quetzalcóatl. Es el lugar apropiado para acabar con los hombres blancos. ¿No dicen que los envía Quetzalcóatl, e incluso que su *tlatoaní* es el mismo dios que ha regresado?... ¡Pues éste será el momento de comprobarlo!... ¡Y serán los cholultecas los que carguen con la culpa de enfrentarse a su dios!... ¡Es la voluntad de Huitzilopochtli!... En Cholollan les prepararán una gran trampa... y los nuestros esperarán fuera de la ciudad para someter a los que intenten huir. Podrán quedarse con algunos cautivos. Los demás serán traídos a Tenochtitlan para hacer grandes sacrificios en honor de Huitzilopochtli.

El que ostentaba el cargo de la «mujer serpiente» asintió satisfecho. Era una decisión brillante. Si funcionaba el plan, los *teules* serían aniquilados sin un coste para su señor. Si fallaba, no se podría culpar a los mexica y seguirían teniendo otras bazas. Aún sobreviviendo, los extranjeros saldrían debilitados. Así sería más fácil derrotarlos.

—Si esa es tu decisión, sabio Gran Señor, daré las órdenes oportunas. Por supuesto, con el máximo secreto, pues nadie deberá implicarnos.

—¡Hazlo así!... Y ahora, déjame solo. Desplazándose hacia atrás, y manteniendo la mirada en el suelo, Tlilpotonqui abandonó la lujosa estancia. Desde su llegada al trono, Moctezuma había ordenado un estricto cumplimiento de normas protocolarias que acentuaban su rango de semidivinidad por encima de cualquier otro mortal, siendo la pena de muerte el castigo por su desacato. Ni siquiera el *cihuacóatl*, que le seguía en el escalafón político y representaba a la diosa de los culhua, podía mirarle a los ojos, hablarle si no era requerido, tocarle o darle la espalda.

La grandeza del *huey tlatoaní* se reflejaba en otros impresionantes síntomas externos. Sus ropas eran lujosísimas y sólo las vestía una vez. Sus joyas y plumajes eran los más ricos, tanto por el altísimo valor de sus materias primas, como por el excelente trabajo artesanal de los mejores orfebres y maestros del arte plumario, oficios en los que destacaban los mexica. En su presencia, nadie podía estar calzado o

lucir joyas o ropas lujosas, por lo que hasta los principales señores debían cubrir sus vestidos con una humilde capa. Nunca pisaba un suelo que no estuviera alfombrado. Además, éste debía barrerse justo antes de su paso, por lo que siempre iba precedido de jóvenes *pipiltin* que tenían el honor de desempeñar esta función. Había más de mil personas de diferentes oficios pendientes de servirle al instante, lo que suponía una increíble organización, debidamente coordinada, de distintos estamentos encargados de tan alto privilegio. La actividad de su entorno era frenética. Como ejemplo, cada día se preparaban más de cien platos de comida para que él eligiera. Los que no seleccionaba, se repartían, jerárquicamente, entre los que estaban con él.

Su espectacular palacio tenía una sola planta y distintas dependencias claramente diferenciadas y organizadas. Entre ellas estaban las que eran de su uso exclusivo, con un acceso muy restringido. Incluían hermosas azoteas, patios con imponentes columnas y valiosísimos frescos, jardines con abundantes plantas y pájaros exóticos, albercas de agua dulce y salada con todo tipo de peces de río y de mar, y hasta un zoológico con animales muy variados, desde serpientes hasta jaguares. Allí estaba su altar privado, en el que realizaba sus sacrificios particulares a diario. También había elegantes pasillos y suntuosos salones decorados con labradas losas, riquísimos tapices, mantas, cojines, abanicos y plumajes... estandartes hechos con plumas, oro y piedras preciosas... y por todas partes, múltiples adornos, muy lujosos, propios del señor más poderoso del mundo conocido.

Ahora, toda esta grandeza y el enorme poder que representaba, estaban amenazados por la llegada de esos extraños hombres blancos, barbados, sucios y arrogantes. Pero Moctezuma esperaba que el plan de detenerlos en Cholollan diera resultado. Y si no funcionaba, negociaría con ellos ofreciéndoles mucho oro y lo que pidieran, con tal de que se fueran... O quizá les atacaría en algún otro lugar... Como último recurso, les dejaría entrar en Tenochtitlan, propiciaría que se confiaran y después los aniquilaría. Ya lo tenía claro. Por fin, ¡Huitzilopochtli! Le había iluminado!

11 CHOLULA

«... es la ciudad más hermosa defuera que hay en España, porque es muy torreada y llana, y certifico a vuestra alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas treinta y tantas torres de la dicha ciudad, y todas son de mezquitas»

Hernán Cortés, refiriéndose a Cholula, en su segunda carta de relación al emperador Carlos V (Octubre, 1520)

Puebla, 5 de noviembre, 2006

Habían pasado tres días desde que Camilo Queimadelos regresara de su breve viaje a Tlaxcala. Los aprovechó para visitar Puebla, preparar sus clases de la semana siguiente y, sobre todo, leer compulsivamente los libros de Bernal Díaz y Diego Muñoz Camargo. Sin darse cuenta, se había introducido en el fascinante mundo de los protagonistas del siglo XVI y estaba enganchado. Su inquieta mente se encontraba en continua ebullición: asimilaba, relacionaba, intuía, imaginaba, cuestionaba, reflexionaba, intentaba pensar y sentir como ellos... Siempre había sido un hombre muy entusiasta, pero tras la muerte de su segunda mujer, no había vuelto a apasionarse por nada. Excepto por su hija Almudena, claro. Ahora, sin poder explicárselo, volvía a sentir esa energía tan especial que parecía enterrada. La historia de un minúsculo estado con algo menos de un millón de habitantes, prácticamente desconocido para la mayoría de los mexicanos y, por supuesto, ignorado por los extranjeros, había despertado en él una imparable avidez por conocer, profundizar, pensar, reconstruir... y encajar todas las piezas.

«Si viviera Paloma, seguro que diría que ya estoy otra vez con una de mis locuras» pensó, recordando con cariño y mucha nostalgia a su malograda esposa. Sus ojos se humedecieron y por las mejillas cayeron lágrimas que habían estado reprimidas. En la intimidad había llorado hasta el agotamiento, sintiendo rabia,



impotencia, desesperación y la más intensa tristeza. Pero pasado un tiempo, decidió acabar con todo eso para poder seguir viviendo. Varios años después, volvía a llorar en México, a miles de kilómetros de casa. Pero ahora podía permitírselo. Sentía la fuerza de la vida y manejaba la melancolía del recuerdo.

—¿Y que le pareció Tlaxcala, doctor? —preguntó Verónica Alicia Islas, mientras preparaba los cubiertos para dar cuenta de los *chilaquiles verdes* que tenía delante.

—¡Un lugar apasionante!

—¿De veras? —interrumpió sorprendida la mujer, levantando su vista del plato.

Esa mañana de domingo, Verónica y Camilo desayunaban en el coqueto comedor del hotel Sacristía Capuchinos, antes de ir a dar una vuelta. En los días anteriores, la maestra había estado muy atareada, sin apenas tiempo para atender a su invitado. Sólo habían hablado un par de veces por teléfono y tomado un café muy rápido en una de las pequeñas terrazas del zócalo. Por fin, podían verse con tranquilidad.

—La verdad es que me ha entusiasmado Tlaxcala —insistió el profesor— No es una gran ciudad como Puebla, claro, pero si la relacionamos con toda su historia, tiene un enorme encanto.

—Le confieso doctor que no conozco Tlaxcala —reconoció Verónica— Nunca tuve la oportunidad de ir allá... ni tampoco el interés de visitarla, la verdad.

A Camilo no le sorprendió esta confesión. Es más, confirmaba algo de lo que ya estaba seguro: que Tlaxcala era un lugar ignorado, incluso para sus cercanos vecinos de Puebla.

—¿No estudiáis nada sobre Tlaxcala, en el colegio? —preguntó interesado— ¿Hay algún tema en la asignatura de Historia que recoja el papel que desempeñaron los tlaxcaltecas cuando llegaron los españoles?

—Bueno sí, algo estudiamos sobre eso... pero la verdad es que no mucho —señaló dubitativa la maestra.

—¿Qué sabes tú sobre Tlaxcala?

—Estee... Pues no tanto —admitió ella, escuetamente. Camilo permaneció en silencio, dándole a entender que esperaba algo más. La persuasiva estrategia provocó que Verónica continuara:

—Creo que traicionaron a los mexicanos y ayudaron a los españoles ¿no es así?... lo cierto es que no recuerdo gran cosa, pero fue eso ¿no?

Notó que su anfitriona se sentía incómoda mostrando su ignorancia, y decidió echarle un cable cambiando de tema.

—Bueno... y después de este desayuno tan agradable... ¿Qué plan tenemos para hoy?

—¡Pues lo que usted quiera, doctor! —dijo ella, aliviada.

—Lo que yo quiero es que, de una vez, me llames Camilo y de tú, en vez de doctor y de usted —acentuó el español, mirándola con determinación a los ojos.

Verónica se ruborizó, e intentando esconder el calor que sentía en sus mejillas, bajó la vista. Después, levantando tímidamente los párpados, asintió —bueno... de

acuerdo.

De repente, recuperando esa vitalidad que tanto le había gustado a Camilo desde que se conocieron, preguntó:

—¿Qué le parece...?... perdón... ¿Qué te parece si vamos a visitar Cholula?

—¿Cholula? —repitió él, entusiasmado— ¡Qué buena idea!... Me parece muy pero que muy bien.

Recordó que el rector de la Universidad Iberoamericana le había recomendado esa visita. Y también había leído algo en los libros de Bernal Díaz y Muñoz Camargo. Además, la compañía de Verónica le agradaba mucho, por lo que el plan no podía ser mejor.

Apuraron los últimos cafés y firmó la cuenta con cargo a la habitación. Después, salieron del hotel y caminaron hasta el zócalo. Era una mañana magnífica. Muy luminosa. Con una temperatura perfecta para andar en mangas de camisa y unos cómodos pantalones chinos, como intuyó Camilo. Ella también vestía informal, aunque arreglada y con cierta clase. Un moderno conjunto de vaqueros y camiseta azules de *Armani Jeans* que le sentaba muy bien. Zapatillas deportivas de diseño. Un llamativo cinturón de cuero. Pañuelo al cuello de tonos crudos. Y un bolso grande, también de cuero. Además, varias sortijas destacando sus finos dedos, dos pulseras anchas de plata en su muñeca derecha, un pequeño reloj de *Gucci* en la izquierda y unos pendientes largos, a juego con las pulseras, que se agitaban con suavidad cuando movía la cabeza. Esta vez, sus uñas postizas tenían un tono claro y los labios un fino color rosa. Estaba maquillada, pero no demasiado.

Al llegar a la gran plaza rectangular del centro histórico, observaron que el Salón de Cabildos de la ciudad estaba abierto a las visitas y decidieron entrar. Pasando la entrada, vieron que se sitúa en la primera planta de un bello edificio colonial, en cuyo interior destaca un imponente patio cuadrado con hermosos pilares y balcones y una magnífica escalera, todos en piedra. Entrando en el salón, comprobaron que es de techos altos, adornado suntuosamente con columnas, imágenes esculpidas y otros elementos decorativos, y que la luz del sol que generosamente entra por los amplios balcones abiertos al zócalo, contribuye a darle un aire de grandiosidad. En sus paredes se encuentran inscripciones significativas en la historia de la ciudad. En el fondo más alejado, una dedicada a los que la fundaron el 16 de abril de 1531: Fray Toribio de Benavente «Motolinía», Fray Julián Garcés, el licenciado Juan de Salmerón y doña Isabel de Portugal. Detrás de la mesa de la presidencia, dos que guardan el arco principal en memoria de Benito Juárez y el general Ignacio Zaragoza. En la pared opuesta, una en honor de Jesús González Ortega, destacado militar liberal y heroico defensor de Puebla durante el sitio del ejército francés.

Salieron del edificio con la intención de tomar un taxi que los llevara a Cholula. Tenían que cruzar la plaza, que estaba muy animada. Alrededor de sus palmeras y otros árboles centenarios con la base pintada de blanco, revoloteaban cientos de palomas que buscaban picar algo. Tan acostumbradas estaban a la gente, que apenas

se apartaban, dando la impresión de que en cualquier momento alguien terminaría pisándolas. A esa hora eran muchos los que atravesaban el rectángulo, se sentaban en los bancos o paseaban cerca de la fuente de cuatro grandes chorros que se sitúa en el centro. La mayoría charlaba de pie o andaba sin prisa, y muchos se detenían en alguno de los puestecitos ambulantes que se habían aposentado. Camilo se fijó en la habilidad de los vendedores de globos. De pie, desplazándose para encontrar al cliente y parándose para atenderlo, empleaban una mano para sujetar las innumerables cuerdecillas de un inmenso manojo de mercancía, mientras con la otra buscaban el interés de los transeúntes y realizaban las operaciones monetarias. «¡Y no se les pierde un solo globo!» observó admirado. Se percató, también, de que había niños jugando, y como suele ocurrir en estos casos, madres desesperadas llamándoles irritablemente la atención, aunque le pareció que no tanto como en España, donde las madres, mucho más que los niños, suelen ser insoportables. En un lado de la plaza, se exponían muchas pancartas reivindicativas, alertando sobre distintos asuntos. Y en dos puntos diferentes, personas que a través de un altavoz, expresaban sus quejas a los gobernantes. Denunciaban supuestas injusticias y pedían medidas urgentes para solventar la grave situación que, desde hacía meses, se vivía en el estado de Oaxaca. No tenían mucho público, pero no parecía importarles. Hablaban y hablaban sin desanimarse, ante la indiferencia de la mayor parte. En una esquina, junto a un pequeño quiosco, se ofrecían todo tipo de excursiones a cualquiera que pasara cerca. Las había a muchos lugares de los alrededores, incluyendo Cholula, la más demandada. El profesor preguntó, sólo por curiosidad, si había alguna a Tlaxcala.

—¿A Tlaxcala? —respondió con extrañeza el hombre de mediana edad que llevaba ese negocio— ¡No señor!... No tenemos excursiones a Tlaxcala... pero puede visitar Cholula y ver su famosa pirámide, o ir a Tonantzintla, Acatepec, Huejotzingo, Tepeaca... En todos esos lugares encontrará iglesias muy lindas de la etapa colonial...

Continuando su agradable paseo por el zócalo, comprobaron que en los soportales de los edificios todas las tiendas estaban abiertas. Y observaron las animadas terrazas de los restaurantes y cafés, rebosando de gente que se había echado a la calle con la relajante parsimonia de los días festivos. A las doce del mediodía se oyeron las campanas de la catedral, imponiéndose con grandiosidad sobre los demás sonidos. Muchas personas entraban a oír misa. Algunas, sólo a contemplar el interior de la espectacular iglesia. Una numerosa banda de músicos uniformados comenzó a tocar en el centro de la plaza. Música pegadiza que levantaba el ánimo. Muchos se pararon a escucharlos formando un semicírculo a su alrededor. Verónica y Camilo se quedaron un rato. Después, tomaron un taxi y se dirigieron a Cholula, tal y como habían planeado.

—Hacía mucho tiempo que no iba de excursión —dijo ella, mostrándose feliz— Y eso que me encanta *andar de pata de perro*.

Camilo sonrió y puso cara de no haber oído antes esa expresión. Verónica se dio

cuenta y le aclaró:

—Quiere decir que soy andariega... que me gusta mucho caminar por ahí, visitando lugares.

El profesor había intuido algo así, pero agradeció la explicación. Le gustaba escuchar y entender, palabras y expresiones desconocidas en España que son habituales de otros países hispanos. Pensaba que enriquecían al idioma español, elevándolo a una categoría superior como lengua viva en constante evolución. Meditaba orgulloso que varios cientos de millones de personas hablan, leen, escriben, piensan, sienten, sueñan y aman en español, al ser éste su primera lengua, y que otros muchos lo entienden y lo utilizan como segunda o tercera. «¡Es algo muy grande!».

Veinte minutos más tarde, ya en Cholula, eran parte del bullicio de cientos de turistas, casi todos mexicanos, que habían tenido la misma idea. Por veinte pesos cada uno, compraron un sombrero de paja para protegerse del sol y, tras algunas preguntas para orientarse, se situaron en una pequeña fila. Una visita obligada. El interior de una montaña que encubre una gran pirámide. Mientras esperaban, intercambiaron algunas sonrisas que les salieron con naturalidad. Los dos estaban muy a gusto y no lo disimulaban. Cuando les llegó el turno, adquirieron dos entradas y aceptaron el ofrecimiento de un guía.

—Me llamo Alejandro —les informó mientras sonreía, mostrándoles su buena disposición— Para servirles con gusto.

—Muchas gracias —respondieron al unísono.

—¡Vamos pues!... El túnel es estrecho y tenemos que caminar de uno en uno. Yo iré delante y les iré diciendo.

Alejandro les explicó que se trataba de una construcción muy antigua, formada por varias pirámides superpuestas. Al parecer, era la costumbre que cada cierto tiempo se construyera una nueva pirámide, más grande, sobre la anterior. Los arqueólogos habían excavado túneles y descubierto esta impresionante edificación erigida a lo largo de unos seis siglos. Desde algunos puntos del recorrido se podían ver otros túneles, algunos surcos de los antiguos desagües y las escalinatas de una pirámide interior. Verónica y Camilo estaban fascinados. Ella había hecho la visita hacia mucho tiempo, en una excursión del colegio, y apenas se acordaba, por lo que disfrutaba como si fuera la primera vez. Él seguía descubriendo cosas que ni siquiera imaginaba cuando salió de España.

—La base de la última pirámide es la más grande del mundo —comentó orgulloso el guía— Sus lados miden 450 metros. Es el doble que la pirámide del Sol de Teotihuacan y mucho mayor que la de Keops en Egipto. La altura era de 65 metros. Arriba estaba el templo de Chiconahui Quiahuitl, dios de la lluvia...

Al tiempo que asimilaba estos datos, Camilo se fijó en Verónica, que caminaba delante de él. Como esta vez no llevaba tacones, pudo apreciar que tenía las caderas algo bajas, aunque no por ello dejaba de ser atractiva. «La verdad es que está bastante

bien» resolvió muy convencido «Sí señor... ¡pero que muy bien!».

Alejandro le sacó de sus dulces pensamientos:

—Este gran centro ceremonial fue abandonado sobre el setecientos o el ochocientos después de Cristo.

—¡Vaya!... ¡Hace muchísimo tiempo! —exclamó Camilo, queriendo dar a entender que estaba en la explicación.

A la salida del túnel, vieron la pirámide desde una perspectiva diferente. En realidad, parece más una montaña, ya que la falda está prácticamente cubierta de vegetación, incluyendo árboles longevos, matorrales silvestres y mucha hierba que crecieron al ser abandonada.

—Cuando llegó Cortés, esto estaba igual que como lo están viendo ahorita —reveló el guía— Lo único que allá arribota, en el lugar de la iglesia de Los Remedios, estaba el templo para los sacrificios.

Verónica y Camilo miraron hacia arriba y, sobre la achatada cima, vieron la iglesia. Los dos hicieron un expresivo gesto que denotaba interés. Alejandro continuó:

—Seguramente, los españoles tuvieron que recortar la punta de la pirámide para tener una base más amplia donde construir la iglesia.

—¡Doctor!... ejem... quiero decir... ¡Camilo! —interrumpió Verónica, extrayendo de su voluminoso bolso una cámara digital— colóquese allá para tomarle una foto.

—¡Claro, maestra! —respondió él con cierta sorna— ¡Como usted diga, maestra Islas!

Rieron abiertamente, ignorando que no estaban solos. El guía, muy prudente, supo entender la situación y se apartó unos metros para concederles su espacio.

Continuando la visita, llegaron a una gran explanada, muy verde, justo al lado de la pirámide. Allí pudieron ver extraordinarios restos arqueológicos de un patio de ceremonias con una acústica impresionante. Desde ese lugar, la vista era muy hermosa. El día estaba despejado y se distinguían los cuatro grandes volcanes: La Malinche, Orizaba, Popocatepetl e Iztaccihualt. Estos tres últimos, con nieve en la cumbre.

—Allá, entre el Popocatepetl y el Iztaccihualt, está el Paso de Cortés —informó Alejandro, señalando esa dirección— Se llama así porque fue el camino por el que pasaron los españoles para ir hasta el valle de México.

—¿Salieron desde aquí, desde Cholula? —preguntó Camilo.

—Así es —afirmó el guía— Estuvieron aquí algunos días con los de Tlaxcala y otros que se les habían unido, y después partieron para México.

—Estee... Pero la pirámide había sido abandonada de plano mucho antes, ¿no es así? —cuestionó Verónica.

—Cierto —confirmó el hombre— La ciudad se encontraba en el mismo lugar que está ahorita, justo allá atrás —añadió, señalando el lugar— Es la ciudad habitada más

antigua de México, ya que fue fundada en el siglo v antes de Cristo por los olmecasxicalancas. Entonces se llamaba Tlachihualtépetl, «cerro hecho a mano», en honor de esta grandiosa pirámide.

Los dos visitantes continuaron disfrutando de las hermosas vistas. El ilustrado guía prosiguió su plática echándole muchas ganas.

—En el siglo xii, huyendo de los chichimecas, llegaron los toltecas. Un siglo después tenían la hegemonía de la ciudad y le pusieron el nombre de Cholollan o «lugar de los que huyeron». Así se llamaba cuando aparecieron los españoles. Pero éstos entendieron mal y acabaron diciéndola Cholula. En esa época era una ciudad-estado con una intensa actividad comercial y religiosa. Según le escribió Cortés al rey de España, había unas veinte mil casas y unas cuatrocientas mezquitas. Bueno... él llamaba mezquitas a las pirámides.

Camilo seguía la narración muy implicado. Verónica no lo estaba tanto, pero también atendía. Alejandro percibió que debía continuar hablando:

—Los templos estaban dedicados, sobre todo, a los dioses Quetzalcóatl y Tlaloc. En el periodo colonial fueron derribados y sustituidos, en los mismos lugares, por iglesias que se construyeron con las piedras de las antiguas pirámides. Por eso Cholula, todavía ahorita, ¡tiene 39 iglesias!

«¡Qué barbaridad! ¡Cuántas iglesias!» pensó el profesor. «Está claro que la verdadera conquista fue la de los curas».

—¿Y esa pirámide?... ¡Es la que vimos en esa foto, en Puebla! —señaló Verónica, refiriéndose a otra construcción anexa, limpia de vegetación.

—Bueno... esa es falsa, jajajaja —aclaró el guía— Se construyó en el siglo pasado, intentando reproducir lo que se supone que había antes... y se utiliza como reclamo publicitario... pero no es auténtica, jajaja.

Verónica hizo un significativo gesto que Camilo interpretó como «¡qué chapuza!». La verdad es que lo es, pero muchos turistas que no entran en el recinto de la verdadera pirámide, es con lo que se quedan.

—Aquí termina la visita —anunció Alejandro— Pero si van al centro de la ciudad, pueden ver más cosas.

—Muchas gracias, ha sido usted muy amable —dijo con sinceridad Camilo— ¿Qué nos recomienda visitar?

—Bueno... —exclamó pensativo el guía— Depende del tiempo del que dispongan... pero por lo menos deberían ver la iglesia de San Gabriel y la Capilla Real... En esa misma plaza fue la matanza que hicieron los españoles.

—¿Qué matanza fue esa? —preguntó con curiosidad, Verónica.

—Cuando los españoles estaban en Cholula, cerraron por sorpresa las puertas de esa plaza y mataron a los que estaban dentro —informó el hombre— Después, los de Tlaxcala continuaron la matanza y saquearon toda la ciudad. Se dice que murieron unas seis mil personas.

Camilo había leído algo sobre eso en los libros de Bernal Díaz y Muñoz

Camargo, pero su recuerdo era vago. Permaneció callado, escuchando la versión del guía.

—Algunos dicen que los españoles habían descubierto una conspiración contra ellos y que se adelantaron, pero lo cierto es que fue una tremenda masacre, porque los de Cholula estaban desarmados... No fue una lucha noble.

Verónica y Camilo no añadieron nada. Él decidió repasar este suceso en los libros que había comprado. Se trataba, sin duda, de un episodio relevante que merecía su consideración. Y más aún, después de haber estado allí mismo, ¡en el lugar de los hechos!

Pagaron al guía lo estipulado más una razonable propina y se despidieron de él agradecidos. Después, junto al zócalo de la ciudad, vieron la amplia superficie que éste les había indicado. Entraron en el templo de San Gabriel, fundado en 1529 pero construido veinte años más tarde. Y también en la Capilla Real o Capilla de Indios, edificada en 1540, cuyo interior, por su estilo árabe, recordó a Camilo la mezquita de Córdoba. A los dos les impresionó el techo de sesenta y tres bóvedas, erigido a mediados del siglo XVII.

Saliendo de allí, nuevamente en la explanada, el profesor fue consciente de que se encontraba en el mismo lugar de aquella terrible matanza. Olvidándose de Verónica, imaginó las carreras locas y los gritos desesperados de los indígenas, intentando escapar inútilmente de esa trampa mortal, y a los españoles, a caballo y a pie, ataviados con sus armaduras de acero, utilizando con saña sus lanzas y espadas. Pensó en cabezas degolladas, brazos y piernas desgarrados, heridos de muerte negando su inevitable destino mientras se desangraban... Hombres armados, guiados por la adrenalina de la agresividad y la euforia, mostrando la faceta más salvaje del ser humano.

—¡Camilo! ¿Estás bien? —le interrumpió la maestra, algo preocupada— ¿Quieres que tomemos un café?

—Sí... sí... estoy bien, gracias —respondió él, saliendo del trance de sus macabras representaciones— Me parece una gran idea lo del café.

De regreso a Puebla, pararon en Tonantzintla para visitar la exuberante iglesia de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, una de las joyas más ricas del barroco mexicano. Más tarde, el taxi les dejó en el hotel de Camilo. Parecía el final del día, pero en realidad, ninguno de los dos quería despedirse tan pronto.

—¿Quieres que vayamos a comer algo? —preguntó el español, con el ferviente deseo encubierto de una respuesta afirmativa.

—Estee... Sí, claro —respondió ella con aparente naturalidad, procurando no mostrar la alegría que sentía. «¡Qué bueno que me lo pidió!» pensó, «creía que no se decidiría».

Mientras la maestra hacía una llamada de teléfono, el profesor buscó el asesoramiento del recepcionista del hotel. Poco después, caminaron por la calle 2 sur, antes San Juan de Letrán, hasta llegar al «Hospitalito», una antigua iglesia del

siglo XVI que fue hospital y también «Colegio de las Vírgenes», según reza un cartel en su puerta. Giraron a la derecha por la avenida 7, antigua calle de San Jerónimo, y enseguida encontraron el templo del mismo nombre, del siglo XVII. De su fachada colgaban numerosas cuerdas con papel picado blanco y rojo, que a modo de arco, atravesaban la calle hasta el edificio opuesto, algo que es frecuente en el exterior de algunos templos de México.

Por fin, llegaron a la Plazuela del Sapo, un lugar con muchísimo encanto. De trazado irregular y dimensiones pequeñas, la inundaban numerosos puestecitos que, en pequeña escala, Camilo asoció a los del rastro de Madrid. Allí había de todo: ropa, cuchillos, monedas y billetes antiguos, muebles, herramientas, lámparas, frascos y vasijas de cristal, platos de cerámica, utensilios variados, aparatos de música, *cedes* y, por supuesto, libros. Encontró dos que le interesaron mucho: uno moderno, «La Conquista de La Malinche» de la historiadora australiana Anna Lanyon, y otro muy antiguo, una auténtica reliquia, «Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella» de fray Toribio de Benavente «Motolinía», uno de los doce primeros franciscanos que llegaron al Nuevo Mundo y cofundador de Puebla.

—¿Sabes por qué le decían Motolinía? —preguntó Verónica.

—Pues la verdad, es que no tengo ni idea.

—Pues mira, yo sí lo sé —dijo ella con aire triunfal, sorprendiendo al profesor— «Motolinía» es la primera palabra del náhuatl que aprendió este fraile. Quiere decir algo así como «ser pobre». Él mismo se llamaba Motolinía ante los indígenas, y así se le quedó.

Camilo estaba asombrado. Lo último que se le habría ocurrido es que Verónica supiera algo así. «No ha ido a Tlaxcala», reflexionó en décimas de segundo, «no sabía nada de la matanza de Cholula... y, sin embargo, ¡sabe por qué le llamaban Motolinía al fraile de Benavente!»

Viéndole tan atónito, la mujer se echó a reír.

—¿Impresionado, doctor Queimadelos? —dijo con tono de guasa— ¿Acaso cree usted que está paseando con una inculta?

La carcajada de la maestra hizo sonreír al español. Después, la mujer continuó:

—Ten en cuenta que fue uno de los fundadores de Puebla... y yo vivo en Puebla —aclaró, observando en su amigo gestos faciales de admiración— Lo explicó un profesor de la universidad y, como ves, tengo muy buena memoria —advirtió con jocosidad— Así que... cuidado con lo que dice o hace doctor... ¡Por que no se me olvida nada!

Los dos rieron sin inhibirse, mostrándose una sutil complicidad. Camilo compró los dos libros tras regatear un poco el precio del de Motolinía, y continuaron sorteando personas y puestecitos hasta abandonar la plaza por el callejón de los Sapos, una vía tranquila y muy placentera, plagada de tiendas de antigüedades. Allí mismo estaba el restaurante que les habían recomendado: una antigua casa colonial rehabilitada, del estilo del hotel, con un bello patio interior en el que los acomodaron

en una coqueta mesa.

El español tomó uno de los dos libros recién comprados y, con una expresión divertida, se dirigió a Verónica:

—Ya que conoces tantas cosas... ¿Qué sabes de La Malinche?

—Bueno... —exclamó ella, haciéndose la interesante en broma— Sé que era la intérprete de Hernán Cortés... y dicen que también su amante. Poco más... Bueno sí... Aquí en México, se le llama *malinchista* al que defiende las cosas extranjeras por encima de las mexicanas... porque eso es lo que hizo La Malinche: ayudar a los españoles frente a los mexicanos.

—Entonces... ¿Es un personaje histórico que está mal visto en México? —preguntó él, intuyendo la respuesta.

—Aja... así es —confirmó ella— La idea más general es que fue una traidora... Eso es lo que se dice siempre de ella... Pero también he oído halagar su valentía... Ten en cuenta que vivió en un mundo muy violento en el que las mujeres no contábamos para nada.

A Camilo le encantó esa energía reivindicativa. —¡Por todas las mujeres que luchan por su dignidad! —dijo entonces, proponiendo un brindis.

A ella le gustó la iniciativa. Exhibiendo los dos una sonrisa, chocaron sus cilindricos vasos de tequila añejo y bebieron un sorbo. La mujer lo compensó con un trago de *sangrita*.

—Mira Verónica, quiero regalarte este libro sobre La Malinche. Me encantaría que lo leyeras y me comentaras después qué te ha parecido.

—Gracias, Camilo —replicó ella, familiarizada ya con su nombre de pila— Pero el libro es tuyo. Sé que lo compraste con mucho interés y no puedo aceptarlo.

—Precisamente porque es mío, quiero que lo tengas tú —insistió él, procurando ser convincente— Además, me interesa mucho que lo leas y me des tu opinión.

—Bueno... está bien —aceptó la mujer— Pero sólo es un préstamo. Cuando lo lea te lo devolveré.

Eran las ocho y media de la tarde. Sin darse cuenta, llevaban juntos once horas. Habían compartido un día intenso, ameno y entrañable. Ahora, durante la cena, se estaban conociendo más a fondo. Ella le contó que tenía cuarenta y tres años y estaba divorciada desde hacía cuatro. Su ex, un hombre de negocios, la dejó por su secretaria de veintidós recién cumplidos, tras dieciséis de matrimonio. Tenía un hijo de diecinueve que estudiaba Medicina en la UNAM, la Universidad Nacional Autónoma de México. «¡Vaya!, Medicina... que coincidencia... igual que Almudena» relacionó Camilo.

Verónica había nacido en Los Angeles, en los Estados Unidos, pero era mexicana. El embarazo se complicó y su madre fue atendida por un afamado ginecólogo de esa ciudad californiana. Sus padres vivían en el DF y gozaban de una buena situación económica. Ella se empeñó en estudiar Ciencias Empresariales, y consiguió hacerlo en el Tecnológico de Monterrey de la ciudad de México. No le gustaban las mujeres

dependientes de sus esposos o sus padres, como lo eran la mayoría de sus amigas, por lo que desde siempre, tuvo muy claro que debía abrirse camino por sí misma. Con treinta años, ya casada y madre, hizo una maestría semipresencial sobre recursos humanos en la Universidad de San Diego, en California. Después, consiguió un trabajo como profesora de la Universidad Iberoamericana de México y, tras el divorcio, decidió cambiar de aires, aprovechando la oportunidad de trasladarse a Puebla.

—Mi esposo es un auténtico *pendejo*... bueno... ya no es mi esposo... pero supongo que sigue siendo un *pendejo* —sentenció ante la mirada atenta de Camilo— Lo que no sé es cómo pude casarme con él... ¡y aguantarle tantos años!

—Son cosas que suceden —simpatizó el profesor— Yo estuve muy enamorado de una persona, mi primera mujer, que después me defraudó profundamente.

—El amor y la vida en pareja son temas muy complicados —aseveró Verónica— ¡Y eso que yo soy de recursos humanos!

Soltaron una carcajada muy a gusto. —¡Por los de recursos humanos! —propuso Camilo, alzando su vasito de tequila, que ya era el segundo. Por enésima vez, brindaron.

—La verdad es que la vida en pareja, tal y como la entendemos ahora, es algo relativamente reciente para muchas culturas —comentó el español.

—Sí, sí, tienes razón —corroboró ella— Aquí, por ejemplo. Hasta la llegada de los españoles era un concepto que no existía. Las mujeres eran entregadas por su papá a un matrimonio que no elegían. Después, formaban parte de un harén y sólo convivían con su esposo cuando éste lo solicitaba.

Camilo recordó entonces una anécdota muy divertida que había leído en el libro de Diego Muñoz Camargo —Un hijo de Xicotécatl el viejo, el gran líder de Tlaxcala, incorporó a su harén a una muchacha que en realidad era hermafrodita, si bien, lógicamente, él no lo sabía. Como parte del harén, convivía habitualmente con las demás mujeres, y claro, acabó teniendo relaciones sexuales con muchas de ellas. Cuando el señor regresó a su casa, habiendo estado ausente más de un año, se encontró a más de veinte embarazadas.

Verónica liberó una estrepitosa risotada que atrajo la atención de los que estaban en las mesas vecinas. Camilo disfrutó viéndola reír. Se fijó en su boca y le pareció muy sensual. En ese momento, le habría gustado besarla.

—¿Y cómo reaccionó el señor? —interrogó ella, sin dejar de reírse.

—Bueno... las consecuencias no fueron tan jocosas. Al averiguar el señor lo que había sucedido, estimó que la culpa había sido en parte suya por haber metido allí a esa «mujer», por lo que perdonó la vida a las muchachas preñadas, aunque repudiándolas y repartiéndolas entre otros dueños. En cuanto al hermafrodita, no tuvo tanta suerte. Le llevaron desnudo a un sacrificadero donde ajusticiaban a los malhechores, y allí, públicamente, proclamaron su traición y le abrieron un costado. Después, le dejaron suelto y fue desangrándose mientras le tiraban piedras, hasta que

finalmente se desplomó muerto. Allí mismo le dejaron, hasta que se lo comieron las aves carroñeras.

La expresión de Verónica se transformó en asco —¡Hugg!, ¡Qué muerte tan horrenda!... Claro que se fue al otro mundo bien servido... ¡Qué tipo tan activo!

Los dos volvieron a reír. —¡Por los tipos activos!... bueno... con un cierto orden claro —brindó Camilo, levantando una vez más su vaso.

—¿Y las mujeres qué? —replicó ella, frunciendo el ceño— ¿Es que no podemos ser activas?... ¿O tú eres de los que piensan que la mujer que es activa en el sexo es una prostituta?

—¡Por dios que no lo creo! —aseguró él con energía, mientras volvía a levantar el vaso con su tercer tequila— ¡Por la buena reputación de las mujeres activas!

Pasaban las once de la noche. Pidieron la cuenta. Mientras llegaba, se miraron a los ojos, ignorando todo lo demás. No necesitaban las palabras. Su expresión era suficiente para transmitir y entender que deseaban tocarse. Él extendió su mano. Ella correspondió. Durante unos segundos, con extrema suavidad, acariciaron y entrelazaron sus dedos, sintiendo la emoción del primer roce. Después, un apretón más fuerte mostró la luz verde. Atraídos por el magnetismo recíproco que dominaba su voluntad, sus temblorosos labios se fueron aproximando. Cuando llegó el deseado contacto, dejaron caer los párpados y, muy despacio, se besaron.

—Camilo, ¿Eres religioso? —preguntó Verónica, mirándole fijamente al pecho, mientras sus trenzadas manos continuaban jugueteando sobre la mesa.

—La verdad es que no —respondió él, algo intrigado— ¿Por qué me preguntas eso, así de pronto?

—Estee... Sólo por curiosidad —aclaró ella, sin apenas levantar la vista— Llevo todo el día fijándome en esa medalla que llevas al cuello... y veo que tiene una cruz.

—¡Ah!... ¡la medalla! —exclamó el profesor, inclinando la cabeza para poder verla— Es un regalo de mi abuela... siempre la llevo... ¡mi medalla de la suerte!... ¿Te gusta?

Le acercó la medalla para que pudiera verla mejor. Ella la cogió con la mano que le quedaba libre y, sin prisa, la observó con detenimiento.

—Veo que es una cruz... en... en una montaña... sí, una cruz en una montaña... y en el reverso... parece un pájaro... un pájaro con plumas grandes.

—Así es —confirmó él escuetamente, dando paso a una breve pausa. Después, encogió los hombros y contó una extraña historia:

—Nunca he sabido que significa todo eso. Sólo sé que mi abuela me la confió. Me hizo prometerle que la llevaría siempre, hasta dársela a un descendiente mío que debería prometer lo mismo. A ella se la dio su madre en el lecho de muerte. Y me la trasladó a mí porque mi padre, su hijo, ya había fallecido.

Verónica se quedó callada. Estaba sorprendida y a la vez intrigada por esta curiosa anécdota. Miró a Camilo intensamente, esperando que añadiera algo más. Este se había quedado pensativo, pero por fin continuó hablando:

—No tuve tiempo de preguntarle a mi abuela por qué era tan importante lo que me pedía. Estaba muy enferma y murió a los pocos días. Mi madre no ha podido aclararme nada. ¡No tiene ni idea de todo esto!... Muchas veces he pensado que debería averiguar algo... pero la verdad es que no sé ni por donde empezar... y bueno, lo he ido dejando... Además, yo no tengo descendientes... Almudena, mi niña, es la hija de mi segunda mujer. Yo la adopté... Bueno, supongo que eso da lo mismo.

—Aún estás a tiempo de tener hijos —señaló ella, con cierta complicidad— ¡No conmigo! —aclaró riendo— Pero hay muchas mujeres jóvenes esperando un buen esposo... jajajaja.

—¡Dios me libre! —dijo Camilo, subiendo el volumen de voz— ¡Qué pereza, criar de nuevo a un niño! Además, casi no tendría tiempo para convivir con él y poder enseñarle algo.

—¿Por qué le pides a Dios que te libre, si tú no crees en Él? —apuntilló la mujer con ironía— ¡Ten cuidado!..., a lo mejor hace lo contrario...

De nuevo rompieron a reír, mientras apretaban la mano que continuaba unida. Verónica se soltó para agarrar su vaso y proponer un divertido brindis —Por la futura madre de tu descendiente... ¡el heredero de la medalla!

Camilo sonrió y movió la cabeza negando. Después, levantó su vaso, mostró una cara tierna e hizo otra propuesta —Prefiero brindar por una mujer atractiva e inteligente que he conocido en México... ¡Por ti, Verónica!

Ella se emocionó mucho. Él ya lo estaba. Brindaron, bebieron un sorbo simbólico... y volvieron a besarse. Esta vez, durante largo rato.

12 ANAHUAC

«*Malinche, recibe estos presentes que te damos y tennos de aquí adelante por tus amigos*»

Caciques de pueblos indígenas que desean unirse a Hernán Cortés
(recogido por Bernal Díaz)

Iztapalapa, 7 de noviembre de 1519

Casi nadie podía dormir en el real que los españoles y sus aliados indígenas habían instalado en Iztapalapa. Al día siguiente, ¡por fin!, estaba prevista su entrada en la deseada Tenochtitlan. Ocho meses y medio antes, los castellanos habían salido de La Habana con el recurrente sueño de obtener grandes riquezas, poder y prebendas. Las buenas noticias que habían llevado los de la expedición de Grijalva, sustentaban el insaciable deseo y justificaban el sacrificio y el riesgo. Lo que habían escuchado les hacía presagiar que encontrarían grandes tesoros y oportunidades únicas para asentarse en las nuevas tierras con muchos privilegios.

Se habían embarcado con unas expectativas enormes. Sin embargo, nunca pensaron hallar la grandeza que les rodeaba desde que habían entrado en el valle de Anahuac. Bellos lagos de agua dulce y salada, con anchas calzadas, bien construidas, que los comunicaban, buenas casas de piedra blanqueada, edificaciones sobre el agua, imponentes templos, hermosos campos sembrados, animados mercados ampliamente surtidos, ricos palacios... y toda esa gente, bien ataviada, desplazándose en canoas. Tal fue el impacto, que muchos volvieron a pensar que lo mejor era retroceder, pues parecía imposible imponerse en ese apabullante escenario.

Sin duda, los culhua-mexica eran mucho más poderosos y avanzados de lo que jamás habían imaginado. Sus aliados indios ya se lo habían advertido repetidas veces, desde que llegaron a Cempoala. Allí mismo, en Ixtacamaxtitlan, Tlaxcala,



Huexotzinco y cada lugar que se detenían, el mensaje era el mismo: «Los mexica son ricos, fuertes y sanguinarios. No podréis con ellos».

En la última etapa, los señores de Tlamanalco, Amecamena y Chinalhuacan, visitaron a Hernán Cortés para quejarse de Moctezuma y sus recaudadores, y pedir la protección del *tlatoaní* de los *teules*. Enterados de que otros pueblos sometidos habían dejado de pagar sus tributos al gran señor de Tenochtitlan, desde que el extranjero los amparaba, solicitaron el mismo auxilio. El capitán aceptó encantado. Corroboraba, así, que los mexica tenían muchos enemigos dispuestos a adherirse a él. El plan se desarrollaba tal y como había previsto. Tras sellarse el acuerdo, los caciques le pidieron que no continuaran avanzando. Como otros anteriormente, adujeron que eran muy pocos para enfrentarse al omnipotente *huey tlatoaní* en su propio terreno y le sugirieron que se asentara en los territorios donde ya tenía amigos.

—No tienes necesidad de atacar a los mexica —le dijeron— Puedes hacerte fuerte junto a todos nosotros y vivir rodeado de los que te apoyamos.

Pero el extremeño seguía firme en su propósito. Había llegado hasta aquí y nada le impediría intentarlo. Cuanto mayor era la grandeza que percibía, más atractivo era el reto, más intenso el deseo de conseguirlo y más la inteligencia y el esfuerzo que ponía en el empeño.

Iztapalapa era una hermosa población de unos quince mil habitantes, ubicada en la orilla sur del lago de Tezcoco. Parte de sus casas estaban construidas sobre el agua, lo que le daba un aire exótico. A su esplendor contribuían las ricas mansiones de muchos nobles que residían allí o se desplazaban para descansar del ajetreo de Tenochtitlan. Desde Iztapalapa salía una de las tres grandes vías que conducían a la majestuosa ciudad de Moctezuma, situada en el centro del lago, por lo que su emplazamiento no podía ser mejor. Los españoles habían sido recibidos con todos los honores por Cuitláhuac, hermano de Moctezuma y *tlatoaní* de la ciudad, acompañado de otros caciques de poblaciones vecinas. Finalmente, el todopoderoso emperador había decidido que acogería a los extranjeros, por lo que éstos eran tratados con la solemnidad y las atenciones que correspondían a unos huéspedes del *huey tlatoaní* mexica. Así, como era la costumbre, los ceremoniosos saludos precedieron a la entrega de suntuosos regalos y algunas esclavas. Después, fueron alojados en fastuosos palacios de la mejor piedra y madera bien acabada, con lujosos suelos, amplios y acogedores cuartos y espléndidos patios y miradores. En el exterior tenían huertas frondosas y jardines muy cuidados repletos de hermosas flores, variados árboles frutales y agradables pájaros, así como estanques de agua dulce con peces diversos y otros detalles de fina elegancia que impresionaron a la agotada, magullada y maloliente expedición, tras una semana de durísima marcha desde su salida de Cholula.

En una habitación rectangular, bastante grande, estaban alojados Bernal Díaz y otros oficiales de la infantería. Bernal tenía veintiséis años. Era natural de Medina del Campo, localidad cercana a Valladolid, y había llegado a las Indias en 1514, atraído

por la estimulante perspectiva de aventuras y riquezas que ofrecía el Nuevo Mundo. Pronto se trasladó a la isla de Cuba, pero a diferencia de otros, no se acomodó. Su espíritu inquieto le impulsaba a embarcarse en nuevos proyectos. Y así lo hizo, varias veces, antes de alistarse en esta empresa. Se jactaba de ser el único que había participado en los tres viajes a esta parte de la Tierra Firme. En 1517, formó parte del grupo, de unos cien hombres, que bajo el mando de Francisco Hernández de Córdoba, descubrió accidentalmente la península del Yucatán. Allí fueron atacados por los indígenas de Champotón. Murieron más de la mitad, y la mayoría de los que sobrevivieron sufrió graves heridas. Con gran dificultad, los afortunados supervivientes, él entre ellos, pudieron regresar a la Fernandina en penosas condiciones. Un año más tarde, se alistó en la expedición de Juan de Grijalva. En Champotón, volvieron a enfrentarse a los nativos y, de nuevo, fueron muchos los que perdieron la vida. Después, avanzaron hacia el oeste. Descubrieron un río navegable al que llamaron Grijalva, y más al norte, pisaron tierra en un lugar al que bautizaron como San Juan de Ulúa. Juan en honor del capitán, y Ulúa por ser lo que entendieron cuando les hablaron por primera vez de los *culhua*. Más tarde, en dirección norte, continuaron hasta la región de Panuco. Y finalmente, retornaron a Cuba hambrientos, sedientos y muy maltrechos, aunque con muestras de oro y prometedoras noticias de un pueblo muy rico situado hacia el oeste.

Este atractivo panorama, su inagotable afán de aventura y el ferviente deseo de alcanzar honra y mucho oro, sirviendo a Sus Majestades y a Dios, pudieron más que la proximidad de la muerte, las heridas recibidas y todas las penalidades pasadas, por lo que unos meses más tarde, se unió al contingente de Hernando Cortés con el rango de alférez. Esta vez, también sufrían grandes calamidades. Pero era diferente. Contaban con más hombres, iban mejor preparados y habían conseguido la alianza de pueblos indios. Don Hernando era un buen jefe, tenía el objetivo claro y su mando les inspiraba la confianza que otras veces había faltado. Además, era evidente que tanto Dios como el apóstol Santiago les protegían. «Seguramente, porque es su deseo que estos indios abracen la fe verdadera» había reflexionado.

—¡Mañana será el gran día! —exclamó Bernal con voz grave, captando la atención de sus compañeros más próximos.

—¿No podéis dormir, Bernal Díaz? —preguntó Martín Ramos, un vizcaíno que también había estado en la expedición de Hernández de Córdoba.

—¿Acaso podéis vos? —respondió el de Medina del Campo, devolviendo la pregunta.

—¡Bien sabe Dios que no! —contestó con contundencia el vizcaíno— ¿Es que hay algún cristiano de bien que pueda dormir en una noche como ésta?

Los presentes negaron con la cabeza, sin decir palabra. Volvió a imponerse el silencio, sólo interrumpido por los tosidos de algunos hombres que estaban enfermos. Habían hecho un tremendo esfuerzo. Y soportado temperaturas muy bajas a su paso por el Popocatepetly y el Iztaccihualt. El dolor, muy intenso y por todo el cuerpo,

acompañaba a la mayoría, pero casi nadie se quejaba. Tolerar el sufrimiento era una pequeña parte del elevado coste que estaban dispuestos a pagar. «La gloria exige pasar penalidades» solían recordarse en los peores momentos.

Estaban despiertos. Pero la preocupación y la incertidumbre de un momento tan trascendente, invitaban a la reflexión o la melancolía personal, más que a la conversación. Bernal observó el miedo. Caras tensas, miradas rígidas, respiraciones aceleradas, temblores, espasmos, sudores. Desde los días de las batallas con los tlaxcaltecas, no había vuelto a percibir tales síntomas. Pero claro, ¿Cómo no iban a estar aterrorizados, si en pocas horas se dirigirían a la misma boca del lobo? Les habían dicho que el gran Mutezuma los recibiría como huéspedes en Temixtitan, pero... ¿Quién podía asegurar que no se dirigían a una gran celada de la que difícilmente podrían escapar?... Ya habían intentado tenderles trampas en Churultecal y al pasar las montañas... ¿Por qué no ahora, con todo a su favor?

Por si fuera poco, en la oscuridad y la calma nocturnas, les llegaban de la gran ciudad los destellos de los sacrificios que no habían cesado desde su entrada en Iztapalapa. Les explicaron que el gran señor Mutezuma había ordenado celebrar estas ceremonias para honrar su presencia como huéspedes. La aclaración, más que tranquilizarlos, les horrorizaba. Inevitablemente, aún queriendo ignorarlo, pasaba por su cabeza que ellos podían ser los siguientes.

—¿Por qué está tan confiado Hernando Cortés de que no caeremos en un engaño?
—planteó Martín Ramos, rompiendo el gélido silencio.

—Seguro que habrá sopesado ese peligro y tomará las precauciones que fueren menester —replicó con convencimiento Antonio de Villarroel, uno de los principales oficiales.

—Señores, ya hemos comprobado que el capitán lo vigila todo —intervino Bernal Díaz— Recordad en Churultecal... cómo se anticipó a la trampa que nos tenían preparada por mandato de ese Mutezuma... Fue la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo que la astucia y el hacer de don Hernando nos salvaran, pues no dudéis que habríamos muerto en la emboscada... o más tarde, prisioneros, ¡en una de esas sacrilegas mezquitas!

Martín Ramos y Antonio de Villarroel asintieron, mientras avivaban el recuerdo de lo sucedido. En los días previos a la marcha hacia Cholula, se habían producido algunos hechos extraños que les pusieron alerta. Por un lado, los embajadores de Moctezuma que permanecían en Tlaxcala, insistieron a Cortés que se trasladara a la ciudad sagrada, anticipándole que allí sabría la decisión final de su señor respecto a recibirlos en Tenochtitlan. Por otro, los aliados tlaxcaltecas le advirtieron que no fuera, ya que no se fiaban de sus enemigos cholultecas y preveían una posible trampa. Don Hernando sopesó ambos argumentos, pero su decisión de avanzar era firme y el paso por Cholula prácticamente obligado. Debía demostrar a Moctezuma que no le tenía miedo, y asegurarse de que no dejaba enemigos en la retaguardia. Les pidió a los de Tlaxcala que enviaran un embajador a Cholula para explicar que sus

intenciones eran buenas, que venían en son de paz y sólo querían pasar por la ciudad en su camino hacia Tenochtitlan.

El embajador elegido se llamaba Patlahuactzin. Un *pipiltin* muy respetado. Viajó con una exigua escolta y transmitió a los jefes cholultecas el mensaje de buena concordia. La respuesta fue contundente y poco habitual, ya que la hospitalidad y el respeto a los embajadores, aunque fueran enemigos, era algo que asumían todos los pueblos indígenas. Se mofaron del mensaje e insultaron a los de Tlaxcala por haberse aliado con los arrogantes extranjeros, y entre humillantes burlas y menosprecios, manifestaron que no estaban dispuestos a recibirlos. Después, mutilaron las manos y desollaron la cara de Patlahuactzin, quien murió en el trayecto de regreso. Los tlaxcaltecas estaban indignados y clamaban venganza. Si se presentaba la ocasión, Cortés estaba dispuesto a dársela.

Los emisarios de Moctezuma fueron los primeros sorprendidos, pero a pesar de todo, siguieron instando al capitán que fuera a Cholula. Cortés decidió tomarse unos días para reflexionar. En ese intervalo, llegaron a Tlaxcala embajadores cholultecas que deseaban hablar con él. Habían cambiado de opinión. Le invitaban a Cholula, asegurándole que serían bien recibidos. «¡Extraño proceder, el de estos indios de Churultecal!» pensaron los españoles, con gran suspicacia. «Primero, manifiestan una cosa y matan al embajador. Después, dicen lo contrario y nos colman de buenos regalos. ¿Cómo podemos confiar en su intención de amistad?»

Los de Tlaxcala reiteraron a Cortés que no debía fiarse.

—Los cholultecas que te han hablado no son gentes principales —le informaron — Su palabra no ofrece garantías.

—¿Como decís, Aguilar?, ¿Estás seguro? —interrogó el capitán a su intérprete, muy indignado— ¡Aseguraos de que es eso lo que ha dicho!

Jerónimo de Aguilar empezó a sudar y temblar. Solía ocurrirle cuando el extremeño se enfurecía y dudaba de sus traducciones. Por eso, le aterraba tener que darle malas noticias. «¿Y qué culpa tengo yo?» se preguntaba «¡Sólo soy la lengua!».

—Ehhh... ¿See... guro que ha dicho eso... que esos em... embajadores de Churultecal... no son... no son hombres principales? —preguntó Aguilar a Marina, muy entrecortado.

—Así ha dicho —confirmó ella, acompañando las breves palabras con contundentes gestos.

Hernán Cortés se sintió menospreciado y reaccionó agresivamente. Aunque no entendían nada de lo que decía, su voz y sus expresiones corporales asustaron a los cholultecas. Marina les transmitió que el capitán esperaba la visita de los verdaderos señores de Cholollan no más de tres días, y que en caso de no comparecer, iría sobre ellos y los destruiría.

El amenazante mensaje produjo su efecto. Al día siguiente, se presentaron los adecuados representantes cholultecas con las pertinentes disculpas, aludiendo que el malentendido se debía a su mala relación con sus enemigos de Tlaxcala. Tras la

entrevista, don Hernando creyó que las condiciones para la partida eran propicias y decidió emprender la marcha el 11 de octubre. Los tlaxcaltecas se ofrecieron a acompañarlos con un numeroso ejército, pero el extremeño lo redujo a unos seis mil hombres. Prefería mostrarse como amigo, y entendía que era suficiente.

—Gracias a Dios, esas rarezas de los de Churultecal nos pusieron en alerta — señaló Martín Ramos, mientras se acomodaba con esmerado cuidado para soportar mejor el fuerte dolor lumbar.

—Es muy cierto lo que decís —confirmó Antonio de Villarroel, incorporándose con dificultad del improvisado lecho— Recordad que cuando llegamos, fuimos colmados de honores y nunca nos faltó abundante comida. Pero después... ¡dejaron de alimentarnos sin darnos explicaciones!

—¡Vive Dios que por su voluntad no nos habrían recibido!, pues éste fuera su primer propósito —aseguró convencido Martín— Pero le debían la obediencia a Mutezuma... Y por los sagrados clavos de Nuestro Señor Jesucristo, ¡estoy seguro de que fue éste quién les diera la ordenanza de acogernos y llevarnos a la trampa!

Cholollan era un importante centro espiritual y comercial, densamente poblado por unas treinta mil personas. Tenía numerosas pirámides que impresionaron a los extranjeros. Entre ellas, la más alta de todas las que existían, con ciento veinte gradas. Sus altas torres y la blancura de sus casas, recordaron a Bernal Díaz la ciudad castellana de Valladolid. Su tradición religiosa determinaba su funcionamiento, al estilo de La Meca en el mundo musulmán. De hecho, estaba gobernada por dos caciques sacerdotes y el jefe de su ejército era un sacerdote-guerrero. Era aliada y tributaria de Tenochtitlan, pero gozaba de amplia autonomía y un respeto especial por su condición de ciudad sagrada, si bien su divinidad principal era Quetzalcóatl y no Huitzilopochtli.

Los caudillos sacerdotes, con sus rigurosos trajes negros, y otros principales de la ciudad, debidamente engalanados, salieron a recibir a los extranjeros con gran solemnidad. Fueron atendidos como honorables huéspedes, y sólo se les negó que entraran en la ciudad los de Tlaxcala, por ser enemigos suyos. Cortés habló con los capitanes tlaxcaltecas y acordaron que acamparían a las afueras. Los de Cempoala y otros pueblos aliados, sí entraron, alojándose en grandes cuadras junto a los soldados castellanos. Todo parecía estar en orden. Sin embargo, con el paso de los días, el entusiasmo de los cholultecas fue menguando. Las visitas de los principales se hicieron menos frecuentes y hasta dejaron de llevarles comida. Además, aparecieron caminos cortados por rocas y troncos de árboles, palos afilados ocultos en fosos de arena, calles tapiadas y piedras acumuladas en las azoteas. Los de Cempoala descubrieron que en los principales templos se estaban haciendo sacrificios con niños. Una señal inequívoca, según ellos, de que estaban preparándose para la guerra. Los indicios parecían claros. Cortés ordenó a sus hombres que estuvieran muy atentos, preparados para entrar en acción en cualquier momento.

—¿Y saben, señores, cómo supo el capitán de las intenciones de los naturales? —

interrogó Bernal Díaz, anticipando por el tono y los gestos que él conocía la respuesta.

—Creo que interrogó a dos principales que confesaron el engaño... ¿No es así, Bernal? —intervino Villarroel, dubitativo.

—Dice bien vuesa merced —concedió el de Medina del Campo— Pero eso vino después de que doña Marina descubriera la celada que habíamos sospechado.

—¿Doña Marina? —preguntó con avidez, Martín Ramos.

—¡Por la Santa Cruz que es lo cierto! —aseguró contundentemente Bernal, mientras observaba que sus compañeros esperaban impacientes el subsiguiente relato — Debéis saber que la madre de un principal de Churultecal se había fijado en las cualidades que tiene doña Marina, y pensó que sería una digna esposa para su hijo. Siendo el propósito de conocerla mejor, se acercaba a ella y mantenían buena conversación. Como la señora se aferró a su idea, confesó a doña Marina que los niños y las mujeres estaban saliendo de la ciudad, y le propuso que abandonara a los nuestros y se fuera con ella, pues sabía que pronto seríamos atacados por sorpresa. Doña Marina actuó con el valor y la astucia que de ella tenemos por buena costumbre. Para no levantar sospechas, fingió que estaba interesada, pero de inmediato acudió a don Hernando y le relató todo. Después, como ya sabéis, el capitán interrogó a varios principales de Churultecal por separado, y pudo saber que doña Marina estaba en lo cierto. También se enteró de que los soldados de Mutezuma esperaban fuera de la ciudad, y dedujo que fue éste quien ordenó la trampa.

—¡Menudo hideputa! —exclamó encendido, el vizcaíno— Envía a esos embajadores llenos de plumas, nos proporciona comida, mantas y hasta oro y ricos regalos... ¡Pero estaremos ciegos si no queremos ver que su deseo es matarnos... o hacernos presos para sus horribles ofrendas a esos dioses falsos!

—Por esta razón, debemos estar prevenidos mañana y en lo sucesivo —aconsejó Villarroel, sabiendo que de ello dependerían sus vidas— Pues la fallida celada de Churultecal, bien podría repetirse allí a donde nos dirigimos, ahora con mayores ventajas para ellos... Es su propia ciudad, está toda rodeada por el agua, y disponen de un numeroso ejército.

Martín Ramos y Bernal Díaz asintieron con la cabeza y algunos monosílabos. Los tres volvieron a guardar silencio. Bernal recordó entonces cómo se habían anticipado a los de Cholula. El capitán anunció a los principales cholultecas que se disponía a partir de la ciudad y los reunió para despedirse de ellos. Una vez allí, los caudillos sacerdotes quedaron encerrados en una sala y los restantes señores en un gran patio contiguo. A la señal convenida, con las puertas selladas, comenzó la matanza. Los caudillos permanecieron presos y los demás nobles, a pesar de sus desesperados intentos, no pudieron escapar. Fuera, las calles estaban tomadas por los cholultecas, dispuestos a atacar a los españoles en cuanto salieran, pero la imprevista reacción de éstos les pilló por sorpresa y cundió el pánico, sin que sus señores, todos dentro, pudieran reorganizarlos. En estas condiciones, los soldados castellanos y cempoaleses

incendiaron edificios y mataron a cuantos encontraron. Más tarde, los guerreros de Tlaxcala, conducidos por Xicoténcatl el joven y otros capitanes, entraron en la ciudad y, durante dos días, saquearon sin piedad templos y casas. Meses después, en su segunda carta de relación al emperador Carlos V, Hernán Cortés justificaría estos hechos diciendo: «Acordé de prevenir antes de ser prevenido».

Era la primera vez que castellanos y tlaxcaltecas luchaban en el mismo bando. Cortés les había sugerido que para diferenciarse bien de los cholultecas, pusieran en sus cabezas unas guirnalda de esparto sujetas por sus cintas blancas y rojas. Así lo hicieron. A partir de ahora, combatirían juntos en numerosas batallas. Los primeros aportaban los caballos, las armas de fuego, la estrategia y el indomable espíritu de sus hombres. Los segundos añadían el número, la lealtad, el conocimiento del entorno, su exitosa tradición guerrera y un admirable valor que se ganó el respeto de los europeos desde el primer momento. Ambos se habían embarcado en un ambicioso y arriesgado proyecto que no tenía retroceso.

Cuando el capitán de los castellanos pidió explicaciones a los caudillos cholultecas que tenía presos, éstos acusaron a Moctezuma. A Cortés no le extrañó, pues sabía que tan poderoso señor, tarde o temprano, tendría que pasar a la acción. Decidió sacar provecho de este conocimiento, utilizándolo con habilidad, sin dejarse influir por la indignación, que él compartía, de los que le aconsejaban una reacción hostil. En su siguiente encuentro con los embajadores del *huey tlatoaní*, les habló de las acusaciones de los cholultecas, pero dio por supuesto que le habían mentido, «Pues no sería digno de un gran señor como Mutezuma, facer algo de tal bajeza». De esta forma, evitaba el enfrentamiento directo con el omnipotente señor y podía continuar con su doble juego estratégico: por un lado, incidía en su deseo de ser recibido como amigo en Tenochtitlan; por otro, seguía erigiéndose en el paladín de los pueblos indígenas que ansiaban liberarse del asfixiante yugo de los mexica, y se preparaba para derrotar a éstos. En cada paso que daba, confirmaba lo que ya sabía: que en las alianzas con los naturales estaba la clave de la conquista.

Entre las imágenes que acompañaban su desvelo, Bernal Díaz retuvo algunas de los días posteriores a la matanza. Recordó que mientras el ejército se recomponía, la ciudad volvió a una cierta normalidad, aunque muchos edificios estaban destruidos y unas seis mil personas habían perecido. Se retiraron los muertos, regresaron las mujeres y los niños y los mercados recobraron su actividad. Cortés dedicó unos días a la negociación política. Permitió que los caudillos y principales que quedaban vivos recuperasen sus atribuciones, pactando con ellos para que no fueran sus adversarios. Les habló del tema religioso, pero no insistió mucho. Un esfuerzo inútil, pensó, intentar cambiar en pocos días la tradición de una ciudad sagrada. Ya habría tiempo, más adelante. Ahora había otras prioridades, y la principal, aquí, era evitar un enemigo a las espaldas. Consiguió que cholultecas y tlaxcaltecas, tras muchos años de enemistad, se reconciliaran. Éste fue uno de sus principales logros. Confiaba en la lealtad de los de Tlaxcala y, por esta vía, fortalecía el acuerdo con los de Cholula.

Continuaba la memoria de Bernal con su actividad intensa, distrayéndole del dolor punzante en sus tensionadas cervicales y sus hinchados pies llenos de ampollas, cuando escuchó a los que intervenían en el segundo relevo de la guardia. Se sintió algo más tranquilo, comprobando que la vigilancia funcionaba. No tenía sueño, pero decidió intentar dormir. Por enésima vez, había repasado su intenso camino desde que saliera de Medina del Campo. Ahora debía descansar, acumular fuerzas. Por fin llegaba el gran momento que justificaba todos sus esfuerzos. Sólo Dios sabía el desenlace de esta increíble aventura, pero él estaba allí, era uno de los protagonistas y nadie tendría que contárselo. En todo caso, sería al revés. Si conseguía salir vivo, algún día sería él quien lo relataría. Se lo explicaría a todo aquél que quisiera escucharlo, y quizá, ¿por qué no?, hasta escribiría un libro que pudieran leer sus contemporáneos y las generaciones futuras. Con este agradable pensamiento, cerró los ojos y, poco a poco, su bulliciosa vitalidad mental se fue desvaneciendo.

La noche se expresaba algo fría y bastante oscura, abandonada por su diosa, la luna, que ni siquiera llegaba a mostrar su cuarto menguante. Asomada tímidamente, reflejaba su inseguridad ante los acontecimientos que acaecerían al día siguiente. Su escueta presencia... ¿delataba sólo incertidumbre?... ¿o también malos presagios?

En un amplio salón del palacio en el que habían sido alojados, se encontraban algunos de los principales capitanes de Cortés. Tampoco podían dormir. Se habían despojado de los cascos, las armaduras y, sin perderlas de vista, las espadas, manteniendo el resto de la indumentaria. Ni siquiera se habían quitado el desgastado calzado. Tenían que estar preparados para actuar con rapidez ante cualquier imprevisto adverso. Sus vidas estaban en juego. Diego de Ordaz combatía la ansiedad que le provocaban las vísperas, recordando la increíble hazaña que había conseguido unas semanas antes, cuando pidió permiso al capitán para ascender a esa gran montaña que tanto asustaba a los indios. Las imágenes de la gesta regocijaban su espíritu y le daban fortaleza. Desde que llegaron a Churultecal, el imponente volcán en erupción le había impactado. Sus frecuentes rugidos aterrorizaban a los naturales, y éstos decían que era un dios enojado. Pero allí había azufre, muy útil para fabricar pólvora. Y además, seguramente, desde su altísima cima se podría explorar mejor el camino hacia Temixtitan. Con estos propósitos, inició la aventura junto a otros dos españoles y un grupo de tlaxcaltecas y cempoaleses. Los indígenas, muy asustados, se negaron a continuar cuando alcanzaron la falda. Los castellanos ascendieron solos, enfrentándose a la elevada altitud, el intenso frío, las enormes dificultades del inexplorado terreno, la nieve en la parte más alta, y el aire viciado de cenizas que se les venían a la cara, entorpeciendo su respiración. Pese a todo eso, y al deficiente calzado que protegía sus magullados pies, lograron llegar hasta la boca del cráter. Allí, disfrutaron del incomparable espectáculo del fuego y la sorprendente vista del hermoso valle de Anahuac y la magnífica ciudad de Tenochtitlan. «¡Cuánta grandeza!» exclamó Ordaz, desde su privilegiada atalaya. Él había sido de los

partidarios de regresar a Cuba, pero no cabía duda de que el capitán Cortés estaba en lo cierto. «¡Esta empresa es la más grande desde que el almirante Cristóbal Colón llegase a este Nuevo Mundo!» pensó entonces y ratificó ahora.

Más adelante, la increíble ascensión al Popocatepetl le valdría el reconocimiento del rey por ser el primer hombre en conseguirlo, obteniendo el privilegio de añadir un volcán a su escudo de armas. De momento, la hazaña había aportado el azufre y una valiosa información sobre el recorrido hacia Tenochtitlan, despertando, además, la admiración de los indígenas. Casualmente, justo al regresar Ordaz, la gran montaña rugió y expulsó una gran cantidad de humo, alimentando el temor y la especulación de los naturales. «¿Estará enojada por el atrevimiento?... ¿O desea mostrar que protege a los *teules*?»... Pronto concluirían que el gran volcán Popocatepetl y su esposa Iztaccihualt, la otra gran montaña, situada frente a él, apoyaban a los extranjeros. Estos pasaron entre ellos sin que les sucediera nada, sorteando la altitud de más de cuatro mil metros, el abrupto terreno de difíciles senderos poco transitados, las cenizas del volcán, el viento, la nieve, el frío y los torpes intentos de Moctezuma para detenerlos. Y todo eso, excepto trece que montaban a caballo, a pie, con el calzado remendado y la gravosa carga de las armaduras, espadas, rodela, ballestas, arcabuces y, sobre todo, las pesadas piezas de artillería de hierro y bronce. Además, retrasaban la marcha unas cincuenta mujeres que viajaban con la expedición y numerosos esclavos porteadores que llevaban todo lo necesario para organizar y mantener un campamento. La comitiva era lenta, pero avanzaba.

Algunos indígenas ya estaban convencidos de que los *teules* no eran dioses, pero otros dudaban y los había que seguían creyéndolo. En cualquier caso, resultaba evidente que ese dios que los protegía, el de la cruz de madera que rechazaba los sacrificios, era uno muy poderoso al que respetaban mucho, ¿o quizá le temían?, las divinidades tradicionales.

Frente a ese dios desconocido, Camaxtle, el dios tlaxcalteca, no había atendido las súplicas de su pueblo para derrotar a los extranjeros. Quetzalcóatl y Tlaloc, los principales dioses de Cholollan, tampoco... y ni siquiera habían reaccionado ante la deshonrosa destrucción de sus templos. Las grandes montañas habían permitido su paso. El sol se reflejaba en sus vestimentas y parecía guiarlos a la victoria. La luna les había protegido en aquella batalla nocturna... Y que decir del trueno y el rayo, que mataban a sus enemigos. Sólo faltaba saber que pasaría con Huitzilopochtli, la gran divinidad de Tenochtitlan. ¿Se atrevería a enfrentarse al dios de la cruz?

Cristóbal de Olid era otro de los muchos que no podían conciliar el sueño. La verdad es que había dormido muy poco desde que desembarcaron en Tierra Firme, salvo en los tranquilos días que habían pasado en Tascaltecal. «¡Menos mal que en aquél lugar pude recuperar la fuerza y el ánimo!» solía recordarse. La incertidumbre de la expedición, la tensión de las batallas, las intrigas internas, el enorme desgaste físico y, también, por qué no reconocerlo, el miedo a la muerte y a caer prisionero, le

habían debilitado mucho. Pero después de lo de Tascaltecal, todo había cambiado. Estaban descansados, contaban con el apoyo de los naturales y se hallaban más unidos. Todos tenían claro que no existía la vuelta atrás. Sólo había dos destinos: conquistar ese poderoso imperio que tanto temían los indios, al que llamaban Temixtitan, o morir como valientes al servicio de Su Majestad Don Carlos y la fe cristiana. Pensar en la segunda posibilidad le producía temblores, escalofríos y un fuerte dolor de estómago, por lo que prefería desviarse de tales pensamientos, regocijándose en recuerdos placenteros. Entre ellos, las agradables veladas con las ardorosas mujeres indias. Disfrutaba recordando cómo se entregaban en el arte del amor, transmitiendo el deseo, la pasión y el goce, sin ningún remilgo. También, mientras lo hubo, había recurrido al encantamiento del vino, pero hacia semanas que se había agotado. Por suerte, en Tascaltecal había podido probar el pulque. «¡Menudo descubrimiento!». Sus efectos de euforia y relajación le habían cautivado. No le importaba pagar el elevado precio de un intenso dolor de cabeza que, al día siguiente, le acompañaba a todas partes. «¡Bendito brebaje!». Sin embargo, esta noche no podía permitírselo. Al amanecer tenía que estar en sus mejores condiciones para la entrada en Temixtitan.

Recordaba Olid que antes de partir de Churultecal, los de Cempoal, sus primeros aliados, le habían comunicado a Hernán Cortés su deseo de abandonar la expedición y regresar a su tierra. Llevaban bastante tiempo lejos de sus casas y preferían no continuar. El capitán aceptó con buen talante. Ahora contaba con los de Tascaltecal, y estaba convencido de que se le unirían otros. No los necesitaba, por lo que consideró que lo mejor era bendecir su petición y seguir teniéndolos como amigos en la retaguardia.

—Sabed que habéis sido de gran ayuda para la corona de Castilla —les dijo con la solemnidad acostumbrada— En el nombre de nuestras muy insignes Majestades, Doña Juana y Don Carlos, os doy las gracias por vuestra muy grande lealtad y os ruego que, en señal de la amistad que nos une, llevéis mi más sincero agradecimiento a vuestro muy noble señor y le hagáis entrega de estos presentes.

Los intérpretes simplificaron el mensaje para que los cempoaleses pudieran entenderlo. Ya habían adquirido práctica en esta faceta, sobre todo Marina. Sus limitados recursos lingüísticos impedían reproducir los floridos discursos de Cortés. Y además, los mensajes escuetos y directos, acompañados de los correspondientes gestos, se adecuaban mejor a la comprensión de los indígenas.

—Vos ayudal mucho nos. *Tlatoaní* Castilla contento. Agladece a vos. Nosotlos amigos. Entlegal légalos a *tlatoaní* Cempuallan. Amigos. Cempuallan y Castilla, amigos —fue lo que recibieron.

El 1 de noviembre, con la ausencia de los cempoaleses, pero con una nutrida presencia de tlaxcaltecas y otros aliados, la expedición castellana partió hacia Tenochtitlan. Su primera escala fue Huexotzinco, que desde entonces se convertiría en otro aliado muy leal, aportando hombres, víveres y todo tipo de provisiones para el

viaje. Allí se planteó la duda sobre el camino a seguir. Los exploradores informaron que había dos. Uno de ellos estaba despejado. El otro se encontraba atravesado por árboles y piedras que dificultaban el paso. Los embajadores de Moctezuma propusieron la opción lógica del camino libre, que además era más corto, hasta Chalco, donde les recibirían bien. Pero los amigos indígenas, sospechando que podía tratarse de una trampa, aconsejaron lo contrario. «¿Por qué está ese camino interrumpido?» se habían preguntado. Les parecía probable que alguien lo hubiera hecho aposta para incitarlos a ir por el otro. «¿Estarán esperándonos en el camino más fácil?»

Hernán Cortés reunió a sus principales, entre ellos Cristóbal de Olid, y tras escuchar sus opiniones, decidió optar por la alternativa que le sugerían sus aliados, dirigiéndose a Tlamanalco. Disfrutaba recordando las desencajadas caras de los emisarios de Mutezuma, cuando se enteraron de la decisión del capitán. «A lo mejor fueron sacrificados por no haber sido capaces de convencernos» pensó sonriendo. La decisión resultaría acertada, ya que efectivamente, como descubrirían más tarde, en el camino que estaba libre se había preparado una emboscada. Estaba claro que Moctezuma seguía empeñado en que no continuaran. Había intentado aniquilarlos en Cholula y ahora les preparaba una trampa en las montañas. Por suerte, la anticipación les había salvado en ambos casos.

De forma paralela, la actividad diplomática del *huey tlatoaní* no cesaba. Sus emisarios iban y venían, intentando influir en las decisiones de Cortés. En el camino hacia Tlamanalco se presentó una nueva embajada encabezada por un señor lujosamente vestido. Se trataba de Tzihuacpopocatzin, pero fingió ser el mismo Moctezuma. Les entregó mucho oro y observó que los españoles se ponían muy contentos. «Pues hasta se les iluminaba el corazón» informaría después. «Cogían el oro, lo levantaban, se sentaban sobre él, gritaban de júbilo mientras lo tocaban». Nunca había visto una locura igual. «¡Como si fueran puercos hambrientos!», relataría a su regreso. Dedujo que no rechazarían la nueva oferta de su señor, cargada de oro, que él, pasándose por Moctezuma, hizo suya.

—A partir de este momento, como tributo a ese poderoso *huey tlatoaní* del otro lado del mar que te ha enviado, cada año le daré todo el oro que queráis, así como plata y otras ricas piedras —dijo el embajador grandilocuentemente, dirigiéndose a doña Marina por indicación de Cortés— Mis hombres os lo llevarán a la costa o a donde me digáis.

Tzihuacpopocatzin guardó silencio para permitir que las lenguas hablaran. Cuando comprobó que Jerónimo de Aguilar había terminado, prosiguió:

—A cambio te pido que retrocedáis y regreséis a vuestro país, pues sois muchos y en Tenochtitlan no dispongo de medios suficientes para atenderos como merecéis.

Marina se dispuso a hablar, pero el embajador extendió una mano y eso la detuvo. Aún no había terminado.

—Además, temo por vuestras vidas, pues no se cómo reaccionará mi pueblo... y

hasta me preocupa que podáis ahogaros en la laguna o ser atacados por los animales salvajes que tengo en mi palacio.

Hernán Cortés y sus principales habían sido advertidos por los tlaxcaltecas de que no se trataba de Moctezuma, por lo que asistían divertidos a esta representación. Cuando llegó su turno, el capitán preguntó:

—¿Acaso tú eres Mutezuma?

—Sí, soy yo, tu servidor. Yo soy Moctezuma.

—¡Fuera de aquí! —gritó entonces, inesperadamente, el español— ¿Quién crees que somos?... ¿Por qué nos engañas?

El embajador se sintió avergonzado por haber sido descubierto y no supo qué decir. El vehemente tono de Cortés, acompañado de expresivos gestos, y las duras palabras de Marina, le habían ruborizado. Sus ojos no se despegaban del suelo. El capitán continuó:

—Decidle al verdadero Mutezuma que estando tan cerca de la muy grande ciudad de Temixtitan no podemos retroceder, pues tengo el deber de realizar la misión que mi señor Don Carlos me ha encomendado... ¿Qué pensaría Mutezuma de sus embajadores, si éstos no fueran fieles cumplidores de sus órdenes?... Yo tengo que cumplir las mías, pues de otra forma, disgustaría a mi rey.

Las lenguas tradujeron estas palabras, pero algo debió suceder, porque los indios comenzaron a discutir entre ellos y los intérpretes también. Cortés no quiso saber más. Decidió simplificar el mensaje para cerrar la conversación, y su voz se impuso sobre las demás:

—Decidle a Mutezuma que seguiremos hasta Temixtitan. Marina no necesitó esperar a Aguilar para traducirlo al náhuatl. En realidad, cada vez dependía menos del intérprete español. Aprendía rápido el idioma de los extranjeros y se estaba familiarizando con las expresiones y los mensajes más habituales del capitán. Muchas veces, como ahora, aceleraba el proceso interviniendo de forma directa. Además, se había dado cuenta de que no se trataba, simplemente, de decir unas palabras, sino de transmitir el sentimiento que las vestía. Y lo hacía muy bien. La humillación de Tzihuacpopocatzin fue todavía mayor al ser ella, una mujer, quien diciéndole tajantemente que su misión había fracasado, le ponía en evidencia.

Junto al embajador *tenochca*, habían acudido algunos sacerdotes, magos y hechiceros, con el propósito de utilizar sus prácticas para perjudicar a los extranjeros. Ya lo habían procurado previamente, pero sin obtener los resultados deseados. Ahora tenían el encargo de intentarlo de nuevo. El *huey tlatoaní* se lo había exigido y sus vidas dependían de ello. Sin embargo, pronto supieron que no podrían hacer nada. En el camino se les apareció un hombre que aparentaba estar borracho. Con una voz profunda que los dejó aterrados, se dirigió a ellos:

—¿Por qué en vano habéis venido a pararos aquí? ¡Ya México no existirá más! ¡Volved allá! ¡Lo que sucedió ya sucedió!

Los enviados mexica palidecieron. Interpretaron que se trataba de Tezcatlipoca, el

dios del «espejo humeante» que simboliza la luna, muy venerado entre los nahua, pero especialmente en Tezcoco y Tlatelolco. Tezcatlipoca había vencido a Quetzalcóatl, por lo que se le consideraba una divinidad muy poderosa. Sus terribles palabras debían ser tenidas muy en cuenta. Rápidamente, regresaron a Tenochtitlan y le contaron lo sucedido a Moctezuma. Este se sintió abatido. ¡Era una señal nefasta!

El gran señor estaba desesperado. De momento, todos sus planes para detener a los extranjeros blancos habían fracasado. Y las dudas eran cada vez mayores. En un último intento, decidió enviar a su sobrino Cacamatzin, *huey tlatoaní* de Tezcoco, para que negociara con ellos. Ya en el valle de Anahuac, éste se presentó en el real de los españoles con todo el esplendor que correspondía a uno de los hombres más importantes del imperio. Llevado en andas y rodeado por una impresionante escolta, bajó de su litera lujosamente vestido, con deslumbrantes adornos de oro y riquísimas plumas. Por delante de él, varios hombres barrían el camino alfombrado por el que debía pisar, y a su paso todos le reverenciaban mostrándole sumisión. Los castellanos no habían visto antes una grandiosidad como esa. Deslumbrados por la fastuosidad de su atuendo y el protocolo que le rodeaba, se percataron de que se trataba de un gran señor de muy alta alcurnia, hasta el punto de que, inicialmente, creyeron que era el mismo Moctezuma.

Cacamatzin se sorprendió cuando Hernán Cortés le abrazó, pues no era costumbre que nadie osara tocarle. Y se desconcertó, aún más, cuando comprobó que era una mujer, de las de allí, la que mirándole a la cara, le hablaba con una impactante seguridad.

Dirigiéndose a Cortés, Cacamatzin disculpó a Moctezuma por no haber podido salir a recibirlo y, en su nombre, volvió a hacerle el mismo ofrecimiento de vasallaje que le había transmitido Tzihuacpopocatzin, aunque ahora era él, un *huey tlatoaní* de la Triple Alianza, el que le daba su honorable palabra.

Marina tenía instrucciones previas de Hernán Cortés y había ensayado su papel. Escuchaba atentamente, esperando con paciencia su momento. Ya sabía cuál era la respuesta. Cuando le llegó el turno, mostrando respeto pero con la cabeza alta, utilizó el tono enérgico que enfatizaba el claro mensaje del español. ¡No había vuelta atrás! ¡La suerte estaba echada! Por fin, Moctezuma decidió que recibiría a los extranjeros en Tenochtitlan... y sería al día siguiente cuando ocurriría.

El gran señor de los culhua-mexica tampoco dormía esa noche. Tras hacer sus habituales sacrificios personales a Huitzilopochtli, se había tumbado en el lecho para descansar. Esa noche había ayunado y no había llamado a ninguna de sus esposas o concubinas. Prefirió quedarse solo con sus pensamientos. Con esmero, meditó todos los detalles de su encuentro con esos desconocidos que amenazaban la estabilidad de su imperio. Recordó que era el *huey tlatoaní* de la gloriosa dinastía *tenochca*, digno sucesor de Acamapichtli, Moctezuma Ilhuicamina, Axayácatl y Ahuitzotl, y concluyó que Huitzilopochtli había querido que éste fuera su destino.

Una vez más, miró los dibujos que representaban a ese *tlatoaní* blanco y barbado del que se decía que podía ser Quetzalcóatl, y sintió el deseo de conocerlo, hablar con él de igual a igual y comprobar cómo era. «Sin duda, se trata de alguien muy valiente, de una talla superior, pues sólo un dios o una persona muy excepcional se habrían atrevido a desafiarme». Pensó que sería interesante conversar con él y descubrir todas esas cosas que le resultaban nuevas. «Será el encuentro de dos mundos diferentes» reflexionó.

Ninguno de sus memorables antepasados se había enfrentado a hombres o dioses del otro lado del mar, con costumbres tan extrañas y armas tan poderosas. En su soledad, el gran señor sintió miedo. Volvió a su pensamiento que los extranjeros eran una amenaza muy seria y regresaron las insolubles dudas que habían ensombrecido su existencia en los tres últimos meses. «¿Será él Quetzalcóatl?... ¿Hago bien en dejarles entrar en Tenochtitlan?... ¿Tendría que haberme enfrentado a ellos mucho antes, allá en la orilla del mar, cuando todavía no tenían aliados?... ¿Debería haberles declarado una guerra abierta?...» Estas y otras preguntas similares le perseguían y atormentaban. Pero ya era demasiado tarde. La decisión estaba tomada y ahora tenía que centrarse en el futuro inmediato. Dentro de la ciudad lacustre, sin posibilidad de escapar, los visitantes estarían controlados. Después, debería decidir qué hacía con ellos. Y esta vez, no podía permitirse más errores.

Los españoles y Moctezuma no eran los únicos que no podían dormir. En un palacio anexo al de los extranjeros, se alojaban los capitanes tlaxcaltecas. Para ellos, también sería un gran día. Tras largas décadas sufriendo el hostigamiento y asedio de los mexica, llegaba el momento sublime de entrar en Tenochtitlan formando parte de un poderoso ejército. Tlehuexolotzin, *tlatoaní* del señorío de Tepeticpac, Xicoténcatl el joven, Tecohuani, Acxotecatl, Cocomitzin y otros *pipiltin*, esperaban ansiosamente que el sol volviera.

—Nunca pensé que los tlaxcaltecas llegaríamos a entrar en Tenochtitlan, la gran ciudad de nuestros enemigos —confesó Cocomitzin, sacando a relucir un tema en el que, sin mencionarlo, todos pensaban.

—¡Pues entraremos! —aseguró uno de sus compañeros— Ya no estamos cercados. ¡Ahora somos nosotros a los que hay que temer!

Todos soltaron una carcajada. «¡Será un día grandioso para nuestro pueblo!» habían anticipado durante toda la marcha, desde que salieran de Cholollan. Parecía que las fuerzas se habían igualado. Ahora, con sus nuevos aliados, formaban una respetable fuerza militar a la que Moctezuma, al menos por el momento, no se había atrevido a plantar batalla.

—¡Qué orgullo para Tlaxcallan! —exclamó otro de los presentes— Desde los tiempos de Tezozómoc, el gran conquistador de Azcapotzalco, ningún ejército ha entrado así en la gran ciudad de los mexica.

—¿Piensas que habrá batalla? —preguntó Cocomotzin, dirigiéndose al *tlatoaní*

Tlehuexolotzin.

—No lo creo... al menos mañana. Los mexica nos dejarán entrar, tal y como ha prometido el *huey tlatoaní* Moctezuma.

—Acaso te fías de Moctezuma —intervino Tecohuani— Recuerda lo que sucedió en Cholollan. ¿No podría ser otro engaño?

—Si nos tienden una trampa, resultará muy difícil evitarla —sentenció Tlehuexolotzin— Aunque las calzadas son anchas, sería prácticamente imposible la retirada. Sobre todo si levantan los puentes y nos atacan desde las canoas.

—Si los mexica nos atacan, responderemos con el valor que siempre hemos mostrado —comentó el joven Xicotécatl— Pero también pienso que mañana no lo harán. Seremos sus huéspedes durante algún tiempo... y después... ¿Quién sabe cuál será la voluntad de los dioses!

La intervención de Xicotécatl Axayacatzin despertó el interés de sus compañeros, pues llevaba varios días prácticamente sin hablar. Aunque seguía siendo uno de los principales capitanes de Tlaxcallan, ya no disponía del mando único que había ostentado en los enfrentamientos contra los españoles. Con el pretexto de coordinarse mejor, Cortés había sugerido una cierta reorganización de las fuerzas tlaxcaltecas dividiéndolas por unidades, de forma que Xicotécatl tenía ahora un protagonismo menor, en beneficio de otros capitanes. El joven guerrero estaba contrariado por la situación, y su rechazo a los extranjeros era cada vez mayor.

—¡No podemos confiarnos! —alertó Tlehuexolotzin— Tendremos que estar muy pendientes de todo, e informar a los *teules* de cualquier cosa que nos inspire desconfianza.

—¿Tú crees que Malintzin nos escuchará? —preguntó incrédulo Xicotécatl— Él tiene sus propios planes... ¿Quién sabe si no nos traicionará y acabará aliándose con el mismo Moctezuma!

—¡Malintzin es nuestro fiel aliado!... ¡Lo demostró en Cholollan! —exclamó Tlehuexolotzin, alzando un poco la voz— Sé que no es de tu agrado, Xicotécatl, pero debes reconocer que es un gran guerrero. Sus métodos no son los habituales entre nosotros, pero son más eficaces y debemos aprender de ellos. Además, gracias a él, por primera vez en mucho tiempo, estamos libres del asedio de los mexica.

—Todo eso es cierto —confirmó Cocomitzin— Ahora tenemos sal y algodón, y podemos comerciar con cualquier pueblo hasta el mismo mar... Igual que sucedía antes... como era la costumbre de Tlaxcallan hasta que nos lo impidieron los culhuas.

—Debes reconocer, Xicotécatl, que la prosperidad que empezamos a disfrutar en Tlaxcallan no la teníamos antes de que llegaran los *teules* —apuntilló Acxotecatl, que hasta ese momento había guardado silencio.

—Admito lo que decís —concedió Xicotécatl— ¿Pero cuánto tiempo durará eso?... ¿Y a qué precio? —interrogó desafiante a sus compañeros.

Ninguno contestó. Lo que estaba claro, y el propio Xicotécatl lo sabía, es que habían unido su destino a esos extranjeros y que, al día siguiente, entrarían juntos en

la grandiosa Tenochtitlan. No era el momento de dudar sobre la alianza, sino de creer en ella y fortalecerla. En el camino se les habían unido algunos miles de guerreros de Huexotzinco, Tlamanalco, Amaquemecan y otros pueblos, pero ellos, los tlaxcaltecas, eran la principal fuerza y sentían la confianza de los *teules*. Juntos formaban un buen ejército en el que no debería haber fisuras. La unidad era fundamental. Los mexica eran muy superiores en número y actuaban en su propio terreno. No podían permitirse la debilidad de la duda. Habían dado su palabra a Malintzin y la cumplirían.

Para el capitán Hernando Cortés, el sueño de esa trascendente víspera resultó efímero. Tras hablar con sus principales, se había retirado a su aposento privado con doña Marina. Allí repasaron juntos las palabras que dirían a Mutezuma y compartieron un largo silencio acompañado de suaves caricias que tranquilizaron su euforia. No hicieron el amor, pero ella le ayudó a desfogar su ansia. Después, se quedó dormido unas tres horas.

Mucho antes del amanecer, ya estaba despejado y su mente muy activa. Imaginó varias veces cómo sería el encuentro con el gran señor de Temixtitlan, y se sintió orgulloso de ser el primer hombre del viejo mundo que había llegado tan lejos. La energía de sus pensamientos le impulsó a levantarse del lecho. Organizó su vestimenta, se enfundó la espada y salió a comprobar cada puesto de guardia, aprovechando para pulsar el ánimo de los que estaban de servicio. Caminando por el real, vislumbró que el sol anunciaba su presencia. Sintió una emoción muy intensa. Sin pensarlo supo que comenzaba uno de los días más importantes de su vida... y probablemente, de los más trascendentes de la Historia.

13 CAMAXTLE

«... escondían los ídolos y los ponían en los pies de las cruces, para allí guarecer la vida de su idolatría...»

Fray Toribio de Benavente «Motolinía»,
en su libro «Memoriales o Libro de las Cosas de la Nueva España y de los Naturales de
ella»
(escrito en el siglo XVI)

Puebla, 6 de noviembre de 2006

Sonó y sonó el repetitivo timbre de su teléfono móvil y no tuvo más remedio que regresar del profundo sueño. Desde que estaba en México, era la primera vez que lo necesitaba. Lo programaba todos los días, pero hasta ahora, siempre se había desvelado antes de que le avisara, aunque es cierto que cada vez más cerca. Ya estaba adaptado al horario mexicano. Tras apagar el pitido casi inconscientemente, siguió traspuesto durante un rato. Después, comenzó a recordar algunas cosas y abrió los ojos para mirar a su alrededor. Buscó... siguió indagando... pero no la encontraba. Concluyó que en algún momento, ella se había marchado. En la mesilla de noche halló una pequeña nota: «*Camilo, eres un hombre encantador y muy romántico. Muchas gracias. Verónica*».

Sonrió con satisfacción y ternura, acordándose de lo sucedido la noche anterior. Ese agradable restaurante, esas miradas, la complicidad, los roces, los primeros besos... Habían regresado cogidos de la mano, besándose por las calles como dos adolescentes.

—¿Quieres subir? —le había preguntado él, en la puerta del hotel.

Ella, nerviosa pero decidida, simplemente asintió. Después, todo fue muy hermoso. No estaba con una mujer desde la muerte de su segunda esposa. Ocho años



más tarde, volvió a sentir el excitante roce de un cuerpo femenino desnudo, la pasión de las caricias, los gemidos, los besos... Por suerte, pudo responder a las demandas del emotivo momento, a pesar de los tres tequilas que llevaba encima. «¡Estás hecho un *rapaz!*» murmuró con la satisfacción del que ha disfrutado y cumplido. «¡Qué extraordinaria mujer!» pensó, sintiendo admiración y respeto por su sensual amante.

Cuando estuvo algo más despejado, entró en el cuarto de baño. Al mirarse al espejo, sufrió un inesperado sobresalto.

—¡La medalla!

Comprobó que no la llevaba puesta. Mera ratificación de lo que había visto claro desde el primer momento. Regresó al cuarto para buscarla. Aceleradamente, revisó las dos mesillas de noche, una consola donde había dejado el dinero y las gafas, entre la ropa del día anterior y hasta removiendo sus papeles. ¡Nada! Todo inútil. ¡La medalla no estaba! «¿Dónde *carallo* estará?»

La idea de que se la había llevado ella, pasó por su cabeza. «¿Cómo iba a hacer algo así?» se preguntó confundido. «¿No se la habré regalado yo, en un momento de incontrolada euforia?... ¡No! ¡Eso es imposible!».

Vagamente, empezó a recordar a la mujer con la medalla colgada del cuello, tintineando sobre su cuerpo desnudo. «¡No es posible!» volvió a repetirse, sintiéndose culpable. «¿Cómo he podido hacer algo así?... Perdí la cabeza... ¡Qué *carallo!*... ¡tengo que recuperarla!».

El celular de Verónica estaba apagado. Era la enésima vez que lo intentaba. «¿Para qué *carallo* tiene un móvil, si no lo enciende?» se preguntaba indignado. «Con Almudena me pasa lo mismo... ¡siempre que necesito localizarla, tiene el teléfono apagado!» Estaba ansioso por saber qué había sucedido. Y sobre todo, necesitaba tener la certeza de que podría recobrar la medalla. «¡Tranquilo Camilo!» se dijo para calmarse. «Seguro que se le olvidó quitársela... En cuanto nos veamos, me la devuelve». Esa misma tarde se reanudaba el seminario sobre liderazgo en la Universidad Iberoamericana. ¡Allí la encontraría!

Mientras tanto, decidió que lo mejor era relajarse dando un paseo por la ciudad. Un buen momento para entrar en la catedral. Había leído que poco después de la fundación de la ciudad, ya se había construido una primera catedral, aunque mucho más modesta que la actual. Insuficiente para una población cuya importancia crecía a marchas forzadas, impulsada por el asentamiento de los españoles y la trascendencia de la diócesis de Tlaxcala, trasladada a Puebla en 1543. Una gran ciudad requería una edificación grandiosa, por lo que en 1575, comenzaron las obras. Cientos de tlaxcaltecas, más o menos obligados, aunque retribuidos, contribuyeron a la magna empresa. Un siglo más tarde, en 1649, el obispo Juan de Palafox y Mendoza bendijo el imponente templo, aún no terminado. De sus dos inmensas torres de 66 metros de altura, sólo se había comenzado a levantar la del ala norte: la que alberga las impresionantes campanas que al sonar sorprenden a los visitantes. Entre ellas, destaca la que se llama «María», cuyo peso es de 8500 kg. Para colocarla se necesitó el

esfuerzo de doscientos hombres durante tres meses... aunque según el mito popular, «con el auxilio final de los ángeles... ¡que terminaron de situarla en una noche!». La torre sur no estuvo terminada hasta 1768.

Desde la explanada exterior, Camilo admiró la espléndida fachada principal flanqueada por las dos torres. Le pareció severa y hermosa, aunque seguía pensando que no hay otra como la de Santiago de Compostela. En el centro vio la Puerta del Perdón, custodiada, a cada lado, por estatuas de San Pedro y San Pablo y, en la parte superior, por las de San José y Santiago. Aprendió que sólo se abre cada veinticinco años o en ocasiones muy especiales. Ya dentro del extraordinario templo, apreció su estilo neoclásico incorporado en el siglo XIX, junto a los detalles del barroco anterior. Le encantó el Altar de los Reyes en la capilla del ábside, con su cúpula pintada al óleo por Cristóbal de Villalpando, mostrando una alegoría de la eucaristía. Y le maravilló el Altar Baldaquino o Gran Ciprés, del valenciano Manuel Tolsá, en cuyo bajo se encuentra la sepultura de los obispos de Tlaxcala-Puebla. Observó que había siete capillas en cada lateral, al igual que en las catedrales de México y Oaxaca, y un órgano moderno de más de tres mil tubos, junto a los dos más antiguos que todavía se conservan. También se percató de las imponentes lámparas colgadas del altísimo techo y del oro de dieciocho quilates que enriquece cada rincón del templo. Sentado en uno de los bancos, dedicó unos minutos a estar en paz. Él no era creyente, pero el lugar propiciaba esa tranquilidad interior que tanto apreciaba.

—Buenas tardes, doctor. ¿Qué tal está? —La voz de Horacio Gabriel Rodríguez le hizo girarse hacia la izquierda hasta encontrarse con él. Faltaba poco para la una de la tarde y acababa de entrar en el edificio principal de la Universidad Iberoamericana.

—¡Hombre Horacio! Me alegro de verte. Estoy muy bien, gracias. ¿Y tú, como estás? —correspondió tendiéndole la mano derecha— ¿Ha llegado ya la maestra Islas? —preguntó a continuación, sin demorar más el tema que tanto le preocupaba.

—Estee... No, hoy no vino. Tenía que atender un asunto personal y habló para disculparse. Dijo que si le daba tiempo, llegaría más tarde.

«¡Vaya hombre!» pensó, bastante decepcionado. «¡Tranquilo Camilo!, pronto se aclarará todo. Ahora céntrate en el curso» se dijo a continuación para recuperar el ánimo.

Acompañado de Horacio, entró en el aula y, uno por uno, fue saludando a los alumnos. Isabel Lozano no estaba. Rastreó una y otra vez, esperando encontrarla. ¡Nada! «¡Menudo día!» exclamó en su interior, algo contrariado «¡Ahora resulta que desaparecen las dos!».

—Voy a plantearles un caso para que ustedes, en grupos de seis personas, lo discutan y tomen algunas decisiones. Después, el portavoz de cada grupo expondrá sus conclusiones y las debatiremos todos juntos —explicó a sus atentísimos alumnos. Acababa de comenzar la clase, y tras una brevísima introducción, planteó este ejercicio práctico.

—Este es el caso. Por favor, tomen nota. El director general y socio de una

pequeña cadena de tiendas de ropa, reúne a sus cuatro socios, todos ellos miembros del comité de dirección, con puestos de responsabilidad en la compañía, para discutir un asunto muy delicado que exige una decisión de enorme trascendencia... Desde hace algún tiempo, una empresa de la competencia, mucho más fuerte, les está arrebatando el mercado. Por ese motivo, ya han tenido que cerrar dos tiendas y otras tres se encuentran en una situación muy precaria. De las dos restantes, sólo una ha conseguido beneficios en el último año, aunque menos que otras veces y gracias a numerosos recortes en personal, inversión y otros gastos. En las condiciones actuales, quizá puedan resistir algún tiempo, pero lo más seguro es que tengan que cerrar en un futuro no muy lejano.

Hizo una pequeña pausa para darles tiempo a completar la redacción. Cuando estuvo seguro, continuó:

—En las últimas semanas, una gran multinacional del sector que quiere instalarse en la zona, les ha hecho una ambiciosa oferta. Les propone una fusión, que en realidad sería una absorción pero dejándoles cierta autonomía en algunos aspectos... Tendrían que aceptar la autoridad de la multinacional en lo que respecta a los objetivos y la estrategia del negocio, dependiendo de decisiones que se tomarían desde otro país y de un director general corporativo que estaría por encima de ellos, pero podrían mantener gran parte de su estructura organizativa, incluyendo sus propios cargos directivos, y disfrutarían de bastante libertad para su funcionamiento diario. Además, se aceptarían sus propuestas para comercializar algunos productos autóctonos que fueran compatibles con los de la multinacional... A cambio, recibirían importantes recursos para superar a la empresa de la competencia que en la actualidad los tiene asfixiados... La multinacional está muy interesada en este mercado, por lo que en caso de no llegar a un acuerdo, buscaría a otro socio local para abrirse paso... El director piensa que hasta podría aliarse con esa otra compañía que les está superando.

Terminando de dictar esas últimas palabras, se abrió la puerta de la sala y asomó la cabecita de una hermosa muchacha.

—¿Me permite pasar? —La cara y la voz de Isabel Lozano provocaron que se estremeciera y, al mismo tiempo, sintiera una alegría inmensa.

—¡Claro!, pase usted señorita —dijo con firmeza, centrándose en la chica y olvidándose del resto.

—Siento mucho llegar tarde —se disculpó ella, un poco avergonzada.

—¡No se preocupe!... Estamos empezando... Se trata de un caso que deben discutir en grupo... Por favor, únase a estos compañeros... Estoy seguro de que estarán encantados de tenerla en su equipo.

«El que está encantado de que estés en clase soy yo» pensó. «¡Menuda alegría!»

—Ejem... continuemos con el caso —anunció alzando la mirada y elevando la voz para recuperar la atención que, durante un par de minutos, se había dispersado.

—Vistas las circunstancias expuestas, los socios de esta empresa deben decidir si

aceptan la oferta de la multinacional a costa de su independencia, o bien la rechazan asumiendo el riesgo de desaparecer... La opinión de los socios está dividida. El director general, duda. La empresa representa el esfuerzo de tres generaciones de su familia. La fundó su abuelo. La consolidó su padre. Y él y su hermano, otro de los presentes, la hicieron crecer, ampliando el negocio e incorporando a los restantes socios.

Volvió a permanecer en silencio, hasta confirmar que los alumnos habían terminado de escribir.

—Bien. ¿Qué es lo que tienen que hacer? —planteó sin esperar respuestas— Deben analizar el caso, únicamente, desde la perspectiva del liderazgo. Pónganse en la piel de los directivos que defienden cada una de las dos opciones e intenten comprender sus razones. Hagan lo mismo con el director general y procuren entender sus dudas. Después, discutan sobre el procedimiento para tomar la decisión. ¿Qué estilo de liderazgo debería adoptar el director general? ¿Qué herramientas podría emplear? ¿Cómo debería actuar?... Pueden añadir cualquier otro aspecto que les parezca relevante. Tienen treinta minutos para hacer este ejercicio. ¿Alguna pregunta?

—Sí, doctor —reclamó uno de los que parecía de mayor edad, mientras levantaba un brazo— ¿Podemos considerar otras posibilidades?

—Sí, por supuesto —respondió el profesor, acompañando un gesto de asentimiento.

—Pero siempre centrándose en los aspectos relacionados con el liderazgo... y sin eludir la decisión que el comité debe tomar.

Los alumnos habían formado seis grupos: cuatro de siete personas y dos de seis. Sentados en círculo, cada equipo ocupaba un lugar del aula distanciado de los demás. La actividad había comenzado. Grupo por grupo, Camilo comprobó que su orientación era la correcta. Después, continuó paseando por la sala a una distancia discreta. Su papel era estar disponible para resolver cualquier duda, pero sin intimidar con su presencia.

Relajada su mente, comenzó a pensar en la similitud del caso que había planteado, con el de los principales señores de Tlaxcala cuando llegaron los españoles en 1519. «¡Menuda coincidencia!». Situó a Xicotécatl el viejo en la función de director general y a los otros caciques en el papel de socios del comité de dirección. Imaginó a Tlaxcala como la empresa más pequeña, levantada con el enorme esfuerzo de generaciones, acosada por el agresivo empuje de la compañía más poderosa, los mexica, quienes se habían apoderado del mercado y amenazaban la supervivencia tlaxcalteca. Meditó que los españoles equivalían a la empresa multinacional que proponía una alianza. Pensó en Xicotécatl el joven, defendiendo la opción de rechazar la oferta de la multinacional, y en Maxixcatzin, apoyando lo contrario. Y reflexionó sobre las tremendas dudas del anciano Xicotécatl, debatiéndose entre el deseo imposible de sobrevivir sin renunciar a la independencia y la realidad objetiva

a la que debía enfrentarse: es decir, entre fusionarse, sometiéndose a la autoridad que ejercería la multinacional desde un país lejano, pero manteniendo gran parte de la identidad propia y una cierta autonomía, o seguir debilitándose hasta cerrar el negocio definitivamente.

Aunque su bullicioso cerebro se entretenía con estas divertidas comparaciones, de vez en cuando su atención selectiva rompía esa disciplina y se fijaba en Isabel Lozano. El apasionado impacto que le había producido la chica la semana anterior, se había ido calmando con el paso de los días. Hasta la había olvidado con la compañía de Verónica... Pero esa tarde... renació el ansia, ese mismo deseo que, impulsivamente, le había llevado hasta Tlaxcala. Al comenzar la clase, su ausencia le había contrariado. Y después, cuando irrumpió en la sala, otra vez esas palpitations tan acentuadas, como si su corazón quisiera transmitirle algo. Ahora, la miraba discretamente y disfrutaba observando cómo interactuaba con sus compañeros de grupo. Escuchaba muy atenta. Tomaba notas con bastante frecuencia. Hablaba poco, pero lo hacía con seguridad y se notaba que los demás la tenían en cuenta. Volvió a fijarse en su hermoso cuello. En ese elegante moño que recogía su espléndido pelo negro, muy aplastado. La expresividad de sus ojos marrones. Los graciosos movimientos de sus finas manos. Y sus sensuales labios de color melocotón que contrastaban, agradablemente, con el tono tostado de una piel que se antojaba suave y muy sensible.

Finalizado el tiempo asignado para el trabajo en grupos pequeños, comenzó la discusión general. El portavoz de uno de los equipos pidió la palabra.

—Hemos decidido que el director general debería adoptar un estilo de liderazgo participativo, escuchando a todos los miembros del comité de dirección y buscando un consenso amplio. Es una decisión demasiado trascendente y debería implicar a los demás.

—Pensamos lo mismo —señaló otro portavoz, en este caso una mujer— Pero no hay que olvidar que en el equipo directivo hay serias discrepancias, por lo que es posible que no se pueda alcanzar el consenso. Además, como director general, debería pronunciarse y hacer valer su opinión.

—Como líder, tendría que hacer entender a sus directivos que la decisión debe tomarse con la cabeza fría —apuntó un tercero— Seguramente, los que optan por rechazar la oferta de fusión, piensan más con el corazón que con la cabeza.

—Bueno, no es malo tener orgullo y luchar por mantener la tradición del negocio. ¿O sí, doctor? —intervino una de las muchachas, entendiendo la postura de los que defendían no fusionarse con la multinacional— ¡El corazón mueve montañas!

Esta última intervención provocó un pequeño desorden. Algunos la comentaron con sus compañeros más próximos, desarrollándose conversaciones simultáneas. Varios alumnos, entre ellos Isabel Lozano, levantaron la mano para pedir la palabra y dos intentaron, sin éxito, que su voz prevaleciera sobre las demás.

—¡Tranquilos!, ¡tranquilos!, ¡de uno en uno! —voceó el profesor, subiéndose a

una tarima para tener más presencia, al tiempo que hacía aspavientos con los brazos para reclamar la atención— Por favor, respeten el turno de palabra.

Cuando se produjo el silencio, estableció un orden entre los que habían solicitado intervenir —Ahora usted, Isabel.

—Creo que hay que escuchar al corazón y aprovechar su energía —comenzó la chica, empatizando con la postura anterior— Pero las decisiones más delicadas deben tomarse con la cabeza. Si no es así, se corre el riesgo de caer en un fanatismo extremo que puede conducir a la autodestrucción.

Muchos alumnos asintieron. Camilo quedó gratamente sorprendido por las acertadas palabras de la muchacha. Con una expresiva mirada de admiración y reconocimiento, reforzó su intervención. «¡Vaya!... veo que además de la belleza, tiene otras cualidades» exclamó en su interior.

—¿Hasta qué punto la postura de los miembros del equipo directivo, dependerá del beneficio individual que cada uno tendría con las distintas opciones? —preguntó un hombre de unos cuarenta años que se sentaba en la parte de atrás.

—Sin duda, la situación personal del que lidera puede tener mucho peso en sus decisiones —contestó el profesor— Los buenos líderes son capaces de diferenciar lo personal del interés general y anteponer éste, pues esa es su responsabilidad. Pero lógicamente, también tienen en cuenta el beneficio o perjuicio individual.

Los alumnos volvieron a hablar entre ellos. Él consideró apropiado el intercambio de opiniones y se lo permitió. Mientras tanto, aprovechó para trasladar su mente a Tlaxcala, en 1519, y pensó en Xicoténcatl el joven oponiéndose a la alianza con los españoles. Seguramente, su orgullo militar y su patriotismo influían en su postura. Y acentuados en exceso, no le dejaban ver las cosas con objetividad. Pero además, es probable que intuyera que, en la nueva situación, su influencia ya no sería la misma. Claro, que este mismo argumento, pero al revés, podría estar influyendo en la posición de Maxixcatzin, apoyando la alianza... En realidad, meditó, la experiencia muestra que los intereses personales de los líderes suelen tener mucho peso en las decisiones empresariales. «Una cosa es la teoría y otra la práctica». Muchos líderes, a veces sin querer verlo, incluso engañándose a sí mismos, adaptan el interés colectivo al propio, en lugar de hacerlo al revés. Y deciden anteponiendo lo personal. Aunque, eso sí, buscan la forma de objetivar las decisiones para poder justificarlas en base al interés empresarial. Lógicamente, esto no sucede con todas las decisiones, pero es mucho más frecuente de lo que podría parecer, sobre todo cuando están en juego intereses personales muy fuertes. «Si esto es así en nuestros días... ¿Cómo no iba a suceder hace quinientos años?...».

Una nueva pregunta le obligó a regresar de sus absorbentes reflexiones. Para ganar tiempo, pidió a todos que atendieran, y al que la había hecho que la repitiera.

—¿Qué puede hacer el director general para conseguir el consenso?

—A lo largo del curso iremos viendo distintas estrategias que podrían resultarle útiles —respondió, pretendiendo no extenderse— En líneas generales, podría usar

una herramienta como las *matrices de decisiones* para analizar en grupo las ventajas y los inconvenientes de cada una de las opciones... y aprovechar esa visión de conjunto para adoptar una decisión conjunta con un amplio acuerdo.

—Pero tiene que ser muy duro para el director general que la empresa que ha creado su familia pase a depender de una multinacional —señaló con energía una muchacha muy joven que, hasta ese momento, había pasado desapercibida— ¡Vaya situación para alguien que ha tomado siempre las decisiones de su propio negocio, aceptar las que se toman en otro país!

—Así es —asintió él, antes de plantear una pregunta— ¿Qué pensáis los demás sobre este comentario?

Varios levantaron la mano. Le dio la palabra a un muchacho que vestía traje y corbata.

—Pienso que un líder tiene que ser duro para enfrentarse con valentía a las situaciones adversas. Precisamente, el apego a la empresa de su familia deberá darle las fuerzas para establecer la prioridad de que no desaparezca, aunque sea a costa de aceptar grandes cambios. Así, pasarán los años y la empresa podrá cambiar de dueños y de estrategia, ¡pero seguirá existiendo!

Otro alumno que había levantado la mano, intervino a continuación.

—Estee... Supongo que lo que tendrá que hacer el director general es negociar las mejores condiciones posibles con la multinacional, ¿No es así, doctor?

El interesante debate continuó unos quince minutos más. Los alumnos se mostraban muy activos y parecían bastante satisfechos. Camilo lo estaba. Anunció una pausa de media hora y todos se dirigieron a una sala contigua en la que les esperaban el café y unas apetitosas pastas.

—¿Qué tal le fue en estos días, doctor? —La inesperada voz de Isabel Lozano sorprendió al profesor, concentrado en servirse un terrón de azúcar.

—Ehh... La verdad es que bastante bien, muchas gracias —respondió conteniendo la alegría que le producía el acercamiento de la muchacha— No te creerás dónde he estado —añadió, intuyendo que sería una enorme sorpresa para ella.

Isabel permaneció expectante, sin apartar la vista de los ojos de Camilo.

—Estuve en Tlaxcala.

—¡De veras, doctor! —exclamó emocionada— ¿Y cómo se le ocurrió?

—Bueno, como me hablaste de Tlaxcala y fue mi primera noticia sobre ese lugar, tuve la curiosidad de conocerlo —contestó encubriendo su motivación inicial.

—¿Y le gustó? —preguntó la muchacha, muy interesada.

—Pues sí, me ha gustado mucho —afirmó él con entusiasmo, deseando transmitirle su buena impresión.

—¡Qué bueno! —dijo ella, mostrando una enorme satisfacción.

Se sintió muy a gusto con la inesperada, pero deseada, compañía. Durante el breve intercambio, sintió la ilusión y el nerviosismo del adolescente que habla con la chica que en secreto le gusta. Mientras ella se expresaba, su vista fluctuaba entre los

ojos de la muchacha, llamativamente vivos, y sus sugestivos labios. También se fijaba en los atractivos gestos de sus manos que siempre acompañaban a las palabras. Entre otros, percibió que giraba con frecuencia las muñecas y que, a veces, para incrementar el énfasis, tensaba y doblaba los dedos a modo de garras. Cuando él hablaba, observaba muy atento sus reacciones. Las señales que creyó captar indicaban que se encontraba cómoda y en cierto modo interesada. «Se sentirá atraída por el profesor, no por el hombre, mucho mayor que ella» pensó, buscando ser realista. Pero también quiso recordar lo que le había dicho Verónica: «Hay muchas mujeres de treinta años deseando tener un marido».

«¡Despierta Camilo!... ¡Qué se te va la perola!» se dijo con energía, mientras ella se servía una segunda taza de café. En ese momento, «¡qué casualidad!», apareció Verónica Islas.

—Buenas tardes, doctor —saludó, exhibiendo una amplia sonrisa.

—Hola, buenas tardes —correspondió el español, dándose cuenta, aliviado, de que llevaba su medalla al cuello.

Se besaron en una mejilla y ella retiró la cara cuando él fue a besar la otra. Camilo recordó que en México sólo se da un beso. Ella también se dio cuenta y rectificó.

—¡Ah!... perdone doctor, me olvidaba que allá son dos.

En realidad, lo que ella quería era darle sólo uno, pero en los labios. Llevaba todo el día pensando en lo sucedido la noche anterior, recreándose en las imágenes de su inesperada pasión. Deseaba volver a verlo para acariciarlo, abrazarlo, besarlo y decirle lo feliz que había sido. Aunque tampoco quería asustarlo, pues sabía de ese riesgo en los hombres maduros cuando detectan mucho entusiasmo.

—Por cierto Camilo, tengo tu medalla —dijo en voz baja, aprovechando que se habían quedado un poco apartados de los demás— Me la llevé sin darme cuenta. Lo siento.

—¡Ah sí!, muchas gracias —respondió él sin darle importancia, escondiendo que había estado preocupado.

La maestra dirigió sus manos a la nuca y, con gran facilidad, desenganchó el broche de la cadena de oro. Después, ayudó al profesor a colgársela. Camilo, por fin, respiraba tranquilo. En ese momento, Isabel Lozano regresó de ponerse azúcar y, por algún motivo que no percibieron, pareció angustiada.

—¿Estás bien, Isabel? —preguntó el profesor preocupado, percatándose de que algo le pasaba.

—No... nada... nada... —contestó ella vagamente, con la cabeza inclinada y la mirada fija.

—No es nada, gracias —repitió algo aliviada, levantando la vista— ¿Me disculpan?... Voy a tomar un vaso de agua.

Verónica y Camilo se miraron extrañados mientras la chica abandonaba el salón. Ella no le dio importancia. Él se quedó intranquilo, confiando que no fuera algo

grave.

Durante las dos horas sucesivas, el seminario continuó con normalidad. Isabel se incorporó un poco más tarde que los demás y, aunque aparentemente siguió la clase sin ningún problema, lo cierto es que no participó como en el periodo previo. Camilo notó que estaba algo ausente, pero prefirió dejarla a su aire, sin hacerle preguntas que pudieran resultarle incómodas. Al terminar, todos se despidieron hasta el día siguiente. Cuando el profesor se dio cuenta, la muchacha ya se había ido.

Esa noche, el director general académico que había inaugurado el seminario, Manuel Francisco Ramírez, invitó a Camilo a cenar. Les acompañaron la maestra Verónica Alicia Islas y el licenciado Horacio Gabriel Rodríguez. El director general había sido jesuíta y era doctor en Historia por la UNAM, por lo que pronto encontraron temas de conversación en los que el español estaba muy interesado.

—Se ve que la iglesia católica tuvo mucha influencia en la etapa colonial —comentó Camilo.

—Así es —corroboró el historiador, antes de ilustrar a los presentes— Hernán Cortés ya trajo a dos sacerdotes en su expedición, y después llegaron tres frailes. Lógicamente, no daban abasto. En 1523, dos años después de la toma de Tenochtitlan, arribaron tres franciscanos de Gante, a modo de avanzadilla. Y al año siguiente, se presentaron doce frailes de la misma orden, a los que se llamó «los doce apóstoles», encabezados por fray Martín de Valencia. En ese grupo vino el famoso Motolinía, quien desarrolló una intensa actividad como evangelizador, protector de los indígenas, historiador, escritor y protagonista de otros hechos trascendentes, como la propia fundación de Puebla.

Camilo recordó que había comprado un libro de Motolinía en el *tianguí* de la plazuela del Sapo, y le gustó comprobar que se trataba de un personaje de tanto peso.

—El papa Adriano VI había confiado la tarea de evangelizar en el Nuevo Mundo a frailes de órdenes regulares, y los franciscanos fueron los pioneros —continuó Manuel Francisco— Poco después, llegarían los dominicos y los agustinos. El primer prelado de Nueva España fue un dominico, fray Julián Garcés, otro gran defensor de los indígenas, obispo de Tlaxcala en 1527.

—¿Y los jesuítas? —preguntó Verónica, interesándose por los patronos de su universidad.

—Vinieron más tarde, en 1572 —precisó el director general— Y se dedicaron, en gran parte, a fundar instituciones educativas. Una tradición jesuíta en la que Ignacio de Loyola, su fundador, insistió mucho. Los jesuítas estuvieron en las misiones que se abrirían más tarde en Nuevo León, Nuevo México, California y otros territorios del norte. Cuando fueron expulsados en 1767, por decreto de Carlos III, dejaron un vacío muy importante.

—¡Pero regresaron! —apuntó Horacio, mostrando que se congratulaba por ello.

—Cierto —asintió el experto— La perseverancia ha sido y sigue siendo un valor

muy destacado de los jesuítas —Durante el siglo XIX, ya en el México independiente, fueron expulsados y readmitidos ¡nada menos que cuatro veces!... Y bueno, en la actualidad, como ya sabéis, hay muchos centros educativos jesuítas, entre ellos varias universidades, como la nuestra... Aunque la primera universidad de México fue fundada por los españoles nada menos que en 1551...

Camilo percibió que la conversación se estaba desviando y trató de centrarla.

—¿Cómo hicieron los primeros frailes para evangelizar a los indígenas? —preguntó mirando al doctor en Historia— Imagino que no resultaría nada fácil cambiar sus costumbres religiosas.

—Evidentemente... fue una tarea muy difícil —señaló Manuel Francisco— Pero no podía ser de otra manera... En aquella época, para los países de la Europa cristiana, el Papa era el arbitro principal del derecho internacional. Y la legitimidad que concedió a la corona de Castilla sobre los territorios del Nuevo Mundo, se fundó en su compromiso de cristianizar a la población indígena.

—Así que era como una obligación, ¿No es cierto? —apuntó Verónica.

—Pues en cierto modo, sí —confirmó el ex-jesuita— Además, tener en cuenta que cuando llegó Cortés comenzaban a surgir las tesis de la reforma protestante, contra las que Carlos V lucharía enconadamente. Y que sería también el emperador quien, en Europa, asumiría la defensa del catolicismo frente a la terrible amenaza musulmana del imperio turco... ¿Cómo no iba a ser prioritaria la evangelización de los territorios conquistados en ultramar?

Verónica, moviendo la cabeza, Horacio, abriendo más los ojos, y Camilo, extendiendo sus manos, transmitieron que les parecía coherente que así fuera.

—Fijaros que, en el mismo año del Descubrimiento, veintisiete antes de venir aquí, los españoles habían concluido la reconquista de la península ibérica tras siete siglos de guerras religiosas contra los musulmanes —continuó el historiador, visiblemente entusiasmado— Y poco después, expulsarían a los judíos. La reina Isabel apoyó el proyecto de Colón para hallar una nueva ruta que uniera a Europa con Asia. Pero siempre con el ineludible y sagrado deber de expandir la fe cristiana... De hecho, cuando los españoles llegaron aquí, el proceso de evangelización ya había avanzado mucho en las islas del Caribe... España era intransigente en materia religiosa. Su tradición guerrera frente a los moros y su insoslayable posicionamiento a favor de la doctrina de la Iglesia, le habían convertido en el paladín del catolicismo. La tarea de salvar las almas de los indígenas, apartándolos de sus cultos paganos y convirtiéndolos a la religión católica, fue un asunto principal desde muy pronto.

—De todas formas, imagino a esos frailes intentando convencer a los naturales... ¡sin ni siquiera hablar su idioma! —comentó Verónica, con un gesto de extrañeza— Desde luego es admirable que de ahí haya surgido una devoción tan grande como existe hoy en México.

—Tenían la ventaja de que el nuevo dios había sido uno de los estandartes de la victoria frente a los mexica. Y a los nobles indígenas, la conversión les resultaba muy

ventajosa —prosiguió el ilustrado doctor— Durante bastante tiempo, los españoles respetaron la organización política de los señoríos prehispánicos, imponiendo a caciques indios afines que tuvieron bastantes privilegios. Lógicamente, éstos querían mantener su situación hegemónica y, para eso, convertirse a la religión de los españoles y adoptar sus nombres eran requisitos imprescindibles. En cuanto a los plebeyos, estaban acostumbrados a seguir a sus señores y continuaron haciéndolo sin cuestionarse nada. Se bautizaban e iban a misa cumpliendo sus instrucciones, al igual que anteriormente asistían a otras ceremonias.

El profesor seguía la explicación muy interesado. Con frecuencia movía la cabeza en señal de asentimiento, hacía expresivos gestos con la cara y las manos, o emitía pequeños sonidos que mostraban la precisa sintonía de su escucha con el apasionante relato. Verónica también estaba involucrada, aunque repartía su atención entre los admirables frailes del siglo XVI y el admirado contertulio que había sido su amante el día anterior. Horacio había desconectado, pero mantenía el tipo haciendo algún gesto de vez en cuando. El filete de arrachera, acompañado de una *coronita*, dio nueva energía a Manuel Francisco, favoreciendo que retomara sus explicaciones.

—Muchos indígenas continuaron en secreto con el culto a sus antiguos dioses... y guardaron sus estatuas y otros símbolos en lugar de destruirlos... o los mezclaron con los cristianos, por ejemplo, en las bases de las cruces o las piedras de las iglesias.

Camilo recordó la pila bautismal de la iglesia de San José de Tlaxcala, con la figura del dios Camaxtle, e imaginó a los naturales adorando al dios pagano, disimuladamente, ¡en un templo cristiano!

—¿Y qué ha sido de todas esas reliquias? —interrumpió Verónica— Me refiero a los símbolos religiosos escondidos.

El historiador se encogió de hombros, antes de responder —¿Quién sabe?... Algunas están en los museos... Otras serían encontradas y destruidas o requisadas... Y es probable que todavía existan algunas en paraderos desconocidos... Quizá enterradas en lugares de los que se ha perdido la memoria... o custodiadas en el más íntimo secreto por familias de raíces muy antiguas que han ido heredándolas de padres a hijos.

—¿Quieres decir que aún hoy, en el siglo XXI, podría haber personas que rinden culto a los dioses prehispánicos? —preguntó sobresaltada la mujer.

—No lo sé —respondió él, admitiendo su ignorancia— Quizá algunos indígenas en núcleos muy cerrados... aunque lo considero improbable... Pero a lo que yo me refiero es que puede haber descendientes de los de aquella época, sobre todo de los nobles, que no adoran a esos dioses pero esconden auténticos tesoros, como estatuas u otros símbolos paganos, recibidos de sus antepasados.

—¿Y por qué siguen ocultándolo? —cuestionó Verónica, cada vez más entusiasmada.

—Pues tampoco lo sé. Quizá no podrían quedárselos si se descubriera su antigüedad o no pudieran acreditar su propiedad... o simplemente por tradición

familiar... o por superstición... ¿Quién sabe?

La maestra quedó fascinada con esta rocambolesca especulación. Parecía algo increíble, pero el doctor Ramírez no era un vendedor de humo. Su tesis doctoral en la UNAM había obtenido la máxima calificación y se le consideraba un historiador bien adocinado y riguroso. Camilo se había quedado pensativo. Bebió un trago de tequila y se mantuvo en silencio, esperando que Manuel Francisco continuara.

—Bueno, volviendo al tema de los frailes... puesto que entendieron que convertir de verdad a los indígenas adultos era una misión casi imposible, decidieron dedicarse a educar a sus hijos, sobre todo a los de los hombres principales. La educación que impartieron incluía, por supuesto, los conocimientos de la nueva religión, pero además abarcaba otros propios de la cultura europea, como el idioma español, el latín o el arte renacentista... Además, se preocuparon de aprender el náhuatl y otros idiomas autóctonos, así como la historia y las costumbres de los indígenas, redactando gramáticas, libros y documentos de incalculable valor histórico — prosiguió, sin apenas detenerse para respirar— Y no sólo recopilaron el conocimiento, sino que también lo difundieron en sus modestas aulas... La mayor parte de lo que sabemos hoy en día sobre las culturas prehispánicas, se lo debemos al encomiable esfuerzo investigador y docente de esos abnegados frailes.

—Entonces... la aparición de los españoles contribuyó a perpetuar la cultura de los indígenas —apuntó Camilo, recordando el voluminoso libro de Motolinía.

—En gran medida, sí —asintió el ex-jesuita— Es cierto que se destruyeron la mayoría de los templos y otros símbolos de la civilización prehispánica, y que las costumbres, la cultura y la religión de los españoles, llegaron a imponerse con el tiempo... pero fueron frailes españoles quienes inmortalizaron lo indígena a través de sus estudios, escritos y enseñanzas. Además, fueron los principales defensores de los naturales cuando se cometieron abusos.

—Algo he leído sobre eso... sí, cuando estuve en la República Dominicana —aportó el español, haciendo un pequeño ejercicio de memoria— Se hablaba de un dominico, Bartolomé de Las Casas, como un gran defensor de la población indígena.

—Es cierto. Primero en La Española y después en Nueva España, donde llegó a ser obispo de Chiapas, fray Bartolomé de Las Casas denunció ante la corona abusos de conquistadores, colonizadores y autoridades —corroboró Manuel Francisco— Sus denuncias contribuyeron a una legislación más justa que tuvo en cuenta los derechos de la población indígena... Aunque por desgracia, llegó a convertirse en un fanático que dedicó la última parte de su vida a defender la tesis de que la conquista había sido una brutal agresión contra los pacíficos indios.

—¿Era esa la idea que tenían los frailes sobre la conquista? —preguntó Camilo.

—La mayoría no, por supuesto —respondió Manuel— La veían como una oportunidad para transmitir el catolicismo a los naturales, seres humanos e hijos de Dios que no conocían la verdadera fe. Y lógicamente, siguiendo la doctrina cristiana, apoyaban que se respetaran los derechos de los indígenas y se les tratara con

dignidad... Pero no cayeron en el fanatismo de Bartolomé de Las Casas, que fue una excepción. De hecho, religiosos contemporáneos suyos que entregaron su vida en favor de la población indígena, como Motolinía, denunciaron sus exageraciones, injurias y denuncias injustas.

—¡Vaya! —exclamó el profesor.

—Sin embargo, los escritos de Bartolomé de Las Casas, favorecidos por la libertad de expresión que permitió la corona, y la aparición de la imprenta, tuvieron una gran repercusión —continuó el historiador— Y fueron aprovechados por las potencias europeas enemigas de España, y más tarde por los Estados Unidos, para engordar una leyenda negra antiespañola y anticatólica.

—¿Una leyenda negra? —preguntó Verónica, bastante extrañada.

—Así es —confirmó el experto— En el siglo XVI, España era el país más poderoso del mundo occidental y el gran defensor del catolicismo frente a los musulmanes y las nuevas corrientes protestantes. La propaganda de sus adversarios se centró en presentar a los españoles como unos depravados salvajes, incultos y de una raza inferior al haberse mezclado con los musulmanes y los judíos durante varios siglos, capaces de los crímenes y las inmoralidades más atroces... y claro, las acusaciones de Bartolomé de Las Casas les vinieron como anillo al dedo... igual que a los Estados Unidos, tres siglos después, para crear un clima de opinión desfavorable a España, propiciar la independencia de sus colonias y despejar el camino para las aspiraciones *gringas* en todo el continente.

—Pero los curas también cometieron atropellos, ¿No es así? —intervino Horacio, regresando de una prolongada ausencia.

—En todas partes y culturas ha habido religiosos que han actuado en beneficio de intereses políticos o particulares. Pero en general, no es el caso de los frailes que vinieron al Nuevo Mundo. Y mucho menos de los primeros. Eso sí, en ocasiones pecaron de un exceso de entusiasmo por evangelizar, que desencadenó algunos hechos graves.

—¿Hechos graves? —interrogó Verónica, animando al director general a continuar.

—Sí. En Tlaxcala, por ejemplo. El primer lugar en el que se asentaron los franciscanos y la cuna de la evangelización de Nueva España. Llegaron allí en 1524, se instalaron en el palacio de uno de los principales señores tlaxcaltecas y comenzaron a educar a los hijos de los nobles, inculcándoles la religión católica... Pero pusieron tanto celo que algunos muchachos llegaron a creer que, entre sus obligaciones cristianas, estaban la denuncia de las prácticas idólatras de sus padres y la destrucción de los símbolos paganos. Esto provocó el martirio de tres niños que fueron beatificados por el papa Juan Pablo II cuando visitó México en 1990. A uno de ellos, le mató su propio padre, y a los otros dos, indígenas principales. Los responsables fueron condenados a muerte y, tras ellos, otros nobles de Tlaxcala que se resistían a abandonar su religión... En el museo de la Memoria Histórica de

Tlaxcala hay un cuadro que recuerda estos hechos. Fue pintado a finales del siglo XVIII.

—¿En qué museo has dicho? —interrumpió Camilo.

—En el de la Memoria Histórica, en Tlaxcala. Yo sólo he estado una vez, pero recuerdo esa pintura. Si te interesa este tema, deberías visitar el museo.

«¡Vaya!... es la primera vez que encuentro a alguien que ha estado en Tlaxcala» reflexionó el español, antes de intervenir de nuevo.

—Yo estuve en Tlaxcala la semana pasada, pero no en el museo... aunque recuerdo haber visto la entrada... ¡Tendré que volver! —exclamó sonriendo.

—¿Te gustó Tlaxcala? —interrogó Manuel Francisco.

—¡Mucho!... Es un lugar pequeño y, por desgracia, bastante descuidado... pero tiene el encanto de su historia... La verdad es que disfruté mucho.

Durante un buen rato, continuaron hablando de Tlaxcala y la época colonial. El historiador estaba encantado con una audiencia tan entregada, por lo que siguió aportando conocimientos que Camilo asimilaba con voracidad. Después, por consideración a Verónica y Horacio, cambiaron de tercio y hablaron de la universidad, encontrando similitudes y discrepancias entre México y España. Apurados los últimos tequilas, ya habían arreglado el mundo académico. Estaban listos para pedir la cuenta, que abonó Manuel con una tarjeta *visa*, y marcharse. Se despidieron hasta el día siguiente. Verónica no tenía coche y Horacio se ofreció a llevarla. Muy a su pesar, no pudo escabullirse. Miró a Camilo con resignación y éste, mediante un gesto, le comunicó su impotencia. «¡Qué le vamos a hacer!» dijo sin abrir la boca.

A la mañana siguiente, como era su costumbre después de desayunar, salió a dar un paseo. Lentamente, recorrió la calle peatonal 5 de Mayo y se detuvo en una de las numerosas tiendas que la pueblan. Buscaba un regalo para Verónica, pero estaba despistado y necesitaba ideas. En algo más de una hora, no encontró alguna que le convenciera. Cansado del infructuoso intento, aprovechó para visitar el templo de Santo Domingo y, dentro de éste, la bellísima Capilla del Rosario, construida y consagrada en el siglo XVII. Le impactó su grandilocuente estilo barroco, con abundantes láminas de oro de veintitrés quilates sobre madera. A la salida, volvió a entrar en varias tiendas. Fue inútil. El regalo adecuado no estaba. Además, se le hacía tarde y las prisas impedían que pudiera concentrarse.

Media hora después, tomó un taxi para dirigirse a la Universidad Iberoamericana. El seminario sobre liderazgo continuaba. Al llegar, bajó del vehículo y se dirigió andando al edificio que le correspondía. Iba holgado de tiempo y disfrutó observando a los jóvenes estudiantes moviéndose alegremente de un lado a otro del *campus*. «El mismo ambientazo en todas partes» recapacitó encantado «Así es la universidad... ¡Qué placer seguir formando parte de ella!» Al traspasar la puerta del vestíbulo principal, advirtió la presencia de Isabel Lozano que parecía estar esperándole. Su

corazón latió más deprisa, y el maravilloso mundo que le rodeaba desapareció de inmediato. Sólo estaban ellos dos.

—¡Buenas tardes, doctor!

—¡Hola Isabel!, ¿Cómo estás?

—Bien, gracias —respondió la muchacha, algo nerviosa— Disculpe mi atrevimiento doctor, pero me gustaría hacerle una pregunta.

—Por supuesto, Isabel. ¡Tú dirás! —dijo el profesor, satisfecho de tener esta oportunidad.

—Estee... Mire doctor... sé que la pregunta le va a extrañar... y no quiero que me interprete mal... pero le estaría agradecida si me contestara... Y le pido, por favor, que respete la confidencialidad.

Las palabras y la gravedad del tono, provocaron que Camilo se sintiera muy intrigado.

—¡Tranquila!... pregúntame lo que quieras... y por supuesto, no te preocupes. Esto queda entre tú y yo —dijo con amabilidad, intentando calmar a la chica mientras esperaba con ansia que, de una vez, formulara la pregunta.

—Bueno... verá... —continuó dudando, cada vez más alterada.

—¡Tranquila Isabel! —insistió el profesor— Ven, vamos a sentarnos allí. Tenemos tiempo suficiente, antes de que empiece la clase.

Se dirigieron a unos asientos que se encontraban libres en una de las esquinas del vestíbulo, algo apartados de los alumnos que por allí andaban. Una vez acomodados, la muchacha respiró hondo y logró tranquilizarse un poco, aunque evitaba mirar al profesor.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí... sí... muchas gracias... uff... ¡Qué pena me está dando!

Camilo ya había aprendido que en México «pena» se utiliza como sinónimo de «vergüenza», por lo que entendió perfectamente el sentimiento de la chica.

—No pasa nada, Isabel —comentó sin intimidarla, mientras ponía una mano sobre su hombro para mostrarle su apoyo— ¿Qué pregunta era esa? —añadió después, cuando comprobó que la chica había recuperado la calma.

—Mire doctor —se decidió, por fin, la muchacha— No quiero que piense que soy una chismosa... pero ayer pude ver que la maestra Verónica Islas le regalaba una medalla... y me gustaría preguntarle si usted sabe dónde la consiguió.

El profesor estaba tan sorprendido que durante unos segundos se quedó mirando fijamente al suelo. No entendía que una pregunta tan simple pudiera ocasionar tanta ansiedad. Recordó, entonces, la extraña reacción que había mostrado la muchacha el día anterior. Ahora podía relacionarla con la llegada de Verónica y la devolución de la medalla. «¿Qué *carallo* pasará con mi medalla?... ¿Por qué es tan importante para ella?» se cuestionó en un instante, antes de levantar la vista y hallar esos impacientes ojos que le esperaban.

—La verdad es que la medalla es mía... Se la había prestado a la maestra para

que pudiera verla y ayer me la devolvió.

—¡Suyaaa! —exclamó Isabel, sobresaltada— ¿Y dónde la compró? Si se puede saber. ¿Aquí en Puebla?... ¿En Tlaxcala? —preguntó acelerada.

—No la he comprado —respondió él, sin entender tanto interés— Es un regalo de mi abuela.

—¿De su abuelita? —quiso confirmar la chica, mostrando una enorme sorpresa— ¿Su abuelita era mexicana?

—¡Noo!... ¡Que vá!... era española —contestó con un gesto de no comprender nada— ¿Por qué preguntas eso?

—No... por nada... por nada —dijo ella, eludiendo la respuesta— Le ruego que me disculpe por este atrevimiento... ¡Seguro que me he confundido!

—Bueno... cuando quieras me explicas ese interés por la medalla —contraatacó el español, lleno de curiosidad.

—Estee... No es nada, doctor —dijo con aparente normalidad que no convenció a Camilo— Sólo que se parecía a otra medalla que yo estaba buscando para regalársela a una amiga... sólo eso.

—¿Te gustaría verla para comprobarlo? —preguntó el español, intuyendo que la chica le estaba mintiendo.

—Bueno... no se... —dudó ella, volviendo a mostrar en su cara síntomas de emoción— No querría molestarlo...

Discretamente, el profesor abrió un hueco entre los botones de su camisa y sacó la medalla. Mirándola, la muchacha se quedó absorta.

—¿Me la permite? —preguntó tímidamente, alargando un poco su mano.

—¡Sí, claro! —consintió el doctor, atrapado en la bella expresión que veía en la chica— ¿Se parece a la que estás buscando?... ¿Tiene algún significado? —planteó intentando averiguar algo.

Isabel tardó en contestar. Completamente ida, observaba la medalla por uno y otro lado. De pronto, aunque sin dejar de mirarla, reaccionó:

—La verdad es que es muy parecida... ¡Qué casualidad!... pero... no es ésta, claro. Muchas gracias, doctor —añadió, soltando la joya— Y disculpe la molestia.

Minutos después, comenzaba la clase. Isabel tardó un rato largo en incorporarse. Camilo estaba muy confuso, pero decidió dejarlo para otro momento y centrarse en su tarea docente. Enseguida se involucró en las explicaciones y los ejercicios prácticos que había previsto para ese día. Su mente se trasladó a los asuntos del liderazgo y dedicó su mejor esfuerzo a conducir la atención de sus interesados alumnos. Disfrutó mucho. Como solía hacerlo cuando se hallaba inspirado y era capaz de guiar la clase con una brillante espontaneidad. En uno de los paréntesis dedicados a la discusión en grupos pequeños, recordó a Paloma, su segunda mujer. Era su principal *jan*. Y a él le encantaba que asistiera a sus clases. Su presencia le inspiraba. Después, analizaban lo bueno y lo malo. Su crítica y su apoyo eran dos motores indispensables que, desde su muerte, había extrañado. «¡Cuánto la echo de

menos!» pensó una vez más, la enésima desde que se había ido. Ahora intuía que quizá habría otras mujeres en su vida, pero tenía claro que ninguna podría sustituirla.

Llegó la hora del café. Isabel se acercó a Camilo, pidiéndole con el gesto de los tiempos muertos en el baloncesto, que le concediera un minuto.

—Disculpe de nuevo, doctor —dijo con mucha dulzura— ¿Piensa usted regresar a Tlaxcala?

—Pues la verdad es que me gustaría mucho —afirmó él, sin dudarlo.

—Estee... Le hablé a mi abuelita por el celular... y me dijo que si va a Tlaxcala le daría mucho gusto que fuera a visitarla... Ella sabe muchas cosas que podrían interesarle.

Camilo no sabía qué decir. Isabel continuó con una insinuante expresión facial — Iría yo con usted... claro, si le parece bien.

Se sintió aliviado y, a la vez, emocionado. «¡Menudo planazo ir con ella a Tlaxcala!» Lo de la abuelita le pareció un pequeño tributo que tendría que pagar. «Tampoco es tan grave» pensó entusiasmado.

—Estaré encantado, Isabel —respondió con firmeza— Pero sólo con una condición...

La chica se quedó expectante, extrañada por la inesperada exigencia. Él se quedó callado para acentuar la incógnita. Pasados unos segundos, dijo:

—Iré si me llamas de tú y por mi nombre, que es Camilo. La muchacha asintió y los dos sonrieron. Después, se unieron al grupo. El café esperaba y todavía quedaban algunas pastas.

14 TENOCHTITLAN

«Y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo... y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaña y llena de tanta gente no la habían visto»

Bernal Díaz,
describiendo la ciudad de Tenochtitlan

Tenochtitlan, 29 de junio de 1520

Había despertado indeciso, permitiendo que grises y blancos se vieran más que el azul. Pero poco a poco, se había decidido. Pasado el mediodía, sus luminosos rayos habían disipado cualquier duda. Allí estaba en solitario, presidiendo la festividad de San Pedro y San Pablo. En tan señalada onomástica, los españoles habían oído la misa oficiada por fray Bartolomé de Olmedo, aunque sin descuidar la defensa del palacio de Axayácatl, donde se encontraban sitiados. Moctezuma había muerto el día anterior y su cadáver había sido entregado a los mexica. Estos, a pesar de haberlo repudiado, celebraban una ceremonia de incineración que, de momento, había interrumpido la lucha. Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de León, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo, Andrés de Tapia y Alonso de Avila, capitanes principales del ejército castellano, aprovecharon la tregua para visitar a Hernán Cortés y plantearle, una vez más, que tenían que salir de allí antes de que fuera demasiado tarde.

—Como bien saben vuestras señorías, paréceme que no es cosa conveniente abandonar tan importante plaza como es ésta de Temixtitlan —insistió el gran capitán, tras escuchar el requerimiento.

—Recordad, señor, que hemos luchado con vos y lo seguiremos haciendo... Pues



con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo y del Santo Apóstol Santiago, no nos ha faltado, ni nos ha de faltar, el valor y la lealtad —señaló Cristóbal de Olid— Pero cada día que pasa, la situación es de mayor gravedad.

—Los víveres son escasos... y muy pronto, el hambre ha de traer la debilidad y la desconfianza —alertó Alonso de Ávila.

—¡Y apenas habernos municiones! —informó Diego de Ordaz— Y tampoco tenemos plomo, ni otros medios para hacerlas... ¡sólo el oro y la plata!...

—El ánimo de los hombres sigue estando firme, pero ya hay muchos que muestran la duda y el temor. La mayoría apenas duerme. El cansancio, el hambre y el miedo, no han de tardar en adueñarse de su voluntad —añadió Olid.

—Hemos hablado con los capitanes de Tascaltecal... Piensan como nosotros... Que debemos salir de esta ciudad cuanto antes... Ellos tienen un conocimiento bueno de estos culuas, y afirman que si no nos retiramos presto, hemos de morir aquí —indicó Pedro de Alvarado, cuando Cortés le miró.

El extremeño pidió quedarse solo para meditar la propuesta. Se enfrentaba a una decisión muy difícil y enormemente trascendente. Por un lado, seguía teniendo como rehenes a principales mexica que estaban dispuestos a colaborar. Entre ellos, el *cihuacóatl* Tlilpotonqui, segundo en el escalafón político y jefe del ejército, Chimalpopoca, hijo de Moctezuma, a quien éste había recomendado como su heredero, otros hijos del gran señor y algunos príncipes y nobles influyentes que podrían formar un nuevo gobierno. Quería creer que en pocos días se calmarían los alterados ánimos, y entonces él volvería a controlar la situación a través de estas personalidades. El que gobernaba ahora a los culhua-mexica era Cuitláhuac, hermano de Moctezuma, al que los castellanos habían liberado para hablar en su favor. «¡Grave error!» se lamentaba el capitán. Una vez libre, se había convertido en el líder mexica que encabezaba el decidido asedio. Sin embargo, se decía que era un *huey tlatoaní* con un poder débil, por lo que seguramente, con un poco de paciencia, podría imponerse el mando de los grandes señores que permanecían con los españoles. Ésta era su esperanza.

Por otro lado, escuchaba los argumentos de sus capitanes y los consideraba razonables. Además, percibía una sólida unanimidad que no era conveniente ignorar, pues existía el riesgo de que se volvieran contra él. «Ha de saber el buen capitán cuando es lo acertado imponer su razón a la de sus hombres, y al contrario, cuando ha de seguir con convencimiento la voluntad de sus consejeros» solía recordarse. Claro que en las situaciones más críticas, cuando había mucho en juego, resultaba muy difícil estar seguro sobre la opción correcta. Y éste era un momento especialmente delicado. El peor que habían pasado desde su llegada.

Sentado en la silla española que había hecho instalar en su lujoso aposento del palacio de Axayácatl, repasó cómo habían transcurrido los acontecimientos desde su entrada triunfal en Tenochtitlan el 8 de noviembre del año anterior. «¡Qué día tan magnífico!» exclamó con satisfacción, sintiéndose orgulloso de semejante hazaña.

Recordó que él iba delante sobre su gallardo corcel. Se había puesto su mejor atuendo militar y lo vestía con la prestancia que acostumbraba. Detrás, también a caballo, le seguían los principales capitanes con sus relucientes armaduras, escoltándole ceremoniosamente en dos filas de a seis. Y después la infantería... las piezas de artillería... y los fieles aliados de Tascaltecal, dando paso a otros guerreros de diferentes pueblos que se le habían unido. ¡Hasta unos cinco mil indios le acompañaban!... Habían tomado precauciones para rechazar cualquier ataque por sorpresa. No era un desfile militar, pero resultó un espectáculo grandioso que jamás se borraría de sus recuerdos. «¡Cuánta emoción en ese momento de tanta grandeza, cuando desmonté para recibir el saludo del muy poderoso señor Mutezuma!» rememoró afectado. «Con sólo trescientos españoles, he llegado muy más lejos que cualquier otro hombre de nuestro mundo cristiano... Cierto es que el muy glorioso y admirado almirante Cristóbal Colón fuera el que descubriera a estas tierras indianas desconocidas, y ha menester el reconocimiento de su incomparable mérito... Pero ni él, ni los que detrás vinieron, jamás hallaron a pueblos tan avanzados como éstos... Yo y mis hombres hemos sido los primeros cristianos en tener el conocimiento de una civilización refinada a este lado del mar Océano... ¡los primeros en llevar la verdadera fe a grandes señores y jurarles el vasallaje para el rey Don Carlos!».

Aquel día de noviembre, con fastuosa solemnidad, Moctezuma había salido a recibirlos. Como era la costumbre, lo transportaban en andas. Al descender, caminó bajo un riquísimo palio precedido por varios nobles que barrían el suelo y colocaban alfombras por donde debía pisar. Además de una extraordinaria corona de pedrería con turquesas que deslumbró a los extranjeros, lucía un espléndido penacho de vistosos plumajes, un impresionante pectoral rematado en plata y, engarzado por delante con una gran turquesa a modo de broche, un lujoso manto con colgantes de oro y piedras preciosas. Calzaba sandalias con adornos de oro y fina pedrería, y llevaba llamativas tobilleras de cascabeles, también de oro. Iba acompañado de más de doscientos principales, todos ellos descalzos, entre los que se encontraban los grandes señores de Tezcoco y Tlacopan, sus socios en la Triple Alianza, y otros príncipes y señores de sangre real. Los españoles estaban alucinados. Más de uno presagió que habían firmado su óbito.

Cuando estuvieron cerca, Cortés desmontó de su caballo y se dispuso a abrazar al gran señor, pero los principales que acompañaban a éste se lo impidieron. Nadie, sin excepción, podía tocar al *huey tlatoaní* semidivino. Sin embargo, no hubo ninguna objeción cuando rodeó su cuello con un aparente collar de piedras de cristal. Utilizando el saludo habitual, Moctezuma tocó el suelo con una mano y se llevó ésta a los labios. Después, uno por uno, todos los dignatarios de la larga comitiva hicieron lo mismo. Al finalizar, el *huey tlatoaní* dio por concluida la interminable ceremonia y se dirigió a la ciudad. Detrás marchó Cortés, acompañado de Cuitláhuac, y tras ellos los demás señores y toda la expedición. Los castellanos y sus aliados fueron alojados en el gran palacio de Axayácatl, situado en la zona principal, frente al del gran señor

y el Templo Mayor.

Siete meses después, las cosas habían cambiado radicalmente. Ya no eran unos distinguidos huéspedes. Ahora estaban sitiados en la magnífica fortaleza que constituía el palacio. Hasta el momento, bien protegidos. Pero la condición lacustre de la ciudad dificultaba la supervivencia. Y por ese mismo motivo, resultaba muy complicada la huida. Los españoles habían detectado este grave riesgo desde su llegada en noviembre. Quedaron impactados por la grandiosidad de una ciudad construida sobre una laguna salada que se comunicaba con otra de agua dulce. En la primera, observaron mareas como las del mar: en la creciente, el agua se trasladaba hasta la segunda laguna; en el reflujó, regresaba. Los que habían estado en Venecia recordaron sus canales unidos por puentes levadizos y transitados por numerosas canoas. Aquí, éstas eran guiadas por un hombre en pie, en la popa, que con destreza apoyaba una larga vara sobre el lodo del fondo, logrando el impulso en la dirección correcta. En algunos tramos se juntaban varias barcas y el choque parecía inevitable, pero los conductores mostraban una increíble habilidad para hallar su espacio. Algunas canoas transportaban personas de un lado a otro de la ciudad. Otras llevaban todo tipo de mercancías para abastecer los mercados o intercambiar en cualquier oportunidad. En los mismos canales se hacían los trueques de una canoa a otra. ¡Un gran espectáculo! El agua potable llegaba desde el alto de Chapultepec por un acueducto de dos vías que se alternaban: mientras una estaba en servicio, la otra se limpiaba. También había algunos pozos, como el que providencialmente, habían encontrado en el mismo palacio cuando comenzó el asedio. Era una ciudad muy hermosa, dotada de todos los servicios... pero enseguida se dieron cuenta de que su posición sería muy vulnerable si se levantaban los puentes y se bloqueaban las tres únicas calzadas que daban acceso a la isla. Estarían cercados y no podrían escapar. Eso era, precisamente, lo que sucedía ahora.

Cortés recordó las primeras conversaciones con Moctezuma. Ambos se trataban con el respeto que correspondía al protocolo entre dos grandes señores, pero pronto surgió una invisible afinidad que les acercó mucho. La comunicación verbal no era fluida. Se interponían la barrera del idioma y la inevitable mediación de los intérpretes. Sin embargo, existía una química que les hacía sentirse cómodos y, en cierto modo, identificados. Era la primera vez en mucho tiempo, desde la muerte de Nezahualpilli, el sabio *huey tlatoaní* de Tezcoco, que el gran señor de Tenochtitlan se encontraba con alguien al que podía tratar como igual. Además, admiraba al extranjero por su valentía, determinación e inteligencia militar. Ahora sabía que no era Quetzalcóatl, pero podía ser un enviado suyo o de otro dios más poderoso. En cualquier caso, alguien excepcional por quien se sentía atraído. Por su parte, el capitán español era capaz de percibir la soledad y la confusión del gran señor mexicana, y se solidarizaba con él. Pensaba que les unía la pesada carga de la responsabilidad última en el mando, algo que no se comparte con los que no la soportan y que es difícil de entender para los que nunca la han llevado.

El extremeño creía que la principal diferencia entre ellos radicaba en que Mutezuma poseía el poder absoluto de forma incondicional, mientras que él tenía que ganárselo permanentemente, ya que cualquier error o exceso de confianza, podía costarle la capitania y hasta la vida. En las circunstancias actuales, casi lo prefería. Le exigía ejercitarse en consultar y convencer a sus hombres, dedicarle tiempo a su estrategia de mando, y eso, más que un inconveniente, lo consideraba una ventaja para estar alerta e involucrar más a los suyos. Por su forma de gobierno, Mutezuma estaba más solo que él, y eso podía perjudicarlo en los momentos más trascendentes. Además, al gran señor le atenazaba el miedo a perder todo cuanto poseía, que era muchísimo. Por el contrario, a él y a sus hombres les estimulaba la ambición de ganar bienes, posición y gloria. «El miedo a perder las cosas valiosas hace dudar y paraliza la voluntad, mientras que el deseo grande por conseguir ganancia, aporta decisión y fuerza» pensaba a menudo. «Pero es menester que este deseo se contemple con la razón que nos da Dios, pues de lo contrario será una espada sin dueño que se usase contra sí mismo» se repetía a continuación.

Durante los primeros días de los españoles en Tenochtitlan, Moctezuma y Hernán Cortés solían reunirse a diario. Las entrevistas eran largas por la dificultad de la comunicación, pero el enorme interés recíproco por conocer los secretos del otro, transmitir los mensajes apropiados y anticipar el futuro, hacían que el tiempo se les pasara rápido. ¡Había tantas cosas nuevas para ambos! ¡Y era tanto lo que estaba en juego!... El capitán recordaba que la observación mutua jugaba un papel más importante que las palabras. Los dos examinaban hasta el más mínimo detalle de su interlocutor: sus vestidos, la forma de sentarse, los gestos, el tono de voz, cómo trataban a los inferiores, sus reacciones... El mexica se fijaba mucho en la espada del español. Un arma que no conocía. Le habían dicho que era más eficaz que sus macanas, y tenía una enorme curiosidad. Cortés percibió su interés y le prestó la espada de uno de sus acompañantes. Moctezuma pudo comprobar sus atributos. Pasó un dedo por la afilada hoja y se hizo un corte tremendo. «Estos extranjeros conocen secretos para la guerra que nosotros ignoramos» pensó, corroborando algo que ya sabía. Moctezuma se había convencido de que las armas y la estrategia militar de los *teules* eran superiores a las suyas, y tenía claro que el futuro de su imperio pasaba por apropiarse de esos avances militares, enriqueciendo o sustituyendo sus métodos de guerra habituales con el nuevo armamento y la forma de luchar de los hombres que venían del lado del sol. «Los extranjeros pueden enseñarnos a fabricar esas macanas tan poderosas» pensaba sobre las espadas. «Y también esas extrañas armas que provocan el ruido del trueno y el humo del fuego, matando desde largas distancias» refiriéndose a los cañones. De vez en cuando, le hacía preguntas a Hernán Cortés sobre su armamento. Este le contestaba educadamente, pero sin detalles concretos. Por un lado, creía conveniente que Moctezuma supiera que eran armas muy poderosas, pues así sería mucho más probable que no ordenase un ataque. Pero por otro, debía cuidarse de no darle información que pudiera igualarles en esta faceta, así

como extremar la vigilancia del armamento para evitar robos o sabotajes.

Cortés aprovechaba estos encuentros para alertar al gran señor del grave error que cometían adorando a dioses falsos y haciendo sacrificios humanos. Moctezuma prefería ignorar estos comentarios y no se daba por aludido. «¿Cómo osa un invitado cuestionar nuestras divinidades y las ceremonias que hacemos para honrarlas?» se preguntaba indignado, aunque sin aparentarlo. Fray Bartolomé de Olmedo, al igual que hiciera en Tlaxcala, aconsejó al capitán que tuviera paciencia. Este estaba de acuerdo, pero sabía que se trataba de un tema que algunas veces le encendía. Y cuando esto ocurría, perdía el control y actuaba con impulsividad. Ahora debía tener mucho cuidado. No estaban en Cempoal o Churultecal, donde su apabullante control militar le había permitido derribar a los ídolos paganos con la locura de un poseso, «emulando a Jesús cuando expulsó a los mercaderes del templo de Jerusalén» había pensado con respeto. Aquí la situación era diferente. Cualquier ataque de cólera contra los dioses de los naturales podía significar una guerra en la que tenían todas las de perder.

Aparcó sus recuerdos y regresó al presente. Las hostilidades se habían reanudado y le reclamaban en los puestos de guardia. Al igual que en los días anteriores, soldados y guerreros aliados habían salido del palacio en dos torres de madera movidas por ruedas que llamaban *mantas*, semejantes a las que se usaban en Europa para asaltar los castillos y otras fortificaciones altas. En las torres iban protegidos por las rodela, mientras ballesteros y arcabuceros abrían fuego. Así, se acercaban a los edificios donde se encontraban los mexica y luchaban hasta derribarlos o prenderles fuego. Después, intentaban cubrir los canales con los escombros, ya que los puentes estaban izados y las vías terrestres bloqueadas. Era la única forma de romper el aislamiento. La estrategia les daba resultado, pero por la noche, cuando regresaban al palacio, los mexica deshacían lo que habían avanzado. Al eliminar los edificios más cercanos, habían alejado la posición del enemigo, pero no conseguían acondicionar caminos para abrirse paso. Observando el panorama, volvió a reflexionar sobre la opción de salir de allí. «¿Cómo hacerlo?... Las puentes levadizas están alzadas y las calzadas bien guardadas... y hemos de llevar la carga de la artillería, el tesoro de la corona y todo el fardaje... las mujeres... los rehenes... muchos soldados heridos... No podremos avanzar deprisa... ¡Sería una matanza!». El razonamiento era contundente, pero no estaba cerrado. Quedarse allí, en las condiciones que estaban, tampoco le convencía. Decidió hablar con el *cihuacóatl*. Nadie mejor que él para evaluar la situación. Llamó al fiel Gonzalo de Sandoval y le encargó que organizara la entrevista con absoluta confidencialidad. Sólo estarían presentes ellos dos y Marina.

Mientras esperaba, continuó examinando su memoria. Recordó que había pedido a Moctezuma visitar una de esas mezquitas. Frente al palacio donde se alojaban, estaba el imponente Templo Mayor que tanto les había impresionado y aterrorizado. Constaba de ciento trece escalinatas que conducían al lugar de los sacrificios. Allí,

estaban los sacerdotes con sus vestimentas negras manchadas de sangre, y dentro de una dependencia, las efigies de los dioses Huitzilopochtli y Tlaloc. Junto al templo, y esto fue lo que más les impactó, se encontraba el *tzompantli*, o lugar en que se hallaban expuestos los cráneos de los sacrificados. La estructura consistía en una plataforma de piedra sobre la que se alzaban dos torres hechas con calaveras unidas con argamasa. Cada torre sostenía numerosos palos, de los que colgaban cinco cráneos atravesados por las sienes. Un espectáculo estremecedor. Sobre todo cuando, inevitablemente, se contemplaba la idea de que el propio podía acabar allí mismo. Andrés de Tapia se dedicó a calcular el número de cráneos y estimó que había expuestos ¡ciento treinta y seis mil!

Por si fuera poco, al estar tan próximos, podían ser testigos de las ceremonias de los sacrificios. Los tlaxcaltecas ya les habían instruido sobre los rituales, pero presenciarlos era demasiado. Estaban horrorizados. Aprendieron que los sacrificados eran cautivos o esclavos, sin excluir a mujeres y niños. Los cautivos eran prisioneros de guerra o delincuentes. Los esclavos podían adquirirse mediante el trueque entre particulares o comprándolos en los mercados. Lo comprobaron en el gran mercado de Tlatelolco. Allí, entre otros productos, estaban los desgraciados. De sus ajustados collares al cuello pendían argollas atravesadas por varas que los mantenían sujetos. «Los atan del mismo modo que los portugueses a esos negros que traen desde Guinea» observaron algunos hombres. Después supieron que las ferias permanentes de Azcapotzalco e Izocan eran los centros principales para la compraventa de los esclavos. En el lugar que se exhibían, sus amos les obligaban a cantar y bailar para atraer la atención de los posibles compradores. Se valoraban mucho estas cualidades, ya que en muchos casos, antes del sacrificio debían representar a los dioses, vistiendo los trajes de éstos y cantando y bailando por las casas, las calles y los templos. Entonces, durante un período que podía oscilar entre algunos días y un año, se les daba comida, bebida y todos los placeres, como si fueran el mismo dios. Después, eran sacrificados. Las cualidades que más se valoraban en un esclavo que iba a ser sacrificado, eran la salud y la buena presencia. No podían ser deformes, tullidos o tener algún defecto físico, ni tampoco padecer enfermedades, pues sería una terrible afrenta para los dioses. Por eso, antes de comprarlos, para comprobar su estado, se les desnudaba y examinaba a fondo, incluyendo la boca, las palmas de las manos y las plantas de los pies. Según la ley, los esclavos quedaban libres si, habiendo entrado en el mercado con su amo, lograban escapar del recinto y, una vez fuera, pisaban un excremento humano. Entonces, sin limpiarse, se presentaban ante los purificadores de esclavos y éstos los liberaban. Si durante la huida, alguien que no fuera el dueño, agarraba o estorbaba al esclavo, éste quedaba libre y el que había interferido ocupaba su puesto.

Cautivos o esclavos, a los que se destinaba al sacrificio se los engordaba y cuidaba con esmero para que sus condiciones fueran las mejores. Llegado el momento, se les hacía subir las escalinatas de los templos, en muchos casos

dragándolos o arrastrándolos por el pelo. Una vez en la cima, se los sujetaba sobre una piedra y, entonces, llegaba el momento supremo. El sacerdote, con la solemnidad y el ritual pertinentes, les clavaba la obsidiana y extirpaba el corazón. Algunas veces, antes de hacerlo, se les quemaba un poco, lo justo para no destruir este órgano. Una vez fuera, el corazón se ofrecía al sol, dios supremo, y la sangre se vaciaba en un recipiente que se entregaba a los dueños. Finalizada la ceremonia, el cuerpo se echaba a rodar por las escalinatas. Al llegar abajo, lo recogían sus propietarios y lo llevaban a otro lugar para desollarlo y despedazarlo. En ocasiones, con gran jolgorio, se enfundaban en los pellejos de los desollados. Después, cocinaban la carne con maíz, flores de calabaza u otros ingredientes y se la comían. Una buena costumbre consistía en enviar parte del manjar a otras personas, incluido el propio *huey tlatoaní* u otros señores.

Moctezuma accedió a llevarlos al templo de Tlatelolco, en el islote vecino. Una vez allí, subieron las ciento catorce escalinatas, una más que en el Templo Mayor, y desde la cúspide pudieron contemplar el impresionante espectáculo de la gran ciudad de Tenochtitlan. ¡Un mapa perfecto! Disfrutaron de la hermosa vista, pero a la vez se dieron cuenta de que se encontraban atrapados en el lujoso palacio de Axayácatl. Si los mexica se lo proponían, no habría forma de salir de allí. La preocupación aumentó tras los hechos acaecidos en el templo. Moctezuma les permitió pasar a las dependencias sagradas, donde estaba la imagen del poderoso dios Tezcatlipoca. Cortés se olvidó de la prudencia que tanto le recomendaba fray Bartolomé de Olmedo y le dijo al gran señor que debía quitar esa escultura de un dios falso, sustituyéndola por una imagen de la virgen, madre del único dios verdadero. El *huey tlatoaní* se puso furioso y expulsó a sus invitados. «¿Cómo se atreve a ofenderme de esta manera?» se preguntaba indignado «De ahora en adelante, tendré más cuidado y acotaré mejor su espacio».

—Señor, recurro a vos porque habéis mostrado lealtad al difunto gran señor Mutezuma, y sé de vuestra muy grande sabiduría, pues el mismo gran señor siempre habló buenas palabras de vos y me dijo que, en su ausencia, fuese en vos en quien tuviera la confianza —dijo don Hernando, a modo de preámbulo, antes de preguntar:

—¿Qué pensáis, señor, de la situación en que nos hallamos?

Pasaban las cuatro de la tarde y la entrevista con el *cihuacóatl* había comenzado. El gran señor que representaba a la «serpiente emplumada», aunque no lo exteriorizaba, sufría una preocupación intensa por la conflictiva posición en que se encontraba. Por un lado, era rehén de Hernán Cortés y sabía que si éste triunfaba podría mantener un estatus de privilegio en el nuevo orden. El *teul* necesitaría jefes indígenas de su confianza y él sería uno de ellos. Por otro, la situación actual era muy grave para los extranjeros y todos aquellos que les apoyaban. El pueblo mexica, liderado por Cuitláhuac y otros príncipes, se había levantado y estaba decidido a aniquilarlos. Por desgracia, no era una revuelta pasajera, como parecía en un

principio, sino una verdadera guerra en la que sólo podía haber un vencedor. Si él ayudaba a los extranjeros y éstos vencían, Moctezuma tendría un sucesor que fuera de su agrado, quizá el joven Chimalpopoca, y él seguiría siendo su brazo derecho. Pero si eran derrotados, algo bastante probable, sería considerado un traidor y condenado al sacrificio. Desde luego, pensaba, «estaría mucho mejor fuera de este palacio... con los míos».

Sus lamentos resultaban inútiles. La realidad era que estaba dentro, y por tanto ¿cómo no iba a colaborar con los extranjeros, siendo su rehén? Además, lo hiciera o no, lo más probable era que Cuitláhuac y los suyos le condenaran, pues como principal consejero de Moctezuma, le harían partícipe de la supuesta traición que éste había cometido sometiéndose a sus invitados. A la vista de los mexica, sólo podría salvarle un audaz enfrentamiento a sus guardianes que permitiera vencerlos, pero... «me falta valor para intentar algo así», reconocía en lo más íntimo, «y menos teniendo en cuenta las escasas posibilidades de éxito». Muy a su pesar, su destino y el de los que allí estaban, se encontraba ligado al de los *teules*. Y éstos sólo tenían una pequeña oportunidad si ¡huían de allí cuanto antes!

—Gran señor —dijo por fin el *cihuacóatl*, tras meditar bien sus palabras— Es cierto que Cuitláhuac no goza del apoyo de todos los príncipes, y de ahí la contradicción de los emisarios que han venido a proponeros que salgáis de la ciudad sin sufrir su ataque, mientras continúan hostigándonos con piedras y flechas. Pero el ánimo que predomina ahí fuera es el de haceros la guerra... y con sinceridad, creo que no cesarán en este empeño hasta haberos vencido.

El príncipe culhua guardó silencio y, sin perder detalle, observó la reacción de Cortés mientras Marina hacía su trabajo de intérprete. Percibió la gravedad de su rostro y, gracias a su amplia experiencia como asesor del *huey tlatoaní*, detectó la enorme presión que el *teul* estaba sufriendo. Se dio cuenta de que la seguridad que solía mostrar había sido reemplazada por el temor y la duda. «Y no es para menos» pensó «¡Menuda responsabilidad!» Cuando terminó de hablar la mujer, sin esperar a que el español contestara, sentenció con determinación:

—Salir de aquí resultará muy difícil y, seguramente, habrá muchos muertos... pero si no ordenas pronto que lo intentemos... ¡pereceremos todos!

Don Hernando habría querido escuchar otra cosa. Esperaba que el *cihuacóatl* le diera algún argumento a favor de la decisión de quedarse, pero estaba claro que coincidía con sus capitanes. No obstante, ¿hasta qué punto podía fiarse de él?... «¿Y si tuviera el acuerdo con los indios que nos esperan afuera, y su consejo de huida formara parte de una celada?» se preguntó para contemplar todas las alternativas.

Decidió dar otro paseo por el palacio. Le gustaba observar a los hombres y que éstos sintieran su presencia. «La cercanía del que ha el mando levanta el ánimo y la confianza de los infantes» solía recitar. Salió de su aposento e inició la ronda, pero no pudo apartarse de sus pensamientos.

Se acordó de otro momento delicado que, al igual que éste, exigía una decisión de

enorme trascendencia. A pesar del grave incidente del templo de Tlatelolco, Moctezuma siguió mostrándose muy amable. Los españoles habían descubierto una puerta recientemente sellada y, tras ella, un inmenso tesoro. Era el de Axayácatl, que seguía allí, en su antigua casa, ya que estaba mal considerado que un *huey tlatoaní*, en este caso Moctezuma, se aprovechara del tesoro de sus antecesores. Cuando Hernán Cortés le habló al gran señor de este hallazgo, éste le permitió que cogieran el oro y las piedras preciosas, con la única condición de que respetaran la valiosa plumería. Otro día, el capitán le pidió permiso para construir un altar cristiano dentro del palacio, y el gran señor se lo concedió. El extremeño consideró que se trataba de generosos gestos de acercamiento después de lo sucedido en el templo, pero sus hombres y los tlaxcaltecas no se fiaban. Cortés había ofendido a los dioses y lo lógico era que Moctezuma reaccionara como correspondía a una semidivinidad. «¿Acaso habría de olvidar la muy grande afrenta, como si ésta no hubiera acontecido?» argumentaban, dudando de las aparentes buenas intenciones del *huey tlatoaní*. Los principales capitanes castellanos, visiblemente preocupados, fueron a ver a Cortés con una demanda muy concreta: nada más y nada menos que ¡detener a Moctezuma y tenerle como rehén!, «pues sólo previniendo de esta manera, podremos haber la garantía de nuestra protección».

El procedimiento de tener como rehenes a principales indígenas, había sido una constante desde que los españoles iniciaron su avance. Cortés «invitaba» a acompañarles, como parte de la expedición, a nobles relevantes de cada pueblo que dejaban atrás, sobre todo si eran caciques o familiares muy próximos a éstos. De esta forma, tenía un elemento más para asegurar la lealtad de sus aliados. Pero ahora era diferente. Sus hombres le pedían que hiciera rehén ¡al señor más poderoso de esa parte de la tierra!... ¡Y en su propia ciudad!... El golpe era razonable dada la situación de vulnerabilidad en la que se hallaban, pero al mismo tiempo, muy arriesgado. Si salía mal, provocaría una guerra definitiva a la que difícilmente sobrevivirían. Recordaba ahora, que en la soledad del mando había estado dos noches y un día sopesando todos los argumentos a favor y en contra. En la duda permanente, el hecho de que sus principales y los jefes tlaxcaltecas se decantaran con tanta convicción, inclinaba la balanza hacia esa alternativa. Pero tenía que hallar una excusa. Y ésta, oportunamente, se le presentó.

Llegaron unos emisarios de Tlaxcala que le confirmaron algo que, en parte, había sabido en Cholula. Juan de Escalante, el hombre de confianza que había dejado al frente de la Villa Rica de la Vera Cruz, y otros siete soldados, habían muerto como consecuencia de unos enfrentamientos con el cacique de Nautla, la ciudad rebautizada como Almería. Escalante le había escrito antes de morir, por lo que, cuando leyó su carta en Cholula, ignoraba la triste noticia. Pero sí supo de la trampa que el cacique les había tendido, coincidiendo con su malogrado capitán en que, probablemente, Moctezuma estaba detrás. Tras la tremenda matanza de Cholula, que habría servido de advertencia, no había vuelto a suceder algo similar, pero la noticia

llegaba ahora. Más que otras veces, los jefes tlaxcaltecas le instaron para que tomara medidas. Tenían muy claro que el *huey tlatoaní* mexica les estaba preparando una celada letal.

A la mañana siguiente, como todos los días, se presentó en el palacio de Moctezuma acompañado de sus capitanes. Allí, con enérgica dureza, recriminó al gran señor lo sucedido en Almería. Este se quedó de piedra. Jamás, nadie se había atrevido a hablarle así, y menos un invitado en su propia casa. ¡Menuda ofensa! Muy aturdido, respondió que él no tenía nada que ver con lo sucedido. Después, dio unos gritos y enseguida se presentó un hombre al que entregó un sello real y dio órdenes muy precisas. Partiría de inmediato para traer a los responsables de aquellas muertes. Así podrían conocer y juzgar lo que había pasado.

De esta forma, Moctezuma pensó que calmaría la inesperada cólera del insolente capitán de los *teules* y tendría tiempo para adoptar las pertinentes medidas. «¡Primero lo del templo, y ahora esto!» exclamó para sí, sin dar muestras de la indignación que sentía. «Creo que ha llegado el momento de pararle los pies a este insolente extranjero»... Pero la verdadera sorpresa aún no había llegado. En tono amable pero contundente, Cortés transmitió a Marina algo que ésta ya sabía. Mientras lo hacía, Moctezuma se mostraba muy tenso. Seguía acumulando el sobresalto que le había producido la reclamación del *teul*, y además, la expresión que observaba no era la de otras veces, cuando hablaban y bromeaban amigablemente. Aún así, no podía ni imaginar lo que iba a escuchar de la lengua. «¿Me está diciendo este maloliente hombre blanco que yo, el *huey tlatoaní* de Tenochtitlan, tengo que irme con él al palacio de mi padre Axayácatl, para estar bajo su custodia?» «¡No puede ser!, ¡Seguro que la mujer se ha equivocado!». Con la altanería que trataba a sus súbditos, se dirigió a Marina y le dijo:

—¡Has entendido mal!... Pídele a tu señor que repita sus palabras... Y esta vez ¡haz bien tu trabajo!

La intérprete se sintió humillada. Pero al mismo tiempo, orgullosa de poder plantarle cara al omnipotente *huey tlatoaní* mexica. Ella había estado en lo más bajo de ese imperio que él dominaba con mano implacable. Como esclava, se había sometido a los deseos de los distintos dueños que la habían poseído, todos ellos obedientes y temerosos súbditos de ese semidiós que ahora le recriminaba displicentemente, pero que sabía que ella no le pertenecía. «¡Qué fuertes parecían todos, entonces!... ¡Y que pequeños, ahora!». Era la única de allí que se dirigía y escuchaba al gran señor mirándole a la cara. Y aunque seguía temiéndole, sólo ella le trataba con esa proximidad que ningún otro natural había conocido. Sin dejarse intimidar por la arrogancia del *huey tlatoaní*, no se dirigió a Cortés, como aquél le había ordenado. En vez de eso, levantó la vista hasta encontrar los ojos del gran señor y contestó con gran aplomo:

—Señor, ¡no entendí mal!... Lo que te dije es, exactamente, lo que mi señor me ha transmitido. ¡Debes acompañarnos!

Moctezuma enrojeció de ira y, muy alterado, se dirigió a la muchacha con un expresivo gesto amenazador y una agresividad verbal que estremecieron a Marina.

—¡Mujerzuela! ¿Quién te crees que eres para desobedecerme y hablarme de esa manera?... ¡Ordenaré que te degollen aquí mismo!

El pánico hizo que la intérprete diera dos pasos hacia atrás y cubriera su cara con los brazos. La reacción de los capitanes españoles no se hizo esperar. Sin vacilar, agarraron la empuñadura de sus espadas y se acercaron a Moctezuma dispuestos a actuar. Este, al darse cuenta, contuvo su impulso. Cortés se interpuso entre ellos y, extendiendo ambos brazos, frenó a sus hombres. Después, dejó pasar unos segundos. Controlado el momento de tan alta excitación, se dirigió con firmeza al gran señor:

—¡Ella es mi lengua!... ¡Y su palabra es la mía!

Al escucharlo, Marina alzó la cabeza con orgullo y dibujó una leve sonrisa de agradecimiento y complicidad. Sin más dilación, se volvió hacia Moctezuma y, sin dejar de mirarle a los ojos, repitió las palabras en náhuatl. Con la expresión de su cara le dijo mucho más: «No soy tu esclava. Ni tampoco uno de tus atemorizados súbditos». Moctezuma admiró su fuerza de espíritu y, desde entonces, no dejó de respetarla jamás.

—Esto hago porque si lo disimulase los que conmigo vienen se enojarían de mí —continuó Cortés— Debéis acompañarnos por vuestra voluntad hasta que se aclare todo. De lo contrario, lo haréis por la fuerza y muchos serán los que habrán de morir.

—¡Me niego a ir con vosotros! —contestó Moctezuma, con evidentes síntomas de nerviosismo— Si lo deseáis, podéis llevaros a mis hijos... ¡Pero yo no iré!

Los españoles anticiparon la respuesta por la expresión que les transmitió el gran señor. Después, la corroboraron con la traducción de doña Marina. Al terminar la lengua, hablaron entre ellos sobre lo que debían hacer. Discutían acaloradamente, con muchos gestos hostiles y continuos gritos que denotaban una enorme excitación. Moctezuma estaba asustado. No entendía lo que decían, pero percibía una hostilidad que le hacía temer lo peor. Además, se percató de que los extranjeros habían cortado todas las entradas al salón y controlaban a los soldados de su guardia que estaban dentro, por lo que no podía recibir ayuda. El miedo se convirtió en pánico cuando uno de los capitanes, Juan Velázquez de León, sacó su espada y, mirándole fijamente, le apuntó con ella mientras gritaba, iracundo, con un grave vozarrón:

—¡Lo que debemos hacer es matarle ahora mismo!

El *huey tlatoaní* estaba aterrado. Humildemente esta vez, pidió a Marina que le explicara qué estaba sucediendo. La mujer le dijo que estaban pensando en matarlo, y con buen talante, le aconsejó que accediera a la petición de ir con ellos si no quería morir en ese momento. Ella, una mujer esclava, ¡aconsejaba al gran señor de la dinastía tenochca como si fuera su *cihuacóatl*!... ¡y éste la escuchaba!

Sin pensárselo mucho, Moctezuma dio su consentimiento y las órdenes oportunas. Poco después, llevado en andas y acompañado de un nutrido séquito, trasladó su residencia al palacio de su padre. Hernán Cortés, tal y como le había

prometido, ordenó que le trataran con el respeto y los honores que le correspondían, dejando que desde su nuevo emplazamiento continuara atendiendo sus responsabilidades de gobierno. Seguía siendo el gran señor de Tenochtitlan, aunque vigilado muy de cerca. Para facilitar la comunicación entre ellos, le asignó como paje a un niño llamado Orteguilla que había aprendido el náhuatl. Moctezuma se apoyaría en él para conocer las costumbres de los extranjeros y transmitir al capitán sus impresiones. Don Hernando lo utilizaría para estar informado de cuanto acontecía alrededor del jefe mexica.

«Ciertamente que aquél fuera un momento de muy grande dificultad» concluyó volviendo de sus imágenes. «Y nuestra audaz anticipación fuera decisiva»... «Pero ahora... no es lo mismo ahora... ¡la situación es mucho más grave!... ¿Cómo podríamos anticiparnos ahora?»

Había anochecido y acababan de encenderse las antorchas que alumbraban el interior del palacio. Las escaramuzas de ese día habían finalizado. Los soldados, divididos en tres turnos, recibían de las mujeres su modesta ración de tortillas de maíz y frijoles. La comida escaseaba y había que administrarla muy bien. Durante unos instantes, se quedó pensativo viendo a sus agotados hombres. Los que comían, devoraban ansiosamente el escueto rancho. Los que esperaban, aliviaban como podían el dolor que les acuciaba por todo el cuerpo, con un especial cuidado a sus múltiples heridas. Hablaban lo justo. Ni para eso les quedaban fuerzas. El espectáculo de ese comedor-hospital reflejaba perfectamente la precariedad que les acompañaba. «Tengo que tomar una decisión con premura» concluyó. Regresó a su aposento. Allí, otra vez solo, esperaba verlo claro de una vez. Mientras la luz le llegaba, siguió reviviendo los hechos de los últimos meses.

Con Moctezuma como rehén, la vida en Tenochtitlan continuó con aparente normalidad. El abastecimiento llegaba. Los mercados vivían el apogeo diario de su vigorosa actividad. Funcionaban la seguridad y los tribunales de justicia, y seguían recaudándose los tributos. Las canoas circulaban por la laguna y los accesos a la ciudad estaban abiertos. Cada uno se ocupaba de sus obligaciones, como si no hubiera sucedido nada. El único cambio al que obligó Cortés fue la supresión inmediata de los sacrificios humanos, si bien, en secreto, siguieron haciéndose algunos. En la cúspide del Templo Mayor se derribaron las estatuas de Huitzilopochtli y Tlaloc, instalándose en su lugar imágenes de la Virgen y San Cristóbal, las únicas cristianas que tenían. Don Hernando nombró un nuevo gobernador de la Villa Rica de la Vera Cruz, en sustitución del difunto Escalante, y siguió visitando a Moctezuma a diario. Recordaba que pasaban muchas horas hablando y jugando al *totoloque*, algo parecido a los dados. «Ciertamente, el trato que nos dispensábamos era muy del agrado de ambos».

Veinte días después del traslado de Moctezuma al palacio de Axayácat, llegó Cuauhpopoca, el cacique de Nautla, o Almería, para dar cuenta de lo sucedido con

Juan de Escalante y los suyos. En principio negó la participación del *huey tlatoaní*, pero cuando fue condenado a morir en la hoguera, confesó que éste se lo había ordenado. Cortés se puso furioso. Tanto, que ordenó ponerle grilletes al gran señor y así estuvo durante varios días. En cuanto a Cuauhpopoca y los que venían con él, se ejecutó la sentencia en un lugar público, junto al Templo Mayor. Viendo quemarse sus cuerpos, los mexica comprobaron, horrorizados, que los extranjeros no dudaban si se consideraban traicionados. Poco después, Moctezuma fue liberado de sus cadenas y continuó con sus tareas de gobierno.

La humillante noticia llegó a los principales señores del imperio. Profundamente enojados, se reunieron para derrocar a Moctezuma y enfrentarse a los españoles. Cacamatzin, el *huey tlatoaní* de Tezcoco, se propuso a sí mismo como sucesor del gran señor, prometiendo que lideraría a su pueblo hasta sacrificar a todos los intrusos.

—¡Disfrutaré escuchando cómo gritan esos salvajes antes de sacarles el corazón! ... ¡Ninguno quedará vivo!... ¡Huitzilopochtli estará satisfecho! —fue el colofón de su arenga.

Sin embargo, no hubo acuerdo, y las discrepancias provocaron que, conocido el complot, éste fuera controlado. Gracias a la acción del propio Moctezuma, los conspiradores fueron apresados y entregados a Hernán Cortés. Éste no les castigó, pero a partir de entonces, se incorporaron al grupo de selectos rehenes. El extremeño agradeció al *huey tlatoaní* su decisiva colaboración y le ofreció regresar a su palacio, pero el gran señor rehusó. «¿Por qué lo haría?» se había preguntado muchas veces, sin encontrar una respuesta contundente. «Seguramente, tuviera preferencia por la muy mejor protección que nosotros le dispensábamos... O quizá pensara que si aceptaba el regreso, tendría que escuchar a los que le pedían que nos diera batalla, y su voluntad no era esa...»

En los meses siguientes, la posición de los españoles se fue consolidando. En una solemne ceremonia, Moctezuma y otros grandes señores juraron vasallaje al rey Don Carlos. El *huey tlatoaní* convenció a los demás, recordándoles la vieja profecía que auguraba la llegada de un gran señor desde el oriente.

—¡Este es el que estábamos esperando! —les había dicho.

En presencia del secretario Pedro Hernández, quien ayudado por doña Marina, les explicaba el alcance de lo que firmaban, uno a uno fueron estampando su acuerdo en un documento que aportaba la legalidad. El joven monarca de Castilla, representado por don Hernando Cortés y sin siquiera saberlo, ya era, oficialmente, la máxima autoridad de numerosos pueblos indígenas que sólo unos meses antes desconocían los europeos. Carlos V extendía su vasto imperio y se convertía en el hombre más poderoso del mundo. El gran capitán veía cumplido su gran sueño.

Reviviendo todo esto, se sentía satisfecho por la forma en la que había realizado la conquista de un reino tan poderoso. Sin apenas lucha armada, había conseguido llegar hasta el corazón del imperio y sometido a su jefe supremo. Este y sus principales colaboradores, aunque le obedecían en todo, seguían al frente del

gobierno, evitándose el caos y una posible sublevación popular. Él sólo les exigía respecto a aquello que consideraba prioritario, pero no se entrometía en sus restantes responsabilidades. De esa manera, la buena gobernabilidad estaba asegurada. «¡Maldición!» exclamó de pronto sobresaltado, mientras daba un enérgico golpe en un casco que estaba a su alcance «¡Vive dios que todo marchaba por el buen camino! ... y ahora... ¡cuan peor es la situación que habernos!».

Una vez más, repasó lo que en la intimidad había lamentado tantas veces. Las cosas empezaron a cambiar en el mes de abril, con las primeras noticias de unos hombres blancos que habían desembarcado en la costa. Era la expedición de Panfilo de Narváez, enviada desde Cuba por el gobernador Diego Velázquez para apresarlos y apoderarse de sus conquistas. Hasta entonces, todo estaba en calma. Los españoles habían descubierto el placer del cacao y el tabaco, y los indígenas las ventajas de la rueda y el hierro. Los dos mundos, en paz, habían comenzado a intercambiar sus conocimientos. Sumando fuerzas, se construyeron cuatro bergantines que, surcando la laguna, asombraron a los mexica por su rapidez frente a las canoas. Al mismo Moctezuma, en su tiempo de recreo, le gustaba utilizar los veleros para navegar como pasajero. Los castellanos conocieron las minas de donde provenía el oro y empezaron a plantearse cómo podrían sacarles mayor partido. Además, organizaron sus primeras expediciones para explorar el territorio. Juan Velázquez de León se dirigió hacia Coatzacoalcos en busca de un nuevo puerto en el golfo. Y Rodrigo Rangel se desplazó a Oaxaca. Hernán Cortés no se conformaba con lo que había logrado. Debía conocer y controlar todo lo que dominaban los mexica, pero su visión era mucho más ambiciosa. Tenía claro que todos los pueblos indios situados entre el océano y el mar del sur que había descubierto Núñez de Balboa, debían constituir un solo reino bajo la corona de Castilla. Y eso exigía explorar, negociar, conquistar, unificar y poblar, más allá del imperio de Moctezuma.

La llegada de Panfilo de Narváez le había pillado por sorpresa. El propio Moctezuma le dio la noticia, mostrándole un dibujo en el que aparecían dieciocho barcos. En un principio, pensó que podían ser refuerzos enviados desde España, tras el viaje de sus enviados Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo. No sabía nada de ellos desde que partieran en julio del año anterior, y a lo mejor su embajada había tenido éxito. Sin embargo, había transcurrido poco tiempo para organizar y enviar semejante expedición, por lo que la atractiva idea quedó rápidamente descartada. Pronto supo que se trataba de Narváez. Envió a la costa a fray Bartolomé de Olmedo para conocer sus intenciones y, al mismo tiempo, recibió en Tenochtitlan a los emisarios del recién llegado. El propósito de Narváez estaba claro. ¡Y no había negociación posible! Otro momento muy delicado, ya que el enviado del gobernador de Cuba disponía de una fuerza bélica bastante considerable, incluyendo más soldados europeos, caballos y cañones de los que él tenía. Además, Cortés se dio cuenta de que, en estas circunstancias, los partidarios de Diego Velázquez podrían traicionarlo, decantando claramente la balanza. Así que lo primero

que hizo fue asegurarse su lealtad, repartiendo oro y futuras prebendas. En realidad, gracias a su habilidad en el mando y el decisivo respaldo de los éxitos, se había ganado la adhesión de los antiguos disidentes. La división interna que predominaba antes de entrar en Tlaxcala, se había disipado. Y ahora, la cohesión del grupo era bastante sólida. El propio Juan Velázquez de León, pariente del gobernador y uno de los que más había discrepado, mostró su fidelidad rechazando el ofrecimiento que había recibido de Narváez para pasarse a su bando.

Controlado este aspecto, decidió que debía actuar personalmente para solucionar el contratiempo. Así, explicó a Moctezuma que partiría hacia la costa con la mayor parte de sus soldados y algunos principales mexica como rehenes, dejando en Tenochtitlan a Pedro de Alvarado al frente de una pequeña guarnición de españoles y tlaxcaltecas. Por supuesto, le pidió su colaboración al gran señor para que todo continuara funcionando. Seguía siendo el *huey tlatoaní*, y por tanto, su responsabilidad de mando incluía preservar el nuevo orden. Después, mandó recado a Juan Velázquez para que detuviera su marcha a Coatzacoalcos y se reuniera con él en Tlaxcala. Desde allí, saldría el contingente hacia la costa. Les esperaban más de mil soldados bien armados que traía Narváez. Eran los primeros días del mes de mayo de 1520.

Evocando estos recuerdos, su espíritu se fortalecía. «¡Cuántas veces hube de enfrentarme a las situaciones de muy grande peligro!... ¡Y siempre conseguí mi propósito!... ¡Vive dios que yo, y los que conmigo vienen, habernos llegado muy lejos!... ¡Por el Santo Apóstol Santiago y la Santa Cruz que seguiremos venciendo!».

Recordaba la audacia y valentía mostradas para derrotar a Panfilo de Narváez. Este, ayudado por Tlehuiztilin, el cacique gordo de Cempoala, había instalado su campamento junto a una pirámide. Allí se infiltraron espías de Cortés haciéndose pasar por indios cempoaleses. Recogieron la información pertinente y sobornaron con oro a algunos hombres clave, asegurándose el sabotaje de la artillería, que no funcionaría, y el beneplácito de la guardia en determinados puestos. En estas condiciones, atacaron por sorpresa en una noche cerrada y lluviosa. El extremeño, como siempre, al frente de la tropa, arriesgando su vida como cualquier otro. El principal objetivo consistió en capturar a Narváez. Aprovechando la confusión y otras maniobras de distracción, Gonzalo de Sandoval, con un grupo selecto de infantes, subió la escalinata de la pirámide y llegó hasta sus aposentos. En el enfrentamiento, el enviado del gobernador Velázquez perdió un ojo y, finalmente, fue detenido.

Cortés recriminó al cacique gordo su deslealtad. Este se excusó diciéndole que ante la superioridad del invasor, no había podido hacer otra cosa. El español comprendió el razonamiento y tratándole como al amigo que siempre había sido, le perdonó. Era más conveniente seguir teniéndole como aliado. Y además, ahora, el de Cempoala le debía un favor, por lo que ordenó a sus hombres «que no le hiciesen enojo».

Apresado Narváez, los demás hombres se rindieron. Poco después, la mayoría

aceptó unirse a Cortés. El peligro estaba eliminado y, encima, el capitán engrosaba su ejército con más hombres, caballos y armamento. Con ellos, disponía de muchos más medios para poder desarrollar sus planes. El destino le sonreía. Si con trescientos hombres, trece caballos y unas pocas piezas de artillería, había sometido al todopoderoso Moctezuma, ¿qué no podría lograr con un contingente mucho mayor?

«La vanidad es una muy mala compañía para el que está en el mando» reflexionó ahora, mientras se acariciaba la barba «Llegué a pensar que pudiera hacer como los grandes conquistadores, Alejandro Magno o Julio César... y aquí estoy, sitiado por mis enemigos, ¡muy cerca de la muerte!... ¿Cómo será el recuerdo de mi persona si la voluntad de Nuestro Señor fuere que los culuas nos vencieren?... Más pronto o más tarde, otros ejércitos cristianos han de venir a conquistar y señorear estas tierras... ¿Honrarán mi memoria por haber sido el primero?»

La oscuridad y el silencio de la noche se imponían al ambiente hostil que, un día más, había prevalecido en Tenochtitlan. El primer relevo de la guardia ya se había producido. Hernán Cortés seguía solo, fluctuando entre sus recuerdos y la trascendente decisión que debía tomar. Marina le había llevado algo de comida, pero apenas la había probado. No tenía hambre. Se alimentaba de sus nostálgicos pensamientos. Eran la única energía que necesitaba para iluminarse y optar por la mejor opción.

Tras derrotar a Narváez, se había instalado en la Villa Rica de la Vera Cruz y, desde allí, había organizado tres expediciones, pues estaba empeñado en encontrar ríos navegables y un buen lugar para construir un gran puerto. Juan Velázquez de León se dirigió a la región de Panuco, en el norte, y Diego de Ordaz a Coatzacoalcos, en el sur. Además, dos barcos partieron hacia Jamaica para traer caballos, vacas, ovejas y cerdos, con la intención de iniciar su cría. De nuevo, todo iba bien... hasta que le llegaron esas terribles noticias de Tenochtitlan.

Pedro de Alvarado había dado su permiso para celebrar una importante fiesta indígena, habitual en el mes Tóxcatl, en honor del dios Tezcatlipoca, con la única condición de que no hubiera sacrificios humanos. Al son de los tambores y otros instrumentos, los mexica comenzaron a bailar en el Templo Mayor. La embriagadora música y sus electrizantes bailes, crearon un enfervorizado ambiente que asustó a los españoles y sus aliados. Los de Tlaxcala fueron a ver a Alvarado y le dijeron que se trataba de danzas de guerra que presagiaban una trampa. El capitán castellano no lo dudó. Decidió anticiparse y ordenó un ataque por sorpresa. Eran unos tres mil indios desarmados, y los hispano-tlaxcaltecas se ensañaron con sus flechas, espadas y macanas. La música y la danza dieron paso al pánico colectivo y la desbandada para intentar huir: gritos desesperados, carreras inútiles, empujones salvajes, gente pisoteada, heridos que se desangraban, lamentos de dolor, cadáveres que se multiplicaban... La matanza fue salvaje y multitudinaria. Gran parte de la nobleza culhua-mexica pereció ese día.

La reacción no se hizo esperar. Desde hacía tiempo, los nobles mexica se sentían

humillados por los extranjeros, pero el respeto a Moctezuma y a los demás príncipes que se encontraban como rehenes, les había hecho reprimir sus deseos hostiles. Pero ahora, la única respuesta posible a la sangrienta matanza era la guerra abierta. Había llegado el momento de aniquilar a los intrusos. Sin perder tiempo, movilizaron a miles de guerreros y atacaron sin contemplaciones. Los castellanos y sus aliados retrocedieron como pudieron hasta refugiarse en el palacio de Axayácatl. Desde entonces, allí se encontraban sitiados y la lucha no había cesado.

Cuando Hernán Cortés se enteró, decidió partir inmediatamente. Sin perder tiempo, organizó la fortaleza de la Villa Rica y se ocupó de los barcos que había traído Panfilo de Narváez, ordenando que para evitar que pudieran navegar, les quitaran las velas, los timones y las brújulas y los desarmaran. En cuanto a Narváez, le dejó prisionero y bien custodiado. Además, envió instrucciones urgentes a Juan Velázquez de León y Diego de Ordaz para que interrumpieran sus exploraciones y se dirigieran a Tenochtitlan. El momento era muy delicado y necesitaba allí a sus mejores hombres. El 24 de junio, entró en Tenochtitlan con mil trescientos soldados castellanos, ochenta y seis de ellos a caballo, y unos dos mil tlaxcaltecas. «¡Qué pesarosa sensación tuviere, de ver esa muy hermosa ciudad con las calles vacías, muchas casas quemadas o derribadas, puentes destruidas, puertas cerradas... y los cuatro bergantines incendiados!» recordó con tristeza. El espectáculo era desolador. Los hispano-tlaxcaltecas entraron en la ciudad sin ninguna oposición. Los mexica habían decidido dejarlos pasar. Preferían tenerlos cercados junto a los demás. Así, podrían acabar con todos ellos de una vez.

Al verlos llegar, los sitiados se sintieron aliviados. Para Alvarado significaba quitarse de encima la pesada carga del mando. Para todos, la esperanza de salir con vida. La presencia de Cortés inspiraba mucha confianza, y además, llegaba con un poderoso ejército. El extremeño pensó que en pocos días, la situación estaría controlada... pero pronto comprobó que esta vez, estaba equivocado.

Como primera medida, dejó salir de su cautiverio a Cuitláhuac para que hablara con los que les asediaban, ordenara abrir el mercado y pusiera fin al hostigamiento. Se trataba de un gran príncipe, por lo que pensó que le obedecerían. En esto no erró, pero la estrategia se volvió en su contra. Cuitláhuac fue nombrado *huey tlatoaní*, en lugar de Moctezuma, y desde ese momento lideró con energía la lucha armada. El nuevo gran señor lo tenía claro: ¡Tenían que acabar con esos sucios extranjeros y todos aquellos que les acompañaban!

Más tarde, Cortés pidió a Moctezuma que saliera a una azotea para hablar a su pueblo. El otrora todopoderoso gran señor accedió, pero mientras lo hacía, recibió una fatídica pedrada en la cabeza y tres días más tarde murió. El español sintió mucho su muerte. Ya no le resultaba de ayuda, pero en estos meses le había cogido aprecio. A través de sus encuentros, aprendió mucho sobre los indígenas y empatizó con su soledad en el mando, comprendiendo la enorme responsabilidad que suponía el poder absoluto en un mundo tan jerarquizado. Pensó que le había tocado vivir algo

muy extraordinario que le había superado. Era un rey que estaba preparado para engrandecer a su imperio siguiendo el camino de sus gloriosos antepasados, pero no para enfrentarse a esa profecía, ni a seres extraños de otro mundo. Casi nadie entendía, tampoco él, por qué el gran señor no había luchado cuando estuvo a tiempo. «Si yo hubiera estado en su lugar, vive dios que no habría dejado avanzar a los extranjeros» había reflexionado. Pero claro, razonaba, un hombre tan inteligente y poderoso como Moctezuma, tendría sus motivos. «Quizá creyera que esa era la voluntad de esos dioses falsos, y no se atreviera a contradecirlos... Estaba equivocado con esos ídolos, pero era un hombre de mucha fe y buen cumplidor de sus deberes religiosos». Ahora le echaría de menos. Antes de morir, el *huey tlatoani* le encomendó a sus hijos y él prometió por su honor que cuidaría de ellos.

—Tened por seguro, gran señor Mutezuma, que he de responder a mi palabra.

En los últimos días, como consecuencia de los continuos enfrentamientos, muchos hombres habían muerto o estaban heridos. El propio Cortés había participado en algunas escaramuzas a pesar de tener dos dedos rotos que le obligaban a atarse la rodela a la mano. En una de esas acciones, logró llegar hasta la cima del Templo Mayor para incendiarlo. Eran éxitos efímeros, a costa de un tremendo desgaste. Y la situación no mejoraba. Cuitláhuac se negaba a negociar, por lo que las bazas políticas estaban agotadas. La reflexión había terminado. ¡Ahora había que actuar!

Llamó a uno de los soldados que hacía guardia en su puerta y le ordenó ir a buscar a los principales españoles y tlaxcaltecas. Era tarde, pero la reunión urgía. Cuando estuvieron todos, se levantó de su silla y, con gran solemnidad, les dijo:

—Señores, he atendido vuestros requerimientos y meditado la situación de muy grande peligro que nos acecha en esta ciudad de Temixtitan. Siento tristeza por la decisión que hemos de tomar, pero vuestro sabio consejo de abandonar esta ciudad para salvar nuestras vidas, es el que deberá guiarnos.

Hizo una pausa y, detenidamente, observó a cada uno de los presentes para estar seguro de su convencimiento. Analizando sus expresiones, confirmó que la decisión era bien recibida. Con esa voz segura que le gustaba entonar en las ocasiones trascendentes, señaló el camino:

—Diremos, para que lo escuchen todos, y sobre todo los indios que son nuestros huéspedes, que tenemos la intención de abandonar Temixtitan en unos siete u ocho días, por lo que comenzaremos a hacer los preparativos para la huida. Así, quiera Dios Nuestro Señor que nuestros enemigos, informados por sus espías, se sientan confiados y descuiden la vigilancia... pues es mi intención que salgamos de aquí... ¡Mañana mismo por la noche!... Con la mayor discreción, id y preparadlo todo.

15

XICOTÉNCATL AXAYACATZIN

«Y aquella noche, a medianoche, creyendo no ser sentidos, salimos del dicho aposento... sin saber camino ninguno ni para dónde íbamos, más de que un indio de los de Tascaltecal nos guiaba...»

Hernán Cortés,
en su segunda carta de relación a Carlos V (Octubre, 1520)

Tlaxcala, 14 de noviembre de 2006

Sentado en el luminoso comedor del hotel Posada de San Francisco, Camilo Queimadelos apuraba su copioso desayuno. Las tostadas de pan francés que tanto le gustaban, acompañadas de su segundo café, cerraban el menú que había comenzado con zumo de toronja, una selección de pina y melón y huevos con tocino, como dicen en México al *bacon*. La tarde anterior, aprovechando un nuevo intervalo del seminario que impartía en Puebla, se había desplazado a Tlaxcala. Su alumna favorita, Isabel Lozano, le había pedido que volviera para visitar juntos a su abuela. Y claro... viniendo de ella... se trataba de un plan muy atractivo que no podía rechazar. Además, tendría oportunidad de visitar algunos lugares que habían quedado pendientes. Mientras, sin prisa, disfrutaba del olor y el sabor de los últimos sorbos del café, intuía que este asunto de la abuela era un poco extraño. «¿Por qué ese interés en hablar conmigo?» se había preguntado varias veces, desde que la muchacha se lo propusiera. «A lo mejor, Isabel le ha hablado de mí con entusiasmo... y la señora, con la perspicacia que da la experiencia, quiere conocerme para saber quién es ese hombre por el que se interesa su nieta» meditó sonriendo, al tiempo que experimentaba una sana vanidad. «¡Despierta Camilo!» se ordenó con energía para regresar a la tierra «¡Ya estás montándote tus películas!... Bueno... quizá sea sólo una mujer educada que se ha enterado de que



me gustó Tlaxcala y quiere ser amable con un extranjero» dedujo inmediatamente, creyendo más, a su pesar, en esta alternativa. La visita sería por la tarde. Hasta entonces, disponía de algunas horas para hacer turismo.

Salió del hotel y se dirigió a la catedral. Quería ver el Museo Regional y la famosa Capilla Abierta que no había encontrado en su visita anterior. El museo está situado en el antiguo convento de los franciscanos, un bello edificio de piedra de dos plantas, con amplias salas rodeando un claustro. Le gustaron mucho la hermosa escalera que da acceso al piso superior y los techos de madera. Observó muchas esculturas prehispánicas y algunos cuadros de la época colonial, deteniéndose en una sala en la que se exponen pinturas sobre San Antonio de Padua. Pensó que el erudito profesor franciscano que vivió en el siglo XIII, habría inspirado la increíble tarea educativa de los frailes de la misma orden que llegaron a Tlaxcala, y de ahí todos esos cuadros. En otra estancia, se fijó en un lienzo con los cuatro caciques tlaxcaltecas bautizados en 1520, vistiendo trajes europeos y penachos de plumas indígenas. «La combinación simboliza la mezcla de las dos culturas» fue la conclusión que sacó.

Al salir del museo, buscó la Capilla Abierta, nuevamente sin fortuna. Pero ésta le acompañó cuando preguntó en una pequeña tienda de regalos situada frente a la catedral.

—¿La capilla abierta? Está justo aquí detrás —le informó la dependienta.

Ilusionado, bajó unas escaleras contiguas a la tienda y... no podía creerlo... ¡menuda decepción! Reconoció el lugar por su parecido con algunas fotos que había visto, pero el espectáculo era desolador. Se trataba de una de las primeras capillas de todo el continente americano, quizá la primera, e incomprensiblemente se encontraba en un lamentable estado de abandono. No existían placas que explicaran de qué se trataba o la importancia histórica del lugar. Pero sí había botellas vacías, bolsas de basura tiradas por el suelo y, en algunas paredes, grotescas pintadas, delatando que sus analfabetos autores ignoraban o no valoraban dónde se encontraban. Estaba indignado. No podía comprender ese desprecio por algo tan valioso. «¡Qué desastre!» exclamó. «Debería ser uno de los lugares más importantes del patrimonio cultural de Tlaxcala... y sin embargo, es un rincón abandonado y sucio que ni siquiera se puede encontrar con facilidad... ¡Con el interés turístico que tendría, junto al antiguo convento y la catedral!»

—¿Camilo? —dijo una agradable voz, al otro lado del móvil— ¡Soy Verónica!

—¡Holaaaa, guapísima!

—¡Que onda!... ¿Dónde estás Camilo?

—En Tlaxcala. Me faltaba ver algunas cosas y he aprovechado estos dos días.

—¡Qué mal! Te llamaba para invitarte a comer... pero bueno... ya veo que llegué tarde.

—¡Cuánto lo siento! Cuando regrese a Puebla me encantará que comamos juntos. Pero te invitaré yo.

—Eminente profesor —dijo ella, con sorna— ¡No sea tan machista! Esta vez seré yo quien invite... si es que regresa, claro... porque me dice mi instinto que hay algo en Tlaxcala que le atrae más que esta humilde maestra... ¿O no, doctor?

—Bueno... —señaló lentamente el español, dándose tiempo para encontrar la contestación— Tengo que ver un par de museos y una iglesia... Pero no creo que me quede a vivir aquí, jajaja.

—¡Señor profesor!, no intente distraerme... que yo no le estaba hablando, precisamente, de museos ni iglesias —le reprendió en broma la mujer.

—Bueno... ya sabes que en estos días me ha interesado mucho la historia de Tlaxcala —se justificó él, aún sabiendo que no le serviría de nada.

—Sí, sí, doctor... ya sé de ese interés... sobre todo por la historia de una linda *chavita* de Tlaxcala —replicó ella, mostrándose un poco celosa— Pero no creo que la encuentre en un museo... ¡y menos en una iglesia!

Camilo no sabía como salir del entuerto y decidió coger el toro por los cuernos.

—Si te refieres a esa alumna del curso que es de aquí, Isabel Lozano, me dijo que si venía a Tlaxcala, le gustaría que la llamara para ir a visitar a su abuela.

—¿A su abuela? —exclamó Verónica con sorpresa, elevando mucho la voz— ¿A eso te referías con visitar museos?

—¡Nooo! Jajaja —rió él aliviado, al comprobar que su amiga seguía manteniendo el buen humor— Me dijo que su abuela podía contarme cosas que me interesarían.

—¡Órale! —intervino la maestra, utilizando de nuevo la ironía— Seguramente, te enseñará las fotos de su nietecita cuando hizo la primera comunión.

El doctor soltó una carcajada y la mujer, sabiamente, decidió continuar en esa línea jocosa para cerrar la conversación. La verdad es que estaba celosa. Se sentía muy atraída por Camilo, se había acostado con él y, aunque sabía que lo normal era que se tratara de una relación sin futuro, le molestaba que se cruzara otra mujer. Sobre todo si era más joven y tenía esa mirada ingenua que tanto atrapa a los hombres cincuentones. Ella no tenía esas armas. Pero disponía de otras y estaba dispuesta a usarlas con inteligencia. «¡El español es mío!» se dijo muy convencida, «y ninguna *chavita* va a quitármelo».

Suspiró aliviado cuando colgó el teléfono. Verónica era una mujer extraordinaria, le gustaba mucho y tenía su espacio. Pero no era éste su momento. Ahora estaba en cuerpo y alma con Isabel, por la que sentía algo especial. ¿Era amor? Seguramente no llegaba a tanto, pero percibía la ilusión de un nuevo comienzo. Mientras viajaba a Tlaxcala, su mente imaginó cómo podría ser la relación con ella. Se entusiasmó pensando que estaban en España y él la enseñaba lugares y costumbres. El trayecto se le hizo muy corto. Esta vez no se dio cuenta de los interminables baches de la carretera, ni sintió los estrepitosos frenazos del viejo autobús. Tampoco se fijó en el paisaje. Ni siquiera en La Malinche, la imponente montaña que tanto le había impresionado en el viaje anterior.

Las fantasías volvieron a su mente mientras tomaba un café en los animados

soportales de la plaza de la Constitución. Después, avanzó por la avenida de Juárez hasta la de Guridi y Alcocer. Allí, giró a la derecha y, al final de la calle, a la izquierda. Subió una empinada cuesta, seguida de una larga fila de escaleras. En dos ocasiones, notó que le faltaba el aire y se detuvo para respirar. «Esta vez no creo que sea la altitud ¡sino la puñetera subida!» fue su explicación. Finalmente, llegó a su destino: la impactante basílica de Ocotlán. Descubrió que cuando llegaron los españoles, en ese mismo alto que domina el valle, se erigía una pirámide que, unos años más tarde, fue derruida para construir con sus piedras una capilla cristiana. «¡Siempre la misma historia!» pensó. «Como en Cholula... o en Roma con el coliseo... o en la propia España con las mezquitas musulmanas... ¡templos católicos con piedras paganas!»

En 1541, muy cerca de la basílica, la Virgen se apareció al indio Juan Diego Bernardino. Como lo hizo dentro de un árbol de ocote, se la llamó Virgen de Ocotlán. El sorprendente acontecimiento, certificado por los franciscanos que interrogaron a Juan Diego, ayudó mucho a los frailes en su tarea evangelizadora. Con el tiempo, el fervor por esta Virgen se multiplicó, siendo miles los devotos peregrinos que todavía hoy en día, acuden al templo a solicitar su favor. A partir de la ermita que se levantó en un principio, la iglesia fue construida, progresivamente, en los siglos siguientes, concluyéndose los trabajos a finales del XVIII. La fachada impresionó a Camilo por el hermoso contraste entre el inmaculado blanco de su aconchada parte central y la superior de las dos esbeltas torres gemelas, y el vivo naranja de los ladrillos hexagonales en la base de éstas. Tras admirar su belleza, decidió entrar. Se maravilló con la grandiosidad del altar central, rebosante de columnas y adornos de oro viejo, entre los que se incrustan imágenes de santos flanqueando la de la Virgen. Con mucho respeto, se sentó en un banco y disfrutó de unos minutos de espiritualidad. «Un lugar excepcional, con independencia de las creencias que cada uno tenga».

—¿Cómo está doctor? Disculpe el retraso.

La suave voz de Isabel Lozano le hizo girar la cabeza en un acto reflejo. Eran las cuatro y diez de la tarde y habían quedado en encontrarse en el *lobby* del hotel sobre las tres y media. Él había aprendido que la puntualidad no era una virtud que ella practicara, por lo que decidió llevarse a la cita el libro de Bernal Díaz que tanto le apasionaba. «¡Qué suerte tener el relato de uno de los protagonistas!» se congratuló, antes de trasladarse de nuevo al siglo XVI. Cuando llegó la muchacha, se hallaba inmerso en la entrada de los españoles y los tlaxcaltecas en Tenochtitlan. Mientras leía, pensó en la grandiosidad de ese día, en cómo se habrían sentido los protagonistas, en su trascendente influencia en el futuro de México y España. Imaginó a Hernán Cortés liderando ese multivariado equipo de alto rendimiento que con habilidad había logrado formar. Meditó sobre el decidido compromiso de los de Tlaxcala en una empresa que no admitía retorno. E intentó comprender el desconcertante comportamiento de Moctezuma, especulando que, probablemente, la

excepcionalidad de la situación le habría superado. Pensó que mientras Cortes se encontraría altamente motivado por el objetivo de alcanzar la gloria, rebosando activación positiva, confianza y fluidez mental, Moctezuma estaría agarrotado e inseguro, atezado por el miedo a errar y perder su imperio. En estas circunstancias, el español optimizaba sus recursos con inteligencia, prevenía los problemas y tomaba decisiones apropiadas, mientras que el mexica desconcertaba a sus hombres y desaprovechaba su superioridad numérica y logística.

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú? —respondió, escudriñándola discretamente.

—Yo estoy bien. Gracias doctor.

—¡Pero no habíamos quedado en que no me llamarías doctor!

—Sí... sí claro... disculpe doctor... disculpa... jajaja. Hacía calor, y la chica lucía una camiseta azul marino de cuello redondo que dejaba al descubierto sus bellos hombros de piel tostada. Se fijó en ellos y se sintió atraído. Después, instintivamente, dirigió la vista a sus senos... aunque enseguida, en cuanto fue consciente, la retiró. Le parecieron de tamaño medio y muy firmes. Elucubró que podía deberse al sujetador negro que, sin quererlo, se delataba asomando los tirantes. «*Camilo...* ¡Qué atractiva es!» exclamó para sí embobado, al tiempo que volvía a establecer el contacto visual.

—Mi abuelita nos espera a las seis —informó la chica— Antes podemos ir a dar un paseo y, si quieres, visitar algún lugar.

—Me parece una idea estupenda —dijo él con evidente entusiasmo— Me gustaría ver el Museo de la Memoria Histórica de Tlaxcala, que está aquí al lado. ¿Te parece bien?

La muchacha asintió y, sin más preámbulos, salieron del hotel y giraron hacia la derecha hasta la avenida de la Independencia. Una vez allí, a unos cincuenta metros, encontraron la puerta del museo.

—Supongo que habrás estado aquí anteriormente —dijo Camilo por hecho.

—¡Claro! Lo conozco bien —confirmó la chica— Pero me encanta acompañarte y verlo de nuevo contigo —añadió con esa dulzura que había atrapado al español.

—¡El placer es mío, señorita! —correspondió él con simpatía, mientras la miraba a los ojos para observar su reacción.

El museo de la Memoria Histórica de Tlaxcala consta de varias salas y está centrado, fundamentalmente, en la etapa colonial, destacando escritos, pinturas, objetos y hechos que revelan la unión que se produjo entre los dos mundos. Un homenaje a la decisiva contribución de Tlaxcala para el desarrollo de Nueva España y el subsiguiente México independiente. Camilo estaba en su salsa. Además, la compañía de Isabel y la oportunidad de compartirlo con ella, eran incentivos añadidos que valoraba mucho. Sin duda, uno de los mejores momentos de su estancia en México.

En la primera sala del recorrido, leyeron un texto que declaraba: «*Tlaxcala permaneció durante la época novohispana como provincia india autónoma con privilegios y distinciones que le permitieron preservar su unidad política y territorial.*

Esto posibilitó, además, paliar la explotación de la población indígena macehual y defender el orden antiguo, creando así las condiciones para el establecimiento de un mestizaje con hegemonía indígena. En la provincia de Tlaxcala nunca se constituyó un ayuntamiento de españoles. El cabildo de naturales, el más importante órgano de gobierno, llegó a alcanzar un gran poderío. Al sostenimiento de esta cultura política que preservaba a Tlaxcala como provincia india, invicta, ilustre y noble, contribuyeron, además de los gobernantes indígenas, el cronista Diego Muñoz Camargo, los monjes franciscanos con el establecimiento de la Provincia del Santo Evangelio y los dominicos Fray Julián Garcés y Fray Bartolomé de las Casas».

Más allá, conocieron la Bula del Papa Clemente VII de 1525, por la que se nombró ciudad a Tlaxcala y catedral a su iglesia. Y después, unas pinturas antiguas que eran copias de algunas láminas de «*El Lienzo de Tlaxcala*». El español aprendió que esta valiosísima obra, realizada por indígenas que vivieron la etapa de la conquista, es un conjunto de códices que fueron pintados sobre tela a partir de 1550. Su propósito fue reflejar la aportación de Tlaxcala a la creación de Nueva España: primero, como aliado de Hernán Cortés; posteriormente, en otras expediciones de conquista, como las de Gonzalo de Sandoval a Colima, en 1523, Pedro de Alvarado a Guatemala, en 1524, y Nuño de Guzmán, en la que dio origen a Nueva Galicia, en 1530. Al parecer, se hicieron tres ejemplares de esta obra que por desgracia se extraviaron, pero en el siglo XVIII apareció una copia que en la actualidad se encuentra en el Museo Nacional de México. Además, en 1882, coincidiendo con el cuarto centenario del descubrimiento de América, el eminente historiador y político liberal mexicano, Alfredo Chavero, publicó un libro en homenaje a Cristóbal Colón, donde se reproducen y explican las láminas que se conservan. En las pinturas del museo, Isabel y Camilo contemplaron cómo eran los sencillos dibujos de aquella época. Él meditó que así serían los que recibió Moctezuma con la información sobre los extranjeros de piel blanca que habían llegado a la costa. Su única fuente para conocer el peligro al que se enfrentaba. En las láminas expuestas en el museo, destaca la presencia de una sola mujer, Marina, siempre junto a Hernán Cortés. Se la representa con prestancia, peinada a raya en el centro, con el pelo cayéndole sobre los hombros y vestida con un sencillo *huilpil*. Su expresión transmite seguridad y calma.

—¿Qué opinas de La Malinche, la intérprete de Hernán Cortés? —preguntó Camilo, de pronto, sin dejar de mirar las pinturas.

—No sé —dudó ella— en México no está bien vista... pero mi abuelita dice que fue una mujer memorable.

La vista del profesor abandonó los lienzos y se centró en la muchacha, al tiempo que su cabeza asentía. Isabel continuó:

—Mi abuelita dice que, sin contar las diosas prehispánicas, es la primera mujer de la Historia de México, y una de las pocas que, en cualquier tiempo, ha tenido un papel importante en una sociedad tan machista como la mexicana.

—¡La primera mujer de la Historia de México! —exclamó entusiasmado el

español— Y sin embargo... es un personaje maltratado... Cómo son las cosas. ¿Verdad?

—Bueno... eso es porque ayudó a los conquistadores —señaló la chica— Le sucede como a nosotros, los de Tlaxcala... Hay gente en México que todavía piensa que somos unos traidores porque estuvimos del lado de los españoles.

—¿De veras? —interrogó el profesor, muy intrigado.

—Lo cierto es que casi nunca se platica de estas cosas —continuó ella— Pero cuando sale el tema, siempre hay algún ignorante que nos señala como un pueblo traidor —añadió con cierto enojo— Por eso, yo me siento algo identificada con La Malinche. Ella ayudó a los españoles contra los opresores que habían esclavizado a muchos pueblos prehispánicos. Nosotros hicimos lo mismo contra el enemigo que quería destruirnos... Ella luchó por su libertad y la de otros indígenas. Nosotros luchamos por la nuestra... por mantener la identidad de Tlaxcala.

Isabel se expresaba con fuerza, y Camilo estaba gratamente sorprendido, pues no esperaba tanta implicación de una chica tan joven. No se imaginaba a su hija Almudena, o a sus estudiantes de la facultad, defendiendo su herencia histórica de esa manera. Isabel era mayor que ellos, pero aún así, le resultó algo inesperado y hermoso. Seguramente, serían las ideas que le había transmitido su abuela, quien cada vez le intrigaba más. Pero ya era una mujer adulta para rechazarlas o hacerlas propias. Además, aumentaba su atractivo dando esos argumentos con los ojos contraídos, transmitiendo cierta rabia y moviendo exageradamente los brazos y las manos. «Más razones para enamorarme de ella» le vino a la cabeza, mientras continuaba mirándola sin perder detalle de sus llamativos gestos.

Avanzando despacio, pasaron por una zona en la que se exponían utensilios prehispánicos para trabajar en la casa y el campo, acentuándose lo que supuso el encuentro de los dos mundos en la agricultura y la ganadería. Se mencionaban ejemplos como el del maíz indígena y el trigo europeo, el maguey y el frijol autóctonos y los árboles frutales de los colonizadores, la incorporación de las ovejas y la decisiva aportación de los caballos y las mulas para mejorar el transporte y el intercambio comercial. Un escrito señalaba que en 1712 había en Tlaxcala noventa y cuatro haciendas y ochenta y cinco ranchos de ciento cuarenta y seis propietarios, y que la tercera parte de la superficie de la provincia estaba dedicada a la cría de ganado y la agricultura, con una buena producción de trigo, maíz, cebada, habas, patatas, maguey, aguacate, guayaba y numerosas frutas. También vieron una muestra de la evolución de la industria textil. Tradicional en Tlaxcala antes de la llegada de los españoles, se enriqueció con la nueva maquinaria: el telar de pedal y la rueca, rápidamente incorporados por los indígenas, así como por la lana de las ovejas de Castilla que pronto proliferaron en la zona. Más tarde, aparecieron los obrajes, grandes talleres textiles que tuvieron un enorme desarrollo en todo el territorio de Tlaxcala, exportando sus productos dentro y fuera de Nueva España. La tradición textil se trasladó a otros lugares colonizados por los tlaxcaltecas, siendo el caso más

notorio el de Nueva Tlaxcala, la actual Saltillo en el estado de Coahuila. El principal producto exportado por los tlaxcaltecas en el siglo XVI, fue la «*grana cochinitilla*», un insecto parásito que vive en los nopales, con el que se fabricaban tintes. Y eso, a pesar de que en 1551, para preservar la agricultura básica y prevenir así las hambrunas, el virrey Luís de Velasco limitó el cultivo de las cepas de nopal... «*En razón que provocaban mucha pereza en las gentes y ya no querían rozar su tierra de cultivo... sólo se dedicaban al cultivo de la grana, y lo que comían, mazorcas y maíz, lo compraban... con lo cual se pierde el trabajo de rozar*»... Según constaba en otro lugar, la actividad comercial se desarrollaba en los concurridos *tianguis*, donde se intercambiaba de todo, tal y como sucedía en la época prehispánica y en los grandes mercados europeos y asiáticos. En 1547, por decisión del virrey, el mercado de Tlaxcala era el único que podía permanecer abierto los sábados en toda Nueva España.

Atravesaron una sala dedicada a la religión católica, por ser Tlaxcala «*la cuna de la evangelización de América*» (la América continental exceptuando el Darién, claro está, ya que en las islas del Caribe y en el actual Panamá, había comenzado anteriormente). Allí pudieron ver el cuadro que le había recomendado Manuel Francisco Ramírez, el director general académico de la Universidad Iberoamericana de Puebla. La pintura fue realizada a finales del siglo XVIII, cuando se promulgaron las centralistas reformas borbónicas que tan perjudiciales fueron para las colonias de ultramar. Su propósito fue recordar a la corona, una vez más, los méritos de Tlaxcala junto a los españoles. El lienzo plasma el drama de tres niños mártires por la defensa de la fe cristiana, en 1527 y 29: Cristobalito, hijo del noble Acxotecatl, Antonio, nieto de Xicoténcatl el viejo, y Juan, mozo del anterior. En la misma sala, destaca la Virgen de la Asunción, patrona de la alianza hispano-tlaxcalteca, ya que Tenochtitlan fue tomada, definitivamente, el 13 de agosto de 1521, y la deseada noticia llegó a Tlaxcala dos días más tarde, fiesta de la Asunción. Junto a esta Virgen, tienen su lugar en esta sala, la milagrosa Virgen de Ocotlán, cuya basílica había visitado Camilo esa misma mañana, la Virgen de la Defensa y San Miguel del Milagro. Este santo, en 1631, se apareció al indio Diego Lázaro para señalarle el lugar del que brotaría agua milagrosa. Desde entonces, el templo de San Miguel del Milagro, a diecisiete kilómetros de la ciudad de Tlaxcala, es el destino de miles de creyentes peregrinos que van a curarse. «¡Cuántos milagros en Tlaxcala!» recapacitó el español. En esa misma estancia, reparó en que los tlaxcaltecas habían aceptado la cruz con bastante naturalidad, aunque recordó que, no por ello, habían renunciado a otros iconos propios. La cruz fue el testigo de la alianza con los españoles. El estandarte de su poderoso dios, ese que se había impuesto a las otras divinidades. Sobre un pequeño pedestal, vieron una gran cruz con el INRI tallado en la parte superior y las dos tablas cruzadas repletas de grabados indígenas. «Otra vez los símbolos prehispánicos sobre los cristianos» pensó. Junto a ella, había una inscripción atribuida a fray Jerónimo de Mendieta en 1596: «*A esta cruz, como no le sabían el nombre,*

llamaron ellos Tonacacuáhitl, que quiere decir, madero que da el sustento de nuestra vida».

Sin prisa, disfrutando de la compañía y apreciando lo que estaban viendo, llegaron a la última sala. Allí se destacaban las expediciones colonizadoras de los tlaxcaltecas. La primera, en 1591, cuando numerosas familias formaron la «Gran Caravana» para dirigirse al norte a poblar el «Gran Chichimeca», del que formaban parte los actuales Jalisco, Zacatecas, San Luís Potosí y Coahuila. Después, otras que llegaron mucho más lejos, participando en la fundación de poblaciones en Nueva Vizcaya, Nuevo León, Nuevo México y Texas, como es el caso de Santa Fe o San Antonio, ahora en los Estados Unidos.

La visita al museo se prolongó más de una hora, pero Isabel y Camilo se habían abstraído del tiempo. Habían congeniado en Puebla desde el primer momento, y ahora, rodeados de esas reliquias, se confirmaba la buena química. Ella reía mucho con la ironía fina del español. Este, mirándola y escuchándola, rejuvenecía.

—Estee... ¿Tomamos un café? —preguntó ella, saliendo del museo— Todavía tenemos tiempo antes de ir a la casa de mi abuelita.

Aunque los dos sabían que probablemente llegarían tarde, se sentaron sin ninguna urgencia en una de las terrazas del Arco Grande de la plaza de la Constitución. Ella pidió un refresco de limón y él un café, aunque habría preferido un tequila que no tomó para estar más lúcido en la visita. Mientras charlaban sobre la experiencia del museo, sonó su móvil.

—¡Almudena! ¿Te pasa algo hija? —exclamó y preguntó sobresaltado, mostrando síntomas de preocupación.

—¡Noo! ¿Por qué? —respondió e interrogó ella, bastante sorprendida.

—¡Casi es la una de la madrugada en Inglaterra! ¿Qué haces levantada tan tarde?

—Estoy de guardia y me apetecía llamarte... ¿Te pillo en mal momento?

—¡No!... ¡no!... tranquila. Siempre es un buen momento para hablar con mi princesa. ¿Cómo estás?

Discretamente, Isabel había apartado la vista de Camilo y bebía su refresco como si la cosa no fuera con ella. Un educado gesto que aparentaba respetar la intimidad de su acompañante, aunque en realidad, no perdía detalle de la conversación. «¿Quién es esa princesa que le llama tan tarde desde Inglaterra?... Será su hija... Así le dijo... Bueno... es normal que esté casado y tenga hijos... ¿no?... ¿O estará separado... y por eso su hija no vive en España?»

—Estoy en Tlaxcala —escuchó decir al español.

—Pues ya ves, cariño. ¡Qué me ha gustado este sitio! —oyó que señalaba, después de un silencio en el que intuyó que, al otro lado del teléfono, había estado hablando la mujer.

—¡Nooo!, ¡claro que no! —fue su siguiente comentario, antes de volver a callarse.

—Unos amigos me han invitado a visitar su casa —informó algo más tarde.

Isabel dedujo que por algún motivo, el doctor no quería decir que estaba con una muchacha «A lo mejor no es su hija... ¡sino su esposa!»... Se sintió algo celosa «¡Qué tontería!... lo lógico es que tenga esposa» reflexionó en un segundo, intentando recuperar la cordura.

—Adiós cariño, ¡cuídate muchísimo! —se despidió Camilo con una entrañable expresión de ternura y nostalgia que hizo mella en Isabel. «Debe quererla mucho».

—Disculpa, Isabel. Era mi hija Almudena —dijo el profesor, mientras guardaba el teléfono en el bolsillo.

—No hay de que disculparse —saltó ella, sintiéndose aliviada por la información recibida, al tiempo que se daba cuenta de la oportunidad que tenía para saber más cosas sobre él.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó inmediatamente, aprovechando el camino que Camilo había abierto.

—22, casi 23... es una chica muy inteligente... estudia Medicina en Inglaterra —contestó él, mostrando la satisfacción de un padre orgulloso.

—¿Tienes más hijos? —continuó ella en un tono muy amable, acercándose delicadamente a la pregunta que más le interesaba.

—No. Sólo Almudena... En realidad es hija de mi segunda mujer... Pero yo la adopté siendo muy pequeña.

Isabel se percató de que la ocasión estaba servida. Lo dudó un momento. Pero finalmente, un poco nerviosa, se atrevió a preguntar mientras dirigía su mirada al suelo:

—¿Y tu esposa... vive con ella en Inglaterra?

Camilo percibió la intención de la pregunta y se sintió contento, pues parecía evidente que a ella le importaba la respuesta. No obstante, decidió aparentar que no se había dado cuenta.

—¡No, no!... mi mujer, la madre de Almudena, murió hace más de siete años. Soy viudo.

El corazón de Isabel palpitó deprisa. Levantó la vista y encontró la del español esperándola. Sentía un enorme alivio y no sabía qué decir.

—Lo siento —fue lo único que se le ocurrió, tras un breve silencio que se le hizo eterno.

—Bueno... sucedió hace bastante tiempo... y hay que seguir viviendo —dijo él con naturalidad, procurando quitarle hierro a la conversación y aliviar la tensión de la chica.

La estrategia dio resultado. Isabel, más tranquila, se atrevió a seguir preguntando:

—Dijiste que era tu segunda esposa... ¿También murió la primera?

—¡Noo!, jajaja... ¡no soy tan gafe! —exclamó Camilo, utilizando el humor.

—¿Gafe? —interrogó ella sonriendo, con cara de no entender.

—Sí, sí, gafe. Se le dice así al que trae mala suerte a los que están con él.

La muchacha soltó una leve carcajada y él la acompañó. Después, continuó

explicando que se habían divorciado, y enseguida se dio cuenta de que la ocasión, ahora, estaba de su lado.

—¿Y tú?, ¿Estás casada?... ¿comprometida?...

—Pues ninguna de las dos —aclaró la chica.

—¿Y eso?... ¿Es que no hay hombres en México con ojos en la cara? —cuestionó él con galantería, mirándola a los ojos.

Isabel se ruborizó. El piropo la halagaba y le hacía interpretar que Camilo se había fijado en ella. Tras unos segundos, se repuso un poco y aceleradamente explicó:

—La verdad es que no es tan fácil tener novio y casarse cuando se trabaja tanto. No sé en España, pero aquí en México hay muchos hombres que no lo entienden. Quieren que sus esposas estén todo el día encargándose de la casa y cuidando a los hijos.

La chica siguió comentando que había tenido dos novios, pero que ninguno había comprendido que ella quería desarrollarse profesionalmente y tener una independencia económica. ¡Claro que le gustaría enamorarse, casarse y tener hijos si llegaban!, pero sin renunciar a lo anterior. No estaba dispuesta a depender de un esposo y convertirse en una persona sin perspectivas.

—Los *chavos* con los que he salido hasta ahora, han sido inmaduros y muy machistas —añadió con determinación— Pero bueno... si tiene que llegar el hombre de mi vida... ¡pues ya vendrá! Ja ja ja.

Los dos estaban encantados con esta conversación. Ella sabía que había lanzado un anzuelo. El también, aunque su experiencia le aconsejaba no dar las cosas por hechas. «Son tan raras las mujeres... nunca se sabe». Además, le rondaba la inevitable duda de la diferencia de edad. «¿Le pareceré muy mayor?». ... Eso sí, se encontraba ilusionado ¡como no lo había estado en mucho tiempo!

—Mi abuelita vive muy cerca de aquí, así que iremos caminando.

Eran las seis y veinte, y habían quedado en ir a las seis, pero pagaron la cuenta y abandonaron la terraza como si les sobrara el tiempo. Salieron de la plaza por la avenida de Diego Muñoz Camargo y giraron a la izquierda por la de Porfirio Díaz, hasta subir una pronunciada cuesta. Así, llegaron a la calle 1, ya en la parte alta, y avanzaron hacia la derecha hasta un pequeño callejón cerrado, muy empinado, llamado Prolongación del 20 de Mayo. La vía era ancha y apenas sufría el tráfico de los escasos vecinos. A su vera, casas de una o dos plantas, con jardín y una espléndida vista de la ciudad.

—Es aquí —dijo Isabel, deteniéndose en un portal del margen derecho de la calle.

La muchacha llamó al timbre de inmediato, mientras Camilo oteaba el entorno con curiosidad. Segundos después, una mujer de unos cincuenta años abrió la puerta. «¡Qué abuela tan joven!» alucinó el profesor. «Es increíble que se conserve así».

—Doctor, ella es mi mamá —aclaró la chica, haciendo las presentaciones.

—Aja... mucho gusto señora —dijo él galantemente, tras comprender el malentendido.

—El gusto es mío, doctor. Isabelita nos ha hablado mucho de usted y deseábamos conocerlo.

Camilo estaba desconcertado. Se sintió impotente para comprender la situación y pensó que toda la Psicología que sabía le resultaba inútil. «¿Qué les habrá contado?... ¿Por qué tanto interés en conocerme?... ¿Les preocupará que un hombre mayor pueda aprovecharse de su niña?... ¿Habrá pasado algo sin que me haya dado cuenta?... ¿O simplemente es una cuestión de educada hospitalidad con un extranjero?... ¿Qué *carallo* pasa aquí?»... Cada vez estaba más ansioso por conocer la respuesta.

Su expectación aumentó cuando pasaron dentro y llegaron a un amplio salón con grandes ventanales que daban al jardín. Allí estaba una señora mayor, de unos ochenta y cinco años, a quien corroborando su primera impresión, le presentaron como la abuela de Isabel. Apretándola lo justo, cogió su mano, la levantó ligeramente volviendo la palma hacia abajo y, con elegancia, inclinó la cabeza.

—A sus pies señora. Es un placer conocerla.

La mujer, sin decir nada, correspondió bajando los párpados y moviendo levemente la cabeza. Otras dos personas, dos hombres, estaban en la sala y se habían puesto de pie. La sorpresa de Camilo fue mayúscula. Conocía a uno de ellos y no lo situaba en este escenario. La madre de Isabel continuó desempeñando su papel de anfitriona.

—Doctor, le presento al ingeniero Felipe Antonio Xochitemol y al doctor Manuel Francisco Ramírez. Creo que ya conoce al doctor. Es el director general académico de la Universidad Iberoamericana de Puebla.

—Así es. Claro que lo conozco —confirmó el español, sin salir de su asombro— ¿Cómo estás, Manuel Francisco? —preguntó mientras estrechaba su mano— Encantado ingeniero —añadió al dársela al otro.

—El doctor y el ingeniero son buenos amigos nuestros, y les hemos invitado a que vinieran hoy aquí, coincidiendo con su visita —continuó la señora— ¿Desea tomar algo, doctor Quemadelos?

—Mamá... es Queimadelos, con i... Quei madelos —intervino Isabel para corregir el error.

—Disculpe, doctor.

—Tranquila, es un nombre difícil y suele pasar. Si lo prefiere, me encantaría que me llamara Camilo.

La mujer sonrió agradecida.

—¿Desea tomar un café?... ¿Un refresco?... ¿Un tequila?

Aceptó el café. Los demás ya estaban servidos. Mientras lo degustaba, hablaron de asuntos triviales, como el viaje en autobús desde Puebla o el calor que estaba haciendo. Hasta que intervino la abuela.

—¿Le gusta Tlaxcala?

—La verdad es que sí —respondió el español, concentrándose en la anciana.

—Es una ciudad con mucha historia ¿verdad? —apuntó ella, con cierta nostalgia.

—Así lo creo —corroboró el profesor— Hay cosas muy interesantes que me han sorprendido gratamente.

La mujer movió la cabeza dándole la razón y Camilo esperó a que hablara. Como ella no lo hizo, decidió continuar:

—Lo que no entiendo es por qué se desconoce tanto. He comprobado que muchos mexicanos, incluso viviendo en Puebla, nunca han visitado Tlaxcala... Y en España se ignora su existencia. Yo mismo, hasta hace diez días, jamás había oído hablar de este lugar.

—Bueno... existen razones históricas —intervino Manuel Francisco Ramírez, en su calidad de doctor en Historia— Tlaxcala fue el principal aliado de los españoles en la conquista y les apoyó hasta el último instante durante toda la etapa colonial, gozando de privilegios que no tuvo ningún otro pueblo prehispánico. Después, su integración en el México independiente no fue sencilla. Se la quiso absorber en el estado de Puebla, y sólo se logró evitar gracias a Guridi y Alcocer, un prestigioso político tlaxcalteca que había formado parte de las Cortes de Cádiz, con bastante influencia en el joven congreso mexicano.

Todos seguían muy atentos la erudita explicación del historiador y permanecieron callados.

—Fíjate Camilo ¡que hasta 1857, treinta y seis años después de la independencia, no se le concedió a Tlaxcala el estatus de estado!... Y desde luego, durante mucho tiempo fue uno de los territorios mexicanos peor atendidos... quizá porque se le consideraba un pueblo traidor. A partir de 1821, nadie se acordó, por ejemplo, de que los tarascos de Michoacán eran acérrimos enemigos de los mexica que nunca habían sido sometidos, o de otros pueblos prehispánicos que se revelaron contra Tenochtitlan. Pero sí se acentuó la supuesta traición de los tlaxcaltecas, sin tener en cuenta que nunca estuvieron unidos a los mexica, sino al contrario, por lo que resulta obvio que no es justo aplicarles tal calificativo... Este clima adverso en el proceso de integración en el México independiente, explica que no se hayan cultivado mucho los recuerdos de un pasado del que no se reniega, pues de hecho se habla de ello en diversos lugares, como el museo de la Memoria Histórica o el mural del Palacio de Gobierno, pero que tampoco se quiere airear demasiado.

—Ves Manuel. Me encantaron esos lugares —señaló el profesor— La historia es la historia, y no creo que los tlaxcaltecas deban avergonzarse de ella.

—Así es, doctor —intervino el ingeniero Felipe Antonio Xochitemol— Y es más, deberíamos sentirnos orgullosos de esa parte de nuestra historia, pues gracias a ella, Tlaxcala es el único pueblo prehispánico que mantiene su territorio y su identidad.

—Eso es cierto —asintió el historiador— Pero hay que tener en cuenta que sólo a partir del Congreso Mexicano de Historia celebrado en Xalapa en 1943, en el que se abordó el tema de la supuesta traición de Tlaxcala, se eliminó de los textos de historia una acusación que se había mantenido ¡ciento veintidós años!... En ese trascendente congreso, se aceptaron argumentos muy objetivos que hasta ese momento habían sido

ignorados. Fundamentalmente, que a la llegada de los españoles no existía la nacionalidad mexicana, tal y como se ha entendido desde la colonización y después de ésta; que Tlaxcala nunca había formado parte del imperio mexica, como ya señalé antes; y que los tlaxcaltecas lucharon por su independencia.

Es decir —apuntilló Felipe Antonio— que durante muchos años, la acusación de traición ha estado ahí... Y el esfuerzo de los tlaxcaltecas por ser uno más en el México independiente, ha exigido una cierta prudencia con estos temas, así como destacar cualquier aspecto que pudiera contribuir a la integración.

—Supongo que esa es la razón por la que se ensalza tanto la figura de Xicotécatl el joven —comentó Camilo— Con todos mis respetos, me ha llamado la atención que se le otorgue tanto reconocimiento.

—Estoy de acuerdo —afirmó Manuel Francisco— Xicotécatl el joven no pudo derrotar a los españoles en el campo de batalla y, en contra de los cuatro caciques que formaban el Consejo de Gobierno de Tlaxcala, se opuso a la alianza. Sin embargo, no tuvo más remedio que aceptar la decisión del Consejo y, durante un tiempo, luchó junto a los castellanos, aunque probablemente, siempre estuvo descontento. Tras la tremenda derrota de la noche triste, parece que pactó con los mexica para ir contra los extranjeros, pero tampoco encontró el respaldo de los demás gobernantes de Tlaxcala, quienes prefirieron seguir leales a Hernán Cortés. Cuando los aliados se preparaban para el asalto final a Tenochtitlan, desertó del frente, quizá para dar un golpe de estado. Los propios tlaxcaltecas le entregaron a Cortés y fue condenado a morir... En realidad, esto es lo poco que se sabe de él... Sin embargo, su oposición a los españoles y su muerte a manos de éstos, le convirtieron en un símbolo muy conveniente para renegar de lo español y acentuar el compromiso de Tlaxcala con el nuevo México. Por eso se ensalza que fue un gran patriota que luchó por la independencia de su pueblo frente a los invasores, sin mencionar que quiso revelarse contra el mandato de los legítimos gobernantes tlaxcaltecas... Y por supuesto, se esconde que muy probablemente, entre otros episodios, participó en las matanzas y saqueos de Cholula y Tepeaca, por los que tanto se ha condenado a Cortés.

—Seguramente, fue un notable militar y un buen patriota —apuntó convencido el ingeniero Xochitemol— Pero si se analiza su comportamiento, lo poco que conocemos, da la impresión de que su oposición a los españoles se debía más a sus emociones e intereses personales que a una visión de estado. Sin duda, merece un lugar destacado en la historia de Tlaxcala, pero su relevancia se ha exagerado... Fíjese profesor Queimadelos que ahorita ¡hasta la ciudad se llama Tlaxcala de Xicotécatl!... Cuando resulta que fue construida varios años después de su muerte, como símbolo de la alianza y el mestizaje en los que él no creía y que había tratado de impedir... ¡Y esas estatuas en su memoria!... la plaza, la calle... ¡hasta el teatro lleva su nombre!... Y en los textos se habla de él como si fuera el personaje más importante de la historia de esta nación... ¡Un ensalzamiento excesivo! —continuó el ingeniero, sin dejar opción a los demás— Yo creo que han existido otras personas

mucho más trascendentes... como el gran jefe Culhuatecutlicuanez, al que se considera fundador del pueblo tlaxcalteca... el eminente Guridi y Alcocer... Xicoténcatl el viejo, quien a pesar de la supremacía y el constante acoso mexica, mantuvo la independencia de los tlaxcaltecas durante más de sesenta años... e incluso el mítico héroe Tlalhuicole, un símbolo de valor para las generaciones siguientes.

—¡Pero la historia oficial es así!... Se ensalza a quien conviene y se ensombrece o calumnia a quien estorba —sentenció Manuel Francisco, en cuanto tuvo la oportunidad.

—Eso es lo que ha sucedido con Maxixcatzin... ¡Se le ha negado su trascendencia histórica! —exclamó la madre de Isabel, provocando la sorpresa de Camilo— Y eso que yo soy descendiente directa de Xicoténcatl el viejo... Y por tanto, pariente muy lejana de su hijo Xicoténcatl. Pero reconozco que a Maxixcatzin se le ha postergado injustamente... No soy una experta, pero ustedes podrán decirme si tengo razón o no.

El profesor estaba impresionado por el amplio bagaje de conocimientos históricos que mostraban los allí presentes. La verdad es que ni por asomo había imaginado que la visita a la abuela de Isabel resultaría tan interesante. Seguía sin entender qué hacían allí todas esas personas, precisamente esa misma tarde, pero estaba tan involucrado en la conversación que tampoco le importaba demasiado. Estaba muy a gusto. La guinda fue la revelación que acababa de escuchar de la madre de Isabel. «Xicoténcatl el viejo, el cacique más importante de Tlaxcala cuando llegaron los españoles, ¡es antepasado suyo!... y por tanto... ¡también de su hija!». Le pareció fascinante. Frente a él estaban dos personas que descendían de un importante personaje de 1519, alguien que estaba en esos libros que había encontrado por casualidad y le tenían tan entusiasmado.

—¡Claro que tiene razón! —confirmó el historiador, respondiendo a la señora— Maxixcatzin fue una figura decisiva en la alianza con los españoles. Por eso, precisamente, ha sido repudiado... al igual que lo ha sido el mismo Hernán Cortés.

—De hecho, a Maxixcatzin se le identifica como rival de Xicoténcatl el joven —apuntó el ingeniero, exhibiendo una vez más su erudición— Y así, ya tenemos al villano y al héroe. Un procedimiento clásico para potenciar el patriotismo interesado del pueblo ignorante: los villanos son los malvados que nos agreden o nos traicionan, por lo que debemos odiarlos; los héroes son los que nos defienden, el ejemplo que nos inspira, y por tanto, debemos admirarlos. Maxixcatzin es el villano: se le ignora y se le calumnia. Xicoténcatl el joven es el héroe: se le ensalza exageradamente.

—Además, en el caso de Xicoténcatl, se ha intentado fomentar un conveniente paralelismo con Cuauhtémoc, el último *huey tlatoaní* mexica —señaló Manuel Francisco— Cuauhtémoc merece un reconocimiento destacado por la heroica defensa de Tenochtitlan. Eso está fuera de toda duda... Pero también ha sido sobrevalorado para acentuar el distanciamiento con los españoles.

—¡Así es!... ¡Estoy de acuerdo! —asintió Felipe Antonio, algo eufórico—

Curiosamente, los que más ensalzaron la figura de Cuauhtémoc tras la independencia, fueron los criollos, los descendientes de los españoles... es decir ¡los herederos de aquellos que en su momento, acabaron con los mexica y el mismo Cuauhtémoc!

—La verdad es que como extranjero que veo todo esto con bastante distancia, y lo digo con todo mi respeto, me llama la atención que personas de clara ascendencia europea se identifiquen tanto con Cuauhtémoc u otros símbolos prehispánicos — comentó Camilo, con mucha prudencia— También me parece curiosa esa identificación en el caso de los mexicanos del norte u otros territorios que nunca pertenecieron a los mexica o incluso fueron enemigos acérrimos... Y en lo que respecta a los que podrían descender de aquéllos indígenas, lógicamente entiendo que puedan sentirse identificados, pero me da la impresión de que muchos de ellos también tienen antepasados españoles... por lo que ¿no sería más razonable que aún destacando su preferencia prehispánica, asumieran su otra ascendencia?... Es más, aún siendo indígenas «puros», el entorno en el que viven, el que ha rodeado a sus antepasados desde hace ya casi cinco siglos, está claro que no lo es. Se quiera o no, lo español, mezclado con lo indígena, está presente en sus vidas y, en mayor o menor medida, afecta a sus costumbres y a su forma de ser.

El respetuoso silencio de sus contertulios, le animó a continuar —Puedo comprender que en los años posteriores a la declaración de independencia de 1821, se buscasen vestigios que fortalecieran una identidad nacional claramente diferenciada, y de ahí los héroes y los villanos... Pero ya estamos en el siglo XXI... y México es una nación consolidada... No sé si estaréis de acuerdo, pero parece que ya ha pasado suficiente tiempo como para analizar la historia desde una perspectiva más objetiva.

Todos los presentes asintieron con evidentes gestos y algún monosílabo. Camilo prosiguió:

—Y es una lástima que no se aproveche más ese legado histórico que tiene Tlaxcala... incluso como fuente de ingresos. Estoy seguro de que serían muchos los turistas, extranjeros y mexicanos, que visitarían esta ciudad para ver la catedral y sus alrededores, la basílica de Ocotlán, el mural del Palacio de Gobierno, los museos y, en general, el conjunto histórico... además de algunos pueblecitos cercanos que yo aún no conozco.

—¿Eso cree usted, doctor? —cuestionó con escepticismo la madre de Isabel.

—¡Por supuesto que sí! —declaró el español con entusiasmo, dirigiéndose a la incrédula mujer— ¿Es que no hay turismo en Puebla y en Cholula?... Pues también podría haberlo aquí. El interés histórico de Tlaxcala es igual o mayor que el de esos lugares.

—Lo que sucede es que falta una difusión adecuada para atraer a los turistas a Tlaxcala —aseguró el ingeniero Xochitemol— Aunque soy tlaxcalteca, vivo en el DE Allá se promocionan viajes para visitar Cuernavaca, Tasco, Puebla, Cholula y otros lugares... pero no se encuentran ofertas para venir a Tlaxcala.

—Es evidente que existe un problema de promoción —señaló Camilo— Los

turistas que he visto en Tlaxcala, podría contarlos con los dedos de una mano. La raíz podría estar en lo que nos ha explicado Manuel: no se reniega del pasado, pero tampoco se quiere destacar demasiado... ¿Cómo se entiende, si no, el lamentable estado de abandono en el que se encuentra una joya histórica como la capilla abierta, con todo lo que representa? —planteó algo encendido, recordando la visita que había hecho por la mañana.

—Tiene toda la razón, doctor —confirmó el ingeniero— Aunque no está tan claro que fuera esa la capilla abierta... De hecho, el investigador tlaxcalteca Armando Díaz de la Mora, en un libro que acaba de publicar, asegura que se trata sólo de una capilla auxiliar, y que la verdadera capilla abierta a la que se hace referencia en los escritos históricos, se encontraba, probablemente, en la gran explanada, frente a la catedral actual. Si le interesa el tema, el libro se llama «Crónica de Tlaxcala: la ciudad de 1524 a 1573». Se lo recomiendo, doctor.

—Muchas gracias —correspondió el español, mientras sacaba un bolígrafo de la funda de sus gafas— ¿Cómo dice que se llama el libro?

El ingeniero repitió los datos y Camilo los anotó en el reverso de una tarjeta de visita.

—Bueno, sea o no sea la verdadera capilla abierta, está muy mal cuidada —añadió muy enojada la madre de Isabel— Todo el conjunto de la catedral está que da pena, y así muchos otros lugares. ¿Cómo vamos a tener turismo, si no cuidamos nuestro patrimonio?

Seguían hablando de este tema cuando, repentinamente, la abuela se levantó de su cómodo sillón. Acercándose a Camilo que se había puesto en pie correspondiendo a la señora, extendió su mano y le dijo:

—¿Quiere acompañarme, doctor? Me gustaría enseñarle algo.

El español le ofreció el brazo y la anciana se colgó de él. Avanzando lentamente se dirigieron a otro cuarto. Tras cruzar el umbral, se cerró la puerta. Los demás se miraron con complicidad y, guardando un sepulcral silencio, permanecieron inmóviles.

16 OTUMBA

«Pues lo peor de todo era que no sabíamos la voluntad que habíamos de hallar en nuestros amigos los de Tlaxcala»

Bernal Díaz,
recordando la huida de Tenochtitlan

Tlaxcallan, 17 de julio de 1520

Habían transcurrido diecisiete meses desde la salida de los españoles de Cuba, en busca de riquezas y honores. Muchos de los que partieron habían perecido o estaban seriamente heridos. Los restantes daban gracias a Dios por seguir vivos. Se encontraban agotados física y mentalmente, sufrían enfermedades, lesiones, quemaduras, contracturas y heridas, la ansiedad no les abandonaba y el pánico les visitaba con frecuencia. Pero habían visto a la muerte muy cerca y debían considerarse más que afortunados por no habérselos llevado con ella. Algo más de dos semanas antes, habían salido de Tenochtitlan huyendo del asfixiante sitio de los culhuamexica. En esa noche triste del 30 de junio, casi dos terceras partes de los que lo intentaron, habían muerto. Los demás habían padecido siete interminables y angustiosos días de penosa huida en condiciones muy precarias, perseguidos por sus enemigos y debiendo enfrentarse a pueblos hostiles, hasta la decisiva batalla de Otumba, en la que también fueron muchos los que perdieron la vida o fueron heridos. Por fin, los supervivientes habían entrado en el territorio de Tlaxcallan el 8 de julio y, tres días más tarde, en los señoríos principales de Ocotelulco y Tizatlan, donde ahora se recuperaban. ¡Estar vivo era todo un milagro!

Bernal Díaz era uno de los que había sobrevivido. Estaba exhausto, tenía los pies llenos de ampollas y heridas que le sangraban, y le dolía todo el cuerpo. Por fortuna, no estaba malherido como tantos otros. A un compañero de fatigas desde la



expedición de Grijalva, le habían amputado una pierna. Otro que solía hablar con él en las largas noches de ansiedad e insomnio, estaba lisiado del brazo derecho. El capitán Diego de Ordaz había sufrido tres heridas muy serias. Don Hernando Cortés, debido a una fuerte pedrada, tenía una grave lesión en la cabeza, además de haber perdido, definitivamente, los dos dedos de la mano izquierda que tenía en mal estado desde hacía tiempo. Y así, una larga lista. Tumbado en el lecho que el mismo, al repartir entre los soldados, se había asignado en el palacio de Maxixcatzin, se congratulaba de su buena suerte y repasaba, horrorizado, cómo había sucedido todo.

El 30 de junio, poco después de amanecer, el capitán Pedro de Alvarado les había ordenado que hicieran los preparativos para partir esa misma noche. Bernal recordaba que la oportuna noticia fue recibida con júbilo. Los hombres sentían que las fuerzas menguaban y deseaban escapar de allí. Además, el astrólogo Blas Botello, cuyos comentarios tenían una gran ascendencia sobre la tropa, había pronosticado que si no salían ese mismo día, todos perecerían, por lo que el ánimo se fortaleció y cundió una euforia que desde hacía tiempo no se percibía. Durante el día, se designó un mínimo de soldados para defender el real con el apoyo de la artillería. Allí estuvo él. Otros, junto a los tlaxcaltecas, trabajaron intensamente para construir un puente portátil de madera que debería servirles para atravesar los canales. Y los restantes, con las mujeres, se encargaron de organizar el transporte de las provisiones, los tesoros, el armamento y los heridos.

El tesoro que correspondía al quinto real fue especialmente embalado y dispuesto sobre una yegua y siete caballos que por estar cojos o heridos, se utilizaban para la carga. Como no se podía llevar todo, Cortés hizo llamar a su secretario y a los oficiales del rey para que dieran fe de que en las circunstancias presentes, parte del tesoro tendría que ser abandonado, y que siendo así, prefería permitir que sus hombres se lo repartieran. Bernal se acordaba de que él, para no ir demasiado cargado, sólo había cogido algunas piedras preciosas, pues preveía que necesitaría estar ligero de peso para poder huir. Sin embargo, muchos hombres, sobre todo los que habían llegado con Panfilo de Narváez, perdieron la cabeza y tomaron todo el oro que pudieron. Más tarde, ese sobrepeso sería una razón más por la que morirían en la laguna. «La ambición por el oro despierta la locura de los hombres... y para muchos ¡llega con retraso este descubrimiento!» pensó el experimentado alférez, corroborando algo que ya sabía «Yo obtuve poco beneficio... ¡Pero vive dios que, con su ayuda, sigo vivo!»

Antes de que oscureciera, algunos hombres salieron con dos torres de madera para derribar edificios y cegar algunos canales con los escombros. Cada torre llevaba una pieza de artillería para provocar el derrumbamiento. Después, los tlaxcaltecas hicieron el trabajo mientras los castellanos los cubrían con las ballestas, los arcabuces y las rodela. De esta forma, cuando llegó la noche, habían conseguido reducir la profundidad de los de la zona oeste y, hasta cierto punto, controlaban esa calzada para intentar la huida. La noche era muy oscura, con densa niebla y mucha lluvia. Hacia

las doce, cuando la ciudad aparentemente dormía, la expedición formada por unas ocho mil personas, partió por la vía de poniente hacia su incierto destino. Abrían el paso los capitanes Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lugo, Diego de Ordaz y Andrés de Tapia, acompañados por otros veinte jinetes y doscientos soldados de infantería. Detrás, unos cuatrocientos tlaxcaltecas llevaban el puente de madera, protegidos por soldados con rodela. En el medio marchaban Hernán Cortés, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Juan de Salamanca y otros capitanes, dando paso a más infantes, las piezas de artillería sobre carros de ruedas, los caballos con el tesoro del rey y los documentos oficiales, las mujeres, los heridos, los esclavos que portaban las provisiones y, bien custodiados, los hijos y familiares de Moctezuma y otros principales mexica. Después, los guerreros tlaxcaltecas bajo el mando de Tlehuexolotzin y Xicotécatl el joven, y los demás indígenas aliados. Cerrando el grupo, Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León, con el resto de la tropa. Antes de salir, mataron a los prisioneros para proteger la retaguardia. La consigna era marchar en silencio. Pero obviamente, no era sencillo que un grupo tan numeroso pasara desapercibido.

Todo iba bastante bien hasta que una mujer dio la alarma. «¡Me acordé de todos sus muertos!» revivió Bernal. Enseguida sonaron el tambor y las bocinas del Templo Mayor y siguieron los de las restantes pirámides. La ciudad había despertado y, en poco tiempo, un intenso y aterrador griterío se apoderó de la penumbra. En la tierra firme, aparecieron miles de agresivos guerreros armados con sus macanas y escudos. Y en la laguna, emergieron infinidad de canoas que servían de plataforma para los arqueros. Las flechas también caían desde las azoteas, al igual que una incesante lluvia de piedras. Los hispano-tlaxcaltecas y sus aliados apenas podían defenderse. Se encontraban a la intemperie, sin más protección que las rodela. La artillería no se podía utilizar, el intervalo entre los disparos de los arcabuces se hacía demasiado largo y los caballos se abrían paso con mucha dificultad. Sólo los ballesteros, de momento, conseguían mantener alejados a los aguerridos mexica, pero su capacidad menguaba. Y la lucha cuerpo a cuerpo, a pesar de la ventaja de las espadas sobre las macanas, era muy desigual en número, decantándose progresivamente a favor de los de Tenochtitlan.

Cuando empezó el ataque, los tlaxcaltecas ya habían colocado el puente para atravesar el canal principal, y los de la vanguardia lo habían conseguido. Pero muy pronto, los mexica se apoderaron de la pasarela. Los que venían detrás tuvieron que arriesgarse a cruzar como podían. Muchos de ellos, desesperados, intentaban abrirse paso con sus espadas, hasta que antes o después, morían en el mismo puente. Otros se lanzaban al agua, y allí, eran acribillados por las flechas o se ahogaban. Además, aprovechando las espadas de los muertos, los mexica engarzaron afiladas lanzas largas con las que mataban a muchos caballos, dejando expuestos a sus jinetes. La laguna se fue llenando de cadáveres, hasta cubrirla casi por completo. Para algunos fue una suerte, pues les sirvieron como plataforma o parapeto para lograr su

propósito. Así cruzaron unos cuantos. Pero las bajas fueron enormes.

Hernán Cortés y los jinetes que le acompañaban, consiguieron atravesar el canal saltando al agua por una parte menos profunda. El capitán cayó de su caballo y estuvo a punto de perecer, pero fue ayudado por Temaxahuitzin, uno de los capitanes tlaxcaltecas, a quien le debió la vida. Después, los hombres de su escolta acudieron en su auxilio y le proporcionaron otro corcel. La muerte había estado muy cerca, pero seguía vivo y pudo huir. El grupo de la retaguardia no tuvo esa oportunidad. Cuando quisieron cruzar, era demasiado tarde. Los mexica habían bloqueado el paso y resultaba imposible franquearlo. Al darse cuenta, Cortés arengó a los que habían pasado para que, sin detenerse, continuaran hasta abandonar la laguna, mientras que él y otros jinetes iban en auxilio de los rezagados. Sin embargo, poco pudieron hacer. Pedro de Alvarado fue uno de los escasos afortunados que lo consiguió. En el intento perdió su caballo, pero *in extremis*, pudo alcanzar el otro lado del canal a pie. Al encontrarse a Cortés, le confirmó que la suerte de los demás estaba echada. Sólo quedaba escapar de allí, ¡cuánto antes!... Alvarado subió a la grupa de uno de los caballos y, sin perder más tiempo, reemprendieron la huida hacia Tlacopan. Los que no lo lograron tuvieron que regresar al palacio de Axayácatl, Allí, resistieron algunos días antes de ser arrasados. Muchos murieron en el asalto. Los restantes fueron capturados y sacrificados.

El alférez Bernal Díaz se estremecía, sudaba y hasta temblaba, mientras revivía ese episodio trágico que se recordaría como «la noche triste». El capitán Juan Velázquez de León fue uno de los que no lo consiguieron. También murió su esposa, doña Elvira, hija de Maxixcatzin, así como los hijos de Moctezuma, casi todos los principales culhua-mexica que les acompañaban, entre ellos el *cihuacóatl* y los grandes señores de Tezcoco y Tlacopan, Cacamatzin y Totoquihuatzin II, y la mayoría de las mujeres, los heridos y los porteadores. Contando a los que no pudieron huir, que morirían más tarde, perdieron la vida unos mil españoles, cuatro mil tlaxcaltecas, muchos indígenas aliados y ochenta caballos. Y se extravió toda la artillería, el tesoro del quinto real y todos los documentos oficiales. Por suerte, seguían con vida, doña Marina, doña Luisa, hija de Xicoténcatl el viejo y esposa de Pedro de Alvarado, y doña María de Estrada, la única mujer castellana que quedaba en la expedición. Entre los de Tlaxcala, habían sobrevivido Tlehuexolotzin, *tlatoaní* del señorío de Tepeticpac, y Xicoténcatl el joven. El balance había sido desastroso para los hispano-tlaxcaltecas, pero la prioridad para los que todavía huían no era lamentarse, sino llegar vivos a Tlaxcallan. Y la tarea no era fácil. Se encontraban en la orilla opuesta del lago, estaban muy debilitados, no tenían provisiones... y los mexica y sus aliados, liderados por Cuitláhuac, habían organizado una implacable persecución para aniquilarlos.

Tras reposar unas horas en Tlacopan, Hernán Cortés ordenó la partida inmediata. Predijo, acertadamente, que los tepanecas se unirían pronto a sus socios de la Triple Alianza, por lo que no había tiempo que perder. Avanzando hacia el oeste, se

refugiaron en Cuauhximalpan, aprovechando una pirámide situada en un alto, donde años más tarde se levantaría el Santuario de los Remedios. En ese ventajoso lugar, pudieron reagruparse, descansar un poco y recomponer su ejército. Lo que más les preocupaba era cómo ir hasta Tlaxcallan. Por fortuna, uno de los capitanes tlaxcaltecas dijo conocer bien el camino y se confiaron a él. Así, dirigiéndose hacia el norte, rodearon los dos lagos hasta encontrar el camino en el este. Su acertada guía resultaría decisiva. «En verdad que este noble capitán de Tascaltecal nos salvó la vida» recapacitó Bernal.

Perseguidos de cerca por los culhua-mexica y los tepanecas, la noche siguiente abandonaron la pirámide. Llegaron hasta Teocalhueyacan y se fortalecieron en otro alto. Después, continuando su tortuoso avance, llegaron a Tepotzotlan, donde los naturales les plantaron batalla, por lo que tuvieron que enfrentarse a ellos. Tras vencerlos, pudieron comer y recabar algunos víveres para el trayecto, pero allí no estaban seguros y decidieron continuar. Hostigados por la retaguardia y acosados a su paso por pueblos hostiles, siguieron la marcha y pudieron descansar en Aychqualco. No podían detenerse mucho, pero necesitaban reponer fuerzas. Bernal recordaba a los soldados heridos, maltrechos y hambrientos, con los pies destrozados, las piernas hinchadas y la espalda dolorida por el tremendo esfuerzo. Los que tenían heridas utilizaban paños de mantas para apretarlas y contener la hemorragia. No había medios para curar o mitigar el sufrimiento. Tenían que aguantar como podían, sabiendo que, probablemente, no resistirían y morirían en el camino. Esa fue la suerte de muchos. El 6 de julio alcanzaron la localidad de Aztaquemecan, encontrando la resistencia de los guerreros locales. Pudieron vencerlos sin bajas, aunque perdieron un caballo que aprovecharon para descuartizarlo y comérselo. Apreciaron al malogrado corcel como el más exquisito de los manjares.

Sin poder controlarlas, las cuatro extremidades del alférez comenzaron a temblar, agitadamente, al alcanzar su memoria el siguiente recuerdo. El 7 de julio habían partido para abandonar el valle de Anahuac y, por fin, tomar el camino de Tlaxcallan. Parecía que lo peor ya había pasado, pero pronto descubrirían que estaban en un grave error. En la llanura de Otumba toparon con el ejército más numeroso que jamás habían hallado. Casi todos los pueblos del valle, alentados por lo sucedido en Tenochtitlan, se habían unido a Cuitláhuac. Eran muchos miles de indios los que allí se congregaban para plantarles batalla, mientras que ellos apenas reunían unos mil hombres, contando a los heridos. Y aunque disponían de unos veinte caballos, esta vez no tenían la ventaja de la artillería. El desenlace parecía claro. La mayoría pensó que ese sería el día de su muerte.

El desigual encuentro era ineludible. Hernán Cortés arengó a sus hombres con la convicción que solía hacerlo. Tlehuexolotzin y Xicoténcatl Axayacatzin hicieron lo propio con los de Tlaxcallan. La estrategia consistía en permanecer muy agrupados y descolocar al enemigo con las esporádicas acciones de la limitada caballería. Los de Tlaxcala habían aprendido a luchar con las espadas y la disciplina estratégica de los

españoles. Juntos formaban un buen ejército. Pero en esta ocasión, frente a un adversario muy superior en número, estaban contra las cuerdas. Por suerte para ellos, los mexica y sus aliados estaban muy desorganizados, por lo que continuamente se estorbaban entre sí. Aún así, eran muchos, y aunque sufrían numerosas bajas, las reponían rápidamente con nuevos guerreros. Los hispano-tlaxcaltecas se desenvolvían muy bien, pero el desgaste era tremendo. Tarde o temprano, terminarían sucumbiendo.

De pronto, Cortés vio la ocasión que necesitaban. Se percató de que en lo alto de una colina, estaba un jefe enemigo con un llamativo estandarte, y pensó que la oportunidad estaba en matar a ese cacique y apoderarse de la emblemática enseña. Había aprendido cómo actuaban los indios, y sabía que ese podía ser un golpe definitivo. No se equivocó. Él mismo, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Avila y Juan de Salamanca, espolearon sus caballos por sorpresa y, abriéndose paso entre los mexica, llegaron hasta el cacique. Juan de Salamanca le clavó su lanza y el insigne señor murió al instante. Después sabrían que se trataba, ni más ni menos, ¡del nuevo *cihuacóatl* de Tenochtitlan!... Salamanca cogió el estandarte y se lo dio a Cortés, quien lo levantó con júbilo. Al verlo, los indígenas enemigos dejaron de luchar y salieron huyendo en desbandada. Sin su jefe máximo, se encontraban perdidos. Además, los *macehuales* y esclavos de los pueblos subordinados a los mexica, tampoco estaban tan dispuestos a perder la vida por los intereses de un imperio que les tenía abusivamente sometidos, por lo que en cuanto vieron la oportunidad de abandonar, lo hicieron. Jinetes castellanos y guerreros tlaxcaltecas salieron a perseguirlos para sembrar el pánico, pero no podían malgastar las pocas fuerzas que les quedaban y enseguida se reagruparon. Los de Tlaxcallan habían luchado con muchísimo valor y los españoles les admiraron por ello. Juntos habían superado el momento más difícil de toda su andadura.

Al día siguiente, los supervivientes del maltrecho ejército hispano-tlaxcalteca entraron en Xaltelolco, ya en el territorio de Tlaxcallan. Allí salió a recibirlos Zitlalpopocatzin, el *tlatoaní* de Quiahuiztlán. Y un día más tarde, en Veyotlipan, se encontraron con Maxixcatzin, el señor de Ocotelulco. Había mucho pesar por las significativas bajas sufridas, pero se les agasajó con grandes fiestas, como correspondía a unos héroes. A pesar de todo, se consideraba un triunfo lo que habían conseguido.

Estos recibimientos ayudaron a calmar una inquietante duda que había perseguido a Bernal y a otros castellanos durante esa terrible semana. En las pésimas condiciones que estaban, eran incapaces de valerse por sí mismos, y menos aún, de defenderse si eran atacados, por lo que dependían, completamente, de los tlaxcaltecas. ¿Qué harían sus aliados? De momento habían comprobado que permanecían leales. «¿Seguirán siendo nuestros fieles amigos?» se preguntaba el alférez, mientras intentaba conciliar el sueño.

La preocupación de Bernal Díaz no era banal. Cuando el *huey tlatoaní* Cuitláhuac

se enteró de lo sucedido en Otumba, no insistió más en la persecución. Su oportunidad de aniquilar a los extranjeros se había esfumado. Ahora tenía que recomponer su imperio y pensar en otra estrategia. «¿Hacer una alianza con los tlaxcaltecas?... ¿Por qué no?» se había planteado. Sabía que Xicoténcatl Axayacatzin, aunque había luchado valientemente junto a los *teules*, no era partidario de éstos, por lo que decidió llegar hasta él para proponerle un acuerdo. Los españoles aún no lo sabían, pero los principales señores de Tlaxcallan llevaban dos días debatiéndolo.

—¡Os digo que es nuestra oportunidad de acabar con los *teules* y terminar de una vez la vieja enemistad con los mexica! —defendió con convicción, Xicoténcatl el joven.

El Consejo Supremo se encontraba reunido desde el primer saludo del sol. Este, mostrando su incomparable poder, ya había estado en lo más alto y empezaba a despedirse lentamente. Las deliberaciones continuaban.

—¿Y qué garantías tendremos de que los mexica cumplen su ofecimiento? —interrogó Tlehuexolotzin— Los dos venimos de Tenochtitlan, salvando la vida con fortuna, y hemos vuelto a comprobar la hostilidad de esos engreídos. Nos desprecian. Tú lo sabes.

—¡Claro que nos desprecian!... Para ellos sólo somos basura. Un campo de cultivo de prisioneros para las ceremonias a su dios —sentenció Zitlalpopocatzin— Siempre han sido nuestros enemigos... ¿Por qué habrían de cambiar, después de tantos años odiándonos y deseando conquistarnos?

—¡Ahora es diferente! —respondió Xicoténcatl— Los mexica han sufrido la humillación de los *teules* y los consideran un grave peligro para su imperio y todos los demás pueblos de aquí. Quieren acabar con los extranjeros... y nos proponen un buen trato si aceptamos colaborar.

—¡Pero cómo puedes fiarte de esos! —exclamó Zitlalpopocatzin, levantando ahora la voz— ¿Es que has olvidado el sufrimiento que nos han causado?

—Los mexica nos necesitan... y eso es algo que nunca había sucedido anteriormente —aclaró el joven Xicoténcatl, mostrándose muy seguro de sus argumentos— Si los ayudamos ahora, nos darán parte de su imperio y seremos aliados. ¡Ya no habrá más guerras con ellos!

Los consejeros del *huey tlatoaní* Cuitláhuac habían acertado. Sabían que su propuesta interesaría a Xicoténcatl, y que éste la defendería con una motivación formidable. Desde la alianza con los extranjeros, su poder había menguado, y seguía teniendo clavada la espina de no haber podido derrotarlos. Había luchado junto a los *teules* en Cholollan, Tenochtitlan, Tepotzotlan y Otumba, pero no simpatizaba con ellos. Ahora, Cuitláhuac le ofrecía la oportunidad de resarcirse. Vencidos los extranjeros, él sería el nexa con los mexica, lo que le daría una mayor preponderancia en el Consejo. Y por supuesto, recuperaría el caudillaje militar. La operación tenía su riesgo, ya que si bien no lo reconocía, coincidía con sus compañeros en que

atendiendo a los antecedentes históricos, los culhua-mexica no eran de fiar. Pero el beneficio que entreveía, eclipsaba cualquier otra consideración.

La batalla política de Xicoténcatl se desarrollaba en dos frentes. Por un lado, en las reuniones del Consejo, donde trataba de convencer a los señores que lo componían. Por otro, en la propia calle, conversando con los que consideraba influyentes en la opinión pública. A éstos les hablaba de las ventajas de una alianza con los mexica y del provecho individual que podrían obtener apropiándose del oro y las piedras preciosas que los *teules* tenían.

—Sé que aunque se perdió mucho aquella noche, en ese canal de Tenochtitlan, cada hombre ha cargado una cantidad grande —decía a quien le escuchaba, para despertar su codicia.

En esto no se equivocaba. El mismo Hernán Cortés había logrado salvar gran parte de su propio tesoro. Los castellanos habían llegado a Tlaxcallan malheridos y harapientos, pero poseían mucho oro. Todo el que habían podido guardar en cualquier recoveco.

—¡En cien años no hemos estado tan prósperos como ahora! —señaló Maxixcatzin, dirigiéndose abiertamente al joven Xicoténcatl— Desde que marchamos junto a los *teules* se nos honra por donde vamos, como nunca había sucedido. Ya no somos un pueblo que se defiende y resiste el acoso de los hostiles mexica. Eso es parte de un pasado del que debemos estar orgullosos... pero nuestro futuro es otro... ¡y está junto a los *teules*!

—Tenemos más oro y pedrería que jamás hayamos poseído, usamos ropas de algodón, comemos con sal y podemos intercambiar nuestros productos en cualquier lugar —acentuó con satisfacción Zitlalpopocatzin.

—Nada de eso perderemos aliándonos con los mexica —insistió Xicoténcatl— ¡Cuitláhuac nos da su palabra!

—¿Cuitláhuac?... ¿Su palabra? —cuestionó Tlehuexolotzin con evidente ironía— Es un *huey tlatoaní* de la dinastía tenochca... En cuanto venza a los *teules* seguirá la tradición conquistadora de Moctezuma, Ahuitzotl y sus antepasados... ¿O no?... ¡Olvidará su promesa y se volverá contra nosotros!

—Sin la ayuda de los *teules* seremos insignificantes para Cuitláhuac —añadió Zitlalpopocatzin— Volveremos a estar como antes... y habremos perdido esta oportunidad.

A pesar de su avanzada edad, el viejo Xicoténcatl seguía atentamente el debate. Para él estaba claro que la alianza con los extranjeros no tenía marcha atrás. El año anterior, tras deliberarlo mucho, habían considerado que era lo mejor para el futuro de Tlaxcallan. El acuerdo estaba sellado. Muchas de sus mujeres ya eran esposas de los *teules* o habían yacido con ellos. Algunas, tras nueve meses desde la estancia anterior, ya habían dado a luz a sus primeros descendientes, los nuevos tlaxcaltecas. Juntos habían participado en sangrientas matanzas y batallas, atreviéndose a desafiar al mismísimo Moctezuma. Si los traicionaban ahora, faltarían a su palabra, y esa sería

una terrible mancha que les desprestigiaría durante muchas generaciones. Además, eliminados los *teules* «¿Qué pensarán los de Cholollan, o los mismos mexica?... ¿Nos echarán en cara que hayamos luchado contra ellos?... ¿Nos acusarán de las matanzas de Cholollan y el Templo Mayor?... Lo más seguro es que muchos nos odien y quieran vengarse». El anciano *tlatoaní* conocía muy bien a los culhua-mexica y sabía que no perdonarían.

—Olvidas las enseñanzas de nuestros sabios antepasados —irrumpió Maxixcatzin, encarándose con Xicotécatl el joven— Ellos nos advirtieron que, desde donde sale el sol, vendrían hombres que serían los señores de nuestro pueblo. ¿Es que no lo recuerdas?

—Respeto la tradición y conozco esa profecía —respondió Xicotécatl, con una mirada hostil— ¡Pero me resisto a aceptar que esos a los que esperamos sean estos sucios extranjeros!

—Lo que tú no aceptas Xicotécatl, es que fuiste incapaz de vencerlos en el campo de batalla... y que militarmente, aunque no en valor, nos superan en armamento y conocimientos —intervino Tlehuexolotzin— Sabes muy bien que sin su mando y su audacia, jamás habríamos salido vivos de Otumba.

—¡Tú lo has dicho, Tlehuexolotzin! —exclamó Xicotécatl con vehemencia— ¡Ellos son los que vencen!... nosotros sólo somos sus acompañantes.

—¡Me siento muy orgulloso de nuestro ejército!... ¡Y tú también deberías estarlo! —contraatacó Tlehuexolotzin con energía— Los *teules* nos respetan y han demostrado que confían en nosotros. Pero la guerra que ellos hacen requiere un esfuerzo conjunto. No podemos hacer como antes, cada capitán por su cuenta. Por eso no les vencimos cuando éramos muy superiores en número. Y por la misma razón, los mexica y sus aliados no nos han derrotado en Otumba.

El debate de los señores de Tlaxcallan iba subiendo de tono. Xicotécatl Axayacatzin insistía en asociarse con el *huey tlatoaní* mexica para aniquilar a los extranjeros, pero no lograba convencer a los demás. La agresividad verbal y gestual de unos y otros, comenzaba a prevalecer sobre las buenas formas. Xicotécatl el viejo seguía escuchando sin pronunciarse. Una vez más, el anciano líder tendría que asumir la enorme responsabilidad de acertar con su juicio y sus palabras. Le dolía la obstinación de su hijo, pues se daba cuenta de que no escuchaba los razonamientos de los otros. Además, se sentía presionado por los sacerdotes de Tlaxcallan, que apoyaban al joven Xicotécatl. Desde la supresión de los sacrificios humanos, le habían advertido que el dios Camaxtle podría desatar su ira, y así lo interpretaron cuando, según ellos, los abandonó en Tenochtitlan, dejando que murieran cuatro mil tlaxcaltecas. Ahora le insistían en deshacerse de los extranjeros para satisfacer al dios, conseguir su perdón y volver a tener su protección. Camaxtle había sido humillado por los *teules* y ese dios suyo de la cruz de madera, y los tlaxcaltecas eran cómplices de esa terrible afrenta. El dios estaba muy enojado, y eso sólo podía traer desgracias para Tlaxcallan. Por suerte, había iluminado al joven Xicotécatl y les

daba una oportunidad. Pero si la despreciaban, las consecuencias podían ser muy graves.

El viejo Xicoténcatl había venerado a Camaxtle y a los demás dioses durante toda su vida. Siendo todavía muy niño, le habían explicado que fue Camaxtle quien guió y protegió al pueblo teochichimeca hasta su llegada al territorio del Matlacuéyatl. Y una vez allí, quien bendijo la fusión con otros pueblos hasta formarse Tlaxcallan. Después, les había ayudado a rechazar las ofensivas de los mexica, y a él, en concreto, le había dado sabiduría para gobernar a su pueblo durante setenta años... Sin embargo, les había abandonado cuando lucharon contra los *teules*. «¿Por qué?» Por mucho que se lo preguntaba, no hallaba la respuesta. Los años le habían enseñado que el mundo de los dioses es muy complejo para los humanos, por lo que resulta prácticamente imposible entender cómo piensan o se relacionan entre ellos. «Nunca antes, supimos del dios de la cruz de madera» había meditado «Pero Camaxtle sí sabría de él... y por algún motivo, que no conocemos, se somete a sus deseos... ¿Y si ambos dioses están de acuerdo?»

Con este tipo de razonamientos, intentaba aclarar sus ideas. Finalmente, alcanzó una conclusión distinta a la de los sacerdotes. «¡Camaxtle no nos ha abandonado!... ¿Cómo podemos pensar eso, si gozamos de una situación privilegiada que no hemos disfrutado jamás?» Vio claro que sucedía todo lo contrario: «¡El dios nos sigue protegiendo!... aunque de una manera diferente que no comprenden los sacerdotes». El bienestar actual de Tlaxcallan y su poderío militar junto a los *teules*, eran la señal que les enviaba la divinidad. Seguía estando con ellos, y les indicaba que debían aceptar a los extranjeros y a su dios de la cruz. El propio Camaxtle se habría aliado con ese dios más poderoso, consiguiendo su favor para los tlaxcaltecas. «Los sacerdotes están equivocados» asumió el *tlatoaní*. «O como le sucede a mi hijo, buscan más su interés particular que el futuro de Tlaxcallan».

El capitán Hernando Cortés convalecía de las lesiones sufridas en su apacible aposento del palacio de Maxixcatzin. A duras penas, aguantaba el intenso dolor en la cabeza, la fiebre intermitente y los continuos mareos que le obligaban a estar recostado. Se encontraba agotado, muy débil, y asumía la pérdida definitiva de dos dedos de la mano izquierda. A pesar de todo, no dejaba de pensar en la situación de su descalabrado ejército y el futuro que les aguardaba. Había perdido numerosos hombres, caballos y armamento, y tenía bastantes heridos que morirían o quedarían lisiados. Otros tardarían en recuperarse. Pero lo peor de todo era que muchos de los afortunados que habían sobrevivido, estaban escarmentados y querían regresar a la Villa Rica y a Cuba. Una nueva prueba para su habilidad en el mando, pues él sólo tenía una idea: volver a Tenochtitlan y conquistarlo.

Una de las primeras cosas que hizo, fue enviar emisarios a la Villa Rica para saber qué había sucedido allí, reclamar refuerzos y traer oro que había dejado en esa fortaleza. Tuvo una alegría inmensa, que falta le hacía, cuando supo que todo seguía

como antes. Y más aún, al enterarse de la llegada del capitán Francisco Hernández con soldados, caballos, artillería y municiones. «¡Es primordial convencerlo de que se nos una!» pensó de inmediato. Ya le había enviado embajadores con buenas razones en forma de oro y piedras preciosas, por lo que esperaba una respuesta afirmativa. Además, había ordenado dejar en la costa una guardia reducida y que se les uniera el resto, pues necesitaba más hombres con él. También había pedido ayuda al cacique gordo de Cempoala. Este estaba en deuda desde lo sucedido cuando llegó Narváez, y no lo dudó. De inmediato envió a Tlaxcala un importante contingente de guerreros. La generosidad calculada de entonces, daba sus frutos ahora. «Así mostraré a los nuestros, a los de Tascaltecal y al mismo señor de Temixtitan, que seguimos disponiendo de una fuerza» concluyó tras repasar su estrategia.

—¡Por Jesucristo, Nuestro Señor, que estamos con vos! —declaró con contundencia el joven capitán Gonzalo de Sandoval— Pero los hombres han perdido el ánimo y temen por sus vidas.

—Eso es muy cierto, señor —corroboró Francisco de Lugo— Hemos tenido el sufrimiento de muchas muertes, y los que aquí siguen, habiendo guardado la vida, sienten la desconfianza si hubiere otra guerra.

—Los hombres desean que ordenéis regresar a la costa para disponer de una posición más segura —informó Alonso de Avila— Confían en vos, pero no han de recibir de buen grado que dispongáis permanecer aquí.

Cortés había llamado a sus principales para analizar la situación, y éstos coincidían en que el estado anímico de la tropa no era el apropiado para iniciar nuevas aventuras. Además, la mayoría de ellos dudaba de los tlaxcaltecas. Habían visto embajadores mexica, y aunque habían aprendido que era algo habitual entre los indios, su intuición les decía que algo raro estaba sucediendo.

—Se dice en el real que los de Tascaltecal podrían estar preparándonos una celada —informó Francisco de Lugo— Y ese sentimiento no es bueno, señor, pues aviva la inseguridad y el miedo.

—Os ruego, señor, que consideréis el regreso a la Villa Rica antes de que sea tarde —añadió Alonso de Avila, en un tono muy respetuoso pero a la vez muy seguro.

—Allí podremos reponernos sin estar amenazados, y aguardaremos la llegada de más hombres, caballos y armamento —señaló Cristóbal de Olid, apoyando la petición de su compañero— Y entonces señor, si vos lo decidís así, ¡estaremos preparados para una ofensiva grande!

Pedro de Alvarado, cuya esposa, doña Luisa, era tlaxcalteca e hija del gran señor Xicotécatl el viejo, se sintió algo ofendido por las dudas de sus compañeros y reaccionó alterado:

—¡Cómo podéis desconfiar de nuestros amigos! ¿Es que no han demostrado su lealtad, luchando y sufriendo penalidades junto a nosotros? ¿Acaso no han dado la vida sus guerreros y sus mujeres, donde la perdieron los nuestros? ¿Pensáis, señores,

que este grande recibimiento que nos han honrado, y su generosa hospitalidad, no son sinceros?

—Os pido disculpas señor Pedro de Alvarado, si he agraviado a nuestros aliados de Tascaltecal —respondió Olid, consternado— Que no era mi intención desmerecer a nuestros amigos, pues así han demostrado serlo. Mas no ignoráis, señor, que los emisarios del nuevo rey de Temixtitan han platicado ya con vuestro pariente Sicutengal, y no creo que haya sido para hacernos halago.

—Bien sabéis, Cristóbal de Olid, que es costumbre de los indios enviar embajadores para hacer plática con sus enemigos —señaló Alvarado, algo más tranquilo— Y es cierto, señor, que esta visita debe alertarnos para estar prevenidos... Pero sabemos del grande rencor entre los culuas y los de Tascaltecal... y de lo leales que éstos nos fueron allá donde vinieron con nosotros.

Los presentes asintieron, indicándole a Alvarado que sus argumentos eran razonables y querían creerlos. Sin embargo, la verdad era que, en su interior, no las tenían todas consigo. Habían sufrido un tremendo varapalo y se sentían desprotegidos en terreno ajeno. La débil autoconfianza propiciaba que dudaran hasta de su sombra. Sabían que los tlaxcaltecas y los mexica no eran un mismo pueblo dividido, sino pueblos diferentes que se odiaban. Pero ambos eran de la misma raza, tenían costumbres parecidas, hablaban la misma lengua y compartían ese mismo mundo. En la inseguridad que les dominaba, las coincidencias de los naturales destacaban mucho más que sus profundas discrepancias, por lo que consideraban que la situación era muy amenazante. Lo mejor era escapar de allí sin más demora, mientras estuvieran a tiempo. «¡No queremos otra noche triste!» habían razonado.

Soportando estoicamente la interminable jaqueca, don Hernando escuchaba los argumentos de sus capitanes. Tenía claro que la decisión de retroceder a la Villa Rica de la Vera Cruz sería la que sus hombres aceptarían con mayor agrado, pero estaba seguro de que no era la más acertada. Retirarse, podría ser interpretado por los indios como un signo de debilidad, y eso les haría mucho más vulnerables. Si lo hacían, sufrirían numerosas bajas, pues cabía esperar que saliendo de Tascaltecal, los mexica y otros pueblos amigos de éstos, les atacaran. Sería una penosa marcha, llena de peligros, para un ejército muy disminuido... Además, en ese caso, lo más probable es que la alianza con los tascaltecas se rompiera, ya que éstos percibirían la desconfianza, podrían sentirse ofendidos por rechazar su hospitalidad e, incluso, figurarse abandonados a sus suerte frente al *huey tlatoaní* Cuitláhuac. Sin la ayuda de los de Tascaltecal, el peligro sería todavía mayor. Y por supuesto, las posibilidades de regresar sobre Temixtitan, muy escasas... Comprendía que el agotamiento, las heridas, el miedo y el deseo de escapar, motivaban cualquier razonamiento a favor de retroceder, pero había suficientes argumentos que aconsejaban lo contrario. Y para eso estaba él allí. Era el capitán general y tenía la última palabra. Debía escuchar a sus hombres y, en ocasiones, aceptar sus consejos, pero en este caso, tras sopesarlo todo, le convencía su propio criterio y le correspondía aplicarlo.

—Honorables capitanes —la voz del extremeño sobresalió sobre las demás, cuando el apasionado debate había derivado en un desordenado cruce de opiniones— Desde que saliéramos de la Fernandina, hemos hecho grandes hazañas aquí en este Nuevo Mundo de Tierra Firme, gracias a la santa guía de Nuestro Señor Jesucristo. Su voluntad ha sido, y sigue siendo, que diéramos a conocer al único Dios verdadero en estas tierras lejanas. En Temixtitan ha castigado nuestra vanidad, pues es éste un mal pecado, y ahora pone a prueba nuestra fe. No dudéis, señores, que si decidiésemos continuar la empresa que tanto le place, ha de darnos su protección divina, como hasta hoy lo ha hecho.

Los capitanes ya estaban acostumbrados a este tipo de arenga, pero las palabras de Cortés les seguían impactando. Su fuerza, su pasión, su convencimiento... se contagiaban con facilidad. Escucharle les proporcionaba grandes dosis de energía. Sus dudas se empequeñecían. El deseo y la confianza crecían.

—¡De hombres bien nacidos es el agradecimiento! —continuó el capitán, olvidándose de la jaqueca— Nuestros amigos de Tascaltecal han estado a nuestro lado en los momentos de mayor desgracia. Sin su ayuda, ahora habríamos de estar muertos. Regresar a la Villa Rica sería una grande ofensa, impropia de caballeros de honor que somos los castellanos.

La mayoría asintió moviendo levemente la cabeza. Alvarado lo hizo de forma más pronunciada, mientras miraba a Olid y Avila. Ambos le correspondieron con un gesto de conciliación.

—¡Mi propósito es conquistar Temixtitan!... y deseo saber si he de considerar a vuestras señorías para tan grande acción —reveló Cortés, sorprendiendo a todos por la magnitud y contundencia de su planteamiento— Pronto llegarán refuerzos desde la costa... y seguiremos disponiendo de los de Tascaltecal... ¡Puedo dar fe de que así habrá de ser!... Tendremos que esforzarnos para conseguir la unión de otros pueblos indios... y así será que habremos en disposición un fabuloso ejército... Cortaremos los abastecimientos de los culua... y construiremos bergantines para hacernos fuertes en la laguna... Este empeño ha de llevarnos algunos meses, pero finalmente, con la ayuda del apóstol Santiago... ¡Por la Santa Cruz que hemos de lograr nuestro propósito!

El ambicioso plan del extremeño asombró y entusiasmó a sus oficiales. «¡Es increíble!... ¡Lo tiene todo previsto!» pensaban con admiración «¿Cuándo habrá preparado todo esto?» se preguntaban sin decir nada. «Está mal herido y enfermo, ¡pero su cabeza no descansa para hacer la reflexión!... ¡Y por los clavos de Jesucristo que encuentra buenos remedios!... Pareciera que la pedrada que recibió en la batalla, más que menguar su entendimiento... ¡lo hubiera aguzado!»

En realidad, Cortés no había dejado de cavilar desde que salieron de Tenochtitlan, alternando los pensamientos que necesitaba para escapar con vida, con otros para conquistar, de forma definitiva, la hermosa ciudad de la laguna y todo el imperio mexica. Lógicamente, había pensado en los tlaxcaltecas, pues tenía claro que su

alianza era una pieza decisiva. En los días de la difícil huida, bordeando los lagos del valle de Anahuac, había hablado varias veces con Tlehuexolotzin y Xicoténcatl el joven, para potenciar su amistad. Además, les consultó a menudo y compartió con ellos la estrategia militar, dándoles un protagonismo que creía conveniente para el objetivo presente de sobrevivir y el futuro de continuar unidos. El joven Xicoténcatl respondía razonablemente a estos estímulos, pero el extremeño notaba que se encontraba incómodo. Y él le comprendía. «¡Pardiez!... ¿Cómo no ha de tener enojo, si su rango es inferior ahora que antes de nuestra llegada?» había reflexionado. A pesar de todo, Xicoténcatl se había comportado como un soldado leal, mostrando una encomiable valentía y una excepcional destreza en la lucha contra los mexica, sobre todo en Otumba. Cortés lo respetaba, e incluso lo admiraba, por su ilimitada entrega a pesar del desacuerdo, pero intuía que no era de fiar. En cuanto al jefe Tlehuexolotzin, la perspectiva era más halagüeña. La sintonía era buena y su relación se había estrechado, por lo que pensaba que estaría a su favor.

Además, ya a su llegada al territorio de Tlaxcallan, y a pesar de su mala salud, no había perdido el tiempo. En Xaltelolco, su primera parada, conversó en privado con el señor Zitlalpopocatzin. Y un día después, en Veyotlipan, lo hizo con Maxixcatzin. Únicamente doña Marina en su papel de intérprete, ya sin Jerónimo de Aguilar, estuvo presente en estos encuentros tan reservados. Los dos señores le ofrecieron la hospitalidad que desde entonces gozaban. Y él observó en ellos gestos sinceros de amistad, meditando que también se jugaban mucho en el envite. Por un lado, los culhua-mexica constituían una seria amenaza para Tlaxcala, y de momento, la alianza había servido para quitárselos de encima después de muchos años de atosigamiento. Ahora, la tarea estaba a medias, y resultaba obvio que los tlaxcaltecas, cuando menos, querían consolidar el beneficio obtenido. Por otro lado, como señores supremos, eran ellos los que habían involucrado a su pueblo en la alianza con los extranjeros y la lucha abierta contra los mexica. De su éxito o fracaso, podría depender su liderazgo. Cortés vio en estos razonamientos motivos muy poderosos para que Zitlalpopocatzin y Maxixcatzin continuaran apoyando la alianza. Una vez más, estaba en lo cierto. Los caciques necesitaban a los *teules*, y aunque éstos se encontraban ahora en una situación desastrosa, intuían que podrían recuperarse con los apropiados cuidados y los refuerzos que llegarían desde la costa. «¿Es que no han venido ya más hombres blancos que se han unido a Malintzin?... Pues vendrán más... y traerán más ciervos sin cuernos y más armas poderosas de las que nosotros no tenemos» habían concluido.

No obstante, para fortalecer la buena predisposición de los principales caciques tlaxcaltecas, Cortés decidió añadir otro argumento. A cada uno de ellos, en privado y a modo de obsequio, le dio una gran cantidad de oro y piedras de jade. Según se había sabido, el impresionante tesoro que correspondía al quinto real, se había hundido en la laguna de Tenochtitlan durante la huida, pero el capitán había logrado salvar gran parte de su propio botín. Ahora, lo invertía para asegurarse la fidelidad de los señores

de Tlaxcala. Aunque se trataba de una cantidad que le hacía un hombre inmensamente rico, estaba convencido de que al lado de la presunta grandiosidad de sus ganancias futuras, sólo era una minucia. ¡No podía haber una inversión mejor! Lo tenía claro.

Sólo le faltaba ver a Xicoténcatl el viejo. Su ancianidad le impidió salir al encuentro de los recién llegados, por lo que Cortés, nada más entrar en el señorío de Tizatlan, fue a visitarlo a su palacio. Al comprobar que el *tlatoaní* le recibía entrañablemente, sintió una gran satisfacción. Con sus temblorosas manos, el eminente anciano tomó las del capitán y las apretó tanto cuanto pudo. Después, palpó su cara, sonrió y le dijo:

—¡Bienvenido!... Estás en tu casa.

Hernán Cortés entregó a Xicoténcatl un regalo muy especial. Nada menos que el *Quetzaltonatiuh*, el gran estandarte de los culhua-mexica que le habían arrebatado al nuevo *cihuacóatl* de Tenochtitlan en la batalla de Otumba. Cuando a través de sus manos, creyó reconocer la significativa reliquia, el viejo líder tlaxcalteca derramó lágrimas de emoción. Con evidente nerviosismo que el español notó, repasó una y otra vez el gran sol de oro rodeado de riquísimas plumas de quetzal.

—¡Es el *Quetzaltonatiuh* de los mexica! —exclamó.

Los señores que le acompañaban se lo confirmaron. ¡Qué gran momento! Para Tlaxcallan era un símbolo de enorme significado. Para él, que había guerreado con éxito más de setenta años, el broche de oro que culminaba su lucha. «¡El gran estandarte de nuestros eternos enemigos!» repitió para sus adentros. «¡Ha sido Malintzin, el *teul* al que decidimos unirnos, quien nos lo ha traído!... ¿No es ésta la mejor prueba de que es él quien había de venir desde el oriente?... ¿No es una señal inequívoca de que Camaxtle nos protege y aprueba esta alianza?»

Como complemento de todo lo anterior, Cortés no olvidaba que el fortalecimiento de la alianza también dependía de una buena relación diaria entre unos y otros. Por eso, recordó a sus hombres, sobre todo a los que habían venido con Narváez, que debían comportarse correctamente con los tlaxcaltecas, respetando sus costumbres, propiedades y mujeres. Les advirtió, seriamente, que no toleraría el más mínimo incumplimiento de esta orden. Si la convivencia era buena, estaría al alcance una unión verdadera. De lo contrario, resultaría casi imposible aunar las voluntades.

Por su parte, los tlaxcaltecas atendían a sus huéspedes con la hospitalidad que tanto habían apreciado éstos durante su estancia anterior. Además de cobijo, mantas y ropa, les dieron mujeres para que les prepararan la comida, curaran sus heridas y atendieran sus necesidades sexuales. Esta última cortesía era habitual con los invitados, pero en este caso, adquirió una importancia especial, ya que los tlaxcaltecas querían que sus mujeres engendraran hijos de los *teules* para fortalecer su estirpe. Los españoles, por supuesto, estaban encantados. Las jóvenes de piel tostada eran sensuales y cariñosas, y se desvivían por hacerlos disfrutar. De manera natural, se sembraba la imparable semilla del mestizaje.

Faltaba poco para que anoheciera y la reunión del Consejo Supremo de Tlaxcallan aún no había finalizado. Tras un breve receso para comer tortillas de maíz y guajolotes, y descansar un poco, los cinco grandes señores continuaban su largo debate. El joven Xicoténcatl seguía empeñado en convencer a los otros de romper con los extranjeros y unirse, contra ellos, al *huey tlatoaní* de Tenochtitlan.

—Vuelvo a insistir en que es nuestra oportunidad antes de que se recuperen — argumentó, una vez más, el capitán tlaxcalteca.

—¡Es muy deshonoroso que pienses en traicionar a nuestros aliados, ahora que están debilitados! —respondió Maxixcatzin, bastante enfadado— ¡Es indigno de un *tlatoaní* de Tlaxcallan!

Las duras palabras encendieron a Xicoténcatl. Maxixcatzin ya lo estaba. Se pusieron los dos en pie y se encararon. Llevando la iniciativa, éste empujó a aquél y el joven capitán cayó algunos escalones. Los demás se apresuraron a separarlos para bien de Maxixcatzin. Él era un político y su oponente un guerrero, más fuerte y mucho mejor preparado para la pelea. Una vez calmados los ánimos, el viejo Xicoténcatl decidió que había llegado el momento de cerrar la discusión. Respetuosamente, todos guardaron silencio.

—Querido hijo Xicoténcatl... hemos escuchado tu propuesta y tus razonamientos —comenzó diciendo— Hace unos meses decidimos mezclarnos con los extranjeros que llegaron de oriente y crear una nueva generación de tlaxcaltecas que nos hiciera más fuertes. Por eso les dimos a nuestras hijas. Desde entonces, nos hemos librado del asedio de los mexica, vivimos mejor que antes y formamos parte de una alianza poderosa. Las buenas palabras de Cuitláhuac no nos convencen... Y además, no somos traidores... Nuestro destino está junto a los *teules*.

Maxixcatzin, Zitlalpopocatzin y Tlehuexolotzin, asintieron. Las palabras del anciano habían sido contundentes y dejaban la cuestión zanjada. Una vez más, el joven Xicoténcatl no había conseguido imponer su criterio y tendría que aceptar la decisión del Consejo.

Una semana más tarde, se celebró en Tlaxcala una trascendente ceremonia. Maxixcatzin había comunicado a Cortés la decisión del Consejo Supremo, y ambos pensaron que sería interesante refrendarla con un acto público que mostrara, claramente, la inquebrantable adhesión de los líderes tlaxcaltecas. Así se disiparía cualquier duda, y tanto los soldados españoles como los nobles, plebeyos y esclavos tlaxcaltecas, los mexica y todos los pueblos del entorno, sabrían que la alianza hispano-tlaxcalteca iba muy en serio y no admitía fisuras. Xicoténcatl el viejo y los demás caciques estuvieron de acuerdo.

Era una mañana soleada. *Piviltin* y *macehuales*, llamativamente engalanados, salieron a las calles como en las festividades de Camaxtle y Xochiquetzalli. Llegaban desde todo el territorio de Tlaxcallan, y también los había de Huexotzinco y Cholollan. Con dificultad, porque no cabían, se reunieron en masa en la gran

explanada que daba acceso al palacio de Xicoténcatl, en el señorío de Tizatlan, la misma en la que diez meses antes, los señores de Tlaxcallan habían recibido por primera vez a los españoles. En esta ocasión, los tambores y las flautas daban solemnidad al ambiente, y los asistentes, respetuosamente, hablaban en voz muy baja. Guerreros tlaxcaltecas bajo el mando de Xicoténcatl Axayacatzin, y soldados españoles con Diego de Ordaz, Alonso de Ávila y Juan de Salamanca al frente, se hallaban en formación custodiando el recinto central. Allí, en un lugar preferente, estaban las divisas de los cuatro señoríos principales y las que traían los castellanos. También se encontraba presente la gran cruz de madera que se había erigido como símbolo de la alianza. Junto a ella, se había construido una magnífica pila bautismal de piedra, como las que existían en el Viejo Mundo. Aunque el año anterior ya se habían bautizado las mujeres que fueron entregadas a los españoles, la ceremonia de este día tenía un significado enorme. Públicamente, los cuatro *tecuhtli* de los señoríos principales de Tlaxcallan, aceptarían al dios de los *teules*.

El silencio invadió la explanada. Por fin, la muy insigne comitiva había despuntado en la puerta central del palacio. La abrían tres guardias tlaxcaltecas y otros tres españoles, todos armados con espadas. Tras ellos, fray Juan Díaz, que oficiaría la ceremonia, y fray Bartolomé de Olmedo, que le asistiría. El primero llevaba en alto un crucifijo asido con las dos manos, mientras rezaba en latín en voz alta. El segundo portaba un retrato con la imagen de la Virgen y compartía las oraciones de su compañero. Siguiendo sus pasos, avanzaban los cuatro señores que serían bautizados. Lo hacían lentamente, ya que el anciano Xicoténcatl apenas podía andar y necesitaba apoyarse en el brazo de dos de sus hijos. En su retaguardia, aparecía Hernán Cortés con sus mejores galas y la reluciente espada enfundada. Un poco más rezagada, doña Marina, luciendo un elegante *huípil*. Después, bien ataviados para la ocasión, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, quienes junto a Cortés, serían los padrinos. Cerrando la marcha, una escolta de doce soldados y guerreros, en cuatro filas de a tres.

Los oficiantes se detuvieron junto a la pila. Con un sencillo gesto, fray Bartolomé pidió a los señores y a sus padrinos que se acercaran. Doña Marina se situó junto a fray Juan. Por indicación de éste, los protagonistas se pusieron de rodillas, causando un gran impacto. Al verlos, todos los que estaban en la explanada hicieron lo mismo. Fue un momento de intensa emoción. Imponía el sepulcral silencio de miles de personas arrodilladas, escuchando una letanía que no comprendían, pero que intuían como un diálogo de los sacerdotes con el dios. Una divinidad más poderosa que Camaxtle que no quería sacrificios de sangre, ni que se comiera carne humana, ni que se enterraran personas vivas para acompañar a los que morían... un dios extraño al que, ahora, los grandes señores de Tlaxcallan juraban devoción.

Tras los rezos, uno por uno, los cuatro *tecuhtli* fueron bautizados con el agua que fray Juan Díaz había bendecido. Las principales palabras del fraile eran traducidas al náhuatl por doña Marina. La intérprete no sabía latín, pero antes le habían explicado

lo que se diría y ella lo tenía preparado. La seguridad y el tono de sus palabras estuvieron muy acorde con la solemnidad del acto. «¿También ella puede hablar con el dios?» se preguntaron muchos. Los señores no entendían lo que se decía de un padre, un hijo y un espíritu, pero asumían que era el ritual que procedía y se limitaban a seguir la ceremonia según se les indicaba. Para los asistentes que abarrotaban la explanada, las palabras eran lo de menos. El símbolo estaba claro. Tenían un nuevo dios que se había enfrentado al mismo Huitzilopochtli. Desde ahora, le honrarían como hacían con Camaxtle y las demás divinidades.

Los caciques tlaxcaltecas aceptaron ponerse nombres cristianos con la condición de utilizar los que ya tenían en segundo lugar, de forma que éstos, con el tiempo, adquirirían la condición de apellidos. Así, Xicotécatl el viejo se llamó Vicente Xicotécatl, Maxixcatzin antepuso a su nombre el de Lorenzo, Zitlalpopocatzin se hizo llamar Bartolomé, y Tlehuexolotzin, Gonzalo. A partir de ese momento, todos los que se bautizaban seguían la misma regla.

De regreso a su palacio, el viejo Xicotécatl se tumbó en el lecho para descansar. Había hecho un gran esfuerzo físico y la experiencia emocional había sido muy intensa. Era consciente de que con este solemne acto, el pueblo tlaxcalteca reconocía a una nueva divinidad que permanecería con ellos para siempre. Él había participado porque estaba convencido de que la unión con los de Castilla era lo mejor para los suyos. Además, creía fervientemente que no habían traicionado a Camaxtle. Más bien, al contrario, habían asumido el destino que el dios les había asignado. Como había hecho anteriormente, cuando les guió desde Xichonosto hasta el valle de Anahuac, o más tarde, desde el valle hasta la gran montaña azul, ahora les indicaba que su futuro estaba junto a los extranjeros de la profecía y el dios que los protegía. El propio Camaxtle aceptaba a ese dios, y como prueba de ello, renunciaba a las ceremonias de sangre. Sin embargo, no por ello perderían a quien les había guiado y protegido siempre, ni a la diosa Xochiquetzalli o a las demás divinidades tradicionales. Por eso, aunque los *teules* insistían en que su dios era el único verdadero y que debían dejar de adorar a otros, ni él ni su pueblo seguirían ese consejo. Venerarían al de la cruz de madera, pero también a los otros.

17 MAXIXCATZIN

«... y desde Maxixcatzin sucedió don Lorenzo Maxixcatzin, el cual murió en España, yendo a dar la obediencia al Emperador don Carlos, rey nuestro señor. Y por su muerte sucedió su hermano don Fernando Maxixcatzin...»

Diego Muñoz Camargo,
en su libro «Historia de Tlaxcala» (siglo XVI)

Puebla, 16 de noviembre de 2006

Aunque ya no madrugaba tanto como en la semana inmediata a su llegada, cuando sufría el *jet lag*, el profesor Queimadelos se había levantado pronto esa mañana. Casi no había dormido y, harto de estar en la cama, decidió dar un paseo. Desde hacia dos días, se encontraba poseído por una intensa emoción que lo acaparaba por completo. Su mente era un hervidero de contradicciones y preguntas sin respuesta. Y su cuerpo no alcanzaba a relajarse. Con esa sobreactivación, el sueño era ligero y muy escaso, dominado por imágenes que reflejaban su preocupación. Sin afeitarse, y vestido con un pantalón vaquero, la primera camisa que avistó y unas zapatillas de deportes, abandonó el hotel poco antes de las siete. Imitando su primera mañana en Puebla, tomó el camino de la calle 2 norte y, tras atravesar el zócalo, se dirigió al parque de Los Fuertes. Las campanas de Jesús Nazareno volvieron a gratificar su oído, recordándole la hora en punto. Pero esta vez poco le importaba. No tenía que trabajar y disponía de todo el tiempo para estar solo y poner en orden sus ideas.

Subiendo la larga y empinada calzada que conduce al parque, quiso ordenar todo lo que había sucedido en su visita a la abuela de Isabel Lozano. Primero, lo extraña que le había resultado esa propuesta. Después, la sorpresa de encontrarse allí al doctor Manuel Francisco Ramírez, con el que había estado cenando unos días antes.



También estaba el ingeniero Felipe Antonio Xochitemol, natural de Tlaxcala y residente en el DE No era doctor en Historia como Manuel Francisco, pero mostró tener amplísimos conocimientos sobre la historia tlaxcalteca. Recordaba que la conversación se había centrado en los asuntos históricos por los que él estaba tan interesado en esos días. «¡Qué casualidad!...» razonó, «todo empezó a aclararse... bueno... mejor dicho... ¡a complicarse!... cuando la abuela de Isabel me pidió que la acompañara». Recordó que entraron en un pequeño cuarto. La anciana le ofreció asiento en una silla de madera y ella se acomodó enfrente, en un viejo sillón. Entonces, sacó de un bolsillo una pequeña llave y abrió un coqueto cofre que escondía en un cajón.

—¡Mire esta medalla, doctor!... Y favor de decirme que opina de ella.

El español se había quedado sin aliento. Increíble, sintiendo el acompañamiento de su corazón, observó la medalla por ambos lados. Después, descolgó de su cuello la que él portaba y, ansiosamente, las comparó.

—¡Cómo se parece a la mía! —exclamó.

—Así es —confirmó la abuela— ¿Me permite ver la suya?

—Será un placer, señora.

La anciana tomó con fuerza la medalla que portaba el profesor y repasó sus detalles visiblemente emocionada. Sus ojos se empañaron de discretas lágrimas. Hasta cerrarse mientras, echando la cabeza atrás, los elevaba.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío! —susurró con discreción.

Camilo habría querido hacerle varias preguntas, pero entendió que debía respetar el intenso sentimiento que percibía. La sorprendente reacción de su anfitriona le hizo recordar la de su nieta cuando vio la joya por primera vez. «Se quedó paralizada... y al día siguiente... ese sobresalto... todas esas preguntas sobre la medalla...». De pronto intuyó que la idea de invitarlo habría surgido cuando Isabel contó a su abuela que había visto el colgante. «Pero... ¿Porqué es tan importante esta medalla?»

Mientras la anciana continuaba inmóvil, agarrando la medalla de Camilo como si jamás fuera a soltarla, éste observó de nuevo la que ella le había enseñado. Era prácticamente igual a la suya. «El mismo tamaño, el mismo peso, el oro macizo... la misma grabación de la cruz sobre la montaña...» Sólo había una diferencia. En la de la abuela, el grabado del reverso representaba una garza sobre un peñasco, mientras que en la suya había un pájaro con plumas grandes. «¡Menuda coincidencia!» exclamó para sí, cada vez más intrigado.

—Le veo sorprendido —dijo por fin la mujer— ¿Es que usted no sabe qué significan estas medallas?

—La verdad es que no tengo la menor idea, señora —contestó Camilo, haciendo lo posible para que la abuela le creyera.

—Discúlpeme doctor, no se ofenda... pero me parece increíble que lleve usted esa medalla y no conozca su significado.

—No me ofende, señora. Con la misma sinceridad que usted me habla, le aseguro

que no sé nada... y ya que lo dice, le agradecería que fuera tan amable de explicarme algo.

La mujer asintió con parsimonia, dándole a entender que daría las explicaciones cuando llegara el momento.

—Perdone mi indiscreción, doctor. ¿Podría decirme cómo consiguió esta medalla?

—¡Claro!... Me la dio mi abuela antes de morir. Me dijo que a ella se la había entregado su madre y me pidió que yo se la diera a mi descendiente más próximo, solicitándole lo mismo para que continuara la tradición. La verdad es que nunca he sabido el motivo de todo esto. Mi abuela estaba muy enferma y no pudo explicarme más.

—¿Y no le dejó algún documento?... ¿Unos códigos?

—¿Documento?... ¿Códigos?... —cuestionó el profesor, mientras aparentaba hacer memoria— ¡Pues no!... Lo único que me dejó fue la medalla.

La abuela mostró extrañeza y cierta decepción. El español respetó su silencio y esperó nuevas preguntas. «¡Qué *carallo!*» pensó «¡Soy yo quien debería preguntar!... pero bueno... una señora es una señora, y ahora me toca esperar».

—¿Y su abuelita era mexicana?... ¿o descendía de mexicanos? —continuó interrogando ella.

—¡No!, era española, de Andalucía, y que yo sepa no tenía ascendencia mexicana... No... si la hubiera tenido, seguro que me habría enterado.

Organizando sus recuerdos, llegó a la entrada de Los Fuertes cruzándose con algunas personas que hacían *footing*. A él le gustaba andar largas distancias, pero no correr. Seguramente, pensaba, «porque nunca tuve la costumbre». En cualquier caso, le agradaba la gente que practicaba ejercicio físico. Apreciaba su disciplina y valoraba su esfuerzo voluntario. Además, estimaba que solían ser personas con un talante más positivo. Imbuido en este pensamiento, lo relacionó con la dura actividad física obligatoria que conllevaban los desplazamientos en la época de la conquista. Los indígenas mesoamericanos no conocían el caballo, ni tampoco la rueda, por lo que se trasladaban a pié, excepto los grandes señores que eran transportados en andas. Los conquistadores disponían de algunos caballos, pero la mayoría eran infantes que hacían los recorridos andando, y lo mismo sucedía con las mujeres que les acompañaban. «El transporte moderno es mucho más cómodo, jajajaja... aunque favorece el sedentarismo... por lo que el deporte proporciona la oportunidad de ejercitarse... Andar, correr... viejos hábitos del hombre, organizados de otra manera».

Este pequeño paréntesis le ayudó a descansar del intenso ejercicio mental que había acaparado su esfuerzo para organizar hechos e ideas. Solía hacerlo cuando se ocupaba de algo que exigía a su inteligencia un trabajo extra. Se concentraba, pensaba, ordenaba en lo posible las piezas y descansaba con pensamientos intrascendentes. Después, con renovada energía, retomaba el tema e iniciaba un

nuevo ciclo.

Regresando a su actividad principal, recordó que la abuela de Isabel le había pedido que se unieran a los demás en el salón de la casa. Cuando entraron del brazo, percibió la expectante mirada de todos los que allí se encontraban: la propia Isabel, su madre, el doctor Ramírez y el ingeniero Xochitemol. Nadie se movía. El silencio era cortante. Aunque se respiraba su impaciencia, todos esperaron a que la abuela se acomodara en el asiento y se decidiera a hablar. Él sintió la mirada fija de Isabel y Manuel Francisco, pero evitó el contacto visual.

—Le he enseñado al doctor mi medalla, y él me ha mostrado la suya. ¿Verdad doctor? —anunció la anciana, aliviando el eterno silencio.

—Así es —corroboró el profesor.

—Pero el doctor no conoce el significado de estas joyas, ni tampoco sabe nada de los códices.

Los presentes miraron a Camilo, comprobando que asentía con un gesto facial contundente, acompañado de un encogimiento de hombros.

—Creo que nuestro buen amigo merece una explicación —señaló la abuela, mirando con complicidad al profesor.

«¡Por fin!» pensó el español «¡A ver si me explican de una puñetera vez que *carallo* es todo esto!»

—Mi nombre es Asunción María Díaz Xicotécatl, pero me dicen señora Muñoz por mi esposo, ya fallecido y que en paz descansa, el licenciado Humberto Patricio Muñoz —informó la abuela— Y soy descendiente directa de Xicotécatl el viejo, por lo que también lo son mi hija y mi nieta.

Camilo miró a Manuel Francisco y éste asintió discretamente, confirmando que la mujer decía la verdad. Doña Asunción continuó:

—Bueno... en realidad esto no tiene tanto mérito, ya que según dicen, el viejo Xicotécatl ¡tuvo más de cien hijos!... así que fíjese cuántos descendientes tendrá por ahí, sin que ni siquiera lo sepan.

La abuela soltó una leve carcajada y los demás la acompañaron. El jocoso comentario ayudó a relajar la tensa expectación.

—Pero lo que nos diferencia de otros —prosiguió la señora— es que descendemos del hijo al que Xicotécatl consideró su heredero. Y por eso, doctor, yo tengo esta medalla.

La anciana pronunció estas palabras visiblemente emocionada, al tiempo que buscaba y cogía la medalla que ahora colgaba de su cuello. Todos quedaron en silencio. La mente de Camilo reaccionó con rapidez: «¡*Carallo!*... ¿Pensarán que yo también soy descendiente de alguien tan significativo?»

Tras el largo paseo matutino, una vez afeitado, duchado y razonablemente vestido, apuraba el desayuno en el comedor del hotel. No tenía mucho apetito, por lo que, en contra de su costumbre, se limitó a tomar un yogur desnatado, tostadas de pan

francés y un café. Intentaba abrir un pequeño envoltorio que protegía dos bolitas de sacarina y se resistía a dejarlas desguarnecidas, cuando se le acercó el camarero para aproximarle un teléfono inalámbrico.

—¿Sí?, ¿dígame?

—¿Camilo?... Qué onda, ¡Soy Verónica!

—¡Hola preciosa!... ¡Qué sorpresa!

—Estee... Sé que querías pasar el día solo, pero si te parece bien, podríamos ir a cenar juntos —propuso la maestra Islas, sin tener claro si él aceptaría.

—Es una gran idea. Me apetece mucho —respondió el profesor con entusiasmo, alegrando a la mujer— Te agradezco la llamada y la propuesta.

—¿Te parece que pase por tu hotel a las ocho?

—De acuerdo. A las ocho nos vemos.

Colgó el teléfono, se sirvió la sacarina y saboreó el café. El plan de la maestra le había dado energía. Podría meditar durante el resto del día y, después, compartir con ella un rato muy agradable. «¡Quizá toda la noche!» fantaseó. Le apetecía contarle todo lo sucedido y escuchar su opinión. Era una mujer inteligente con la que había intimado y necesitaba su empatía. Además, era la única persona cercana e independiente con la que podía hablar de este asunto.

Inevitablemente, las dudas respecto a su alumna favorita, Isabel Lozano, le habían invadido. «¿Habrás coqueteado conmigo para acercarme a su abuela?... ¡Es mucho más joven que yo!... ¿Qué motivo podría tener para estar con un viejo?... ¿Sería su principal interés este asunto de la medalla?». Prefería no pensar en ella, pero tenía momentos en los que no podía evitarlo. Recordaba el hermoso día que habían pasado juntos en Tlaxcala. Entonces, le pareció que había surgido un prometedor sentimiento que los unía. Pero ahora, dudaba. No se habían visto ni hablado desde esa noche. Ni un mensaje, ni una llamada... ¡Nada!... ¿Volvería a verla?... Todavía quedaban dos sesiones del seminario sobre liderazgo. Allí la vería. «¿Cómo reaccionará?... ¿Cómo responderé yo?» se preguntaba. «¿Y si no asiste?... A lo mejor... una vez cumplido su propósito, no acude...»

Pasaba la una de la tarde. Se había acomodado en una agradable terraza del animado zócalo para continuar el repaso. Se estaba muy bien a la sombra, y un hombre de mediana edad le había insistido en limpiarle los zapatos a un módico precio. Recordaba esta costumbre, prácticamente desaparecida, en el Madrid de sus años universitarios. Aunque no le hacía falta, accedió para colaborar con alguien que se ganaba la vida haciendo su oficio.

—El doctor Ramírez es un experto en estos temas y podrá darle más explicaciones —apuntó la abuela de Isabel, mirando al historiador, mientras le cedía la palabra con un elegante gesto de su mano derecha.

Manuel Francisco Ramírez sintió que había llegado su momento. Reacomodó su posición en la silla, se inclinó ligeramente hacia delante, y con esa pausa de los que se saben escuchados y gustan de oírse, inició su disertación.

—Como ya te comenté el día que cenamos en Puebla, la llegada de los frailes franciscanos supuso el comienzo de la evangelización... Y con el decisivo apoyo que le proporcionó Cortés, a través de una carta enviada al emperador, en 1524, Tlaxcala se convirtió en la sede de la primera diócesis de Nueva España... Esto supuso que, durante unos años, fuera el lugar principal de la actividad evangelizadora. Cortés había sido tolerante en materia religiosa con sus aliados tlaxcaltecas, pero los frailes no estaban dispuestos a esas concesiones. El culto a Camaxtle, Xochiquetzalli y las demás divinidades paganas fue perseguido, produciéndose serios incidentes con algunos nobles indígenas que no querían renunciar a sus dioses tradicionales.

Camilo asentía con rapidez a todo esto, dando a entender que ya lo sabía. Los demás permanecían en silencio. El historiador continuó:

—Llegó un momento en que los cuatro caciques del Consejo Supremo y otros señores principales, decidieron esconder las imágenes y tesoros de sus dioses y rendirles culto en secreto. Como en su momento le habían dicho a Hernán Cortés, no rechazaban la fe cristiana, sino que la abrazaban con entusiasmo por deberle al dios de la cruz la gran victoria frente a los mexica y la prosperidad que desde entonces gozaban. Pero no estaban dispuestos a renegar de sus divinidades. Para ellos, acostumbrados a muchos dioses, el nuevo era perfectamente compatible con los otros.

—Además estaba lo del tesoro del quinto real —intervino el ingeniero Felipe Antonio Xochitemol, aprovechando una pausa.

—¿Qué tesoro? —interrogó Camilo.

—Bueno... la verdad es que esto es sólo una hipótesis con poco fundamento —aclaró Manuel Francisco, dirigiendo la mirada al ingeniero para comprobar si estaba de acuerdo.

—Es cierto que de momento no existen pruebas —admitió Felipe Antonio— Pero tampoco se ha podido desmentir contundentemente... Y en cualquier caso, lo que parece muy probable es que hubo un tesoro que Cortés entregó a los tlaxcaltecas.

—Sobre esto tampoco hay pruebas definitivas —comentó el doctor Ramírez— Pero parece razonable que así fuera, si consideramos las costumbres de la época y el talante interesado y ambicioso de la naturaleza humana en cualquier tiempo... El momento más delicado de los españoles fue cuando, tras huir de Tenochtitlan débiles y muy diezmados, se refugiaron en Tlaxcala —continuó el historiador— Sin duda, habrían sido aniquilados de no ser por los tlaxcaltecas, que siguieron siéndoles fieles.

—Los de Tlaxcala odiaban a los mexica y les interesaba la alianza con los españoles para ir contra ellos —intervino el ingeniero Xochitemol, sin resignarse a quedarse al margen de la explicación— Pero es más que probable que Cortés quisiera asegurar su lealtad dándoles un suculento tesoro que había traído de Tenochtitlan.

—La duda es si ese tesoro era el que le correspondía a él y a sus hombres, o se trataba del quinto real que pertenecía a la Corona de Castilla —señaló Manuel Francisco— Según declararon Cortés y numerosos testigos, el tesoro del quinto real se perdió en la laguna del valle de Anahuac durante la huida de la noche triste. Esa

fue, y sigue siendo, la versión oficial, pero...

—¿Quieres decir que existen sospechas de que Hernán Cortés le diera ese tesoro, supuestamente perdido, a los tlaxcaltecas? —estalló Camilo, mostrando una cierta incredulidad.

—Es sólo una hipótesis difícil de comprobar —respondió Manuel Francisco— Pero podría haber algo de eso... Lo que parece probable, fuese o no del quinto real, es que les entregara mucho oro en señal de agradecimiento.

El profesor estaba perplejo. Dos semanas antes ni siquiera había oído hablar de Tlaxcala. Fue hasta allí guiado por la remota posibilidad de encontrarse a una jovencita que le había impactado. Primero, le fascinó descubrir tantas reliquias históricas. Después, paseando por la ciudad, entró en una modesta librería en la que compró dos libros que le sedujeron. Ahora, le hadan partícipe de una fabulosa historia relacionada con esos escritos. «¡Y encima está lo de la medalla!»

Las ideas iban y venían. Comió unas sencillas quesadillas acompañadas de una *coronita*, y culminó el ligero almuerzo concediéndose el pastel de manzana de la casa. Así alegraba la tristeza de un café muy austero. Atendido el estómago, continuó con sus pensamientos. Recordó que Isabel seguía muy atenta todas las explicaciones. Él la miraba de vez en cuando, y en dos ocasiones, cruzaron una sonrisa. «¿Por qué no se nada de ella desde entonces?»

—El caso es que los principales señores de Tlaxcala organizaron el culto secreto a sus dioses —había dicho el doctor Ramírez.

—Y también se ocuparon de esconder las imágenes de oro y pedrería... y el tesoro que les había entregado Cortés —apuntó sin dilación el ingeniero Xochitemol, para que no se olvidara este aspecto.

—Disculpen que les interrumpa... pero es que estoy muy intrigado —irrumpió Camilo para hacer una pregunta que le acuciaba desde hacia tiempo— Todo esto es muy interesante... pero ¿se puede saber qué relación tiene con las medallas?

—Pues tiene que ver... ¡y mucho!, mi estimado amigo —señaló el historiador— Estas medallas se hicieron para distinguir a los que conocían estos secretos y participaban en el culto a los dioses paganos.

—Sólo las tenían los señores principales —puntualizó el ingeniero— Y a su muerte, pasaban al hijo que designaban como principal heredero.

—La característica común de estas medallas es que son de oro macizo y tienen grabada una cruz sobre una montaña —explicó el doctor Ramírez— La montaña es el Matlacuéyatl, es decir, La Malinche, y la cruz representa la nueva religión.

—¿Pero no decís que se trataba del culto a los dioses tradicionales? —preguntó Camilo— ¿Por qué la cruz?

—Es difícil saber la razón exacta —señaló Manuel Francisco— Puede ser que quisieran destacar que el culto al dios cristiano no era incompatible con el anterior... Y también que pensarán que llevando el símbolo de la cruz, les resultaría más fácil protegerse de posibles persecuciones y acusaciones.

—Entonces, ¿todas las medallas eran iguales? —volvió a interrogar el español, cada vez más entusiasmado.

—En eso sí. Pero se diferenciaban en el reverso. Allí, en cada una de ellas, se grabó la divisa del señor que la portaba. La garza sobre el peñasco que has visto en la medalla de la señora Muñoz, es el símbolo del señorío de Tizatlan, cuyo cacique era Xicotécatl el viejo cuando llegaron los españoles.

—Xicotécatl ya había muerto cuando sucedió todo esto —comentó la madre de Isabel, entrando en la conversación— Y no sabemos quién era entonces el que tenía el mando de Tizatlan, aunque obviamente, se trataba de un descendiente suyo... del que procedemos nosotras.

Esa noche no había mucha gente en el coqueto restaurante del callejón de los Sapos que tanto les gustaba. Verónica estaba deslumbrante. Llevaba un hermoso collar de piedras turquesas engarzadas en rectangulares eslabones plateados. El colgante realzaba un sugerente escote, dibujado por un elegante vestido negro de finos tirantes. Sus llamativas manos, adornadas con cuidadas uñas de esmalte brillante con manicura francesa y un espléndido anillo a juego con el collar, sugerían la delicadeza de su tacto y acentuaban su encanto, sobre todo cuando las movía para acompañar a la palabra o contribuir a la armonía de la mesa. «Las manos de una mujer dicen mucho de ella» solía pensar Camilo, haciendo suya una frase de su querida abuela. Sus labios, de discreto color transparente, se le antojaron más sensuales que otras veces. Acababan de encontrarse... ¡y ya la deseaba!

Hasta que llegó el primer tequila hablaron de cosas banales: preguntas y respuestas superficiales de carácter cotidiano, asuntos de trámite de la universidad que ocupaban el tiempo de la maestra, una noticia del periódico sobre el turismo en auge en el Mar de Cortés y algo sobre la decoración del restaurante. Tras el primer brindis —¡Por nosotros!— y ese sorbo inicial que tanto se aprecia cuando el licor desciende, la mujer decidió que, sin perder más tiempo, había llegado el momento de satisfacer su curiosidad.

—Estee... ¿Qué tal te fue en Tlaxcala? —preguntó con cierta ironía.

—Pues bien... la verdad es que ha sido un viaje muy interesante.

—Ya, ya... puedo imaginármelo... ¿Y qué tal la abuelita?... ¿Te enseñó las fotos de la primera comunión de su nieta?

—Jajaja... ¡Eso y mucho más! —comentó el profesor, siguiéndole la corriente en clave de humor— Me enseñó también las del bautizo, las de sus cumpleaños y todas las que tenía. ¡Estuvimos tres horas viendo fotos! Jajaja.

—Debió ser muy conmovedor. Tú y la abuela viendo las fotos de la *chavita*. ¡Qué envidia!... ¡Vaya plan!

Los dos se echaron a reír. Con cierta sorna enmascarada en su jocosidad, Verónica propuso un segundo brindis —¡Por la cariñosa abuelita y su inocente nietecita!

Camilo siguió la broma, y tras ponerse un poco de limón con sal en la boca, apuró

la mitad del vasito. Después, galantemente, cogió la mano libre de la chica y, con delicadeza, la llevó a sus labios. Mientras la besaba, notó que ella cerraba sus dedos con fuerza, dándole una señal inequívoca que él supo interpretar.

—Ahora hablando en serio, Verónica. Quiero contarte algo sorprendente que me ha sucedido en Tlaxcala. Algo en lo que llevo pensando insistentemente en los últimos dos días, y que me tiene confuso y preocupado.

El relajado semblante de la maestra cambió de plano. Su expresión la mostró tensa. De repente notó el corazón estremecido y su pensamiento anticipó una mala noticia: «¡Algo ha pasado entre Camilo y esa *pendeja!*!».

El profesor contó la fascinante historia de los señores tlaxcaltecas, el culto secreto a los dioses paganos, el tesoro que podría haberles dado Cortés y el significado de las medallas que la abuela de Isabel y el mismo llevaban. Verónica estaba alucinada... Pero al tiempo, aliviada. «¡Qué historia!... ¡Parece de telenovela!... ¡Menos mal que no era lo que yo pensaba!». Aprovechando una pausa de su acompañante, comentó:

—Así que esa medalla es muy valiosa... Y pensar que... bueno... ¡La llevé puesta!

—Pues ya ves... me explicaron que el portador de mi medalla es descendiente directo, nada más y nada menos, de Maxixcatzin, uno de los caciques principales de Tlaxcala cuando llegó Hernán Cortés... ¿Qué te parece?

—¡Ufff!... ¡Eso sí que es una sorpresa! —exclamó la chica, mostrando una enorme emoción.

—¡Mira! —intervino Camilo, sacándose la medalla— El pájaro con plumas grandes que hay aquí, era la divisa del señorío de Ocotelulco. Cuando se grabó esta medalla Maxixcatzin ya había fallecido, pero el cacique de ese señorío era descendiente suyo... Y ese es quien se supone que inició la tradición de legar la medalla de padres a hijos... ¡hasta llegar a mí, casi quinientos años más tarde!

—Así que... ilustre doctor Queimadelos... ¡lleva usted sangre mexicana! —apuntó la chica con un gesto divertido que estimuló la sonrisa del profesor.

—Bueno... según me dijeron, debería ser así... pero... supongo que se trata de un error, ¡claro!

—¿De un error? ¿Así, sin más?

—¡Hombre!... Ha pasado mucho tiempo desde que sucedió todo eso... y fíjate la de vueltas que, desde entonces, ha podido dar la medalla.

—Estee... Sí, es cierto... pero recuerda lo que te dijo tu abuelita cuando te la entregó... que la medalla se pasaba de padres a herederos, y así de generación en generación... ¿No es lo mismo que te contaron en Tlaxcala?

—¡Eso es verdad! —asintió el doctor— Y no se me quita de la cabeza, pero... podría ser una mera coincidencia.

—¡Vaya!... ¡Una coincidencia! —recalcó la maestra, con cierto retintín.

—¡Es que no se me ocurre una explicación mejor! —reconoció el español, algo alterado— Y que conste que no tengo ningún prejuicio... pero jamás he oído hablar

antes de esta historia... ¿no te parece raro?... ¡Carallo! ¡Mira como tengo la piel!... ¿Cómo voy a descender de un indígena prehispánico?

Verónica se dio cuenta de la enorme confusión de su amigo, y empatizó con él cogiéndole con suavidad la mano, mirándole con ternura a los ojos y respetando su silencio para expresarle que comprendía cómo se sentía. Tras unos segundos en los que se acercó a la calma, Camilo se lo agradeció presionando sus dedos y besándolos de nuevo. Después, para transmitir que se encontraba bien, propuso otro brindis que ella aceptó encantada:

—¡Por las coincidencias!

Disfrutaron del tequila y cambiaron de tema. Ella quería darle algunas sugerencias para los dos últimos días del seminario. Él las vio con buenos ojos y decidió incorporarlas. Como no tenían muchas ganas de hablar del trabajo, enseguida lo dejaron.

—Estee... Por cierto, Camilo. He leído el libro que me prestaste sobre La Malinche... ¿recuerdas?

—Sí, claro. ¿Qué te ha parecido?

—Me gustó mucho... Me sirvió para conocer más cosas sobre ella... y también para reflexionar sobre la manipulación de la «Historia oficial» —contestó Verónica, flexionando y extendiendo sus dedos índice y corazón de ambas manos, para destacar el entrecomillado.

El profesor intuyó que la mujer no había terminado y respetó el silencio, dando pie a que continuara hablando:

—La autora del libro ha viajado por México siguiendo las rutas que recorrió La Malinche... y ha comprobado que existen lugares en los que, con cariño, todavía se la honra. En algunos casos ¡hasta se ha convertido en una leyenda!

—Da la impresión de que, en su tiempo, fue una mujer muy respetada, tanto por los españoles como por los indígenas ¿no crees? —apuntó Camilo.

—Así parece —asintió ella— Fíjate que se dice en el libro que las acusaciones que le hicieron de traidora, y el propio término *malinchista*, no vienen de sus contemporáneos o las generaciones siguientes más cercanas, sino que datan del siglo XIX, en los primeros años de la independencia... ¡Trescientos años después de su muerte!... Es sorprendente. ¿No te parece?

—Mira, los políticos manipulan la Historia en su propio interés. Supongo que, al igual que sucedió con Cortés, se la utilizaría malintencionadamente para acentuar la incipiente nacionalidad mexicana —señaló el profesor, recordando la conversación sobre héroes y villanos en casa de la abuela de Isabel.

—¡Eso es! Así lo plantea el libro —ratificó la mujer— Pero fíjate que dice que fueron los criollos quienes inventaron todas esas fábulas sobre su traición, y no los de origen mestizo o indígena... y que también fueron ellos los que la calumniaron... como se suele hacer cuando se quiere degradar a una mujer...

—¿Dijeron que era una prostituta, o algo así? —interrogó el doctor.

—Pues según dice el libro, sí —confirmó la maestra— Todo ha valido con tal de ensañarse con ella... ¿Por qué?... Bueno, los nuevos políticos, aunque eran criollos puros, decidieron identificarse como descendientes y herederos de los mexica, y les interesaba destacar a sus enemigos. ¿Quién mejor que una indefensa mujer que ayudó a los españoles y fue la amante de Hernán Cortés?... Fíjate que en 1821, un político de la época, refiriéndose a ella, dijo que «*todas las naciones deben su caída e ignominia a una mujer*»... ¡Es lamentable!... ¿No crees?... ¡Menudo pendejo machista!

—Bueno... imagino que fue un momento en el que muchos quisieron posicionarse haciendo ese tipo de demagogia —comentó Camilo— Por desgracia, a lo largo de la Historia ha pasado y sigue pasando muchas veces, aquí y en otros lugares. Además, en esa época no se valoraba a las mujeres.

—¡Y menos a una mujer indígena! —recalcó Verónica— Si hubiera sido criolla, seguramente no habrían dicho tantas mentiras.

—Eso no lo sabemos, claro, pero es probable —comentó el profesor— ¿Cómo crees que verían a La Malinche las mujeres españolas?

—No sé... quizá con envidia... con celos... —especuló la maestra— Aunque, según dice el libro, en su época apenas había mujeres que no fueran indígenas. Fueron llegando después, cuando ya había muerto ella... Excepto unas pocas, como la esposa de Cortés, que llegó al año siguiente de conquistar Tenochtitlan... ¡Esa sí que debía estar celosa!

—¿Cortés estaba casado? —interrogó él— No lo sabía.

—Eso cuenta el libro... Pero la esposa murió poco después de venir a México.

—¡Menuda situación! —exclamó Camilo, pensando en el conflicto de Cortés con las dos mujeres.

—En fin, que me encantó el libro. Te estoy agradecida por prestármelo. Creo que ahora respeto mucho más a La Malinche... como personaje histórico y, sobre todo, como mujer... Sabes, me ha despertado el interés por conocer más de ella. Y me han hablado de un libro de una escritora mexicana que me encanta, Laura Esquivel. Me lo compraré en cuanto pueda.

—¿Quieres subir? —preguntó Camilo, seguro de la respuesta.

—¡Claro!...

Estaba cantado que la entrañable velada no iba a acabar con la cena. Agarrados de la mano como dos enamorados primerizos, ascendieron por la bella escalera del hotel Sacristía Capuchinos hasta la primera planta. Allí, el profesor introdujo la pesada llave de hierro en el orificio de la cerradura y abrió el portalón de madera. En la intimidad de la alcoba, todavía cerca de la entrada, se abrazaron y besaron apasionadamente, dando rienda suelta al deseo latente de toda la noche. De pie, sin desnudarse, juntaron sus cuerpos con fuerza, buscando sentirse en lo más profundo. Tenían prisa por notarse, tocarse, acelerar su excitación. Les sobraba la ropa, pero les faltaba el instante para desecharla. Él encontró en su espalda la cremallera del vestido

negro y, sin dejar de besarla, dedicó unos segundos a descenderla. Enseguida se hallaron desnudos sobre la cama *king size*, atravesándola horizontalmente. En una brevísima pausa para tomar aliento, él descolgó su medalla y, sustituyendo al collar de turquesas, se la colocó a la mujer.

—Cómo el primer día, cariño —le susurró al oído, provocando un leve gemido que le hizo estremecer.

Verónica estaba espléndida. Sin poder dilatarlo más, hicieron el amor con el intenso sentimiento de desinteresada entrega que acompaña a los amantes maduros cuando no esperan nada a cambio. Al alcanzar la relajación, se quedaron abrazados hasta que les llegó el sueño.

—Doctor, en representación de todo el grupo, me da mucho gusto agradecerle todo lo que nos enseñó en este seminario. Seguro que nos será muy útil —dijo uno de los alumnos.

—Muchas gracias. Para mí ha sido una gran experiencia —respondió el profesor — Un placer trabajar con vosotros.

—¿Nos dará su *email* para poder escribirle? —preguntó otro alumno.

—Por supuesto. Aquí os lo dejo escrito. Estoy a vuestra disposición para cualquier consulta que queráis hacerme.

Acababa de finalizar el seminario y llegó el momento de las despedidas. Camilo estaba satisfecho del trabajo realizado y, sobre todo, contento al comprobar la satisfacción de los participantes. Cuando terminaba un curso, tenía en cuenta estos dos termómetros: sus propias sensaciones y las que percibía de los alumnos. Solían coincidir, pero no necesariamente. En esta ocasión, podía considerar que los objetivos se habían cumplido, aunque no por ello dejó de tomar nota de algunos detalles que podría mejorar en el futuro. Siempre lo hacía, incluso en sus mejores cursos. Pensaba que si algún día no veía algo que fuera objeto de reflexión y mejora, sería una señal de acomodamiento que debería alertarle.

El único punto oscuro era que Isabel Lozano había desaparecido. Desde la noche de la visita a su abuela, no había dado señales de vida. Nadie sabía dónde estaba. En esos dos últimos días, cada vez que Camilo escuchaba la puerta, alentaba la esperanza de que fuera ella. Pero la decepción le invadía cuando comprobaba incumplido su deseo. Pensó en localizar su número de teléfono, pero concluyó que no debía hacerlo. «No voy a perseguirla... ¡Qué *carallo!*» había razonado, aunque su corazón le pedía a gritos que lo hiciera. Tras la clausura del seminario, habló con Manuel Francisco, quien como director general académico de la universidad, había presidido el acto.

—¿Sabes algo de Isabel Lozano?... Desde aquel día en Tlaxcala no ha vuelto a venir al seminario.

—Sé que se disculpó por no poder asistir. Avisó que tenía trabajo estos días.

—Me gustaría despedirme de ella. ¿Sabes cómo podría localizarla?

—Bueno... tengo el número de teléfono de la casa de Tlaxcala... ¿Lo quieres?

Apuntó el número en el reverso de una tarjeta que le habían dado. No pensaba

llamarla, pero... «¡Quién sabe!... a lo mejor cambio de opinión».

18 TEZCOCO

«... me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano...»

Hernán Cortés,
en su segunda carta de relación al emperador Carlos V

Tezcoco, 18 de mayo de 1521

Silbaban con entusiasmo los pájaros, alegrando la fresca mañana en la laguna de Anahuac. Parecía que los hubiera a miles en los frondosos árboles del palacio de Nezahualpilli, el legendario *huey tlatoaní* poeta de Tezcoco. El espectáculo era maravilloso. La vista se recreaba en los hermosos jardines de lagos con peces bulliciosos y multitud de plantas que ofrecían una insuperable mezcla de colores. El oído disfrutaba del suave concierto de las aves, y el olfato del envolvente olor de las flores. Acababa de satisfacer el gusto con un delicioso cacao caliente que le había servido una esclava, y el tacto... todavía recordaba el excitante roce del cuerpo desnudo de su insigne amante. Los cinco sentidos estaban bien atendidos. El sexto, siempre alerta. Gracias a él, era capaz de sobrevivir en un mundo que jamás había imaginado, consolidando el estatus que, día a día, con su buen hacer, había ido mereciendo. En los dos últimos años, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

Ahora debía tener unos veinte, o así. No estaba segura. De su niñez más lejana recordaba poco. Memorias felices, aunque muy vagas, hasta que la entregaron a unos desconocidos sin explicación alguna. «¿Qué he hecho mal?»... Por más que se hacía esa pregunta, no lograba contestarla. «Mi mamá empezó a cambiar cuando tuvo un nuevo esposo» había razonado. «Ya no era cariñosa... se acabaron los juegos y el tiempo estando juntas». Él tenía que ser la causa... pero ¿por qué?... «¡Yo no hice



nada malo!». Enseguida supo que a partir de ese momento, sería una esclava. «¿Cómo puede sucederme eso, siendo de familia noble?»

Los siguientes años fueron duros. Tuvo que servir a dos señores, pues fue vendida de nuevo. Aprendió a adaptarse, a sobrevivir, a valerse por sí misma. Se hizo mujer. Desarrolló la habilidad de entender el entorno que determinaba su vida y la capacidad de obtener el máximo provecho. Intentaba ser feliz, pero era desgraciada. Hacía tortillas, vestidos y otras faenas de mujeres siervas. Entre ellas, yacer con sus señores u otros que éstos agasajaban. Su cuna había sido noble, pero su destino era ser esclava. En cualquier momento podía entrar en un trueque y servir a otros amos, o también, no quería imaginarlo, ser sacrificada en alguna ceremonia. Había conocido a otras esclavas que siguieron esa suerte. El pánico se apoderaba de ellas y tenían que drogarse. Sólo así comían para poder engordar, se preparaban para la ceremonia y subían las escalinatas del *teocalli*. No obstante, muchas se daban cuenta y, desesperadas, gritaban y se resistían inútilmente. Les decían que era un privilegio para una esclava... pero ellas no pensaban así, claro... ¡maldito privilegio!... «Los dioses y los *pipiltin* disfrutaban con las ceremonias» había meditado, «Pero los esclavos vivimos siempre con el miedo a ser escogidos... ¿Es que los dioses no lo son también de los esclavos?»

La batalla liderada por el cacique Tabasco contra esos extranjeros blancos que venían del mar, había sido determinante. Tras la derrota, su amo maya tuvo que entregarla. Otro dueño. Un hombre extraño al que decían Pueltocalelo y ella llamaba *senol*, según la habían enseñado. Él la nombraba Malina, en lugar de Malinalli, su verdadero nombre. No entendía la lengua de su nuevo señor, pero intentaba comprenderle por los gestos. La trataba bien. Al contrario que otros amos, no la pegaba ni la insultaba. Ella se esforzaba para tenerle contento. Preparaba su comida, atendía sus ropas y su aposento, y dormía con él cuando lo demandaba. No lo hizo muchas veces. Era un hombre tranquilo, de buenas maneras. Y la dejaba hacer, no la vigilaba. «Lo bueno de estos nuevos amos es que apenas tienen unas pocas mujeres nobles» pensaban ella y sus compañeras «Por lo que no hay amas que nos manden... ¡Es estupendo!». Salvo excepciones, ellas, las esclavas indias, eran las únicas mujeres de sus dueños. Eso hacía que su existencia diaria fuera mucho más tranquila.

Hacía mucho tiempo que no practicaba el náhuatl, la lengua de su infancia. Le agradó poder hacerlo con esas mujeres que acompañaban a los embajadores del temido *huey tlatoaní* Moctezuma. Al principio, no se acordaba de muchas palabras y le costaba expresarse, pero pronto fue recuperando la memoria. «¡Cómo iba a olvidarme!, si es el idioma que aprendí de mis papas, el de los años felices». Le gustaba hablar con las esclavas de los mexica, pero también le entristecía. En la soledad, lloraba desconsolada y se lamentaba de su destino. Ignoraba que éste aún no había culminado su último capricho. Ahora, paseando por ese hermoso jardín en el despuntar del alba, doña Marina, como así le decían en señal de respeto, recordaba que, repentinamente, tres hombres blancos armados la habían llevado hasta su

tlatoaní, el que decían que era Quetzalcóatl o un enviado suyo. La sorpresa fue tremenda. Sintió mucho miedo. No entendía qué pasaba. Su amo estaba presente y eso le alivió. Confiaba en él. Le miró buscando una respuesta, y el señor, con un gesto, insinuó que estuviera tranquila. Un extranjero que había vivido con los indios, al que llamaban Jerónimo o Aguilar, le preguntó en maya si conocía la lengua de los que visitaban el campamento.

—¿Qué si la conozco? —dijo con cierto recelo— Bueno... un poco.

El hombre se volvió hacia el *tlatoaní* y dijo unas palabras en su desconocido idioma. Durante un tiempo, ellos y otros señores que allí estaban, platicaron con muchos gestos. «¡Qué alterados se mostraban, hablando en voz alta, todos a la vez!» recordaba riendo, mientras se agachaba para disfrutar de una bella flor. Después, el tal Jerónimo, en nombre del gran señor, volvió a dirigirse a ella para ordenarla que sirviera como intérprete.

—¿Yooo? —preguntó extrañada.

—Así es —respondió Jerónimo de Aguilar— Ninguno de nosotros conoce ese idioma que ellos hablan.

—Pero... no sé... no sé si seré capaz... —dudó Marina.

Jerónimo miró a su señor y éste le dijo algo. Inmediatamente, se giró hacia la esclava y, señalándola con el dedo índice, le comunicó con firmeza:

—Dice nuestro capitán que tú lo harás.

Marina miró de reojo a ese *tlatoaní teul* que le ordenaba algo tan sorprendente, y notó que sus ojos penetrantes se ponían en ella. Se atrevió a establecer con él un tímido contacto visual. En ese breve instante, sintió que su destino cambiaba.

—¡Qué sea un buen día el que nos conceda Dios! —La potente voz de Hernán Cortés alteró la paz del jardín e interrumpió los recuerdos de la mujer.

—Buen día yo deseal vos —dijo ella en español, volviéndose hacia él con una agradable sonrisa.

—Sabéis Marina, hoy ha de ser un día grande para todos nosotros —informó el extremeño— Martín López me ha dicho que los bergantines ya han sido finalizados y serán botados a la laguna. Con la protección de Nuestro Señor, pronto comenzará el ataque a Temixtitan.

Los españoles y sus aliados, sin encontrar resistencia, habían llegado a Tezcoco el último día del año anterior. Coanacoch, el nuevo *huey tlatoaní* tras la muerte de Cacamatzin en la noche triste, había huido con los demás principales, y la ciudad estaba prácticamente desierta. Antes, en Tlepehuacan, se había unido a Cortés el príncipe Ixtlilxochitl, hermano de Cacamatzin. Cuando murió Nezahualpilli, Moctezuma impuso a Cacamatzin como gran señor de Tezcoco, en contra de los intereses de Ixtlilxochitl, provocando que éste se le enfrentara y huyera a la sierra de Meztitlán. Desde entonces, representaba una débil oposición en el exilio, carente de hombres y recursos suficientes para inquietar a Moctezuma y Cacamatzin. Pero ahora... ¡por fin llegaba su oportunidad! El príncipe culhua abrazó la fe cristiana y,

en honor del capitán español, tomó el nombre de Hernando Ixtlilxochitl. Su gesto reforzó notablemente la posición de Cortés, pues era el primero de sangre real que se decantaba por los extranjeros de forma tan contundente. Su entrada en Tezcoco junto al ejército invasor, dio cierta legitimidad a la ocupación, por lo que enseguida regresaron sus gentes y la ciudad recobró su actividad habitual.

Tezcoco estaba situado en el noreste de la laguna. Era tres veces más grande que Tenochtitlan y tenía una tradición mucho más emblemática. En el siglo XIII, los chichimecas llegaron al valle de Anahuac, guiados por el legendario Xolotl. Descendían de los ilustrados toltecas de Tula y Teotihuacan, por lo que portaban su refinada cultura. Algunos se situaron en la parte sur, en Culhuacan, de donde tomaron el nombre de culhua, mientras que otros fijaron su residencia en Tezcoco. Ambos se mezclaron con los pueblos que ya habitaban en el valle y, por supuesto, entre ellos. Cuando llegaron los españoles, Tezcoco era la capital de Aculhuacan, una de las divisiones territoriales establecidas por la Triple Alianza. Desde hacía noventa años, se habían unido a los mexica mediante dicha alianza, pero sobre todo, a través de múltiples matrimonios que, en el caso de los príncipes, habían dado lugar a una clase dirigente de sangre real de los mejores linajes.

Aunque en los últimos años, el poder político y militar de la alianza correspondía a Tenochtitlan, Tezcoco seguía siendo la capital espiritual y cultural del valle. Su templo mayor era cuatro peldaños más alto que el de Tenochtitlan, y su mercado, que estaba enfrente, acogía una febril actividad comercial y de punto de encuentro desde el alba hasta el crepúsculo. La ciudad contaba con unos trescientos mil habitantes, en gran parte distribuidos por zonas, o *calpullis*, en función de su oficio. El palacio de Nezahualpilli era el más grande y lujoso que jamás habían visto sus nuevos inquilinos. Permitía alojarse a todos los españoles y gran parte de sus aliados indígenas, e incluía numerosos detalles que reflejaban la incalculable riqueza, el ferviente amor por la cultura y el sibaritismo más exquisito, de su antiguo dueño. Su biblioteca se consideraba la más importante de la época. Un auténtico tesoro que, por desgracia, más adelante, sería quemado por los tlaxcaltecas con el beneplácito de sus aliados españoles.

Los castellanos supieron que Nezahualpilli había sido un excelente *huey tlatoaní* que proporcionó paz y una gran prosperidad a Tezcoco. Conocieron también, asombrados, que había tenido ¡ciento cuarenta y cinco hijos!, comprendiendo, entonces, que su vivienda fuese de semejante tamaño. La prolijidad era una virtud y un signo de grandiosidad que los nobles perseguían en la medida de sus posibilidades. Estaba claro que Nezahualpilli, además de ser un gran gobernante, un refinado poeta y un acertado visionario, como había demostrado a Moctezuma anticipándole la caída de su imperio, se había aplicado con nota en su faceta procreadora, superando a su padre, el gran Nezahualcóyotl, que tan sólo tuvo ¡ciento diecisiete descendientes!

—Como podéis ver vos mismo, los bergantines ya están listos para ser botados —

dijo con satisfacción y orgullo Martín López, el experto que había dirigido la construcción de los barcos.

—¡Os felicito, Martín! —correspondió Hernán Cortés, mostrando su entusiasmo — Habéis hecho un trabajo espléndido.

Desde su estancia en Tenochtitlan, Cortés había comprendido que la superioridad naval era fundamental para dominar una ciudad lacustre. Por eso, en aquellos meses, mandó construir los cuatro bergantines que tanto habían impactado a Moctezuma, asegurándose el control del lago. Los mexica se dieron cuenta de la desventaja que suponían estas embarcaciones en manos de los extranjeros y las quemaron tras la matanza del Templo Mayor. Curiosamente, no se apoderaron de ellas para usarlas en su favor. No sabían cómo manejarlas, pero podrían haber aprendido. Sin embargo, la incontrolada hostilidad de aquél momento, eclipsó su visión estratégica. Las naves eran del enemigo y había que destruirlas.

El extremeño sabía que si quería recuperar la ciudad, tendría que disponer de barcos que superaran a las canoas de los naturales y permitieran el desplazamiento rápido de sus infantes y su artillería. Por eso, en la salida de la noche triste, ordenó a un grupo de sus mejores rodeleros que protegieran la vida del ingeniero Martín López. No podía perderlo. Le necesitaba para construir nuevos veleros.

En el mes de julio, tras consolidar su posición en Tlaxcala, Cortés encargó a Martín López que construyera doce bergantines, a los que sobre la marcha se añadiría otro. El ingeniero hizo llevar de la Villa Rica algunos materiales de los barcos que se habían desarmado un año antes y de los que había llevado Narváez. Después, utilizando ricas maderas del Matlacuéyetl, ocho mil tlaxcaltecas dirigidos por él, se dedicaron concienzudamente a la laboriosa tarea. Una vez construídas, las trece embarcaciones fueron probadas, con resultados muy satisfactorios, en el río Zahuapan. Más tarde, se desmontaron cuidadosamente para su traslado a la laguna del valle de Anahuac, y una vez allí, volvieron a armarse para ser utilizadas. El ambicioso proyecto había durado varios meses. En Tezcoco, con calculada paciencia, Cortés había esperado a que los barcos estuvieran listos. Ahora que ya los tenía, estaba preparado para comenzar la ofensiva sobre Tenochtitlan.

—Mis ilustres capitanes —comenzó arengando— Los bergantines están finalizados. Llegada está la hora que Dios Nuestro Señor ha señalado para que llevemos su Santo Evangelio hasta Temixtitan.

Todos los presentes asintieron. Deseaban entrar en acción y alcanzar la gloria que veían cada vez más cerca. Hasta los que habían dudado del proyecto, estaban ahora seguros de la victoria final. La moral era elevada. Los éxitos conseguidos en los últimos nueve meses constituían el mejor aval. El capitán Hernando Cortés les había convencido de que el único camino era avanzar... «¡Y por los clavos de Cristo que estaba en lo cierto!» se oía comentar en el real. El reto del objetivo común predominaba sobre cualquier interés individual.

Cortés había citado a sus principales después del desayuno. Tenían que decidir la

estrategia para el asalto a Tenochtitlan. Todos querían aportar ideas y pugnaban por el turno de palabra. Mientras les llegaba, algunos se recreaban en los intensos recuerdos desde su salida de Tlaxcala a primeros de agosto.

Gonzalo de Sandoval recordaba que Cortés había decidido abandonar Tlaxcala en cuanto el ejército se hubo recuperado y llegaron algunos refuerzos de Cempoala y la Vera Cruz. Decía el capitán, con buen criterio, que no deseaba que los hombres se acomodaran a la placentera vida de Tlaxcala, por lo que, cuanto antes, era conveniente involucrarlos en nuevas expediciones de conquista sobre territorio enemigo. Además, consideraba que era importante abrir un camino hacia la costa por la llanura, aparte del que ya conocían cruzando las montañas. De esa forma, mejorarían su conexión con la Villa Rica y, por añadidura, cortarían una importante vía de suministros y ayuda militar para los mexica. Si lo conseguían, aislarían a los de Cuitláhuac en el valle de Anahuac y eso supondría una importante ventaja. Asimismo, Cortés quería fortalecer la alianza renovada con los de Tlaxcala, y nada mejor que una exitosa campaña militar con el consiguiente botín de bienes materiales y esclavos.

Memoraba Sandoval que habían salido de Tlaxcala con diecisiete caballos, seis ballesteros, cuatrocientos veinte infantes y, bajo el mando de Xicoténcatl el joven y Tianquiztatoazin, cuatro mil guerreros tlaxcaltecas. Al día siguiente, en Tzompantzinco, se les unieron tres mil indios de Huexotzinco y Cholula. Al frente de todos ellos, como era su costumbre, el capitán Hernando Cortés. «Pues el capitán siempre ha estado en la vanguardia, afrontando los más grandes peligros». Era la primera vez que los de Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula luchaban juntos. Así comenzaba la unión de pueblos tradicionalmente separados y enemigos.

La primera batalla no se hizo esperar. En las afueras de Zacatepec, los mexica y sus aliados esperaban escondidos en unos maizales y pillaron por sorpresa a la fuerza liderada por los españoles. La lucha fue cruenta, con numerosas bajas de indígenas en ambos bandos. Finalmente, los de Cortés lograron la victoria. Fue una señal inequívoca de que la conquista de los mexica no sería un paseo triunfal. Ya no había embajadores con palabras amables y regalos espléndidos, ni trampas ocultas, o un sutil doble juego, como había sucedido el año anterior. Ahora, la guerra era abierta y el objetivo de ambos bandos muy claro: ¡vencer o morir!

En jornadas posteriores encontraron cierta resistencia en Quecholac y Acatzinco, pero vencieron con facilidad y pudieron descansar unos días. En otros pequeños pueblos no hallaron oposición. Eran tributarios de los culhua-mexica, pero en realidad les daba lo mismo serlo de éstos o de cualquier otro, por lo que aceptaban sin ningún problema a los españoles y sus aliados como sus nuevos señores, evitando una lucha suicida. La siguiente campaña fue una de las más brutales de la conquista. En las llanuras de Tepeyacac, Cortés hizo el habitual requerimiento para que los naturales se sometieran mediante el diálogo, pero éstos esperaban el apoyo de los mexica y se negaron. El extremeño les acusó de traición. Se habían apartado de la

obediencia al rey Don Carlos que meses antes habían jurado y, además, habían matado a españoles tras enterarse de lo sucedido en Tenochtitlan. Había que ensañarse con ellos. La batalla fue feroz, hasta que las fuerzas indígenas que acompañaban a los castellanos, con el apoyo de la caballería de éstos, salieron victoriosas. Después, todos los poblados que rodeaban Tepeyacac fueron saqueados sin ningún pudor, haciéndose numerosos prisioneros a los que se marcó la cara con una G de guerra. Las mujeres quedaron para el disfrute de los soldados, y los hombres fueron llevados cautivos a Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula. Los españoles aprovecharon para justificar la esclavitud cuando se trataba de enemigos cautivos.

Sandoval revivía con espanto los desesperados chillidos de esos desgraciados cuando se les acercaba el hierro candente. Después, un grito intenso al producirse el contacto y el desmayo instantáneo. «Era necesario el escarmiento» justificó el joven capitán para calmar sus remordimientos. Desde luego, el mensaje estaba claro: los que se avinieran a colaborar serían bien recibidos en la alianza hispano-india y gozarían de la protección de esa poderosa fuerza. Pero aquellos que opusieran resistencia, serían tratados con extrema dureza y esclavizados, sobre todo si se desdecían de sus juramentos de lealtad y mataban españoles.

—¿Cuál es el parecer que tenéis vos, señor Gonzalo de Sandoval? —La voz de Hernán Cortés le hizo regresar al presente, aunque abstraído en sus pensamientos había perdido el hilo de la discusión.

—Ejem... Sabéis señor Hernando Cortés que estoy al lado de vos sin condición alguna... y obedeceré las órdenes que tengáis a vuestra consideración confiarme —respondió para salir del paso airoso.

La reunión continuó. Otro que revisaba la trayectoria de los últimos meses era Pedro de Alvarado. Estaba agradecido a Cortés por su incondicional apoyo tras la matanza del Templo Mayor. En su interior albergaba la duda de su ejercicio del mando en aquella ocasión. «¡Cuan distinto es ser consejero, a tener la decisión última!» solía repetirse en la soledad de sus reflexiones. Ahora apreciaba, mejor que nadie, la pesada carga del capitán extremeño y su gran habilidad para manejar las situaciones más delicadas. Él no pudo hacerlo, pero tranquilizaba su conciencia procurando convencerse de que había actuado correctamente para prevenir un ataque mexica. En realidad, prefería no pensarlo mucho. Así evitaba enfrentarse a la incómoda sombra del fracaso y protegía su propia estima. Además, la trascendencia e intensidad de los acontecimientos exigían mirar hacia delante. No había tiempo para los análisis retrospectivos, y mucho menos para arrepentirse de lo que ya no tenía remedio. Sin embargo, en su fuero más profundo, la inseguridad y el sentimiento de incompetencia le acompañarían durante bastante tiempo.

Alvarado recordaba que tras la victoria de Tepeyacac, o Tepeaca, como le decían los españoles, Cortés decidió asentarse en ese lugar, creando una nueva ciudad a la que llamó Segura de la Frontera. Así, en un enclave estratégico entre Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula, sus principales aliados indígenas, los españoles podían

disponer de un territorio propio que les servía como base de operaciones. Era el 4 de septiembre de 1520, cuando se dio pregón para fundar la ciudad. Los principales capitanes fueron erigidos regidores de la villa, se eligió un alcalde y se nombraron escribanos y otros funcionarios. Para protegerla, se edificó una fortaleza que la delimitaba, y hasta se levantó el *rollo* de piedra que simbolizaba la presencia de una jurisdicción. Durante unos tres meses, fue el asentamiento de los castellanos. Desde Segura de la Frontera, los españoles y sus aliados emprendieron diversas expediciones de conquista. Cristóbal de Olid y Xicoténcatl el joven marcharon al frente del ejército hispano-tlaxcalteca y consiguieron la plaza de Tecamalchalco. Olid destacó a Cortés la encomiable labor del capitán de Tlaxcala. Sabía que el extremeño, como algunos otros, no tenía clara la fidelidad de Xicoténcatl. Él mismo, debía reconocerlo, albergaba dudas. Pero lo cierto era que cada vez que entraba en batalla junto a los castellanos, lo hacía sin reserva alguna.

Quauhtinchan, Tepexic, Quauhquechollan e Itzacan, fueron los siguientes objetivos militares de los aliados. Tras su conquista, los mexica quedaban aislados. Después, Ordaz, Ávila y Sandoval, apaciguaron Tochtepec, Xocotla y Xalatzinco que se habían alzado, consiguiendo mucho oro y numerosos esclavos. En todas estas campañas, los socios indígenas habían demostrado que estaban totalmente implicados. Luchaban junto a los castellanos, pero lo hacían por sus propios intereses y su esfuerzo era el máximo. En algunos casos, los infantes españoles ni siquiera entraron en batalla. Era una guerra entre naturales, dirigida por unos pocos extranjeros. Especialmente llamativo fue el caso de Quauhquechollan, pensaba Alvarado. Los mexica habían enviado un ejército de treinta mil hombres para proteger la ciudad y detener a sus enemigos. En secreto, representantes de la localidad fueron a ver a Hernán Cortés para quejarse de la ocupación y solicitar su ayuda. Este se puso al frente de un numeroso contingente y se dirigió allí. La plaza estaba sobre un alto que dominaba estratégicamente la llanura y se encontraba bien fortificada, por lo que resultaba muy difícil entrar. Sin embargo, según lo convenido, los nativos se encargaron de dejar libres los accesos y ayudaron desde dentro. Los aliados lograron una importantísima victoria. Un duro golpe para Cuitláhuac, quien una vez más, se había visto traicionado por los que consideraba que le apoyaban.

El *huey tlatoaní* mexica actuaba desesperadamente para conseguir aliados. Era consciente de que la mayoría de los pueblos que los culhua-mexica habían sometido en los últimos noventa años, en realidad les odiaban. Su relación se había basado en la supremacía militar y el terror. No había proyectos comunes. Ellos mandaban arbitraria y abusivamente, y los demás obedecían sin rechistar. ¿Por qué habrían de serles fieles, si estaban deseando deshacerse de ellos? Cuitláhuac necesitaba proporcionar algún incentivo, por lo que ofreció la exención de impuestos durante un año a todos los que le apoyaran. La medida había propiciado cierta resistencia a los hispano-indios, pero resultaba insuficiente cuando los interesados comprobaban la superioridad de su poderoso ejército. «¿Por qué hemos de morir defendiendo a los

mexica?» se preguntaban muchos nobles, dándose cuenta de que la apuesta ganadora no era precisamente esa. «Quizá estos *teules* no lleguen a conquistar Tenochtitlan», razonaban con prudencia, «Pero ellos serán los señores de este lado de las montañas, donde nosotros vivimos» concluían con sensatez y pragmatismo.

Los argumentos se fortalecían con el imparable avance de los castellanos y sus amigos. Muchos caciques de pequeñas poblaciones fueron a ver a Hernán Cortés para ofrecerle vasallaje. Se lo brindaban a él, a Malintzin, el *huey tlatoaní* de los *teules* venidos del mar del lado del sol. El extremeño lo aceptaba en nombre del emperador Don Carlos y la Corona de Castilla. A los naturales eso les daba lo mismo. El que estaba allí para protegerlos y guiarlos era Malintzin. Dios, o enviado predilecto de alguna divinidad muy poderosa, era el único que a pesar de su aplastante inferioridad numérica, se había atrevido a enfrentarse a los tiranos culhua-mexica... ¡Incluso había apresado a Moctezuma y dominado Tenochtitlan durante algunos meses!... Malintzin respetaba a sus aliados y había logrado unir a muchos pueblos bajo un mismo estandarte. Con él eran mucho más fuertes, dignos y prósperos. Unírsele garantizaba la seguridad y el futuro.

Los problemas del *huey tlatoaní* de Tenochtitlan se habían agravado por algo inesperado y trágico. Tras la huida de los españoles, muchas personas comenzaron a mostrar los síntomas propios de la viruela, una enfermedad desconocida para los indígenas del continente que había llevado algún hombre enfermo de los que llegaron de Cuba con Narváez. La epidemia fue terrible. Muchos murieron, entre ellos el mismo Cuitláhuac. En su lecho de muerte, el gran señor habló con el joven Cuauhtémoc, sumo sacerdote de Huitzilopochtli e hijo del glorioso Ahuitzotl.

—Huitzilopochtli ha castigado la soberbia de nuestro pueblo —aseguró Cuitláhuac— Por eso ha dispuesto tantas muertes con esta extraña enfermedad.

—Si me permitís, mi gran señor, el dios muestra su enojo por haber permitido que esos extranjeros profanaran sus templos —intervino Cuauhtémoc, sin levantar la vista del suelo— Moctezuma ofendió a Huitzilopochtli, y éste nos envía la muerte.

—Él nos guió hasta aquí e hizo de los mexica un pueblo poderoso, temido y muy rico —señaló con dificultad Cuitláhuac— Pero ahora está dispuesto a destruirnos. Mi querido y fiel Cuauhtémoc, ¡Sólo conseguiremos salvarnos si recuperamos su favor!

El joven sacerdote asintió sin decir nada. Había percibido que el gran señor iba a continuar y respetó su pausa. Cuitláhuac se tomó bastante tiempo. Estaba haciendo un gran esfuerzo y necesitaba reponerse.

—En estos ochenta días he hecho todo lo que he podido —prosiguió el *huey tlatoaní*, con la parsimonia y voz mortecina que anticipaban su último aliento— ¡Pero ha sido insuficiente!... Esos sucios bárbaros arrastran con ellos a nuestros antiguos súbditos y aliados... Pronto se presentarán aquí con un poderoso ejército... Créeme Cuauhtémoc, en todos estos años no hemos sabido ganarnos el afecto de nadie... Al contrario, hemos sembrado odio y resentimiento... Y ahora el gran dios nos envía este mal de los granos para escarmentarnos.

—Mi señor —dijo Cuauhtémoc, aprovechando un nuevo receso— Has devuelto a nuestro pueblo el orgullo y el valor que Moctezuma había olvidado. Gracias a ti, echamos de aquí a los extranjeros y a los tlaxcaltecas, y nuestro ánimo, el que tú nos has inculcado, ¡es el de vencerlos!... Pero no bastará con acciones militares. No servirían de nada sin el apoyo de Huitzilopochtli. Habrá que intensificar los sacrificios públicos y privados, mostrarle al dios nuestro arrepentimiento, darle numerosas pruebas de que somos un pueblo digno de su protección.

—Me tranquiliza oír tus palabras. Ahora puedo morir tranquilo, sabiendo de tus buenos propósitos —susurró el *huey tlatoaní*, agotando sus últimas fuerzas.

Tras la desventurada muerte de Cuitláhuac, Cuauhtémoc fue proclamado *huey tlatoaní* de Tenochtitlan. Tenía sólo dieciocho años. Eran los últimos días de septiembre de 1520. Casi tres meses después de la huida de los españoles. Estos se habían hecho fuertes en Tepeyacac y preparaban el futuro avance hacia Tenochtitlan. Los mexica habían perdido el vasallaje de un gran número de pueblos tributarios, se encontraban diezmados por la epidemia de viruela y empezaban a estar aislados, pero todavía disponían de un ejército notable que no había dicho la última palabra. Cuauhtémoc se enfrentaba a una situación muy delicada. La más trascendente en toda la historia de su pueblo, ya que una derrota podría significar su desaparición. Una enorme responsabilidad para una persona tan joven «¿Seré el último *huey tlatoaní* de Tenochtitlan?» se preguntó. Su intención, desde luego, no era esa, y mientras hubiera esperanza, tenía que seguir luchando. De momento, debía aprovechar el tiempo preparando una estrategia para rechazar la invasión que, más tarde o más temprano, intentarían los extranjeros. Y por supuesto, tenía que recuperar el decisivo apoyo de Huitzilopochtli.

—Ahora que disponemos de los bergantines, estará en nuestras manos que nos apoderemos de Temixtitlan en pocos días —apuntó Gonzalo de Sandoval, guiado por su ímpetu de joven entusiasta.

—Me alegra saber de vuestra confianza —intervino Andrés de Tapia— Pero mi parecer es que ha de llevarnos tiempo esta empresa.

—¿Cuál es vuestro razonamiento, señor Andrés de Tapia? —preguntó respetuosamente Sandoval.

—Aunque tenemos los navíos, la ciudad goza de una muy buena protección, y eso dificultará nuestras acciones. Además, los culua son valientes. Y esta vez nos han de dar la lucha como antes no lo hicieran.

El debate de los capitanes castellanos continuaba. Estaban cansados y tenían hambre, pero seguían argumentando sobre la manera de actuar en el inminente asalto a la ciudad lacustre. Hernán Cortés había estado muy centrado en todas las consideraciones de sus hombres, pero desde hacía un rato, su atención se distraía intermitentemente hacia otros pensamientos. Ya tenía las ideas claras, por lo que los comentarios le parecían repetitivos y empezaban a aburrirle. Su mente se trasladó a Segura de la Frontera unos meses antes, recordando cómo había aprovechado esa

estancia para consolidar diversos asuntos.

En primer lugar, quiso que quedara claro que el culpable de que se hubieran roto las buenas relaciones con los mexica, había sido Narváez. Con este propósito, instigó a Juan Ochoa para que, siguiendo la costumbre de la época, se presentara ante notario público pidiendo que se realizaran las correspondientes probanzas para delimitar las responsabilidades de todo lo ocurrido; entre ellas, la pérdida del quinto real durante la noche triste. A través de este ejercicio, los testigos declararon bajo juramento que la tierra estaba en paz y bajo el dominio de los reyes de Castilla hasta que llegó Panfilo de Narváez por orden de Diego Velázquez, y que fue la desestabilización provocada por aquél, la que propició que los culua se pusieran en su contra, obligándoles a abandonar Temixtitan. En otra actuación, los testigos declararon que el tesoro que correspondía a la Corona había sido cargado en caballos que se perdieron durante la desgraciada huida de la ciudad. Y en una tercera, los firmantes señalaron que había sido el capitán Hernando Cortés quien había corrido con todos los gastos de la expedición. Cortés estaba muy satisfecho con estas tres probanzas que le resultaban tan favorables, pues aunque impulsadas por él, iban avaladas por la firma de muchos testigos, entre los que estaban algunos que no le eran afines. «Los hechos son los hechos, y un caballero ha el deber de reconocer las verdades» repetía para destacar el enorme valor de los documentos firmados.

En Segura de la Frontera tuvo tiempo para escribir al emperador una nueva carta de relación. La primera había sido enviada en julio del año anterior y aún no tenía respuesta. En la segunda, mucho más extensa, con fecha de 30 de octubre de 1520, relató a Carlos V todo lo sucedido desde la misiva anterior. La carta no pudo ser remitida a España hasta el mes de marzo de 1521. Entonces, el capitán designó a Alonso de Mendoza y Diego de Ordaz, dos hombres de confianza, para una misión que resultaba fundamental. Junto a la carta de relación, portaban otra firmada por los principales castellanos, pidiendo que se ratificase a Cortés como Justicia Mayor y Capitán General, de forma que no pudieran llegar otros españoles, como había sucedido con Narváez, reclamando el mando de esos territorios. A día de hoy, dos meses y medio más tarde de la partida, todavía era muy pronto para tener noticias de Mendoza y Ordaz, pero el capitán estaba convencido de que había dado los pasos correctos para consolidar su posición.

A menudo recordaba que en esa segunda carta, había propuesto al emperador el nombre de «Nueva España del Mar Océano» para estos territorios. Se había dado cuenta de que existían numerosos pueblos diferentes que, a partir de ahora, podían formar un solo reino bajo la Corona de Castilla. Además de Tenochtitlan, Tezcoco, Tlacopan y todos los que estaban o habían estado sometidos a los culhua-mexica, se encontraban Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco, Cempoala, las regiones de Yucatán, Panuco y Coatzacoalcos, el reino de Michoacán y otros muchos entre el mar Océano y el mar del Sur que había descubierto Núñez de Balboa, así como territorios desconocidos hacia el norte y el sur que podrían ser conquistados en lo sucesivo. El

ambicioso proyecto estaba en su cabeza desde hacía tiempo. «Uniré a estos pueblos que ahora están separados, son viejos enemigos o ni tan siquiera se conocen, y crearé una nueva nación al servicio del emperador Don Carlos y de la verdadera fe» solía pensar cuando se encontraba a solas. Únicamente, en algún momento de debilidad o desinhibición, cuando necesitaba compartirlo, lo había comentado con Marina. Pero la mujer no parecía entenderlo. En realidad, solía meditar, «quizás nadie pueda comprender todavía esta idea». La búsqueda de los que le acompañaban se centraba en las riquezas y la posición social. La suya iba mucho más allá. Su obra se inmortalizaría a través de los siglos, como había sucedido con Hispania tras la conquista que hicieron los romanos. Ese era su modelo. Podría cambiar de dueño, o de nombre, pero el estado que él crearía continuaría existiendo «¡por más de mil años!».

Por un momento, su cabeza regresó a la reunión con los capitanes. Pero enseguida volvió a ausentarse. Le habría gustado interrumpirlos y finalizar el tedioso debate, pero no era el momento para ese desplante. Así que se refugió de nuevo en sus ricos recuerdos. Tras la productiva estancia en Segura de la Frontera, habían regresado a Tlaxcala para preparar la expedición que iría al valle de Anahuac. Antes de llegar, se enteraron de la terrible muerte de Maxixcatzin. Al igual que el *huey tlatoaní* Cuitláhuac, el señor de Ocotelulco y principal defensor de Hernán Cortés en el Consejo Supremo de Tlaxcala, había sido víctima de la viruela. La epidemia hizo grandes estragos entre los indígenas de ambos bandos, pero no afectó a ningún español, quizá por estar inmunizados. Los castellanos creían que bañarse con asiduidad había perjudicado a los naturales, ya que al compartir las aguas, aumentaban las posibilidades de contagio. Para el extremeño, la muerte de Maxixcatzin fue un golpe muy sentido. Le consideraba su amigo, y en gran medida, le debía la fidelidad de los tlaxcaltecas. Estos le pidieron que legitimara a su sucesor, y así lo hizo. Nombró a su hijo de once años, Juan Maxixcatzin, que sería educado, en parte, según las costumbres castellanas.

Este precedente se repetiría en otras poblaciones. Malintzin era el árbitro que estaba por encima de las disputas domésticas. Representaba al *huey tlatoaní* del otro lado del mar, al que ahora rendían vasallaje. Su criterio era el del dios de la cruz de madera que tan poderoso se estaba mostrando. ¿Quién mejor que él para legitimar a un príncipe? Con la habilidad que le caracterizaba, Cortés no abusaba de este privilegio, sino que lo administraba sabiamente, considerando las propuestas de los consejos de ancianos y las sugerencias de los principales locales. Al llegar a Tezcoco, tras la huida del *huey tlatoaní* Coanacoch, hubo que nombrar otro gran señor. La decisiva alianza con los tezcocanos pasaba por normalizar la vida en ese territorio y tener un *huey tlatoaní* afín. Hernando Ixtlilxochitl, el príncipe postergado por Moctezuma que acababa de unírseles, habría sido una opción razonable, pero Cortés prefería a alguien que no reavivara las viejas rencillas. Así, con gran destreza política, propuso a Ixtlilxochitl que fuera el jefe del ejército de Tezcoco y su hombre de

confianza, y le planteó la conveniencia de tener un gran señor que fuera manejable y que, por no pertenecer al pasado, uniera a los tezcocanos. Con la aprobación de Ixtlilxochitl, hizo traer de Tlaxcala al príncipe Fernando Tecocoltzin, uno de los pocos de sangre real que había sobrevivido a la noche triste. Tecocoltzin era descendiente del linaje de Tezcoco y, por tanto, una excelente elección que todos aprobaron. Había abrazado el cristianismo y se encontraba en Tlaxcala bajo la tutela de Cortés y de un educador castellano. Ahora, el capitán español le nombraba *huey tlatoaní* de Tezcoco, ocupando el insigne trono de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli.

La consolidación de esta alianza constituyó un duro golpe para Cuauhtémoc. Podía asumir que los pueblos sometidos se pasaran al bando de los extranjeros, pero los tezcocanos eran sus hermanos de sangre y sus principales socios en la poderosa Triple Alianza. Juntos habían creado el imperio culhua-mexica y una aristocracia elitista basada en los matrimonios entre los mejores linajes. Prácticamente, todos los príncipes de Tenochtitlan y Tezcoco eran parientes, por lo que la decisión de apoyar a los castellanos fue tremendamente dolorosa para el joven *huey tlatoaní* tenochca.

Cortés recordaba que una vez asentados en Tezcoco, la estrategia había consistido en sitiar a los mexica en su isla, conquistando los pueblos que rodeaban la laguna. Poco a poco, Iztapalapa, Chalco, Mizquic, Azcapotzalco, Xochimilco y Tlacopan, fueron cayendo en manos de los aliados. El objetivo se estaba cumpliendo. No obstante, el capitán no olvidaba las dificultades. Le gustaba hacerlo para no confiarse. Se acordaba de que en el asalto a Iztapalapa, con la intención de ahogarlos, los mexica rompieron el dique que dividía los lagos de agua dulce y salada. Se trataba de una medida de seguridad, preparada en la época del gran señor Nezahualcóyotl, que hasta ese momento no había sido utilizada. Por fortuna, los castellanos se percataron a tiempo y Cortés ordenó la huida, «pues de otro modo habríamos de perecer todos en aquel lugar».

Una ofensiva importante de los de Cuauhtémoc se había producido en Chalco. Pero los mexica fueron vencidos sin que intervinieran los españoles, destacando la aportación de los aliados huexotzincas. «Estos de Guasucingo han mostrado una grande valentía y lealtad». También recordó la extenuante expedición desde Cuauhnahuac, cuyo nombre se transformaría en Coadnabaced y finalmente en Cuernavaca, hasta Xochimilco. Sin provisión suficiente de agua, los aliados estuvieron a punto de morir. El mismo fue salvado por un tlaxcalteca cuando se desvaneció su sediento caballo. En Xochimilco, el ejército mexica fue derrotado de nuevo. Después, al comprobar que los caciques de la zona no le juraban lealtad, decidió dar un serio aviso quemando la ciudad.

—¿Cómo está el ánimo de nuestros amigos de Tascaltecal? —preguntó Cristóbal de Olid, dirigiendo la mirada a Pedro de Alvarado.

—Si cabe, más fuerte y decidido que anteriormente, pues los pocos que dudaban ya saben cuál es su lealtad —respondió Alvarado.

La contestación tranquilizó a Olid y a los demás. Unos días antes, Xicoténcatl el

joven había desertado para hacerse con el mando de Tlaxcala y aliarse con Cuauhtémoc. El capitán tlaxcalteca seguía atrapado entre su deseo de unirse a los mexica en contra de los extranjeros y su lealtad a la voluntad del Consejo Supremo de Tlaxcallan. En base a ésta, había luchado junto a los castellanos en Cholula, Tenochtitlan, Otumba, Tepeaca, Tecamalchalco, Tlacopan y otros lugares, pero ahora llegaba el momento del asalto final a Tenochtitlan y debía tomar una decisión. Cuauhtémoc estaba informado de que por aquí se podía resquebrajar la firme alianza hispano-tlaxcalteca. Y sabía que si lo lograba, podría cambiar el curso de la guerra. Por eso, siguiendo el ejemplo de su predecesor Cuitláhuac, continuó enviando a Xicoténcatl embajadores secretos con tentadoras promesas. En una noche oscura, se produjo un encuentro clandestino entre ambos. El joven *huey tlatoaní* de Tenochtitlan puso su mejor empeño.

—Cuando derrotemos a esos sucios salvajes blancos, Tenochtitlan y Tlaxcallan formaremos una gran alianza —propuso Cuauhtémoc— Sustituirá a la Triple Alianza y será mucho más poderosa.

—¿Qué sucederá con Tezcoco y Tlacopan? —preguntó Xicoténcatl.

—Los de Tezcoco nos han traicionado y deberán pagarlo. Volveremos a poner al mando a Coanacoch, pero prácticamente serán nuestros súbditos. Y los de Tlacopan seguirán en un segundo plano. Tenochtitlan y Tlaxcallan tendrán el poder en la nueva coalición.

—¿Y los de Castilla?

—¿Tu qué crees?... Los que cojamos vivos serán sacrificados. ¡No quedará ni uno solo de ellos! —aseguró con energía el mexica.

—Eso me parece bien —dijo el tlaxcalteca, manifestando su conformidad— Debemos eliminar cualquier recuerdo de esos brutos. Y esto incluye a todos aquellos de los nuestros que hayan simpatizado con ellos.

—¡Hasta sus hijos y las mujeres nuestras que los engendran deben desaparecer! —añadió Cuauhtémoc, dándose cuenta de que había encontrado un buen punto de acuerdo.

—Hemos sido enemigos durante muchos años —señaló Xicoténcatl— Pero creo en la honorable palabra de un *huey tlatoaní* de la dinastía tenochca.

—Engañarte sería indigno de mi linaje. Además, tarde o temprano nos llevaría a la destrucción. Fíjate en lo que ha sucedido por ser pueblos enemigos... Y piensa que a partir de ahora, seguirán viniendo guerreros blancos desde el oriente.

—Eso es cierto. Ya saben dónde estamos, y su enfermiza fiebre por el oro no se apagará fácilmente. Sólo si permanecemos unidos, lograremos rechazarlos.

—¡Por eso te propongo que aceptes mi propuesta! —reiteró el gran señor mexica, viendo que era un buen momento para concretar— Cuando derrotemos a los extranjeros, nosotros te apoyaremos para que seas el *huey tlatoaní* de Tlaxcallan. Tendrás el mismo rango que yo, y tu tesoro será tan inmenso como el mío.

Xicoténcatl estaba resuelto a dar el paso que tanto deseaba. Había desistido de

convencer al Consejo Supremo, pero la muerte de Maxixcatzin y el alejamiento de Zitlalpopocatzin y Tlehuexolotzin, al frente del ejército en Tlacopan, propiciaban que se hiciera con el mando si persuadía a su anciano padre. No podía esperar más. Sólo le quedaba esta oportunidad y decidió aprovecharla. Sirviéndose de la complicidad de una noche cerrada, acompañado de algunos hombres leales, abandonó el campamento aliado y se dirigió a Tlaxcallan. «No lograré la adhesión inmediata de todos los tlaxcaltecas» había pensado, «pero armaré un buen ejército... Cortaremos los suministros de los *teules* y les atacaremos por su retaguardia».

A la mañana siguiente, los hispano-tlaxcaltecas notaron la ausencia y enseguida se lo comunicaron a Cortés. Este, sin bacilar, ordenó su captura inmediata. Había que actuar con rapidez y energía. Los propios tlaxcaltecas, incluido Xicoténcatl el viejo, consideraron a su capitán un traidor y le entregaron. «¡Estamos a punto de culminar la conquista del gran enemigo de Tlaxcallan!» exclamaban enojados. «¿Cómo podemos consentir que uno de los principales capitanes deserte, desobedeciendo los acuerdos del Consejo Supremo?» Para el anciano líder fue un golpe muy duro, pero su responsabilidad de hombre de estado predominó sobre sus sentimientos. Como desertor, el joven Xicoténcatl Axayacatzin fue apresado y colgado de un árbol a las afueras de Tezcoco. Su muerte fortaleció la unidad y la adhesión de los de Tlaxcala. Ya no había fisuras ni amenazas latentes. Los tlaxcaltecas asumían que ésta era también su lucha y estaban decididos a emplearse a fondo. ¡Por fin tenían la oportunidad de vencer, definitivamente, a su enemigo más odiado!

Tampoco había divisiones entre los castellanos. Al menos aparentemente. Además de los que estuvieron desde el principio y los que arribaron después con Narváez, se habían incorporado otros hombres llegados en diferentes barcos a la Villa Rica. Dos navíos de una expedición fallida al río Panuco de Francisco de Garay, el gobernador de Jamaica. Otros dos enviados por el gobernador Velázquez, pensando que Narváez se había impuesto a Cortés. Y uno llegado desde España. La cohesión de un grupo tan heterogéneo había resultado difícil desde el primer momento, pero más aún con las nuevas adquisiciones. Siguiendo su costumbre, Hernán Cortés había repartido prebendas entre los principales recién llegados, y cultivado la ambición de todos vinculándola al éxito colectivo. Él y sus lugartenientes actuaban con mucha destreza para integrar todas las voluntades. A pesar de ello, unas semanas antes se había descubierto una conspiración encabezada por Antonio de Villafaña, en la que estaban implicados muchos de los que llegaron con Narváez. Su propósito era matar a Hernán Cortés y sus principales capitanes para hacerse con el mando. Villafaña tenía los nombres de los conspiradores escritos en un comprometido documento que cayó en manos del extremeño. Como eran muchos y no quería prescindir de tantos, ajustició al cabecilla y dijo que éste se había comido el papel. «¡Asunto acabado!». De esta forma, mostró que no le temblaba la mano y, al mismo tiempo, evitó quedarse sin hombres que le hacían mucha falta. Había que actuar con la cabeza fría, «usando más de la razón que de los impulsos».

Ahora, el objetivo común predominaba sobre cualquier otro pensamiento. Era el momento apropiado para la batalla final. Tres aspectos psicológicos fundamentales así lo aconsejaban: una estimulante ambición que aportaba grandes dosis de energía, una sólida confianza que subyacía al contagioso optimismo que se respiraba, y un elevado espíritu colectivo como el que no habían tenido hasta entonces.

El capitán decidió que había llegado el momento de concluir la reunión. Tomó la palabra, arengó a sus capitanes y les comunicó su estrategia. Les pidió actuar con decisión y valor, pero también con paciencia. No sería una campaña corta. Aunque el enemigo se encontraba acorralado y sin suministros, menospreciarlo sería un gravísimo error que podía costarles la victoria. Por eso tenían que actuar respetando el plan común. El ejército se dividiría en grupos, pero la acción de cada uno de ellos debería estar coordinada. Acentuaba este aspecto porque le preocupaba la habitual indisciplina de los indígenas en la batalla. Consideraba fundamental que tlaxcaltecas, huexotzincas, cholultecas, tezcocanos y demás aliados, no lucharan cada uno por su cuenta, sino que entendieran que formaban parte de una fuerza mayor y actuaran en función de la directriz global. El extremeño sabía que el exacerbado deseo de sus hombres, naturales y españoles, podía volverse en su contra, provocando precipitación, decisiones erróneas y un exceso de tensión que les haría luchar peor. Insistió a sus principales que debían contener las prisas de soldados y aliados a su cargo, explicándoles que, en gran parte, la operación consistiría en asfixiar a los mexica y provocar su rendición.

Organizó al ejército en cuatro grupos. Pedro de Alvarado, con unos treinta jinetes, casi doscientos infantes entre ballesteros, arcabuceros y soldados con espada y rodela, y unos veinticinco mil tlaxcaltecas, situó su real en Tlacopan, más tarde llamado Tacuba. Gonzalo de Sandoval, con un número similar de jinetes e infantes, más unos treinta mil guerreros de Huexotzinco, Cholula y Chalco, ocupó la zona de Iztapalapa, y Cristóbal de Olid, liderando un contingente semejante de españoles e indígenas de diversas procedencias, instaló su campamento en Coyoacán. Cortés coordinaría todas las operaciones y dirigiría la acción de los bergantines. En ellos se habían instalado las piezas de artillería, que así tendrían una gran movilidad. En total contaban con dieciocho cañones: tres piezas pesadas de hierro forjado y quince de bronce ligero.

En una de las primeras acciones, los grupos de Alvarado y Olid destruyeron el acueducto de Chapultepec, eliminando el suministro de agua. Después, los aliados conquistaron pronto la parte sur de la ciudad, obligando a los mexica a retirarse hacia el norte. Cuauhtémoc y sus principales se refugiaron en Tlatelolco. Repetidas veces, Cortés quiso negociar la rendición, pero el joven *huey tlatoaní* se negó.

A finales de junio, el extremeño decidió lanzar un ataque masivo en La Quebrada. Los mexica parecían vencidos, pero lucharon con valor e inteligencia, provocando numerosas bajas. El mismo Cortés estuvo a punto de morir, pero Teamacatzin, un noble de Tlaxcala, logró rescatarlo. Por tercera vez, un tlaxcalteca le había salvado. Los aliados sufrieron una tremenda derrota. Herido de una pierna y desanimado por

lo sucedido, decidió que cesaran los ataques durante algunos días. Los mexica estaban eufóricos. Interpretaron que Huitzilopochtli volvía a protegerlos y sacrificaron a los prisioneros para agradecérselo. Los sacerdotes auguraron que en pocos días el enemigo sería vencido. Desde sus campamentos, españoles, tlaxcaltecas, tezcocanos, huexotzincas y otros aliados, oyeron los desesperados gritos de sus desgraciados compañeros. Aterrados, muchos pensaron que podían haber sido ellos.

Durante este intervalo, los tlaxcaltecas se cansaron de esperar y decidieron luchar por su cuenta. No estaban allí para contemplar cómo se consumían sus enemigos, sino para aniquilarlos. El capitán Chichimecatecutli fingió un ataque seguido de una retirada y condujo a los mexica a una emboscada mortal. Muchos murieron y otros fueron hechos prisioneros. Los de Tlaxcala regresaron triunfantes al campamento de Tlacopan, donde fueron recibidos con gran entusiasmo. En principio, a Cortés no le gustó la iniciativa, pues consideró que había roto la disciplina colectiva, pero decidió respetarla y reconocerla, ya que había servido para levantar el ánimo tras el varapalo de La Quebrada. Una vez más, admiró el valor de sus amigos tlaxcaltecas y confirmó que eran sus mejores aliados. La audaz acción le hizo despertar de su letargo y tomar una decisión. No habría más ataques masivos como el de La Quebrada, pero tampoco se quedarían parados. Atacarían con orden y sin riesgos innecesarios para ganar terreno poco a poco. Sin descuidar la retaguardia. Calculando que, paralelamente, se produciría el debilitamiento progresivo de los defensores. Meditó que, en estos casos, la sed, el hambre y las enfermedades, juegan a favor de los asaltantes. Además, seguía confiando en que Guatemuz, como llamaba a Cuauhtémoc, finalmente desistiría. Sabía que entre los mexica había muchos principales que así lo deseaban, pues de vez en cuando le visitaba alguno para manifestárselo y ofrecerse a mediar con el *huey tlatoaní*. *Ninguno de ellos había tenido éxito. El gran señor se mantenía en su inflexible postura. El español deseaba la rendición para no verse obligado a destruir Tenochtitlan. Admiraba la ciudad y quería conservarla, pero si continuaba la lucha, no tendría más remedio que arrasarla. Por desgracia, así sucedió.*

El 13 de agosto terminó todo. Cuauhtémoc y su familia intentaron huir en una canoa, pero fueron apresados. El joven gobernante le pidió a Hernán Cortés que protegiera la vida de sus mujeres y le quitara a él la suya. Sin embargo, el español le comunicó que seguiría al mando de su pueblo, aunque ahora bajo su tutela. Y tanto a él como a su familia, se les trataría con la dignidad que correspondía a su alto rango. Bajo estas premisas, las primeras tareas del *huey tlatoaní* fueron ordenar a los suyos que abandonaran la ciudad, pues existía un alto riesgo de epidemia, y organizar la incineración de los miles de muertos que flotaban en la laguna o se mezclaban con los escombros. Meses después, Cuauhtémoc fue brutalmente torturado por orden expresa del tesorero real Julián de Alderete, pretendiendo que hablara sobre un supuesto tesoro que los invasores no habían encontrado: ¿el del quinto real, oficialmente perdido en la noche triste? El tesoro no apareció, y Cortés reprendió a

Alderete por su indigna conducta.

Cuatro años más tarde, Cortés organizó una expedición de conquista a Las Hibueras y con él llevó a Cuauhtémoc y otros príncipes mexica. En las inexploradas selvas de los actuales Tabasco y Chiapas, avanzaron a duras penas bajo un sofocante calor, salvando fangosos pantanos, caudalosos ríos y una vegetación espesa. La marcha se hizo lenta y muy penosa. Los agotados y hambrientos expedicionarios empezaron a mostrar su descontento. Cortés percibió que Cuauhtémoc podría liderar una rebelión indígena que resultaría mortal y decidió deshacerse de él. Una mañana fue ahorcado junto a Coanacoch, antiguo *tlatoaní* de Tezcoco, y Tettlepanquetzall, señor de Tlacopan. Una medida preventiva que casi nadie entendió: «Y fue esa muerte que les dieron muy injustamente, y pareció mal a todos los que íbamos» relataría Bernal Díaz, años después. Con la muerte de Cuauhtémoc, finalizaba la hegemonía technoca que había gobernado en Technotitlan y se extinguía el último estandarte del derrotado imperio culhua-mexica.

Hernán Cortés ordenó reconstruir Tenochtitlan en el mismo lugar, y decidió que la nueva población se llamaría México y sería la capital de Nueva España. Podría haber erigido la capital en cualquier otro enclave, quizá en Tlaxcala, pero había admirado mucho la bella ciudad de Moctezuma, estimaba su posición estratégica y consideraba que tenía un enorme valor simbólico que fuera precisamente allí, en el corazón del imperio mexica, donde se asentara el nuevo orden.

Mientras tanto, los españoles se ubicaron en Coyoacán y, desde allí, comenzaron a organizar la vida cotidiana de Nueva España y otras expediciones de conquista. Como había prometido a Moctezuma, Cortés asumió la protección de sus cuatro hijas que habían sobrevivido, instalándolas en su casa. Tres bastardas, doña Ana, doña María y doña Marina, según fueron bautizadas, y la única legítima, doña Isabel, casada con Cuauhtémoc y separada de él desde la toma de Tenochtitlan. Un año antes, para reforzar la legitimidad del nuevo *huey tlatoaní* mexica, Ichcaxóchitl, su nombre prehispánico, había contraído matrimonio con él con tan sólo once años, por lo que se presumía que la unión no había sido consumada. Más tarde, ya viuda, se casaría con un principal español del que no tendría descendencia. De vuelta al amparo de Cortés, tuvo una hija de éste, doña Leonor Cortés Moctezuma. Después, casó con otros dos españoles de los que engendró, respectivamente, uno y cinco hijos. Otras mujeres indígenas de sangre real, también se desposaron con notables castellanos. Nacía, así, una élite mestiza que se perpetuaría hasta nuestros días.

Doña Marina, la lengua, también se aposentó en casa del capitán, con quien siguió cohabitando irregularmente, mereciendo el respeto de una gran señora. En 1522, dio a luz a Martín Cortés, primogénito del extremeño, a quien éste, mediante decreto papal, lograría legitimar, llegando a ser nombrado caballero de la Orden de Santiago. Otro mestizo con un alto rango. Ese mismo año, desplazándose desde Cuba, llegó Catalina Xuárez, esposa legítima de Hernán Cortés, que moriría en circunstancias extrañas unos meses más tarde. Doña Marina estaba acostumbrada a la

poligamia, por lo que aceptó su situación con la dignidad que la caracterizaba. En 1525, otra vez como intérprete, acompañó a Cortés en la expedición a Las Hibueras. En el viaje de ida, con el beneplácito de éste, se casó con uno de sus principales, Juan Jaramillo. En el de regreso, nació María, hija de ambos. Como correspondía a sus destacados méritos, recibió una encomienda y otras concesiones, pero por desgracia, siendo aún muy joven, murió poco después de retornar a México.

Por su parte, los aliados tlaxcaltecas regresaron triunfantes a Tlaxcala, donde celebraron la histórica victoria con grandes fiestas. Al año siguiente, falleció Xicoténcatl el viejo. Durante más de setenta años había liderado a su pueblo con sabiduría, prudencia, determinación y notable acierto. Casi centenario, moría agradecido a Camaxtle por haberle permitido disfrutar de este trascendente momento. El opresivo enemigo mexica ya no existía, y Tlaxcallan gozaba de un auge que jamás había tenido. Ya en su lecho de muerte, recordó a los principales tlaxcaltecas que, no obstante, el futuro no sería fácil, pues tendrían que aprender a convivir con esos aliados blancos a los que habían unido su destino. Después, expiró feliz con la satisfacción del deber cumplido. ¡Tlaxcallan sobreviviría por los siglos de los siglos!

19

CIUDAD DE MÉXICO

«Sea cual fuere la raza a que pertenezca, todo el que se sienta mexicano debe a Cortés el mapa de su patria y la primera idea de conjunto de nacionalidad»

José Vasconcelos (1881-1959),
destacado intelectual y político mexicano

México DF, 20 de noviembre de 2006

El domingo había amanecido muy tranquilo en la Ciudad de México. Tanto, que casi habría sido un lugar desconocido para los cientos de miles que habitualmente sufren su insoportable tráfico. Unos cuantos coches y las aceras vacías, cedían el protagonismo al alegre canto de los pájaros. La agradable sinfonía se intensificó cuando Camilo Queimadelos cruzó el ancho paseo de la Reforma y se adentró en el hermoso parque de Chapultepec. Allí, se acogió a la amable hospitalidad de los imponentes árboles y disfrutó de un cautivador paseo mientras las inspiradas aves festejaban la tímida llegada del sol. Se cruzó con media docena de corredores que habían decidido comenzar el día acelerando las pulsaciones para renovar su vitalidad. Gozó del bello espectáculo que ofrecía la neblina sobre las aguas del lago. Y sintió la paz que proporciona el contacto íntimo con la naturaleza. Durante algo más de cuarenta minutos, su mente se abandonó en un mundo idílico de embriagadoras sensaciones y vagos pensamientos conmovedores. Se sentía libre. «¡Puedo percibir la intensidad de la vida!».

Había llegado al DF el día anterior y al siguiente regresaba a España. En las tres semanas que llevaba en México, Verónica Islas, Isabel Lozano y Tlaxcala habían absorbido su atención y tiempo libre, olvidándose de visitar lugares que al iniciar el



viaje, destacaban en su agenda. Sobre todo, las pirámides de Teotihuacan y la Ciudad de México. «Dejaré las pirámides para la próxima ocasión y aprovecharé el domingo para ver lo que pueda del DF», planificó en el último momento. Además, antes de irse, tenía interés en hablar a solas con el ingeniero Felipe Antonio Xochitemol. Le había conocido en Tlaxcala, aquella fascinante noche en casa de la abuela de Isabel, y pensaba que podría aclararle algunas de sus muchas dudas. También el ingeniero deseaba este encuentro. Se lo había dicho al terminar la velada y le había dado el número de su móvil. Habían quedado para más tarde.

Tras el reconfortante paseo, ya en el ascensor del hotel, regresó a su consciencia que se despedía de México sin haber podido hacerlo de Isabel «¿Qué *carallo* le habrá pasado a esta *raparija*?» volvió a preguntarse, como cada vez que pensaba en la chica. «¿Qué raras son las mujeres, coño!... da igual su nacionalidad, su color o su edad... ¡son raras del *carallo*!» sentenció mientras se abrían las puertas que daban acceso a la séptima planta. Influido por sus pensamientos, nada más entrar en la habitación, encendió el ordenador portátil y se conectó a internet. Había contratado veinticuatro horas y el plazo seguía vigente hasta entrada la noche. Con la ciega esperanza de hallar un mensaje de la muchacha, abrió la dirección del *email*. ¡Nada! Seguía *missing*. «Bueno... ¡Qué le vamos a hacer!» exclamó con la resignación del que desea protegerse de un desengaño. «La vida sigue... ¡Qué *carallo*!»

Media hora más tarde, desayunó con la copiosidad acostumbrada cuando disponía de tiempo. Sin prisa, disfrutando el momento. Quería estar relajado para poder gozar de su propia compañía en su último día en México. Cuando estuvo listo, se lanzó de nuevo al paseo de la Reforma portando una pequeña cámara de fotos. Esta vez, con el ánimo de un turista que ansia ver mucho en poco tiempo. A la altura del Auditorio Nacional, cogió un autobús rojo de dos pisos con la planta superior al descubierto, que realizaba un tour en dirección al centro histórico de la ciudad. Unos pequeños auriculares que con gran dificultad y mucha maña pudo insertar en sus orejas, transmitían explicaciones grabadas de los lugares del recorrido.

—Enfrente pueden ver la plaza Villa de Madrid... En el centro hay una fuente que reproduce La Cibeles que está en Madrid. Fue un obsequio de los inmigrantes españoles en los años ochenta... Entrando de nuevo en el paseo de la Reforma, se puede ver el Monumento a la Independencia. Sobre las once de la mañana, el sol cambiaba de ánimo y decidía hacerse notar. Se felicitó por haber comprado un sencillo sombrero de paja en el punto de salida. En las nuevas circunstancias climáticas, era un compañero muy valioso, añorado por los vecinos tacaños que habían preferido ahorrarse veinte pesos. Gracias a la grabación, supo que el carismático paseo de la Reforma, inicialmente, se había llamado de la Emperatriz, en honor de Carlota, la esposa del emperador de origen austríaco Maximiliano, quien gobernó en México entre 1864 y 1867. Maximiliano quiso hacer una gran avenida entre el Palacio de Chapultepec, donde residía, y el Palacio Nacional, donde trabajaba. A su deseo se debe una de las principales avenidas del DF. Más tarde, ya

bajo el nombre actual, se pidió a todos los estados mexicanos que propusieran a personas relevantes para inmortalizar su memoria a través de las setenta y siete estatuas que, escalonadamente, presiden el recorrido de esta emblemática vía. Continuando por Reforma, el autobús alcanzó el monumento dedicado a Cuauhtémoc y otros señores prehispánicos que combatieron a los españoles. Y más allá, llegó al de Cristóbal Colón, custodiado por la efigie de los frailes Juan Pérez, Juan de Mesa, Motolín y Bartolomé de las Casas. Bajo el nombre de Colón, observó una grotesca pintada que decía: *invasor*. «¡Esto es lo que sucede por alimentar la incultura y el rechazo!» exclamó para sí, indignado. «Cristóbal Colón es el personaje más relevante de toda la Historia de América. Y sin embargo, un pobre ignorante se atreve a escribir eso... ¡hasta se habrá sentido orgulloso de su aportación!... Por desgracia, en todas partes hay gente así».

Disfrutaba viendo, escuchando y, sobre todo, reflexionando. Le encantaba hacer este tipo de turismo, él solo, sin compañía. Así podía detenerse en lo que más le interesaba y dar rienda suelta a sus pensamientos. Poco a poco, el autobús se fue acercando al zócalo. Mientras tanto, las explicaciones continuaban:

—A la izquierda se encuentra el edificio de la Lotería Nacional, creada por decreto de Carlos III en 1770. Es la más antigua de Latinoamérica... Ahora pueden disfrutar de la Alameda Central, construida por el virrey Luís de Velasco. Ya tenía dos mil árboles a finales del siglo XVIII...

Al pasar frente al hemicycleo de Juárez, vio numerosas pancartas en contra del gobierno y mucha gente manifestándose por el grave conflicto que había en Oaxaca. Los maestros de este estado seguían en huelga, y el gobierno federal había enviado al ejército para poner orden. No conocía los detalles del antagonismo y declinó juzgarlo, pero entendió que el pueblo, quizá utilizado por alguien, salía a la calle para pedir una solución digna que no habían encontrado sus representantes políticos. Aproveché para reflexionar que en todas las épocas, civilizaciones y regímenes, han existido abusos de las clases dirigentes y un uso demagógico del pueblo para favorecer los intereses de algún grupo con acceso al poder. Entre otros ejemplos, recordó algo que le había dicho Manuel Francisco Ramírez respecto al final de la etapa colonial.

—Fueron muchos los criollos novohispanos de alta posición social, los que alentaron las sublevaciones del pueblo explotado para enfrentarse a los españoles —había explicado— Pero con la intención de ser ellos, y no el pueblo, los que mandarían en el nuevo país y seguirían explotando a los más débiles.

Su incansable mente regresó al *tour* cuando pasó frente al hermoso Palacio de Bellas Artes, finalizado en 1934. A continuación, la antigua calle de San Francisco, llamada ahora Francisco I. Madero, en homenaje a uno de los líderes de la Revolución, iniciada en 1910. Y por fin, el impresionante espectáculo del zócalo o Plaza de la Constitución. «¿Qué Constitución le daría el nombre?» se preguntó. «¿Será la española de 1812, como en Tlaxcala?» Antes de detenerse, el autobús dio una vuelta muy lenta y la grabación se centró en los diferentes edificios y ruinas

prehispánicas que rodean el amplísimo espacio. Dentro del rectángulo, bullían cientos de personas que disfrutaban del día festivo. Iban de un lado a otro, se detenían en los puestecitos y las carpas, entraban y salían de la Catedral o el Palacio Nacional, escuchaban la contagiosa música de un grupo que estaba actuando... Camilo se sentía feliz, aunque echó en falta que, en algún momento, la grabación del *turibús* mencionara a Hernán Cortés. «Pero coño... ¡si hasta han hablado de Maximiliano... un rey apoyado por los invasores franceses que sólo estuvo aquí tres años!» exclamó sin mover los labios. «Está claro que Cortés es un personaje maldito».

—¿Bueno? —interrogó una voz de mujer, al otro lado del móvil.

—¿Verónica?, Soy Camilo.

—¡Camilo! Qué onda. ¿Dónde estás?

—En el DF. De turista por el centro histórico.

—¿Y qué tal con los chilangos?

—¿Chilangos?

—Sí, ¿no recuerdas?, los defeños, los del DF.

—¡Ya recuerdo!, jajajaja.

—Estee... ¡Qué bueno que me hablaste, Camilo! ¿Estás disfrutando?

—La verdad es que estoy pasando un día estupendo —respondió el profesor— Aunque he estado en el Palacio Nacional... y bueno... me encuentro un poco triste...

—¿Y eso? ¿Qué pasó Camilo?

—¿Conoces el mural de Diego Rivera?

—¡Claro! Todo el mundo lo conoce. ¿No te gustó?

—Como pintura me agradó mucho. Pero su contenido me parece insultante para la inteligencia. Resulta que en la época prehispánica, México era un remanso de paz, justicia, armonía y bondad. No había guerras, ni matanzas, ni esclavos, ni explotación de los más débiles, ni abusos, ni sacrificios humanos. Y en cuanto llegan los españoles, ese país de las maravillas se extingue. Entonces aparecen los soldados amenazando con sus armas o marcando con hierro a los esclavos, los mercaderes de hombres, los maltratos, las enfermedades... ¿No es eso lo que transmite ese mural?

—Bueno Camilo... no te lo tomes personal. Ya sabes que a los mexicanos se nos habla mal de la llegada de ustedes.

—¿Nuestra? —preguntó el doctor, ahora algo enojado— Te recuerdo que los que vinieron son los ancestros de muchos mexicanos contemporáneos. Y además, eso fue hace mucho tiempo. ¿Crees que en el siglo que estamos, proteger y potenciar la nacionalidad mexicana exige que se desfigure el pasado?

—Mira Camilo, entiendo bien lo que dices, pero ten en cuenta que cuando se pintó ese mural, tras la revolución mexicana, prevalecían las ideas marxistas, y se identificaba a los conquistadores del siglo XVI con el colonialismo capitalista de la primera parte del siglo XX. Si a eso unimos la tendencia heredada de fortalecer la identidad mexicana diferenciándola de todo lo español... pues se entiende ¿no? —intervino ella— Ya sé que es absurdo, porque la mayoría de los mexicanos tenemos

raíces españolas y nuestra cultura es, fundamentalmente, de origen español, ¡pero así fueron esos tiempos!

—Ya, ya —masculló el profesor.

—Este... ¿No viste en la parte izquierda del mural principal, que Diego Rivera pinta el futuro de México bajo las ideas más estrictas de Marx? —continuó Verónica, intentando que reflexionara— Esa era su visión de las cosas: el marxismo más rígido acabaría imponiéndose a las jerarquías sociales impuestas por los españoles y perpetuadas, después, por sus descendientes más directos: los criollos.

—¿Es que en la época prehispánica, cuando según el pintor todo era de color de rosa, no había jerarquías sociales? —cuestionó Camilo— Por lo poco que sé, eran más rígidas que posteriormente... En fin, menos mal que el indiscutible talento que tenía Rivera como artista, no le valió para influir en la política... porque sabía leer por donde iría el mundo ¿eh?

—Pues sí, jajaja —rió la maestra, aliviada al observar la ironía de su amigo.

—Disculpa Verónica —reaccionó el profesor, más tranquilo— Es que me entristece y a la vez me enoja, que se manipulen las cosas. Y que conste que no sólo sucede en México. También en España y en otros lugares. Es algo que me saca de quicio... Mira, había muchos turistas extranjeros visitando el palacio, y escuché a una guía que explicaba uno de los cuadros de Diego Rivera, decir una intolerable sarta de mentiras.

—¿No me digas? —interrumpió la mujer— ¿Era una guía oficial?... A veces hay personas que se ofrecen a explicar para ganarse la vida, pero que en realidad no son guías.

—No sé si era oficial o no. Seguramente no lo sería, porque su ignorancia era supina. De La Malinche contó, con enorme desprecio, que era una traidora y una prostituta que había estado amancebada con Jerónimo de Aguilar, el otro intérprete, y dejó a éste para ser la amante de Cortés y otros capitanes españoles... ¡increíble!... De Cortés dijo que tenía la sífilis... ¡es patético!... y, no te lo pierdas, ¡qué fue uno de los que la propagaron por México!... tal y como probaba una mano deteriorada que aparecía en el cuadro.

—¡No es cierto!

—Sí, sí. Se refería a la mano que le quedó parcialmente inútil por las heridas sufridas en una batalla. ¿Qué te parece?

—Está claro que no era una guía oficial —aseguró Verónica— Pero estoy de acuerdo en que es lamentable.

—En realidad, es la consecuencia de lo que se ha fomentado durante muchos años ¿no te parece?

—Así es Camilo. Creo que aún necesitamos tiempo para mirar a esa etapa de nuestro pasado con más objetividad.

—Y luego me he acercado a la iglesia del Hospital de Jesús —prosiguió el doctor, algo más calmado, pero todavía alterado— Me dijo un señor mayor que me abordó en

el zócalo, que allí estaba la sepultura de Cortés... ¡fíjate que emocionante!... pero no pude entrar en esa zona... Lo que sí vi, en la parte de atrás, fue una gran piedra grabada que señala el lugar del primer encuentro entre Moctezuma y Cortés en 1519.

—¡No me digas! —exclamó la mujer— Nunca había oído hablar de esa piedra.

—No me extraña. Está muy descuidada... tiene mucha suciedad, le faltan algunas letras y hasta tiene pintadas... y por supuesto, nadie habla de eso. Me enteré de pura casualidad... ¡Es lamentable!

—¡Vaya!... otro disgusto... ¡Cuánto lo siento, Camilo!

—Me senté junto a la piedra y, viendo pasar a la gente, pensé que todo lo que me rodeaba había nacido allí, ese día, en ese trascendente encuentro... me entristeció mucho ese abandono... una falta de respeto al pasado de México ¿no crees?

—Sí corazón... pero por favor, olvídale ya —le rogó Verónica, lamentando que su amigo sufriera por eso.

—Por lo demás, el día está siendo muy agradable, ya te dije... Y tú ¿como estás?
—preguntó ahora el doctor, cambiando de tercio.

—Extrañándote ya. Me entristece que te regreses a España —confesó la mujer.

—Hemos pasado muy buenos momentos juntos ¿verdad?... Recordémoslos con cariño, sigamos en contacto y veamos que nos depara el futuro.

—Así lo haré yo, Camilo. Me he sentido muy feliz a tu lado... Y me gustaría que no sea un adiós definitivo... Espero que sigas acordándote de mí.

—¡Por supuesto, preciosa! Yo también he sido feliz estando contigo. Ya lo sabes.

Sus palabras eran sinceras. Verónica le había impactado y había sido una excelente compañera. Gracias a ella, había recuperado la ilusión y el deseo por el otro sexo. Por primera vez desde la muerte de Paloma, había compartido con una mujer ideas y sentimientos íntimos. Su intención era mantener la amistad en los límites que ambos acordaran, pero sin formalizar una relación de pareja. Además de la distancia geográfica, esa posibilidad no la contemplaba. «¡Ni con ella, ni con nadie!». Bueno... en su interior reconocía habérselo imaginado con Isabel. «¡Menuda locura!... ¡Pero que idea tan atractiva!» se contradecía. Ahora Isabel había desaparecido y él había razonado que esa fantasía de adolescente carecía de sentido.

Cruzó la animada plaza del zócalo y se detuvo a observar un baile indígena con lanzas, torsos desnudos y tambores de la época prehispánica. Unas veinte personas contemplaban el singular espectáculo. La mayoría pasaba de largo, como si fuera algo lejano que ya habían visto muchas veces. Se quedó un rato por curiosidad y respeto. Después, aprovechando el primer intervalo, se dirigió al otro lado de la plaza. Allí había un entusiasta grupo de Oaxaca exhibiendo su contagioso folklore. Unas mil personas, de pie o sentadas en el suelo, se apelotonaban ante el escenario portátil que se había dispuesto, disfrutando de la animada música y los hermosos bailes que se sucedían ininterrumpidamente. Las canciones, los grupos de bailarines y los llamativos trajes, cautivaban la atención y las emociones de los espectadores, provocando continuos aplausos. Identificó muchos rasgos españoles

entremezclándose con otros que supuso autóctonos. Y razonó que, probablemente, la mayoría de los mexicanos se identifica más con el folklore nacido del mestizaje que con el prehispánico. «¡El contraste es demoledor!» pensó. «Por mucho que se insista en inculcar una idea, el pueblo habla con su comportamiento diario... ¡y el arraigo de lo español está en todas partes!: el idioma, los nombres de las personas, la religión, los bailes, los toros, las costumbres, la pasión... ¿Qué importa que se ensalce o se rechace a Hernán Cortés, si su idea está tan presente?... Se ha desarrollado, ha evolucionado, se ha pulido, se ha consolidado... ¡y lleva vigente casi quinientos años!... ¿Qué más da que se le considere un villano?... La realidad diaria habla por sí sola».

Acompañado de estas reflexiones, tuvo una grata sorpresa cuando visitó el edificio del Gobierno del DF, antiguo ayuntamiento de la ciudad. En primer lugar, se fijó en los escudos de azulejos de Talavera que engalanan la pared exterior, escondida bajo un soportal. Sus inscripciones son las siguientes: «*Villa Rica de la Vera Cruz: primer ayuntamiento de la América continental*», «*Ciudad de México: otorgado por Carlos V*», «*Don Hernando Cortés: fundador de los ayuntamientos en la América continental*», «*Cristóbal Colón*», «*Fundación de la Ciudad de México*», «*Coyoacán: primer ayuntamiento del Valle de México*». Entusiasmado por lo que había visto, entró en el edificio, anotó su nombre donde le indicaron y... ¡comprobó que era el único visitante!

—Sólo se puede visitar la Sala de Cabildos —le informó un hombre muy atento — Es por aquella puerta de la derecha.

Enseguida se halló en un salón repleto de retratos al óleo. Gracias al hombre que le atendía, aprendió que se trataba de todos los virreyes de Nueva España. El primero, aunque en realidad no lo fue, Hernán Cortés. A continuación, por orden cronológico, todos los demás señores que gobernaron la colonia. Atravesando otra puerta, entró en una ilustre sala de reuniones, ataviada con cuadros de personajes relevantes en la historia de México, tales como Hidalgo o Morelos, y una llamativa escultura con el busto de Benito Juárez. «Muy interesante!». Lo que más le cautivó fue una pintura muy grande en el techo, en la que aparecían en grupo personalidades de distintas épocas. Dos de ellas estaban muy cerca, compartiendo el protagonismo principal. Su anfitrión le instruyó que se trataba de Cortés y Juárez... «¡Los dos juntos!» se sobresaltó en su interior. «El pintor ha acertado... Ambos amaban a México... y son dos de los personajes más trascendentes de su Historia». En ese mismo lugar, según constaba en una placa situada en una sala auxiliar, se celebró una reunión de las cortes españolas republicanas en el exilio, el 17 de agosto de 1945. «Otra conexión con España». Anduvo un poco más por las dos salas principales, dio las gracias al amable empleado que le había atendido y abandonó el edificio. Después, tomó un café y un delicioso pastel en el Café de Tacuba, fundado en 1812, y reparadas las fuerzas, se dirigió a la parada del *turibús*. Había comprado un billete que le permitía subir y bajar durante todo el día, y lo aprovecharía para volver al hotel.

Sin embargo, aplazó este propósito cuando al volver a cruzar el zócalo, reparó en una carpa con muchos puestos de libros de ocasión. No se lo pensó dos veces. Entró y enseguida encontró algunos ejemplares que despertaron su curiosidad. Se puso las gafas y los ojeó con calma. Disfrutaba mucho en ese maravilloso mundo de los libros que le transportaba a otros escenarios. Revisó varios *stands*. De pronto, sus ojos se posaron en un viejo volumen alargado, protegido por un desgastado plástico. «¡No me lo puedo creer!». Su corazón se agitó cuando lo tuvo en sus manos. Conocía la existencia del Lienzo de Tlaxcala, pero nunca pensó que podría adquirirlo. Y menos encontrarlo así, perdido en un mercadillo del DF. Se trataba de una edición realizada por Manuel Chavero, escritor, historiador y político mexicano de la última mitad del siglo XIX. El ejemplar reproducía la mayoría de las láminas originales, junto a las valiosas explicaciones del autorizado autor. «¡Una auténtica joya!». El vendedor pidió ciento ochenta pesos y Camilo no regateó. «¡Menuda suerte he tenido!» se regocijó.

En el viaje de regreso renunció a las explicaciones grabadas. Tampoco se percató demasiado de los lugares por los que avanzaba. Lo justo para no pasarse de parada. Su atención se concentró en el valioso libro que acababa de adquirir. Recordó que había sabido de él en el museo de la Memoria Histórica de Tlaxcala. Ahora, pudo volver a comprobar que contenía dibujos sencillos para explicar la contribución de los tlaxcaltecas, junto a los españoles, a la conquista y la colonización. Aunque apenas le dio tiempo a leer algunas páginas, constató que los cautivadores relatos de Manuel Chavero situaban los dibujos en el contexto histórico al que pertenecían y ayudaban a interpretarlos. Se sintió un hombre muy afortunado por tener algo tan valioso.

—¿Ya comió, doctor?

Acababa de subirse al coche del ingeniero Felipe Antonio Xochitemol, un elegante BMW de gama alta, con asientos de cuero en tono muy claro.

—Aún no, gracias. Desayuné mucho... y después tomé un café y un trozo de pastel.

—Entonces podemos ir a La Condesa. Es la zona bohemia de la ciudad. Tiene muchos restaurantes y está muy cerca de aquí.

Quince minutos después, entraron en un agradable local con cuadros modernos y pocas mesas, acomodándose en una algo apartada que permitía cierta intimidad. El ingeniero pidió una cerveza Modelo. El doctor un tequila 1800. «Uno de los últimos de este viaje» pensó.

—Doctor, supongo que se quedaría sorprendido con lo del otro día en Tlaxcala —dijo por fin Felipe Antonio, abordando el tema que a los dos interesaba.

—Te ruego que me llames Camilo y de tú —le pidió el español, antes de responder— ¡Ya te puedes imaginar! Es más, todavía estoy impresionado. Es como si fuera un capítulo más de esos libros de Historia que estoy leyendo.

—Te comprendo muy bien —empatizó el mexicano, utilizando ya el tuteo— A mí

me pasó algo parecido... aunque fue mi papá quien me lo platicó.

—¿A ti también? —interrogó de inmediato el profesor, impulsado por el sobresalto de una nueva sorpresa.

—Pues sí —confirmó Felipe— Imagino que te habrás preguntado por qué estaba yo esa noche en la casa de la señora Muñoz.

Camilo asintió con un significativo gesto de su cabeza y sus ojos, al que acompañó otro de sus manos para indicar que era todo oídos. Su excitación aumentó cuando el ingeniero se desabrochó el botón superior de la camisa y le mostró una medalla que reconoció enseguida.

—¡*Carallo!* —exclamó en voz alta, ignorando que no se encontraban solos— ¡Otra medalla más!

Felipe Antonio escondió el colgante y miró alrededor para comprobar que los vecinos, tras su reacción refleja, habían regresado a sus propias conversaciones. Los más curiosos apartaron la mirada al encontrarse la del ingeniero. Recuperada la intimidad, éste tomó la palabra:

—Como te dijo ella misma, la señora Muñoz es descendiente de Xicoténcatl el viejo. Y en su momento, heredó la medalla del señor de Tizatlan. Yo lo soy de Tlehuexolotzin, señor de Tepeticpac, y llevo la medalla que corresponde a sus herederos directos.

El profesor estaba atónito. No sabía qué decir. Permaneció en silencio, propiciando que su amigo continuara. Felipe volvió a sacar la medalla y le mostró el reverso.

—Ves Camilo... éste es el emblema del antiguo señorío de Tepeticpac... un lobo sobre unas peñas, con un arco y unas flechas.

—¡Vaya!... así que la señora y tú sois descendientes de la más alta nobleza tlaxcalteca.

—Así es... y seguramente, tú también... o al menos eso es lo que indica la medalla que llevas puesta.

El español comenzó a negar con la cabeza mientras escuchaba este comentario, y siguió haciéndolo durante unos segundos más.

—Mira Felipe... si eso fuera cierto, no tendría ningún problema... es más, hasta me sentiría orgulloso... pero creo que lo más probable es que en estos quinientos años, en algún momento, se haya roto la cadena sucesoria que correspondía a mi medalla.

—Por supuesto que es una posibilidad... ¡ha pasado mucho tiempo! —señaló el mexicano— Pero como puedes ver, si te fijas en el caso de la señora Muñoz y en el mío, es una tradición que se ha cuidado con mucho celo.

—Bueno... vuestro caso no significa que haya ocurrido lo mismo con las restantes medallas... Son tantos años... tantas generaciones... ¡Fíjate las vueltas que han podido dar todas esas medallas!... Por cierto... ¿Cuántas más se han encontrado?

—Entre el doctor Francisco Ramírez, que como sabes es un gran estudioso de

estos temas, la señora Muñoz y su difunto esposo, que fue un entusiasta de todo esto, y yo mismo, hemos hallado otras cinco, pero corresponden a señoríos menores. De los señoríos principales, la primera que hemos encontrado, aparte de las nuestras, es la que tú llevas... Por eso estamos tan emocionados.

—Entonces... ¿sólo falta una?

—Pues sí... Falta la que corresponde al señorío de Quiahuiztlan. Cuando llegaron los españoles, el cacique de ese señorío era Zitlalpopocatzin. En cuanto a sus descendientes... la verdad es que no tenemos ninguna pista.

—Ahora que dices lo de las pistas... en una de las visitas que hice a Tlaxcala, una chica vio mi medalla y me preguntó dónde la había adquirido —informó Camilo— Me dijo que se parecía a otra que había visto ella.

—¿En serio?... ¿En Tlaxcala?... Ves, ese tipo de pistas son las que hay que seguir... A lo mejor no conducen a nada... pero puede que se trate de otra de las medallas... y ¿por qué no?... alguna de ellas nos llevará hasta la de Quiahuiztlan... y entonces...

Felipe Antonio se quedó callado con los ojos fijos en el vaso de cerveza. Su expresión reflejaba una intensa emoción placentera que Camilo atribuyó a la fantasía de llegar a completar la anhelada colección. Era evidente que se trataba de algo muy valioso, sobre todo para ese hombre que decía ser descendiente de uno de los grandes señores de Tlaxcala.

—¿Y entonces? —repitió el profesor, añadiendo las interrogaciones, con el objetivo de que el ingeniero regresara a la charla.

—Pues entonces... contando la tuya, claro... tendríamos las cuatro medallas principales... y con ellas, quizá, la clave para encontrar el tesoro que escondieron los señores de Tlaxcala.

—¡Joder!... ¡Esto sí que es fuerte! ¿Te refieres al tesoro que les dio Hernán Cortés?

—Sí, por supuesto. Ya te dijimos la otra noche que es sólo una suposición... Pero el doctor Ramírez y yo hemos investigado mucho... y bueno... estamos convencidos de que podría haber algo de eso.

—¿Y qué puede aportar la cuarta medalla, diferente a las otras tres?... Supongo que será igual, con el emblema de ese señorío en el reverso ¿no? Claro, así debería ser. Pero la clave no está en las medallas, sino en lo que las acompaña —explicó Felipe, aumentando la perplejidad del español— ¿No recuerdas que la señora Muñoz te preguntó por unos códigos?

Camilo asintió. En sus reflexiones de los últimos días se había olvidado de ese detalle. Ahora lo recuperaba, y esperaba que el ingeniero siguiera hablando para poder situarlo dentro del complejo *puzzle* que intentaba ordenar. El mexicano continuó:

—Le dijiste que no sabías nada de esos códigos ¿no es cierto?

—Así es, ¡no tengo ni puñetera idea de qué va todo esto!... y perdona que te hable de esta manera, pero es que jamás he visto esos códices, ni sé de qué van...

Felipe se quedó callado, mirando a Camilo a los ojos. Su expresión transmitía cierta incredulidad y el profesor se alteró.

—¡Coño! ¿Es que no me crees?... Si te digo que no tengo ni idea, es que no la tengo.

—¡Tranquilo, tranquilo! —reaccionó Felipe Antonio— No pretendo ofenderte dudando de ti... pero la verdad es que me resulta extraño que el portador de la medalla no sepa nada de los códices... Hay algo que no encaja.

—¡Pues claro que hay algo que no encaja!... Ya te he dicho que todo esto es un error... Vamos a ver Felipe, mírame bien ¡joder!... mira mi piel, mis rasgos... ¿De verdad crees que puedo descender de un indígena prehispánico?... A la vista está que tú y la familia Muñoz tenéis ascendencia mestiza... ¿pero yo?... vamos hombre ¡no jodas!... Y que conste que no me importaría —insistió el español— Vuelvo a decírtelo para que no tengas dudas sobre esto... Pero hombre... ¡es que es tan evidente!

—Camilo, entiendo tu reacción y tus razonamientos... pero si te soy sincero, no los considero determinantes —intervino el mexicano— Mira, en aquella época, la intención de los de Tlaxcala era formar una nueva estirpe tlaxcalteca fusionándose con los españoles. Además, los casamientos con éstos aportaban muchas ventajas, sobre todo si se trataba de personas principales. Por estos motivos, los nobles tlaxcaltecas fueron los primeros interesados en casar a sus hijas con españoles y tener una descendencia con ellos, dando lugar a un mestizaje de élite que gobernaría Tlaxcala durante toda la etapa colonial e incluso después... Y la fusión no se produjo sólo en la élite, sino en todos los niveles sociales. Por eso decimos con orgullo que Tlaxcala es la cuna del mestizaje de México...

El doctor se había calmado y escuchaba atentamente las interesantes explicaciones del ingeniero. La historia de Tlaxcala le había cautivado, por lo que cualquier dato relacionado absorbía su atención de inmediato.

—Además, debido a las hambrunas y las epidemias de viruela, sarampión y otras enfermedades contagiosas que trajeron conquistadores y colonizadores, desconocidas en Mesoamérica, la población indígena descendió notablemente a lo largo del siglo XVI —prosiguió Felipe— Aunque es cierto que no tanto como se ha dicho, pues en muchos casos, se cometieron errores deliberados en los censos para pagar menos tributos.

—¡Vaya!

—Así es. Incluso se ha dicho exageradamente, que los indígenas estuvieron a punto de extinguirse por el trato inhumano al que les sometieron los españoles... Todo esto forma parte de la leyenda negra... Es cierto que las hambrunas y las enfermedades contagiosas hicieron grandes estragos... Respecto a los abusos, los hubo y en algunos casos muy graves, al igual que en la etapa prehispánica por parte

de los mexica, en España con los romanos o los moros y en cualquier otros país conquistado... Fíjate... algunos historiadores sostienen que los esclavos y plebeyos prehispánicos recibían un trato mucho peor que el que, en general, dispensaron los españoles a la población indígena... Además, los nobles indígenas mantuvieron gran parte de sus prebendas, sobre todo en Tlaxcala.

—¡Qué interesante! —exclamó Camilo, reflejando su asombro y una total entrega.

—En la élite tlaxcalteca fueron entrando muchos españoles... Ten en cuenta que allí, debido a los privilegios otorgados a Tlaxcala por su fidelidad como aliado, el reparto de encomiendas a los colonizadores fue muy limitado —continuó el mexicano, que estaba lanzado— Y por eso, la mejor forma para conseguir tierras y posición social era mediante el matrimonio con los nobles naturales o mestizos... Llegó un momento en el que, gracias a los ventajosos casamientos para ambas partes, los tlaxcaltecas con ascendencia española fueron muy numerosos... y se mezclaron mucho entre ellos.

—Aja —susurró el doctor, sin querer interrumpir el relato.

—Todo esto nos lleva a una conclusión —siguió con apasionamiento, el ingeniero Xochitemol— Desde el primer momento se produjo una mezcla brutal, y es muy probable que en casi quinientos años que han transcurrido desde entonces, alguna de las ramas de origen tlaxcalteca se haya fusionado tantas veces con españoles o descendientes de éstos, que haya perdido sus rasgos... más aún, claro, si en algún momento se trasladaron a España, como podría ser el caso de tus hipotéticos antepasados.

Los dos permanecieron callados. Camilo meditando sobre las palabras de Felipe. Este esperando alguna reacción. Por fin, el profesor levantó la mano y llamó la atención de un camarero que enseguida se acercó.

—Por favor, tráigame otro tequila 1800... y para el señor...

—Otra cerveza Modelo, gracias.

—¿Crees entonces... que el heredero de la medalla del señorío de Ocotelulco pudo emigrar a España en algún momento, y que de ahí, tras múltiples matrimonios de sus descendientes españoles, puedo venir yo? —preguntó Camilo, con cierta ironía.

—Exacto. Eso es lo que sugiero —aseveró Felipe— Podría haber ocurrido perfectamente. Tlaxcala tenía una relación directa con la Corona de España, por lo que no es raro que se produjera ese traslado por múltiples motivos... Incluso formando parte de alguna delegación oficial... Pero claro... es muy difícil constatarlo.

—No sé... aún así dudo mucho que yo sea el último eslabón de esa larga cadena de descendientes de Maxixcatzin.

—¿Y tu abuelita?... ¿No te parece extraño que te diera esas instrucciones tan precisas sobre la medalla?... Son las mismas que recibimos la señora Muñoz y yo.

—La verdad es que es una coincidencia muy curiosa... pero eso no quiere decir nada —respondió el profesor, aferrándose a su incredulidad— Además, no me dijo nada de esos códices que hablan de ese tesoro... Eso prueba que la pista es falsa ¿no?

Los dos hombres continuaron ensimismados en su apasionante conversación como si no existiera el tiempo. Pasaba más de una hora desde que habían finalizado el postre y seguían sin pedir la cuenta. El ingeniero quería entusiasmar a Camilo para que a su regreso a España, indagara sobre el asunto de su ascendencia y buscara los códices que deberían corresponderle como destinatario de la medalla de Ocotelulco. El profesor disfrutaba hablando de estos temas y, aunque no lo reconocía, se sentía protagonista de una trama que le seducía. Conversando sobre el supuesto tesoro que Hernán Cortés habría entregado a los tlaxcaltecas, quiso compartir las sensaciones que había tenido en el Palacio Nacional y sus reflexiones sobre el capitán extremeño.

—Cortés hizo algo muy grande... cierto, muy grande... y eso despertó las envidias de sus contemporáneos, muchos de ellos dolidos por un desfavorable reparto tras la conquista de Tenochtitlan —señaló Felipe Antonio— La propia Corona le recortó el poder y provocó que le hicieran un ignominioso juicio que jamás dictó sentencia... Por un lado era un héroe al que se debía enaltecer y dar múltiples prebendas. Pero al mismo tiempo, su notable prestigio y enorme poder, le convertían en una posible amenaza que se debía neutralizar... Así actuaban los reyes y sus principales funcionarios: con una de cal y otra de arena.

—Eso es algo bastante característico de muchos líderes que dirigen las organizaciones en los puestos más altos —informó Camilo, entrando en el terreno del que era experto— Cuando uno de sus lugartenientes obtiene un gran éxito, le halagan y le recompensan, pero pronto intentan «compensarlo» quitándole alguna parcela de poder o enviándole algún mensaje... Algo así como «Me alegro de tus éxitos, que también son los míos, y espero que sigas teniéndolos... pero recuerda quién manda, para quién trabajas... quién te apoya y podría dejar de hacerlo...»

—Algo de eso debió suceder —confirmó el mexicano— Sobre todo cuando cometió el error de embarcarse en una desastrosa expedición a Honduras, delegando el mando de México. Estuvo fuera tres años, y sus detractores aprovecharon la larga ausencia para ir contra él y cometer graves atropellos contra los indígenas... Mientras Cortés tuvo el poder, propició que, en gran medida, se respetaran los derechos de los naturales. Así lo reconocieron éstos cuando a su regreso de Honduras salieron a recibirlo con gran júbilo, pidiéndole que retomara el mando para hacer justicia... Pero su posición ya no era la de antes... y tanto sus enemigos como algunos funcionarios reales, se encargaron de extender una leyenda negra que de manera interesada, se ha utilizado contra él en múltiples ocasiones... En aquella época para degradarlo y confinarle sus bienes, otra motivación de la Corona, y más tarde, cuando se produjo la independencia de México, para usarlo como uno de los símbolos que había que erradicar.

—Mira Felipe —interrumpió Camilo, aprovechando una breve pausa— Yo soy

un ignorante de estos temas, pero intuyo que Cortés amó y respetó mucho a esta tierra.

—Por supuesto que sí —asintió el ingeniero— Como te he dicho, los indígenas le apreciaban mucho por el respeto con que les trataba. Algo que por desgracia, no sucedería después con otros españoles... Ya antes de irse a Honduras, se preocupó de traer de España todo aquello que pudiera mejorar la producción agrícola, textil y ganadera, o supusiera un avance en la calidad de vida... Y continuó reinvertiendo sus ganancias en nuevas expediciones, hasta que le quedaron fuerzas... Sin necesidad de hacerlo... Se le había concedido el título de marqués y era inmensamente rico... Pero quería que Nueva España fuera un gran país... Si puedes, lee un libro del escritor mexicano Juan Miralles. Es muy interesante. El título lo dice todo: «Hernán Cortés: Inventor de México».

—Ummm... inventor de México...

—Bueno, fue el primero que pensó en un gran país, puso los cimientos para lograrlo y trazó el camino a seguir... Mucho más allá de lo que era Tenochtitlan y su área de influencia... Tenía claro que debía haber un solo país que reuniera a todos los pueblos conocidos y por conocer... La idea del México actual fue suya... y más todavía, porque los gringos, después de independizarnos, nos quitaron todo el norte: Texas, Nuevo México, Arizona, California y otros territorios que eran nuestros...

—¿Cómo crees que habría reaccionado Cortés si hubiera vivido en el siglo XIX, cuando se produjo la independencia? —preguntó de repente Camilo, sorprendiendo a su amigo.

—¡Ufff!... no sé... nunca lo había pensado —reaccionó lentamente Felipe, tratando de ganar tiempo— Como creador de Nueva España, seguramente no le habrían gustado las reformas borbónicas que tanto daño hicieron a las relaciones entre la colonia y España... Piensa que en la época de Cortés, y prácticamente hasta la implantación de dichas reformas, si bien existía una dependencia política de la Corona, había una gran autonomía que favorecía el protagonismo de los novohispanos criollos y mestizos... El propio Cortés propició este sistema para ganarse la adhesión de los nobles indígenas y conseguir un esfuerzo conjunto que hiciera posible la gobernabilidad y el progreso... Por ejemplo, sin una sola batalla, logró la lealtad de los tarascos de Michoacán, a los que los mexicas jamás habían podido someter. Lo consiguió negociando una autonomía ventajosa para ambos... ¡Era un gran negociador!... Pero todo eso se fue deteriorando con la llegada de otras personas con ideas y métodos diferentes. Y sobre todo en el siglo XVIII, con el férreo centralismo que impusieron los Borbones... Mira, hay otro libro muy interesante que deberías leer: una biografía de Cortés de Christian Duverger, un erudito francés que ha investigado mucho la cultura mesoamericana y colaborado con la UNAM y otras instituciones mexicanas. Dice que Cortés luchó por el mestizaje y creyó en un país novohispano con identidad propia, pero perdió la partida contra la Corona... No sé... Sólo es una suposición, claro, pero creo que Cortés también se habría revelado contra

eso... Se habría sentido traicionado por la Corona de España... y quizá habría pensado que había llegado el momento de continuar sin ella... Todo es mera especulación, claro... una fantasía sin más fundamento que el amor que le intuyo por México.

Faltaba poco para las diez de la noche, cuando Camilo intentó abrir la puerta de su habitación. Pasó la tarjeta varias veces... ¡y nada! La esperada luz verde no se presentaba. «Un último intento... ¡joder!». Bajó a recepción y comunicó la incidencia. En apenas diez segundos le activaron la tarjeta y regresó al ascensor. «Ahora sí... ¡a la primera!». Sustituyó los zapatos por unas cómodas alpargatas y encendió el ordenador. «A ver si hay algún mensaje». La tranquilidad que le acompañaba tras un placentero día, una prolongada cena y tres tequilas, se alteró en décimas de segundo. Allí estaba, escrito en negrita en su listado de mensajes recibidos. Sin contener el ansia, se apresuró a mover el cursor hasta el lugar apropiado, y con fuerza, apretó la tecla *enter*.

Hola Camilo, Soy Isabel Lozano

Disculpa que no te haya hablado antes, pero tuve que ausentarme porque me pidieron en el banco que fuera a Pachuca a unas juntas.

Me habría gustado platicar contigo de lo que pasó en la casa de mi abuelita. ¿A ti?

Aquí tienes mi mail por si quieres escribirme.

¿Te acordarás de mí?

Que tengas un buen viaje de regreso a España Bye

Isabel

PD. Si dispones de tiempo visita el castillo de Chapultepec. Un pariente lejano mío, Felipe Santiago Xicotécatl, tlaxcalteca claro, fue el que dirigió su heroica defensa en 1847, en la guerra contra los Estados Unidos.

Estaba emocionado. Casi se había convencido de que no volvería a saber de ella y, sin embargo, este mensaje entreabría la puerta que parecía cerrada. No quiso analizar la excusa de la chica. Lo importante era que, por iniciativa suya, seguía existiendo la comunicación entre ambos. «¡Claro que me acordaré!... ¡Cómo *carallo* voy a olvidarme!». Sin perder más tiempo, respondió:

Querida Isabel:

Me alegro mucho de tener noticias tuyas y saber que estás bien.

Te echamos de menos en el seminario. Creo que habrías disfrutado en las dos últimas sesiones. Todo terminó muy bien. Supongo que podrás ponerte en contacto con alguno de tus compañeros para que te pasen sus apuntes. Yo no di material

adicional, pero cada uno tomó sus propias notas.

Claro que me gustaría hablar contigo de lo que pasó en casa de tu abuela. De eso y de otras muchas cosas. Lo de la medalla y el tesoro ha sido para mí una gran sorpresa. Llegué a México para dar un curso y regreso a España con la honrosa duda de mi ascendencia tlaxcalteca. ¡Y pensar que cuando vine ni siquiera sabía que existía Tlaxcala! En fin, ya hablaremos.

Cuídate mucho Isabel. Ya sabes dónde me tienes para cualquier cosa. Espero que sigamos en contacto, y a ver si te animas a venir a España. No te prometo tantas emociones como las que yo he tenido en México, pero seguro que pasamos buenos ratos.

Un beso

Camilo

P. D. No tengo tiempo para visitar el castillo de Chapultepec, aunque puedo verlo de lejos desde la habitación de mi hotel. Iremos juntos la próxima vez que venga a México.

Leyó un par de veces el mensaje para asegurarse de que estaba bien. Corrigió tres erratas. Cuando lo tuvo claro, dio la orden de enviar. «¡Ya está!». Sin apagar el ordenador, comenzó a organizar su equipaje. Como solía ocurrirle en los viajes, su espaciosa maleta en la ida se le había hecho pequeña y necesitaba esmerarse para colocar todo. A pesar de sus esfuerzos, no era infrecuente que tuviera que dejar algo en el hotel. En esta ocasión, una irregular figura con el escudo de la universidad, era el claro candidato. Mientras cavilaba su plan, se le coló una idea que acaparó su atención por completo. Buscó una tarjeta en su cartera y regresó al *email*. Pinchó en *redactar* y escribió una dirección: *kika86@hotmail.com*. Después continuó:

Hola Kika: ¿Cómo estás?

Quizá no te acuerdes de mí. Soy Camilo Queimadelos, el español que habló contigo en Tlaxcala hace unas semanas. Estabas en un altar de muertos en memoria de tu amiga Marina y me explicaste muchas cosas ¿recuerdas?

Me encantó hablar contigo. Aprendí muchas cosas interesantes y quería agradecértelo.

¿Te acuerdas de la medalla que llevaba puesta? Me preguntaste por ella y me dijiste que habías visto una que se le parecía. Ahora sé más cosas sobre esa medalla y me pregunto si tú también sabes algo más.

Mañana regreso a España, pero si tú quieres me gustaría estar en contacto contigo.

Aquí tienes mi email. Espero tus noticias. Muchas gracias.

Saludos

Camilo

20 MADRID

«No somos europeos, no somos indios, sino una especie
media entre los aborígenes y los españoles»

Simón Bolívar,
en el discurso de Angostura (15-2-1819)

Madrid, 20 de abril de 2007

Se retrasaba la primavera, y los expertos lo atribuían al cambio climático del planeta. Sin embargo, aunque algo frío, era un día soleado que presagiaba la llegada del buen tiempo. Sentado en un apetecible sillón de oreja del amplio salón de su casa, en el número 24 de la calle Vallehermoso, el profesor Camilo Queimadelos apuraba el café con sacarina mientras disfrutaba de uno de los libros que había comprado en México: *El Lienzo de Tlaxcala*. Era la enésima vez que, cuidadosamente, se fijaba en los detalles de los códices y, siguiendo las explicaciones de Manuel Chavero, intentaba comprenderlos.

Esa tarde tenía una cita muy especial. Isabel Lozano, la muchacha tlaxcalteca que había sido su alumna en el seminario de Puebla, se encontraba en Madrid asistiendo a un curso del Banco de Santander y habían quedado para verse. Desde su regreso a España, habían seguido en contacto a través del *email* y, en alguna ocasión, desde el teléfono de la facultad. Su alegría fue inmensa cuando se enteró del viaje. No estaría disponible todo el tiempo, pero en los ratos libres podrían estar juntos. Él estaba empeñado en enseñarle Segovia. La consideraba una ciudad muy hermosa, y sobre todo, siempre le había impactado el acueducto romano. Orgulloso de esta joya, le encantaba mostrársela a los extranjeros, aprovechando la excusa para admirarla de nuevo. Irían allí si se confirmaba que la chica tenía un día libre completo. De momento, se verían para ir al teatro y charlar un poco. Camilo estaba entusiasmado.



Deseaba verla, sentir de nuevo su presencia y compartir tantas cosas que habían acontecido desde su último encuentro.

A finales de noviembre, había regresado a España con la urgencia de averiguar algo sobre su supuesta ascendencia tlaxcalteca y esos códigos relacionados con la medalla que le había legado su abuela. Nada más llegar, envió un *email* al historiador Manuel Francisco Ramírez para darle las gracias por las atenciones recibidas en Puebla y transmitirle su disposición a investigar.

—*En cuanto me organice un poco, haré lo que pueda. Aunque te confieso que estoy bastante perdido* —le había escrito.

A la semana siguiente, la respuesta del doctor Ramírez reactivó las emociones que había sentido en México.

¿Cómo estás Camilo?

También yo he disfrutado mucho de tu compañía. Y respecto al seminario, te puedo decir que ha sido un éxito. Los participantes han quedado muy satisfechos. Felicitaciones.

Me alegro de que te intereses por el asunto de la medalla. He encontrado una pista que podrías seguir. Como te expliqué aquí, durante la etapa colonial Tlaxcala dependió directamente de la corona de España, gozando de distinciones y privilegios que no tuvieron otras poblaciones. Entre ellos, mantener su territorialidad, sus instituciones y el gobierno indígena.

Sin embargo, pese al firme compromiso de la Corona, adquirido por Carlos V y respetado por todos sus sucesores, estas prerrogativas estuvieron amenazadas en algunas ocasiones, seguramente debido a la envidia y los intereses de virreyes y gobernadores novohispanos que intentaron utilizar su influencia en las decisiones de la península. Una de las situaciones más graves tuvo lugar en 1786, cuando se dispuso que Tlaxcala formara parte de la provincia de Puebla. El gobierno de Tlaxcala apeló esta decisión, y en 1793, «considerando los valiosos servicios prestados», el rey Carlos IV les dio la razón a los tlaxcaltecas, dictaminando «... que (Tlaxcala) no dependa de Puebla u otra intendencia, manteniendo su autonomía territorial y de gobierno».

Disculpa que te cuente todas estas cosas. Ya sabes que me extiende mucho cuando se trata de repasar la Historia, jajajaja. Pero bueno, sé que te interesan estos temas. Te preguntarás qué tiene que ver esto con tu medalla y todo lo demás. Mira, he descubierto que Fernando Muñoz, un noble tlaxcalteca de origen mestizo, del linaje de Maxixcatzin, formó parte del grupo de embajadores que fueron a España a defender este caso. ¿Qué te parece? ¿No buscabas un descendiente de Maxixcatzin que hubiera ido a España?... ¡Pues ya lo tienes!

Seguiré investigando. Y espero que tú también investigues allá. A ver si entre los dos averiguamos algo más.

Un fuerte abrazo

«¡Fernando Muñoz!... ¿Traería él la medalla a España?... ¿Mi antepasado?» se planteó exaltado. Sin perder un segundo, aceptó la orden de su impulso, cogió el móvil y marcó un número que conocía de memoria.

—¿Mamá? —Soy Camilo.

—¡Hola *filliño*!... Menuda sorpresa... ¿Sucede algo?

—Tranquila mamá. Estoy bien. ¿Cómo estás tú?

—Yo bien, cariño. Deseando que lleguen las fiestas para verte. Aquí ya está todo precioso, con los adornos y las luces de Navidad. Supongo que en Madrid igual.

—Sí, sí, aquí también... Oye mamá, ¿Cuáles eran los apellidos de la abuela Juana?

—¿De la abuela Juana?... González Muñoz.

—¿Dijiste Muñoz? —quiso confirmar Camilo, elevando la voz.

—Sí, sí, Muñoz... González Muñoz. —Ratificó la mujer— Y tu otra abuela, mi madre, Vázquez Quinteiro... ¿Y ese interés repentino? ¿Pasó algo?

—Nada, nada, simple curiosidad. De pronto me di cuenta de que no lo sabía... y quién mejor que tú para decírmelo.

—Me alegro cariño. Así pude hablar contigo. Que si no es por eso, hoy ya no me llamas... Sí sabes los de tus abuelos, ¿verdad?

—Claro que sí mamá. Sólo me faltaban los de la abuela Juana.

—El padre de tu padre era Queimadelos Mera, y mi padre Solleiro Díaz —insistió doña Pilar, entusiasmada por servir de ayuda— Por eso tu padre era Queimadelos González y yo soy Solleiro Vázquez...

—Muchas gracias mamá. Eres mejor que una enciclopedia, jajaja... Por cierto, ¿sabes algo de los padres o los abuelos de la abuela Juana?

—Ahí me pillaste, cariño... Ya te dije el otro día que no sé nada... aunque verás, luego recordé que habían estado en el extranjero... creo que en Cuba.

—¿En Cuba?... ¿Estás segura?... ¿No será en México?

—Sí, sí, creo que en Cuba... En México no... Me suena Cuba... Pero tu abuela nació en España, en un pueblo de Sevilla. Eso sí es seguro... ¿Qué pasa cariño?... ¿Ya estás otra vez con esa historia de la medalla?... Eres *terquino*, eh... ¡Se te metió en la cabeza y no se te olvida!

«¡Así que la abuela se llamaba Muñoz!» exclamó entusiasmado, nada más colgar el teléfono. «¿Tendrá alguna relación con Fernando Muñoz, el tlaxcalteca que vino a España a finales del siglo XVIII?... ¡Menuda coincidencia!..., aunque Muñoz es un apellido muy común... no sé... Lo que no encaja es lo de Cuba...»

Había dejado su *kia* en el aparcamiento público de la plaza de Sevilla, al comienzo de la calle de Alcalá, y se dirigió andando hasta la de Arenal, cruzando la Puerta del Sol. Estaba nervioso. No la veía desde aquella noche en Tlaxcala. Su

corazón palpitaba deprisa. «¡Parezco un adolescente en su primera cita!». El encuentro era a las cinco, pero intuía el retraso que era habitual en la chica. Aprovechó para repasar un periódico que había en la recepción del hotel, comprobando que desde la mañana, no habían cambiado las noticias. Eso sí, cada dos por tres levantaba la vista en dirección a los ascensores. Notó que las manos le sudaban y la atención se estrechaba. Los muebles, los adornos, las personas que le rodeaban... todo había desaparecido. Sólo veía las dos puertas metálicas, quedándose sin respiración cada vez que una se abría. «¡No es ella!». Otra decepción. La excitación menguaba. Pero enseguida crecía cuando en el marcador anexo volvía a iluminarse el cero.

Por fin, a las cinco y veinte, apareció la chica... ¡Qué momento! Se levantó en un acto reflejo y se quedó parado, atenazado, sin saber qué hacer. Isabel, nada más verlo, sonrió y movió una mano. Avanzó hacia él. A unos cuatro metros, pronunció su nombre con entusiasmo. Al llegar, un beso en la mejilla y un fuerte y prolongado abrazo que ella acompañó con unas discretas caricias en la espalda, percibiendo la suavidad del paño de la americana.

—¡Camilo!... ¡Qué bien te veo!

—¡Isabel!... Tú sí que estás bien...

La muchacha lucía un sobrio vestido negro sin mangas y, colgado de un brazo, un ligero abrigo largo de lana del mismo color.

—¡Qué bueno que hace frío en Madrid!» —comentó riéndose, antes de salir— Así puedo lucir el abrigo.

Sobre el recatado escote, llevaba un sencillo crucifijo pendiendo de una fina cadena de oro. Embelleciendo su maquillado rostro, unos pendientes modernos con piedras verdes que Camilo ya había visto antes. Sus labios, de color melocotón, destacaban el reluciente blanco de sus dientes perfectos, que tan atractiva hacían su sonrisa. Cubría sus delgadas piernas con medias negras, y como era su costumbre, se alzaba sobre unos tacones del mismo tono que compensaban su baja estatura. Tampoco faltaba el anillo grande que solía portar en el dedo corazón de la mano izquierda.

—¡Estás preciosa!... y muy elegante —le piropeó el doctor, tras echarla un divertido vistazo.

—Gracias —correspondió ella, poniéndose algo colorada— ¿Demasiado negro? ... Bueno, vamos al teatro ¿no?

—¡Estás perfecta!... El teatro empieza a las ocho y es aquí cerca. Antes, he pensado que demos un paseo y tomemos algo mientras charlamos... perdón, platicamos... un rato.

Los dos rieron sin reserva. Volvían a percibir la buena sintonía que les había acercado en México. Sobre todo, esa inolvidable tarde en Tlaxcala en la que el amor había pasado tan próximo. Él vibraba de nuevo. Sin darse cuenta, se estaba quitando la máscara que negaba a la muchacha y sentía a corazón abierto. Ella... bueno... ella

no quería mirar hacia dentro. Gozaba del momento.

Sin prisa, bajaron por Arenal hasta la plaza de Isabel II, y desde allí, siguieron hasta la de Oriente por la calle de Carlos III. Camilo disfrutó explicando que el Palacio Real había sido la residencia de los reyes y el lugar donde, dominando la ladera del río Manzanares, se alzaban el antiguo Alcázar y la muralla que en la Edad Media protegía la pequeña ciudad.

—Ten en cuenta que Madrid no empezó a crecer de verdad, prácticamente hasta el reinado de Felipe II, ya en la segunda mitad del siglo xvi —ilustró el profesor— Hasta entonces abarcaba poco más de lo que estamos viendo... En aquella época, la ciudad más habitada de España era Sevilla, en el sur. Hacia el norte estaba Valladolid, donde residían la realeza y el gobierno con cierta frecuencia... Pero el rey pensó que debía buscar un lugar más céntrico para instalar la corte de manera permanente. Y eligió Madrid... Curiosamente, a principios del siglo xix, José Bonaparte hizo mucho por esta plaza, ya que mandó derruir los edificios antiguos que la poblaban... después, durante el reinado de Isabel II, se colocó allí, en el centro, donde está la fuente, esa estatua a caballo de Felipe IV...

Isabel estaba encantada. Apreció las bellas fachadas de los edificios que junto al del Teatro Real conforman la parte ovalada de la plaza, los cuidados jardines que rodean la fabulosa efigie de Felipe IV, las estatuas enfrentadas de reyes visigodos y de Asturias, León, Castilla y Aragón, hasta el año mil, y por supuesto, el espléndido Palacio Real. Sin saber por qué, sintió que todo aquello también era parte de su propia historia.

Entraron en el emblemático Café de Oriente y tuvieron la suerte de encontrar una mesa libre. Isabel pidió un refresco de limón. Camilo un café.

—Como aquella vez en Tlaxcala —recordó ella, haciendo un alarde de buena memoria.

—¿De veras?, ¿tomamos lo mismo? —preguntó él, antes de soltar una carcajada.

—Fue hace mucho tiempo, pero ya ves, me acuerdo —apuntó la chica— Aunque se me ha pasado rápido. Ahorita que estamos juntos otra vez, es como si lo de Tlaxcala hubiera sido la semana pasada.

—Es cierto, jajaja —asintió el doctor— Sin embargo, han sucedido muchas cosas desde entonces... de lo que tú ya sabes... Y claro, me gustaría contártelo.

Isabel se acomodó en el respaldo del acolchado banco y dio a entender a Camilo que era toda oídos. Él comenzó contando lo del *email* de Manuel Francisco, la conversación con su madre y la coincidencia del apellido Muñoz.

—Sí que es una casualidad —comentó la mexicana— Como sabes, yo también me apellido Muñoz. Es mi segundo apellido.

—¡*Carallo!*, ¡es cierto! —exclamó el español— ¿Y eres de la misma familia que los Muñoz que al parecer descienden de Maxixcatzin?

—Estee... Pues que yo sepa, no —contestó ella, algo dubitativa— Ya te dijo mi abuelita que descendemos de Xicotécatl... pero de Maxixcatzin... claro que con

tantas mezclas que habrá habido... ¿Quién sabe?... De todas formas, Muñoz es un apellido muy frecuente, ¿no crees?

Camilo se quedó pensativo. «¡A que ahora resulta que somos parientes!». Pero reaccionó rápidamente, aplazando este asunto para poder centrarse en lo que quería contar.

—Había decidido retomar el tema después de las fiestas de Navidad, pero en Nochebuena fui a cenar a Pontevedra, a casa de mi madre, y allí me encontré una sorpresa.

Interrumpió su relato para echar la sacarina al café. La muchacha estaba en ascuas. Mostrando su impaciencia, le acució:

—Sigue, por favor... ¡Me tienes muy intrigada!

—En la sobremesa, delante de mis hermanas, sus maridos y sus hijos, mi madre me preguntó si había averiguado algo... y claro, no tuve más remedio que contar lo suficiente como para salir del paso... En fin, en un día tan festivo como ese y tomando unas copas después de una cena bien regada, te puedes imaginar la reacción cuando les dije que podíamos ser descendientes de un noble de Tlaxcala.

—¿De dóndeeee?... jajaja.

—¿De Tas qué?... jajaja.

—¿De un noble?... jajaja... ya había notado yo que teníamos mucho porte... jajaja.

—¡Tú estás de coña!... jajaja.

Ninguno había oído hablar de Tlaxcala. Les sonaba a chino. Mi hija Almudena no estaba. Cenó en casa de su abuela materna.

—«Mamá, tu Camiliño toma algo... jajaja...»

—Mira Camilo que los alucinógenos son peligrosos... y ya no eres un rapaz... jajaja...

—Pues ahora que lo dices... —intervino mi hermana Pilar, aparentando ponerse seria— Una vez me contó la abuela que su abuelo, los días festivos, se ponía plumas en la cabeza... jajajaja.

Menudo alboroto se formó. No paraban de gastar bromas y reír a carcajadas. La burla era sana, por lo que aguanté el chaparrón, les seguí la corriente y me reí mucho con ellos. Cuando la intensidad amainó, intervino mi hermana María Luisa.

—Oye Camilo, pues si estás tan interesado, te pasas por casa y te doy la caja con las cosas de la abuela.

—¿Qué caja? —pregunté exaltado— Creía que no había nada.

—No sé si te servirá de algo, pero cuando murió y recogimos su casa, metimos algunas cartas y otros papeles suyos en una caja. La íbamos a tirar. Pero me dio peniña y al final la guardé en el trastero de mi casa.

Isabel estaba atónita con el misterioso relato. Había terminado su refresco, pero continuaba absorbiendo la pajita como si no se hubiera enterado. Camilo apuró su café y siguió hablando:

—A la mañana siguiente, día de Navidad, esperé a que fuera una hora prudente y me presenté en casa de mi hermana. Cautivado por la idea de hallar algo en esa caja olvidada, casi no había podido dormir. Apenas tres horas. Soñé que me hablaban Maxixcatzin y Fernando Muñoz, asegurándome que allí estaban los códices con la clave del tesoro del Quinto Real. Maxixcatzin me decía: «Los españoles vinieron a Tlaxcala y dejaron su semilla... Los tlaxcaltecas fuimos a España y también dejamos la nuestra... ¡Tú eres el mejor ejemplo! ...Camilo, eres sangre de mi noble sangre tlaxcalteca y parte de ese tesoro es tuyo... lo hemos guardado par ti... ¡Camaxtle te ha elegido!»... Como ves, pasé una buena nohecita...

Fuimos al trastero y buscamos la caja. Nos llevó tiempo, porque mi hermana María Luisa no se acordaba donde la había arrinconado. Pero por fin apareció. Una caja de cartón, llena de papeles y mucho polvo.

—¿Te importa que me la lleve para poder revisarla con calma? —pregunté a mi hermana, dando por sentado que su respuesta sería afirmativa.

—Como tú prefieras Camilo —confirmó ella— Pero si quieres hacerlo aquí, no hay problema. Te metes en el cuarto del ordenador y allí no te molesta nadie.

Como estaba ansioso por saber si había algo que pudiera interesarme, decidí quedarme. Me puse cómodo y empecé a hurgar. Allí había de todo: pólizas de seguros, recibos de bancos, diplomas de asistencia a cursos de cocina, invitaciones de boda, recordatorios de primeras comuniones, catálogos de exposiciones de pintura, estampitas de la Virgen del Rocío... y varios lotes de cartas. De los supuestos códices ¡ni rastro! Me sentí frustrado y concluí que era una búsqueda absurda. Lo guardé todo para devolverle la caja a mi hermana, y estaba a punto de hacerlo, cuando impulsado más por el deseo que por el convencimiento, tuve la inspiración de indagar entre las cartas. «¿Por qué no?» pensé. «A lo mejor hay alguna pista».

—¿Y encontraste algo? —interrumpió Isabel, sin poder contener su emoción.

—Había cartas de mi abuelo, mi padre, mis hermanas, mías... y otras de amigos suyos y personas para mí desconocidas. Nada que me llamara la atención. De pronto, apareció un sobre dirigido a ella, que no había sido abierto. El remite decía: «*María del Carmen Núñez de los Ríos, Marquesa de Rueda*». Tuve la curiosidad de abrirlo, aunque... fíjate que tontería, sentí que no debía hacerlo. Si ella no lo abrió, ¿por qué he de hacerlo yo?, fue mi razonamiento. Sentí que sería violar la intimidad de su correspondencia... y eso me detenía. Durante unos segundos, permanecí inmóvil con la mirada fija en el sobre y la cabeza dándole vueltas: «¿Por qué no abriría ella esta carta?... ¿Qué tenía que ver mi abuela con esa marquesa?... ¿Es que no quiso conocer su contenido?... ¿O quizá ya lo intuía y prefirió obviarlo?... A lo mejor llegó cuando ya estaba muy enferma...»

—Camilo, ¡me va a dar un infarto! —estalló la muchacha— ¿Quieres decirme de una vez, por favor, que había en esa carta?

—Aja... veo que deduces que finalmente la abrí —respondió él, mirándola con complicidad a los ojos— ¡Pues sí!... No pude resistirlo y la abrí... me tranquilicé

pensando que si yo era su heredero, tenía el derecho y el deber de abrirla... ¿Otro refresco?

—¡Camilo!, ¡por Dios!, no seas malo. Dime de una vez.

—La tengo aquí. ¿Quieres verla?

Sacó un envejecido sobre del bolsillo interior de su americana y de él extrajo un folio doblado dos veces. Cogió una servilleta, limpió parte de la mesa y, sobre ésta, extendió el papel para que los dos pudieran leerlo.

Madrid, 10 de mayo de 1987

Estimada señora:

Tengo en mi poder unos documentos que al parecer le pertenecen. Los he hallado al revisar archivos antiguos de mi familia. Ignoro si conoce su existencia o son de su interés, pero creo que debería verlos.

De acuerdo con las instrucciones que figuran junto a los documentos, sólo podré enseñárselos y entregárselos, si usted justifica su identidad mediante una medalla de oro que se supone que debe tener. Si decide venir, le ruego que no olvide traerla.

Adjunto mi dirección y mi número de teléfono. Puede ponerse en contacto conmigo cuando lo desee.

Sin otro particular, reciba un cordial saludo

María del Carmen Núñez de los Ríos Marquesa de Rueda

—¡Dios mío! —clamó la chica, mirando emocionada a Camilo— ¿Te quedarías helado?

—¡Imagínate! —respondió él, reviviendo el indescriptible sentimiento.

Salieron del Café de Oriente y se encaminaron hacia la Plaza Mayor. Había subido algo la temperatura y la tarde era espléndida, de esas en las que apetece pasear. El profesor gozaba instruyendo a su antigua alumna sobre Madrid. Ella disfrutaba con las explicaciones y se sentía halagada por el galante trato que recibía.

—¿Por qué cambias tanto de lado, Camilo? —preguntó intrigada, la tercera vez que el español lo hacía.

—La dama debe caminar siempre en la parte interior, protegida por el caballero —aclaró él— Es un detalle trasnochado, lo sé, pero me educaron así y me gusta tenerlo en cuenta.

—Aja... Supongo que esa es también la razón por la que siempre me dejas pasar delante —comentó la muchacha.

—Claro, así es —confirmó él— Un hombre mínimamente educado no camina delante de la mujer a la que acompaña... y por supuesto, en una puerta, cuando se estrecha el camino o en cualquier otra situación que obligue a establecer una prioridad, siempre le cede el paso... salvo que pueda existir peligro o cierta amenaza, claro, en cuyo caso el caballero debe anticiparse para estar seguro de que el camino está libre, y sólo entonces, retirarse para que pase la dama.

—A mi me gusta —se posicionó Isabel— Pero mira, el otro día una *chava* española que asiste al curso que estoy haciendo, dijo que lo de ceder el paso le parecía una expresión machista.

—Bueno, hay que respetar todas las opiniones, ¿no crees? —apuntó el doctor, mostrándose tolerante— A mi me parecen costumbres hermosas que por desgracia se están perdiendo... y no considero que sean incompatibles con la igualdad de los derechos y las oportunidades y el respeto entre mujeres y hombres, que por supuesto defiende.

Dicho esto, le ofreció el brazo y ella se colgó de él con naturalidad. «¡Otro lindo detalle!» pensó la chica. Felices, caminaron muy a gusto. «¡Mira que si al final resulta que somos parientes!» volvió a recapacitar Camilo.

—Ésta es la famosa Plaza Mayor —informó el profesor, tras acceder al imponente rectángulo— En el siglo xv se encontraba fuera de los límites de la ciudad, pero era el espacio donde se encontraba el principal mercado. A finales del siglo xvi, siendo ya Madrid la sede de la corte, Felipe II encargó que se construyera la plaza. Las obras finalizaron en 1619, por orden de Felipe III. Por eso, más tarde, en señal de reconocimiento, se colocó esa estatua ecuestre que ves allí, del rey Felipe III.

—Es una plaza muy linda —señaló Isabel, con admiración— La de Tlaxcala y la de Puebla son mucho más pequeñas, pero si te fijas, la estructura es parecida, ¿no crees?... Bueno, en esta veo que no hay tráfico...

—Este es el estilo de las plazas mayores españolas... y claro, se trasladó a México —ilustró Camilo— Al igual que la de Tlaxcala, en 1812 muchas de ellas se llamaron Plaza de la Constitución. Curiosamente, allí se mantiene el nombre, mientras que aquí ha ido cambiando según quien fuera el que gobernaba. Ésta, por ejemplo, se ha llamado Plaza de la Constitución en varias etapas distintas, además de Plaza Real y Plaza de la República, hasta que finalmente se ha quedado con el nombre actual, que es el que la gente ha utilizado siempre.

Todavía tenían tiempo, por lo que decidieron sentarse en una de las terrazas de la plaza.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Camilo.

—No se... algo caliente... un té de manzanilla.

—¡Camarero!... por favor, dos manzanillas.

El doctor aprovechó el descanso para retomar el relato de lo sucedido. Ella estaba deseándolo, así que enseguida ignoró el encantador entorno para no perder detalle.

—Dejé que pasaran las fiestas y llamé al número de teléfono que la marquesa de Rueda había indicado en la carta. Contestó alguien que trabajaba para ella, le expliqué quién era y el motivo de la llamada, y quedó en llamarme cuando hablara con la señora. No tardó mucho. Al día siguiente concertamos una cita en su casa de la calle Princesa, no muy lejos de aquí.

—Supongo que estarías muy emocionado —intuyó la chica.

—¡Ya lo creo! Pasé esos dos días muy nervioso, casi sin poder dormir. Esta vez

no compartí mis sueños con Maxixcatzin, pero no pensaba en otra cosa.

—Bueno, cuéntame qué pasó —se impacientó Isabel.

Camilo explicó que había llegado con bastante antelación, por lo que hizo tiempo en una cafetería cercana. Ya en la casa, tras unos minutos en una coqueta sala con muy buenos cuadros, le hicieron pasar a un elegante despacho en el que le esperaba una distinguida señora algo mayor que él. Acertadamente, dedujo que se trataba de la marquesa.

—¡Señor Queimadelos! —dijo ella, pronunciando bien el apellido, al tiempo que con naturalidad y elegancia, extendía el brazo derecho— Me alegro mucho de que haya venido.

—¡A sus pies, señora! —saludó Camilo, mientras aceptaba la mano y, sin llegar a besarla, inclinaba la cabeza para aproximar sus labios— Es un placer estar aquí. Le agradezco mucho que me haya recibido tan pronto.

—¿Tan pronto? —cuestionó la marquesa, con cierta ironía— En realidad, llevo esperándolo veinte años... Bueno, a usted no, a su abuela.

Se sentaron en un tresillo antiguo, de los de respaldo alto y muy recto. Una sirvienta uniformada se encargó de atender sus preferencias, acompañando con unas atractivas pastas, los cafés que habían demandado. Camilo explicó que su abuela había muerto el mismo año que recibió la carta, tras varios meses de estar muy enferma, por lo que ni siquiera la había abierto. Y contó cómo la había encontrado él, tan sólo tres semanas antes.

—¡Es la Providencia, señor Queimadelos!... ¿No le parece?

—Supongo que sí —asintió él, para no ser descortés con la dama— Si no le importa, le agradecería que me llamara Camilo.

—¡Claro!, por supuesto Camilo. Y ya que lo dices, mejor nos tuteamos. Yo soy Carmen... ¿Qué te ha parecido la carta?

Para que entendiera el júbilo que le había inundado, confió a la marquesa toda su historia. Ella la siguió muy atenta. Se la notaba conmovida, viviendo el relato como si se tratara de su propia biografía.

—Entonces... ¿Eres tú quién lleva ahora la medalla?

—Así es... Mira, aquí la tengo.

Descolgó la medalla y se la entregó. La mujer la admiró una y otra vez, por un lado y por el otro. Estaba embobada.

—¡Es idéntica a la del dibujo! —exclamó por fin— Entre los documentos que encontré, había un dibujo de la medalla para poder reconocer su autenticidad... ¡Sin duda es ésta!

Empezaba a hacer frío. Lo notó Isabel y se abotonó el abrigo. Percatándose Camilo, pidió la cuenta. Siguieron andando en dirección a la plaza de Santa Cruz, atravesaron la de Jacinto Benavente y llegaron a la del Ángel, justo al lado de la de Santa Ana. Iban al emblemático Teatro Español, pero aún faltaba más de media hora para que subiera el telón. No querían tomar nada más, pero ansiaban continuar la

conversación que había interrumpido el paseo. Entraron en el Café Central y pidieron dos *coca-colas*.

—Heredé el título de Marquesa de Rueda hace veinticinco años, y por motivos que no vienen al caso, tuve que indagar en los archivos de la familia. Allí encontré los documentos que le mencionaba a tu abuela en esa carta y que ahora te enseñaré... No me llamaron la atención hasta que leí un escrito de una antepasada mía, la que era entonces marquesa de Rueda, explicando algunas cosas. Me fascinó la historia. Contraté a un especialista para que averiguara todo lo que pudiera. Eso me llevó hasta tu abuela... Por desgracia, como ya sabes, no obtuve respuesta de ella.

Camilo permaneció callado, sin apartar los ojos de la marquesa, transmitiéndole que estaba atento y deseaba que cuanto antes prosiguiera. El breve respiro que se tomó la aristócrata para servirse un terrón de azúcar, le pareció eterno.

—Te estoy hablando de la que fue marquesa a partir de los primeros años del siglo XIX... que por cierto, también se llamaba María del Carmen... Estaba muy agradecida a un abogado mestizo que había venido de las Indias, llamado Gonzalo Muñoz, por haberla defendido con mucho éxito en un pleito sobre el marquesado... Después de la guerra de la independencia, regresó Fernando VII e implantó un régimen absolutista, con la persecución implacable de los liberales que habían defendido la Constitución de Cádiz. El abogado se encontraba entre los perseguidos y acudió a mi antepasada para pedirle ayuda.

—¿Has dicho Gonzalo Muñoz? —cuestionó Camilo, cuando la marquesa hizo una pausa— ¿No será Fernando Muñoz?

—¿Fernando?... No, no... ¿Por qué? —reaccionó ella— ¿Quién es Fernando Muñoz?... En los documentos que yo tengo no aparece ningún Fernando. El abogado del que te hablo se llamaba Gonzalo. Así lo explica la marquesa.

—De acuerdo. Perdona por la interrupción. Es que me han informado de un tal Fernando Muñoz que al parecer vino de Tlaxcala más o menos en esa época.

—¿De Tlaxcala? —preguntó la mujer, pronunciando bien un nombre que no le resultaba extraño— ¡Qué casualidad!... Este Gonzalo también era de allí... y mira por donde, los dos se llamaban Muñoz... ¿Cuándo dices que estuvo en España?

—Ahora no estoy seguro —contestó el profesor— Pero creo que vino a resolver un asunto en mil setecientos y pico, casi al final del siglo XVIII.

—A lo mejor eran parientes —dedujo la marquesa— Lo que yo te cuento sucedió algo más tarde, entre los primeros años del siglo XIX y 1814... y ya te digo que él se llamaba Gonzalo.

«¡Otro Muñoz!» recapacitó Camilo. Recordó que en un *email* posterior, Manuel Francisco Ramírez, refiriéndose a Fernando Muñoz, le había comentado que la explicación del apellido podía estar en que fuera descendiente de Diego Muñoz Camargo, el historiador del siglo XVI cuyo fascinante libro había comprado en su primera visita a Tlaxcala. Su esposa, Leonor Vázquez, era descendiente de Maxixcatzin, por lo que, quizá a partir de ella, los Muñoz podrían ser los destinatarios

de la medalla.

—Como te estaba diciendo —continuó la marquesa— Gonzalo Muñoz buscó la ayuda de mi antepasada, y ésta, utilizando sus influencias, logró que él y su familia pudieran huir de España y regresar a las Indias.

—¡Vaya!... entonces... no se quedaron aquí —señaló el profesor, decepcionado.

—Aja —confirmó la mujer— Sin embargo, dejaron unos documentos que al parecer eran muy valiosos, para que los custodiara la marquesa. Como él estaba en la lista de los perseguidos, temieron que si los apresaban, se perderían esos documentos o caerían en otras manos, y para evitar este riesgo, le pidieron el favor a mi antepasada. Así lo explica ella, como podrás ver en su escrito.

—¡Los códices! —exclamó Camilo en voz alta.

—¿Cómo dices? —preguntó la marquesa.

—Disculpa... pensaba en alto —reaccionó el profesor— Esos documentos que dejaron aquí, deben ser esos códices de los que me han hablado en México... ¿Son unos dibujos?

—Así es... Veo que todo esto no te resulta nuevo.

—Mira Carmen... todo ha ocurrido muy rápido. Hace siete meses ni siquiera sabía que existía un lugar llamado Tlaxcala... pero cuando estuve allí, al ver mi medalla, me preguntaron por los códices que supuestamente debía tener el que la poseyera... Y yo, claro, no tenía ni idea... Después encontré esa carta que enviaste a mi abuela. Ahora escucho tus explicaciones... y por fin aparecen los famosos códices... Por cierto, ¡estoy deseando verlos!

—La marquesa, mi antepasada, dio instrucciones precisas al respecto —explicó ella— Los documentos sólo se podrían enseñar y entregar al portador de una medalla como la que tú llevas, cuando éste se presentara. En ningún caso a otra persona, o buscando a su propietario, ya que podría ocurrir, así lo dice, que el portador de la medalla, por razones de seguridad, no quisiera significarse. Yo transgredí esta condición investigando el asunto y mandando la carta a tu abuela, pero después decidí respetarla y por eso no insistí... Podía haber llamado por teléfono a tu abuela, o ir a visitarla... Y sin embargo no lo hice. Recordé lo que decía el escrito y pensé que debía hacer las cosas como allí se pedía... Aunque ha pasado mucho tiempo, podrían seguir existiendo razones de seguridad para no reclamar los documentos... la falta de respuesta de tu abuela, me hizo pensar que podía haber algo de eso... Pero en fin, como te dije antes, la Providencia ha querido que tú, el portador de la medalla, hayas venido a reclamar los documentos que Gonzalo Muñoz le dejó a la marquesa... ¡hace doscientos años!

—¿Qué obra vamos a ver? —preguntó Isabel.

—Teníamos varias opciones, pero quería que conocieras este teatro —respondió Camilo— La obra se llama «El sí de las niñas». Es un clásico de principios del siglo XIX... Y se estrenó en esta misma sala, aunque entonces se llamaba Teatro del Príncipe.

—¡Qué teatro tan lindo! —exclamó la muchacha al entrar.

Se apagaron las luces y los actores salieron al escenario. La comedia comenzó. Sentados en dos buenas butacas de la quinta fila, cercanas al pasillo central, se encontraban en la gloria y disfrutaban de los divertidos entresijos de la representación.

—¿Te está gustando? —preguntó él en voz muy baja, acercándose al oído de la mexicana.

—Sí, es muy intensa —respondió ella, sin apartar la vista del escenario.

Doña Inés insistía a su joven hija, Paquita, sobre las virtudes del viejo don Diego como futuro marido, cuando Camilo, dejándose llevar por el grato sentimiento que le invadía, rozó la mano de Isabel hasta llegar a sujetarla sutilmente. La muchacha correspondió con naturalidad, entrelazando sus finos dedos con los más gruesos de él. Repartiendo su atención entre el sí de la comedia y el suyo, continuaron unidos la mayor parte del primer acto. Al llegar el descanso, se desligaron y actuaron como si nada hubiera pasado.

—¡Pobre *chavita!*... obligada a casarse con un hombre que no ama —comentó Isabel, refiriéndose a la obra.

—Y además, mucho mayor que ella —añadió Camilo.

—Bueno... eso es lo de menos, ¿no crees? —apuntó la chica, con una intención encubierta que no pasó desapercibida— ¡En el amor no hay diferencia de edad!

Le agradó a Camilo ese convencimiento, pero al mismo tiempo, le asustó su firmeza.

Comenzado el segundo acto, por prudencia más que por falta de deseo, esperó unos minutos antes de intentarlo. Ella le estaba esperando. Unieron sus manos con más fuerza y sintieron que el sí era sincero. «¿Pensaré, de verdad, que la diferencia de edad no importa?» se preguntó el profesor, mientras rechazaba el matrimonio de Paquita con don Diego.

En el siguiente intervalo volvieron a eludir el tema. Una visita al baño y un par de comentarios superfluos, bastaron para ocupar el tiempo. Después, en la sala, ocurrió de nuevo. La mano derecha de ella y la izquierda de él, compartieron el protagonismo con los actores. Caricias suaves, apretones esporádicos, pequeños roces... La vista en el escenario... con miradas de reojo que se esforzaban por disimular... Y así, hasta el feliz desenlace del tercer acto, cuando llegó el ineludible momento de contribuir al merecido aplauso.

—¡Qué bueno que al final triunfó el amor! —comentó Isabel, sin poder reprimir unas lagrimitas de emoción.

—Cierto —coincidió Camilo— Pero... ¿pensarías lo mismo si ella hubiera estado enamorada del viejo don Diego y obligada a casarse con el joven don Carlos por su dinero?

La pregunta sorprendió a la muchacha, pero enseguida reaccionó:

—¡Claro que pensaría lo mismo!... Lo esencial de la obra no es la diferencia de

edad, sino la falta de amor. Ya te dije que para mí, lo de la edad no es importante... ¿Tú crees que sí lo es?

—La verdad, Isabel, es que tengo mis dudas —se sinceró el doctor— En teoría estoy de acuerdo con tu planteamiento... pero en la práctica, creo que la diferencia de edad, si es muy grande claro, puede dificultar los proyectos comunes y la convivencia.

Los dos se quedaron pensativos, en silencio, intuyendo que el otro estaba cavilando lo mismo. Se llevaban veinticuatro años, y la comedia de Moratín había puesto la cuestión sobre la mesa. «¿Será por eso, que me da tanto miedo esta posible relación?» se preguntaba él. «Seguro que es por eso por lo que ni siquiera se decide a mencionar el tema» se convencía ella.

Entraron en un bar de la calle Postas a tomar un bocadillo de calamares. A Camilo le fascinaban y quería que Isabel los probara. La chica estaba alucinada con el increíble dinamismo del lugar.

—¡Dos de calamares! —gritó el camarero que los atendía desde detrás de la barra, mientras cobraba a otro cliente y preparaba unas cañas para un tercero.

—¡Marchando dos de calamares! —se oyó decir, enseguida, a un compañero que debía estar en la cocina.

—Es un bar de los de siempre de Madrid... de los que cada vez quedan menos —explicó Camilo, entusiasmado— Como ves, los camareros no paran... atienden a varios a la vez... Y se come aquí de pie, en la barra...

—¡Ummm!... está delicioso —sentenció la muchacha. Isabel tenía que madrugar y prefería no acostarse tarde, pero aún así, pasaron por San Ginés a tomar un chocolate con porras.

—¡Es una visita obligada cuando se viene al centro! —apuntó Camilo, disfrutando de su papel de anfitrión.

—¿Chocolate con porras? —cuestionó la muchacha con ironía— ¿Te echan porras mientras te tomas el chocolate?... jajaja...

Camilo acompañó a la chica con una leve carcajada, al darse cuenta de que en México *echar porras* significa animar, como cuando, por ejemplo, se anima a un equipo deportivo. Recordó que había ido a ver un partido de baloncesto de la Universidad Iberoamericana, y a las *cheer leaders* también les llamaban *porras* .

—¡Nooo!, jajaja, las porras son algo parecido a los churros... y aunque puedes encontrarlas en muchos lugares de España, sobre todo son típicas de Madrid —aleccionó a su antigua alumna— Si te gustan los churros, te encantarán las porras.

Llegaron al emblemático San Ginés y se acomodaron en una mesa. De lo que había sucedido en el teatro, no habían hablado ni media palabra. Isabel deseaba hacerlo, pero dudaba. La verdad, pensaba, es que todavía iba a estar en Madrid una semana más, por lo que tendría tiempo suficiente para abordar el tema con tranquilidad. «Es mejor no agobiarlo... dejar que se decida a platicar cuando esté listo» había aceptado. Sin embargo, mientras esperaban a que les sirvieran, se

sorprendió a sí misma cogiendo la mano de Camilo y haciéndole la pregunta que había estado reprimiendo.

—¿Crees que si yo te dijera sí a ti, sería por el interés... por tu dinero o tu posición social?

Camilo se quedó petrificado. No lo esperaba. Sabía, en el fondo, que tarde o temprano tendría que afrontar este asunto... «pero así... de sopetón... ¡y por iniciativa de ella!»

—Bueno... por mí dinero no creo, jajaja... no tengo ni para pagar mi entierro — contestó haciendo un chiste fácil para salir del paso.

—No es cierto —le dijo ella, siguiéndole el juego— Pronto tendrás tu parte del tesoro de Hernán Cortés, jajaja.

—¡Lo había olvidado! —continuó él con la broma, percibiendo que se trataba de la mejor estrategia— Seré como don Diego... pero esta vez, tú, Paquita, ¡no te escaparás!

Seguían riendo cuando el camarero de piel oscura posó en la mesa las dos tazas con el chocolate y un plato con cuatro porras inmensas. Camilo pensó que le había salvado la campana, pero en realidad no estaba muy seguro.

—He observado que aquí, en Madrid, hay muchas personas de América Latina — comentó la chica, nada más irse el empleado— Así que yo no desentonaría tanto ¿no crees?, jajaja... Por cierto, aún no me has contestado lo que te pregunté.

—Tú no desentonas en ningún caso, Isabel... Al contrario, siempre destacas — respondió el doctor con galantería, aprovechando para hacerse el loco.

—Gracias por el cumplido... me ha gustado —correspondió la muchacha sintiéndose muy halagada, antes de cambiar de tono— Mira, si no quieres contestar, no lo hagas... pero por favor, no me trates como si fuera tonta.

—Disculpa, Isabel. No era mi intención —reaccionó el profesor, dándose cuenta de que el tiempo de las bromas había pasado— Sé que eres una mujer de valores profundos y no dudo que si estuviéramos juntos, tu sí respondería a un sentimiento sincero.

Ganó muchos puntos, y la emocionó más de lo que ya estaba. Volvió a tomar su mano y lo miró a los ojos, transmitiéndole sin palabras que estaba decidida. Él sintió que algo iba a pasar. La chica se acercó y besó sus labios. Una, dos, tres veces. Camilo temblaba y permanecía inmóvil. Al llegar la cuarta, venció a sus miedos y participó. Un beso discreto pero intenso. Había desaparecido todo. ¡Sólo estaban ellos!

—Mira Isabel, me...

—Chssss... ¡no digas nada!... —le interrumpió ella, sellándole los labios con la yema de uno de sus dedos índice— Tenemos tiempo para platicarlo todo con tranquilidad... ¿no te parece?... quedémonos ahorita con ese maravilloso beso.

Caminaron del brazo hasta el hotel y se despidieron en el *hall* con otro beso. Quedaron en que él la llamaría al día siguiente. El horario de los dos era complicado,

pero buscarían un hueco para verse. Al salir a la calle, se encontraba acalorado. Se quitó la americana y gozó del aire fresco que dominaba la noche. Se sentía un *rapaz*. Le invadía la ilusión de un nuevo amor que había estado negando, pero seguía presente la sombra de la inseguridad y el miedo. «¡*Carallo!*... ¿Seré capaz de resolver mis dudas?»

Acaparado por sensaciones intensas y pensamientos recurrentes que le abstraían de cualquier otro estímulo, avanzó hacia el aparcamiento para recoger su coche. Allí se percató de que, con tanto ajeteo, no había terminado de contarle a Isabel la historia de la marquesa de Rueda. «Bueno, habrá tiempo otro día». Al recordar la omisión, desvió su atención de la improductiva reflexión sobre su futuro amoroso y se sintió mejor. «Necesito más tranquilidad para pensar en todo eso... Ahora no es el momento» concluyó. «¿Qué es lo que no le conté?»

—¿Cómo encontraste a mi abuela y la relacionaste con Gonzalo Muñoz? —le había preguntado a la marquesa.

—Como te dije antes, contraté a un historiador para que investigara el caso. Me lo recomendó un amigo que es profesor de Historia en la Universidad de Salamanca — aclaró la señora— Le di acceso a todos los archivos... excepto a esos documentos reservados, claro... y le autoricé a que se desplazara donde hiciera falta. Estaba tan intrigada que decidí no escatimar esfuerzos.

—Aja... y supongo que él encontró algo —apuntó Camilo, anticipándose a la siguiente explicación.

—Así es —confirmó ella, acompañando las dos palabras con un contundente gesto de cabeza— Gonzalo Muñoz y su familia salieron para Nueva España en 1814... pero por algún motivo, se quedaron en Cuba.

—¡En Cuba! —exclamó el doctor, muy excitado, recordando que su madre le había dicho que la familia de su abuela había estado allí. «¡*Camilo*, empieza a encajar todo!»

—Sí, en Cuba —ratificó Carmen— El barco hacía escala en Santiago de Cuba y ese fue su destino final. Cuba era entonces una colonia española y la marquesa tenía allí plantaciones de azúcar y otros negocios. Gonzalo Muñoz se quedó como administrador de todo eso. Así consta en varios documentos.

—Entonces... ¿Nunca regresó a Tlaxcala?

—No lo sé. Eso es algo que no hemos podido averiguar. Pero si lo hizo, estuvo poco tiempo, porque trabajó en Cuba para la marquesa hasta que murió... creo que en 1842 o 43.

—¿Y su familia?... ¿También eran de Tlaxcala?

—Sus dos hijos mayores nacieron en España... y creemos que otros dos más en Cuba. Apenas tenemos noticias de ellos... pero algunos se quedaron allí y tuvieron descendencia cubana... eso seguro. Sabemos que la familia Muñoz mantuvo una estrecha relación con mi familia hasta 1898, cuando entramos en guerra contra los Estados Unidos y perdimos lo que teníamos allí.

—Supongo que sería entonces cuando regresaron los Muñoz a España, ¿no?... los padres o los abuelos de mi abuela —dedujo Camilo en voz alta.

—No hemos encontrado una relación precisa de la línea sucesoria de Gonzalo Muñoz —informó Carmen— Pero hay una partida de nacimiento de Leonor Muñoz, la madre de tu abuela. Nació en Santiago de Cuba en 1878. Su padre fue Álvaro Muñoz, supuesto descendiente de Gonzalo, seguramente su bisnieto, y su madre, que murió en el parto con tan solo dieciocho años, Blanca de Grijalva, descendiente del explorador del siglo XVI, Juan de Grijalva.

«¡Vaya!, otro antepasado ilustre», recapacitó el profesor.

—Álvaro Muñoz, el abuelo de tu abuela, volvió a casarse y tuvo más hijos... pero no sabemos mucho de ellos... —continuó la marquesa, algo dubitativa— Y sí, Leonor Muñoz y su marido, los padres de tu abuela, vinieron a España cuando empeoró la situación en Cuba, en 1896 o 97. Como ya sabrás, tu abuela Juana ya nació aquí, en Lebríja... y por cierto, como curiosidad te diré que la mujer de Gonzalo Muñoz también se llamaba Juana... Juana de Guevara.

Llegó a casa y se cambió de ropa. Pijama, zapatillas y un fino batín de seda. Seguía sobresaltado por la extraordinaria tarde que había pasado con Isabel y el previsible rumbo de su relación. Para relajarse, puso un *cd* de María Dolores Pradera y preparó un poleo menta. Le fascinaba escuchar a esta cantante, todavía en activo con ochenta y un años. Se estremecía cuando interpretaba *Cu-cu-rru-cu-cú Paloma*. «¡Qué voz!... ¡Qué fuerza!... ¡Qué sentimiento!...» Más tranquilo, abrió un cajón que cerraba con llave y, con mucho cuidado, sacó unos papeles muy antiguos que extendió sobre la mesa. Cogió una lupa y, como casi todos los días desde que los tenía, volvió a examinarlos. Esperaba encontrar algo en esos códices, pero de momento sólo percibía lo que era evidente: unos sencillos dibujos de una montaña, que dedujo sería La Malinche, árboles, un río, efigies de dioses prehispánicos, cruces, algunas señales y unas cuantas palabras que no comprendía.

Cuando los vio por primera vez, se sintió decepcionado. «¿Esto es todo?... ¡pues vaya!». Pero llamó por teléfono a Manuel Francisco Ramírez y éste le recordó que, en todo caso, los códices tendrían sentido cuando se unieran a los otros tres juegos: el de la abuela de Isabel, el del ingeniero Xochitemol y el que aún no habían encontrado. Él, de todas formas, continuaba su búsqueda milimétrica por si acaso descubría algún detalle significativo. «Tengo que enseñárselos a Isabel» se dijo sin mover los labios. «A ver cómo reacciona... supongo que habrá visto los de su abuela... quizá pueda aportarme alguna idea».

Guardó los códices como si se tratara del mismo tesoro al que supuestamente conducían, y encendió el ordenador para consultar el correo. «¡Cono!... ¡me ha escrito Kika!... Ya me había olvidado de ella».

Sin perder un instante, abrió el mensaje. Lo leyó de carrerilla y se quedó estupefacto. «¡No me lo puedo creer!». Volvió a leerlo más despacio... dos y hasta tres veces más. «¡*Carallo!*... ¡Esto parece una telenovela de esas!»

Hola señor Camilo Quemadelos

Soy Kika, bueno Paloma, la chava que platicó con usted sobre el altar de muertos en Tlaxcala. ¿Se acuerda de mí? Después me escribió usted un correo. Quería haberle respondido, pero no me atreví porque pensaba que a mi papá no le gustaría.

Ahorita las cosas son diferentes. Mi papá, pobrecito, murió en Enero de un infarto. Fue un golpe muy duro, pero consuela saber que vivió feliz, haciendo las cosas que le gustaban. Ahora, la medalla que él llevaba, me pertenece a mí.

Es igual que la medalla que tenía usted. Me di cuenta desde el primer momento. La cruz en la montaña de La Malinche y detrás un pájaro con plumas grandes. ¿Sabe usted que significa? Mi papá me explicó que es porque procedemos del tlatoaní Maxixcatzin, uno de los grandes jefes de Tlaxcala en la etapa prehispánica, y que desde entonces, es una tradición traspasar la medalla de padres a hijos.

Cuando le platiqué a mi papá que había visto otra medalla igual (la que usted llevaba en Tlaxcala), se quedó muy sorprendido e insistió en que me habría equivocado. Pero unos días más tarde, me dijo que buscando en unos archivos había encontrado algo. Según me explicó, nuestra familia estuvo viviendo en Cuba durante algún tiempo, hasta que uno de nuestros antepasados, llamado Álvaro Muñoz, regresó a Tlaxcala con los hijos de su segunda esposa, que por cierto, era española. Él era el portador de la medalla de los descendientes de Maxixcatzin, pero antes de salir de Cuba, quiso dársela a su hija mayor, que era de su primer matrimonio. Entonces encargó otra igual, que fue la que él llevó hasta su muerte y heredó su hijo Gonzalo, el primero de su segunda esposa, del que venimos nosotros. Así que por lo menos tengo una antepasada española.

Si esta historia es cierta, y se ha cumplido la tradición de transmitir la medalla, tanto usted como yo descendemos de Álvaro Muñoz, el heredero de Maxixcatzin. Aunque usted es español, ¿no es cierto? Bueno, supongo que la primera hija de nuestro antepasado, o algún descendiente suyo, se iría a España.

Sin embargo, u espero que no se moleste por decirle esto, es posible que la hija mayor de Álvaro Muñoz no fuera hija biológica suya, aunque él asumiera la paternidad para salvar el honor de su primera esposa, con la que según se dijo, se casó estando embarazada.

Si esto fuera así, aunque Álvaro Muñoz, al darle la medalla original, quiso reflejar que consideraba a su hija adoptada como legítima heredera, los verdaderos descendientes de Maxixcatzin seríamos sólo los de su segundo matrimonio.

¿Sabía usted algo de todo esto? En su correo me dijo que había averiguado cosas. Le estaría agradecida si me regalara unos minutos para compartirlas.

Disculpe por la extensión de este correo. No quería molestarlo, pero necesitaba platicárselo. Muchas gracias.

Le envió saludos

Kika

Con parsimoniosa calma se quitó las gafas y, recostándose en el respaldo del sillón, situó una de sus patillas entre los dientes. Después, abandonó el ordenador y levantó la vista para fijarla en una foto enmarcada de su hija Almudena que presidía la estancia desde la pared. Recordó que no era su hija biológica, pero la quería tanto que ni lo tenía en cuenta, ni le importaba lo más mínimo que así fuera. «¡Es mi hija! ... ¡y punto!... ¡Qué *carallo!*».

Pensó en su supuesto antepasado, Álvaro Muñoz... ¿o ya no lo era?... casándose con Blanca de Grijalva a sabiendas de que estaba embarazada de otro. «Probablemente, un cabrón de la aristocracia que no fue capaz de asumir su responsabilidad... ¿mi verdadero antepasado?... Todo un caballero ese Álvaro Muñoz... ¡sí señor!... debía querer mucho a Blanca... ¡tan joven y muerta en el parto!... ¿Cómo no iba a amar a Leonor como a una hija?... la había visto nacer, la había criado... le recordaría a su amada Blanca... ¿No amo yo con locura a Almudena?... Entiendo perfectamente que considerara a Leonor su legítima heredera... Eso mismo haré yo... aunque llegue a tener mis propios hijos... ¿Con Isabel?»

Recordó que esa noche Almudena estaba de guardia en el hospital y decidió llamarla por teléfono. Necesitaba escucharla, sentirla cerca. No sabía si descendía de la nobleza tlaxcalteca, ni a dónde le llevarían esos códigos que había heredado y que, por supuesto, seguiría investigando. Pero había descubierto Tlaxcala y a una maravillosa mujer de la que, «¡quién sabe!», podría llegar a tener un hijo de esa ascendencia. En cualquier caso, pasara lo que pasara en el futuro, su principal riqueza era esa hija maravillosa por la que daría todo. En ella veía a Paloma, la mujer de su vida, y se reflejaba él, comprobando los valores que le había transmitido. Y sobre todo, la amaba incondicionalmente, como sólo un padre o una madre pueden amar a sus hijos.

—¿Almu?

—¡Papáaaa!... ¿Cómo estás?... ¡Qué alegría!

—¿Estás bien, hija?

—Muy bien, papá... ¿Sucede algo? ¿Cómo es que me llamas tan tarde?

—Quería escucharte cariño... saber que estás bien...

—Claro que estoy bien... me alegra oírte... Oye papá, ¿Sigues investigando si descendemos de esos mexicanos que se aliaron con Hernán Cortés?... ¿De dónde eran?... Ese sitio que te había gustado tanto... Tasssss... ¡Táscala!... ¡no!, espera, no me lo digas... ¡Tlaxcala!... Eso es, Tlaxcala.

EPÍLOGO

Sigo investigando sobre la ascendencia tlaxcalteca de Camilo Queimadelos, su medalla, los códices y el supuesto tesoro que Hernán Cortés dio a los de Tlaxcala. Con tal fin, mi amigo recibe una generosa ayuda financiera de la marquesa de Rueda, muy interesada en este asunto, que hace posible el esfuerzo. En México, el doctor Ramírez y el ingeniero Xochitemol continúan trabajando en la misma línea. Pronto me desplazaré allí para intercambiar algunos avances e investigar *in situ*. Por supuesto, visitaré Tlaxcala. Lo estoy deseando. Me ilusiona estar allí y comprobar si siento la intensa emoción que me transmitió Camilo. Aunque no llegara a tanto, sé que disfrutaré visitando todos esos lugares que gracias a él, he descrito. También quiero conocer a Kika, a la abuela de Isabel y a Verónica Islas. Camilo sigue cultivando una buena amistad con Verónica. Con cierta frecuencia se cruzan *emails* y alguna vez hablan por teléfono. Según me dijo, ahora tiene pareja: un conocido abogado que ronda los cincuenta.

A Camilo sólo le veo de vez en cuando, pero nos hablamos bastante a menudo. Se muestra muy interesado por cualquier progreso de la investigación y el mismo colabora activamente en algunos procesos. Sigue estando pletórico de ese contagioso entusiasmo que me atrapó en nuestro primer encuentro. Me contó que había incorporado a sus clases muchos ejemplos relacionados con Hernán Cortés, Xicotécatl, Moctezuma, Cuitláhuac, Cuauhtémoc y otros líderes de ese tiempo. Se ha enterado de que algunos de sus alumnos, encubiertamente pero con respeto, le apodan «el mexicano». A él le gusta.

Isabel Lozano viene a verlo con asiduidad a España. No pasa desapercibida. Y Camilo es la envidia y la comidilla de muchos. Él está encantado, claro. Almudena, su hija, sigue en Inglaterra, a punto de terminar sus estudios de Medicina. Por lo visto, quiere quedarse allí para especializarse en ginecología. Conoció a Isabel el verano pasado. Su primera impresión no fue buena: «demasiado joven»... «se maquilla mucho»... «no me pega nada con mi padre»... Por suerte, pronto se dio cuenta de que es una mujer bondadosa y noble que en verdad está enamorada. No se puede decir que sean amigas, pero su relación es entrañable, y eso a Camilo le hace muy feliz. Las dos lo saben y ponen de su parte.

Un día, tomando un tequila, nos preguntamos qué sucedería si finalmente encontráramos el supuesto tesoro de Hernán Cortés. Mero ejercicio de especulación. Divagamos durante un rato y resultó divertido.

—No sabemos si todo este esfuerzo nos llevará a algún sitio —le dije a Camilo.

—No importa —apuntó él, muy convencido— El verdadero tesoro ya lo hemos conseguido... Fíjate todo lo que hemos aprendido, la emoción que sentimos... la pasión que ponemos en todo esto... ¡y hemos descubierto Tlaxcala!...

Pensé que como casi siempre, Camilo estaba en lo cierto, y me alegré del día en

que nuestra común amiga, la marquesa de Rueda, se empeñó en que nos conociéramos.

— oOo —

CRONOLOGÍA DE HECHOS HISTÓRICOS

- Siglo V a. C.: Los olmecas-xicalangas fundan Tlachihualtépetl (la antigua Cholula).
- Siglos III-VI: Apogeo de Teotihuacan.
- Siglos VII-X: Los teochichimecas llegan al valle de Anahuac desde el norte de México. Presencia de los olmecas-xicalangas en Cacaxtla.
- Siglos XI y XII: Apogeo de la ciudad de Tula, que será destruida sobre 1158.
- Siglo XII: Llegan los toltecas a Tlachihualtépet. Un siglo después, le llaman Cholollan.
- Siglo XIII: Los chichimecas, herederos de los toltecas de Tula y Teotihuacan, llegan al valle de Anahuac y se instalan en el sur (Culhuacan) y el noreste (Tezcoco). Los tepanecas llegan al valle de Anahuac y se instalan en la parte oeste (Azcapotzalco). Los teochichimecas llegan al territorio actual de Tlaxcala.
- Siglo XIV: Comienzan a formarse y confederarse, los señoríos de Tlaxcala.
- 1325: Los mexica fundan Tenochtitlan en un islote del valle de Anahuac.
- 1348: Tezozómoc, *tlatoaní* de los tepanecas de Azcapotzalco. Con él comienza la supremacía de los tepanecas en el valle de Anahuac.
- 1353: Los mexica fundan Tlatelolco en un islote al norte de Tenochtitlan.
- 1373: Acamapichtli, primer *tlatoaní* de Tenochtitlan.
- 1416: Chimalpopoca, nieto de Tezozómoc, tercer *tlatoaní* de Tenochtitlan.
- 1426: Itzcóatl, cuarto *tlatoaní* de Tenochtitlan.
- 1427: Maxtla, hijo de Tezozómoc, gran señor de Azcapotzalco. Tiraniza a Tenochtitlan, Tezcoco y otros pueblos del valle, provocando una cruenta guerra. Nezahualcóyotl, futuro *huey tlatoaní* de Tezcoco, se refugia en Tlaxcala para protegerse de Maxtla.
- 1428: Liderados por Itzcóatl, victoria de los culhua-mexica sobre los tepanecas de Azcapotzalco. Se forma la Triple Alianza entre Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan.
- 1431: Nezahualcóyotl, *huey tlatoaní* de Tezcoco.
- 1440: Moctezuma Ilhuicamina (Moctezuma I) *huey tlatoaní* de Tenochtitlan. Con él se inicia la expansión del imperio culhua-mexica. Le sucederán sus hijos Tezozómoc, Tizoc y Ahuitzotl.

- 1450 (aprox.): Xicoténcatl el viejo, *tlatoaní* del señorío tlaxcalteca de Tizatlan.
- 1460 (aprox.): La Triple Alianza (Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan), Tlaxcala y Huexotzinco, crean las denominadas «Guerras Floridas»
- 1468: Nace Moctezuma II.
- 1472 (aprox.): Nezahualpilli, *huey tlatoaní* de Tezcoco.
- 1473: Guerra civil entre los mexica de Tenochtitlan y Tlatelolco. Liderados por Ahuizotl, vencen los de Tenochtitlan y someten a los derrotados.
- 1478: Derrota de los mexica frente a los tarascos de Michoacán.
- 1484: Nace Xicoténcatl Axayacatzin (Xicoténcatl el joven).
- 1485: Nace en Medellín (Extremadura, España) Hernán Cortés.
- 1492: En España, rendición del reino moro de Granada y fin de la Reconquista. Cristóbal Colón, patrocinado por la Corona de Castilla, parte hacia las Indias por la ruta de occidente. Descubrimiento de América.
- 1493: Colón funda la primera colonia española en la isla La Española (en la actualidad, República Dominicana y Haití). Bulas del Papa Alejandro VI, llamadas alejandrinas, para regular el derecho de conquista y el deber de evangelización de los territorios del Nuevo Mundo.
- 1494: Tratado de Tordesillas entre Portugal y España, por el que se divide el territorio de conquista de ambos países, tomando como frontera una línea divisoria de norte a sur, a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde.
- 1502: Moctezuma Xocoyotzin (Moctezuma II), elegido *huey tlatoaní* de Tenochtitlan.
- 1504: Los tlaxcaltecas vencen a los mexica y los huexotzingas en la batalla de Atlixco. Hernán Cortés se embarca hacia las Indias y se instala en La Española.
- 1505-1506: Duras hambrunas en el valle de Anahuac.
- 1506-1518: Ayudados por los otomíes que viven en el territorio de Tlaxcala, los tlaxcaltecas rechazan nuevos ataques mexica. Alianza de Tenochtitlan con Cholula.
- 1508: Exploración y colonización de la costa de Darién (en el actual Panamá)
- 1509: Colonización de Jamaica.
- 1511: Diego Velázquez conquista Cuba. Hernán Cortés se traslada con él.
- 1515: Muerte de Nezahualpilli, *huey tlatoaní* de Tezcoco. Moctezuma impone a Cacamatzin como nuevo *huey tlatoaní*, en detrimento del príncipe Ixtlixóchitl.
- 1516: Carlos I, nieto de los Reyes Católicos, rey de Castilla y Aragón.

- 1517: Expedición de Francisco Hernández de Córdoba al continente americano. Descubrimiento de la península de Yucatán.
- 1518: Expedición de Juan de Grijalva. Descubrimiento de la costa del golfo de México, incluyendo el río que se llamó Grijalva, en el actual Tabasco. Desembarco en la costa de la actual Veracruz. Bautizan el lugar como San Juan de Ulúa. El gobernador de Cuba, Diego Velázquez, nombra a Hernán Cortés para dirigir una nueva expedición al continente. Preparativos de la expedición. Velázquez revoca el nombramiento, pero Cortés evita que le llegue la orden. La expedición parte de Santiago de Cuba.
- 1519:
 - Febrero (día 23): La expedición de Hernán Cortés parte definitivamente de La Habana.
 - Febrero-Agosto: Llegada a Cozumel. Se incorpora como intérprete Jerónimo de Aguilar. La expedición continúa por mar hacia el oeste. Victoria frente a los indígenas de Potonchan. Marina es entregada por los vencidos en un lote de unas veinte esclavas. Avance hacia el norte sin abandonar la costa. Primeras visitas de los embajadores de Moctezuma. Marina se convierte en intérprete. Cortés recibe a dos nobles culhua-mexica, Atonaletzin y Tlamapanatzin, que le hablan de la profecía del regreso de Quetzalcóatl. Cortés redacta una Merced a favor de estos nobles. Cortés se impone a los que desean regresar a Cuba. Fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz. Primera carta de relación de Hernán Cortés a la reina Juana y el rey Carlos. Enviados por Cortés, Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo encabezan una expedición a España para conseguir el favor de la Corona. Alianza con Cempoala. Cortés decide barrenar todos los barcos para evitar deserciones. Españoles y cempoaleses parten hacia el interior del continente. Juan de Escalante, con una pequeña guarnición, se queda a cargo de la Villa Rica de la Vera Cruz. Con grandes dificultades, la expedición atraviesa la cordillera y llega a Xalapa e Iztacamaxtitlan. Caciques de distintos pueblos se van uniendo a Cortés, aportando víveres y hombres. Carlos I de España, es nombrado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, bajo el nombre de Carlos V.
 - Septiembre: Entrada en el territorio de Tlaxcala. Guerra con los tlaxcaltecas. Paz y alianza con Tlaxcala. Algunos españoles toman esposas tlaxcaltecas. Continúan las conversaciones con embajadores de Moctezuma.
 - Octubre-Noviembre: Españoles, tlaxcaltecas, cempoaleses y otros aliados, salen de Tlaxcala. Matanza y dominación de Cholula. Alianza con Huexotzinco. Con el beneplácito de Cortés, los cempoaleses regresan a Cempoala. Diego de Ordaz sube al Popocatepetl. Avance hacia el valle de Anahuac. Los aliados atraviesan el Popocatepetl y el Iztaccihualt por el «Paso de Cortés» Tlalmanalco, Amecamena, Chinalhuacan, Acacingo y otros pueblos, se unen a Cortés. Cacamatzin, *huey tlatoaní* de Tezcoco, visita a Cortés. Llegada a Iztapalapa, donde los españoles y sus aliados son huéspedes de Cuitláhuac.

Noviembre (día 8): Entrada en Tenochtitlan. Moctezuma recibe a los aliados con todos los honores.

Noviembre-Diciembre: Los aliados se instalan en Tenochtitlan, en el Palacio de Axayácatl. En la Villa Rica de la Vera Cruz, muerte de Juan de Escalante tras una trampa del cacique de Nautla (Almería). Moctezuma es hecho rehén y se traslada al Palacio de Axayácatl, pero sigue ejerciendo el mando bajo la custodia de Hernán Cortés.

— 1520:

Enero-Abril: Ejecución del cacique de Nautla y otros responsables de la muerte de Juan de Escalante. Moctezuma es encadenado durante unos días. Moctezuma se declara súbdito de Carlos V. Se detecta y detiene una conspiración contra Moctezuma y los españoles. Los señores de Tezcoco y Tlacopan, y otros príncipes culhua-mexica, son hechos rehenes. Se normaliza la vida en Tenochtitlan. Cortés organiza algunas expediciones.

Mayo: Enviado por Diego Velázquez, gobernador de Cuba, llega a la costa del continente Panfilo de Narváez para detener a Cortés. Este acude a su encuentro, dejando en Tenochtitlan a Pedro de Alvarado. Cortés vence a Narváez, apoderándose de sus caballos y su armamento. La mayoría de los hombres de Narváez se unen a Cortés.

Junio: Cortés se reorganiza en la Villa Rica de la Vera Cruz. Expediciones a Coatzacoalcos, Panuco y Jamaica. En ausencia de Cortés, matanza del Templo Mayor en Tenochtitlan.

Los culhua-mexica se revelan. Cortés suspende las expediciones y regresa inmediatamente a Tenochtitlan. Los hispano-tlaxcaltecas y sus aliados sitiados en el palacio de Axayácatl. Muerte de Moctezuma. Cuitláhuac nuevo *huey tlatoaní* de Tenochtitlan. Huida de la noche triste. Mueren dos terceras partes de los españoles, cuatro mil tlaxcaltecas y la mayoría de los rehenes. Se pierde el tesoro del quinto real. Los supervivientes llegan a Tlacopan (Tacuba).

Julio: Los hispano-tlaxcaltecas, perseguidos por los culhua-mexica y los tepanecas, se abren paso para llegar a Tlaxcala desde el lado oeste del lago de Anahuac. Les conduce un capitán tlaxcalteca. Decisiva victoria de los hispano-tlaxcaltecas en Otumba. Llegada a Tlaxcala en penosas condiciones. Periodo de recuperación en Tlaxcala. Llegan refuerzos de Cempoala y la Villa Rica. A través de Xicoténcatl el joven, Cuitláhuac busca el apoyo de los tlaxcaltecas para luchar contra los españoles. Los tlaxcaltecas se niegan y renuevan la alianza con Cortés. Bautismo de los principales señores de Tlaxcala.

Agosto-Noviembre: Cuitláhuac solicita ayuda a los tarascos de Michoacán, tradicionales enemigos de los mexica, pero éstos se la niegan. Cortés emprende nuevas expediciones de conquista con la alianza de tlaxcaltecas, cholultecas, huexotzincas y cempoaleses entre otros. Victorias de los aliados en Zacatepec, Tepeaca, Tecamalchalco, Quauhquechollan y otros pueblos. Fundación de Segura de la Frontera a las afueras de Tepeaca. Probanzas a favor de Cortés. Segunda carta de relación de Cortés a Carlos V. Construcción de bergantines en Tlaxcala. Epidemia de viruela que afecta mortalmente a numerosos indígenas.

Muerte de Cuitláhuac por causa de la viruela. Cuauhtémoc nuevo *huey tlatoaní* de Tenochtitlan. Muerte de Maxixcatzin, también por causa de la viruela. A petición de los tlaxcaltecas, Cortés legitima a Juan Maxixcatzin, de once años, como sucesor de su padre.

Diciembre: Avance de los aliados hacia Tenochtitlan. Se incorporan algunos castellanos llegados a la costa. Adhesión del príncipe Hernando Ixtlilxochitl y alianza con Tezcoco.

— 1521:

Enero-Abril: Fernando Tecocoltzin es nombrado por Cortés nuevo *huey tlatoaní* de Tezcoco. Se desmontan los bergantines construidos en Tlaxcala y se trasladan a Tezcoco. Allí vuelven a armarse para su utilización en el lago de Anahuac. Alonso de Mendoza y Diego de Ordaz parten a España con cartas de Cortés para Carlos V.

Conquista de Iztapalapa, Chalco, Mizquic, Azcapotzalco, Xochimilco y Tlacopan, en el valle de Anahuac. Conspiración encabezada por Antonio Villafaña para matar a Cortés. Es descubierta a tiempo y el cabecilla es ejecutado.

Mayo-Agosto: Cortés divide a su ejército en tres grupos para atacar Tenochtitlan. Unos veinticinco mil tlaxcaltecas se sitúan en Tlacopan (Tacuba) junto a Pedro de Alvarado. Deserción, captura y ejecución de Xicoténcatl el joven. Alvarado y Olid destruyen el acueducto de Chapultepec. Decisiva aportación de los bergantines, trasladando hombres y artillería con facilidad. Los aliados entran en la parte sur de Tenochtitlan. Cuauhtémoc y sus principales se retiran hacia el norte, refugiándose en Tlatelolco. Inesperada derrota de los aliados en La Quebrada. Los tlaxcaltecas toman la iniciativa y vencen a los mexica gracias a una hábil emboscada. A pesar de su precariedad, Cuauhtémoc insiste en no negociar. Sitio y asalto final a Tenochtitlan, en el que llegan a participar cien mil tlaxcaltecas.

Agosto (día 13): Captura de Cuauhtémoc. Conquista definitiva de Tenochtitlan. La noticia llega a Tlaxcala el día 15, festividad de la Virgen de la Asunción. Desde entonces, es la patrona de Tlaxcala y de la alianza hispano-tlaxcalteca.

Agosto-Diciembre: Bajo su custodia, Hernán Cortés ratifica en el mando de Tenochtitlan a Cuauhtémoc. Limpieza de escombros y retirada de cadáveres. Primeros planes para la reconstrucción de la ciudad, que se llamará México. Los españoles se instalan en Coyoacán. Cortés asume la protección de las hijas de Moctezuma, instalándolas en su propia casa. Cuauhtémoc es torturado por orden del tesorero real Juan de Alderete.

— 1522: Nace Martín Cortés, hijo de Hernán Cortés y doña Marina. Muere Xicoténcatl el viejo. Cortés envía a Cristóbal de Olid a Michoacán para negociar con los tarascos. Llegada y defunción de Catalina Xuárez, esposa de Hernán Cortés. Pedro de Alvarado somete Tututepec (al sur de Oaxaca).

— 1523: Hernán Cortés conquista la región de Panuco (los actuales norte de Veracruz y parte de Tamaulipas, Nuevo León y San Luís Potosí). Después,

Gonzalo de Sandoval acude para sofocar un levantamiento. Expedición de Gonzalo de Sandoval a Colima. Fundación de Santiago de los Caballeros (la actual ciudad de Colima). Expedición de Pedro de Alvarado a Chiapas y Guatemala. A modo de avanzadilla, llegan tres franciscanos de Gante para iniciar las tareas de evangelización.

- 1524: Llegada de doce franciscanos a Tlaxcala, encabezados por fray Martín de Valencia. Entre ellos se encuentra fray Toribio de Benavente «Motolinía». Con ellos comienza el proceso de evangelización. Tangaxoan II, señor de los tarascos de Michoacán, acude a Coyoacán para hablar con Cortés y rendirle vasallaje. Expedición de Cristóbal de Olid a Las Hibueras. Entre este año y 1530, Pedro de Alvarado lleva a cabo la conquista de El Salvador.
- 1525: Fundación de la actual ciudad de Tlaxcala. El Papa Clemente VII erige la iglesia de Tlaxcala en catedral. Expedición de Hernán Cortés a Las Hibueras (Honduras). En el viaje, Marina se casa con Juan Jaramillo y es ejecutado Cuauhtémoc, último *huey tlatoaní* de la dinastía tenochca.
- 1526: Cortés redacta una Ampliación o Mejora a la Merced otorgada en 1519 a los nobles culhua-mexica Atonaletzin y Tlamapanatzin, por sus valiosos servicios. Pide al emperador que les conceda el dominio de sus tierras y el cacicazgo de sus ciudades con carácter vitalicio.
- 1527: Tlaxcala, primera sede episcopal de Nueva España. Fray Julián Garcés, dominico, primer obispo.
- 1527 y 1529: Martirio de tres niños tlaxcaltecas, beatificados por el Papa Juan Pablo II en 1990.
- 1528: Comienzan las obras de la Capilla Real de Indios en la ciudad de Tlaxcala.
- 1529: Nace en Tlaxcala el historiador mestizo Diego Muñoz Camargo, hijo de Diego Muñoz Camargo, natural de Plasencia (España) y Juana de Navarra, indígena de familia noble.
- 1530. Expedición de Nuño de Guzmán a los territorios que se llamarían Nueva Galicia. México sede episcopal.
- 1531: Fundación de Puebla. A partir de 1532, y hasta 1548, los tlaxcaltecas deben aportar un número fijo anual de personas, entre 800 y 1000, para trabajar en la edificación de la ciudad. A cambio, se exime a Tlaxcala de pagar el tributo de 8000 fanegas de maíz y se le conceden otras ventajas.
- 1535: Carlos V concede escudo de armas a Tlaxcala, le otorga el título de Leal, ordena que la provincia dependa directamente de la Corona y prohíbe distribuir sus tierras entre los colonizadores. Hernán Cortés descubre California.
- 1537: Real Ejecutoria del Real Consejo de Indias, por la que el emperador

Carlos V accede a la petición hecha por Hernán Cortés en 1526, a favor de los nobles culhua-mexica Atonaletzin y Tlamapanatzin, en atención a sus servicios prestados.

- 1541: Aparición de la Virgen (de Ocotlán) a Juan Diego Bernardino, cerca de la ciudad de Tlaxcala.
- 1540: Muere Pedro de Alvarado cuando intentaba sofocar una rebelión indígena en Jalisco.
- 1543: Se traslada a Puebla la diócesis de Tlaxcala, aunque seguirá llamándose diócesis de Tlaxcala hasta comienzos del siglo xx.
- 1545: Gran mortandad de indígenas por epidemias y hambrunas.
- 1547: En España, muere Hernán Cortés. Siguiendo su voluntad, sus restos se trasladan a México en 1566.
- 1550: Comienzan a pintarse los códices del Lienzo de Tlaxcala.
- 1551: El virrey Luís de Velasco limita el cultivo de las cepas de nopal para preservar la agricultura y prevenir las hambrunas. Se funda la Universidad de México, cuyos cursos comenzarán en 1553.
- 1552-53: Se publican en Sevilla los escritos de fray Bartolomé de Las Casas.
- 1556: Felipe II, rey de España.
- 1560: Un empresario español funda en Apizaco (Tlaxcala) el primer obraje.
- 1563: Felipe II otorga a la ciudad de Tlaxcala los títulos de Muy Noble y Muy Leal. Siete nobles tlaxcaltecas reciben escudo de armas.
- 1568: Finaliza su libro Bernal Díaz, pero no será publicado hasta 1632.
- 1572: Llegada de los jesuitas a Nueva España. Expulsados en 1767, regresaron posteriormente.
- 1575: Comienzan las obras de la actual catedral de Puebla. Tlaxcala aporta trabajadores para este servicio. La catedral será bendecida en 1642 y finalizada en 1768.
- 1576: Diego Muñoz Camargo escribe el libro «Historia de Tlaxcala»
- 1585: Cédula real de Felipe II, por la que se concede a la ciudad de Tlaxcala el título de Insigne, añadiéndolo a los de Muy Noble y Muy Leal.
- 1591: Parte hacia el norte la «Gran Caravana», expedición formada por numerosas familias tlaxcaltecas para poblar el «Gran Chichimeca»
- 1598: Notable descenso demográfico en Tlaxcala a finales del siglo xvi. Se estima una población indígena de 100 000 habitantes, la quinta parte que en

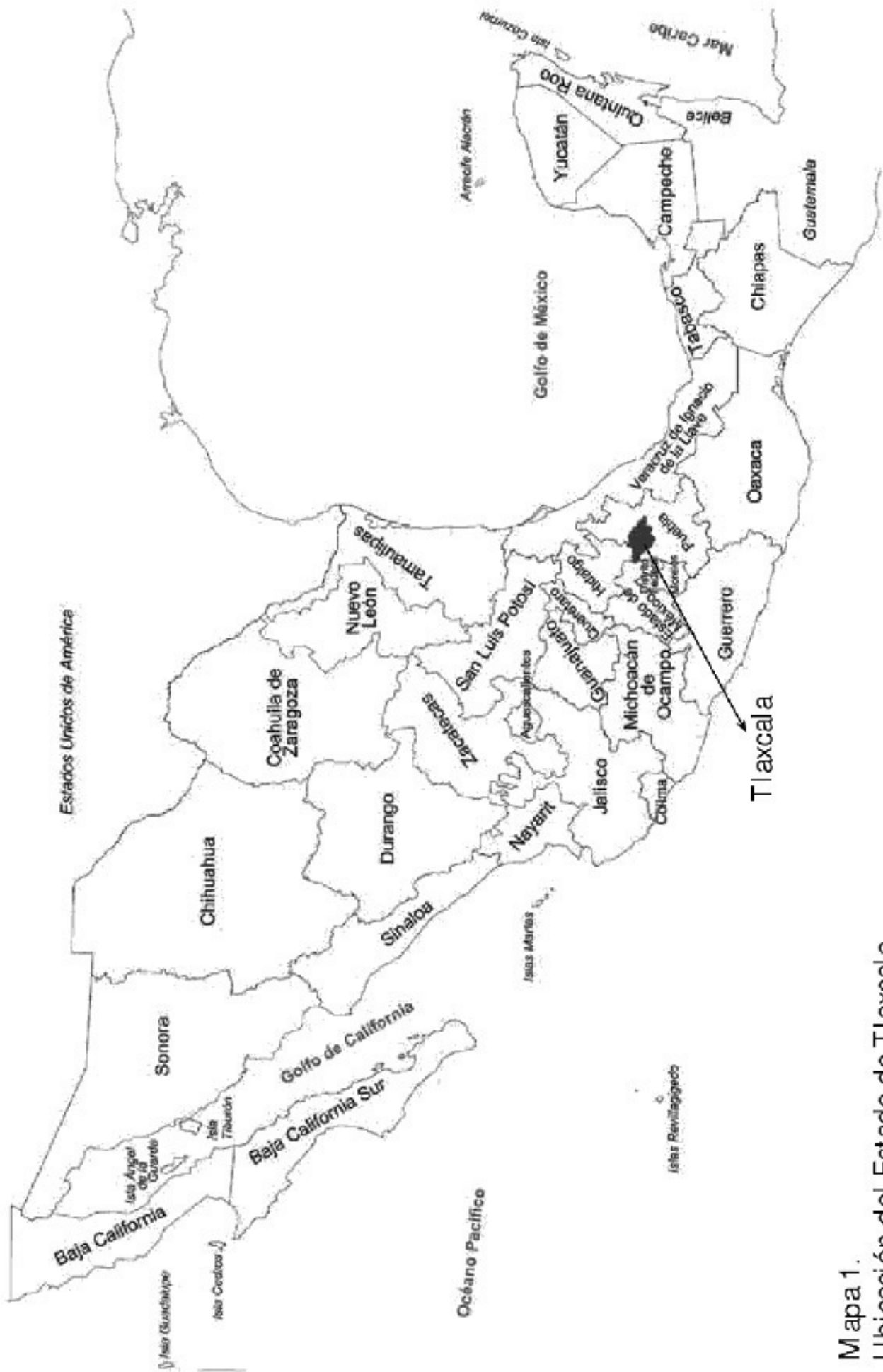
1519. El descenso se debe, fundamentalmente, a las epidemias, las hambrunas, las guerras de conquista y la emigración. Muchos tlaxcaltecas han acompañado a los españoles en sus expediciones y se han asentado en otros lugares.
- 1617: Testimonio jurídico compulsado, dado por el virrey Diego Fernández de Córdoba, de la Real Ejecutoria de 1537 (veáse ese año).
 - 1631: San Miguel se aparece a Diego Lázaro, cerca de Tlaxcala.
 - 1786: Se dispone que Tlaxcala forme parte de la provincia de Puebla. Los tlaxcaltecas recurren ante Carlos IV.
 - 1793: Carlos IV da la razón a Tlaxcala y ratifica su autonomía.
 - 1796: España se ve forzada a aliarse con Francia.
 - 1804: Decreto de Consolidación de Vales Reales, mediante el que se exige a la Iglesia que preste dinero a la Corona.
 - 1805: Batalla naval de Trafalgar. La armada inglesa derrota a la hispano-francesa.
 - 1807: Motín fallido de El Escorial para derrocar a Carlos IV. Se firma el tratado de Fontainebleau entre Francia y España que permite a las tropas francesas entrar en territorio español.
 - 1808: Motín de Aranjuez. Carlos IV abdica a favor de su hijo Fernando VII. Requerido por Napoleón, Fernando VII se traslada a Bayona (Francia) y allí le devuelve el trono a su padre. Este se lo cede a Napoleón, quién nombra rey a su hermano, José I. Levantamiento del pueblo de Madrid el 2 de mayo. Comienza la guerra de la Independencia entre Francia y España (que más adelante contará con la alianza de Inglaterra). Se crean las Juntas Provinciales y la Junta Central para oponerse a José I. Derrota francesa en la batalla de Bailen. El virrey de Nueva España, José de Iturrigaray, promueve una junta de ayuntamientos para decidir el gobierno novohispano. Un golpe de estado termina con el virrey.
 - 1809: Conspiración de oficiales criollos en Valladolid (Michoacán, Nueva España), la actual Morelia. No prospera.
 - 1810: Primera sesión de las Cortes de Cádiz en la isla de León. José Miguel Guridi y Alcocer, y los hermanos Manuel y Miguel Lardizábal, representantes tlaxcaltecas. En Nueva España, levantamiento de Miguel Hidalgo. Los insurgentes toman Guanajuato y Valladolid, llegando hasta las puertas de México. En Tlaxcala no les apoyan.
 - 1811: Derrota definitiva de Hidalgo en Puente de Calderón. En España, el tlaxcalteca criollo Miguel Lardizábal, firma un documento atacando la legitimidad de las cortes de Cádiz.
 - 1812: Proclamación de la Constitución de Cádiz. En Tlaxcala se jura en su

plaza principal. Desde entonces se llama Plaza de la Constitución.

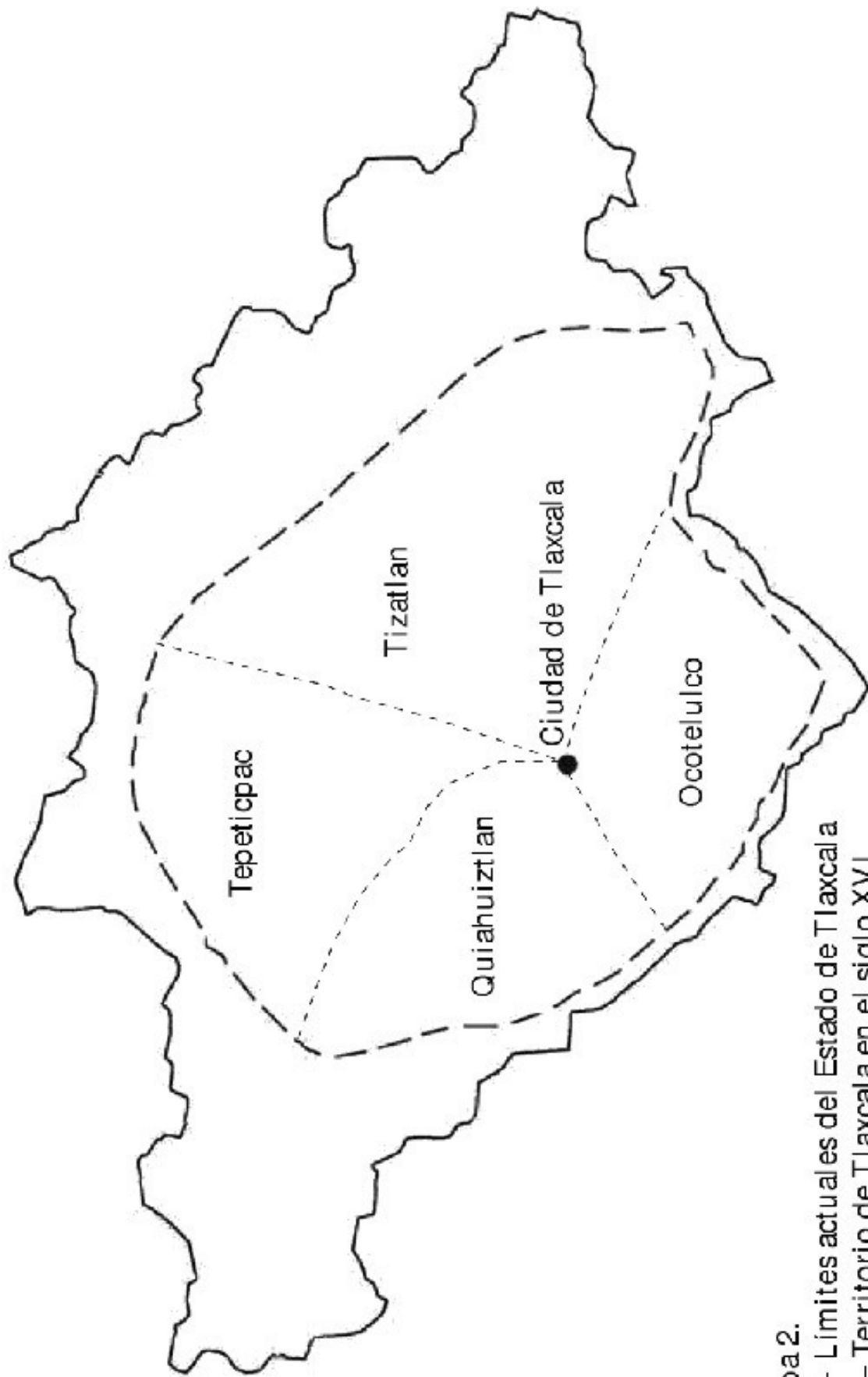
- 1813: Nuevo brote independentista en Nueva España, encabezado por José María Morelos. Declaración de independencia y redacción de una constitución inspirada en la de Cádiz. Tlaxcala permanece fiel a la corona española. Tratado de Valencay. Finaliza la guerra de la Independencia entre Francia y España.
- 1814: Las cortes se reúnen por primera vez en Madrid. Regresa Fernando VII a España. Las cortes le piden al rey que jure la Constitución de Cádiz. Fernando VII la rechaza e implanta un régimen absolutista. Persecución y encarcelamiento de liberales y afrancesados. Miguel Lardizábal, criollo tlaxcalteca, Ministro Universal de Indias de Fernando VII
- 1821: Proclama de Iguala. Independencia de México.
- 1822-24: El tlaxcalteca José Miguel Guridi y Alcocer, diputado de las Cortes Constituyentes de México, y miembro de la Suprema Junta Provincial Gubernativa. En 1824 firma el Acta de Independencia y la Constitución Federal. Tlaxcala obtiene el rango de territorio, pero no de estado.
- 1836: Tlaxcala pasa a ser un distrito del Departamento de México.
- 1847-1848: Guerra entre México y los Estados Unidos. Felipe Santiago Xicoténcatl, tlaxcalteca, dirige la defensa del castillo de Chapultepec. Mediante el tratado de Guadalupe, México pierde Texas, California, Nuevo México (que también abarcaba Arizona), Nevada, parte de Colorado y parte del territorio de Tamaulipas (en total, unos dos millones y medio de metros cuadrados).
- 1857: Se le concede a Tlaxcala la condición de estado soberano.
- 1858-1860: Guerra de Reforma en México.
- 1862: El ejército francés desembarca en Veracruz. El 5 de mayo son derrotados en Puebla por el ejército liberal mexicano, bajo el mando del general Ignacio Zaragoza.
- 1863: Tras una heroica resistencia, cae la ciudad de Puebla ante el ejército francés.
- 1864: Comienza el reinado del emperador Maximiliano.
- 1867: Se retiran los franceses de México. Maximiliano es capturado y fusilado. Benito Juárez recupera el poder.
- 1892: Alfredo Chavero publica el libro «El Lienzo de Tlaxcala» que recoge gran parte de los códices del siglo XVI, con amplias explicaciones.
- 1910-1920: Revolución mexicana.
- 1935: El pintor mexicano Diego Rivera, termina el mural del Palacio Nacional de la Ciudad de México

- 1943: El Congreso Mexicano de Historia celebrado en Xalapa, declara que no hubo traición de Tlaxcala cuando llegaron los españoles.
- 1957: Desiderio Hernández Xochitiotzin inicia el mural sobre la Historia de Tlaxcala que está en el Palacio de Gobierno. Se crea la actual diócesis de Tlaxcala.
- 1982: El antiguo edificio del Mesón Real (siglo XVI) sede del Palacio Legislativo del estado de Tlaxcala.
- 1995: Desiderio Hernández Xochitiotzin finaliza el mural del Palacio de Gobierno de Tlaxcala.
- 2000: Entrega de las obras de restauración de la catedral de Tlaxcala, financiadas en parte por el gobierno español. Asiste la reina Sofía.

MAPAS



Mapa 1.
Ubicación del Estado de Tlaxcala



Mapa 2.

— Límites actuales del Estado de Tlaxcala

- - - Territorio de Tlaxcala en el siglo XVI

. . . División de los cuatro señores principales hacia 1556



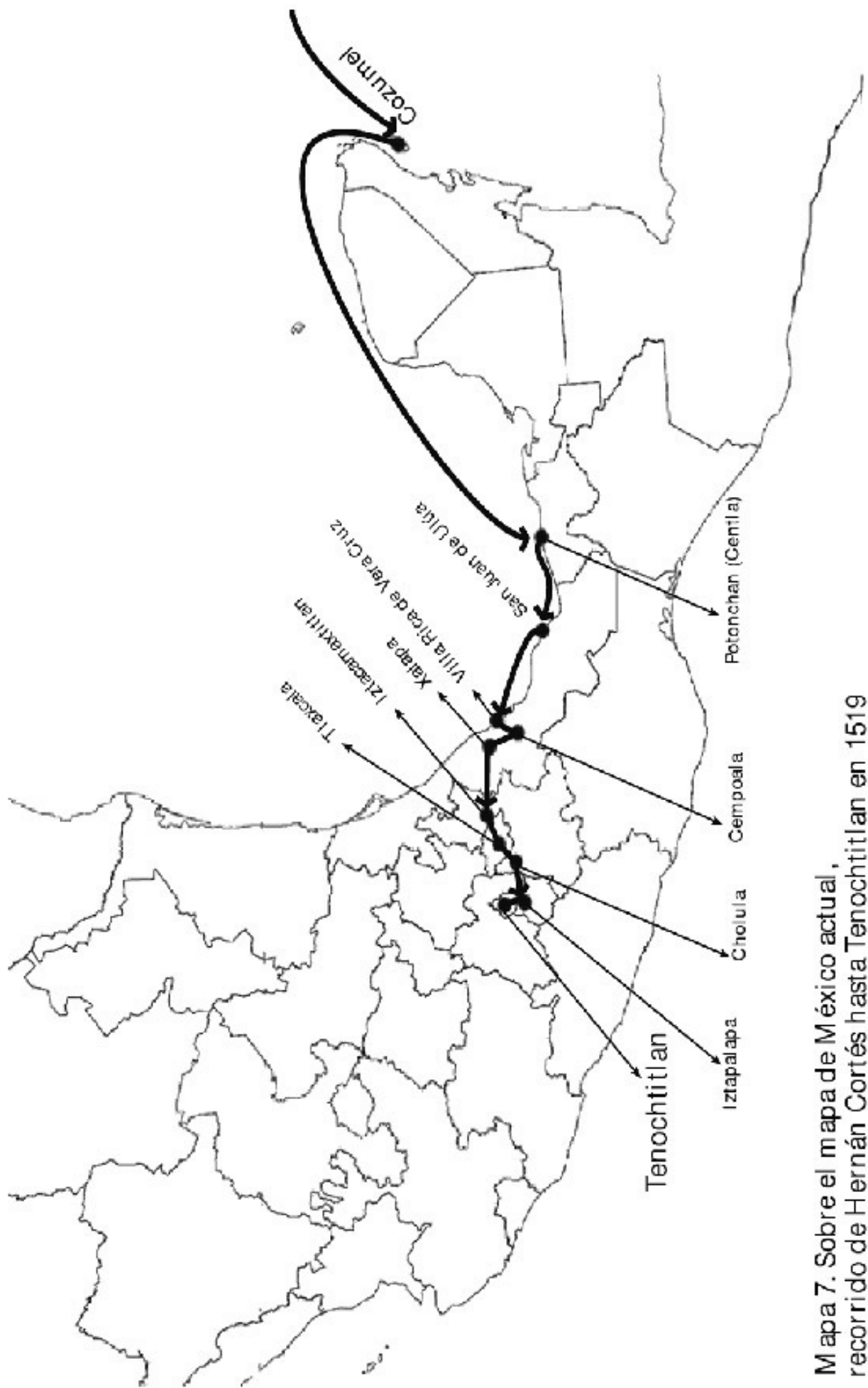
Mapa 5.

/// Territorio de Nueva España-México en 1821, año de la independencia de México

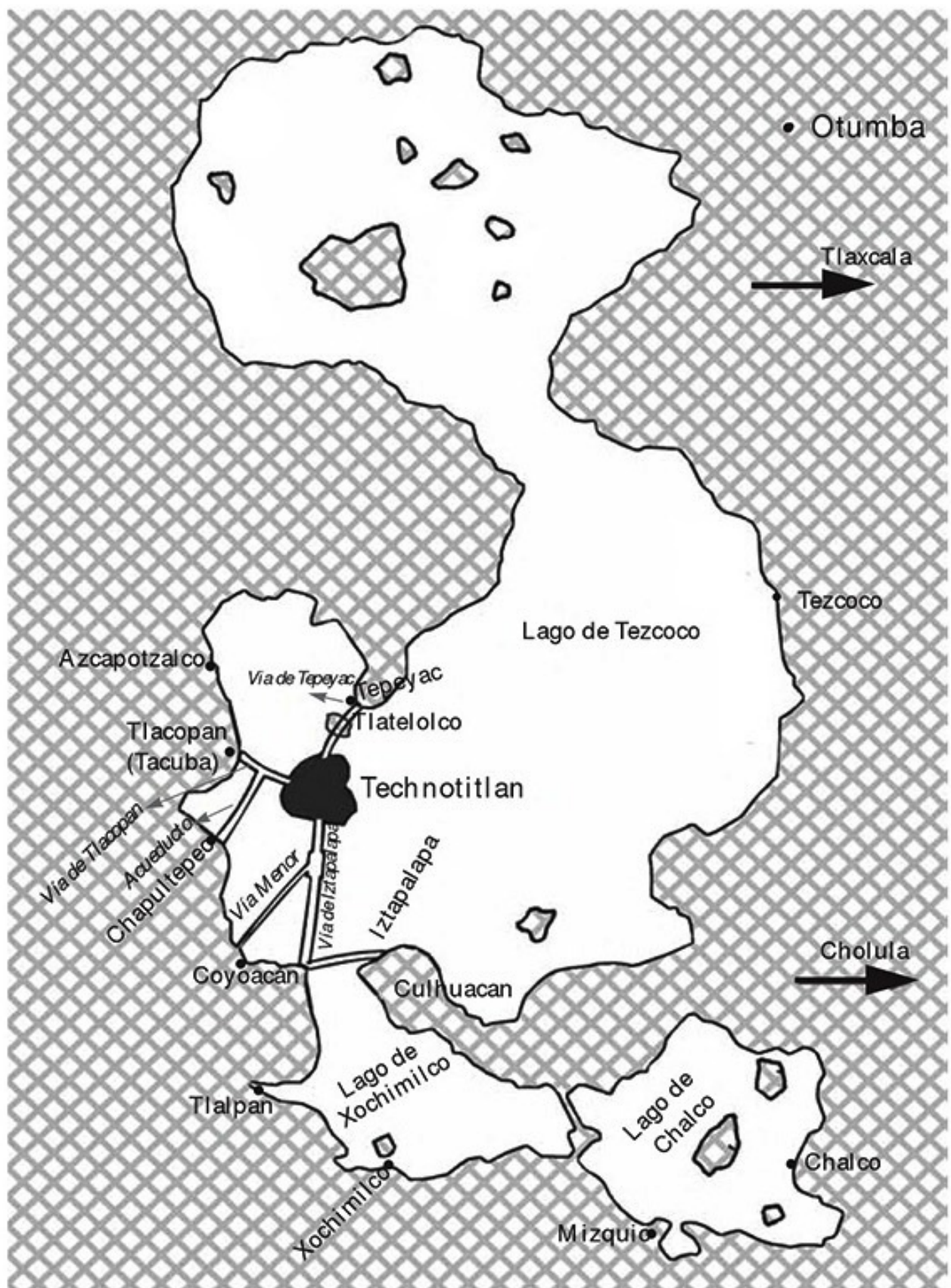


Mapa 6.

/// Territorio actual de la República de México



Mapa 7. Sobre el mapa de México actual, recorrido de Hernán Cortés hasta Tenochtitlan en 1519



Mapa 8.
Valle de Anhuac en 1519

GLOSARIO

- Juan Diego Bernardino: Indígena tlaxcalteca al que se apareció la Virgen de Ocotlán en 1541.
- Acamapichtli: Primer tlatoaní de Technotitlan (1373-1403).
- Acatzinco: (o Acatzingo) Lugar cercano a Tepeaca. Allí, los españoles y sus aliados vencieron a los naturales en 1520.
- Acatepec: Población cercana a Puebla.
- Acúleo: Batalla en la que Hidalgo y sus insurgentes fueron vencidos en 1810.
- Aculhuacan: Una de las zonas en que estaba dividido el valle de Anahuac cuando llegaron los españoles en 1519. Su capital era Tezcoco.
- Acxotecatl: Noble de Tlaxcala que entró con los españoles en Tenochtitlan. En 1527 mató a su propio hijo, Cristóbal, por haberle reprendido sus idolatrías. Cristóbal fue beatificado por el Papa Juan Pablo II en 1990.
- Adriano VI: Papa de Roma (1522-1523)
- Agustín Arguelles: Político liberal español de la primera parte del siglo XIX. Activo diputado de las Cortes de Cádiz.
- Ahuitzotl: Huey tlatoaní de Tenochtitlan. Tío y antecesor de Moctezuma II. Conquistador de numerosos territorios.
- Alejandro VI: Papa de Roma (1492-1503).
- Alfredo Chavero: Reconocido historiador, dramaturgo y político mexicano (1841-1906).
- Alhóndiga: Edificio público dónde se almacenaba, vendía y compraba el grano y otros alimentos.
- Alianza Popular: Partido político español conservador, creado en 1977 y desaparecido a mediados de los ochenta.
- Alonso de Avila: Capitán del ejército de Hernán Cortés.
- Alonso de Mendoza: Principal de la expedición de Cortés, enviado a España en marzo de 1521, junto a Diego de Ordaz, para llevar al emperador la segunda carta de relación y otros documentos relacionados con la conquista.
- Alonso de Ojeda: Conquistador español que acompañó a Cristóbal Colón y exploró las costas del actual Panamá. Primer gobernador de Darién. Su hijo, del

mismo nombre, acompañó a Hernán Cortés. Muy apreciado por los tlaxcaltecas. Escribió «Memorias o Comentarios de la Conquista de México», del que se sirvieron historiadores posteriores

- Alonso Hernández Puertocarrero: Principal de la expedición de Hernán Cortés. Viajó a España en julio de 1519 con las primeras noticias de la conquista, incluyendo la primera carta de relación de Cortés a los reyes de Castilla.
- Amaquemecan: Nombre antiguo de Amecameca. Población cercana a Tenochtitlan, próxima a los volcanes Popocatepetl y Iztaccíhuatl. Su cacique se unió a Hernán Cortés en 1519.
- Anahuac: En náhuatl «cerca del agua». Se llamó Valle de Anahuac a la región de los antiguos lagos centrales, el actual Valle de México.
- Andrés de Tapia: Uno de los principales capitanes del ejército de Hernán Cortés. Tras la conquista de Tenochtitlan participó en numerosas expediciones, incluyendo la del descubrimiento de California. Alcalde de la ciudad de México en 1550.
- Anna Lanyon: Historiadora australiana que ha investigado mucho sobre la Historia de México.
- Antonio de Guevara: Noble tlaxcalteca indígena. Uno de los siete nobles que en 1563 recibieron de Felipe II escudo de armas. Gobernador de Tlaxcala a finales del siglo XVI.
- Antonio de Villafañe: Cabecilla de una conspiración contra Hernán Cortés en 1521, poco antes del asalto final a Tenochtitlan. Descubierto a tiempo, fue ejecutado.
- Antonio de Villarreal: Alférez del ejército de Hernán Cortés.
- Apizaco: Ciudad del estado de Tlaxcala.
- Aranjuez: Población española cercana a Madrid.
- Armando Díaz de la Mora: Historiador tlaxcalteca contemporáneo. Autor del libro «Crónica de Tlaxcala: la ciudad de 1524 a 1573»
- Atlihuetzyan: Población en el territorio de Tlaxcala por la que, tras acordar la paz en septiembre de 1519, pasaron los españoles para dirigirse a los principales señoríos de Tlaxcala.
- Atlixco: Ciudad al sur de Tlaxcala. En la batalla de Atlixco de 1504, los tlaxcaltecas derrotaron a los mexicas.
- Atonaletzin: Cacique de Tepeyahualco cuando llegaron los españoles.

Descendiente de Acamapichtli.

- Atoyac: Río al sur del territorio de Tlaxcala.
- Axapusco: Población cercana a Otumba.
- Axayácatl: Huey tlatoaní de Tenochtitlan. Padre de Moctezuma II.
- Aychqualco: Lugar por el que, perseguidos por los mexica, pasaron los españoles y sus aliados en su huida de Tenochtitlan (julio, 1520).
- Azcapotzalco: Ciudad principal de los tepanecas hasta 1428. Bajo el mando de Tezozómoc alcanzó su mayor esplendor, dominando a los restantes pueblos del valle de Anahuac. En la época que llegaron los españoles, tenía uno de los principales mercados de esclavos.
- Aztaquemecan: Lugar por el que, perseguidos por los mexica, pasaron los españoles y sus aliados en su huida de Tenochtitlan (julio, 1520), venciendo a los guerreros locales.
- Bartolomé García: Principal del ejército de Cortés.
- Benito Juárez: Prestigioso político mexicano. Padre de la reforma liberal de 1859. Presidente de la República mexicana entre 1858 y 1865, y 1867 y 1972. Líder liberal frente a la intervención francesa y los conservadores mexicanos.
- Bernal Díaz del Castillo: (1495-1583). Conquistador español. Se trasladó a las Indias en 1514. Alférez en la expedición de Hernán Cortés. Autor del libro «Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España»
- Blas Botello: Miembro de la expedición de Cortés con reputación de vidente.
- Bonilla: General mexicano que liberó Puebla en 1867.
- Cacamatzin (o Cacama): Huey tlatoaní de Tezcoco desde 1515, tras la muerte de Nezahualpilli. Sobrino de Moctezuma II, fue impuesto por éste en detrimento de Ixthlxóchitl.
- Cacaxtla: Ciudad antigua situada en el territorio de Tlaxcala. Su apogeo se sitúa entre los siglos VII y X. Habitada por los olmeca-xicalangas. En la actualidad se conserva una zona arqueológica.
- Cactli: Calzado de las mujeres indígenas
- Calmécac: Centro prehispánico de educación superior, donde se transmitían las doctrinas y conocimientos más elevados. Lugar donde se educaban los hijos de los nobles y los sacerdotes, aunque en algunos casos, se admitían jóvenes plebeyos.

- Calpullis: Zonas o barrios de una ciudad en función del oficio de sus habitantes.
- Camaxtle: Principal dios de los tlaxcaltecas.
- Carlos III: Rey de España (desde 1759 hasta 1778)
- Carlos IV: Rey de España (desde 1778 hasta 1808). Abdicó en 1808 a favor de su hijo Fernando VII
- Carlos V: Carlos I de España y V de Alemania. Nieto de los Reyes Católicos. Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico desde 1519. Gran defensor del catolicismo. Abdicó en 1556 a favor de su hijo Felipe II.
- Carlota: Esposa del emperador Maximiliano.
- Cartas de Relación: Así se conocen a las que envió Hernán Cortés al emperador Carlos V para hacerle una «relación» de lo que acontecía en sus conquistas.
- Castaños: General español que en julio de 1808, lideró la victoria sobre el ejército francés en la batalla de Bailen.
- Castilblanco: Nombre que los hombres de Cortés dieron a Iztacamaxtitlan.
- Castalia: Nombre que en un principio, utilizaban los indígenas para referirse a Castilla.
- Catalina Xuárez: Esposa de Hernán Cortés. Permaneció en Cuba y se trasladó a México en 1522. Murió ese mismo año en circunstancias extrañas.
- Cempazuchitl: (o «flor de muertos»). Flor de color naranja que se utiliza en México para adornar los altares de muertos que, en recuerdo de éstos, se hacen a finales de octubre y primeros de noviembre.
- Cempoal: Nombre utilizado por los españoles para referirse a Cempuallan o Cempoala.
- Cempoala: Pueblo tributario de Tenochtitlan cercano a la costa de Veracruz. Primer vestigio de civilización avanzada que encontraron los españoles en 1519. Primer aliado de los españoles.
- Cempuallan: Nombre indígena de Cempoala.
- Chalchihuitl: «Piedra de Jade». Nombre con el que los tlaxcaltecas, en un principio, llamaban a Hernán Cortés.
- Chalchiuhtlicue: «La que tiene faldas de jade». Diosa prehispánica de los ríos, los lagos y los mares. Principio femenino de la vida.
- Chalco: Población en el sureste del valle de Anahuac, tributaria de los mexica.
- Champotón: Lugar de la península de Yucatán.

- Chapultepec: Alto a las afueras de Tenochtitlan desde el que llegaba el agua potable a la ciudad por un acueducto. Destruído éste en el asedio final a Tenochtitlan, fue reconstruido en los siglos XVII y XVIII para llevar el agua «gorda». Antiguo lugar de recreo de los señores de Tenochtitlan. Casa de campo en la etapa virreinal. Castillo-Colegio militar defendido en 1847 por el tlaxcalteca Felipe Santiago Xicoténcatl, al mando de los cadetes, durante la guerra entre México y los Estados Unidos. Residencia del emperador Maximiliano (1864-1867). En la actualidad, edificio histórico rodeado de un hermoso parque del mismo nombre, en la Ciudad de México.
- Chichimecas: Nombre prehispánico para designar a diferentes pueblos que se trasladaron desde el norte a la región central, principalmente a los valles de Anahuac y Cholula. En la etapa virreinal, se utilizó este término para referirse a los indígenas que todavía no estaban bajo el dominio de la Nueva España.
- Chichimecatecutli: Capitán tlaxcalteca que se distinguió durante el asalto final a Tenochtitlan.
- Chicomecóatl: «Siete-serpiente». Diosa de la agricultura.
- Chiconahui Quiahuitl: Dios de la lluvia cuyo templo estaba sobre la gran pirámide de Cholula.
- Chihuahua: Estado de la república de México.
- Chilangos: Nombre con el que en la actualidad, popularmente, se conoce a los habitantes de la Ciudad de México.
- Chilpancingo: Ciudad en la que los insurgentes de Morelos firmaron una declaración de independencia en septiembre de 1813.
- Chimalpopoca: Tercer tlatoaní de Tenochtitlan (1416-1426). Nieto de Tezozómoc.
- Chimalpopoca: Hijo de Moctezuma II.
- Chinalhuacan: Población en el camino de Huexotzinco a Tenochtitlan, cuyo cacique se unió a los españoles en 1519.
- Cholollan: Nombre indígena de Cholula.
- Cholula: Ciudad sagrada al sur de Tlaxcala, en la actualidad a las afuera de Puebla. Una de las ciudades más antiguas de Mesoamérica. Fundada en el siglo V a. C. por los olmeca-xicalangas con el nombre de Tlachihualtépet.
- Churutecal: Nombre utilizado por los conquistadores para referirse a Cholollan, antes de llamarla Cholula.

- Cihuacóatl: «La mujer serpiente» Tras el huey tlatoaní, segundo en el escalafón político de Tenochtitlan. Consejero del huey tlatoaní. También diosa culhua.
- Cingapacinga: Pueblo enemigo de Cempoala.
- Citlaltépetl: Nombre antiguo del Pico de Orizaba (5747 metros). Situado en la Sierra Madre Oriental.
- Clemente VII: Papa de Roma (1523-1534).
- Coadnabaced: Nombre con el que inicialmente denominaron los españoles a Cuauhnahuac, la actual Cuernavaca.
- Coahuila: Estado de la república de México.
- Coanacoch: Señor de Tezcoco en 1520, tras morir Cacama. Huyó a Tenochtitlan al llegar los españoles y sus aliados en 1521. Hecho prisionero tras el asedio final, fue llevado como rehén en la expedición a Las Hibueras en 1525, siendo ajusticiado junto a Cuauhtémoc en el transcurso del viaje.
- Coatzacoalcos: Ciudad al sur del golfo de México.
- Cocomitzin: Capitán tlaxcalteca.
- Conde de Aranda: Político español de la segunda parte del siglo XVIII (1719-1798). Presidente del Consejo de Ministros con Carlos III. Propuso al rey establecer en las posesiones de las Indias tres monarquías bajo infantes españoles, una de ellas Nueva España.
- Consolidación de Vales Reales: Decreto publicado en 1804 por el que se exigía a la Iglesia que prestara dinero a la Corona.
- Copil: Hijo de Malinalxóchitl, derrotado por su tío Huitzilopochtli en el valle de Anahuac.
- Coyoacán: Ciudad cercana a Tenochtitlan, en la que se instalaron los españoles en 1521. Primer ayuntamiento del valle de Anahuac.
- Cozumel: Isla cercana a la península de Yucatán. Primera parada de la expedición de Cortés en 1519.
- Cristóbal de Olid: (1488-1525) Uno de los principales capitanes del ejército de Hernán Cortés. Natural de Andalucía, participó previamente en la conquista de Cuba. Tras la conquista de Tenochtitlan negoció con el cacique de Michoacán y, por encargo de Cortés, marchó a conquistar Las Hibueras. Seducido por Diego Velázquez, el gobernador de Cuba, enemigo de Hernán Cortés, se hizo independiente, traicionando a Cortés. Este envió una armada para someterle, antes de partir él mismo para Las Hibueras. Fue asesinado en 1525, antes de

llegar Cortés.

- Cristóbal de Villalpando: (1650-1714) Pintor barroco mexicano. Uno de los mejores en el mundo hispánico. Autor de grandes lienzos en la sacristía de la Catedral de México y la Cúpula de los Reyes de la catedral de Puebla.
- Cristobalita, Antonio y Juan: Niños mártires tlaxcaltecas, beatificados por Juan Pablo II.
- Cu: Nombre que los conquistadores españoles daban a los templos indígenas.
- Cuauhnahuac: Nombre indígena de Cuernavaca. Primero se transformó en Coadnabaced, y posteriormente, derivó en su nombre actual: Cuernavaca.
- Cuauhpopoca: Cacique de Nautla cuando llegaron los españoles. En 1520, estando los castellanos en Tenochtitlan, Moctezuma le hizo llamar para que aclarara la muerte de Juan de Escalante y otros españoles. Él y los que le acompañaron, fueron condenados por Cortés y quemados vivos frente al templo mayor.
- Cuauhtémoc: Último huey tlatoaní de Tenochtitlan. Sobrino de Moctezuma II, sucedió a Cuitláhuac en 1520 y lideró la defensa de Tenochtitlan. Continuó gobernando bajo la custodia de Hernán Cortés. En 1525, en calidad de rehén, acompañó a Cortés a Las Hibueras, siendo ejecutado en el viaje.
- Cuauhximalpan: Lugar en el que se refugiaron los españoles tras su huida de la «noche triste». Años más tarde, allí se levantaría el Santuario de los Remedios.
- Cuernavaca: Nombre que los españoles pusieron a Cuauhnahuac, tras haberla llamado antes Coadnabaced. Ciudad cercana a Tenochtitlan. En la actualidad, ciudad situada a 75 kilómetros de la Ciudad de México, en la que se conserva el palacio de Hernán Cortés.
- Cuitláhuac: Penúltimo huey tlatoaní de Tenochtitlan. Anteriormente, señor de Iztapalapa. En junio de 1520, aprovechando que Cortés le había liberado para apaciguar a los mexica, se reveló contra Moctezuma y lideró la lucha contra los españoles. Murió tres meses más tarde a causa de la viruela.
- Culhua: (o colhua) Pueblo prehispánico que se estableció en el sur del valle de Anahuac, en Culhuacan. Descendientes de los chichimecas que llegaron al valle en el siglo XIII.
- Culhua-mexica: Linaje de los culhua y los mexica a través de múltiples matrimonios. Nombre utilizado por algunos historiadores para referirse al imperio de la Triple Alianza liderado por Tenochtitlan.
- Culhuacan: Ciudad al sur del valle de Anahuac en la que se instalan los culhua.

- Culhuatcutlicuanez: Líder tlaxcalteca que según la tradición, lideró a su pueblo sobre el siglo XIV
- Culiacán: Nombre español para Culhuacan.
- Culua: Nombre que los españoles dieron, inicialmente, a los nuevos territorios de Tierra Firme (la futura Nueva España).
- Daoiz: Capitán del ejército español. Heroico defensor del Parque de Monteleón de Madrid, el 2 de mayo de 1808.
- Darién: Territorio en el actual Panamá. Primer asentamiento de los españoles en Tierra Firme (1510).
- Desiderio Hernández Xochitiotzin: Pintor tlaxcalteca del siglo XX. Autor del mural del Palacio de Gobierno de Tlaxcala.
- Diego Coreñano: Miembro de la expedición de Cortés que conspiró contra éste en 1519. Fue descubierto y ahorcado.
- Diego de Ordaz (u Ordás): (1480-1532) Uno de los principales capitanes del ejército de Cortés. Natural de Castroverde de Campos (Reino de León, en España). En 1510 formó parte de la expedición de Alonso de Ojeda por las costas de los actuales Colombia y Panamá. Un año después, participó en la conquista de Cuba. En 1519 ascendió al Popocatepetl, lo que le valdría, más tarde, el reconocimiento expreso del emperador Carlos V, concediéndole un volcán en su escudo de armas. Regresó a España en 1521, antes de tomar Tenochtitlan, para dar cuenta de los logros de Cortés y sus hombres. Años más tarde, descubrió el río Orinoco en una fallida expedición para conquistar El Dorado. Murió en 1532 cuando viajaba a España.
- Diego de Godoy: Escribano de Hernán Cortés.
- Diego Muñoz Camargo: Historiador mestizo tlaxcalteca del siglo XVI. Su padre, español y con el mismo nombre, fue conquistador y poblador. Su hijo, también con ese nombre, fue gobernador de Tlaxcala al final del siglo XVI.
- Diego Muñoz Torrero: Político liberal español de la primera parte del siglo XIX. Activo diputado de las cortes de Cádiz. Perseguido por Fernando VII tras su regreso a España en 1814.
- Diego Rivera: Pintor muralista mexicano (1886-1957).
- Diego Velázquez: Conquistador de Cuba en 1511 y colonizador de la isla, tras haber llegado a las Indias en 1493, en el segundo viaje de Colón. Gobernador de la isla cuando partió Cortés en 1519.

- Diócesis de Darién: Primera sede episcopal del continente americano (en el actual Panamá)
- Diócesis de Tlaxcala: Primera sede episcopal de Nueva España y segunda del continente americano, fundada en 1527. En 1543 se trasladó a Puebla, pero manteniendo el nombre de diócesis de Tlaxcala hasta los primeros años del siglo xx. En 1957 se fundó la actual diócesis de Tlaxcala.
- Durazno: Nombre que se le da en México al melocotón.
- Elvira Maxixcatzin: Hija de Maxixcatzin. En 1519 contrajo matrimonio con Juan Velásquez de León, uno de los principales capitanes españoles de la expedición de Cortés. Fue uno de los primeros matrimonios hispano-tlaxcaltecas. Murió durante la huida de Tenochtitlan en la noche triste.
- Felipa Vicálvaro: Heroína madrileña del 2 de mayo de 1808.
- Felipe II: Rey de España (desde 1556 hasta 1598).
- Felipe III: Rey de España (desde 1598 hasta 1621)
- Fernandina: Nombre que se le daba a la isla de Cuba.
- Fernando Tecocoltzin: Huey tlatoaní de Tezcoco impuesto por Hernán Cortés en 1521.
- Fernando VII: Rey de España (Desde 1808/1814, hasta 1833). Bajo su mandato se independizaron las colonias españolas de ultramar, incluyendo Nueva España, excepto Cuba, Puerto Rico y Filipinas.
- Francisco de Pizarro: Conquistador del Perú.
- Francisco Hernández de Córdoba: Explorador español. En 1517 lideró la primera expedición al actual territorio mexicano. Murió en 1518.
- Francisco José: (Francisco José I) Emperador de Austria y rey de Hungría (desde 1848/1867 hasta 1916) Hermano de Maximiliano, emperador de México (1864-1867).
- Francisca Pimentel Maxixcatzin: Heredera del señorío de Ocotelulco en la segunda mitad del siglo xvi.
- Francisco Hernández: Capitán español que a mediados de 1520, desembarcó en la Villa Rica de la Veracruz con importantes suministros.
- Francisco de Garay: Conquistador español. Gobernador de Jamaica. Murió en México en 1523.
- Francisco de Lugo: Capitán del ejército de Hernán Cortés.

- Francisco de Montejo: Principal de la expedición de Cortés. Junto a Alonso Hernández Puertocarrero, marchó a España en 1519 para llevar las primeras noticias.
- Francisco I. Madero: Líder de la revolución mexicana de 1910.
- Fray Bartolomé de las Casas: Fraile dominico, tomó los hábitos tras ser encomendero en La Española. Tanto allí, como posteriormente en Nueva España, donde fue obispo de Chiapas, fue un gran defensor de la población indígena, si bien su fanatismo le llevó a expresar graves exageraciones e injurias en la última etapa de su vida. Su polémico escrito «Brevísima relación de la destrucción de las Indias», publicado en 1552, fue utilizado oportunamente por los enemigos de España y el catolicismo para engordar la Leyenda Negra. Murió en 1556, a los noventa y dos años de edad.
- Fray Bartolomé de Olmedo: Fraile mercedario. Uno de los dos clérigos que formaron parte de la expedición de Hernán Cortés.
- Fray Bernardino de Sahagún: (1501-1590). Fraile franciscano. Llegó a Nueva España en 1529. Recopiló numerosos testimonios y documentos indígenas sobre ideas, costumbres, instituciones, religión e historia de la etapa prehispánica. Su extensa labor investigadora dio lugar a una impresionante obra de doce libros: la «Historia general de las cosas de la Nueva España» publicada a partir de 1570.
- Fray Jerónimo de Mendieta: (1534-1604) Llegó a Nueva España en 1554. Aprendió bien el náhuatl y realizó una intensa labor investigadora sobre la etapa de la evangelización y las costumbres indígenas. Escribió el libro «Historia Eclesiástica Indiana», un amplio volumen que recoge numerosos datos sobre la expansión cristiana en el siglo XVI.
- Fray Juan Pérez: Arzobispo de México (desde 1613 hasta 1624)
- Fray Julián Garcés: Dominico. Primer obispo de Tlaxcala y de la Nueva España. Fundador de Puebla.
- Fray Martín de Valencia: Uno de los primeros doce franciscanos que llegaron al Nuevo Mundo en 1524 y comenzaron su tarea evangelizadora en Tlaxcala.
- Fray Juan de Mesa: Evangelizador de la Huasteca (cuenca del río Panuco). Aprendió bien la lengua náhuatl y fue muy apreciado por los indígenas.
- Fray Toribio de Benavente «Motolinía»: Uno de los primeros doce franciscanos que llegaron al Nuevo Mundo. Desarrolló una notable labor investigadora, docente y evangelizadora en Tlaxcala y otros lugares de Nueva España. Llegó a dominar perfectamente el náhuatl, en cuya lengua escribió el libro «Martirio de los niños de Tlaxcala». Guardián de diversos conventos y fundador de la ciudad

de Puebla. Gran defensor de la población indígena, criticó el injusto fanatismo de Bartolomé de Las Casas. Autor del libro «Memoriales o Libro de las Cosas de la Nueva España y de los Naturales de ella». Murió en 1569.

- Gonzalo de Sandoval: (1497-1528) Uno de los principales capitanes de Hernán Cortés. Natural de Medellín, pasó a Cuba con Diego Velázquez en 1511. Apresó a Cuahutemoc cuando éste pretendía huir tras la toma de Tenochtitlan. Conquistador de Colima y fundador de Santiago de los Caballeros (la actual ciudad de Colima). Acompañó a Cortés a Las Hibueras en 1525 y a España en 1528, donde murió poco después de llegar.
- Gonzalo de Umbría: Miembro de la expedición de Cortés que conspiró contra éste en 1519. Fue descubierto y se le cortaron los pies.
- Gran Caravana: Nombre que se le dio a la expedición formada por familias tlaxcaltecas que en 1591 se desplazó al norte para poblar el «Gran Chichimeca»
- Gran Chichimeca: En el siglo XVI se denominó así a los territorios del norte objeto de conquista, los actuales Jalisco, Zacatecas, San Luís Potosí y Coahuila.
- Grijalva: Véase Juan de Grijalva.
- Guanajuato: Estado de la república de México.
- Guatemuz: Nombre que utilizaban los españoles para referirse a Cuauhtémoc.
- Guerras Floridas: Enfrentamientos armados acordados de antemano entre los miembros de la Triple Alianza, Huexotzinco y Tlaxcala, cuyo propósito no era la conquista, sino la oportunidad de ejercitar a los guerreros y recabar prisioneros para los sacrificios. Este propósito inicial fue degenerando en grandes tensiones y profundos odios que exacerbaban la vieja enemistad entre tlaxcaltecas y mexica.
- Guasucingo: Nombre que los españoles daban a Huexotzinco.
- Guridi y Alcocer: Eminente político tlaxcalteca de la primera parte del siglo XIX. Diputado en las Cortes de Cádiz. A partir de 1822, diputado de las Cortes Constituyentes de México y miembro de la Suprema Junta Provincial Gubernativa
- Hernán Cortés: (también llamado Hernando y Fernando) (1485-1547) Conquistador español, natural de Medellín (Extremadura). Llega a La Española en 1504 y en 1511 se traslada a Cuba. Conquistador, diseñador y primer gobernador de Nueva España. El emperador Carlos V le concedió el título de Marqués del Valle de Oaxaca. Descubridor de California (1535). Participó en la expedición de Carlos V a Argel (1541) y murió en España en 1547. Sus restos se

llevaron a México en 1566. En la actualidad descansan en la iglesia del Hospital de Jesús.

- Hernando Ixtlilxochitl: Príncipe de Tezcoco repudiado por Moctezuma II en 1515, en beneficio de Cacamatzin. Se bautizó y se unió a Hernán Cortés en 1521, antes del sitio a Tenochtitlan, legitimando la alianza de Tezcoco con los españoles.
- Hidalgo: véase Miguel Hidalgo.
- Hispania: Nombre que dieron los romanos al territorio de la península de Iberia, las actuales España y Portugal.
- Huexotzinco: (o Huejotzinco) Población cercana a Tlaxcala. Tradicionalmente, enemigo de Tlaxcala y aliado de los mexica. Se alió con Cortés en 1519. Desde entonces, fue un fiel y eficaz aliado de los españoles.
- Huexotzincas: (o huejotzincas) Naturales de Huexotzinco.
- Huey: En náhuatl, gran. (Huey tlatoaní: Gran señor).
- Huilpil: Especie de túnica que a modo de vestido, llevaban las mujeres indígenas.
- Huitzilopochtli: Dios principal de los mexica.
- Ichcaxóchitl: Nombre prehispánico de doña Isabel Moctezuma.
- Ignacio de Loyola: Fundador de los jesuitas.
- Ignacio Zaragoza: General mexicano, vencedor del ejército francés en la batalla de Puebla de 5 de mayo de 1862.
- Isabel de Portugal: Fundadora de la ciudad de Puebla.
- Isabel Moctezuma: Hija de Moctezuma II. Enviudó cuatro veces. Esposa de Cuauhtémoc y, posteriormente, de tres principales españoles. Tuvo una hija con Hernán Cortés: Leonor Cortés Moctezuma.
- Isla Fernandina: Nombre que se la daba a la isla de Cuba.
- Itzcóatl: Cuarto tlatoaní de Tenochtitlan.
- Ixtlixóchitl: véase Hernando Ixtlilxochitl.
- Itzacan: Población conquistada por los españoles y sus aliados en septiembre-octubre de 1520.
- Izocan: Población cercana a Tenochtitlan. Allí estaba uno de los centros principales para la compraventa de esclavos.

- Iztacamaxtitlan: (o Ixtacamaxtitlan) Pueblo al este de Tlaxcala por la que pasaron los españoles en 1519, antes de entrar en el territorio tlaxcalteca.
- Iztaccíhuatl: «Mujer blanca» o «Mujer dormida». Uno de los volcanes de la Sierra Nevada, a 70 kilómetros de la actual Ciudad de México, cuya cima se sitúa a 5280 metros. Seis de sus siete kilómetros de longitud están cubiertos por nieves perpetuas.
- Iztapalapa: Población del valle de Anahuac, en el borde sureste de la laguna. Desde allí partía la calzada principal a Tenochtitlan.
- Jerónimo de Aguilar: Intérprete del ejército de Cortés.
- Jesús González Ortega: (1822— 1881). Destacado general liberal mexicano y heroico defensor de Puebla durante el sitio del ejército francés. Posteriormente, fue degradado, perseguido y hecho prisionero por Juárez. A la muerte de éste se le reconocieron su rango y sus destacados méritos.
- José Bonaparte: Hermano de Napoleón. Impuesto por éste, rey de España (1808-1813) bajo el nombre de José I. El pueblo le llamaba, despectivamente, «Pepe Botella».
- José de Iturrigaray: Virrey de Nueva España cuando estalló la Guerra de la Independencia en 1808.
- José María Morelos: (1765-1815) Natural de Valladolid (la actual Morelia). Caudillo del brote independentista de 1813. Héroe nacional mexicano. Fusilado en 1815.
- José Miguel Gurudi y Alcocer: Véase Guridi y Alcocer.
- Juan de Alaminos: Piloto de la expedición de Hernán Cortés.
- Juan de Escalante: Uno de los principales capitanes del ejército de Hernán Cortés. Quedó al mando de la Villa Rica de la Vera Cruz mientras el grueso de la expedición avanzó hacia el interior camino de Tenochtitlan. Traicionado por el cacique de Nautla, murió en 1519.
- Juan de Grijalva: Explorador español. En 1518, dirigió la segunda expedición al actual territorio mexicano, desembarcando en Yucatán, Potonchan (Tabasco) y cerca de la actual Veracruz, lugar que bautizó como San Juan de Ulúa. Descubrió el río que lleva su nombre en el actual estado de Tabasco. Murió en Las Hibueras en 1527.
- Juan de Palafox y Mendoza: (1600-1659). Religioso español que fue juez de residencia, obispo y virrey en Nueva España. Obispo de Tlaxcala entre 1640 y 1649 (la diócesis estaba en Puebla) dio un decisivo impulso a las obras de la

catedral de Puebla.

- Juan de Salamanca: Capitán del ejército de Hernán Cortés.
- Juan de Salmerón: Uno de los fundadores de Puebla, en 1531.
- Juan Díaz: Clérigo que acompañó a las expediciones de Juan de Grijalva y Hernán Cortés.
- Juan Jaramillo: Hombre de confianza de Hernán Cortés. Se casó con doña Marina en el viaje a Las Hibueras.
- Juan Maxixcatzin: Hijo de Maxixcatzin. A la muerte de su padre, en 1520, le sucedió en el señorío de Ocotelulco. Tenía once años de edad. A petición de los ancianos de Tlaxcala, Hernán Cortés legitimó su nombramiento.
- Juan Miralles: Escritor-historiador mexicano contemporáneo. Autor del libro «Hernán Cortés: inventor de México»
- Juan Ochoa: Principal de la expedición de Cortés.
- Juan Velázquez de León: Uno de los principales capitanes del ejército de Cortés. Pariente de Diego Velásquez, gobernador de Cuba. En 1519, en Tlaxcala, contrajo matrimonio con una hija de Maxixcatzin. Murió durante la huida de la Noche Triste.
- Juana I: (Juana la loca) Reina de Castilla desde 1504 hasta 1555 (Desde 1519, compartiendo el reinado con su hijo Carlos I, rey de tacto). Hija de los Reyes Católicos.
- Julián de Alderete: Tesorero real que mandó torturar a Cuauhtémoc.
- La Española: Nombre que dio Cristóbal Colón a la isla que en la actualidad reúne a la República Dominicana y Haití. Primer territorio en el que se asentaron los españoles.
- La Malinche: Montaña volcánica en la provincia de Tlaxcala, a 4461 metros de altitud. Nombre popular de doña Marina, la intérprete de Cortés.
- La Quebrada: Lugar en el que los mexica derrotaron a los españoles durante el asalto a Tenochtitlan en 1521.
- Las Hibueras: Nombre antiguo de la actual Honduras.
- Laura Esquivel: Escritora mexicana contemporánea.
- Leandro Fernández de Moratín: (1760— 1828). Reconocido dramaturgo español. Autor de «El sí de las niñas»
- Leonor Cortés Moctezuma: Hija de Hernán Cortés e Isabel Moctezuma. Nieta de

Moctezuma II.

- Lerdo de Tejada: (1823-1889). Político mexicano. Presidente de la República de México. Sus tropas fueron derrotadas por las de Porfirio Díaz en 1876.
- Lienzo de Tlaxcala: Conjunto de códices pintados por indígenas tlaxcaltecas a mediados del siglo XVI, para reflejar su participación junto a los españoles en la conquista de Tenochtitlan y otras expediciones de conquista posteriores.
- Los Fuertes: Nombre de un bosque situado en la ciudad de Puebla.
- Luis Colón: Sobrino de Cristóbal Colón. Gobernador de La Española.
- Luis de Velasco: Virrey de Nueva España (desde 1550 hasta 1564). Bajo su mandato se hizo efectiva la abolición de la esclavitud de los indígenas.
- Luis XVIII: Rey de Francia en 1814, tras la renuncia de Napoleón Bonaparte.
- Macehual: En náhuatl, plebeyo.
- Malina: Marina pronunciado por los indígenas. En náhuatl no existía la letra r.
- Malinalco: Primera ciudad mexicana en el valle de Anahuac.
- Malinali: Probable nombre indígena de doña Marina.
- Malinalxóchitl: «La flor silvestre». Hermana de Huitzilopochtli. Madre de Copil.
- Malinche: Malintzin en la versión de los españoles.
- Malinchista: Nombre que se utiliza en México cuando se ensalza lo extranjero en detrimento de lo mexicano (actitud malinchista, persona malinchista, ¡no seas malinchista!, somos muy malinchistas, no me gusta ser malinchista, pero...)
- Malintzin: Nombre indígena asignado inicialmente a doña Marina, añadiendo el sufijo tzin a Malina. Posteriormente, se llamó así a Hernán Cortés, por ser el que acompañaba a Malintzin. Los indígenas conocían a Cortés como Malintzin. Los españoles entendieron Malinche.
- Mantas: Torres de madera movidas por dos ruedas utilizadas por los españoles.
- Manuel Chavero: Reconocido historiador y político mexicano del siglo XIX.
- Manuel Lardizábal y Uribe: Ilustre jurista tlaxcalteca criollo. Consejero de Carlos III. Diputado en las cortes de Cádiz. Hermano de Miguel Lardizábal.
- Manuel Godoy: Primer ministro de Carlos IV (desde 1792 hasta 1808).
- Manuel Tolsá: (1757— 1816). Escultor y arquitecto español. Entre otras obras, realizó la cúpula y la fachada de la catedral de México, así como el ciprés y el

retablo del altar mayor de la catedral de Puebla.

- Mar del Sur: Nombre que se le dio en un principio al Océano Pacífico.
- María de Estrada: Una de las pocas mujeres españolas en la expedición de Hernán Cortés. Superviviente de la noche triste.
- María Luisa Tecuelhuatzin: Hija de Xicoténcatl el viejo. Contrajo matrimonio con Pedro de Alvarado en 1519. Fue uno de los primeros matrimonios hispano-tlaxcaltecas.
- Marina: (doña Marina). Intérprete y amante de Hernán Cortés.
- Martín Cortés: Hijo de Hernán Cortés y doña Marina.
- Martín López: Ingeniero encargado de construir los bergantines que se utilizaron en el asalto final a Tenochtitlan.
- Martín Ramos: Soldado español que formó parte de la expedición de Hernán Cortés.
- Matlacuéyatl: «Falda azul». Nombre antiguo de la montaña «La Malinche»
- Maximiliano: Emperador de México (1864-1867). Hermano del emperador austro-húngaro Francisco José I. Apoyado por los conservadores mexicanos y el ejército francés de Napoleón III. Cuando se retiraron éstos, no quiso huir del país. Fue ejecutado por los liberales de Juárez.
- Maxixcatzin: Tlatoaní del señorío tlaxcalteca de Ocotelulco cuando llegaron los españoles en 1519. Principal valedor de la alianza con los castellanos. Murió en 1520 a causa de la viruela.
- Maxtla: Señor de Azcapotzalco en 1427, a la muerte de su padre Tezozómoc
- Mesoamérica: Concepto geográfico-cultural que reúne, fundamentalmente, a los pueblos de Centroamérica. Aunque sus límites han ido cambiando, se estiman, a la llegada de los españoles en 1519, entre los ríos Sinaloa y Panuco al norte, y las actuales Nicaragua y Costa Rica en el sur.
- Mexica: Pueblo indígena que se trasladó desde el norte al valle de Anahuac, estableciéndose en dos islotes del centro de la laguna. Allí fundaron Tenochtitlan y Tlatelolco. A través de matrimonios se mezclaron con los restantes pueblos y llegaron a dominar el valle, liderando la Triple Alianza. En la segunda mitad del siglo xv realizaron numerosas expediciones de conquista, sometiendo la mayor parte del territorio entre el valle y la costa este, y hacia el sur hasta la actual Guatemala. Cuando llegaron los españoles, eran el pueblo indígena más poderoso.

- Mezquitas: En un principio, los españoles llamaron así a las pirámides indígenas.
- Meztitlán: Sierra en la que se refugió Ixtlilxochitl, príncipe de Tezcoco, en 1515, para huir de Moctezuma cuando éste impuso a Cacama como huey tlatoaní de Tezcoco.
- Michoacán: Estado de la república de México. Territorio de los tarascos en la etapa prehispánica.
- Miguel Hidalgo: (1753-1811) Sacerdote que se levantó contra el gobierno de Nueva España en 1810. Un año después fue derrotado, condenado y ejecutado. Héroe mexicano.
- Miguel Lardizábal y Uribe: Político tlaxcalteca criollo afincado en España. Miembro de la Regencia del Reino y diputado en las cortes de Cádiz, atacó la legitimidad de éstas y fue expulsado de España. De ideas ultraconservadoras, al regresar Fernando VII en 1814, ayudó a implantar el absolutismo. Fue Ministro Universal de Indias.
- Mizquic: Lugar en el valle de Anahuac, conquistado por los españoles en la ofensiva de 1521.
- Moctezuma Ilhuicamina (Moctezuma I): (o Motecuhzoma) Huey tlatoaní de Tenochtitlan (1440-1469).
- Moctezuma Xoyocotzin (Moctezuma II): Moctezuma (o Motecuhzoma) significa «señor que se muestra enojado» y hace referencia al sol cubierto por las nubes. Xoyocotzin significa «el más joven». Huey tlatoaní de Tenochtitlan desde 1502 hasta 1520. Hombre sabio y profundamente religioso y disciplinado. Llevó al imperio culhua-mexica a su mayor auge. Se declaró subdito de Carlos V tras haber sido hecho prisionero por Hernán Cortés. Murió en junio de 1520, de una pedrada en la cabeza, cuando intentaba apaciguar a los mexica que asediaban el palacio de Axayácatl.
- Moratín: Véase Leandro Fernández de Moratín.
- Morelos: Véase José María Morelos.
- Motolinía: Véase Fray Toribio de Benavente «Motolinía»
- Mutezuma: Nombre que los españoles daban a Moctezuma. También le llamaban Montezuma.
- Napoleón Bonaparte: Emperador de Francia (desde 1804 hasta 1814/15).
- Napoleón III: Emperador de Francia (desde 1852 hasta 1870).

- Nahuas: Pueblos que desplazándose desde el norte, poblaron, principalmente, el valle de Anahuac (toltecas, chichimecas, tepanecas, teochichimecas, mexica, entre otros), compartiendo la lengua y la cultura náhuatl.
- Náhuatl: Idioma y cultura de los pueblos nahúa. Lengua que hablaban muchos pueblos prehispánicos cuando llegaron los españoles en 1519, principalmente los del valle de Anahuac y el actual valle de Puebla (Tenochtitlan, Tezcoco, Tlacopan, Cholula, Tlaxcala, Huxotzinco, etc.)
- Nauhcampatépet: Nombre antiguo de la montaña Cofre de Perote (4282 metros). Situado en la Sierra Madre Oriental, al norte del Pico de Orizaba.
- Nautla: Ciudad cercana a la costa del golfo, rebautizada por los españoles como Almería.
- Nezahualcóyotl: Huey tlatoaní de Tezcoco a partir de 1431.
- Nezahualpilli: Hijo de Nezahualcóyotl. Huey tlatoaní de Tezcoco a partir de 1472. Murió en 1515.
- Novohispanos: Naturales de Nueva España.
- Nueva España: Nombre que se le dio a los territorios conquistados por Hernán Cortés (excepto Guatemala) y en los años posteriores, a otros territorios conquistados como expansión de sus habitantes (*Reino de Nueva España*: los actuales México DF México, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Michoacán, Morelos, Oaxaca, Puebla, Querétaro, Tabasco, Tamaulipas, Texas, Tlaxcala, Vera-cruz y parte de Jalisco). En un sentido más amplio, se llamó Nueva España a los territorios que incluían al propio reino de Nueva España, más los reinos de Nueva Galicia, Nuevo León, Nueva Santander, Nueva Vizcaya y Nuevo México, así como las provincias de Yucatán y California; es decir, la futura república de México.
- Nueva Galicia: Una de los territorios más importantes de Nueva España, comprendiendo gran parte del actual estado de Jalisco, parte de San Luis Potosí, Aguascalientes, parte de Coahuila, Zacatecas y Nayarit. Dependía directamente de la Corona, pero también del virrey de Nueva España en Hacienda, Guerra y otros asuntos.
- Nueva Vizcaya: Territorio de Nueva España. Comprendía gran parte del estado actual de Durango, parte de Coahuila, Sinaloa (sin Culiacán) y Sonora. Su extensión fue ampliándose con la conquista de nuevos territorios. Al igual que Nueva Galicia, dependía directamente de la Corona, pero también del virrey de Nueva España en hacienda, Guerra y otros asuntos.
- Nueva Tlaxcala: La actual ciudad de Saltillo en el estado de Coahuila. Fundada

por tlaxcaltecas que emigraron al norte durante la etapa colonial.

- Noche Triste: Se conoce así a la noche del 30 de junio de 1520. Los españoles y sus aliados, sitiados por los culhua-mexica, abandonaron Tenochtitlan para salvar sus vidas. Se desencadenó una cruenta batalla que costó la vida a dos terceras partes de los españoles, cuatro mil tlaxcaltecas y la mayoría de los rehenes.
- Núñez de Balboa: (1475— 1517). Descubridor español. Fundador y primer alcalde de Santa María de la Antigua en el Darién (1510), primer establecimiento permanente en el continente americano. Exploró e incorporó otros territorios del actual Panamá. Descubrió el océano Pacífico, al que llamó Mar del Sur.
- Nuño de Guzmán: Gobernador de Panuco (1526-1528) y conquistador de Nueva Galicia. Cometió multitud de atropellos e injusticias contra los indígenas, por lo que fue destituido y enviado a España, donde estuvo preso hasta su muerte en 1550.
- Oaxaca: Ciudad y estado de la República de México.
- Obrajes: Grandes talleres textiles que durante la etapa colonial, tuvieron un enorme desarrollo en todo el territorio de Tlaxcala, exportando sus productos dentro y fuera de Nueva España.
- Ocotetulco: Uno de los cuatro señoríos principales de Tlaxcala cuando llegaron los españoles en 1519. Su tlatoaní era Maxixcatzin.
- Ocotlán: Nombre que se le da a la Virgen que en 1541 se apareció al indígena Juan Diego Bernardino en un tronco de Ocote. En ese lugar, en la ciudad de Tlaxcala, está levantada la actual Basílica de Ocotlán.
- Olintacle: Cacique de Iztacamaxtitlan.
- Olmeca-xicalangas: Pueblo indígena muy antiguo. Fundadores de la ciudad de Tlachihualtépet (Cholula). Pobladores de Cacaxtla.
- Orteguilla: Joven paje que acompañó a la expedición de Cortés. Aprendió pronto el náhuatl y fue asignado al servicio de Moctezuma.
- Otumba: Lugar al norte del valle de Anahuac. Allí, en julio de 1520, el diezmado ejército hispano-tlaxcalteca que había huido de Tenochtitlan, venció a los culhua-mexica y sus aliados en una decisiva batalla.
- Pamplonada: Nombre que se le da en Tlaxcala a los encierros de toros.
- Panfilo de Narváez: (1480— 1528). Explorador español. Colaboró en la

conquista de Cuba (1511) Jefe de la expedición que en 1520, envió el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, para detener a Hernán Cortés. Vencido por éste, fue hecho prisionero.

- Panuco: Río más caudaloso de México que desemboca en el actual golfo de México, entre los estados de Tamaulipas y Veracruz. Provincia de Nueva España incorporada en 1533. Anteriormente, territorio gobernado por Nuño de Guzmán.
- Parque de Monteleón: Cuartel militar situado en Madrid, en la actual plaza del 2 de mayo. En esa fecha, el año de 1808, el parque se levantó contra los franceses, liderado por Daoíz, Velarde y Ruíz.
- Paso de Cortés: Camino por el que pasaron los españoles en 1519, entre los volcanes Popocatepetl e Iztaccihualt.
- Patlahuactzin: Embajador tlaxcalteca enviado a Cholula en 1519 para transmitir el deseo de Cortés de acudir a la ciudad sagrada como amigo. Fue despellejado por los cholultecas y murió en el viaje de regreso.
- Pedro de Alvarado: (1485-1541) Uno de los principales capitanes de la expedición de Hernán Cortés. Natural de Badajoz (Extremadura), se trasladó a La Española en 1510. En 1518 formó parte de la expedición de Juan de Grijalva. Se casó en Tlaxcala con una hija de Xicoténcatl el viejo. Tras la toma de Tenochtitlan, en 1523, organizó una expedición a Chiapas y Guatemala, y entre, 1524 y 1530 conquistó El Salvador. Posteriormente, en 1534, dirigió una expedición a Perú. Murió en 1540, intentando sofocar una rebelión indígena en Jalisco.
- Pedro Escudero: Miembro de la expedición de Cortés que conspiró contra éste en 1519. Fue descubierto y ahorcado.
- Pedro Hernández: Secretario de Hernán Cortés.
- Peso: Moneda actual de la República de México. Al cerrarse este libro, aproximadamente dieciséis pesos equivalen a un euro.
- Pipiltin: En náhuatl, noble, nobleza, referido a la clase social. Los pipiltin son los nobles.
- Pitalpitoque: Uno de los primeros embajadores mexica que enviados por Moctezuma, fueron a visitar a los españoles.
- Popocatepetl: Volcán más alto de México, a 5452 metros de altitud, situado en la Sierra Nevada, a unos 70 kilómetros de la Ciudad de México.
- Porfirio Díaz: Presidente de la República de México (1877-1911).

- Potonchan: Nombre que los conquistadores españoles dieron al territorio gobernado por el cacique indígena Tabasco, alrededor de la desembocadura del río de Grijalva.
- Puebla de los Ángeles: Nombre antiguo de la ciudad de Puebla. En la actualidad Heroica Puebla de Zaragoza, aunque conocida, simplemente, como Puebla.
- Puente de Calderón: Lugar en el que Hidalgo y sus insurgentes fueron definitivamente vencidos en enero de 1811.
- Quauhquechollan: Población conquistada por los españoles y sus aliados en septiembre-octubre de 1520. Derrotaron a los mexica, que estaban dentro de la ciudad, con la ayuda de los naturales.
- Quauhtinchan: Población conquistada por los españoles y sus aliados en septiembre-octubre de 1520.
- Quecholac: Lugar cercano a Tepeaca. Los españoles y sus aliados vencieron a los naturales en 1520.
- Querétaro: Ciudad y estado de la república de México.
- Quetzalcóatl: «Serpiente preciosa». Una de las principales divinidades prehispánicas. Dios amable que da a todos la vida y la rectitud de pensamiento. Personaje civilizador, rey y sacerdote que rigió la ciudad de Tula. Existía la creencia de que había partido hacia oriente, desde donde regresaría para reclamar su trono. Aunque existen discrepancias entre los historiadores, se ha apuntado que los indígenas pensaron, al menos en un primer momento, que Hernán Cortés era Quetzalcóatl o un emisario suyo.
- Quetzaltonatiuh: Gran estandarte de los culhua-mexica. Consistía en un gran sol de oro, rodeado de riquísimas plumas de quetzal, soportado por una estructura de madera.
- Quintalbor: Uno de los primeros embajadores mexica que enviados por Moctezuma, fueron a visitar a los españoles.
- Quinto Real: Se denominaba así a la quinta parte de los beneficios materiales obtenidos en una campaña de conquista que, según la normativa vigente, correspondían a la Corona de Castilla.
- Real: Palabra que se utilizaba también para referirse al campamento de los españoles.
- Rica Villa de la Veracruz: Véase Villa Rica de la Veracruz.
- Rodrigo Rangel: Capitán del ejército de Hernán Cortés.

- Ruiz: Teniente del ejército español. Heroico defensor del Parque de Monteleón de Madrid el 2 de mayo de 1808.
- Saltillo: Capital del estado de Coahuila. En su fundación se llamó Nueva Tlaxcala.
- San Antonio de Padua: (1195— 1231). Franciscano portugués. Cualificado teólogo, se dedicó a la docencia en diversos lugares de Europa.
- San Juan de Ulúa: Nombre que dieron los españoles de la expedición de Grijalva en 1518, al lugar donde desembarcaron cerca de la actual Veracruz. Juan en honor de Juan de Grijalva, y Ulúa por ser lo que entendieron a los indígenas refiriéndose a los culhua.
- San Juan del Molino: Población en el territorio de Tlaxcala.
- Segura de la Frontera: Población fundada por los españoles en septiembre de 1520, a las afueras de Tepeaca.
- Sicutengal: Nombre que los españoles daban a Xicotécatl.
- Soconusco: Territorio situado al sur de México, en el actual estado de Chiapas. Anteriormente, perteneció a Guatemala.
- Tabasco: Estado de la República de México. Nombre del cacique que se enfrentó a los españoles en Potonchan en 1519, en el actual estado de Tabasco.
- Tacuba: Nombre que los españoles dieron a Tlacopan. En la actualidad, barrio de la Ciudad de México.
- Tarascos: Pueblo prehispánico situado, principalmente, en Michoacán, abarcando, asimismo, parte de los territorios actuales de Querétaro, Guanajuato y el estado de México. Nunca fueron conquistados ni sometidos por los culhuamexica, a pesar de los numerosos intentos de éstos. A partir de 1522 negociaron con los españoles su incorporación pacífica a Nueva España, convirtiéndose en una especie de protectorado autónomo. Su idioma, el tarasco, es diferente del náhuatl. En la actualidad existe un grupo reducido de indígenas tarascos en la zona del lago de Pátzcuaro, en el estado de Michoacán.
- Tascaltecal: Nombre que, por entenderlo mal, daban los españoles a Tlaxcala.
- Tascaltecas: Véase tlaxcaltecas.
- Teamacatzin: Capitán tlaxcalteca que en 1521, durante el asalto final a Tenochtitlan, protegió a Hernán Cortés, logrando salvar su vida, en la batalla de La Quebrada.
- Tecamalchalco: Población conquistada en septiembre de 1520 por los hispano-

tlaxcaltecas, bajo el mando de Cristóbal de Olid y Xicoténcatl el joven.

- Tecocac: Batalla en la que las tropas de Porfirio Díaz vencieron a las de Lerdo de Tejada, en 1876.
- Tecohuani: Capitán tlaxcalteca.
- Tecpilotl: Penacho de plumas que sujeto en una cinta rodeando la cabeza, vestían los principales indígenas.
- Tecuhtli: En náhuatl, plural de tlatoaní (señores, portavoces, jefes)
- Temaxahuitzin: Capitán tlaxcalteca que ayudó a Hernán Cortés durante la huida de la noche triste, en junio de 1520.
- Temixtitan: Nombre que entendieron y utilizaron los españoles refiriéndose a Tenochtitlan. También la llamaban Tenustitán.
- Tendile: Uno de los primeros embajadores mexica que enviados por Moctezuma, fueron a visitar a los españoles. Portavoz en las primeras conversaciones con Hernán Cortés.
- Tenochca: Dinastía que gobernaba Tenochtitlan.
- Tenochtitlan: Principal ciudad de los mexica, gobernada por la dinastía tenochca. Situada en un islote del lago de Tezcoco, en el valle de Anahuac, se extendía con edificios sobre el propio lago. Principal objetivo de Hernán Cortés. Destruída en el asedio final en 1521. Sobre sus ruinas, por deseo expreso de Cortés, se construyó la actual ciudad de México.
- Teocalhueyacan: Lugar al oeste del lago de Tezcoco, por el que, en julio de 1520, perseguidos por los mexica, pasaron los españoles y sus aliados en su huida de Tenochtitlan.
- Teocalli: Templo indígena.
- Teochichimeca: Pueblo originario del norte que se desplazó al valle de Anahuac y, posteriormente, siguiendo hacia el este, al otro lado de los grandes volcanes Popocatepetl e Iztaccihualt, dando origen al pueblo tlaxcalteca.
- Teotihuacan: Una de las ciudades prehispánicas más importantes, que alcanzó su auge en los siglos III-VI. En la actualidad, zona arqueológica a unos cincuenta kilómetros de la ciudad de México, en la que destacan dos inmensas pirámides: la de la luna y la del sol.
- Tepanecas: Pueblo establecido al oeste del valle de Anahuac, primero en Azcapotzalco y, posteriormente, en Tlacopan.
- Tepeaca: Nombre que los españoles dieron a Tepeyacac (véase Tepeyacac).

- Tepeticpac: Uno de los cuatro señoríos principales de Tlaxcala cuando llegaron los españoles en 1519. Su tlatoaní era Tlehuexolotzin.
- Tepexic: Población conquistada por los españoles y sus aliados en septiembre-octubre de 1520.
- Tepeyacac: Nombre prehispánico de Tepeaca. Cuando llegaron los españoles en 1519, era una zona, en el actual estado de Puebla, que aglutinaba diversos poblados tributarios de los culhua-mexica. En agosto de 1520, tuvo lugar allí una cruenta batalla en la que vencieron los españoles y sus aliados tlaxcaltecas, huexotzincas y cholultecas. A las afueras se fundó Segura de la Frontera.
- Tepeyahualco: Población cercana a Otumba.
- Tepetzotlán: Población culhua-mexica cercana a Tenochtitlan, a unos dieciocho kilómetros de Cuernavaca. Por allí pasaron los españoles y sus aliados en su huida de Tenochtitlan (julio, 1520), venciendo a los naturales que les habían plantado batalla.
- Tetelepanquetzal: Último tlatoaní de Tlacopan. Ejecutado durante el viaje a Las Hibueras en 1525.
- Teules: En náhuatl, «dioses» o «personas enviadas por los dioses». Los indígenas llamaron a los españoles teules.
- Tezcatlipoca: «Espejo humeante». Uno de los principales dioses prehispánicos de los pueblos nahua. Venerado especialmente en Tezcoco.
- Tezcoco: (o Texcoco) Lugar al este del lago que lleva el mismo nombre (Tezcoco), en el valle de Anahuac, donde se instalaron los chichimecas en el siglo XIII. Uno de los pueblos que formaron la poderosa Triple Alianza. Capital de Aculhuacan y capital cultural y espiritual del valle, cuando llegaron los españoles en 1519. A finales de 1520 se alió con Hernán Cortés antes del asalto final a Tenochtitlan.
- Tezozómoc: Tlatoaní de los tepanecas de Azcapotzalco (1348), logró la supremacía de su pueblo sobre los restantes del valle de Anahuac.
- Tianguí: En náhuatl, mercado.
- Tianquiztatoazin: Capitán tlaxcalteca.
- Tizatlan: Uno de los cuatro señoríos principales de Tlaxcala cuando llegaron los españoles en 1519. Su tlatoaní era Xicoténcatl el viejo, aunque por su avanzada edad, compartía las responsabilidades de gobierno con su hijo Xicoténcatl el joven.

- Tizutla: Población en el territorio de Tlaxcala por la que, tras acordar la paz en 1519, pasaron los españoles para dirigirse a los principales señoríos de Tlaxcala.
- Tlacopan: Población en el oeste del lago de Tezcoco, donde fue trasladada la capital de los tepanecas tras la derrota de éstos en 1428. Formó parte de la Triple Alianza, aunque como socio menor. Los españoles la llamaron Tacuba.
- Tlahuicole: Héroe tlaxcalteca de origen otomí. Murió unos años antes de la llegada de los españoles.
- Tlaloc: «El que está dentro de la tierra». Uno de las principales divinidades nahúa. Dios de la tierra y las lluvias. En Tenochtitlan se le daba culto en el templo mayor junto a Huitzilopochtli.
- Tlamacazque: Sacerdotes o servidores que custodiaban los templos de los dioses. Durante algún tiempo, los indígenas también llamaron así a los criados que servían a los españoles.
- Tlamanalco: Población en el camino de Huexotzinco a Tenochtitlan, que se unió a los españoles en 1519.
- Tlamapanatzin: Cacique de Axapusco.
- Tlatelolco: Islote en el lago de Tezcoco, al norte de Tenochtitlan, ocupado por los mexica. En 1473, tras una guerra civil, los mexica de Tlatelolco fueron sometidos por los mexica de Tenochtitlan.
- Tlatoaní: En náhuatl, el «portavoz», el «que tiene la voz del pueblo». El tlatoaní era el jefe, el señor, el cacique de una población. Huey tlatoaní: Gran Señor.
- Tlaxcala: Nombre de Tlaxcallan a partir de la etapa colonial. En la actualidad, estado de la República de México.
- Tlaxcallan: Nombre antiguo de Tlaxcala. Territorio independiente en el interior del continente, entre la costa y Tenochtitlan. Cuando llegaron los españoles en 1519, estaba formado por señoríos autónomos que se unían para los asuntos de interés común. Los caciques de los cuatro señoríos principales formaban el Consejo Supremo. Existía también un Consejo de Ancianos. Principal aliado de los españoles antes y después de la conquista de Tenochtitlan.
- Tlaxcaltecas: Naturales de Tlaxcala.
- Tlehuexolotzin: Tlatoaní del señorío tlaxcalteca de Tepeticpac cuando llegaron los españoles en 1519.
- Tlehuitzilin: Cacique de Cempoala cuando llegaron los españoles. Estos le llamaban el «cacique gordo».

- Tlepehuacan: Lugar cercano a Tezcoco en el que el príncipe Ixtlilxochitl se unió a Hernán Cortés a finales de 1520.
- Tlilpotonqui: Cihuacóatl de Tenochtitlan cuando llegaron los españoles.
- Tochtepec: Población apaciguada por los españoles y sus aliados en septiembre-octubre de 1520, tras haberse levantado en armas.
- Tolteca-chichimecas: Pueblo de origen tolteca que desplazándose desde el norte, se instaló, principalmente, en Culhuacan y Tezcoco.
- Toltecas: Pueblo indígena procedente de la ciudad de Tula. Seguidores de Quetzalcóatl, se cree que recibieron la influencia cultural del gran centro ritual de Teotihuacan. Alcanzaron gran fama como escultores, pintores, alfareros, artistas de todo tipo, poetas, filósofos y oradores. Tras la destrucción de Tula, se desplazaron hacia el valle de Anahuac, la ciudad de Cholollan y otros pueblos del actual valle de Puebla, llegando hasta la península de Yucatán y las actuales Guatemala y El Salvador.
- Tonacacuáhitl: «Madero que da el sustento de nuestra vida». Nombre que algunos indígenas dieron a la cruz cristiana.
- Tonantzintla: Población cercana a Cholula y Puebla.
- Tonatiuh: En náhuatl, sol. Nombre que los indígenas dieron a Pedro de Alvarado por tener los cabellos rubios.
- Totoloque: Juego indígena parecido a los dados.
- Totonacas: Pueblo establecido en Cempoala (Cempuallan).
- Totoquihuatzin II: Tlatoaní de Tlacopan cuando llegaron los españoles en 1519.
- Tóxcatl: Nombre del quinto mes del calendario náhuatl, en el que se celebraba una fiesta principal. En 1520, Pedro de Alvarado autorizó a los mexica la celebración de esta fiesta. Durante la misma, tuvo lugar la matanza del templo mayor.
- Tozít: Diosa prehispánica.
- Trafalgar: Batalla naval en 1805, cerca de Cádiz, al sur de España, entre las flotas franco-española e inglesa. Los ingleses obtuvieron una rotunda victoria.
- Tratado de Fontainebleau: Firmado por Francia y España en 1807. Permitía a las tropas francesas entrar en territorio español para desplazarse a Portugal.
- Tratado de Valencay: Firmado por Francia y España en diciembre de 1813. Dio por finalizada la Guerra de la Independencia iniciada en 1808.

- Tratado de Tordesillas: Firmado por Portugal y Castilla en 1494. Delimitó el espacio que correspondía a cada reino para conquistar y evangelizar el Nuevo Mundo. El límite se estableció a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde (Portugal al este y Castilla al oeste de dicho límite).
- Triple Alianza: Coalición formada en 1428 por Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan.
- Tula: Capital de los toltecas, tuvo su auge en los siglos XI y XII. Destruída en el siglo XII. Situada en el actual estado de Hidalgo, a unos setenta kilómetros de la Ciudad de México.
- Tzihuacpopocatzin: Embajador de Moctezuma. En su encuentro con Cortés dijo que era el mismo Moctezuma, pero fue descubierto.
- Tzin: Sufijo náhuatl que se añadía a los nombres de personas principales (Maxixcatzin, Cacamatzin, Malintzin...)
- Tzompantli: «Hilera de cabezas». Armazón de madera en el que se colocaban los cráneos de los sacrificados.
- Tzompantzinco: Lugar en el territorio de Tlaxcallan donde se atrincheraron los españoles en septiembre de 1519 durante la guerra con los tlaxcaltecas.
- Ulli: Juego tlaxcalteca en el que se utilizaba una bola hecha con leche que destilaba un árbol.
- UNAM: Universidad Nacional Autónoma de México, situada en la ciudad de México.
- Universidad de México: Fundada en 1551 por cédula del emperador Carlos V, firmada por el príncipe Felipe (posteriormente Felipe II). Inauguró sus cursos en 1553.
- Universidad Iberoamericana de Puebla: Universidad jesuítica situada en la ciudad de Puebla.
- Valle de Anahuac: Véase Anahuac.
- Velarde: Capitán del ejército español. Heroico defensor del Parque de Monteleón de Madrid el 2 de mayo de 1808.
- Veyotlipan: Población en el territorio de Tlaxcala a la que, tras recalar en Xaltelolco, llegaron los españoles y sus aliados tras la huida de Tenochtitlan, siendo recibidos por Maxixcatzin (julio, 1520).
- Villa Rica de la Vera Cruz: Primera población fundada por los españoles en 1519, situada en la costa del golfo (ahora llamado de México), cerca de la actual

Veracruz.

- Xalapa: Población en el camino de Cempoala a Tlaxcala, por la que pasaron los españoles en 1519.
- Xalatzinco: Población apaciguada por los españoles y sus aliados en septiembre-octubre de 1520, tras haberse alzado en armas.
- Xaltelolco: Población en el territorio de Tlaxcala a la que llegaron los españoles y sus aliados tras la huida de Tenochtitlan, siendo recibidos por Zitlalpopocatzin (julio, 1520).
- Xaltoquemecas: Pueblo prehispánico que habitaba en el territorio de Tlaxcala, llegando a fusionarse con los teochichimecas.
- Xichonosto: Lugar situado aproximadamente en el actual Culiacán, desde el que se cree que partieron los teochichimecas para asentarse en el valle de Anahuac.
- Xicohtencatl: Véase Xicoténcatl.
- Xicoténcatl Axayacatzin (el joven o el mozo): Capitán del ejército de Tlaxcala cuando llegaron los españoles en 1519, compartía con su padre, Xicoténcatl el viejo, el gobierno del señorío de Tizatlan. A pesar de ser contrario a la alianza con los españoles, aceptó la voluntad del Consejo Supremo de Tlaxcallan y luchó junto a ellos hasta mayo de 1521, participando en importantes batallas. En esa fecha, desertó del ejército aliado, y tras ser capturado y entregado a los españoles por los propios tlaxcaltecas, fue ejecutado cerca de Tezcoco.
- Xicoténcatl (el ciego): Nombre utilizado, en ocasiones, por los españoles para referirse a Xicoténcatl el viejo (pues se encontraba prácticamente ciego).
- Xicoténcatl (el viejo): Tlatoaní del señorío tlaxcalteca de Tizatlan cuando llegaron los españoles en 1519. Gran líder de Tlaxcallan desde mediados del siglo anterior. Inicialmente se opuso a la alianza con los españoles, pero después fue un fiel defensor de esa unión. Promovió el mestizaje entregando a su propia hija, como esposa, a Pedro de Alvarado. Murió casi centenario en 1522.
- Xiuhtecuhtli: Dios prehispánico.
- Xochimilco: Lugar situado al sur del valle de Anahuac, junto a la laguna. Conquistado por los españoles en la ofensiva de 1521. En la actualidad, cabecera de la delegación del mismo nombre, a unos 20 kilómetros de la Ciudad de México.
- Xochiquetzalli: «Flor preciosa». Diosa de la alegría, el amor y la fertilidad.
- Xocolta: Población apaciguada por los españoles y sus aliados en septiembre-

octubre de 1520, tras haberse alzado en armas.

- Xoconocho: Nombre indígena de Soconusco.
- Xolotl: Líder chichimeca que, en el siglo XIII, guió a su pueblo desde el norte al valle de Anahuac.
- Zacatelco: Población en el actual estado de Tlaxcala.
- Zacatepec: Población cercana al territorio de Tlaxcala. Allí, en agosto de 1520, los españoles y sus aliados vencieron a los mexica y otros pueblos afines en una cruenta batalla.
- Zahuapan: Río que atraviesa el territorio de Tlaxcala, incluyendo la actual capital del estado. En 1520 fue utilizado por los hispano-tlaxcaltecas para probar los bergantines que, posteriormente, utilizarían en el asalto final a Tenochtitlan.
- Zitlalpopocatzin: Tlatoaní del señorío tlaxcalteca de Quiahuiztlan, cuando llegaron los españoles en 1519.

BIBLIOGRAFIA

- gulo**, Andrés (1948). «Historia de Tlaxcala». Edición de Roberto Suárez Ruiz. México: TRLS ediciones, 2004.
- ónimo** (siglo XVI). «Códice Ramírez». Edición de la Secretaria de Educación Pública de México, 1975.
- jaú**, Luís (2007). «Hernán Cortés y Quetzalcóatl: estudio de un documento de autenticidad cuestionada». México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- eiro**, José Luís (1994). «La Mentira Histórica Desvelada: ¿Genocidio en América? Ensayo sobre la acción de España en el Nuevo Mundo». Madrid: Editorial Ojearte.
- avente**, fray Toribio de (Motolinía) (siglo XVI). «Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los Naturales de ella». México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1971.
- rillo**, José Miguel (2004). «Moctezuma: El semidiós destronado». Madrid: Espasa Calpe.
- egio de México** (ed.) (2000). «Historia General de México». México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.
- rtés**, Hernán (1519,1520,1522,1524,1526). «Cartas de Relación». Recopilación y explicación preliminar de Manuel Alcalá. México: Editorial Porrúa.
- cola**, Jean (1957). «Los Conquistadores del Imperio Español». Barcelona: Juventud.
- z de la Mora**, Armando (2006). «Crónica de Tlaxcala: La ciudad de 1524 a 1573». México: Sociedad de Geografía, Historia, Estadística y Literatura de Tlaxcala.
- z del Castillo**, Bernal (siglo XVI). «Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España». México: Editorial Porrúa, 1995.
- cionario Porrúa**: Historia, Biografía y Geografía de México (4 volúmenes). Edición de 1995. México: Editorial Porrúa.
- ran**, fray Diego (siglo XVI). «Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme» (dos tomos). México: Cien de México, 1980.
- verger**, Christian (2005). «Cortés». México: Taurus.
- uivel**, Laura (2005). «Malinche». Madrid: Suma.
- rría**, Jorge (1971). «Hernán Cortés y Diego Rivera». México: Instituto de Investigaciones Históricas.
- ryon**, Anna (2001). «La Conquista de La Malinche». México: Diana.
- in-Portilla**, Miguel (ed.) (2005). «Visión de los Vencidos». México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- ich**, John (2001). «Las Revoluciones Hispanoamericanas: 1808-1826». Barcelona: Ariel.
- ich**, John (2001). «América Latina, entre colonia y nación». Barcelona: Crítica.
- rks**, Richard (2005). «Hernán Cortés: El gran aventurero que cambió el destino del México azteca». Barcelona: Ediciones B.

- dariaga**, Salvador de (1941). «Hernán Cortés». Madrid: Espasa, 2008.
- rtínez**, José Luís (ed.) (1990, 1991,1992). «Documentos Cortesianos». México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- rtínez**, José Luís (1990). «Hernán Cortés». México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- alles**, Juan (2001). «Hernán Cortés: Inventor de México». Barcelona: Tusquets.
- alles**, Juan (2004). «La Malinche: Raíz de México». Barcelona: Tusquets.
- ñoz Camargo**, Diego (siglo XVI). «Historia de Tlaxcala». Tlaxcala: Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1998.
- vell**, Philip, W. (2005). «La Leyenda Negra: Un invento contra España». Barcelona: Altera.
- idón**, Ricardo (1996). «Breve Historia de Tlaxcala». México: Fideicomiso Historia de las Américas.
- as**, Beatriz (comp.) (2005). «Juras, Poderes e Instrucciones: Nueva España y la capitanía general de Guatemala, 1808-1820». México: Instituto Mora.
- agún**, fray Bernardino de (siglo XVI). «Historia General de las cosas de Nueva España» (tres tomos). México: Cien de México, 2000.
- as**, Alberto (1959). «Tres Cronistas de Indias». México: Fondo de Cultura Económica.
- omas**, Hugh (2004). «El Imperio Español: De Colón a Magallanes». Barcelona: Planeta.
- ios** (siglo XVI). «El Lienzo de Tlaxcala». Recopilación y texto explicativo de Alfredo Chavero (1892). México: Editorial Cosmos, 1979.



JOSÉ MARÍA BUCETA. Nacido en Madrid, 1956. Es doctor en Psicología y entrenador de baloncesto. Profesor de la UNED, dirige los Máster en Psicología del Deporte (desde 1995) y Psicología del Coaching (desde 2008) de esta universidad, habiendo contribuido a la formación avanzada de numerosos profesionales de 17 países. Entre otros cometidos, como entrenador ha sido seleccionador nacional de baloncesto femenino de España, Bulgaria y Gran Bretaña, y como psicólogo del deporte ha trabajado en el Real Madrid en fútbol y baloncesto, con numerosos deportistas, equipos y entrenadores de élite de diferentes especialidades y en la preparación de los árbitros internacionales de baloncesto. Ha participado en cuatro Juegos Olímpicos y en un gran número de eventos de alto rendimiento tanto en el deporte como en el ámbito empresarial, donde es consultor externo de la multinacional Chemo y asesora a directivos de diferentes organizaciones. Como conferenciante y profesor de cursos sobre liderazgo, alto rendimiento, crecimiento personal y hablar en público, tiene una dilatada trayectoria internacional.

Autor de libros y artículos relacionados con la Psicología y el deporte. Entre ellos: *Psicología del entrenamiento deportivo* (1998) y *Estrategias psicológicas para entrenadores de deportistas jóvenes* (2004). También ha escrito dos novelas: *Tlaxcala, el aliado de Hernán Cortés* (2008) y *Quien no tenga un cable cruzado que tire la primera piedra* (2012), ésta de humor.

Desde 2012, escribe con asiduidad en su muy seguido blog (chemabuceta.blogspot.com.es).

